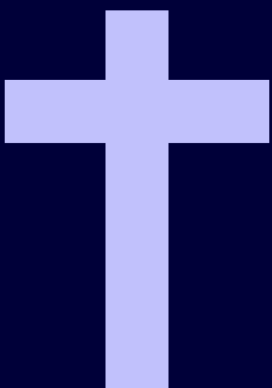
Nueva Traducción BibliaTodo



The Holy Bible in Spanish, Nueva Traducción BibliaTodo translation

Nueva Traducción BibliaTodo

The Holy Bible in Spanish, Nueva Traducción BibliaTodo translation

copyright © 2026 BibliaTodo LLC

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin American

Santa Biblia, Nueva Traducción BibliaTodo (NTBT). Publicada por BibliaTodo Bible Society, sello editorial de BibliaTodo LLC. https://www.bibliatodo.org/es/ntbt/

2026-11-06

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 6 Nov 2026 from source files dated 6 Nov 2026

f679fc02-fe47-5e73-b7b9-74d4193a2d39

Contents

Mateo 1
Marcos 67
Lucas 109
Juan 179
Hechos 231
Romanos 295
1 Corintios 323
2 Corintios 350
Gálatas 368
Efesios 378
Filipenses 387
Colosenses 394
1 Tesalonicenses 400
2 Tesalonicenses 406
1 Timoteo 410
2 Timoteo 418
Tito 424
Filemón 428
Hebreos 430
Santiago 450
1 Pedro 457
2 Pedro 465
1 Juan 470
2 Juan 477
3 Juan 478
Judas 479
Apocalipsis 481

Mateo

Los antepasados de Jesús el Mesías
Genealogía relacionada: Lucas 3:23–38.

1 Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo
de Abraham.
2 Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob y
Jacob engendró a Judá y a sus hermanos.
3 Judá engendró a Fares y a Zara de Tamar; Fares
engendró a Esrom y Esrom engendró a Aram.
4 Aram engendró a Aminadab, Aminadab engendró a
Naasón y Naasón engendró a Salmón.
5 Salmón engendró a Booz de Rahab; Booz engendró a
Obed de Rut y Obed engendró a Isaí.
6 Isaí engendró al rey David. David engendró a Salomón
de la que había sido esposa de Urías.
7 Salomón engendró a Roboam, Roboam engendró a
Abías y Abías engendró a Asaf.
8 Asaf engendró a Josafat, Josafat engendró a Joram y
Joram engendró a Uzías.
9 Uzías engendró a Jotam, Jotam engendró a Acaz y Acaz
engendró a Ezequías.
10 Ezequías engendró a Manasés, Manasés engendró a
Amós y Amós engendró a Josías.
11 Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en el
tiempo de la deportación a Babilonia.

Del exilio al Mesías
12 Después de la deportación a Babilonia, Jeconías
engendró a Salatiel y Salatiel engendró a Zorobabel.
13 Zorobabel engendró a Abiud, Abiud engendró a
Eliaquim y Eliaquim engendró a Azor.
14 Azor engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Aquim y
Aquim engendró a Eliud.
15 Eliud engendró a Eleazar, Eleazar engendró a Matán y
Matán engendró a Jacob.
16 Jacob engendró a José, esposo de María, de la cual
nació Jesús, llamado el Cristo.
17 Así, todas las generaciones desde Abraham hasta David
son catorce generaciones; desde David hasta la deportación
a Babilonia, catorce generaciones; y desde la deportación a
Babilonia hasta el Cristo, catorce generaciones.

El nacimiento de Jesús por obra del Espíritu Santo
Relatos relacionados: Lucas 1:26–38 (anuncio a María); Lucas 2:1–7 (nacimiento).

18 El nacimiento de Jesucristo fue así: su madre, María,
estaba comprometida con José y, antes de que se unieran,
se halló que había concebido por obra del Espíritu Santo.
19 José, su esposo, era justo y no quería exponerla a la
vergüenza pública; por eso decidió divorciarse de ella en
secreto.
20 Mientras pensaba en esto, un ángel del Señor se le
apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas
recibir a María, tu esposa, porque lo engendrado en ella es
del Espíritu Santo.
21 Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús,
porque él salvará a su pueblo de sus pecados».
22 Todo esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el
Señor mediante el profeta:
23 «Mira, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo
llamarán Emanuel», que significa: «Dios con nosotros».
24 Al despertar del sueño, José hizo lo que el ángel del
Señor le había mandado y recibió a su esposa.
25 Pero no tuvo relaciones con ella hasta que dio a luz un
hijo, y le puso por nombre Jesús.

2

La visita de los magos

1 Después de que Jesús nació en Belén de Judea, en
tiempos del rey Herodes, unos magos llegaron del oriente a
Jerusalén
2 y preguntaron: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha
nacido? Porque vimos salir su estrella y hemos venido a
adorarlo».
3 Al oírlo, el rey Herodes se alarmó, y toda Jerusalén con
él.
4 Reunió a todos los principales sacerdotes y a los escribas
del pueblo y les preguntó dónde había de nacer el Cristo.
5 Ellos le respondieron: «En Belén de Judea, porque así
está escrito por medio del profeta:
6 "Y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la menor
entre los gobernantes de Judá, porque de ti saldrá un
gobernante que pastoreará a mi pueblo Israel"».
7 Entonces Herodes llamó en secreto a los magos y
averiguó con exactitud cuándo había aparecido la estrella.
8 Los envió a Belén y les dijo: «Vayan e investiguen con
cuidado acerca del niño. Cuando lo encuentren, avísenme,
para que yo también vaya a adorarlo».

9 Después de escuchar al rey, ellos se fueron. La estrella
que habían visto salir iba delante de ellos, hasta que se
detuvo sobre el lugar donde estaba el niño.
10 Al ver la estrella, se alegraron con una alegría inmensa.
11 Entraron en la casa y vieron al niño con María, su
madre. Se postraron y lo adoraron; luego abrieron sus
tesoros y le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.
12 Advertidos en sueños de que no volvieran a Herodes,
regresaron a su tierra por otro camino.

La huida a Egipto

13 Después de que ellos se fueron, un ángel del Señor se
apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño
y a su madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te
diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».
14 Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre y se
marchó a Egipto.
15 Permaneció allí hasta la muerte de Herodes, para que
se cumpliera lo dicho por el Señor mediante el profeta: «De
Egipto llamé a mi hijo».

La matanza de los niños de Belén

16 Entonces Herodes, al verse burlado por los magos, se
enfureció mucho. Mandó matar a todos los niños de Belén
y de todos sus alrededores, de dos años para abajo,
conforme al tiempo que había averiguado por los magos.
17 Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías:
18 «Una voz se oyó en Ramá, llanto y gran lamento:
Raquel lloraba por sus hijos y no quería ser consolada,
porque ya no están».

El regreso a Israel y la vida en Nazaret

19 Después de que Herodes murió, un ángel del Señor se
apareció en sueños a José en Egipto
20 y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre y ve a la
tierra de Israel, porque han muerto los que buscaban la
vida del niño».
21 Él se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la
tierra de Israel.
22 Pero al oír que Arquelao reinaba en Judea en lugar de
su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí. Advertido en
sueños, se retiró a la región de Galilea.
23 Fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se
cumpliera lo dicho por medio de los profetas: «Será
llamado nazareno».

3

Predicación de Juan el Bautista
Relatos relacionados: Marcos 1:1–8; Lucas 3:1–18; Juan 1:19–28.

1 En aquellos días apareció Juan el Bautista, predicando
en el desierto de Judea
2 y diciendo: «Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos
se ha acercado».
3 Él es aquel de quien se habló por medio del profeta
Isaías: «Voz del que clama en el desierto: "Preparen el
camino del Señor; enderecen sus senderos"».
4 Juan llevaba ropa de pelo de camello y un cinturón de
cuero alrededor de la cintura. Su alimento eran langostas y
miel silvestre.
5 Entonces acudían a él Jerusalén, toda Judea y toda la
región del Jordán,
6 y él los bautizaba en el río Jordán mientras confesaban
sus pecados.
7 Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a su
bautismo, les dijo: «¡Cría de víboras! ¿Quién les advirtió que
huyeran de la ira que viene?
8 Den, pues, fruto digno del arrepentimiento.
9 No piensen decirse a sí mismos: "Tenemos a Abraham
por padre". Porque les digo que de estas piedras Dios puede
levantar hijos a Abraham.
10 El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles. Por eso,
todo árbol que no da buen fruto es cortado y arrojado al
fuego.
11 Yo los bautizo en agua para arrepentimiento, pero el
que viene detrás de mí es más poderoso que yo; no soy
digno de llevarle las sandalias. Él los bautizará en el Espíritu
Santo y en fuego.
12 Tiene en la mano su pala de aventar; limpiará por
completo su era y recogerá su trigo en el granero, pero
quemará la paja con fuego que no se apaga».

El bautismo de Jesús
Relatos paralelos: Marcos 1:9–11; Lucas 3:21–22.
Testimonio relacionado: Juan 1:29–34.

13 Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, donde estaba
Juan, para ser bautizado por él.
14 Pero Juan trataba de impedírselo, diciendo: «Yo
necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?».
15 Jesús le respondió: «Permítelo ahora, porque así nos
corresponde cumplir toda justicia». Entonces Juan se lo
permitió.

16 Después de ser bautizado, Jesús salió enseguida del
agua. Los cielos se abrieron y vio al Espíritu de Dios que
descendía como una paloma y venía sobre él.
17 Y una voz de los cielos dijo: «Este es mi Hijo amado, en
quien me complazco».

4

Tentación de Jesús
Relatos relacionados: Marcos 1:12–13; Lucas 4:1–13.
1 Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto
para ser tentado por el diablo.
2 Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches,
tuvo hambre.
3 El tentador se acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios,
manda que estas piedras se conviertan en panes».
4 Él respondió: «Está escrito: "No solo de pan vivirá el
hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"».
5 Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa y lo puso en
la parte más alta del templo.
6 Le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está
escrito: "Dará órdenes a sus ángeles acerca de ti", y: "Te
sostendrán en sus manos, para que no tropiece tu pie con
una piedra"».
7 Jesús le dijo: «También está escrito: "No pondrás a
prueba al Señor tu Dios"».
8 De nuevo el diablo lo llevó a un monte muy alto y le
mostró todos los reinos del mundo y su gloria.
9 Le dijo: «Todo esto te daré si te postras y me adoras».
10 Entonces Jesús le dijo: «¡Vete, Satanás! Porque está
escrito: "Al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás"».
11 Entonces el diablo lo dejó, y unos ángeles se acercaron
y le servían.

Jesús comienza su ministerio en Galilea
Relatos relacionados: Marcos 1:14–15; Lucas 4:14–15.
12 Al oír que Juan había sido encarcelado, Jesús se retiró a
Galilea.
13 Dejó Nazaret y se estableció en Capernaúm, junto al
mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí,
14 para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta
Isaías:
15 «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al
otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles:
16 el pueblo que estaba sentado en tinieblas vio una gran
luz, y a los que estaban sentados en región y sombra
de muerte les amaneció una luz».

17 Desde entonces Jesús comenzó a predicar y a decir:
«Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha
acercado».

Jesús llama a sus primeros discípulos
Relato paralelo: Marcos 1:16–20. Llamamiento relacionado: Lucas 5:1–11.
18 Mientras caminaba junto al mar de Galilea, vio a dos
hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés,
que echaban una red al mar, pues eran pescadores.
19 Les dijo: «Síganme, y los haré pescadores de hombres».
20 Al instante dejaron las redes y lo siguieron.
21 Más adelante vio a otros dos hermanos, Jacobo, hijo de
Zebedeo, y su hermano Juan, en la barca con su padre
Zebedeo, arreglando sus redes. Los llamó,
22 y al instante dejaron la barca y a su padre y lo
siguieron.

La enseñanza y las sanidades de Jesús
Resumen relacionado: Lucas 6:17–19.
23 Recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas,
proclamando el evangelio del reino y sanando toda
enfermedad y toda dolencia entre el pueblo.
24 Su fama se extendió por toda Siria. Le trajeron a todos
los que estaban enfermos, aquejados de diversas
enfermedades y dolores, a los endemoniados, a los que
sufrían convulsiones y a los paralíticos; y los sanó.
25 Lo siguieron grandes multitudes de Galilea, Decápolis,
Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán.

5

El Sermón del monte: Las bienaventuranzas
Bienaventuranzas relacionadas: Lucas 6:20–23.
1 Al ver a las multitudes, subió al monte. Cuando se
sentó, sus discípulos se acercaron a él.
2 Abrió la boca y les enseñaba, diciendo:

3 «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es
el reino de los cielos.

4 Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán
consolados.

5 Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la
tierra.

6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos serán saciados.

7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos
recibirán misericordia.

8 Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos
verán a Dios.

9 Bienaventurados los que hacen la paz, porque ellos serán
llamados hijos de Dios.

10 Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el reino de los cielos.
11 Bienaventurados son ustedes cuando los insulten, los
persigan y, mintiendo, digan toda clase de mal contra
ustedes por causa de mí.
12 Alégrense y regocíjense, porque su recompensa es
grande en los cielos; así persiguieron a los profetas que los
precedieron.

Los discípulos deben conservar su fidelidad

13 Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su
sabor, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada, excepto
para ser arrojada fuera y pisoteada por la gente.

El testimonio que glorifica al Padre

14 Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad situada
sobre un monte no puede quedar escondida.
15 Tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo
de una canasta, sino sobre el candelero, y alumbra a todos
los que están en la casa.
16 Así brille su luz delante de la gente, para que vean sus
buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en los cielos.

Jesús y la ley

17 No piensen que he venido a abolir la ley o los profetas.
No he venido a abolir, sino a cumplir.
18 Porque en verdad les digo: hasta que pasen el cielo y la
tierra, no desaparecerá de la ley ni una jota ni un trazo,
hasta que todo se cumpla.
19 Por eso, quien quebrante uno de estos mandamientos
más pequeños y así enseñe a la gente será llamado el más
pequeño en el reino de los cielos. Pero quien los practique
y los enseñe será llamado grande en el reino de los cielos.
20 Porque les digo que, si su justicia no supera a la de los
escribas y fariseos, de ningún modo entrarán en el reino de
los cielos.

La ira y la reconciliación
Enseñanza relacionada con el acuerdo de 5:25–26: Lucas 12:57–59.
21 Han oído que se dijo a los antiguos: “No asesinarás”, y:
“Quien asesine quedará sujeto a juicio”.
22 Pero yo les digo que todo el que se enoje con su
hermano quedará sujeto a juicio. Quien diga a su hermano:
“¡Cabeza hueca!” quedará sujeto al Sanedrín; y quien le
diga: “¡Necio!” quedará expuesto al infierno de fuego.
23 Por tanto, si presentas tu ofrenda en el altar y allí
recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti,
24 deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a
reconciliarte con tu hermano. Después vuelve y presenta
tu ofrenda.
25 Ponte pronto de acuerdo con tu adversario mientras
vas con él por el camino, no sea que te entregue al juez, y el
juez al guardia, y seas arrojado a la cárcel.
26 En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que
hayas pagado el último centavo.

Jesús y el adulterio
27 Han oído que se dijo: “No cometerás adulterio”.
28 Pero yo les digo que todo el que mira a una mujer para
codiciarla ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.
29 Si tu ojo derecho te hace caer en pecado, arráncalo y
échalo lejos de ti. Más te conviene que se pierda uno de tus
miembros que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.
30 Y si tu mano derecha te hace caer en pecado, córtala y
échala lejos de ti. Más te conviene que se pierda uno de tus
miembros que todo tu cuerpo vaya al infierno.

Jesús y el divorcio
31 También se dijo: “Quien se divorcie de su esposa debe
darle un certificado de divorcio”.
32 Pero yo les digo que todo el que se divorcia de su
esposa, excepto por causa de inmoralidad sexual, hace que
ella cometa adulterio; y quien se casa con una divorciada
comete adulterio.

Jesús y los juramentos
33 También han oído que se dijo a los antiguos: “No
jurarás en falso; cumplirás al Señor tus juramentos”.
34 Pero yo les digo que no juren de ninguna manera: ni
por el cielo, porque es el trono de Dios;
35 ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por
Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.

36 Tampoco jures por tu cabeza, porque no puedes hacer
blanco o negro un solo cabello.
37 Que su palabra sea: "Sí, sí; no, no". Lo que pasa de esto
procede del maligno.

La renuncia a la venganza
Enseñanza relacionada: Lucas 6:29–30.
38 Han oído que se dijo: "Ojo por ojo y diente por diente".
39 Pero yo les digo que no resistan al malvado. Si alguien
te golpea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.
40 A quien quiera llevarte a juicio y quitarte la túnica,
déjale también el manto.
41 Si alguien te obliga a ir un kilómetro, ve con él dos.
42 Da a quien te pida, y no vuelvas la espalda a quien
quiera pedirte prestado.

El amor hacia los enemigos
Enseñanza relacionada: Lucas 6:27–36.
43 Han oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo y odiarás a
tu enemigo".
44 Pero yo les digo: amen a sus enemigos y oren por
quienes los persiguen,
45 para que sean hijos de su Padre que está en los cielos.
Él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover
sobre justos e injustos.
46 Porque si aman a quienes los aman, ¿qué recompensa
tienen? ¿No hacen lo mismo también los recaudadores de
impuestos?
47 Y si saludan solo a sus hermanos, ¿qué hacen de más?
¿No hacen lo mismo también los gentiles?
48 Sean, pues, perfectos, como su Padre celestial es
perfecto».

6

Jesús y la limosna
1 «Tengan cuidado de no practicar su justicia delante de la
gente para que los vean; de lo contrario, no recibirán
recompensa de su Padre que está en los cielos.
2 Así que, cuando des limosna, no toques trompeta
delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y
en las calles para recibir la alabanza de la gente. Les
aseguro que ya han recibido su recompensa.
3 Pero tú, cuando des limosna, que tu mano izquierda no
sepa lo que hace tu derecha,
4 para que tu limosna quede en secreto; y tu Padre, que
ve en lo secreto, te recompensará.

Jesús y la oración
Oración relacionada con 6:9–13: Lucas 11:1–4.
5 Cuando oren, no sean como los hipócritas, a quienes les
gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las
calles para que la gente los vea. Les aseguro que ya han
recibido su recompensa.
6 Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la
puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre,
que ve en lo secreto, te recompensará.
7 Al orar, no usen repeticiones vacías como los paganos,
que piensan que serán escuchados por sus muchas
palabras.
8 No sean como ellos, porque su Padre sabe lo que
necesitan antes de que se lo pidan.

La oración que Jesús enseña

9 Ustedes oren así:
"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu
nombre.
10 Venga tu reino.
Hágase tu voluntad, como en el cielo, también en la
tierra.
11 Danos hoy nuestro pan de cada día.
12 Perdona nuestras deudas, como también nosotros hemos
perdonado a nuestros deudores.
13 No nos lleves a la tentación, sino líbranos del maligno".
14 Porque si perdonan a los demás sus ofensas, su Padre
celestial también los perdonará a ustedes.
15 Pero si ustedes no perdonan a los demás, tampoco su
Padre perdonará sus ofensas.

Jesús y el ayuno
16 Cuando ayunen, no pongan cara triste como los
hipócritas, que desfiguran su rostro para que la gente vea
que ayunan. Les aseguro que ya han recibido su
recompensa.
17 Pero tú, cuando ayunes, úngete la cabeza y lávate el
rostro,
18 para que no sea la gente quien vea que ayunas, sino tu
Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo
secreto, te recompensará.

Tesoros en el cielo
Enseñanza relacionada: Lucas 12:32–34.
19 No acumulen tesoros para ustedes en la tierra, donde
la polilla y el óxido destruyen y donde los ladrones abren
boquetes y roban.

20 Acumulen, más bien, tesoros para ustedes en el cielo,
donde ni la polilla ni el óxido destruyen y donde los
ladrones no abren boquetes ni roban.
21 Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu
corazón.

La mirada que orienta toda la vida
Enseñanza relacionada: Lucas 11:33–36.
22 La lámpara del cuerpo es el ojo. Así que, si tu ojo está
sano, todo tu cuerpo estará lleno de luz.
23 Pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo estará en
oscuridad. Si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué grande
es esa oscuridad!

Dios y las riquezas
Enseñanza paralela: Lucas 16:13.
24 Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y
amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No
pueden servir a Dios y al dinero.

El afán y la ansiedad
Enseñanza relacionada: Lucas 12:22–31.
25 Por eso les digo: no se preocupen por su vida, por lo
que comerán, ni por su cuerpo, por lo que vestirán. ¿No vale
la vida más que el alimento, y el cuerpo más que la ropa?
26 Miren las aves del cielo: no siembran, no cosechan ni
recogen en graneros, y su Padre celestial las alimenta. ¿No
valen ustedes mucho más que ellas?
27 ¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede
añadir un solo momento a su vida?
28 ¿Y por qué se preocupan por la ropa? Observen cómo
crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan.
29 Pero les digo que ni Salomón, con toda su gloria, se
vistió como uno de ellos.
30 Si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy existe y
mañana se echa al horno, ¿no hará mucho más por ustedes,
gente de poca fe?
31 Así que no se preocupen diciendo: "¿Qué comeremos?",
"¿qué beberemos?" o "¿con qué nos vestiremos?".
32 Porque los paganos buscan todas estas cosas; su Padre
celestial sabe que necesitan todas ellas.
33 Pero busquen primero su reino y su justicia, y todas
estas cosas les serán añadidas.
34 Así que no se preocupen por el mañana, porque el
mañana se preocupará de sí mismo. Basta a cada día su
propio mal».

7

La corrección libre de hipocresía
Enseñanza relacionada: Lucas 6:37–38; Lucas 6:41–42.
1 «No juzguen, para que no sean juzgados.
2 Porque serán juzgados con el mismo juicio con que
juzgan, y con la medida con que midan se les medirá.
3 ¿Por qué miras la astilla que hay en el ojo de tu hermano
y no te das cuenta de la viga que hay en tu propio ojo?
4 ¿O cómo le dirás a tu hermano: "Déjame sacarte la
astilla del ojo", cuando tienes una viga en tu propio ojo?
5 ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo y
entonces verás con claridad para sacar la astilla del ojo de
tu hermano.

El discernimiento ante el rechazo
6 No den lo santo a los perros ni echen sus perlas delante
de los cerdos, no sea que las pisoteen con sus patas y se
vuelvan contra ustedes y los despedacen.

La confianza en la bondad del Padre
Enseñanza relacionada: Lucas 11:9–13.
7 Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se
les abrirá.
8 Porque todo el que pide recibe; el que busca encuentra,
y al que llama se le abrirá.
9 ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le dará una
piedra?
10 ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?
11 Si ustedes, siendo malos, saben dar buenos regalos a
sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en los cielos dará
cosas buenas a quienes se las pidan!

El trato que debemos dar al prójimo
Enseñanza paralela: Lucas 6:31.
12 Así que, en todo, traten a los demás como quieren que
ellos los traten a ustedes, porque esto es la Ley y los
Profetas.

La decisión que conduce a la vida
Enseñanza relacionada: Lucas 13:24.
13 Entren por la puerta estrecha, porque ancha es la
puerta y espacioso el camino que lleva a la destrucción, y
muchos entran por ella.
14 Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que
lleva a la vida, y pocos son los que lo encuentran.

Cómo reconocer a los falsos profetas
Enseñanza relacionada: Lucas 6:43–45.

15 Cuídense de los falsos profetas, que vienen a ustedes
vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos voraces.
16 Por sus frutos los reconocerán. ¿Acaso se recogen uvas
de los espinos o higos de los cardos?
17 Así, todo árbol bueno produce frutos buenos, pero el
árbol podrido produce frutos malos.
18 Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un
árbol podrido puede producir frutos buenos.
19 Todo árbol que no produce buen fruto es cortado y
arrojado al fuego.
20 Así que por sus frutos los reconocerán.

El peligro de una confesión sin obediencia
Advertencia relacionada: Lucas 13:25–27.
21 No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el
reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre
que está en los cielos.
22 Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no
profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos
demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?".
23 Entonces les declararé: "Nunca los conocí. Apártense
de mí, ustedes que practican la maldad".

Los dos cimientos
Enseñanza relacionada: Lucas 6:46–49.
24 Así que todo el que escucha estas palabras mías y las
pone en práctica será comparado con un hombre prudente
que edificó su casa sobre la roca.
25 Cayó la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos y
golpearon contra aquella casa; pero no cayó, porque estaba
cimentada sobre la roca.
26 Y todo el que escucha estas palabras mías y no las pone
en práctica será comparado con un hombre insensato que
edificó su casa sobre la arena.
27 Cayó la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos y
chocaron contra aquella casa; y cayó, y su caída fue
grande».

La reacción de los oyentes
28 Cuando Jesús terminó estas palabras, las multitudes
estaban asombradas de su enseñanza,
29 porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no
como sus escribas.

8

Jesús sana a un leproso
Relatos paralelos: Marcos 1:40–45; Lucas 5:12–16.
1 Cuando bajó del monte, lo siguieron grandes multitudes.

2 Un leproso se acercó y se postró ante él, diciendo:
«Señor, si quieres, puedes limpiarme».
3 Extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero; queda
limpio». Al instante quedó limpio de la lepra.
4 Jesús le dijo: «Cuida de no decírselo a nadie; ve,
muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que ordenó
Moisés, como testimonio para ellos».

Jesús sana al siervo de un centurión
Relato paralelo: Lucas 7:1–10.

5 Cuando entró en Capernaúm, se le acercó un centurión
que le rogaba:
6 «Señor, mi siervo está postrado en casa, paralizado y
sufriendo terribles dolores».
7 Él le dijo: «Yo iré y lo sanaré».
8 El centurión respondió: «Señor, no soy digno de que
entres bajo mi techo; solo di la palabra, y mi siervo será
sanado.
9 Porque yo también soy un hombre bajo autoridad y
tengo soldados a mis órdenes. A uno le digo: "Ve", y va; a
otro: "Ven", y viene; y a mi esclavo: "Haz esto", y lo hace».
10 Al oírlo, Jesús se asombró y dijo a quienes lo seguían:
«Les aseguro que en nadie de Israel he encontrado tanta fe.
11 Y les digo que muchos vendrán del oriente y del
occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y
Jacob en el reino de los cielos;
12 pero los hijos del reino serán arrojados a la oscuridad
de afuera; allí habrá llanto y rechinar de dientes».
13 Jesús le dijo al centurión: «Vete; que se haga contigo tal
como has creído». Y el siervo fue sanado en aquella misma
hora.

Jesús sana a la suegra de Pedro
Relatos paralelos: Marcos 1:29–34; Lucas 4:38–41.

14 Cuando Jesús llegó a la casa de Pedro, vio a la suegra
de este acostada con fiebre.
15 Le tocó la mano y la fiebre la dejó. Ella se levantó y
comenzó a servirle.

Sanidades y cumplimiento de Isaías

16 Al atardecer le llevaron muchos endemoniados. Con
una palabra expulsó a los espíritus y sanó a todos los
enfermos,
17 para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta
Isaías:
«Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras
enfermedades».

El costo de seguir a Jesús
Enseñanzas relacionadas: Lucas 9:57–62.
18 Al ver las grandes multitudes a su alrededor, Jesús
mandó pasar a la otra orilla.
19 Un escriba se acercó y le dijo: «Maestro, te seguiré
adondequiera que vayas».
20 Jesús le dijo: «Los zorros tienen madrigueras y las aves
del cielo, nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde
recostar la cabeza».
21 Otro de los discípulos le dijo: «Señor, permíteme ir
primero a enterrar a mi padre».
22 Jesús le dijo: «Sígueme y deja que los muertos
entierren a sus propios muertos».

Jesús calma la tempestad
Relatos paralelos: Marcos 4:35–41; Lucas 8:22–25.
23 Cuando subió a una barca, sus discípulos lo siguieron.
24 De pronto se desató en el mar una fuerte tempestad, de
modo que las olas cubrían la barca; pero él dormía.
25 Se acercaron a él y lo despertaron, diciendo: «¡Señor,
sálvanos! ¡Perecemos!».
26 Él les dijo: «¿Por qué tienen miedo, gente de poca fe?».
Entonces se levantó y reprendió a los vientos y al mar, y
hubo una gran calma.
27 Los hombres quedaron asombrados y dijeron: «¿Qué
clase de hombre es este, que hasta los vientos y el mar le
obedecen?».

Los endemoniados gadarenos
Relatos paralelos: Marcos 5:1–20; Lucas 8:26–39.
28 Cuando llegó a la otra orilla, a la región de los
gadarenos, le salieron al encuentro dos endemoniados que
venían de las tumbas. Eran tan violentos que nadie podía
pasar por aquel camino.
29 Gritaron: «¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios?
¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?».
30 Lejos de ellos pastaba una gran piara de cerdos.
31 Los demonios le rogaban: «Si nos expulsas, envíanos a
la piara de cerdos».
32 Él les dijo: «¡Vayan!». Ellos salieron y entraron en los
cerdos. Entonces toda la piara se precipitó por el
despeñadero al mar, y los cerdos murieron en las aguas.
33 Los que los cuidaban huyeron y fueron a la ciudad,
donde contaron todo lo ocurrido, incluso lo de los
endemoniados.
34 Todos los habitantes de la ciudad salieron al encuentro
de Jesús y, al verlo, le rogaron que se fuera de su territorio.

9

Jesús perdona y sana al paralítico
(Marcos 2:1–12; Lucas 5:17–26)

1 Subió a una barca, cruzó al otro lado y llegó a su propia
ciudad.
2 Le trajeron a un paralítico tendido en una camilla. Al
ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: «Ánimo, hijo; tus
pecados son perdonados».
3 Entonces algunos escribas se dijeron a sí mismos: «Este
blasfema».
4 Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: «¿Por qué
piensan mal en sus corazones?
5 ¿Qué es más fácil, decir: "Tus pecados son perdonados",
o decir: "Levántate y camina"?
6 Pero para que sepan que el Hijo del Hombre tiene
autoridad en la tierra para perdonar pecados —dijo
entonces al paralítico—, levántate, toma tu camilla y ve a tu
casa».
7 Él se levantó y se fue a su casa.
8 Al verlo, las multitudes tuvieron miedo y glorificaron a
Dios, que había dado tal autoridad a los seres humanos.

Llamamiento de Mateo
(Marcos 2:13–17; Lucas 5:27–32)

9 Al pasar de allí, Jesús vio a un hombre llamado Mateo,
sentado en el puesto de recaudación de impuestos. Le dijo:
«Sígueme». Él se levantó y lo siguió.
10 Mientras estaba a la mesa en la casa, llegaron muchos
recaudadores de impuestos y pecadores y se sentaron a la
mesa con Jesús y sus discípulos.
11 Al verlo, los fariseos preguntaban a sus discípulos:
«¿Por qué su maestro come con recaudadores de impuestos
y pecadores?».
12 Él los oyó y dijo: «Los sanos no necesitan médico, sino
los enfermos.
13 Vayan y aprendan qué significa: "Misericordia quiero,
y no sacrificio". Porque no he venido a llamar a justos, sino
a pecadores».

La pregunta sobre el ayuno
(Marcos 2:18–22; Lucas 5:33–39)

14 Entonces se le acercaron los discípulos de Juan y le
preguntaron: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a
menudo, pero tus discípulos no ayunan?».
15 Jesús les respondió: «¿Pueden los invitados a la boda
estar de luto mientras el novio está con ellos? Vendrán días
en que el novio les será quitado, y entonces ayunarán.

16 Nadie pone un remiendo de tela sin encoger en un
vestido viejo, porque el remiendo tira del vestido y se hace
una rotura peor.
17 Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; de lo
contrario, los odres se revientan, el vino se derrama y los
odres se arruinan. El vino nuevo se echa en odres nuevos,
y ambos se conservan».

Jesús restaura a una mujer y devuelve la vida a una niña (Marcos 5:21–43; Lucas 8:40–56)

18 Mientras les decía estas cosas, llegó un dirigente, se
postró ante él y dijo: «Mi hija acaba de morir, pero ven, pon
tu mano sobre ella y vivirá».
19 Jesús se levantó y lo siguió, junto con sus discípulos.
20 Una mujer que sufría hemorragias desde hacía doce
años se acercó por detrás y tocó el borde de su manto.
21 Porque se decía a sí misma: «Con solo tocar su manto
quedaré sana».
22 Jesús se volvió y, al verla, dijo: «Ánimo, hija; tu fe te ha
sanado». Y la mujer quedó sana desde aquel momento.
23 Cuando Jesús llegó a la casa del dirigente y vio a los
flautistas y a la multitud alborotada,
24 dijo: «Retírense, porque la niña no ha muerto, sino que
duerme». Y se burlaban de él.
25 Después de que echaron fuera a la multitud, entró y la
tomó de la mano, y la niña se levantó.
26 La noticia se extendió por toda aquella región.

Dos ciegos reciben la vista

27 Al salir Jesús de allí, lo siguieron dos ciegos que
gritaban: «¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!».
28 Cuando entró en la casa, los ciegos se le acercaron.
Jesús les preguntó: «¿Creen que puedo hacer esto?». Ellos
respondieron: «Sí, Señor».
29 Entonces les tocó los ojos y dijo: «Que les suceda
conforme a su fe».
30 Y se abrieron sus ojos. Jesús les advirtió severamente:
«Tengan cuidado de que nadie lo sepa».
31 Pero ellos salieron y divulgaron su fama por toda
aquella región.

Un mudo habla

32 Mientras ellos salían, le trajeron a un hombre mudo,
endemoniado.
33 Cuando el demonio fue expulsado, el mudo habló. Las
multitudes quedaron asombradas y decían: «¡Nunca se ha
visto algo así en Israel!».

34 Pero los fariseos decían: «Por el príncipe de los
demonios expulsa a los demonios».

La compasión de Jesús y la necesidad de obreros
35 Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando
en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y
sanando toda enfermedad y toda dolencia.
36 Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas,
porque estaban acosadas y abatidas como ovejas sin pastor.
37 Entonces dijo a sus discípulos: «La cosecha es
abundante, pero los obreros son pocos.
38 Rueguen, pues, al Señor de la cosecha que envíe
obreros a su cosecha».

10

Jesús da autoridad a los doce
(Marcos 3:13–19; Lucas 6:12–16)
1 Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad sobre los
espíritus impuros para expulsarlos y para sanar toda
enfermedad y toda dolencia.
2 Estos son los nombres de los doce apóstoles: primero
Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Jacobo, hijo
de Zebedeo, y su hermano Juan;
3 Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el recaudador de
impuestos; Jacobo, hijo de Alfeo, y Tadeo;
4 Simón el Zelote y Judas Iscariote, el que lo entregó.

Misión de los doce
(Marcos 6:7–13; Lucas 9:1–6)
5 Jesús envió a estos doce con las siguientes
instrucciones: «No vayan por camino de gentiles ni entren
en ciudad de samaritanos.
6 Vayan más bien a las ovejas perdidas de la casa de
Israel.
7 Por el camino proclamen: "El reino de los cielos se ha
acercado".
8 Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a
los leprosos y expulsen a los demonios. De gracia
recibieron; den de gracia.
9 No se procuren monedas de oro, de plata ni de cobre
para sus cinturones,
10 ni bolsa para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni
bastón, porque el obrero merece su alimento.
11 En cualquier ciudad o aldea donde entren, averigüen
quién es digno y quédense allí hasta que salgan.
12 Al entrar en la casa, salúdenla.

13 Si la casa es digna, que venga sobre ella su paz; si no es
digna, que su paz vuelva a ustedes.
14 Si alguien no los recibe ni escucha sus palabras, al salir
de aquella casa o ciudad sacúdanse el polvo de los pies.
15 En verdad les digo que el día del juicio será más
tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra que para
aquella ciudad.

Persecuciones venideras
16 Miren, yo los envío como ovejas en medio de lobos.
Sean, pues, prudentes como serpientes e inocentes como
palomas.
17 Cuídense de la gente, porque los entregarán a los
tribunales y los azotarán en sus sinagogas.
18 Por causa de mí serán llevados ante gobernadores y
reyes, para dar testimonio a ellos y a los gentiles.
19 Cuando los entreguen, no se preocupen por cómo
hablarán ni por lo que dirán, porque en aquel momento se
les dará lo que han de decir.
20 Porque no serán ustedes quienes hablen, sino el Espíritu
de su Padre quien hable en ustedes.
21 El hermano entregará a la muerte al hermano y el
padre al hijo. Los hijos se levantarán contra sus padres y
los harán morir.
22 Todos los odiarán por causa de mi nombre, pero quien
persevere hasta el fin será salvo.
23 Cuando los persigan en esta ciudad, huyan a otra.
Porque en verdad les digo que no acabarán de recorrer las
ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre.
24 El discípulo no está por encima del maestro ni el siervo
por encima de su señor.
25 Le basta al discípulo llegar a ser como su maestro y al
siervo como su señor. Si al dueño de la casa lo llamaron
Beelzebul, ¡cuánto más a los de su casa!

A quién se debe temer
(Lucas 12:2–9)
26 Por tanto, no les tengan miedo. No hay nada encubierto
que no vaya a ser revelado, ni oculto que no vaya a saberse.
27 Lo que les digo en la oscuridad, díganlo a la luz; lo que
oyen al oído, proclámenlo desde las azoteas.
28 No teman a quienes matan el cuerpo, pero no pueden
matar el alma. Teman más bien a aquel que puede destruir
alma y cuerpo en el infierno.
29 ¿No se venden dos gorriones por una moneda de cobre?
Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin su Padre.

30 En cuanto a ustedes, hasta los cabellos de su cabeza
están todos contados.
31 Así que no teman: ustedes valen más que muchos
gorriones.
32 A todo el que me reconozca delante de la gente, yo
también lo reconoceré delante de mi Padre que está en los
cielos.
33 Pero a quien me niegue delante de la gente, yo también
lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos.

Jesús, causa de división
(Lucas 12:49–53; Lucas 14:26–27)
34 No piensen que he venido a traer paz a la tierra. No he
venido a traer paz, sino espada.
35 Porque he venido a enfrentar al hombre con su padre,
a la hija con su madre y a la nuera con su suegra;
36 y los enemigos de una persona serán los de su propia
casa.
37 Quien ama a padre o madre más que a mí no es digno
de mí; quien ama a hijo o hija más que a mí no es digno de
mí.
38 Quien no toma su cruz y me sigue no es digno de mí.
39 Quien encuentre su vida la perderá; quien pierda su
vida por causa de mí la encontrará.

La acogida de quienes sirven a Jesús
(Marcos 9:41)
40 Quien los recibe a ustedes me recibe a mí; y quien me
recibe a mí recibe al que me envió.
41 Quien recibe a un profeta por ser profeta recibirá
recompensa de profeta; quien recibe a un justo por ser
justo recibirá recompensa de justo.
42 Y quien dé de beber a uno de estos pequeños siquiera
un vaso de agua fría por ser discípulo, en verdad les digo
que de ningún modo perderá su recompensa».

11

1 Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce
discípulos, se fue de allí para enseñar y predicar en sus
ciudades.

Los mensajeros de Juan el Bautista
(Lucas 7:18–35)
2 Juan, que estaba en la cárcel, oyó hablar de las obras de
Cristo y envió un mensaje por medio de sus discípulos.
3 Le preguntó: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos
esperar a otro?».
4 Jesús les respondió: «Vayan y cuéntenle a Juan lo que
oyen y ven:

5 los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos son
limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a
los pobres se les anuncia el evangelio.
6 Dichoso el que no tropiece por causa de mí».

El testimonio de Jesús acerca de Juan
7 Mientras ellos se iban, Jesús comenzó a hablar a las
multitudes acerca de Juan: «¿Qué salieron a ver al desierto?
¿Una caña sacudida por el viento?
8 ¿O qué salieron a ver? ¿Un hombre vestido con ropas
finas? Miren, los que llevan ropas finas están en los
palacios de los reyes.
9 Entonces, ¿a qué salieron? ¿A ver a un profeta? Sí, les
digo, y a más que un profeta.
10 Este es aquel de quien está escrito: "Mira, yo envío a mi
mensajero delante de ti, quien preparará tu camino delante
de ti".
11 Les aseguro que entre los nacidos de mujer no ha
surgido nadie mayor que Juan el Bautista; pero el más
pequeño en el reino de los cielos es mayor que él.
12 Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino
de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.
13 Porque todos los profetas y la Ley profetizaron hasta
Juan.
14 Y, si quieren aceptarlo, él es Elías, el que había de venir.
15 El que tenga oídos, que escuche.

El rechazo a Juan y a Jesús
16 ¿Con qué compararé a esta generación? Se parece a
niños sentados en las plazas, que llaman a los otros
17 y dicen:
"Les tocamos la flauta y no bailaron;
entonamos lamentos y no hicieron duelo".
18 Porque vino Juan sin comer ni beber, y dicen: "Tiene
un demonio".
19 Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen:
"¡Miren, un glotón y un borracho, amigo de recaudadores de
impuestos y pecadores!". Y la sabiduría queda justificada
por sus obras».

Advertencia a Corazín, Betsaida y Capernaúm
(Lucas 10:13–16)
20 Entonces comenzó a reprender a las ciudades en las
que había hecho la mayor parte de sus milagros, porque no
se habían arrepentido:
21 «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro
y Sidón se hubieran hecho los milagros que se hicieron

entre ustedes, hace tiempo se habrían arrepentido con tela
áspera y ceniza.
22 Les digo que en el día del juicio será más soportable
para Tiro y Sidón que para ustedes.
23 Y tú, Capernaúm, ¿acaso serás elevada hasta el cielo?
Descenderás hasta el Hades. Porque si en Sodoma se
hubieran hecho los milagros que se hicieron en ti, habría
permanecido hasta el día de hoy.
24 Les digo que en el día del juicio será más soportable
para la tierra de Sodoma que para ti».

El Hijo revela al Padre y ofrece descanso
(Lucas 10:21–22)
25 En aquel tiempo, Jesús dijo: «Te alabo, Padre, Señor del
cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los
sabios y entendidos y se las revelaste a los niños.
26 Sí, Padre, porque así te agradó».
27 «Todo me ha sido entregado por mi Padre. Nadie
conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino
el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo.

El descanso que Jesús ofrece
28 Vengan a mí todos los que están cansados y cargados, y
yo les daré descanso.
29 Lleven mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí,
porque soy manso y humilde de corazón, y encontrarán
descanso para sus almas.
30 Porque mi yugo es llevadero y mi carga es ligera».

12

La autoridad de Jesús sobre el día de reposo
(Marcos 2:23–28; Lucas 6:1–5)
1 En aquel tiempo, Jesús atravesaba unos sembrados en
un día de reposo. Sus discípulos tuvieron hambre y
comenzaron a arrancar espigas y a comer.
2 Al verlo, los fariseos le dijeron: «Mira, tus discípulos
hacen lo que no está permitido hacer en día de reposo».
3 Él les dijo: «¿No han leído lo que hizo David cuando él y
sus acompañantes tuvieron hambre,
4 cómo entró en la casa de Dios y comieron los panes de la
Presencia, que no les estaba permitido comer ni a él ni a
sus acompañantes, sino solo a los sacerdotes?
5 ¿O no han leído en la Ley que, en los días de reposo, los
sacerdotes en el templo profanan el día de reposo y, sin
embargo, son inocentes?
6 Pero les digo que aquí hay algo mayor que el templo.

7 Si hubieran comprendido qué significa: “Misericordia
quiero y no sacrificio”, no habrían condenado a los
inocentes.
8 Porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo».

Jesús restaura una mano en día de reposo
(Marcos 3:1–6; Lucas 6:6–11)

9 Se alejó de allí y fue a su sinagoga.
10 Había allí un hombre que tenía una mano atrofiada. Le
preguntaron: «¿Está permitido sanar en el día de reposo?»,
para poder acusarlo.
11 Él les dijo: «¿Quién de ustedes, si tiene una oveja y esta
cae en un hoyo en el día de reposo, no la sujetará y la
levantará?
12 ¡Cuánto más vale una persona que una oveja! Por lo
tanto, está permitido hacer el bien en día de reposo».
13 Entonces le dijo al hombre: «Extiende tu mano». Él la
extendió y la mano quedó restaurada, sana como la otra.
14 Los fariseos salieron y se reunieron en consejo contra
él para matarlo.

El siervo escogido
(Isaías 42:1–4)

15 Al saberlo, Jesús se retiró de allí. Muchos lo siguieron y
los sanó a todos,
16 y les advirtió con firmeza que no lo dieran a conocer,
17 para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta
Isaías:
18 «Miren a mi siervo, a quien escogí, mi amado, en quien mi
alma se complace.
Pondré mi Espíritu sobre él y anunciará la justicia a las
naciones.
19 No discutirá ni gritará, y nadie oirá su voz en las calles.
20 No quebrará una caña resquebrajada ni apagará una
mecha que humea, hasta que lleve la justicia a la
victoria.
21 Y las naciones pondrán su esperanza en su nombre».

Jesús responde a la acusación sobre su poder
(Marcos 3:22–30; Lucas 11:14–23)

22 Entonces le llevaron un endemoniado ciego y mudo.
Lo sanó, de modo que el mudo hablaba y veía.
23 Todas las multitudes estaban asombradas y decían:
«¿Será este el Hijo de David?».
24 Pero los fariseos, al oírlo, dijeron: «Este no expulsa los
demonios sino por Beelzebul, el príncipe de los demonios».
25 Pero él, que conocía sus pensamientos, les dijo: «Todo
reino dividido contra sí mismo queda devastado, y toda

ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá en pie.
26 Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo, entonces, permanecerá en pie su reino?
27 Y si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan sus hijos? Por eso, ellos serán sus jueces.
28 Pero si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a ustedes.
29 ¿Cómo puede alguien entrar en la casa del hombre fuerte y saquear sus bienes si primero no ata al hombre fuerte? Entonces saqueará su casa.
30 El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo desparrama.

La blasfemia contra el Espíritu Santo
31 Por eso les digo: todo pecado y blasfemia se les perdonará a las personas, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada.
32 Al que diga una palabra contra el Hijo del Hombre se le perdonará; pero al que hable contra el Espíritu Santo no se le perdonará, ni en esta era ni en la venidera.

El corazón y la responsabilidad por las palabras
33 O hagan que el árbol sea bueno y su fruto bueno, o hagan que el árbol sea malo y su fruto malo, porque por el fruto se conoce el árbol.
34 ¡Camada de víboras! ¿Cómo pueden hablar cosas buenas siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca.
35 El hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro, y el hombre malo saca cosas malas del mal tesoro.
36 Pero les digo que de toda palabra inútil que hablen las personas rendirán cuentas en el día del juicio.
37 Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado».

La señal de Jonás y la autoridad de Jesús
(Lucas 11:29–32)
38 Entonces algunos de los escribas y fariseos le respondieron: «Maestro, queremos ver una señal de tu parte».
39 Él les respondió: «Una generación malvada y adúltera busca una señal, pero no se le dará ninguna señal sino la del profeta Jonás.
40 Porque así como Jonás estuvo en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.

41 Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con
esta generación y la condenarán, porque se arrepintieron
ante la predicación de Jonás. Y miren, aquí hay algo mayor
que Jonás.
42 La reina del Sur se levantará en el juicio con esta
generación y la condenará, porque vino de los confines de
la tierra para oír la sabiduría de Salomón. Y miren, aquí
hay algo mayor que Salomón.

El regreso del espíritu impuro
(Lucas 11:24–26)
43 Cuando el espíritu impuro sale de una persona, recorre
lugares áridos en busca de descanso, pero no lo encuentra.
44 Entonces dice: "Volveré a mi casa, de donde salí". Al
regresar, la encuentra desocupada, barrida y arreglada.
45 Entonces va y toma consigo otros siete espíritus más
malvados que él; entran y viven allí. Y la situación final de
aquella persona resulta peor que la primera. Así le
sucederá también a esta generación malvada».

La familia que Jesús reconoce
(Marcos 3:31–35; Lucas 8:19–21)
46 Mientras todavía hablaba a las multitudes, su madre y
sus hermanos estaban afuera, queriendo hablar con él.
47 Alguien le dijo: «Mira, tu madre y tus hermanos están
afuera y quieren hablar contigo».
48 Él respondió al que le hablaba: «¿Quién es mi madre y
quiénes son mis hermanos?».
49 Extendió su mano hacia sus discípulos y dijo: «Miren,
aquí están mi madre y mis hermanos.
50 Porque quien hace la voluntad de mi Padre que está en
los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre».

13

Parábola del sembrador
(Marcos 4:1–9; Lucas 8:4–8)
1 Aquel día Jesús salió de la casa y se sentó junto al mar.
2 Se reunieron alrededor de él grandes multitudes, de
modo que subió a una barca y se sentó; toda la multitud
estaba de pie en la orilla.
3 Les habló de muchas cosas en parábolas, diciendo:
«Miren, el sembrador salió a sembrar.
4 Mientras sembraba, unas semillas cayeron junto al
camino; vinieron las aves y se las comieron.

5 Otras cayeron en terreno pedregoso, donde no había
mucha tierra, y brotaron enseguida porque la tierra no
tenía profundidad.
6 Pero cuando salió el sol, se quemaron y, por no tener
raíz, se secaron.
7 Otras cayeron entre espinos; los espinos crecieron y las
ahogaron.
8 Otras cayeron en la buena tierra y dieron fruto: unas a
ciento, otras a sesenta y otras a treinta por uno.
9 El que tenga oídos, que escuche».

Propósito de las parábolas
(Marcos 4:10–12; Lucas 8:9–10)
10 Los discípulos se acercaron y le preguntaron: «¿Por qué
les hablas en parábolas?».
11 Él les respondió: «Porque a ustedes se les ha dado
conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no
se les ha dado.
12 Porque a quien tiene se le dará y tendrá en
abundancia; pero a quien no tiene se le quitará incluso lo
que tiene.
13 Por eso les hablo en parábolas: porque viendo no ven y
oyendo no oyen ni entienden.
14 En ellos se cumple la profecía de Isaías, que dice:
“Oirán y oirán, pero de ningún modo entenderán;
mirarán y mirarán, pero de ningún modo verán.
15 Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible;
con sus oídos oyen con dificultad y han cerrado sus
ojos, para no ver con los ojos ni oír con los oídos ni
entender con el corazón ni volverse, y que yo los
sane”.
16 Pero dichosos sus ojos, porque ven, y sus oídos, porque
oyen.
17 Porque en verdad les digo que muchos profetas y
justos desearon ver lo que ustedes ven y no lo vieron, y oír
lo que ustedes oyen y no lo oyeron.

Jesús explica la parábola del sembrador
(Marcos 4:13–20; Lucas 8:11–15)
18 Escuchen, pues, la parábola del sembrador.
19 Cuando alguien oye la palabra del reino y no la
entiende, viene el maligno y arrebata lo sembrado en su
corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino.
20 El que fue sembrado en terreno pedregoso es el que
oye la palabra y enseguida la recibe con alegría,

21 pero no tiene raíz en sí mismo y dura poco. Cuando
viene la aflicción o la persecución por causa de la palabra,
enseguida tropieza.
22 El que fue sembrado entre espinos es el que oye la
palabra, pero las preocupaciones de este mundo y el
engaño de las riquezas ahogan la palabra y no da fruto.
23 El que fue sembrado en la buena tierra es el que oye la
palabra y la entiende. Este sí da fruto y produce, uno a
ciento, otro a sesenta y otro a treinta por uno».

Parábola del trigo y la cizaña
24 Les presentó otra parábola: «El reino de los cielos es
semejante a un hombre que sembró buena semilla en su
campo.
25 Pero mientras la gente dormía, vino su enemigo,
sembró cizaña en medio del trigo y se fue.
26 Cuando brotó la planta y dio fruto, apareció también la
cizaña.
27 Los siervos del dueño se acercaron y le dijeron: "Señor,
¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde
viene, entonces, la cizaña?".
28 Él les respondió: "Un enemigo ha hecho esto". Los
siervos le preguntaron: "¿Quieres que vayamos a
recogerla?".
29 Él dijo: "No, no sea que al recoger la cizaña arranquen
con ella el trigo.
30 Dejen que ambos crezcan juntos hasta la cosecha. En el
tiempo de la cosecha diré a los segadores: 'Recojan primero
la cizaña y átenla en manojos para quemarla; pero reúnan
el trigo en mi granero' "».

Parábola de la semilla de mostaza
(Marcos 4:30–32; Lucas 13:18–19)
31 Les presentó otra parábola: «El reino de los cielos es
semejante a un grano de mostaza que un hombre tomó y
sembró en su campo.
32 Es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando
crece es mayor que las hortalizas y se convierte en árbol, de
modo que vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas».

Parábola de la levadura
(Lucas 13:20–21)
33 Les dijo otra parábola: «El reino de los cielos es
semejante a la levadura que una mujer tomó y mezcló con
tres medidas de harina, hasta que toda la masa fermentó».

El uso que Jesús hace de las parábolas
(Marcos 4:33–34; Salmos 78:2)

34 Jesús dijo todas estas cosas a las multitudes en
parábolas; no les hablaba de nada sin parábolas,
35 para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta:
«Abriré mi boca en parábolas;
proclamaré cosas escondidas desde la creación».

Jesús explica la parábola de la cizaña

36 Entonces dejó a las multitudes y entró en la casa. Sus
discípulos se acercaron y le dijeron: «Explícanos la parábola
de la cizaña del campo».
37 Él respondió: «El que siembra la buena semilla es el
Hijo del Hombre.
38 El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos
del reino, y la cizaña son los hijos del maligno.
39 El enemigo que la sembró es el diablo; la cosecha es el
fin de la era y los segadores son los ángeles.
40 Así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así
será al fin de la era.
41 El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, que
recogerán de su reino todo lo que hace tropezar y a los que
practican la maldad,
42 y los arrojarán al horno de fuego. Allí habrá llanto y
rechinar de dientes.
43 Entonces los justos resplandecerán como el sol en el
reino de su Padre. El que tenga oídos, que escuche.

El tesoro escondido

44 El reino de los cielos es semejante a un tesoro
escondido en un campo, que un hombre encontró y volvió
a esconder. Lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y
compra aquel campo.

La perla de gran precio

45 También el reino de los cielos es semejante a un
comerciante que busca perlas finas.
46 Cuando encontró una perla de gran valor, fue, vendió
todo lo que tenía y la compró.

La red y la separación final

47 También el reino de los cielos es semejante a una red
echada al mar que recoge peces de toda clase.
48 Cuando está llena, la sacan a la orilla y, sentados,
recogen los buenos en recipientes y arrojan fuera los malos.
49 Así será al fin de la era: saldrán los ángeles y separarán
a los malvados de entre los justos,
50 y los arrojarán al horno de fuego. Allí habrá llanto y
rechinar de dientes.

Tesoros nuevos y viejos

51 ¿Han entendido todas estas cosas?». Le respondieron:
«Sí».
52 Él les dijo: «Por eso, todo escriba instruido en el reino
de los cielos es semejante al dueño de una casa que saca de
su tesoro cosas nuevas y antiguas».
53 Cuando Jesús terminó estas parábolas, se fue de allí.

Jesús en Nazaret
(Marcos 6:1–6; Lucas 4:16–30)

54 Llegó a su tierra y les enseñaba en su sinagoga. Ellos
estaban asombrados y decían: «¿De dónde le vienen esta
sabiduría y estos milagros?
55 ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su
madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas?
56 ¿No están todas sus hermanas entre nosotros? ¿De
dónde le vienen, entonces, todas estas cosas?».
57 Y tropezaban por causa de él. Pero Jesús les dijo: «Un
profeta no carece de honra sino en su tierra y en su casa».
58 Y no hizo allí muchos milagros por la incredulidad de
ellos.

14

Herodes y la muerte de Juan el Bautista
(Marcos 6:14–29; Lucas 9:7–9)

1 En aquel tiempo Herodes el tetrarca oyó hablar de la
fama de Jesús
2 y dijo a sus siervos: «Este es Juan el Bautista. Ha
resucitado de entre los muertos, y por eso actúan en él los
poderes milagrosos».
3 Porque Herodes había apresado a Juan, lo había atado y
lo había puesto en la cárcel por causa de Herodías, la
esposa de su hermano Felipe.
4 Juan le decía: «No te está permitido tenerla».
5 Herodes quería matarlo, pero temía a la multitud,
porque lo consideraban un profeta.
6 Cuando se celebró el cumpleaños de Herodes, la hija de
Herodías bailó en medio de los invitados y agradó a
Herodes.
7 Por eso él prometió con juramento darle lo que pidiera.
8 Ella, instigada por su madre, dijo: «Dame aquí, en una
bandeja, la cabeza de Juan el Bautista».
9 El rey se entristeció, pero por sus juramentos y por los
que estaban a la mesa con él ordenó que se la dieran.
10 Mandó decapitar a Juan en la cárcel.

11 Su cabeza fue traída en una bandeja y entregada a la
muchacha, y ella se la llevó a su madre.
12 Sus discípulos vinieron, recogieron el cuerpo y lo
enterraron. Después fueron a contárselo a Jesús.

Alimentación de los cinco mil
(Marcos 6:30–44; Lucas 9:10–17; Juan 6:1–14)

13 Al oírlo, Jesús se retiró de allí en una barca a un lugar
despoblado, a solas. Las multitudes se enteraron y lo
siguieron a pie desde las ciudades.
14 Cuando salió, vio una gran multitud, tuvo compasión
de ellos y sanó a sus enfermos.
15 Al atardecer, los discípulos se acercaron y le dijeron:
«El lugar está despoblado y ya es tarde. Despide a las
multitudes para que vayan a las aldeas y se compren
alimentos».
16 Jesús les dijo: «No necesitan irse. Denles ustedes de
comer».
17 Ellos le respondieron: «Aquí solo tenemos cinco panes
y dos peces».
18 Él dijo: «Tráiganmelos aquí».
19 Mandó a las multitudes recostarse sobre la hierba.
Tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al
cielo y pronunció la bendición. Partió los panes y se los dio
a los discípulos, y los discípulos a las multitudes.
20 Todos comieron y quedaron saciados. Recogieron los
pedazos sobrantes: doce canastas llenas.
21 Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin
contar a las mujeres y a los niños.

Jesús anda sobre el mar
(Marcos 6:45–52; Juan 6:15–21)

22 Enseguida hizo que los discípulos subieran a una barca
y se adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a las
multitudes.
23 Después de despedir a las multitudes, subió al monte a
orar a solas. Al anochecer estaba allí solo.
24 La barca ya estaba lejos de tierra, azotada por las olas,
porque el viento era contrario.
25 En la cuarta vigilia de la noche fue hacia ellos
caminando sobre el mar.
26 Cuando los discípulos lo vieron caminando sobre el
mar, se alarmaron y dijeron: «¡Es un fantasma!». Y
gritaron de miedo.
27 Pero Jesús les habló enseguida: «¡Ánimo, soy yo! No
tengan miedo».

28 Pedro le respondió: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti
sobre las aguas».
29 Él dijo: «Ven». Pedro bajó de la barca y caminó sobre
las aguas hacia Jesús.
30 Pero al ver el fuerte viento tuvo miedo y, al comenzar a
hundirse, gritó: «¡Señor, sálvame!».
31 Al instante Jesús extendió la mano, lo sujetó y le dijo:
«Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?».
32 Cuando subieron a la barca, el viento se calmó.
33 Los que estaban en la barca lo adoraron y dijeron:
«Verdaderamente eres Hijo de Dios».

Jesús sana a los enfermos en Genesaret
(Marcos 6:53–56)
34 Después de cruzar, llegaron a tierra, a Genesaret.
35 Los hombres de aquel lugar lo reconocieron y
enviaron aviso por toda la región de alrededor. Le trajeron
a todos los enfermos
36 y le rogaban que les permitiera tocar siquiera el borde
de su manto. Y todos los que lo tocaron quedaron sanos.

15

La tradición y la verdadera pureza
(Marcos 7:1–23)
1 Entonces se acercaron a Jesús unos fariseos y escribas
de Jerusalén y le preguntaron:
2 «¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los
ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen
pan».
3 Él les respondió: «¿Por qué también ustedes quebrantan
el mandamiento de Dios por su tradición?
4 Porque Dios dijo: "Honra a tu padre y a tu madre", y:
"Quien maldiga a su padre o a su madre debe morir".
5 Pero ustedes dicen: "Quien diga a su padre o a su madre:
'Es una ofrenda lo que de mí podrías recibir como ayuda',
6 ya no tiene que honrar a su padre o a su madre". Así
han anulado la palabra de Dios por su tradición.
7 ¡Hipócritas! Bien profetizó Isaías acerca de ustedes al
decir:
8 "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está
lejos de mí.
9 En vano me adoran, enseñando como doctrinas
mandamientos humanos"».

La contaminación que procede del corazón
10 Llamó a la multitud y les dijo: «Escuchen y entiendan:

11 no es lo que entra en la boca lo que contamina al ser
humano; lo que sale de la boca, eso contamina al ser
humano».
12 Entonces se acercaron los discípulos y le dijeron:
«¿Sabes que los fariseos se ofendieron al oír estas
palabras?».
13 Él respondió: «Toda planta que no haya plantado mi
Padre celestial será arrancada de raíz.
14 Déjenlos; son ciegos que guían a ciegos. Si un ciego guía
a otro ciego, ambos caerán en un hoyo».
15 Pedro le dijo: «Explícanos esta parábola».
16 Él respondió: «¿También ustedes siguen sin entender?
17 ¿No comprenden que todo lo que entra en la boca pasa
al vientre y se expulsa a la letrina?
18 Pero lo que sale de la boca procede del corazón, y eso
contamina al ser humano.
19 Porque del corazón salen los malos pensamientos, los
asesinatos, los adulterios, las inmoralidades sexuales, los
robos, los falsos testimonios y las blasfemias.
20 Estas son las cosas que contaminan al ser humano;
comer sin lavarse las manos no contamina al ser humano».

La fe de la mujer cananea
(Marcos 7:24–30)
21 Jesús salió de allí y se retiró a la región de Tiro y Sidón.
22 Una mujer cananea de aquella región salió gritando:
«¡Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija está
terriblemente atormentada por un demonio».
23 Pero él no le respondió palabra. Sus discípulos se
acercaron y le rogaban: «Despídela, porque viene gritando
detrás de nosotros».
24 Él respondió: «Solo fui enviado a las ovejas perdidas de
la casa de Israel».
25 Ella se acercó, se postró ante él y dijo: «¡Señor,
ayúdame!».
26 Él respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos y
echarlo a los perritos».
27 Ella dijo: «Sí, Señor; pero también los perritos comen
las migajas que caen de la mesa de sus amos».
28 Entonces Jesús le respondió: «Mujer, grande es tu fe.
Que te suceda como deseas». Y su hija quedó sana desde
aquel momento.

Jesús sana a muchos
29 Jesús se fue de allí y llegó junto al mar de Galilea.
Subió al monte y se sentó allí.

30 Se le acercaron grandes multitudes, trayendo consigo a
mudos, ciegos, cojos, lisiados y a muchos otros. Los
pusieron a sus pies y él los sanó.
31 La multitud se asombraba al ver a los mudos hablar, a
los lisiados sanos, a los cojos caminar y a los ciegos ver; y
glorificaban al Dios de Israel.

Alimentación de los cuatro mil
(Marcos 8:1–10)
32 Jesús llamó a sus discípulos y dijo: «Tengo compasión
de la multitud, porque ya llevan tres días conmigo y no
tienen qué comer. No quiero despedirlos en ayunas, no sea
que desfallezcan en el camino».
33 Los discípulos le preguntaron: «¿De dónde
conseguiremos en este lugar despoblado tantos panes para
saciar a una multitud tan grande?».
34 Jesús les preguntó: «¿Cuántos panes tienen?». Ellos
respondieron: «Siete, y unos pocos pececitos».
35 Mandó a la multitud recostarse en el suelo.
36 Tomó los siete panes y los peces, dio gracias, los partió
y los iba dando a los discípulos, y los discípulos a las
multitudes.
37 Todos comieron y quedaron saciados. Recogieron los
pedazos sobrantes: siete canastas grandes llenas.
38 Los que comieron eran cuatro mil hombres, sin contar
a las mujeres y a los niños.
39 Después de despedir a las multitudes, subió a la barca
y llegó a la región de Magadán.

16

La demanda de una señal
(Marcos 8:11–13; Lucas 12:54–56)
1 Los fariseos y los saduceos se acercaron y, para ponerlo
a prueba, le pidieron que les mostrara una señal del cielo.
2 Él les respondió: «Al atardecer dicen: “Hará buen
tiempo, porque el cielo está rojo”.
3 Y por la mañana: “Hoy habrá tormenta, porque el cielo
está rojo y nublado”. Saben interpretar el aspecto del cielo,
pero no pueden interpretar las señales de los tiempos.
4 Una generación malvada y adúltera busca una señal,
pero no se le dará otra señal que la de Jonás». Y los dejó y
se fue.

La levadura de los fariseos y saduceos
(Marcos 8:14–21)
5 Al llegar a la otra orilla, los discípulos habían olvidado
llevar panes.

6 Jesús les dijo: «Estén atentos y cuídense de la levadura
de los fariseos y saduceos».
7 Ellos discutían entre sí, diciendo: «No hemos traído
panes».
8 Jesús lo supo y dijo: «Hombres de poca fe, ¿por qué
discuten entre ustedes por no haber traído panes?
9 ¿Todavía no entienden? ¿No recuerdan los cinco panes
para los cinco mil y cuántas canastas recogieron?
10 ¿Ni los siete panes para los cuatro mil y cuántas
canastas grandes recogieron?
11 ¿Cómo no entienden que no les hablaba de panes?
Cuídense de la levadura de los fariseos y saduceos».
12 Entonces comprendieron que no les había dicho que se
cuidaran de la levadura de los panes, sino de la enseñanza
de los fariseos y saduceos.

La confesión de Pedro
(Marcos 8:27–30; Lucas 9:18–21)
13 Cuando Jesús llegó a la región de Cesarea de Filipo,
preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el
Hijo del Hombre?».
14 Ellos respondieron: «Unos dicen que Juan el Bautista;
otros, Elías; y otros, Jeremías o uno de los profetas».
15 Él les preguntó: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?».
16 Simón Pedro respondió: «Tú eres el Cristo, el Hijo del
Dios viviente».
17 Jesús le respondió: «Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás,
porque no te lo revelaron carne ni sangre, sino mi Padre
que está en los cielos.
18 Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca
edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no
prevalecerán contra ella.
19 Te daré las llaves del reino de los cielos. Lo que ates en
la tierra estará atado en los cielos, y lo que desates en la
tierra estará desatado en los cielos».
20 Entonces mandó a los discípulos que no dijeran a nadie
que él era el Cristo.

Jesús anuncia su muerte y resurrección
(Marcos 8:31–38; Marcos 9:1; Lucas 9:22–27)
21 Desde entonces Jesús comenzó a mostrar a sus
discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte
de los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas,
ser muerto y resucitar al tercer día.
22 Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo,
diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá
esto!».

23 Pero él se volvió y dijo a Pedro: «¡Ponte detrás de mí,
Satanás! Eres un tropiezo para mí, porque no piensas en
las cosas de Dios, sino en las de los seres humanos».

Seguir a Jesús y tomar la cruz
24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: «Si alguien quiere
venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz
y me siga.
25 Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero
quien pierda su vida por causa de mí la encontrará.
26 ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si
pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su
alma?
27 Porque el Hijo del Hombre va a venir en la gloria de su
Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno
conforme a sus acciones.
28 En verdad les digo que algunos de los que están aquí
no probarán la muerte antes de ver al Hijo del Hombre
venir en su reino».

17

La transfiguración
(Marcos 9:2–13; Lucas 9:28–36)
1 Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan,
su hermano, y los llevó aparte a un monte alto.
2 Se transfiguró delante de ellos: su rostro resplandeció
como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.
3 Y se les aparecieron Moisés y Elías, conversando con él.
4 Pedro dijo a Jesús: «Señor, es bueno que estemos aquí.
Si quieres, haré aquí tres enramadas: una para ti, una para
Moisés y una para Elías».
5 Mientras aún hablaba, una nube luminosa los cubrió, y
una voz desde la nube dijo: «Este es mi Hijo amado, en
quien me complazco. Escúchenlo a él».
6 Al oírlo, los discípulos cayeron rostro en tierra y
tuvieron mucho miedo.
7 Jesús se acercó, los tocó y dijo: «Levántense y no tengan
miedo».
8 Al levantar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús
solo.
9 Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No
cuenten a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre
haya resucitado de entre los muertos».

Elías, Juan y el sufrimiento del Mesías
10 Los discípulos le preguntaron: «¿Por qué, entonces,
dicen los escribas que Elías debe venir primero?».

11 Él respondió: «Elías viene y restaurará todas las cosas.
12 Pero les digo que Elías ya vino y no lo reconocieron,
sino que hicieron con él cuanto quisieron. Así también el
Hijo del Hombre va a sufrir a manos de ellos».
13 Entonces los discípulos comprendieron que les hablaba
de Juan el Bautista.

Jesús libera y sana a un muchacho
(Marcos 9:14–29; Lucas 9:37–43)
14 Cuando llegaron a la multitud, se le acercó un hombre
que se arrodilló ante él
15 y dijo: «Señor, ten compasión de mi hijo, porque sufre
convulsiones y padece terriblemente. Muchas veces cae en
el fuego y muchas veces en el agua.
16 Lo traje a tus discípulos, pero no pudieron sanarlo».
17 Jesús respondió: «¡Generación incrédula y perversa!
¿Hasta cuándo estaré con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré
que soportarlos? Tráiganmelo aquí».
18 Jesús lo reprendió y el demonio salió de él. El
muchacho quedó sano desde aquel momento.
19 Entonces los discípulos se acercaron a Jesús en privado
y preguntaron: «¿Por qué nosotros no pudimos
expulsarlo?».
20 Él les dijo: «Por su poca fe. Porque en verdad les digo
que, si tienen fe como un grano de mostaza, dirán a este
monte: "Muévete de aquí para allá", y se moverá. Nada les
será imposible.
21 [Pero esta clase no sale sino con oración y ayuno».]

Jesús anuncia que será entregado y resucitará
(Marcos 9:30–32; Lucas 9:43–45)
22 Mientras se reunían en Galilea, Jesús les dijo: «El Hijo
del Hombre va a ser entregado en manos de los seres
humanos.
23 Lo matarán, pero al tercer día resucitará». Y ellos se
entristecieron mucho.

Pago del impuesto del templo
24 Cuando llegaron a Capernaúm, los cobradores del
impuesto del templo se acercaron a Pedro y preguntaron:
«¿Su maestro no paga el impuesto del templo?».
25 Él respondió: «Sí». Cuando entró en la casa, Jesús se le
adelantó y dijo: «¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la
tierra, ¿de quiénes cobran tributos o impuestos: de sus
hijos o de los extraños?».
26 Él respondió: «De los extraños». Jesús le dijo:
«Entonces los hijos están exentos.

27 Pero para no hacerlos tropezar, ve al mar y echa un
anzuelo. Toma el primer pez que salga; al abrirle la boca
encontrarás una moneda grande de plata. Tómala y dásela
por mí y por ti».

18

¿Quién es el mayor?
(Marcos 9:33–37; Lucas 9:46–48)

1 En aquella hora, los discípulos se acercaron a Jesús y le
preguntaron: «¿Quién es el mayor en el reino de los
cielos?».
2 Él llamó a un niño y lo puso en medio de ellos,
3 y dijo: «Les aseguro que, si no cambian y se hacen como
los niños, de ningún modo entrarán en el reino de los cielos.
4 Así que el que se humille como este niño es el mayor en
el reino de los cielos.
5 Y el que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí
me recibe.

Ocasiones de caer
(Marcos 9:42–48; Lucas 17:1–2)

6 Pero al que haga tropezar a uno de estos pequeños que
creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una
piedra de molino movida por un asno y lo hundieran en lo
profundo del mar.
7 ¡Ay del mundo por las ocasiones de tropiezo! Es
inevitable que lleguen los tropiezos, pero ¡ay de la persona
por quien viene el tropiezo!
8 Si tu mano o tu pie te hace tropezar, córtalo y arrójalo
lejos de ti. Más te vale entrar en la vida manco o cojo que,
teniendo dos manos o dos pies, ser arrojado al fuego eterno.
9 Y si tu ojo te hace tropezar, sácalo y arrójalo lejos de ti.
Más te vale entrar en la vida con un solo ojo que, teniendo
dos ojos, ser arrojado al infierno de fuego.

Los pequeños ante el Padre celestial

10 Cuídense de no despreciar a uno de estos pequeños,
porque les digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el
rostro de mi Padre que está en los cielos.
11 [Porque el Hijo del Hombre vino a salvar lo perdido.]

Parábola de la oveja perdida
(Lucas 15:3–7)

12 ¿Qué les parece? Si un hombre tiene cien ovejas y una
de ellas se extravía, ¿no dejará las noventa y nueve en los
montes y saldrá a buscar la extraviada?

13 Y si logra encontrarla, les aseguro que se alegra más
por ella que por las noventa y nueve que no se extraviaron.
14 Así, no es la voluntad de su Padre que está en los cielos
que se pierda uno de estos pequeños.

La corrección y restauración del hermano

15 Si tu hermano peca contra ti, ve y hazle ver su falta, a
solas tú y él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano.
16 Pero si no te escucha, lleva contigo a uno o dos más,
para que todo asunto quede establecido por boca de dos o
tres testigos.
17 Si no los escucha, díselo a la iglesia; y si tampoco
escucha a la iglesia, que sea para ti como un pagano y un
recaudador de impuestos.
18 Les aseguro que todo lo que aten en la tierra estará
atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra estará
desatado en el cielo.
19 De nuevo les aseguro que, si dos de ustedes se ponen
de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan,
mi Padre que está en los cielos la hará por ellos.
20 Porque donde están dos o tres congregados en mi
nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

El perdón que supera la cuenta de las ofensas

21 Entonces Pedro se acercó y le dijo: «Señor, ¿cuántas
veces debo perdonar a mi hermano cuando peque contra
mí? ¿Hasta siete veces?».
22 Jesús le dijo: «No te digo hasta siete veces, sino hasta
setenta veces siete.

El siervo que no quiso perdonar

23 Por eso, el reino de los cielos se compara con un rey
que quiso ajustar cuentas con sus siervos.
24 Cuando comenzó a ajustar cuentas, le llevaron a uno
que le debía millones de monedas de plata.
25 Como no tenía con qué pagar, su amo ordenó que lo
vendieran, junto con su esposa, sus hijos y todo lo que
tenía, para pagar la deuda.
26 Entonces el siervo se postró ante él y le suplicó: “Ten
paciencia conmigo y te lo pagaré todo”.
27 El amo de aquel siervo, movido a compasión, lo dejó
libre y le perdonó la deuda.
28 Pero al salir, aquel siervo encontró a uno de sus
compañeros, que le debía el equivalente a unos cien días de
salario. Lo agarró y lo estrangulaba, diciendo: “¡Paga lo que
debes!”.

29 Su compañero se postró y le rogaba: “Ten paciencia
conmigo y te pagaré”.
30 Pero él no quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel
hasta que pagara la deuda.
31 Cuando sus compañeros vieron lo sucedido, se
entristecieron mucho y fueron a contarle a su amo todo lo
que había pasado.
32 Entonces su amo lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado!
Te perdoné toda aquella deuda porque me lo rogaste.
33 ¿No debías tú también tener compasión de tu
compañero, como yo tuve compasión de ti?”.
34 Su amo, enojado, lo entregó a los torturadores hasta
que pagara todo lo que debía.
35 Así también hará con ustedes mi Padre celestial si cada
uno no perdona de corazón a su hermano».

19

Jesús enseña sobre el divorcio
(Marcos 10:1–12; Lucas 16:18)

1 Cuando Jesús terminó estas palabras, salió de Galilea y
llegó a la región de Judea, al otro lado del Jordán.
2 Lo siguieron grandes multitudes, y allí los sanó.
3 Se le acercaron unos fariseos para ponerlo a prueba y le
preguntaron: «¿Está permitido que un hombre se divorcie
de su esposa por cualquier causa?».
4 Él respondió: «¿No han leído que el Creador, desde el
principio, los hizo varón y mujer,
5 y dijo: “Por esto el hombre dejará a su padre y a su
madre y se unirá a su esposa, y los dos serán una sola
carne”?
6 Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo
que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».
7 Le preguntaron: «¿Por qué, entonces, mandó Moisés
darle un certificado de divorcio y despedirla?».
8 Él les dijo: «Por la dureza de su corazón, Moisés les
permitió divorciarse de sus esposas, pero desde el principio
no fue así.
9 Yo les digo que quien se divorcia de su esposa, excepto
por inmoralidad sexual, y se casa con otra comete
adulterio; y quien se casa con una divorciada comete
adulterio».

Matrimonio y renuncia por causa del reino

10 Los discípulos le dijeron: «Si así es la situación del
hombre con su esposa, no conviene casarse».

11 Él les respondió: «No todos aceptan esta palabra, sino
aquellos a quienes se les ha concedido.
12 Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su
madre; hay eunucos que fueron hechos eunucos por los
seres humanos; y hay eunucos que se hicieron eunucos a sí
mismos por causa del reino de los cielos. Quien pueda
aceptarlo, que lo acepte».

Jesús bendice a los niños
(Marcos 10:13–16; Lucas 18:15–17)
13 Entonces le trajeron unos niños para que pusiera las
manos sobre ellos y orara, pero los discípulos los
reprendieron.
14 Jesús dijo: «Dejen a los niños venir a mí y no se lo
impidan, porque de quienes son como ellos es el reino de
los cielos».
15 Después de poner las manos sobre ellos, se fue de allí.

El joven rico
(Marcos 10:17–31; Lucas 18:18–30)
16 Se le acercó uno y le preguntó: «Maestro, ¿qué cosa
buena debo hacer para tener vida eterna?».
17 Él le respondió: «¿Por qué me preguntas acerca de lo
bueno? Uno solo es bueno. Pero si quieres entrar en la
vida, guarda los mandamientos».
18 Él preguntó: «¿Cuáles?». Jesús respondió: «"No
asesinarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás
falso testimonio,
19 honra a tu padre y a tu madre", y: "Amarás a tu prójimo
como a ti mismo"».
20 El joven le dijo: «Todo esto lo he guardado. ¿Qué me
falta todavía?».
21 Jesús le dijo: «Si quieres ser perfecto, ve, vende tus
bienes y da a los pobres; tendrás un tesoro en los cielos.
Luego ven y sígueme».
22 Al oír esta palabra, el joven se fue triste, porque tenía
muchas posesiones.

La riqueza y la salvación que Dios hace posible
23 Jesús dijo a sus discípulos: «En verdad les digo que
difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos.
24 De nuevo les digo que es más fácil que un camello
entre por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino
de Dios».
25 Al oírlo, los discípulos quedaron muy asombrados y
preguntaron: «¿Quién, entonces, puede ser salvo?».
26 Jesús los miró y les dijo: «Para los hombres esto es
imposible, pero para Dios todo es posible».

La promesa a quienes siguen a Jesús
27 Entonces Pedro le dijo: «Mira, nosotros lo hemos dejado
todo y te hemos seguido. ¿Qué tendremos, entonces?».
28 Jesús les respondió: «En verdad les digo que, en la
renovación, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono
de su gloria, ustedes que me han seguido también se
sentarán en doce tronos para juzgar a las doce tribus de
Israel.
29 Todo el que haya dejado casas, hermanos, hermanas,
padre, madre, esposa, hijos o campos por causa de mi
nombre recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.
30 Pero muchos primeros serán últimos, y muchos últimos,
primeros».

20

Los obreros de la viña
1 «Porque el reino de los cielos es como un propietario que
salió al amanecer a contratar trabajadores para su viñedo.
2 Acordó con los trabajadores pagarles el salario habitual
de un día y los envió a su viñedo.
3 Salió alrededor de las nueve de la mañana y vio a otros
que estaban desocupados en la plaza.
4 Les dijo: "Vayan ustedes también al viñedo y les daré lo
que sea justo".
5 Ellos fueron. Volvió a salir alrededor del mediodía y de
las tres de la tarde, e hizo lo mismo.
6 Alrededor de las cinco de la tarde salió y encontró a
otros que estaban allí. Les dijo: "¿Por qué han estado aquí
todo el día desocupados?".
7 Le respondieron: "Porque nadie nos ha contratado". Él
les dijo: "Vayan ustedes también al viñedo".
8 Al atardecer, el dueño del viñedo le dijo a su
administrador: "Llama a los trabajadores y págales su
salario, comenzando por los últimos hasta llegar a los
primeros".
9 Llegaron los que habían sido contratados alrededor de
las cinco de la tarde y cada uno recibió la paga de una
jornada completa.
10 Cuando llegaron los primeros, pensaron que recibirían
más, pero también ellos recibieron cada uno la paga de una
jornada.
11 Al recibirla, murmuraban contra el propietario,
12 diciendo: "Estos últimos trabajaron una sola hora y los
has igualado a nosotros, que hemos soportado la carga del
día y el calor abrasador".

13 Él le respondió a uno de ellos: “Amigo, no estoy siendo
injusto contigo. ¿No acordaste conmigo la paga de una
jornada?
14 Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último lo
mismo que a ti.
15 ¿No tengo derecho a hacer lo que quiero con lo que es
mío? ¿O tienes envidia porque yo soy bueno?”.
16 Así, los últimos serán primeros y los primeros serán
últimos».

Jesús anuncia su muerte y resurrección en Jerusalén
(Marcos 10:32–34; Lucas 18:31–34)
17 Mientras subía a Jerusalén, Jesús tomó aparte a los
doce discípulos y, por el camino, les dijo:
18 «Miren, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será
entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y lo
condenarán a muerte.
19 Lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo
azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día será resucitado».

Petición de honor para los hijos de Zebedeo
(Marcos 10:35–45)
20 Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo
con sus hijos; se postró ante él y le pidió algo.
21 Él le dijo: «¿Qué quieres?». Ella le respondió: «Ordena
que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu
derecha y otro a tu izquierda».
22 Jesús respondió: «No saben lo que piden. ¿Pueden
beber la copa que yo estoy a punto de beber?». Le dijeron:
«Podemos».
23 Él les dijo: «Mi copa ciertamente la beberán; pero
sentarse a mi derecha y a mi izquierda no me corresponde
concederlo, sino que es para aquellos para quienes lo ha
preparado mi Padre».
24 Cuando los diez oyeron esto, se indignaron contra los
dos hermanos.

La grandeza del servicio y la entrega de Jesús
25 Jesús los llamó y les dijo: «Ustedes saben que los
gobernantes de las naciones las dominan y que los
poderosos ejercen autoridad sobre ellas.
26 Entre ustedes no será así. El que quiera hacerse grande
entre ustedes será su servidor,
27 y el que quiera ser el primero entre ustedes será su
esclavo,
28 así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido,
sino para servir y dar su vida como rescate por muchos».

Dos ciegos reciben la vista
(Marcos 10:46–52; Lucas 18:35–43)
29 Cuando ellos salían de Jericó, una gran multitud lo
siguió.
30 Dos ciegos estaban sentados junto al camino. Al oír que
pasaba Jesús, gritaron: «¡Señor, ten compasión de nosotros,
Hijo de David!».
31 La multitud los reprendió para que se callaran, pero
ellos gritaron aún más fuerte: «¡Señor, ten compasión de
nosotros, Hijo de David!».
32 Jesús se detuvo, los llamó y les dijo: «¿Qué quieren que
haga por ustedes?».
33 Le dijeron: «Señor, que se abran nuestros ojos».
34 Jesús, movido a compasión, les tocó los ojos. Al
instante pudieron ver y lo siguieron.

21

La entrada triunfal en Jerusalén
(Marcos 11:1–11; Lucas 19:28–40; Juan 12:12–19)
1 Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, al
monte de los Olivos, Jesús envió a dos discípulos
2 y les dijo: «Vayan a la aldea que está frente a ustedes.
Enseguida encontrarán una burra atada y un pollino con
ella. Desátenlos y tráiganmelos.
3 Si alguien les dice algo, respondan: "El Señor los
necesita", y enseguida los enviará».
4 Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por medio
del profeta:
5 «Digan a la hija de Sion: "Mira, tu Rey viene a ti, manso y
montado en una burra, en un pollino, cría de un
animal de carga"».
6 Los discípulos fueron e hicieron como Jesús les había
mandado.
7 Trajeron la burra y el pollino, pusieron sobre ellos los
mantos y él se sentó encima.
8 La mayor parte de la multitud extendía sus mantos en
el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las
extendían en el camino.
9 Las multitudes que iban delante de él y las que lo
seguían gritaban: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el
que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!».
10 Cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se
estremeció y preguntaba: «¿Quién es este?».
11 Las multitudes respondían: «Este es el profeta Jesús, de
Nazaret de Galilea».

Purificación del templo
(Marcos 11:15–19; Lucas 19:45–48; Juan 2:13–22)

12 Jesús entró en el templo de Dios y expulsó a todos los
que vendían y compraban en el templo. Volcó las mesas de
los cambistas y las sillas de los que vendían palomas,
13 y les dijo: «Está escrito: "Mi casa será llamada casa de
oración", pero ustedes la convierten en cueva de ladrones».
14 En el templo se le acercaron ciegos y cojos, y él los sanó.
15 Pero los principales sacerdotes y los escribas, al ver las
maravillas que hizo y a los niños que gritaban en el templo:
«¡Hosanna al Hijo de David!», se indignaron
16 y le preguntaron: «¿Oyes lo que dicen estos?». Jesús les
respondió: «Sí. ¿Nunca han leído: "De la boca de los niños y
de los que aún maman preparaste alabanza"?».
17 Los dejó y salió de la ciudad hacia Betania, donde pasó
la noche.

Maldición de la higuera estéril
(Marcos 11:12–14; Marcos 11:20–26)

18 Por la mañana, al regresar a la ciudad, tuvo hambre.
19 Vio una higuera junto al camino y se acercó a ella, pero
no encontró más que hojas. Le dijo: «Nunca jamás vuelva a
salir fruto de ti». Y al instante la higuera se secó.
20 Al verlo, los discípulos se asombraron y preguntaron:
«¿Cómo se secó la higuera al instante?».
21 Jesús les respondió: «En verdad les digo que, si tienen
fe y no dudan, no solo harán lo de la higuera; incluso si
dicen a este monte: "Levántate y échate al mar", sucederá.
22 Y todo lo que pidan en oración, creyendo, lo recibirán».

La autoridad de Jesús
(Marcos 11:27–33; Lucas 20:1–8)

23 Cuando entró en el templo, los principales sacerdotes y
los ancianos del pueblo se acercaron mientras él enseñaba
y le preguntaron: «¿Con qué autoridad haces estas cosas?
¿Quién te dio esta autoridad?».
24 Jesús les respondió: «Yo también les haré una
pregunta. Si me la responden, también yo les diré con qué
autoridad hago estas cosas.
25 El bautismo de Juan, ¿de dónde procedía: del cielo o de
los seres humanos?». Ellos discutían entre sí: «Si decimos:
"Del cielo", nos dirá: "¿Por qué, entonces, no le creyeron?".
26 Pero si decimos: "De los seres humanos", tememos a la
multitud, porque todos consideran a Juan un profeta».
27 Respondieron a Jesús: «No sabemos». Él les dijo:
«Tampoco yo les digo con qué autoridad hago estas cosas.

Parábola de los dos hijos

28 ¿Qué les parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó
al primero y le dijo: "Hijo, ve hoy a trabajar en la viña".
29 Él respondió: "No quiero". Pero después se arrepintió y
fue.
30 Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él respondió:
"Sí, señor", pero no fue.
31 ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?».
Respondieron: «El primero». Jesús les dijo: «En verdad les
digo que los recaudadores de impuestos y las prostitutas
van delante de ustedes al reino de Dios.
32 Porque Juan vino a ustedes por el camino de la justicia
y no le creyeron, pero los recaudadores de impuestos y las
prostitutas sí le creyeron. Ustedes, aun después de verlo,
no se arrepintieron para creerle.

Los labradores malvados
(Marcos 12:1–12; Lucas 20:9–19)

33 Escuchen otra parábola. Había un propietario que
plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un
lagar y construyó una torre. La arrendó a unos labradores
y se fue de viaje.
34 Cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus
siervos a los labradores para recibir sus frutos.
35 Los labradores agarraron a sus siervos: a uno lo
golpearon, a otro lo mataron y a otro lo apedrearon.
36 De nuevo envió a otros siervos, más numerosos que los
primeros, y les hicieron lo mismo.
37 Finalmente les envió a su hijo, diciendo: "Respetarán a
mi hijo".
38 Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí:
"Este es el heredero. Vamos, matémoslo y quedémonos con
su herencia".
39 Lo agarraron, lo echaron fuera de la viña y lo mataron.
40 Cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con
aquellos labradores?».
41 Le respondieron: «A esos malvados les dará una
muerte terrible y arrendará la viña a otros labradores que
le entreguen los frutos a su tiempo».
42 Jesús les dijo: «¿Nunca han leído en las Escrituras:
"La piedra que rechazaron los constructores se ha
convertido en la piedra angular.
Esto vino del Señor y es maravilloso a nuestros ojos"?
43 Por eso les digo que el reino de Dios les será quitado y
será dado a un pueblo que produzca sus frutos.

44 El que caiga sobre esta piedra se hará pedazos, y a
aquel sobre quien ella caiga lo reducirá a polvo».
45 Al oír sus parábolas, los principales sacerdotes y los
fariseos comprendieron que hablaba de ellos.
46 Querían apresarlo, pero tuvieron miedo de las
multitudes, porque lo consideraban un profeta.

22

Parábola de la fiesta de bodas

1 Jesús volvió a hablarles en parábolas y dijo:
2 «El reino de los cielos es semejante a un rey que
preparó la boda de su hijo.
3 Envió a sus siervos a llamar a los invitados a la boda,
pero ellos no querían venir.
4 Volvió a enviar a otros siervos, diciendo: "Digan a los
invitados: 'Miren, he preparado mi comida; mis toros y mis
animales engordados han sido sacrificados y todo está listo.
Vengan a la boda' ".
5 Pero ellos no hicieron caso y se fueron: uno a su campo
y otro a su negocio.
6 Los demás agarraron a sus siervos, los maltrataron y los
mataron.
7 El rey se enfureció; envió a sus tropas, destruyó a
aquellos asesinos e incendió su ciudad.
8 Entonces dijo a sus siervos: "La boda está preparada,
pero los invitados no eran dignos.
9 Vayan, pues, a los cruces de los caminos e inviten a la
boda a cuantos encuentren".
10 Aquellos siervos salieron a los caminos y reunieron a
todos los que encontraron, malos y buenos. La boda se
llenó de invitados.

El invitado sin traje de boda

11 Cuando el rey entró a ver a los invitados, vio allí a un
hombre que no llevaba traje de boda.
12 Le preguntó: "Amigo, ¿cómo entraste aquí sin traje de
boda?". Él se quedó sin palabras.
13 Entonces el rey dijo a los servidores: "Átenlo de pies y
manos y échenlo a las tinieblas de afuera. Allí habrá llanto
y rechinar de dientes".
14 Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos».

La cuestión del tributo
Marcos 12:13–17; Lucas 20:20–26

15 Entonces los fariseos se fueron y se pusieron de
acuerdo para atraparlo en alguna palabra.

16 Le enviaron a sus discípulos junto con los herodianos,
que dijeron: «Maestro, sabemos que eres veraz y que
enseñas con verdad el camino de Dios. No te dejas
impresionar por nadie, porque no miras la apariencia de
las personas.
17 Dinos, pues, qué te parece: ¿Está permitido pagar el
impuesto al César o no?».
18 Jesús, conociendo su malicia, dijo: «¿Por qué me ponen
a prueba, hipócritas?
19 Muéstrenme la moneda del impuesto». Ellos le trajeron
una moneda romana.
20 Él les preguntó: «¿De quién son esta imagen y esta
inscripción?».
21 Le respondieron: «Del César». Entonces les dijo: «Den,
pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».
22 Al oírlo, quedaron asombrados; lo dejaron y se fueron.

La pregunta sobre la resurrección
Marcos 12:18–27; Lucas 20:27–40
23 Aquel día se le acercaron unos saduceos, que dicen que
no hay resurrección, y le preguntaron:
24 «Maestro, Moisés dijo: "Si alguien muere sin tener hijos,
su hermano se casará con su esposa y dará descendencia a
su hermano".
25 Había entre nosotros siete hermanos. El primero se
casó y murió; como no tenía descendencia, dejó su esposa a
su hermano.
26 Lo mismo sucedió con el segundo, con el tercero y con
los siete.
27 Después de todos murió la mujer.
28 En la resurrección, entonces, ¿de cuál de los siete será
esposa? Porque todos la tuvieron».
29 Jesús les respondió: «Están equivocados, porque no
conocen las Escrituras ni el poder de Dios.
30 Porque en la resurrección no se casan ni son dados en
matrimonio, sino que son como los ángeles de Dios en el
cielo.
31 En cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no han
leído lo que Dios les dijo:
32 "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de
Jacob"? Él no es Dios de muertos, sino de vivos».
33 Al oírlo, las multitudes estaban asombradas de su
enseñanza.

El gran mandamiento
Marcos 12:28–34
34 Los fariseos, al oír que había hecho callar a los
saduceos, se reunieron.

35 Uno de ellos, experto en la ley, le preguntó para
ponerlo a prueba:
36 «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?».
37 Él le respondió: «“Amarás al Señor tu Dios con todo tu
corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”.
38 Este es el mandamiento más grande y el primero.
39 El segundo es semejante a este: “Amarás a tu prójimo
como a ti mismo”.
40 De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los
profetas».

¿De quién es hijo el Cristo?
Marcos 12:35–37; Lucas 20:41–44
41 Mientras los fariseos estaban reunidos, Jesús les
preguntó:
42 «¿Qué piensan acerca del Cristo? ¿De quién es hijo?».
Le respondieron: «De David».
43 Él les dijo: «¿Cómo, entonces, David lo llama Señor en
el Espíritu, diciendo:
44 “El Señor dijo a mi Señor: ‘Siéntate a mi derecha hasta que
ponga a tus enemigos debajo de tus pies’ ”?
45 Si David lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?».
46 Nadie podía responderle una palabra y, desde aquel
día, nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

23

Jesús acusa a escribas y fariseos
Marcos 12:38–40; Lucas 11:37–54; Lucas 20:45–47
1 Entonces Jesús habló a las multitudes y a sus discípulos,
2 diciendo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los
escribas y los fariseos.
3 Por tanto, hagan y guarden todo lo que les digan, pero
no actúen conforme a sus obras, porque dicen y no hacen.
4 Atan cargas pesadas y las ponen sobre los hombros de
la gente, pero ellos no quieren moverlas ni con un dedo.
5 Todas sus obras las hacen para ser vistos por la gente.
Ensanchan sus filacterias y alargan sus flecos.
6 Aman los primeros lugares en los banquetes y los
primeros asientos en las sinagogas,
7 los saludos en las plazas y que la gente los llame “Rabí”.

La autoridad y el servicio entre los discípulos
8 Pero ustedes no se hagan llamar “Rabí”, porque uno solo
es su Maestro y todos ustedes son hermanos.
9 No llamen padre suyo a nadie en la tierra, porque uno
solo es su Padre, el celestial.

10 Tampoco se hagan llamar instructores, porque uno
solo es su instructor, el Cristo.
11 El mayor entre ustedes será su servidor.
12 Quien se enaltezca será humillado y quien se humille
será enaltecido.

Advertencias contra una religión hipócrita

13 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Porque
cierran el reino de los cielos delante de la gente. Ustedes no
entran ni dejan entrar a los que están entrando.
14 [¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Porque
devoran las casas de las viudas y, como pretexto, hacen
largas oraciones. Por eso recibirán una condena mayor.]
15 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Porque
recorren mar y tierra para hacer un solo prosélito; y cuando
lo consiguen, lo hacen hijo del infierno dos veces más que
ustedes.

Los juramentos y la responsabilidad de decir la verdad

16 ¡Ay de ustedes, guías ciegos, que dicen: “Quien jure por
el santuario no está obligado a nada, pero quien jure por el
oro del santuario queda obligado”!
17 ¡Necios y ciegos! ¿Qué es mayor: el oro o el santuario
que ha santificado el oro?
18 También dicen: “Quien jure por el altar no está
obligado a nada, pero quien jure por la ofrenda que está
sobre él queda obligado”.
19 ¡Ciegos! ¿Qué es mayor: la ofrenda o el altar que
santifica la ofrenda?
20 Por tanto, quien jura por el altar jura por él y por todo
lo que está sobre él;
21 quien jura por el santuario jura por él y por quien lo
habita;
22 y quien jura por el cielo jura por el trono de Dios y por
quien está sentado en él.
23 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Porque
dan el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, pero
han descuidado lo más importante de la ley: la justicia, la
misericordia y la fe. Debían practicar estas cosas sin
descuidar aquellas.
24 ¡Guías ciegos, que cuelan el mosquito, pero se tragan el
camello!
25 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Porque
limpian lo de fuera de la copa y del plato, pero por dentro
están llenos de robo y desenfreno.
26 ¡Fariseo ciego! Limpia primero el interior de la copa y
del plato, para que también su exterior quede limpio.

27 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Porque se
parecen a sepulcros blanqueados que por fuera parecen
hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de
muertos y de toda impureza.
28 Así también ustedes parecen justos por fuera ante la
gente, pero por dentro están llenos de hipocresía y maldad.
29 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Porque
construyen las tumbas de los profetas y adornan los
monumentos de los justos,
30 y dicen: "Si hubiéramos vivido en los días de nuestros
antepasados, no habríamos sido sus cómplices en la sangre
de los profetas".
31 Así dan testimonio contra ustedes mismos de que son
hijos de quienes asesinaron a los profetas.
32 ¡Llenen ustedes la medida de sus antepasados!
33 ¡Serpientes, cría de víboras! ¿Cómo escaparán de la
condena del infierno?
34 Por eso voy a enviarles profetas, sabios y escribas. A
unos los matarán y crucificarán; a otros los azotarán en sus
sinagogas y los perseguirán de ciudad en ciudad,
35 para que venga sobre ustedes toda la sangre justa
derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo
hasta la sangre de Zacarías, hijo de Berequías, a quien
asesinaron entre el santuario y el altar.
36 En verdad les digo que todo esto vendrá sobre esta
generación.

Lamento de Jesús sobre Jerusalén
Lucas 13:34–35
37 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y
apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise
reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo
las alas, y ustedes no quisieron!
38 Miren, su casa les queda desierta.
39 Porque les digo que desde ahora no me verán hasta
que digan: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!"».

24

Jesús predice la destrucción del templo
Marcos 13:1–2; Lucas 21:5–6
1 Jesús salió del templo y se alejaba cuando sus discípulos
se acercaron para mostrarle los edificios del templo.
2 Él les respondió: «¿No ven todas estas cosas? Les
aseguro que aquí no quedará piedra sobre piedra que no
sea derribada».

Señales antes del fin
Marcos 13:3–23; Lucas 21:7–24

3 Mientras estaba sentado en el monte de los Olivos, los
discípulos se acercaron a él en privado y le dijeron: «Dinos,
¿cuándo sucederán estas cosas y cuál será la señal de tu
venida y del fin de la era?».

Advertencias contra el engaño

4 Jesús les respondió: «Cuídense de que nadie los engañe.
5 Porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: "Yo
soy el Cristo", y engañarán a muchos.
6 Oirán de guerras y rumores de guerras. Tengan cuidado
de no alarmarse, porque es necesario que suceda, pero
todavía no es el fin.
7 Porque se levantará nación contra nación y reino contra
reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares.
8 Todo esto es el comienzo de los dolores de parto.

La fidelidad en medio de la persecución

9 Entonces los entregarán a la tribulación y los matarán, y
serán odiados por todas las naciones por causa de mi
nombre.
10 Entonces muchos tropezarán, se entregarán unos a
otros y se odiarán unos a otros.
11 Se levantarán muchos falsos profetas y engañarán a
muchos.
12 Y al multiplicarse la maldad, se enfriará el amor de
muchos.
13 Pero el que persevere hasta el fin será salvo.
14 Este evangelio del reino será predicado en todo el
mundo habitado como testimonio a todas las naciones, y
entonces vendrá el fin.

La huida ante la profanación del lugar santo

15 Por tanto, cuando vean colocada en el lugar santo la
abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel
(el que lee, que entienda),
16 entonces los que estén en Judea huyan a los montes.
17 El que esté en la azotea no baje a recoger las cosas de
su casa,
18 y el que esté en el campo no vuelva atrás para recoger
su manto.
19 ¡Ay de las embarazadas y de las que estén
amamantando en aquellos días!
20 Oren para que su huida no ocurra en invierno ni en
día de reposo.

21 Porque entonces habrá una gran tribulación como no
ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni
jamás la habrá.
22 Si aquellos días no se acortaran, nadie sobreviviría;
pero por causa de los escogidos aquellos días serán
acortados.

Falsos mesías y venida del Hijo del Hombre

23 Entonces, si alguien les dice: "Miren, aquí está el
Cristo", o: "Aquí está", no lo crean.
24 Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y
harán grandes señales y prodigios para engañar, si fuera
posible, aun a los escogidos.
25 Miren, se lo he dicho de antemano.
26 Así que, si les dicen: "Miren, está en el desierto", no
salgan; o: "Miren, está en los cuartos interiores", no lo
crean.
27 Porque así como el relámpago sale del oriente y brilla
hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre.
28 Donde esté el cadáver, allí se reunirán las águilas.

La venida del Hijo del Hombre
Marcos 13:24–37; Lucas 21:25–36; Lucas 17:25–36; Lucas 12:41–48

29 Inmediatamente después de la tribulación de aquellos
días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor;
las estrellas caerán del cielo y los poderes de los cielos
serán sacudidos.
30 Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el
cielo, y entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra
y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del
cielo con poder y gran gloria.
31 Enviará a sus ángeles con un potente toque de
trompeta y reunirán a sus escogidos de los cuatro vientos,
desde un extremo de los cielos hasta el otro.

La cercanía y la certeza de su palabra

32 Aprendan la parábola de la higuera: cuando su rama
ya está tierna y le brotan las hojas, saben que el verano
está cerca.
33 Así también ustedes, cuando vean todas estas cosas,
sepan que está cerca, a las puertas.
34 Les aseguro que no pasará esta generación hasta que
todas estas cosas sucedan.
35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás
pasarán.

La vigilancia ante el día desconocido

36 En cuanto a aquel día y hora, nadie lo sabe, ni los
ángeles de los cielos ni el Hijo, sino solo el Padre.
37 Porque como en los días de Noé, así será la venida del
Hijo del Hombre.
38 En los días anteriores al diluvio comían y bebían, se
casaban y daban en matrimonio, hasta el día en que Noé
entró en el arca,
39 y no se dieron cuenta hasta que llegó el diluvio y los
arrastró a todos. Así será también la venida del Hijo del
Hombre.
40 Entonces habrá dos en el campo: uno será llevado y el
otro dejado.
41 Dos mujeres estarán moliendo en el molino: una será
llevada y la otra dejada.
42 Así que manténganse en vela, porque no saben qué día
vendrá su Señor.
43 Tengan esto en cuenta: si el dueño de la casa hubiera
sabido a qué hora de la noche venía el ladrón, se habría
mantenido en vela y no habría dejado que abrieran un
boquete en su casa.
44 Por eso, también ustedes estén preparados, porque el
Hijo del Hombre vendrá a una hora que no esperan.

Parábola del siervo fiel y del siervo malvado

45 ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente a quien su
amo puso al frente de su servidumbre para darles el
alimento a su tiempo?
46 Dichoso aquel siervo al que su amo, al llegar, encuentre
haciendo esto.
47 Les aseguro que lo pondrá a cargo de todos sus bienes.
48 Pero si aquel siervo malvado dice en su corazón: “Mi
amo está tardando”,
49 y comienza a golpear a sus compañeros y come y bebe
con los borrachos,
50 vendrá el amo de aquel siervo un día que no espera y a
una hora que no conoce,
51 lo cortará en dos y le asignará su parte con los
hipócritas; allí habrá llanto y rechinar de dientes».

25

Parábola de las diez vírgenes

1 «Entonces el reino de los cielos será comparado con diez
vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro
del novio.
2 Cinco de ellas eran insensatas y cinco prudentes.

3 Las insensatas tomaron sus lámparas, pero no llevaron
aceite consigo;
4 las prudentes, en cambio, llevaron aceite en recipientes
junto con sus lámparas.
5 Como el novio se demoraba, a todas les dio sueño y se
durmieron.
6 A medianoche se oyó un grito: "¡Miren, el novio! ¡Salgan
a recibirlo!".
7 Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y
prepararon sus lámparas.
8 Las insensatas les dijeron a las prudentes: "Dennos de
su aceite, porque nuestras lámparas se están apagando".
9 Las prudentes respondieron: "Podría no alcanzar para
nosotras y para ustedes; mejor vayan a los vendedores y
compren para ustedes mismas".
10 Mientras ellas iban a comprar, llegó el novio. Las que
estaban preparadas entraron con él a la boda y se cerró la
puerta.
11 Después llegaron también las demás vírgenes,
diciendo: "¡Señor, señor, ábrenos!".
12 Pero él respondió: "Les aseguro que no las conozco".
13 Así que manténganse en vela, porque no saben el día ni
la hora.

Parábola de los talentos
14 Porque es como un hombre que, al irse de viaje, llamó
a sus siervos y les entregó sus bienes.
15 A uno le dio cinco bolsas de plata, a otro dos y a otro
una, a cada uno según su capacidad, y se fue de viaje. De
inmediato,
16 el que había recibido las cinco bolsas de plata fue a
trabajar con ellas y ganó otras cinco;
17 de igual manera, el que había recibido dos ganó otras
dos.
18 Pero el que había recibido una se fue, cavó en la tierra
y escondió el dinero de su amo.
19 Después de mucho tiempo, volvió el amo de aquellos
siervos y ajustó cuentas con ellos.
20 Se acercó el que había recibido cinco bolsas de plata y
presentó otras cinco bolsas de plata, diciendo: "Amo, me
entregaste cinco bolsas de plata. Mira, he ganado otras
cinco bolsas de plata".
21 Su amo le dijo: "¡Bien hecho, siervo bueno y fiel! Has
sido fiel en pocas cosas; te pondré a cargo de muchas.
Entra en el gozo de tu amo".

22 También se acercó el que había recibido dos bolsas de
plata y dijo: “Amo, me entregaste dos bolsas de plata. Mira,
he ganado otras dos bolsas de plata”.
23 Su amo le dijo: “¡Bien hecho, siervo bueno y fiel! Has
sido fiel en pocas cosas; te pondré a cargo de muchas.
Entra en el gozo de tu amo”.
24 Se acercó también el que había recibido una bolsa de
plata y dijo: “Amo, sabía que eres un hombre duro, que
cosechas donde no sembraste y recoges donde no
esparciste.
25 Tuve miedo, fui y escondí tu bolsa de plata en la tierra.
Mira, aquí tienes lo que es tuyo”.
26 Su amo le respondió: “¡Siervo malvado y perezoso!
¿Sabías que cosecho donde no sembré y recojo donde no
esparcí?
27 Entonces debías haber dejado mi dinero con los
banqueros, y al volver yo habría recibido lo mío con
intereses.
28 Quítenle, pues, la bolsa de plata y dénsela al que tiene
las diez bolsas de plata.
29 Porque a todo el que tiene se le dará y tendrá
abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le
quitará.
30 Y al siervo inútil arrójenlo a la oscuridad de afuera; allí
habrá llanto y rechinar de dientes”.

El juicio de las naciones

31 Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos
los ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria.
32 Todas las naciones serán reunidas delante de él, y
separará a unos de otros como el pastor separa las ovejas
de los cabritos.
33 Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su
izquierda.
34 Entonces el Rey dirá a los de su derecha: “Vengan,
benditos de mi Padre; hereden el reino preparado para
ustedes desde la fundación del mundo.
35 Porque tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y
me dieron de beber; fui forastero y me acogieron;
36 estuve desnudo y me vistieron; enfermo y me
visitaron; en la cárcel y vinieron a verme”.
37 Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te
vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos
de beber?
38 ¿Y cuándo te vimos forastero y te acogimos, o desnudo
y te vestimos?

39 ¿Y cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a
verte?".
40 El Rey les responderá: "Les aseguro que, cuando lo
hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí
me lo hicieron".
41 Entonces dirá también a los de la izquierda: "Apártense
de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y
sus ángeles.
42 Porque tuve hambre y no me dieron de comer; tuve
sed y no me dieron de beber;
43 fui forastero y no me acogieron; estuve desnudo y no
me vistieron; enfermo y en la cárcel y no me visitaron".
44 Entonces también ellos responderán: "Señor, ¿cuándo te
vimos con hambre o con sed, o forastero, o desnudo, o
enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?".
45 Él les responderá: "Les aseguro que, cuando no lo
hicieron a uno de estos más pequeños, tampoco a mí me lo
hicieron".
46 Y estos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida
eterna».

26

El complot para prender a Jesús
Paralelos: Marcos 14:1–2; Lucas 22:1–2. Antecedente relacionado: Juan 11:45–53.

1 Cuando Jesús terminó todas estas palabras, dijo a sus
discípulos:
2 «Saben que dentro de dos días es la Pascua, y el Hijo del
Hombre será entregado para ser crucificado».
3 Entonces los principales sacerdotes y los ancianos del
pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote,
llamado Caifás,
4 y acordaron apresar a Jesús con engaño y matarlo.
5 Pero decían: «Durante la fiesta no, para que no se
produzca un alboroto en el pueblo».

Jesús es ungido en Betania
Paralelos: Marcos 14:3–9; Juan 12:1–8.

6 Mientras Jesús estaba en Betania, en casa de Simón el
leproso,
7 se le acercó una mujer con un frasco de alabastro lleno
de un perfume muy costoso y lo derramó sobre su cabeza
mientras él estaba a la mesa.
8 Al verlo, los discípulos se indignaron y dijeron: «¿Para
qué este desperdicio?
9 Esto se podía haber vendido por mucho dinero y
habérselo dado a los pobres».

10 Jesús, al darse cuenta, les dijo: «¿Por qué molestan a
esta mujer? Ha hecho una buena obra conmigo.
11 Porque a los pobres los tienen siempre con ustedes,
pero a mí no me tendrán siempre.
12 Al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho
para preparar mi sepultura.
13 En verdad les digo: dondequiera que se proclame este
evangelio en todo el mundo, también se contará lo que ella
ha hecho, en memoria de ella».

Judas ofrece entregar a Jesús
Paralelos: Marcos 14:10–11; Lucas 22:3–6.
14 Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue
a los principales sacerdotes
15 y les dijo: «¿Qué quieren darme para que yo se lo
entregue?». Ellos le pesaron treinta piezas de plata.
16 Desde entonces buscaba una oportunidad para
entregarlo.

Institución de la Cena del Señor
Preparativos y cena: Marcos 14:12–25; Lucas 22:7–23.
Anuncio de la traición: Juan 13:21–30. Cena del Señor: 1
Corintios 11:23–26.
17 El primer día de los Panes sin Levadura, los discípulos
se acercaron a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que
te preparemos la cena de Pascua?».
18 Él dijo: «Vayan a la ciudad, a cierto hombre, y díganle:
"El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; celebraré la Pascua
en tu casa con mis discípulos"».
19 Los discípulos hicieron lo que Jesús les había mandado
y prepararon la Pascua.

El anuncio de la traición
20 Al atardecer, él se sentó a la mesa con los doce
discípulos.
21 Mientras comían, dijo: «En verdad les digo que uno de
ustedes me entregará».
22 Ellos, profundamente entristecidos, comenzaron a
preguntarle uno por uno: «¿Acaso soy yo, Señor?».
23 Él respondió: «El que ha metido conmigo la mano en el
plato, ese me entregará.
24 El Hijo del Hombre se va, tal como está escrito de él;
pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es
entregado! Más le valdría a ese hombre no haber nacido».
25 Judas, el que lo entregaba, preguntó: «¿Acaso soy yo,
Rabí?». Jesús le dijo: «Tú lo has dicho».

El pan y la copa del pacto

26 Mientras comían, Jesús tomó pan, pronunció la
bendición, lo partió y lo dio a los discípulos, diciendo:
«Tomen, coman; esto es mi cuerpo».
27 Luego tomó una copa, dio gracias y se la dio, diciendo:
«Beban de ella todos,
28 porque esta es mi sangre del pacto, que es derramada
por muchos para el perdón de los pecados.
29 Les digo que desde ahora no beberé de este fruto de la
vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con ustedes en el
reino de mi Padre».

Jesús anuncia la negación de Pedro
Paralelo: Marcos 14:26–31. Anuncios relacionados: Lucas 22:31–34; Juan 13:36–38.

30 Después de cantar un himno, salieron al monte de los
Olivos.

31 Entonces Jesús les dijo: «Todos ustedes tropezarán por
causa de mí esta noche, porque está escrito:
"Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño".
32 Pero después de resucitar, iré delante de ustedes a
Galilea».
33 Pedro le respondió: «Aunque todos tropiecen por causa
de ti, yo jamás tropezaré».
34 Jesús le dijo: «En verdad te digo que esta noche, antes
de que cante el gallo, me negarás tres veces».
35 Pedro le dijo: «Aunque tenga que morir contigo, jamás
te negaré». Y todos los discípulos dijeron lo mismo.

Jesús ora en Getsemaní
Paralelos: Marcos 14:32–42; Lucas 22:39–46.

36 Entonces Jesús fue con ellos a un lugar llamado
Getsemaní y dijo a los discípulos: «Siéntense aquí mientras
voy allá a orar».
37 Se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y
comenzó a entristecerse y a angustiarse.
38 Entonces les dijo: «Mi alma está profundamente triste,
hasta la muerte. Quédense aquí y velen conmigo».
39 Se adelantó un poco, cayó rostro en tierra y oró: «Padre
mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero que no
sea como yo quiero, sino como tú».
40 Volvió a los discípulos y los encontró dormidos. Le dijo
a Pedro: «¿Así que no pudieron velar conmigo ni una hora?
41 Velen y oren para que no entren en tentación. El
espíritu está dispuesto, pero la carne es débil».

42 Se alejó de nuevo, por segunda vez, y oró: «Padre mío,
si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu
voluntad».
43 Volvió y los encontró dormidos otra vez, porque tenían
los ojos cargados de sueño.
44 Los dejó y se alejó de nuevo para orar por tercera vez,
diciendo las mismas palabras.
45 Entonces volvió a los discípulos y les dijo: «Duerman ya
y descansen. Miren, ha llegado la hora, y el Hijo del
Hombre es entregado en manos de pecadores.
46 ¡Levántense, vamos! Miren, se acerca el que me
entrega».

Arresto de Jesús
Paralelos: Marcos 14:43–50; Lucas 22:47–53; Juan 18:2–11.

47 Todavía estaba hablando cuando llegó Judas, uno de
los Doce, acompañado de una gran multitud con espadas y
palos, enviada por los principales sacerdotes y los ancianos
del pueblo.
48 El que lo entregaba les había dado una señal: «Al que
yo bese, ese es; aprésenlo».
49 Enseguida se acercó a Jesús y dijo: «¡Saludos, Rabí!». Y
lo besó.
50 Jesús le dijo: «Amigo, haz lo que has venido a hacer».
Entonces se acercaron, echaron mano a Jesús y lo
apresaron.
51 En ese momento, uno de los que estaban con Jesús
extendió la mano, sacó su espada e hirió al siervo del sumo
sacerdote, cortándole la oreja.
52 Entonces Jesús le dijo: «Vuelve tu espada a su lugar,
porque todos los que toman la espada, por la espada
morirán.
53 ¿O piensas que no puedo pedir ayuda a mi Padre, y que
ahora mismo pondría a mi disposición más de doce
legiones de ángeles?
54 Pero, entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que
dicen que esto debe suceder así?».
55 En aquel momento Jesús dijo a las multitudes: «¿Han
salido con espadas y palos para arrestarme, como si fuera
un bandido? Cada día me sentaba a enseñar en el templo, y
no me apresaron.
56 Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las
Escrituras de los profetas». Entonces todos los discípulos lo
abandonaron y huyeron.

Jesús ante el concilio
Paralelo: Marcos 14:53–65. Relatos relacionados: Lucas 22:54; Lucas 22:63–71; Juan 18:12–14; Juan 18:19–24.

57 Los que habían apresado a Jesús lo llevaron ante
Caifás, el sumo sacerdote, donde estaban reunidos los
escribas y los ancianos.
58 Pedro lo seguía de lejos hasta el patio del sumo
sacerdote. Entró y se sentó con los guardias para ver en
qué terminaba todo.
59 Los principales sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban
un testimonio falso contra Jesús para darle muerte,
60 pero no lo encontraban, aunque se presentaron
muchos testigos falsos. Finalmente se presentaron dos
61 que dijeron: «Este dijo: "Puedo destruir el santuario de
Dios y reconstruirlo en tres días"».
62 El sumo sacerdote se levantó y le dijo: «¿No respondes
nada? ¿Qué es esto que testifican contra ti?».
63 Pero Jesús guardaba silencio. El sumo sacerdote le dijo:
«Te conjuro por el Dios viviente a que nos digas si tú eres el
Cristo, el Hijo de Dios».
64 Jesús le dijo: «Tú lo has dicho. Además, les digo que
desde ahora verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha
del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo».
65 Entonces el sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y
dijo: «¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de
testigos? Acaban de oír la blasfemia.
66 ¿Qué les parece?». Ellos respondieron: «Merece la
muerte».
67 Entonces le escupieron en el rostro y le dieron
puñetazos; otros lo abofetearon,
68 diciendo: «Profetízanos, Cristo: ¿quién te ha golpeado?».

Pedro niega a Jesús
Paralelos: Marcos 14:66–72; Lucas 22:55–62; Juan 18:15–18; Juan 18:25–27.

69 Pedro estaba sentado afuera, en el patio. Una criada se
le acercó y le dijo: «Tú también estabas con Jesús el galileo».
70 Pero él lo negó delante de todos, diciendo: «No sé de
qué hablas».
71 Cuando salió al portal, lo vio otra criada y dijo a los que
estaban allí: «Este estaba con Jesús el nazareno».
72 Él volvió a negarlo, con juramento: «No conozco a ese
hombre».
73 Poco después se acercaron los que estaban allí y le
dijeron a Pedro: «Sin duda tú también eres uno de ellos,
porque hasta tu manera de hablar te delata».

74 Entonces comenzó a maldecir y a jurar: «¡No conozco a
ese hombre!». Enseguida cantó un gallo.
75 Pedro se acordó de lo que Jesús había dicho: «Antes de
que cante el gallo, me negarás tres veces». Y salió afuera y
lloró amargamente.

27

Jesús ante Pilato
Paralelos: Marcos 15:1; Lucas 23:1–2; Juan 18:28–32.
1 Al amanecer, todos los principales sacerdotes y los
ancianos del pueblo tomaron una decisión contra Jesús
para darle muerte.
2 Lo ataron, se lo llevaron y lo entregaron a Pilato, el
gobernador.

Muerte de Judas
3 Entonces Judas, el que lo había entregado, al ver que
había sido condenado, sintió remordimiento y devolvió las
treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los
ancianos,
4 diciendo: «He pecado al entregar sangre inocente».
Ellos respondieron: «¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá
tú!».
5 Él arrojó las piezas de plata en el santuario y se retiró.
Luego se fue y se ahorcó.
6 Los principales sacerdotes recogieron las piezas de
plata y dijeron: «No está permitido echarlas en el tesoro de
las ofrendas, porque son precio de sangre».
7 Después de deliberar, compraron con ellas el campo del
alfarero para sepultar a los extranjeros.
8 Por eso aquel campo se llama Campo de Sangre hasta el
día de hoy.
9 Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta
Jeremías: «Tomaron las treinta piezas de plata, el precio del
que fue valorado, a quien pusieron precio los hijos de
Israel,
10 y las dieron por el campo del alfarero, como me
ordenó el Señor».

Pilato interroga a Jesús
Paralelos: Marcos 15:2–5; Lucas 23:3–5; Juan 18:33–38.
11 Jesús compareció ante el gobernador. El gobernador le
preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús respondió:
«Tú lo dices».
12 Pero cuando los principales sacerdotes y los ancianos
lo acusaban, no respondió nada.

13 Entonces Pilato le dijo: «¿No oyes cuántas cosas
testifican contra ti?».
14 Pero él no le respondió ni una sola palabra, de modo
que el gobernador se asombraba mucho.

Jesús sentenciado a muerte
Paralelos: Marcos 15:6–20; Lucas 23:13–25; Juan 18:38–40; Juan 19:1–16.
15 Durante la fiesta, el gobernador acostumbraba poner
en libertad para la multitud a un preso, el que ellos
quisieran.
16 Tenían entonces a un preso conocido llamado Jesús
Barrabás.
17 Así que, cuando estuvieron reunidos, Pilato les dijo:
«¿A quién quieren que les ponga en libertad: a Jesús
Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?».
18 Porque sabía que lo habían entregado por envidia.
19 Mientras estaba sentado en el tribunal, su esposa le
mandó decir: «No tengas nada que ver con ese justo,
porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él».
20 Pero los principales sacerdotes y los ancianos
persuadieron a las multitudes para que pidieran a
Barrabás y dieran muerte a Jesús.
21 El gobernador les preguntó: «¿A cuál de los dos quieren
que les ponga en libertad?». Ellos dijeron: «A Barrabás».
22 Pilato les dijo: «Entonces, ¿qué haré con Jesús, llamado
el Cristo?». Todos respondieron: «¡Que sea crucificado!».
23 Él preguntó: «¿Pues qué mal ha hecho?». Pero ellos
gritaban aún más: «¡Que sea crucificado!».
24 Cuando Pilato vio que no conseguía nada y que, más
bien, se estaba formando un alboroto, tomó agua y se lavó
las manos delante de la multitud, diciendo: «Soy inocente
de esta sangre. ¡Allá ustedes!».
25 Todo el pueblo respondió: «¡Que su sangre caiga sobre
nosotros y sobre nuestros hijos!».
26 Entonces les puso en libertad a Barrabás y, después de
mandar azotar a Jesús, lo entregó para que fuera
crucificado.

Los soldados se burlan de la realeza de Jesús
27 Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al
pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía.
28 Lo desnudaron y le pusieron un manto escarlata.
29 Trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la
cabeza, y una caña en la mano derecha. Luego se
arrodillaban ante él y se burlaban, diciendo: «¡Saludos, rey
de los judíos!».

30 Le escupían, tomaban la caña y lo golpeaban en la
cabeza.
31 Después de burlarse de él, le quitaron el manto, le
pusieron su ropa y se lo llevaron para crucificarlo.

Crucifixión y muerte de Jesús
Marcos 15:21–41; Lucas 23:26–49; Juan 19:17–30
32 Al salir, encontraron a un hombre de Cirene llamado
Simón, y lo obligaron a llevar la cruz de Jesús.
33 Llegaron a un lugar llamado Gólgota, que significa
Lugar de la Calavera.
34 Le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero,
después de probarlo, no quiso beber.
35 Después de crucificarlo, se repartieron su ropa
echando suertes.
36 Luego se sentaron e hicieron guardia allí.
37 Sobre su cabeza pusieron escrita la acusación contra él:
«Este es Jesús, el rey de los judíos».
38 Entonces crucificaron con él a dos bandidos, uno a su
derecha y otro a su izquierda.
39 Los que pasaban lo insultaban, moviendo la cabeza
40 y diciendo: «Tú que destruyes el santuario y lo
reconstruyes en tres días, ¡sálvate a ti mismo! Si eres Hijo
de Dios, ¡baja de la cruz!».
41 De la misma manera, los principales sacerdotes, junto
con los escribas y los ancianos, se burlaban y decían:
42 «A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse. Es el rey
de Israel; que baje ahora de la cruz y creeremos en él.
43 Ha confiado en Dios; que ahora lo libre, si lo quiere,
porque dijo: "Soy Hijo de Dios"».
44 También los bandidos crucificados con él lo insultaban
de la misma manera.

La muerte de Jesús y las señales que la acompañan
45 Desde el mediodía hubo oscuridad sobre toda la tierra
hasta las tres de la tarde.
46 Cerca de las tres de la tarde, Jesús clamó con voz
fuerte: «Elí, Elí, ¿lema sabactani?», que significa: «Dios mío,
Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».
47 Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían: «Este
está llamando a Elías».
48 Enseguida uno de ellos corrió, tomó una esponja, la
empapó de vinagre y, poniéndola en una caña, le daba de
beber.
49 Pero los demás decían: «Espera, veamos si viene Elías a
salvarlo».
50 Jesús volvió a clamar con voz fuerte y entregó el
espíritu.

51 Y en ese momento la cortina del santuario se rasgó en
dos, de arriba abajo; la tierra tembló y las rocas se
partieron.
52 Los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos
que habían muerto resucitaron.
53 Después de la resurrección de Jesús, salieron de los
sepulcros, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a
muchos.
54 El centurión y los que estaban con él custodiando a
Jesús, al ver el terremoto y lo sucedido, tuvieron mucho
miedo y dijeron: «Verdaderamente este era Hijo de Dios».
55 Había allí muchas mujeres mirando de lejos; habían
seguido a Jesús desde Galilea para servirle.
56 Entre ellas estaban María Magdalena, María la madre
de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Jesús es sepultado
Marcos 15:42–47; Lucas 23:50–56; Juan 19:38–42
57 Al atardecer llegó un hombre rico de Arimatea llamado
José, que también se había hecho discípulo de Jesús.
58 Se presentó ante Pilato y pidió el cuerpo de Jesús.
Entonces Pilato ordenó que se lo entregaran.
59 José tomó el cuerpo, lo envolvió en un lienzo limpio
60 y lo puso en su propio sepulcro nuevo, que había
excavado en la roca. Después hizo rodar una gran piedra
hasta la entrada del sepulcro y se fue.
61 María Magdalena y la otra María estaban allí, sentadas
frente a la tumba.

La guardia ante la tumba
62 Al día siguiente, después del día de la Preparación, los
principales sacerdotes y los fariseos se reunieron ante
Pilato
63 y le dijeron: «Señor, recordamos que aquel engañador
dijo, cuando aún vivía: "Después de tres días resucitaré".
64 Por eso, ordena que se asegure la tumba hasta el tercer
día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al
pueblo: "Ha resucitado de entre los muertos". Así el último
engaño sería peor que el primero».
65 Pilato les dijo: «Tienen una guardia. Vayan y asegúrenla
lo mejor que sepan».
66 Ellos fueron y aseguraron la tumba, sellando la piedra
y poniendo la guardia.

28

La resurrección
Marcos 16:1–8; Lucas 24:1–12; Juan 20:1–10

1 Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la
semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver la
tumba.
2 Y hubo un gran terremoto, porque un ángel del Señor
bajó del cielo, se acercó, hizo rodar la piedra y se sentó
sobre ella.
3 Su aspecto era como un relámpago, y su ropa, blanca
como la nieve.
4 Los guardias temblaron de miedo ante él y quedaron
como muertos.
5 El ángel dijo a las mujeres: «Ustedes no tengan miedo,
porque sé que buscan a Jesús, el que fue crucificado.
6 No está aquí, porque ha resucitado, como había dicho.
Vengan y vean el lugar donde estaba.
7 Vayan pronto y digan a sus discípulos que ha resucitado
de entre los muertos. Miren, va delante de ustedes a
Galilea; allí lo verán. Ya se lo he dicho».
8 Ellas salieron rápidamente del sepulcro, con miedo y
gran alegría, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos.
9 Y en ese momento Jesús les salió al encuentro, diciendo:
«¡Saludos!». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y lo
adoraron.
10 Entonces Jesús les dijo: «No tengan miedo. Vayan y
avisen a mis hermanos que se dirijan a Galilea; allí me
verán».

El informe de la guardia

11 Mientras ellas iban, algunos de la guardia fueron a la
ciudad y contaron a los principales sacerdotes todo lo que
había sucedido.
12 Estos se reunieron con los ancianos, deliberaron y
dieron mucho dinero a los soldados,
13 diciendo: «Digan: "Sus discípulos vinieron de noche y lo
robaron mientras nosotros dormíamos".
14 Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros lo
convenceremos y les evitaremos preocupaciones».
15 Ellos tomaron el dinero e hicieron lo que les habían
indicado. Y esta historia se ha difundido entre los judíos
hasta el día de hoy.

La gran comisión
Encargos relacionados del Resucitado: Marcos 16:14–18; Lucas 24:36–49; Juan 20:19–23

16 Los once discípulos fueron a Galilea, al monte que Jesús
les había indicado.
17 Cuando lo vieron, lo adoraron, aunque algunos
dudaron.
18 Jesús se acercó y les habló, diciendo: «Toda autoridad
me ha sido dada en el cielo y en la tierra.

19 Por eso, vayan y hagan discípulos de todas las naciones,
bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del
Espíritu Santo,
20 enseñándoles a cumplir todo lo que les he mandado. Y
miren, yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin de
esta era».

Marcos

Predicación de Juan el Bautista
Mateo 3:1–12; Lucas 3:1–9, Lucas 3:15–17; Juan 1:19–28

1 Comienzo del evangelio de Jesucristo.
2 Como está escrito en el profeta Isaías:
«Mira, yo envío a mi mensajero delante de ti, quien
preparará tu camino.
3 Una voz clama en el desierto: "Preparen el camino del
Señor;
hagan rectas sus sendas"».
4 Juan el Bautista apareció en el desierto, proclamando un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados.
5 Toda la región de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él y, confesando sus pecados, eran bautizados por él en el río Jordán.
6 Juan vestía ropa de pelo de camello y llevaba un cinturón de cuero a la cintura; comía langostas y miel silvestre.
7 Y proclamaba: «Detrás de mí viene uno más poderoso que yo, ante quien no soy digno de agacharme a desatar la correa de sus sandalias.
8 Yo los he bautizado con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo».

El bautismo de Jesús
Mateo 3:13–17; Lucas 3:21–22. Testimonio relacionado: Juan 1:29–34

9 En aquellos días, Jesús vino de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán.
10 Enseguida, mientras salía del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu descendía sobre él como una paloma.
11 Y vino una voz de los cielos: «Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco».

Tentación de Jesús
Mateo 4:1–11; Lucas 4:1–13

12 Enseguida el Espíritu lo impulsó al desierto.
13 Estuvo en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba entre las fieras, y los ángeles le servían.

Jesús anuncia el reino de Dios en Galilea
Mateo 4:12–17; Lucas 4:14–15

14 Después de que Juan fue entregado, Jesús fue a Galilea
proclamando el evangelio de Dios
15 y diciendo: «Se ha cumplido el tiempo y se ha acercado
el reino de Dios. Arrepiéntanse y crean en el evangelio».

Jesús llama a cuatro pescadores
Mateo 4:18–22. Relato relacionado del llamado: Lucas 5:1–11
16 Mientras pasaba junto al mar de Galilea, vio a Simón y
a Andrés, hermano de Simón, echando las redes en el mar,
porque eran pescadores.
17 Jesús les dijo: «Síganme, y haré que sean pescadores de
hombres».
18 Enseguida dejaron las redes y lo siguieron.
19 Un poco más adelante vio a Jacobo, hijo de Zebedeo, y
a su hermano Juan, que también estaban en una barca,
reparando las redes.
20 Enseguida los llamó, y ellos dejaron a su padre Zebedeo
en la barca con los jornaleros y se fueron detrás de él.

Un hombre que tenía un espíritu inmundo
Lucas 4:31–37
21 Entraron en Capernaúm, y enseguida, el sábado, Jesús
enseñaba en la sinagoga.
22 Se asombraban de su enseñanza, porque les enseñaba
como quien tiene autoridad, y no como los escribas.
23 En ese momento había en la sinagoga de ellos un
hombre con un espíritu impuro, que gritó:
24 «¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús nazareno?
¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el Santo de Dios».
25 Jesús lo reprendió, diciendo: «¡Cállate y sal de él!».
26 El espíritu impuro sacudió violentamente al hombre y,
dando un fuerte grito, salió de él.
27 Todos quedaron asombrados y discutían entre sí:
«¿Qué es esto? ¡Una enseñanza nueva! Con autoridad
manda incluso a los espíritus impuros, y lo obedecen».
28 Y enseguida su fama se extendió por todas partes, por
toda la región de Galilea.

Jesús sana a la suegra de Pedro
Mateo 8:14–15; Lucas 4:38–39
29 En cuanto salieron de la sinagoga, fueron a la casa de
Simón y de Andrés, con Jacobo y Juan.
30 La suegra de Simón estaba acostada con fiebre, y
enseguida le hablaron de ella.
31 Él se acercó, la tomó de la mano y la levantó. La fiebre
la dejó, y ella se puso a servirles.

Muchos sanados al ponerse el sol
Mateo 8:16–17; Lucas 4:40–41
32 Al atardecer, cuando se puso el sol, le llevaban a todos
los enfermos y a los endemoniados.
33 Toda la ciudad estaba reunida a la puerta.
34 Él sanó a muchos que padecían diversas enfermedades
y expulsó a muchos demonios; pero no dejaba hablar a los
demonios, porque lo conocían.

Jesús recorre Galilea predicando
Lucas 4:42–44
35 Muy de madrugada, cuando aún estaba oscuro, se
levantó, salió y se fue a un lugar solitario; allí oraba.
36 Simón y los que estaban con él salieron a buscarlo.
37 Lo encontraron y le dijeron: «Todos te están buscando».
38 Él les dijo: «Vayamos a otro lugar, a los pueblos vecinos,
para que también predique allí, porque para esto he
salido».
39 Y fue por toda Galilea, predicando en sus sinagogas y
expulsando demonios.

Jesús sana a un leproso
Mateo 8:1–4; Lucas 5:12–16
40 Un leproso se acercó a él, suplicándole de rodillas: «Si
quieres, puedes limpiarme».
41 Indignado, extendió la mano, lo tocó y le dijo: «Quiero;
queda limpio».
42 Enseguida la lepra lo dejó y quedó limpio.
43 Jesús lo despidió de inmediato con una advertencia
severa,
44 diciéndole: «Mira, no le digas nada a nadie; ve,
preséntate ante el sacerdote y ofrece por tu purificación lo
que mandó Moisés, para testimonio ante ellos».
45 Pero él salió y comenzó a proclamarlo ampliamente y a
difundir la noticia, de modo que Jesús ya no podía entrar
abiertamente en ninguna ciudad. Se quedaba afuera, en
lugares solitarios, y acudían a él de todas partes.

2

Jesús perdona y sana a un paralítico
Mateo 9:1–8; Lucas 5:17–26
1 Después de algunos días, Jesús entró de nuevo en
Capernaúm, y se supo que estaba en casa.
2 Se reunieron tantos que ya no había espacio, ni siquiera
junto a la puerta, y él les anunciaba la palabra.
3 Llegaron unos hombres llevándole a un paralítico,
cargado por cuatro.

4 Como no podían llevárselo por causa de la multitud,
destaparon el techo encima de donde estaba Jesús y,
después de abrir un hueco, bajaron la camilla en la que
estaba acostado el paralítico.
5 Al ver la fe de ellos, Jesús le dijo al paralítico: «Hijo, tus
pecados son perdonados».
6 Allí estaban sentados algunos escribas, que pensaban
en su corazón:
7 «¿Por qué habla este así? ¡Está blasfemando! ¿Quién
puede perdonar pecados sino solo Dios?».
8 Enseguida Jesús percibió en su espíritu que ellos
pensaban de esa manera y les dijo: «¿Por qué piensan estas
cosas en su corazón?
9 ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico "Tus pecados son
perdonados", o decirle "Levántate, toma tu camilla y
camina"?
10 Pero, para que sepan que el Hijo del Hombre tiene
autoridad en la tierra para perdonar pecados —dijo al
paralítico—,
11 a ti te digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».
12 Él se levantó, tomó enseguida la camilla y salió delante
de todos. Todos quedaron asombrados y glorificaban a
Dios, diciendo: «¡Nunca hemos visto algo así!».

Llamamiento de Leví
Mateo 9:9–13; Lucas 5:27–32
13 Jesús salió de nuevo a la orilla del mar. Toda la
multitud acudía a él, y él les enseñaba.
14 Al pasar, vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado en el puesto
de recaudación de impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se
levantó y lo siguió.
15 Mientras Jesús estaba a la mesa en casa de él, muchos
recaudadores de impuestos y pecadores se sentaron con
Jesús y sus discípulos, porque eran muchos los que lo
seguían.
16 Los escribas de los fariseos, al verlo comer con los
pecadores y los recaudadores de impuestos, decían a sus
discípulos: «¿Por qué come y bebe con los recaudadores de
impuestos y los pecadores?».
17 Al oírlo, Jesús les dijo: «Los sanos no necesitan médico,
sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a
pecadores».

La pregunta sobre el ayuno
Mateo 9:14–17; Lucas 5:33–39
18 Los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando.
Se acercaron y le preguntaron: «¿Por qué los discípulos de

Juan y los discípulos de los fariseos ayunan, pero tus discípulos no ayunan?».
19 Jesús les dijo: «¿Acaso pueden ayunar los invitados de una boda mientras el novio está con ellos? Mientras tienen al novio con ellos, no pueden ayunar.
20 Pero vendrán días en que les será quitado el novio; entonces, en aquel día, ayunarán.
21 Nadie cose un remiendo de tela sin encoger sobre una prenda vieja; de lo contrario, el remiendo nuevo tira de la tela vieja y la rotura se hace peor.
22 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de lo contrario, el vino revienta los odres, y se pierden tanto el vino como los odres. El vino nuevo se echa en odres nuevos».

Los discípulos recogen espigas en el día de reposo
Mateo 12:1–8; Lucas 6:1–5
23 Un sábado Jesús pasaba por los sembrados, y sus discípulos, mientras avanzaban, comenzaron a arrancar espigas.
24 Los fariseos le decían: «Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?».
25 Él les dijo: «¿Nunca han leído lo que hizo David cuando tuvo necesidad y sintió hambre, él y los que estaban con él?
26 ¿Cómo entró en la casa de Dios, en tiempos del sumo sacerdote Abiatar, comió los panes de la Presencia, que solo los sacerdotes pueden comer, y también dio a los que estaban con él?».
27 Y les decía: «El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado.
28 Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor también del sábado».

3

El hombre de la mano seca
Mateo 12:9–14; Lucas 6:6–11
1 Jesús entró de nuevo en una sinagoga. Había allí un hombre que tenía una mano seca.
2 Lo vigilaban para ver si lo sanaba en sábado, a fin de acusarlo.
3 Él dijo al hombre que tenía la mano seca: «Levántate y ponte en medio».
4 Luego les preguntó: «¿Está permitido en sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o matar?». Pero ellos guardaban silencio.

5 Los miró alrededor con enojo, entristecido por la
dureza de su corazón, y dijo al hombre: «Extiende la mano».
Él la extendió, y su mano quedó restaurada.
6 Los fariseos salieron y enseguida comenzaron a
deliberar con los herodianos contra Jesús, para ver cómo
matarlo.

La multitud a la orilla del mar
Resúmenes relacionados de su actividad: Mateo 12:15–21; Lucas 6:17–19
7 Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar, y una
gran multitud de Galilea lo siguió. También de Judea,
8 de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán y de
los alrededores de Tiro y Sidón acudió a él una gran
multitud, al oír todo lo que hacía.
9 Dijo a sus discípulos que le tuvieran preparada una
pequeña barca, para que la multitud no lo apretujara.
10 Porque había sanado a muchos, de modo que cuantos
padecían enfermedades se le echaban encima para tocarlo.
11 Los espíritus impuros, cuando lo veían, se postraban
ante él y gritaban: «¡Tú eres el Hijo de Dios!».
12 Pero él les ordenaba con firmeza que no lo dieran a
conocer.

Elección de los doce apóstoles
Mateo 10:1–4; Lucas 6:12–16
13 Jesús subió al monte y llamó a los que él quiso; ellos se
acercaron a él.
14 Designó a doce para que estuvieran con él y para
enviarlos a predicar
15 y para que tuvieran autoridad para expulsar demonios.
16 Designó a los Doce: a Simón, a quien puso el nombre
de Pedro;
17 a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a Juan, hermano de Jacobo,
a quienes puso el nombre de Boanerges, que significa Hijos
del Trueno;
18 a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo
de Alfeo, Tadeo, Simón el Zelote
19 y Judas Iscariote, el que lo entregó.

Los suyos intentan llevarse a Jesús
20 Jesús entró en una casa, y de nuevo se reunió la
multitud, de modo que ni siquiera podían comer.
21 Cuando los suyos se enteraron, salieron para llevárselo,
porque decían: «Está fuera de sí».

La acusación de los escribas y la respuesta de Jesús
Mateo 12:22–32; Lucas 11:14–23. Advertencia relacionada: Lucas 12:10

22 Los escribas que habían bajado de Jerusalén decían:
«Tiene a Beelzebul», y: «Expulsa los demonios por medio
del príncipe de los demonios».
23 Jesús los llamó y les hablaba en parábolas: «¿Cómo
puede Satanás expulsar a Satanás?
24 Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no
puede mantenerse en pie.
25 Y si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no
podrá mantenerse en pie.
26 Si Satanás se ha levantado contra sí mismo y se ha
dividido, no puede mantenerse en pie, sino que ha llegado
su fin.
27 Pero nadie puede entrar en la casa de un hombre
fuerte y saquear sus bienes si primero no ata al hombre
fuerte. Entonces podrá saquear su casa.

El perdón y la blasfemia contra el Espíritu Santo
28 En verdad les digo que a los seres humanos se les
perdonarán todos los pecados y todas las blasfemias que
pronuncien.
29 Pero quien blasfeme contra el Espíritu Santo no tiene
perdón jamás, sino que es culpable de un pecado eterno».
30 Esto lo dijo porque decían: «Tiene un espíritu impuro».

La madre y los hermanos de Jesús
Mateo 12:46–50; Lucas 8:19–21
31 Llegaron su madre y sus hermanos y, quedándose
afuera, mandaron a llamarlo.
32 Una multitud estaba sentada a su alrededor, y le
dijeron: «Mira, tu madre y tus hermanos están afuera y te
buscan».
33 Él les respondió: «¿Quién es mi madre, o quiénes son
mis hermanos?».
34 Y, mirando a los que estaban sentados en círculo a su
alrededor, dijo: «Aquí están mi madre y mis hermanos.
35 Porque quien hace la voluntad de Dios, ese es mi
hermano, mi hermana y mi madre».

4

Parábola del sembrador
Mateo 13:1–23; Lucas 8:4–15
1 De nuevo comenzó a enseñar junto al mar. Se reunió a
su alrededor una multitud tan grande que él subió a una
barca y se sentó en ella, en el mar, mientras toda la
multitud permanecía en tierra, junto al mar.
2 Les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas, y
en su enseñanza les decía:

3 «¡Escuchen! Miren: el sembrador salió a sembrar.
4 Mientras sembraba, una parte de la semilla cayó junto
al camino; vinieron las aves y se la comieron.
5 Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había
mucha tierra, y brotó enseguida porque la tierra no era
profunda.
6 Pero cuando salió el sol, se quemó y, como no tenía raíz,
se secó.
7 Otra parte cayó entre los espinos. Los espinos crecieron
y la ahogaron, y no dio fruto.
8 Pero otras semillas cayeron en buena tierra y fueron
dando fruto: crecían y se desarrollaban, y producían
treinta, sesenta y cien por uno».
9 Y decía: «El que tiene oídos para oír, que oiga».

La comprensión del reino y la respuesta de los oyentes
10 Cuando quedó a solas, los que estaban a su alrededor,
junto con los Doce, le preguntaban acerca de las parábolas.
11 Él les decía: «A ustedes les ha sido dado el misterio del
reino de Dios; pero para los de afuera todo se presenta en
parábolas,
12 para que miren y miren, pero no perciban;
oigan y oigan, pero no entiendan;
no sea que se vuelvan y sean perdonados».

Jesús explica la parábola del sembrador
13 Y les dijo: «¿No comprenden esta parábola? ¿Cómo
comprenderán entonces todas las parábolas?
14 El sembrador siembra la palabra.
15 Estos son los de junto al camino, donde se siembra la
palabra: cuando la oyen, enseguida viene Satanás y quita
la palabra sembrada en ellos.
16 Del mismo modo, estos son los sembrados en terreno
pedregoso: cuando oyen la palabra, enseguida la reciben
con alegría,
17 pero no tienen raíz en sí mismos y duran poco tiempo.
Cuando llega la aflicción o la persecución por causa de la
palabra, enseguida tropiezan.
18 Otros son los sembrados entre los espinos: estos son los
que han oído la palabra,
19 pero las preocupaciones de esta era, el engaño de las
riquezas y los deseos de las demás cosas entran y ahogan la
palabra, y esta queda sin fruto.
20 Y estos son los sembrados en buena tierra: los que
oyen la palabra, la aceptan y dan fruto, treinta, sesenta y
cien por uno».

Nada oculto que no haya de ser manifestado
Lucas 8:16–18
21 También les decía: «¿Acaso se trae una lámpara para
ponerla debajo de una canasta o debajo de la cama? ¿No es
para ponerla sobre el candelero?
22 Pues nada está oculto sino para ser manifestado, ni se
ha escondido nada sino para salir a la luz.
23 Si alguno tiene oídos para oír, que oiga».
24 Y les decía: «Presten atención a lo que oyen. Con la
medida con que midan se les medirá, y se les añadirá aún
más.
25 Porque al que tiene se le dará; y al que no tiene, aun lo
que tiene le será quitado».

Parábola del crecimiento de la semilla
26 También decía: «El reino de Dios es como cuando un
hombre esparce la semilla en la tierra.
27 Duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla
brota y crece sin que él sepa cómo.
28 La tierra da fruto por sí sola: primero el brote, después
la espiga y luego el grano maduro en la espiga.
29 Y cuando el fruto está listo, enseguida mete la hoz,
porque ha llegado la cosecha».

Parábola de la semilla de mostaza
Mateo 13:31–32; Lucas 13:18–19.
30 También decía: «¿Con qué compararemos el reino de
Dios? ¿Con qué parábola lo representaremos?
31 Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra
en la tierra, es más pequeño que todas las semillas que hay
en la tierra;
32 pero, una vez sembrado, crece y se hace más grande
que todas las plantas del huerto, y echa ramas tan grandes
que las aves del cielo pueden anidar bajo su sombra».

El uso que Jesús hace de las parábolas
Mateo 13:34–35.
33 Con muchas parábolas como estas les hablaba la
palabra, según lo que podían oír.
34 Sin parábolas no les hablaba, pero en privado les
explicaba todo a sus propios discípulos.

Jesús calma la tempestad
Mateo 8:23–27; Lucas 8:22–25.
35 Ese mismo día, al atardecer, les dijo: «Pasemos al otro
lado».
36 Dejaron a la multitud y se lo llevaron tal como estaba
en la barca. También había otras barcas con él.

37 Se levantó una gran tempestad de viento, y las olas
entraban en la barca, de modo que ya se estaba llenando.
38 Él estaba en la popa, durmiendo sobre una almohada.
Lo despertaron y le dijeron: «Maestro, ¿no te importa que
perezcamos?».
39 Al despertar, reprendió al viento y dijo al mar: «¡Calla!
¡Enmudece!». El viento cesó y sobrevino una gran calma.
40 Entonces les dijo: «¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no
tienen fe?».
41 Ellos sintieron un gran temor y se decían unos a otros:
«¿Quién es este, que hasta el viento y el mar lo obedecen?».

5

Jesús libera a un hombre en la región de los gerasenos
Mateo 8:28–34; Lucas 8:26–39.

1 Llegaron al otro lado del mar, a la región de los
gerasenos.
2 En cuanto él bajó de la barca, salió de entre los sepulcros
a su encuentro un hombre con un espíritu inmundo.
3 Este vivía entre los sepulcros, y ya nadie podía atarlo, ni
siquiera con una cadena.
4 Muchas veces lo habían atado con grilletes y cadenas,
pero él había roto las cadenas y destrozado los grilletes.
Nadie tenía fuerza para dominarlo.
5 Continuamente, de noche y de día, estaba entre los
sepulcros y en los montes, gritando e hiriéndose con
piedras.
6 Al ver a Jesús de lejos, corrió y se postró ante él.
7 Y gritó con voz fuerte: «¿Qué tienes que ver conmigo,
Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Te conjuro por Dios que no
me atormentes!».
8 Pues le decía: «Espíritu inmundo, sal de este hombre».
9 Entonces le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Él respondió:
«Me llamo Legión, porque somos muchos».
10 Y le rogaba insistentemente que no los enviara fuera
de aquella región.
11 Había allí, junto al monte, una gran manada de cerdos
que estaba pastando.
12 Le rogaron: «Envíanos a los cerdos para que entremos
en ellos».
13 Él se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron y
entraron en los cerdos; la manada, de unos dos mil cerdos,
se precipitó por el despeñadero al mar. Allí se ahogaron.

14 Los que los cuidaban huyeron y lo contaron en la
ciudad y en los campos. La gente fue a ver lo que había
sucedido.
15 Llegaron a Jesús y vieron al que había estado
endemoniado, al que había tenido la legión, sentado,
vestido y en su sano juicio. Y tuvieron miedo.
16 Los que lo habían visto les contaron lo sucedido al
endemoniado y lo de los cerdos.
17 Entonces comenzaron a rogarle que se fuera de su
territorio.
18 Al subir él a la barca, el que había estado endemoniado
le rogaba que le permitiera estar con él.
19 Él no se lo permitió, sino que le dijo: «Ve a tu casa, a los
tuyos, y cuéntales todo lo que el Señor ha hecho por ti y
cómo ha tenido misericordia de ti».
20 El hombre se fue y comenzó a proclamar en Decápolis
todo lo que Jesús había hecho por él. Y todos se
asombraban.

La hija de Jairo, y la mujer que tocó el manto de Jesús
Mateo 9:18–26; Lucas 8:40–56.

21 Cuando Jesús cruzó de nuevo en la barca al otro lado,
se reunió a su alrededor una gran multitud. Él estaba junto
al mar.
22 Llegó uno de los dirigentes de la sinagoga, llamado
Jairo. Al verlo, cayó a sus pies
23 y le rogaba insistentemente: «Mi hijita está agonizando.
Ven y pon las manos sobre ella para que sea sanada y viva».
24 Se fue con él, y una gran multitud lo seguía y lo
apretujaba.
25 Había una mujer que llevaba doce años padeciendo un
flujo de sangre.
26 Había sufrido mucho con muchos médicos y había
gastado todo lo que tenía, sin mejorar en nada; al contrario,
había empeorado.
27 Al oír hablar de Jesús, se acercó por detrás entre la
multitud y tocó su manto.
28 Pues decía: «Si tan solo toco su ropa, quedaré sana».
29 Enseguida se detuvo su flujo de sangre y notó en su
cuerpo que había sido sanada de aquel mal.
30 Al instante, Jesús percibió en sí mismo que había salido
poder de él. Se volvió entre la multitud y preguntó: «¿Quién
ha tocado mi ropa?».
31 Sus discípulos le decían: «Ves que la multitud te
apretuja, y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"».

32 Pero él miraba a su alrededor para ver a la que lo
había hecho.
33 Entonces la mujer, asustada y temblando, sabiendo lo
que le había ocurrido, se acercó, se postró ante él y le contó
toda la verdad.
34 Él le dijo: «Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz y queda
sana de tu mal».
35 Mientras él aún hablaba, llegaron de casa del dirigente
de la sinagoga y dijeron: «Tu hija ha muerto. ¿Para qué
sigues molestando al Maestro?».
36 Jesús, sin hacer caso de lo que se decía, le dijo al
dirigente de la sinagoga: «No temas; solo cree».
37 Y no permitió que nadie lo acompañara, excepto Pedro,
Jacobo y Juan, el hermano de Jacobo.
38 Llegaron a la casa del dirigente de la sinagoga, y él vio
el alboroto y a los que lloraban y daban grandes lamentos.
39 Entró y les dijo: «¿Por qué hacen alboroto y lloran? La
niña no ha muerto, sino que duerme».
40 Y se burlaban de él. Pero él hizo salir a todos, tomó al
padre y a la madre de la niña y a los que estaban con él, y
entró donde estaba la niña.
41 La tomó de la mano y le dijo: «Talita cum», que
traducido significa: «Niña, a ti te digo, levántate».
42 Enseguida la niña se levantó y comenzó a caminar,
pues tenía doce años. Y al instante quedaron sobrecogidos
de un gran asombro.
43 Él les ordenó con insistencia que nadie se enterara de
esto, y dijo que le dieran de comer.

6

Jesús en Nazaret
Mateo 13:53–58. Relato relacionado en Nazaret: Lucas 4:16–30.
1 Jesús salió de allí y fue a su tierra, y sus discípulos lo
seguían.
2 Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar en la
sinagoga. Muchos de los que lo escuchaban se asombraban
y decían: «¿De dónde le vienen estas cosas? ¿Qué sabiduría
es esta que se le ha dado? ¿Y estos milagros que se hacen
por sus manos?
3 ¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de
Jacobo, de Josés, de Judas y de Simón? ¿No están aquí con
nosotros sus hermanas?». Y tropezaban por causa de él.
4 Jesús les decía: «Un profeta recibe honra en todas
partes, excepto en su propia tierra, entre sus parientes y en
su casa».

5 No pudo hacer allí ningún milagro, salvo sanar a unos
pocos enfermos imponiéndoles las manos.
6 Y se asombraba de su incredulidad. Luego recorría las
aldeas de alrededor enseñando.

Misión de los doce discípulos
Mateo 10:5–15; Lucas 9:1–6.
7 Llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos,
dándoles autoridad sobre los espíritus impuros.
8 Les mandó que no llevaran nada para el camino,
excepto un bastón: ni pan, ni bolsa, ni dinero en el cinturón;
9 que calzaran sandalias, pero que no se pusieran dos
túnicas.
10 Les decía: «Cuando entren en una casa, quédense allí
hasta que se vayan de ese lugar.
11 Si algún lugar no los recibe ni los escucha, al salir de
allí sacúdanse el polvo que tienen debajo de los pies, como
testimonio ante ellos».
12 Ellos salieron y proclamaron que la gente se
arrepintiera.
13 Expulsaban muchos demonios, ungían con aceite a
muchos enfermos y los sanaban.

Muerte de Juan el Bautista
Mateo 14:1–12. Reacción de Herodes: Lucas 9:7–9.
14 El rey Herodes oyó hablar de Jesús, porque su nombre
se había hecho conocido. Algunos decían: «Juan el Bautista
ha resucitado de entre los muertos, y por eso actúan en él
estos poderes».
15 Otros decían: «Es Elías». Y otros: «Es un profeta como
uno de los profetas».
16 Pero Herodes, al oírlo, decía: «Juan, a quien yo
decapité, ha resucitado».

El encarcelamiento y la muerte de Juan
17 Porque el propio Herodes había mandado apresar a
Juan y lo había encadenado en la cárcel por causa de
Herodías, esposa de su hermano Felipe, pues se había
casado con ella.
18 Juan le decía a Herodes: «No te está permitido tener a
la esposa de tu hermano».
19 Herodías le guardaba rencor y quería matarlo, pero no
podía,
20 porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era un
hombre justo y santo, y lo protegía. Al escucharlo, quedaba
muy perplejo, pero lo oía con gusto.

21 Llegó un día oportuno: Herodes, en su cumpleaños,
ofreció una cena a sus altos funcionarios, a los
comandantes militares y a los principales de Galilea.
22 Entró la hija de la propia Herodías y bailó, agradando
a Herodes y a los que estaban con él a la mesa. El rey dijo a
la muchacha: «Pídeme lo que quieras, y te lo daré».
23 Y le juró: «Cualquier cosa que me pidas te la daré, hasta
la mitad de mi reino».
24 Ella salió y preguntó a su madre: «¿Qué debo pedir?».
Ella respondió: «La cabeza de Juan el Bautista».
25 Enseguida la muchacha entró de prisa ante el rey y
pidió: «Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la
cabeza de Juan el Bautista».
26 El rey se entristeció profundamente, pero, por los
juramentos y por los que estaban a la mesa, no quiso
negárselo.
27 Enseguida envió a un verdugo con la orden de traer la
cabeza de Juan. Él fue y lo decapitó en la cárcel,
28 trajo su cabeza en una bandeja y se la dio a la
muchacha; la muchacha se la dio a su madre.
29 Cuando sus discípulos se enteraron, fueron, recogieron
su cadáver y lo pusieron en un sepulcro.

Alimentación de los cinco mil
Mateo 14:13–21; Lucas 9:10–17; Juan 6:1–14.
30 Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo
lo que habían hecho y todo lo que habían enseñado.
31 Él les dijo: «Vengan ustedes solos a un lugar solitario y
descansen un poco». Porque eran tantos los que iban y
venían que ni siquiera tenían tiempo para comer.
32 Se fueron en la barca a un lugar solitario, a solas.
33 Pero muchos los vieron irse y los reconocieron. De
todas las ciudades corrieron juntos a pie hasta allí y
llegaron antes que ellos.
34 Al desembarcar, Jesús vio una gran multitud y tuvo
compasión de ellos, porque eran como ovejas sin pastor. Y
comenzó a enseñarles muchas cosas.
35 Como ya era muy tarde, sus discípulos se acercaron a él
y le dijeron: «Este es un lugar solitario y ya es muy tarde.
36 Despídelos, para que vayan a los campos y aldeas de
alrededor y compren algo de comer».
37 Él les respondió: «Denles ustedes de comer». Ellos le
dijeron: «¿Vamos a comprar pan por el equivalente al
salario de varios meses y darles de comer?».
38 Él les preguntó: «¿Cuántos panes tienen? Vayan a ver».
Después de averiguarlo, le dijeron: «Cinco, y dos peces».

39 Entonces les mandó que hicieran sentar a todos por
grupos sobre la hierba verde.
40 Se sentaron en grupos de cien y de cincuenta.
41 Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, levantó la
mirada al cielo y pronunció la bendición. Luego partió los
panes y se los iba dando a sus discípulos para que los
sirvieran; también repartió los dos peces entre todos.
42 Todos comieron y quedaron satisfechos.
43 Recogieron doce canastas llenas de pedazos, y también
lo que sobró de los peces.
44 Los que habían comido los panes eran cinco mil
hombres.

Jesús anda sobre el mar
Mateo 14:22–33; Juan 6:15–21.

45 Enseguida hizo que sus discípulos subieran a la barca y
fueran delante de él a la otra orilla, hacia Betsaida,
mientras él despedía a la multitud.
46 Después de despedirse de ellos, se fue al monte a orar.
47 Al anochecer, la barca estaba en medio del mar, y él
estaba solo en tierra.
48 Al verlos remar con dificultad, porque el viento les era
contrario, cerca de las tres de la madrugada fue hacia ellos
caminando sobre el mar. Y quería pasar de largo junto a
ellos.
49 Ellos, al verlo caminar sobre el mar, pensaron que era
un fantasma y gritaron,
50 porque todos lo vieron y se asustaron. Pero enseguida
él les habló y les dijo: «¡Tengan ánimo! Soy yo; no tengan
miedo».
51 Subió con ellos a la barca, y el viento se calmó. Ellos
estaban completamente asombrados,
52 porque no habían comprendido lo de los panes, sino
que tenían el corazón endurecido.

Jesús sana a los enfermos en Genesaret
Mateo 14:34–36.

53 Después de cruzar, llegaron a tierra de Genesaret y
amarraron la barca.
54 En cuanto bajaron de la barca, la gente lo reconoció
55 y recorrió de prisa toda aquella región. Comenzaron a
llevar a los enfermos en camillas adonde oían que él estaba.
56 Dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o
campos, ponían a los enfermos en las plazas y le rogaban
que les permitiera tocar siquiera el borde de su manto. Y
todos los que lo tocaban quedaban sanos.

7

Lo que contamina al hombre
Mateo 15:1–20.

1 Los fariseos y algunos escribas que habían venido de
Jerusalén se reunieron alrededor de Jesús.
2 Vieron que algunos de sus discípulos comían pan con
manos impuras, es decir, sin lavar.
3 Porque los fariseos y todos los judíos no comen sin
lavarse cuidadosamente las manos, aferrándose a la
tradición de los ancianos;
4 y, al volver del mercado, no comen sin lavarse. También
han recibido muchas otras prácticas que observan, como
lavar vasos, jarras, recipientes de bronce y divanes.
5 Los fariseos y los escribas le preguntaron: «¿Por qué tus
discípulos no viven conforme a la tradición de los ancianos,
sino que comen pan con manos impuras?».
6 Él les dijo: «Bien profetizó Isaías acerca de ustedes,
hipócritas, como está escrito:
"Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está
lejos de mí.
7 En vano me adoran, enseñando como doctrinas
mandamientos humanos".
8 Dejan el mandamiento de Dios y se aferran a la
tradición humana».
9 También les decía: «¡Qué bien rechazan el
mandamiento de Dios para conservar su tradición!
10 Porque Moisés dijo: "Honra a tu padre y a tu madre", y:
"El que maldiga a su padre o a su madre debe morir".
11 Pero ustedes dicen que, si alguien declara a su padre o
a su madre: "Es corbán —es decir, ofrenda— todo aquello
con lo que yo pudiera ayudarte",
12 ya no le permiten hacer nada por su padre o por su
madre,
13 anulando la palabra de Dios por la tradición que han
transmitido. Y hacen muchas cosas semejantes a estas».

La contaminación que procede del corazón
14 Jesús llamó de nuevo a la multitud y les dijo:
«Escúchenme todos y entiendan.
15 Nada que entre en una persona desde afuera puede
contaminarla; son las cosas que salen de la persona las que
la contaminan.
16 [Si alguien tiene oídos para oír, que oiga».]

Jesús explica la enseñanza a sus discípulos
17 Cuando dejó a la multitud y entró en una casa, sus
discípulos le preguntaron por la parábola.

18 Él les dijo: «¿También ustedes tienen tan poco
entendimiento? ¿No comprenden que nada que entra en
una persona desde afuera puede contaminarla,
19 porque no entra en su corazón, sino en su vientre, y
sale a la letrina?». Con esto declaraba limpios todos los
alimentos.
20 Y decía: «Lo que sale de la persona, eso es lo que la
contamina.
21 Porque de adentro, del corazón de los seres humanos,
salen los malos pensamientos, las inmoralidades sexuales,
los robos, los homicidios,
22 los adulterios, las codicias, las maldades, el engaño, el
desenfreno, la envidia, la blasfemia, la soberbia y la
insensatez.
23 Todas estas maldades salen de adentro y contaminan a
la persona».

La fe de la mujer sirofenicia
Mateo 15:21–28.
24 Jesús salió de allí y se fue a la región de Tiro. Entró en
una casa y no quería que nadie lo supiera, pero no pudo
pasar inadvertido.
25 Enseguida una mujer cuya hijita tenía un espíritu
impuro oyó hablar de él, vino y se postró a sus pies.
26 La mujer era griega, sirofenicia de nacimiento, y le
rogaba que expulsara al demonio de su hija.
27 Él le decía: «Deja que primero se sacien los hijos,
porque no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a
los perritos».
28 Ella le respondió: «Sí, Señor; también los perritos
debajo de la mesa comen de las migajas de los niños».
29 Él le dijo: «Por esta respuesta, vete; el demonio ha
salido de tu hija».
30 Ella volvió a su casa y encontró a la niña acostada en la
cama y al demonio fuera de ella.

Jesús sana a un hombre sordo con dificultad para hablar
Resumen de sanidades relacionado: Mateo 15:29–31.
31 Jesús salió de nuevo de la región de Tiro y fue por Sidón
hasta el mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis.
32 Le llevaron a un sordo que tenía dificultad para hablar
y le rogaron que pusiera la mano sobre él.
33 Jesús lo apartó de la multitud, a solas, le metió los
dedos en los oídos y, después de escupir, le tocó la lengua.
34 Levantó la mirada al cielo, suspiró y le dijo: «Efatá»,
que significa: «Ábrete».

35 Sus oídos se abrieron, y enseguida se desató la atadura
de su lengua y hablaba con claridad.
36 Jesús les ordenó que no se lo dijeran a nadie; pero
cuanto más se lo ordenaba, mucho más lo proclamaban.
37 Quedaban completamente asombrados y decían: «Todo
lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y hablar a los
mudos».

8

Alimentación de los cuatro mil
Mateo 15:32–39.
1 En aquellos días volvió a reunirse una gran multitud, y
no tenían qué comer. Jesús llamó a los discípulos y les dijo:
2 «Tengo compasión de esta gente, porque ya llevan tres
días conmigo y no tienen qué comer.
3 Si los mando a sus casas en ayunas, desfallecerán en el
camino; algunos de ellos han venido de lejos».
4 Sus discípulos le respondieron: «¿De dónde podría
alguien conseguir pan para saciar a estos aquí, en un lugar
desierto?».
5 Él les preguntó: «¿Cuántos panes tienen?». Ellos
respondieron: «Siete».
6 Mandó a la multitud que se sentara en el suelo. Tomó
los siete panes, dio gracias, los partió y se los iba dando a
sus discípulos para que los sirvieran; ellos los sirvieron a la
multitud.
7 Tenían también unos pocos peces pequeños. Después de
bendecirlos, dijo que también los sirvieran.
8 Comieron y quedaron satisfechos, y recogieron siete
canastas grandes con los pedazos que sobraron.
9 Eran unos cuatro mil. Luego los despidió.
10 Enseguida subió a la barca con sus discípulos y fue a la
región de Dalmanuta.

La demanda de una señal
Mateo 16:1–4. Enseñanza relacionada sobre discernir el tiempo: Lucas 12:54–56.
11 Los fariseos salieron y comenzaron a discutir con él.
Para ponerlo a prueba, le pedían una señal del cielo.
12 Él suspiró profundamente en su espíritu y dijo: «¿Por
qué pide una señal esta generación? En verdad les digo que
no se le dará ninguna señal a esta generación».
13 Los dejó, volvió a subir a la barca y se fue a la otra
orilla.

La levadura de los fariseos y de Herodes
Mateo 16:5–12.

14 Los discípulos se habían olvidado de llevar panes y solo
tenían uno consigo en la barca.
15 Jesús les advertía: «¡Estén atentos! Cuídense de la
levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes».
16 Ellos discutían entre sí porque no tenían pan.
17 Jesús, al darse cuenta, les dijo: «¿Por qué discuten
porque no tienen pan? ¿Todavía no perciben ni entienden?
¿Aún tienen endurecido el corazón?
18 ¿Tienen ojos y no ven, y tienen oídos y no oyen? ¿No
recuerdan
19 cuando partí los cinco panes para los cinco mil?
¿Cuántas canastas llenas de pedazos recogieron?». Le
respondieron: «Doce».
20 «Y cuando partí los siete para los cuatro mil, ¿cuántas
canastas grandes llenas de pedazos recogieron?». Le
respondieron: «Siete».
21 Él les decía: «¿Todavía no entienden?».

Un ciego sanado en Betsaida
22 Llegaron a Betsaida. Le llevaron a un ciego y le
rogaron que lo tocara.
23 Él tomó al ciego de la mano y lo sacó fuera de la aldea.
Después de escupirle en los ojos y ponerle las manos
encima, le preguntó: «¿Ves algo?».
24 Él levantó la mirada y dijo: «Veo a las personas; las veo
como árboles que caminan».
25 Entonces Jesús volvió a poner las manos sobre sus ojos.
El hombre miró fijamente, recuperó la vista y veía todo con
claridad.
26 Jesús lo envió a su casa, diciéndole: «Ni siquiera entres
en la aldea».

La confesión de Pedro
Mateo 16:13–20; Lucas 9:18–21
27 Jesús y sus discípulos salieron hacia las aldeas de
Cesarea de Filipo. En el camino preguntaba a sus
discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?».
28 Ellos le respondieron: «Juan el Bautista; otros dicen
Elías, y otros, uno de los profetas».
29 Él les preguntó: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?».
Pedro le respondió: «Tú eres el Cristo».
30 Y les ordenó con firmeza que no hablaran de él a nadie.

Jesús anuncia su muerte y resurrección
Mateo 16:21–23; Lucas 9:22
31 Comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía
sufrir mucho, ser rechazado por los ancianos, los

principales sacerdotes y los escribas, ser muerto y resucitar después de tres días.
32 Les hablaba de esto abiertamente. Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo.
33 Pero él se volvió, miró a sus discípulos y reprendió a Pedro, diciendo: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los seres humanos».

El costo y la esperanza de seguir a Jesús
Mateo 16:24–28; Lucas 9:23–27
34 Llamó a la multitud junto con sus discípulos y les dijo: «Si alguien quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.
35 Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por causa de mí y del evangelio la salvará.
36 ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero y perder su alma?
37 Pues ¿qué podría dar el hombre a cambio de su alma?
38 Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles».

9

1 También les decía: «En verdad les digo que algunos de los que están aquí no probarán la muerte hasta que vean el reino de Dios llegado con poder».

La transfiguración
Mateo 17:1–13; Lucas 9:28–36
2 Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan y los llevó aparte, solos, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos.
3 Su ropa se volvió resplandeciente, de una blancura que ningún lavandero en la tierra podría lograr.
4 Se les apareció Elías con Moisés, y estaban conversando con Jesús.
5 Pedro dijo a Jesús: «Rabí, qué bueno es que estemos aquí. Hagamos tres enramadas: una para ti, una para Moisés y una para Elías».
6 Porque no sabía qué responder, pues estaban aterrados.
7 Vino una nube que los cubrió con su sombra, y de la nube salió una voz: «Este es mi Hijo amado; escúchenlo».
8 De pronto, al mirar alrededor, ya no vieron a nadie con ellos, excepto a Jesús solo.

9 Mientras bajaban del monte, les ordenó que no
contaran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del
Hombre resucitara de entre los muertos.
10 Ellos guardaron aquello entre sí, discutiendo qué
significaba resucitar de entre los muertos.
11 Le preguntaron: «¿Por qué dicen los escribas que Elías
debe venir primero?».
12 Él les respondió: «Elías viene primero y restaura todas
las cosas. ¿Y cómo está escrito del Hijo del Hombre que
debe sufrir mucho y ser despreciado?
13 Pero les digo que Elías ya ha venido, y le hicieron
cuanto quisieron, tal como está escrito de él».

Jesús sana a un muchacho endemoniado
Mateo 17:14–21; Lucas 9:37–43

14 Cuando llegaron adonde estaban los discípulos, vieron
una gran multitud a su alrededor y a unos escribas
discutiendo con ellos.
15 Enseguida, al verlo, toda la multitud quedó asombrada
y corrió a saludarlo.
16 Él les preguntó: «¿Qué están discutiendo entre
ustedes?».
17 Uno de la multitud le respondió: «Maestro, te he traído
a mi hijo, que tiene un espíritu mudo.
18 Dondequiera que se apodera de él, lo tira al suelo; echa
espuma, rechina los dientes y se queda rígido. Les dije a tus
discípulos que lo expulsaran, pero no pudieron».
19 Él les respondió: «¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo
estaré con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos?
Tráiganmelo».
20 Se lo llevaron. Cuando el espíritu vio a Jesús, enseguida
sacudió violentamente al muchacho, que cayó al suelo y se
revolcaba echando espuma.
21 Jesús preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que
le sucede esto?». Él respondió: «Desde niño.
22 Muchas veces lo ha arrojado al fuego y al agua para
matarlo. Pero, si puedes hacer algo, ten compasión de
nosotros y ayúdanos».
23 Jesús le dijo: «¿Eso de "si puedes"? Todo es posible para
el que cree».
24 Enseguida el padre del niño gritó: «¡Creo! ¡Ayúdame en
mi incredulidad!».
25 Al ver que la multitud acudía corriendo, Jesús
reprendió al espíritu impuro, diciéndole: «Espíritu mudo y
sordo, yo te ordeno: sal de él y no vuelvas a entrar en él».

26 El espíritu gritó, sacudió al muchacho con gran
violencia y salió. El muchacho quedó como muerto, de
modo que la mayoría decía: «Ha muerto».
27 Pero Jesús lo tomó de la mano, lo levantó, y él se puso
de pie.
28 Cuando Jesús entró en una casa, sus discípulos le
preguntaron en privado: «¿Por qué nosotros no pudimos
expulsarlo?».
29 Él les dijo: «Esta clase no puede salir con nada, sino con
oración».

Jesús anuncia de nuevo su muerte y resurrección
Mateo 17:22–23; Lucas 9:43–45 (el anuncio después del asombro de la multitud).
30 Salieron de allí y atravesaban Galilea. Jesús no quería
que nadie lo supiera,
31 porque estaba enseñando a sus discípulos. Les decía:
«El Hijo del Hombre es entregado en manos de hombres, y
lo matarán; después de que lo maten, resucitará a los tres
días».
32 Pero ellos no entendían esas palabras y tenían miedo
de preguntarle.

¿Quién es el mayor?
Mateo 18:1–5; Lucas 9:46–48
33 Llegaron a Capernaúm. Cuando estuvo en casa, les
preguntó: «¿Qué discutían en el camino?».
34 Ellos guardaban silencio, porque en el camino habían
discutido entre sí quién era el mayor.
35 Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Si alguien
quiere ser el primero, será el último de todos y el servidor
de todos».
36 Tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y,
abrazándolo, les dijo:
37 «Quien recibe en mi nombre a uno de estos niños, me
recibe a mí; y quien me recibe a mí, no me recibe a mí, sino
al que me envió».

Jesús corrige la exclusión de otro servidor
Lucas 9:49–50
38 Juan le dijo: «Maestro, vimos a alguien que expulsaba
demonios en tu nombre, que no nos sigue, y tratábamos de
impedírselo porque no nos seguía».
39 Pero Jesús dijo: «No se lo impidan, porque nadie que
haga un milagro en mi nombre podrá enseguida hablar
mal de mí.
40 Porque quien no está contra nosotros está a favor de
nosotros.

41 Quien les dé a beber un vaso de agua en mi nombre,
porque ustedes son de Cristo, en verdad les digo que no
perderá su recompensa.

La gravedad de hacer tropezar y de ceder al pecado
Mateo 18:6–9; Lucas 17:1–2 (la advertencia sobre los pequeños).
42 Y a quien haga tropezar a uno de estos pequeños que
creen en mí, más le valdría que le pusieran al cuello una
piedra de molino movida por un asno y lo arrojaran al mar.
43 Si tu mano te hace tropezar, córtatela. Más te vale
entrar manco en la vida que ir con las dos manos al
infierno, al fuego que no se apaga,
44 [donde su gusano no muere y el fuego no se apaga.]
45 Y si tu pie te hace tropezar, córtatelo. Más te vale entrar
cojo en la vida que ser arrojado con los dos pies al infierno,
46 [donde su gusano no muere y el fuego no se apaga.]
47 Y si tu ojo te hace tropezar, sácatelo. Más te vale entrar
con un solo ojo en el reino de Dios que ser arrojado con los
dos ojos al infierno,
48 donde su gusano no muere y el fuego no se apaga.
49 Porque todos serán salados con fuego.
50 La sal es buena; pero, si la sal se vuelve insípida, ¿con
qué le devolverán el sabor? Tengan sal en ustedes mismos
y vivan en paz unos con otros».

10

Jesús enseña sobre el divorcio
Paralelo: Mateo 19:1–12. Enseñanza relacionada: Lucas 16:18.
1 Jesús salió de allí y fue a la región de Judea y al otro
lado del Jordán. Otra vez se reunieron multitudes a su
alrededor y, como acostumbraba, les enseñaba.
2 Se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a prueba, le
preguntaban si le estaba permitido a un hombre
divorciarse de su esposa.
3 Él les respondió: «¿Qué les mandó Moisés?».
4 Ellos dijeron: «Moisés permitió escribir un certificado
de divorcio y despedirla».
5 Jesús les dijo: «Por la dureza de su corazón les escribió
este mandamiento.
6 Pero desde el principio de la creación, "los hizo hombre
y mujer".
7 "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se
unirá a su esposa,

8 y los dos serán una sola carne". Así que ya no son dos,
sino una sola carne.
9 Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el
hombre».
10 En la casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre
esto.
11 Él les dijo: «Quien se divorcia de su esposa y se casa con
otra comete adulterio contra ella.
12 Y si ella se divorcia de su esposo y se casa con otro,
comete adulterio».

Jesús bendice a los niños
Mateo 19:13–15; Lucas 18:15–17

13 Le llevaban niños para que los tocara, pero los
discípulos reprendían a quienes los llevaban.
14 Al verlo, Jesús se indignó y les dijo: «Dejen a los niños
venir a mí; no se lo impidan, porque de los que son como
ellos es el reino de Dios.
15 En verdad les digo: quien no reciba el reino de Dios
como un niño jamás entrará en él».
16 Los abrazaba y los bendecía, poniendo las manos sobre
ellos.

El joven rico
Mateo 19:16–30; Lucas 18:18–30

17 Cuando salía para seguir su camino, un hombre llegó
corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro
bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?».
18 Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es
bueno sino uno solo: Dios.
19 Conoces los mandamientos: "No mates, no cometas
adulterio, no robes, no des falso testimonio, no defraudes,
honra a tu padre y a tu madre"».
20 Él le dijo: «Maestro, todo esto lo he cumplido desde mi
juventud».
21 Jesús lo miró, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: ve,
vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un
tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme».
22 Pero él se entristeció por estas palabras y se fue
afligido, porque tenía muchas posesiones.

Las riquezas y la entrada en el reino
Mateo 19:23–30; Lucas 18:24–30

23 Jesús miró alrededor y dijo a sus discípulos: «¡Qué
difícil será para los que tienen riquezas entrar en el reino
de Dios!».
24 Los discípulos se asombraban de sus palabras. Pero
Jesús volvió a decirles: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el
reino de Dios!

25 Es más fácil que un camello pase por el ojo de una
aguja que un rico entre en el reino de Dios».
26 Ellos estaban aún más asombrados y se decían unos a
otros: «Entonces, ¿quién puede salvarse?».
27 Jesús los miró y dijo: «Para los hombres es imposible,
pero no para Dios, porque para Dios todo es posible».
28 Pedro comenzó a decirle: «Mira, nosotros lo hemos
dejado todo y te hemos seguido».
29 Jesús dijo: «En verdad les digo que no hay nadie que
haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre,
hijos o campos por causa de mí y del evangelio,
30 que no reciba cien veces más ahora, en este tiempo:
casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, junto
con persecuciones; y en la era venidera, la vida eterna.
31 Pero muchos primeros serán últimos, y los últimos,
primeros».

Jesús anuncia otra vez su muerte y resurrección
Mateo 20:17–19; Lucas 18:31–34
32 Iban por el camino subiendo a Jerusalén, y Jesús iba
delante de ellos. Estaban asombrados, y los que lo seguían
tenían miedo. Tomó de nuevo aparte a los Doce y comenzó
a decirles lo que iba a sucederle:
33 «Miren, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será
entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. Lo
condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles.
34 Se burlarán de él, lo escupirán, lo azotarán y lo
matarán; y después de tres días resucitará».

La petición de Jacobo y Juan
Mateo 20:20–28
35 Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo, se le acercaron y le
dijeron: «Maestro, queremos que hagas por nosotros lo que
te pidamos».
36 Él les dijo: «¿Qué quieren que haga por ustedes?».
37 Ellos le dijeron: «Concédenos sentarnos en tu gloria,
uno a tu derecha y otro a tu izquierda».
38 Jesús les dijo: «No saben lo que piden. ¿Pueden beber
la copa que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con
que yo soy bautizado?».
39 Ellos le respondieron: «Podemos». Jesús les dijo:
«Beberán la copa que yo bebo y serán bautizados con el
bautismo con que yo soy bautizado.
40 Pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me
corresponde concederlo; está reservado para aquellos para
quienes se ha preparado».

41 Cuando los otros diez lo oyeron, comenzaron a
indignarse contra Jacobo y Juan.
42 Jesús los llamó y les dijo: «Saben que los que son
considerados gobernantes de las naciones las dominan, y
sus grandes ejercen autoridad sobre ellas.
43 Pero entre ustedes no es así; quien quiera hacerse
grande entre ustedes será su servidor,
44 y quien quiera ser el primero entre ustedes será
esclavo de todos.
45 Porque el Hijo del Hombre tampoco vino para ser
servido, sino para servir y dar su vida como rescate por
muchos».

El ciego Bartimeo recibe la vista
Mateo 20:29–34; Lucas 18:35–43
46 Llegaron a Jericó. Cuando Jesús salía de Jericó con sus
discípulos y una gran multitud, Bartimeo, hijo de Timeo, un
mendigo ciego, estaba sentado junto al camino.
47 Al oír que era Jesús el nazareno, comenzó a gritar:
«¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!».
48 Muchos lo reprendían para que se callara, pero él
gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!».
49 Jesús se detuvo y dijo: «Llámenlo». Llamaron al ciego,
diciéndole: «¡Ánimo! Levántate, te llama».
50 Él arrojó su manto, se levantó de un salto y fue a Jesús.
51 Jesús le preguntó: «¿Qué quieres que haga por ti?». El
ciego le dijo: «Raboní, que recobre la vista».
52 Jesús le dijo: «Vete; tu fe te ha salvado». Enseguida
recobró la vista y lo seguía por el camino.

11

La entrada triunfal en Jerusalén
Mateo 21:1–11; Lucas 19:28–40; Juan 12:12–19
1 Cuando se acercaban a Jerusalén, a Betfagé y a Betania,
junto al monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus
discípulos
2 y les dijo: «Vayan a la aldea que está frente a ustedes.
En cuanto entren en ella, encontrarán un burrito atado, en
el que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo.
3 Si alguien les pregunta: "¿Por qué hacen esto?", digan:
"El Señor lo necesita y enseguida lo devolverá aquí"».
4 Ellos fueron y encontraron un burrito atado junto a una
puerta, afuera, en la calle, y lo desataron.
5 Algunos de los que estaban allí les decían: «¿Qué hacen
desatando el burrito?».

6 Ellos les respondieron como Jesús les había dicho, y los
dejaron ir.
7 Llevaron el burrito a Jesús, pusieron sobre él sus
mantos, y Jesús se montó en él.
8 Muchos extendían sus mantos en el camino, y otros,
ramas que habían cortado en los campos.
9 Los que iban delante y los que seguían detrás gritaban:
«¡Hosanna!
¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
10 ¡Bendito el reino que viene, el de nuestro padre David!
¡Hosanna en las alturas!».
11 Jesús entró en Jerusalén, en el templo, y lo observó
todo alrededor. Como ya era tarde, salió hacia Betania con
los Doce.

Maldición de la higuera estéril
Mateo 21:18–19
12 Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo
hambre.
13 Vio de lejos una higuera con hojas y se acercó para ver
si encontraba algo en ella. Cuando llegó, no encontró más
que hojas, porque no era tiempo de higos.
14 Entonces le dijo: «¡Que nunca jamás vuelva nadie a
comer fruto de ti!». Y sus discípulos lo oían.

Purificación del templo
Mateo 21:12–17; Lucas 19:45–48. Relación temática: Juan 2:13–22
15 Llegaron a Jerusalén. Jesús entró en el templo y
comenzó a expulsar a los que vendían y a los que
compraban en el templo. Volcó las mesas de los cambistas y
los asientos de los vendedores de palomas,
16 y no permitía que nadie atravesara el templo llevando
utensilio alguno.
17 Les enseñaba y les decía: «¿No está escrito: “Mi casa
será llamada casa de oración para todas las naciones”? Pero
ustedes la han convertido en cueva de bandidos».
18 Los principales sacerdotes y los escribas lo oyeron y
buscaban cómo matarlo, porque le tenían miedo, pues toda
la multitud se asombraba de su enseñanza.
19 Cuando llegaba el atardecer, salían de la ciudad.

La higuera maldecida se seca
Mateo 21:19–22
20 Por la mañana, al pasar, vieron que la higuera se había
secado desde las raíces.
21 Pedro se acordó y le dijo: «Rabí, mira, la higuera que
maldijiste se ha secado».

La fe, la oración y el perdón
Mateo 21:21–22

22 Jesús les respondió: «Tengan fe en Dios.
23 En verdad les digo que quien diga a este monte:
“Levántate y arrójate al mar”, y no dude en su corazón, sino
que crea que sucede lo que dice, lo obtendrá.
24 Por eso les digo: todo lo que pidan en oración, crean
que lo han recibido, y lo tendrán.
25 Y cuando estén de pie orando, si tienen algo contra
alguien, perdónenlo, para que también su Padre que está en
los cielos les perdone sus ofensas.
26 [Pero si ustedes no perdonan, tampoco su Padre que
está en los cielos perdonará sus ofensas».]

La autoridad de Jesús
Mateo 21:23–27; Lucas 20:1–8

27 Llegaron de nuevo a Jerusalén. Mientras Jesús
caminaba por el templo, se le acercaron los principales
sacerdotes, los escribas y los ancianos
28 y le preguntaban: «¿Con qué autoridad haces estas
cosas? ¿O quién te dio esta autoridad para hacerlas?».
29 Jesús les dijo: «Les haré una pregunta. Respóndanme, y
les diré con qué autoridad hago estas cosas.
30 El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los seres
humanos? Respóndanme».
31 Ellos discutían entre sí: «¿Qué diremos? Si decimos “Del
cielo”, dirá: “Entonces, ¿por qué no le creyeron?”.
32 Pero ¿diremos “De los seres humanos”?». Temían a la
multitud, porque todos consideraban que Juan había sido
verdaderamente un profeta.
33 Así que respondieron a Jesús: «No sabemos». Jesús les
dijo: «Tampoco yo les digo con qué autoridad hago estas
cosas».

12

Los labradores malvados
Mateo 21:33–46; Lucas 20:9–19

1 Comenzó a hablarles en parábolas: «Un hombre plantó
una viña, la rodeó con una cerca, cavó una pileta para el
lagar y construyó una torre. Luego la arrendó a unos
labradores y se fue de viaje.
2 A su debido tiempo envió un esclavo a los labradores
para recibir de ellos parte del fruto de la viña.
3 Pero ellos lo agarraron, lo golpearon y lo enviaron con
las manos vacías.

4 De nuevo les envió otro esclavo, y a este lo hirieron en
la cabeza y lo insultaron.
5 Envió a otro, y a este lo mataron. Envió también a
muchos otros: a unos los golpearon y a otros los mataron.
6 Todavía le quedaba uno: un hijo amado. Por último se lo
envió, diciendo: "Respetarán a mi hijo".
7 Pero aquellos labradores se dijeron unos a otros: "Este
es el heredero. Vengan, matémoslo, y la herencia será
nuestra".
8 Lo agarraron, lo mataron y lo echaron fuera de la viña.
9 ¿Qué hará el dueño de la viña? Vendrá, destruirá a los
labradores y dará la viña a otros.
10 ¿Ni siquiera han leído esta Escritura:
"La piedra que rechazaron los constructores se ha
convertido en la piedra angular;
11 esto lo ha hecho el Señor, y es maravilloso a nuestros
ojos"?».
12 Intentaban arrestarlo, pero temían a la multitud, pues
habían comprendido que había dicho aquella parábola
contra ellos. Así que lo dejaron y se fueron.

La cuestión del tributo
Mateo 22:15–22; Lucas 20:20–26
13 Le enviaron a algunos de los fariseos y de los
herodianos para atraparlo en lo que dijera.
14 Llegaron y le dijeron: «Maestro, sabemos que eres
veraz y no te dejas influir por nadie, pues no haces
favoritismos, sino que enseñas con verdad el camino de
Dios. ¿Es lícito pagar el impuesto al César o no? ¿Debemos
pagarlo o no pagarlo?».
15 Él, conociendo su hipocresía, les dijo: «¿Por qué me
ponen a prueba? Tráiganme una moneda romana para que
la vea».
16 Se la trajeron, y él les preguntó: «¿De quién son esta
imagen y la inscripción?». Ellos respondieron: «Del César».
17 Jesús les dijo: «Den al César lo que es del César, y a Dios
lo que es de Dios». Y se asombraban mucho de él.

La pregunta sobre la resurrección
Mateo 22:23–33; Lucas 20:27–40
18 Se le acercaron unos saduceos, que dicen que no hay
resurrección, y le preguntaron:
19 «Maestro, Moisés nos escribió que, si el hermano de
alguien muere y deja esposa pero no deja ningún hijo, su
hermano debe casarse con la mujer y dar descendencia a
su hermano.

20 Había siete hermanos. El primero se casó y murió sin
dejar descendencia.
21 El segundo se casó con ella y murió sin dejar
descendencia; y lo mismo el tercero.
22 Ninguno de los siete dejó descendencia. Por último,
después de todos, murió también la mujer.
23 En la resurrección, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos
será esposa? Porque los siete la tuvieron por esposa».
24 Jesús les dijo: «¿No están equivocados precisamente
porque no conocen las Escrituras ni el poder de Dios?
25 Porque cuando resuciten de entre los muertos, ni se
casarán ni serán dados en matrimonio, sino que serán como
los ángeles en los cielos.
26 En cuanto a que los muertos resucitan, ¿no han leído en
el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, cómo Dios le
dijo: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios
de Jacob"?
27 Él no es Dios de muertos, sino de vivos. Están muy
equivocados».

El gran mandamiento
Mateo 22:34–40
28 Uno de los escribas que los había oído discutir se acercó
y, viendo que les había respondido bien, le preguntó:
«¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?».
29 Jesús respondió: «El primero es: "Escucha, Israel: el
Señor nuestro Dios, el Señor es uno;
30 y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda
tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas".
31 El segundo es este: "Amarás a tu prójimo como a ti
mismo". No hay otro mandamiento mayor que estos».
32 El escriba le dijo: «Bien, Maestro. Has dicho con verdad
que él es uno y que no hay otro fuera de él,
33 y que amarlo con todo el corazón, con todo el
entendimiento y con todas las fuerzas, y amar al prójimo
como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y
sacrificios».
34 Jesús, al ver que había respondido con sensatez, le dijo:
«No estás lejos del reino de Dios». Y ya nadie se atrevía a
preguntarle nada.

¿De quién es hijo el Cristo?
Mateo 22:41–46; Lucas 20:41–44
35 Mientras enseñaba en el templo, Jesús tomó la palabra
y dijo: «¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de
David?
36 El mismo David dijo por el Espíritu Santo:

“El Señor le dijo a mi Señor: ‘Siéntate a mi derecha, hasta
que ponga a tus enemigos debajo de tus pies’ ”.
37 David mismo lo llama Señor; ¿cómo, entonces, es su
hijo?». Y la gran multitud lo escuchaba con agrado.

Jesús acusa a los escribas
Mateo 23:1–36; Lucas 20:45–47. Relación temática: Lucas 11:37–54
38 En su enseñanza decía: «Cuídense de los escribas, a
quienes les gusta pasearse con largas túnicas, recibir
saludos en las plazas
39 y ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los
lugares de honor en los banquetes.
40 Devoran las casas de las viudas y hacen largas
oraciones para aparentar. Estos recibirán una condenación
más severa».

La ofrenda de la viuda
Lucas 21:1–4
41 Sentado frente a la caja de las ofrendas, observaba
cómo la gente depositaba dinero en ella. Muchos ricos
echaban grandes cantidades.
42 Llegó una viuda pobre y echó dos monedas pequeñas,
equivalentes a un cuadrante.
43 Entonces llamó a sus discípulos y les dijo: «En verdad
les digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los
que depositan en la caja de las ofrendas,
44 porque todos han dado de lo que les sobra, pero ella, de
su pobreza, ha echado todo lo que tenía, todo su sustento».

13

Jesús predice la destrucción del templo
Mateo 24:1–2; Lucas 21:5–6
1 Cuando Jesús salía del templo, uno de sus discípulos le
dijo: «Maestro, mira qué piedras y qué edificios».
2 Jesús le dijo: «¿Ves estos grandes edificios? No quedará
aquí piedra sobre piedra que no sea derribada».

Señales antes del fin
Mateo 24:3–28; Lucas 21:7–24. Relación temática: Lucas 17:22–24
3 Estaba sentado en el monte de los Olivos, frente al
templo, cuando Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le
preguntaron en privado:
4 «Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y qué señal
habrá cuando todo esto esté por cumplirse?».
5 Jesús comenzó a decirles: «Tengan cuidado de que nadie
los engañe.

6 Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: “Yo soy”, y
engañarán a muchos.
7 Cuando oigan de guerras y rumores de guerras, no se
alarmen; tiene que suceder, pero todavía no es el fin.
8 Porque se levantará nación contra nación y reino contra
reino. Habrá terremotos en diversos lugares y habrá
hambres. Estas cosas son el comienzo de los dolores de
parto.

Testimonio y perseverancia en la persecución
Lucas 21:12–19. Enseñanza relacionada: Mateo 10:17–22
9 Pero ustedes estén atentos a sí mismos. Los entregarán a
los tribunales, serán golpeados en las sinagogas y
comparecerán ante gobernadores y reyes por causa de mí,
para dar testimonio ante ellos.
10 Y primero es necesario que el evangelio sea
proclamado a todas las naciones.
11 Cuando los lleven para entregarlos, no se preocupen de
antemano por lo que van a decir; digan lo que se les dé en
aquella hora, porque no son ustedes los que hablan, sino el
Espíritu Santo.
12 El hermano entregará a su hermano a la muerte, y el
padre a su hijo; los hijos se levantarán contra sus padres y
harán que los maten.
13 Todos los odiarán por causa de mi nombre, pero quien
persevere hasta el fin será salvo.
14 Cuando vean la abominación desoladora de pie donde
no debe estar —que el lector entienda—, entonces los que
estén en Judea huyan a los montes.
15 El que esté en la azotea no baje ni entre a sacar nada
de su casa,
16 y el que esté en el campo no vuelva atrás a recoger su
manto.
17 ¡Ay de las que estén embarazadas y de las que estén
amamantando en aquellos días!
18 Oren para que no suceda en invierno.
19 Porque aquellos días serán de una tribulación como no
la ha habido desde el principio de la creación que Dios creó
hasta ahora, ni jamás la habrá.
20 Si el Señor no hubiera acortado aquellos días, nadie se
salvaría; pero, por causa de los elegidos que él escogió, ha
acortado los días.
21 Entonces, si alguien les dice: “Miren, aquí está el
Cristo”, o: “Miren, está allí”, no lo crean.
22 Porque surgirán falsos cristos y falsos profetas, y harán
señales y prodigios para extraviar, si fuera posible, a los
elegidos.

23 Pero ustedes estén atentos. Se lo he anunciado todo de
antemano.

La venida del Hijo del Hombre
Mateo 24:29–44; Lucas 21:25–36
24 En aquellos días, después de aquella tribulación, el sol
se oscurecerá y la luna no dará su luz;
25 las estrellas caerán del cielo y los poderes que están en
los cielos serán sacudidos.
26 Entonces verán al Hijo del Hombre venir en las nubes
con gran poder y gloria.
27 Y entonces enviará a los ángeles y reunirá a los
elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra
hasta el extremo del cielo.
28 Aprendan de la higuera esta parábola: cuando su rama
ya se pone tierna y brotan las hojas, saben que el verano
está cerca.
29 Así también ustedes, cuando vean suceder estas cosas,
sepan que está cerca, a las puertas.
30 En verdad les digo que no pasará esta generación hasta
que todo esto suceda.
31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás
pasarán.

La espera vigilante
Mateo 24:36–44. Enseñanza relacionada: Lucas 12:35–40
32 Pero acerca de aquel día o de la hora nadie sabe, ni los
ángeles en el cielo ni el Hijo, sino el Padre.
33 Estén atentos y manténganse despiertos, porque no
saben cuándo es el momento.
34 Es como un hombre que se va de viaje, deja su casa, da
autoridad a sus esclavos, a cada uno su tarea, y manda al
portero que esté vigilante.
35 Por eso velen, porque no saben cuándo viene el dueño
de la casa: si al anochecer, a medianoche, al canto del gallo
o al amanecer;
36 no sea que llegue de repente y los encuentre dormidos.
37 Lo que les digo a ustedes se lo digo a todos: ¡velen!».

14

El complot para prender a Jesús
Mateo 26:1–5; Lucas 22:1–2. Antecedente: Juan 11:45–53
1 Faltaban dos días para la Pascua y los Panes sin
Levadura. Los principales sacerdotes y los escribas
buscaban cómo apresar a Jesús con engaño y matarlo.
2 Porque decían: «Durante la fiesta no, para que no se
produzca un alboroto en el pueblo».

Jesús es ungido en Betania
Mateo 26:6–13. Relato relacionado: Juan 12:1–8

3 Mientras Jesús estaba en Betania, en casa de Simón el
leproso, sentado a la mesa, llegó una mujer con un frasco
de alabastro lleno de perfume de nardo puro, muy costoso.
Rompió el frasco y derramó el perfume sobre su cabeza.
4 Algunos se indignaban entre sí: «¿Para qué se ha hecho
este desperdicio de perfume?
5 Podía haberse vendido por más del salario de un año,
aproximadamente, y haberse dado a los pobres». Y la
reprendían severamente.
6 Pero Jesús dijo: «Déjenla. ¿Por qué la molestan? Ha
hecho una buena obra conmigo.
7 Porque a los pobres los tienen siempre con ustedes, y
pueden hacerles bien cuando quieran; pero a mí no me
tendrán siempre.
8 Ella ha hecho lo que podía: se ha anticipado a perfumar
mi cuerpo para la sepultura.
9 En verdad les digo que, dondequiera que se proclame el
evangelio en todo el mundo, también se contará lo que ella
ha hecho, en memoria de ella».

Judas ofrece entregar a Jesús
Mateo 26:14–16; Lucas 22:3–6

10 Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a los principales
sacerdotes para entregarles a Jesús.
11 Ellos, al oírlo, se alegraron y prometieron darle dinero.
Y él buscaba cómo entregarlo en el momento oportuno.

Institución de la Cena del Señor

Preparativos para la Pascua
Mateo 26:17–29; Lucas 22:7–23. Anuncio de la entrega: Juan 13:21–30. Enseñanza relacionada: 1 Corintios 11:23–26

12 El primer día de los Panes sin Levadura, cuando
sacrificaban el cordero de la Pascua, sus discípulos le
preguntaron: «¿Dónde quieres que vayamos a preparar
para que comas la Pascua?».
13 Él envió a dos de sus discípulos y les dijo: «Vayan a la
ciudad. Les saldrá al encuentro un hombre que lleva un
cántaro de agua; síganlo.
14 Donde entre, digan al dueño de la casa: "El Maestro
dice: ¿Dónde está mi cuarto de huéspedes, donde he de
comer la Pascua con mis discípulos?".
15 Él les mostrará una sala grande en el piso de arriba,
amueblada y preparada. Preparen allí para nosotros».

16 Los discípulos salieron, fueron a la ciudad y
encontraron todo como él les había dicho; y prepararon la
Pascua.

La traición anunciada
Mateo 26:20–25; Lucas 22:21–23; Juan 13:21–30

17 Al atardecer, Jesús llegó con los Doce.
18 Mientras estaban a la mesa y comían, Jesús dijo: «En
verdad les digo que uno de ustedes, que come conmigo, me
entregará».
19 Ellos comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno
por uno: «¿Acaso soy yo?».
20 Él les dijo: «Es uno de los Doce, el que moja conmigo en
el plato.
21 Porque el Hijo del Hombre se va tal como está escrito
de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del
Hombre es entregado! Más le valdría a ese hombre no
haber nacido».

El pan y la copa
Mateo 26:26–29; Lucas 22:14–20; 1 Corintios 11:23–26

22 Mientras comían, tomó pan, pronunció la bendición, lo
partió y se lo dio, diciendo: «Tomen; esto es mi cuerpo».
23 Luego tomó una copa, dio gracias y se la dio; y todos
bebieron de ella.
24 Les dijo: «Esta es mi sangre del pacto, que es
derramada por muchos.
25 En verdad les digo que ya no beberé del fruto de la vid
hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios».

Jesús anuncia la negación de Pedro
Mateo 26:30–35; Lucas 22:31–34; Juan 13:36–38

26 Después de cantar un himno, salieron al monte de los
Olivos.
27 Jesús les dijo: «Todos tropezarán, porque está escrito:
“Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas”.
28 Pero después de resucitar, iré delante de ustedes a
Galilea».
29 Pedro le dijo: «Aunque todos tropiecen, yo no».
30 Jesús le dijo: «En verdad te digo que tú, hoy, esta
misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, me
negarás tres veces».
31 Pero él insistía con mayor fuerza: «Aunque tenga que
morir contigo, jamás te negaré». Y todos decían lo mismo.

Jesús ora en Getsemaní
Mateo 26:36–46; Lucas 22:39–46

32 Llegaron a un lugar llamado Getsemaní, y Jesús dijo a
sus discípulos: «Siéntense aquí mientras oro».
33 Se llevó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó
a sentirse sobrecogido y angustiado.
34 Les dijo: «Mi alma está profundamente triste, hasta la
muerte. Quédense aquí y velen».
35 Se adelantó un poco, cayó a tierra y oraba que, si fuera
posible, pasara de él aquella hora.
36 Decía: «Abba, Padre, todo te es posible. Aparta de mí
esta copa; pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que tú
quieres».
37 Volvió y los encontró dormidos. Le dijo a Pedro:
«Simón, ¿estás durmiendo? ¿No pudiste velar ni una hora?
38 Velen y oren para que no entren en tentación. El
espíritu está dispuesto, pero la carne es débil».
39 Volvió a alejarse y oró diciendo las mismas palabras.
40 Cuando volvió, los encontró otra vez dormidos, porque
tenían los ojos cargados de sueño, y no sabían qué
responderle.
41 Vino por tercera vez y les dijo: «Duerman ya y
descansen. ¡Basta! Ha llegado la hora. Miren, el Hijo del
Hombre es entregado en manos de los pecadores.
42 ¡Levántense, vamos! Miren, el que me entrega está
cerca».

Arresto de Jesús
Mateo 26:47–56; Lucas 22:47–53; Juan 18:2–11

43 Enseguida, mientras él todavía hablaba, llegó Judas,
uno de los Doce, y con él una multitud con espadas y palos,
enviada por los principales sacerdotes, los escribas y los
ancianos.
44 El que lo entregaba les había dado una señal: «Al que
yo bese, ese es. Aprésenlo y llévenselo bien custodiado».
45 En cuanto llegó, se acercó a Jesús y le dijo: «¡Rabí!». Y
lo besó.
46 Ellos le echaron mano y lo apresaron.
47 Pero uno de los que estaban allí sacó su espada, hirió al
siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja.
48 Jesús les dijo: «¿Han salido con espadas y palos para
apresarme, como si fuera un bandido?
49 Todos los días estaba con ustedes enseñando en el
templo y no me apresaron. Pero esto sucede para que se
cumplan las Escrituras».
50 Todos lo abandonaron y huyeron.

El joven que huyó

51 Un joven lo seguía, cubierto solo con un lienzo sobre el
cuerpo desnudo, y lo apresaron.
52 Pero él dejó el lienzo y huyó desnudo.

Jesús ante el concilio
Mateo 26:57–68. Relatos relacionados: Lucas 22:54–55; Lucas 22:63–71; Juan 18:12–14; Juan 18:19–24

53 Llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote, y se reunieron
todos los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas.
54 Pedro lo siguió de lejos hasta dentro del patio del sumo
sacerdote y estaba sentado con los guardias, calentándose
al fuego.
55 Los principales sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban
testimonio contra Jesús para darle muerte, pero no lo
encontraban.
56 Porque muchos daban falso testimonio contra él, pero
sus testimonios no coincidían.
57 Algunos se levantaron y dieron falso testimonio contra
él, diciendo:
58 «Nosotros lo oímos decir: "Yo destruiré este santuario
hecho por manos humanas y en tres días construiré otro
que no será hecho por manos humanas"».
59 Pero ni siquiera así coincidía su testimonio.
60 El sumo sacerdote se levantó en medio y preguntó a
Jesús: «¿No respondes nada? ¿Qué es esto que testifican
contra ti?».
61 Pero él guardaba silencio y no respondió nada. El sumo
sacerdote volvió a preguntarle: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo
del Bendito?».
62 Jesús dijo: «Yo soy. Y verán al Hijo del Hombre sentado
a la derecha del Poder y viniendo con las nubes del cielo».
63 El sumo sacerdote se rasgó las túnicas y dijo: «¿Qué
necesidad tenemos ya de testigos?
64 Han oído la blasfemia. ¿Qué les parece?». Todos lo
condenaron como merecedor de muerte.
65 Algunos comenzaron a escupirle, a cubrirle el rostro y
a darle puñetazos, diciéndole: «¡Profetiza!». Y los guardias lo
recibieron a bofetadas.

Pedro niega a Jesús
Mateo 26:69–75; Lucas 22:55–62; Juan 18:15–18; Juan 18:25–27

66 Mientras Pedro estaba abajo, en el patio, llegó una de
las criadas del sumo sacerdote.
67 Al ver a Pedro calentándose, lo miró fijamente y dijo:
«Tú también estabas con Jesús el nazareno».
68 Pero él lo negó, diciendo: «No sé ni entiendo de qué
hablas». Salió afuera, al vestíbulo, y cantó un gallo.

69 La criada lo vio y comenzó otra vez a decir a los que
estaban allí: «Este es uno de ellos».
70 Él lo negaba de nuevo. Poco después, los que estaban
allí volvieron a decir a Pedro: «Sin duda eres uno de ellos,
porque también eres galileo y tu manera de hablar es
semejante».
71 Pero él comenzó a maldecir y a jurar: «No conozco a
ese hombre de quien hablan».
72 Enseguida cantó un gallo por segunda vez. Pedro
recordó lo que Jesús le había dicho: «Antes de que el gallo
cante dos veces, me negarás tres veces». Y se echó a llorar.

15

Jesús ante Pilato
Mateo 27:1–2; Mateo 27:11–14; Lucas 23:1–5; Juan 18:28–38

1 Muy de mañana, los principales sacerdotes, junto con
los ancianos, los escribas y todo el Sanedrín, deliberaron,
ataron a Jesús, se lo llevaron y lo entregaron a Pilato.
2 Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Él le
respondió: «Tú lo dices».
3 Los principales sacerdotes lo acusaban de muchas cosas.
4 Pilato volvió a preguntarle: «¿No respondes nada? Mira
de cuántas cosas te acusan».
5 Pero Jesús ya no respondió nada, de modo que Pilato se
asombraba.

Jesús sentenciado a muerte
Mateo 27:15–31; Lucas 23:13–25; Juan 18:38–40; Juan 19:1–16

6 Durante la fiesta, les ponía en libertad a un preso, el que
ellos pidieran.
7 Había uno llamado Barrabás, encarcelado con los
rebeldes que habían cometido un homicidio en la revuelta.
8 La multitud subió y comenzó a pedirle que hiciera lo
que acostumbraba hacer por ellos.
9 Pilato les respondió: «¿Quieren que les ponga en libertad
al rey de los judíos?».
10 Porque sabía que los principales sacerdotes lo habían
entregado por envidia.
11 Pero los principales sacerdotes incitaron a la multitud
para que les pusiera en libertad a Barrabás en lugar de
Jesús.
12 Pilato volvió a preguntarles: «Entonces, ¿qué quieren
que haga con el que llaman rey de los judíos?».
13 Ellos volvieron a gritar: «¡Crucifícalo!».

14 Pilato les decía: «¿Pues qué mal ha hecho?». Pero ellos
gritaron aún más: «¡Crucifícalo!».
15 Pilato, queriendo satisfacer a la multitud, les puso en
libertad a Barrabás y, después de mandar azotar a Jesús, lo
entregó para que fuera crucificado.

La burla de los soldados
Mateo 27:27–31; Juan 19:1–3

16 Los soldados lo llevaron al interior del patio, es decir,
al pretorio, y convocaron a toda la compañía.
17 Lo vistieron de púrpura y le pusieron una corona que
habían trenzado con espinas.
18 Comenzaron a saludarlo: «¡Saludos, rey de los judíos!».
19 Lo golpeaban en la cabeza con una caña, le escupían y,
arrodillándose, le hacían reverencias.
20 Después de burlarse de él, le quitaron la púrpura, le
pusieron su propia ropa y lo sacaron para crucificarlo.

Crucifixión y muerte de Jesús
Mateo 27:32–56; Lucas 23:26–49; Juan 19:17–30.

21 Obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, que
venía del campo y era padre de Alejandro y de Rufo, a
llevar la cruz de Jesús.
22 Lo llevaron al lugar llamado Gólgota, que traducido
significa Lugar de la Calavera.
23 Le ofrecían vino mezclado con mirra, pero él no lo
tomó.
24 Lo crucificaron y se repartieron su ropa, echando
suertes para decidir qué se llevaría cada uno.
25 Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron.
26 La inscripción que indicaba la acusación contra él
decía: «El rey de los judíos».
27 Con él crucificaron a dos bandidos, uno a su derecha y
otro a su izquierda.
28 [Y se cumplió la Escritura que dice: «Fue contado entre
los transgresores».]
29 Los que pasaban lo insultaban, moviendo la cabeza y
diciendo: «¡Eh, tú que destruyes el santuario y lo
reconstruyes en tres días,
30 sálvate a ti mismo bajando de la cruz!».
31 También los principales sacerdotes, junto con los
escribas, se burlaban y se decían unos a otros: «A otros
salvó; a sí mismo no puede salvarse.
32 ¡Que el Cristo, el rey de Israel, baje ahora de la cruz,
para que veamos y creamos!». También los que estaban
crucificados con él lo insultaban.

La muerte de Jesús
Mateo 27:45–56; Lucas 23:44–49; Juan 19:28–30.

33 Al mediodía hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta
las tres de la tarde.
34 A las tres de la tarde, Jesús clamó con voz fuerte: «Eloí,
Eloí, ¿lema sabactani?», que traducido significa: «Dios mío,
Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».
35 Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían: «Miren,
está llamando a Elías».
36 Uno corrió, empapó una esponja de vinagre, la puso en
una caña y le daba de beber, diciendo: «Esperen, veamos si
viene Elías a bajarlo».
37 Jesús dio un fuerte grito y expiró.
38 La cortina del santuario se rasgó en dos, de arriba
abajo.
39 El centurión que estaba frente a él, al ver cómo había
expirado, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de
Dios».
40 También había mujeres mirando de lejos, entre ellas
María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de
Josés, y Salomé.
41 Ellas lo seguían y le servían cuando estaba en Galilea; y
había muchas otras que habían subido con él a Jerusalén.

Jesús es sepultado
Mateo 27:57–61; Lucas 23:50–56; Juan 19:38–42.

42 Ya era el atardecer y, como era el día de la Preparación,
es decir, la víspera del sábado,
43 José de Arimatea, un miembro respetado del consejo
que también esperaba el reino de Dios, vino y se atrevió a
presentarse ante Pilato para pedir el cuerpo de Jesús.
44 Pilato se sorprendió de que ya hubiera muerto. Llamó
al centurión y le preguntó si hacía tiempo que había
muerto.
45 Después de informarse por medio del centurión,
concedió el cadáver a José.
46 José compró un lienzo, bajó a Jesús, lo envolvió en el
lienzo y lo puso en un sepulcro excavado en la roca. Luego
hizo rodar una piedra hasta la entrada del sepulcro.
47 María Magdalena y María la madre de Josés
observaban dónde lo habían puesto.

16

La resurrección
Mateo 28:1–10; Lucas 24:1–12; Juan 20:1–10.

1 Pasado el sábado, María Magdalena, María la madre de
Jacobo y Salomé compraron especias aromáticas para ir a
ungirlo.
2 Muy de mañana, el primer día de la semana, fueron al
sepulcro cuando ya había salido el sol.
3 Se decían unas a otras: «¿Quién nos apartará la piedra
de la entrada del sepulcro?».
4 Pero al levantar la vista vieron que la piedra había sido
apartada; era muy grande.
5 Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la
derecha, vestido con una túnica blanca, y se alarmaron.
6 Él les dijo: «No se alarmen. Buscan a Jesús el Nazareno,
el que fue crucificado. Ha resucitado; no está aquí. Miren
el lugar donde lo pusieron.
7 Pero vayan y díganles a sus discípulos y a Pedro que él
va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán, tal como les
dijo».
8 Ellas salieron y huyeron del sepulcro, pues el temblor y
el asombro se habían apoderado de ellas. No dijeron nada a
nadie, porque tenían miedo.

Jesús se aparece a María Magdalena
Juan 20:11–18.
9 [Después de resucitar muy de mañana, el primer día de
la semana, se apareció primero a María Magdalena, de
quien había expulsado siete demonios.]
10 [Ella fue y se lo contó a los que habían estado con él,
que estaban de duelo y lloraban.]
11 [Cuando oyeron que estaba vivo y que ella lo había
visto, no creyeron.]

Jesús se aparece a dos de sus discípulos
Lucas 24:13–35.
12 [Después de esto se manifestó en otra forma a dos de
ellos que iban caminando al campo.]
13 [Ellos fueron y se lo contaron a los demás, pero
tampoco les creyeron.]

Jesús comisiona a los apóstoles
Relatos relacionados: Mateo 28:16–20; Lucas 24:36–49; Juan 20:19–23.
14 [Más tarde se manifestó a los Once mientras estaban a
la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de
corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto
resucitado.]

El anuncio del evangelio a todas las naciones

15 [Y les dijo: «Vayan por todo el mundo y prediquen el
evangelio a toda criatura.]
16 [El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no
crea será condenado.]
17 [Estas señales acompañarán a los que crean: en mi
nombre expulsarán demonios y hablarán nuevas lenguas;]
18 [tomarán serpientes, y aunque beban algo mortífero, no
les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos, y
estos sanarán».]

La ascensión
Lucas 24:50–53; Hechos 1:9–11.
19 [Después de hablar con ellos, el Señor Jesús fue llevado
al cielo y se sentó a la derecha de Dios.]
20 [Ellos salieron y predicaron por todas partes, mientras
el Señor obraba con ellos y confirmaba la palabra mediante
las señales que la acompañaban.]

Lucas

Dedicatoria a Teófilo
Relación con el segundo relato: Hechos 1:1–3.
1 Puesto que muchos han emprendido la tarea de
ordenar un relato de los acontecimientos que se han
cumplido entre nosotros,
2 tal como nos los transmitieron quienes desde el
principio fueron testigos oculares y servidores de la
palabra,
3 también a mí, después de investigar todo
cuidadosamente desde sus comienzos, me pareció bien
escribírtelo en orden, excelentísimo Teófilo,
4 para que conozcas la certeza de las enseñanzas que has
recibido.

Anuncio del nacimiento de Juan
Antecedentes: 1 Crónicas 24:10; Malaquías 4:5–6.
5 En tiempos de Herodes, rey de Judea, había un
sacerdote llamado Zacarías, del grupo de Abías. Su esposa
era descendiente de Aarón y se llamaba Elisabet.
6 Ambos eran justos delante de Dios y vivían de manera
irreprochable conforme a todos los mandamientos y
ordenanzas del Señor.
7 Pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril, y ambos
eran de edad avanzada.
8 Mientras Zacarías ejercía el sacerdocio delante de Dios,
según el turno de su grupo,
9 le tocó por sorteo, conforme a la costumbre del
sacerdocio, entrar en el santuario del Señor para quemar
incienso.
10 Toda la multitud del pueblo estaba afuera orando a la
hora del incienso.
11 Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha
del altar del incienso.
12 Zacarías se turbó al verlo y quedó sobrecogido de
miedo.
13 Pero el ángel le dijo: «No tengas miedo, Zacarías,
porque tu oración ha sido escuchada. Tu esposa Elisabet te
dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan.
14 Tendrás gozo y alegría, y muchos se alegrarán por su
nacimiento,
15 porque será grande delante del Señor. No beberá vino
ni bebida embriagante, y será lleno del Espíritu Santo ya
desde el vientre de su madre.

16 Hará que muchos de los hijos de Israel vuelvan al
Señor su Dios.
17 Irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para
hacer volver el corazón de los padres hacia los hijos, y a los
desobedientes a la prudencia de los justos, preparando
para el Señor un pueblo bien dispuesto».
18 Zacarías dijo al ángel: «¿Cómo podré saber esto?
Porque yo soy anciano y mi esposa es de edad avanzada».
19 El ángel le respondió: «Yo soy Gabriel, que estoy en la
presencia de Dios, y he sido enviado para hablarte y
anunciarte estas buenas noticias.
20 Mira, quedarás en silencio y no podrás hablar hasta el
día en que sucedan estas cosas, porque no creíste mis
palabras, que se cumplirán a su debido tiempo».
21 El pueblo esperaba a Zacarías y se extrañaba de que
tardara tanto en el santuario.
22 Cuando salió, no podía hablarles, y comprendieron que
había visto una visión en el santuario. Él les hacía señas y
permanecía mudo.
23 Al cumplirse los días de su servicio, se fue a su casa.
24 Después de aquellos días, su esposa Elisabet quedó
embarazada y se mantuvo recluida durante cinco meses.
Decía:
25 «Así ha obrado conmigo el Señor en estos días en que
me ha mirado para quitar mi deshonra entre la gente».

Anuncio del nacimiento de Jesús
Relato relacionado: Mateo 1:18–25.
26 Al sexto mes, Dios envió al ángel Gabriel a una ciudad
de Galilea llamada Nazaret,
27 a una virgen comprometida en matrimonio con un
hombre llamado José, de la casa de David. La virgen se
llamaba María.
28 El ángel entró adonde ella estaba y dijo: «¡Saludos,
favorecida! El Señor está contigo».
29 Ella se turbó mucho por estas palabras y se preguntaba
qué significaría aquel saludo.
30 El ángel le dijo: «No tengas miedo, María, porque has
hallado gracia delante de Dios.
31 Mira, concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y
le pondrás por nombre Jesús.
32 Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El
Señor Dios le dará el trono de David, su antepasado,
33 y reinará sobre la casa de Jacob para siempre; su reino
no tendrá fin».
34 María dijo al ángel: «¿Cómo sucederá esto, puesto que
no tengo relaciones con ningún hombre?».

35 El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti,
y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el
que nacerá será llamado santo, Hijo de Dios.
36 Mira, tu parienta Elisabet también ha concebido un
hijo en su vejez, y este es el sexto mes de aquella a quien
llamaban estéril.
37 Porque nada será imposible para Dios».
38 María dijo: «He aquí la sierva del Señor; hágase
conmigo conforme a tu palabra». Y el ángel se fue de su
presencia.

María visita a Elisabet
39 En aquellos días María se levantó y fue de prisa a la
región montañosa, a una ciudad de Judá.
40 Entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet.
41 Cuando Elisabet oyó el saludo de María, el niño saltó
en su vientre, y Elisabet fue llena del Espíritu Santo.
42 Exclamó con voz fuerte: «¡Bendita eres entre las
mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!
43 ¿De dónde me viene esto, que la madre de mi Señor
venga a mí?
44 Porque, en cuanto llegó a mis oídos la voz de tu saludo,
el niño saltó de alegría en mi vientre.
45 Dichosa la que creyó que se cumpliría lo que le fue
dicho de parte del Señor».

Cántico de María
Relación temática: 1 Samuel 2:1–10.

46 María dijo:
«Engrandece mi alma al Señor,
47 y mi espíritu se ha alegrado en Dios, mi Salvador,
48 porque ha mirado la humilde condición de su sierva.
Miren, desde ahora todas las generaciones me llamarán
dichosa,
49 porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí;
santo es su nombre.
50 Su misericordia alcanza de generación en generación a
los que le temen.
51 Ha mostrado la fuerza de su brazo;
ha dispersado a los soberbios en los pensamientos de
su corazón.
52 Ha derribado de sus tronos a los poderosos y ha exaltado
a los humildes.
53 Ha colmado de bienes a los hambrientos y ha despedido
vacíos a los ricos.
54 Ha auxiliado a Israel, su siervo, acordándose de su
misericordia,

55 como lo había dicho a nuestros antepasados, a Abraham
y a su descendencia para siempre».
56 María se quedó con ella unos tres meses y luego
regresó a su casa.

Nacimiento de Juan el Bautista

57 A Elisabet se le cumplió el tiempo de dar a luz, y tuvo
un hijo.
58 Sus vecinos y parientes oyeron que el Señor había
mostrado gran misericordia con ella y se alegraban con
ella.
59 Al octavo día vinieron a circuncidar al niño y querían
llamarlo Zacarías, como su padre.
60 Pero su madre respondió: «No; se llamará Juan».
61 Le dijeron: «No hay nadie en tu familia que lleve ese
nombre».
62 Entonces preguntaban por señas a su padre cómo
quería que se llamara.
63 Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre». Y
todos se asombraron.
64 Al instante se abrió su boca y se soltó su lengua, y
hablaba bendiciendo a Dios.
65 El temor se apoderó de todos sus vecinos, y en toda la
región montañosa de Judea se comentaban todas estas
cosas.
66 Todos los que las oían las guardaban en su corazón y
decían: «¿Qué llegará a ser este niño?». Porque la mano del
Señor estaba con él.

Profecía de Zacarías

67 Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo y
profetizó, diciendo:
68 «Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, porque ha visitado
a su pueblo y le ha dado redención.
69 Ha levantado para nosotros un poder salvador en la casa
de David, su siervo,
70 como habló desde antiguo por boca de sus santos
profetas:
71 salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los
que nos odian,
72 para mostrar misericordia a nuestros antepasados y
acordarse de su santo pacto,
73 del juramento que hizo a Abraham, nuestro padre, de
concedernos
74 que, librados de la mano de nuestros enemigos, le
sirvamos sin temor
75 en santidad y justicia delante de él, todos nuestros días.

76 Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás
delante del Señor para preparar sus caminos,
77 para dar a su pueblo conocimiento de salvación mediante
el perdón de sus pecados,
78 por la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la
cual nos visitará la aurora desde lo alto,
79 para iluminar a los que están sentados en oscuridad y
sombra de muerte, y encaminar nuestros pies por el
camino de paz».
80 El niño crecía y se fortalecía en espíritu. Vivió en
lugares desiertos hasta el día de su presentación ante Israel.

2

Nacimiento de Jesús
Relato relacionado: Mateo 1:18–25.
1 En aquellos días salió un decreto de César Augusto para
que se inscribiera en un censo todo el mundo habitado.
2 Este primer censo se hizo cuando Cirenio gobernaba
Siria.
3 Todos iban a inscribirse, cada uno a su propia ciudad.
4 También José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret,
a Judea, a la ciudad de David llamada Belén, porque era de
la casa y del linaje de David,
5 para inscribirse junto con María, que estaba
comprometida en matrimonio con él y estaba embarazada.
6 Mientras estaban allí, se le cumplió el tiempo de dar a
luz.
7 Dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y
lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos
en el alojamiento.

Los ángeles y los pastores
8 En aquella misma región había pastores que pasaban la
noche al aire libre y vigilaban su rebaño por turnos.
9 Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor
los rodeó de resplandor. Ellos tuvieron mucho miedo.
10 Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo. Miren, les
anuncio una gran alegría que será para todo el pueblo:
11 hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador,
que es Cristo el Señor.
12 Esta será la señal para ustedes: encontrarán a un niño
envuelto en pañales y acostado en un pesebre».
13 De pronto apareció con el ángel una multitud del
ejército celestial, que alababa a Dios y decía:
14 «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los
hombres en quienes él se complace».

15 Cuando los ángeles se fueron de su presencia al cielo,
los pastores se decían unos a otros: «Vayamos a Belén y
veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a
conocer».
16 Fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño
acostado en el pesebre.
17 Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho
acerca de aquel niño.
18 Todos los que los oyeron se asombraron de lo que les
contaban los pastores.
19 Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas
en su corazón.
20 Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios
por todo lo que habían oído y visto, tal como se les había
dicho.

Presentación de Jesús en el templo

21 Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo,
le pusieron por nombre Jesús, el nombre que había dado el
ángel antes de que fuera concebido en el vientre.
22 Cuando se cumplieron los días de la purificación de
ellos, conforme a la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén
para presentarlo al Señor,
23 como está escrito en la ley del Señor: «Todo varón que
abra el vientre será llamado santo para el Señor»,
24 y para ofrecer un sacrificio conforme a lo dicho en la
ley del Señor: «Un par de tórtolas o dos pichones de
paloma».
25 Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este
hombre era justo y piadoso, esperaba la consolación de
Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él.
26 El Espíritu Santo le había revelado que no vería la
muerte antes de ver al Cristo del Señor.
27 Movido por el Espíritu, fue al templo. Cuando los
padres llevaron al niño Jesús para cumplir con él lo
establecido por la ley,
28 Simeón lo recibió en sus brazos, bendijo a Dios y dijo:
29 «Ahora, Señor soberano, dejas ir en paz a tu siervo,
conforme a tu palabra,
30 porque mis ojos han visto tu salvación,
31 la que has preparado ante todos los pueblos:
32 luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo
Israel».
33 Su padre y su madre estaban asombrados de lo que se
decía acerca de él.

34 Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Mira, este
está destinado a ser causa de caída y de levantamiento de
muchos en Israel, y una señal a la que se opondrán
35 —y a ti misma una espada te atravesará el alma—,
para que queden al descubierto los pensamientos de
muchos corazones».
36 Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la
tribu de Aser. Era de edad muy avanzada; había vivido con
su esposo siete años después de casarse,
37 y era una viuda de ochenta y cuatro años. No se
apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con
ayunos y oraciones.
38 Se presentó en aquel mismo momento, daba gracias a
Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la
redención de Jerusalén.

El regreso a Nazaret

39 Cuando cumplieron todo lo dispuesto en la ley del
Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.
40 El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría, y
la gracia de Dios estaba sobre él.

El niño Jesús en el templo

41 Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta
de la Pascua.
42 Cuando tuvo doce años, subieron conforme a la
costumbre de la fiesta.
43 Al terminar los días de la fiesta, cuando ellos
regresaban, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus
padres lo supieran.
44 Pensando que estaba en la caravana, recorrieron una
jornada de camino y lo buscaban entre sus parientes y
conocidos.
45 Como no lo encontraron, regresaron a Jerusalén
buscándolo.
46 Después de tres días lo encontraron en el templo,
sentado en medio de los maestros, escuchándolos y
haciéndoles preguntas.
47 Todos los que lo oían se asombraban de su
entendimiento y de sus respuestas.
48 Cuando lo vieron, quedaron sorprendidos, y su madre
le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y
yo te buscábamos angustiados».
49 Él les dijo: «¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que
debo estar en la casa de mi Padre?».
50 Pero ellos no comprendieron las palabras que les dijo.

51 Bajó con ellos y fue a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su
madre guardaba todas estas cosas en su corazón.
52 Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia
delante de Dios y de los hombres.

3

Predicación de Juan el Bautista
Relatos paralelos: Mateo 3:1–12; Marcos 1:1–8; Juan 1:19–28.
1 En el año quince del gobierno de Tiberio César, siendo
Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de
Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región
de Traconite, y Lisanias tetrarca de Abilinia,
2 durante el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la
palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.
3 Él recorrió toda la región del Jordán, proclamando un
bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados,
4 como está escrito en el libro de las palabras del profeta
Isaías:
«Una voz clama en el desierto: "Preparen el camino del
Señor;
hagan rectas sus sendas.
5 Todo barranco será rellenado, y todo monte y colina será
rebajado.
Los caminos torcidos se harán rectos, y los ásperos,
llanos.
6 Y todos los seres humanos verán la salvación de Dios"».
7 Juan decía a las multitudes que salían para ser
bautizadas por él: «¡Camada de víboras! ¿Quién les advirtió
que huyeran de la ira venidera?
8 Den, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no
comiencen a decirse: "Tenemos a Abraham por padre".
Porque les digo que Dios puede levantar de estas piedras
hijos para Abraham.
9 El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles. Por
tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y arrojado
al fuego».
10 Las multitudes le preguntaban: «Entonces, ¿qué
debemos hacer?».
11 Él les respondía: «El que tenga dos túnicas comparta
con el que no tiene, y el que tenga alimentos haga lo
mismo».
12 También vinieron recaudadores de impuestos para ser
bautizados y le preguntaron: «Maestro, ¿qué debemos
hacer?».

13 Él les dijo: «No cobren más de lo que se les ha
ordenado».
14 También unos soldados le preguntaban: «Y nosotros,
¿qué debemos hacer?». Él les dijo: «No extorsionen a nadie
ni hagan falsas acusaciones, y conténtense con su salario».
15 El pueblo estaba a la expectativa, y todos se
preguntaban en su corazón si acaso Juan sería el Cristo.
16 Juan respondió a todos: «Yo los bautizo con agua; pero
viene uno más poderoso que yo, ante quien no soy digno de
desatar la correa de sus sandalias. Él los bautizará con el
Espíritu Santo y con fuego.
17 Tiene en la mano su pala de aventar para limpiar bien
su era y recoger el trigo en su granero; pero quemará la
paja con fuego que no se apaga».
18 Con muchas otras exhortaciones anunciaba las buenas
noticias al pueblo.
19 Pero Herodes el tetrarca, reprendido por él a causa de
Herodías, la esposa de su hermano, y de todas las maldades
que Herodes había hecho,
20 añadió a todas ellas esta: encerró a Juan en la cárcel.

El bautismo de Jesús
Relatos paralelos: Mateo 3:13–17; Marcos 1:9–11.
21 Cuando todo el pueblo fue bautizado, también Jesús
fue bautizado. Mientras oraba, se abrió el cielo
22 y descendió sobre él el Espíritu Santo en forma
corporal, como una paloma. Y vino una voz del cielo: «Tú
eres mi Hijo amado; en ti me complazco».

Genealogía de Jesús
Genealogía relacionada: Mateo 1:1–17.
23 Jesús tenía unos treinta años cuando comenzó su
ministerio. Era hijo, según se creía, de José, hijo de Elí,
24 hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de
Janai, hijo de José,
25 hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahúm, hijo de
Esli, hijo de Nagai,
26 hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semeín, hijo de
Josec, hijo de Jodá,
27 hijo de Joanán, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de
Salatiel, hijo de Neri,
28 hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam, hijo de
Elmadam, hijo de Er,
29 hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de
Matat, hijo de Leví,

30 hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de
Jonam, hijo de Eliaquim,
31 hijo de Melea, hijo de Mená, hijo de Matata, hijo de
Natán, hijo de David,
32 hijo de Isaí, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Sala,
hijo de Naasón,
33 hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de
Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá,
34 hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de
Taré, hijo de Nacor,
35 hijo de Serug, hijo de Ragáu, hijo de Peleg, hijo de
Heber, hijo de Sala,
36 hijo de Cainam, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de
Noé, hijo de Lamec,
37 hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de
Mahalaleel, hijo de Cainam,
38 hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

4

Tentación de Jesús
Relatos paralelos: Mateo 4:1–11; Marcos 1:12–13.
1 Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y era
guiado por el Espíritu en el desierto
2 durante cuarenta días, siendo tentado por el diablo. No
comió nada en aquellos días y, al terminar, tuvo hambre.
3 El diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra
que se convierta en pan».
4 Jesús le respondió: «Está escrito: "No solo de pan vivirá
el hombre"».
5 El diablo lo llevó a lo alto y le mostró en un instante
todos los reinos del mundo habitado.
6 Le dijo: «Te daré toda esta autoridad y la gloria de ellos,
porque me ha sido entregada, y se la doy a quien quiero.
7 Por tanto, si te postras ante mí, toda será tuya».
8 Jesús le respondió: «Está escrito: "Al Señor tu Dios
adorarás, y solo a él servirás"».
9 Luego lo llevó a Jerusalén, lo puso en el punto más alto
del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí
abajo,
10 porque está escrito: "Dará órdenes a sus ángeles acerca
de ti, para que te protejan",
11 y: "Te sostendrán en sus manos, para que tu pie no
tropiece con una piedra"».
12 Jesús le respondió: «Está dicho: "No pondrás a prueba
al Señor tu Dios"».

13 Después de agotar toda tentación, el diablo se apartó
de él hasta un momento oportuno.

Jesús principia su ministerio
Relatos paralelos: Mateo 4:12–17; Marcos 1:14–15.

14 Jesús regresó a Galilea con el poder del Espíritu, y su
fama se extendió por toda la región de alrededor.
15 Enseñaba en sus sinagogas y todos lo glorificaban.

Jesús en Nazaret
Relatos relacionados: Mateo 13:53–58; Marcos 6:1–6.

16 Fue a Nazaret, donde se había criado, y, conforme a su
costumbre, entró en la sinagoga el sábado y se levantó para
leer.
17 Le dieron el rollo del profeta Isaías. Lo desenrolló y
encontró el lugar donde estaba escrito:

18 «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido
para anunciar buenas noticias a los pobres.
Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y
recuperación de la vista a los ciegos, a poner en
libertad a los oprimidos,
19 a proclamar el año del favor del Señor».

20 Enrolló el rollo, se lo devolvió al ayudante y se sentó.
Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él.
21 Entonces comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta
Escritura que han oído».
22 Todos daban testimonio a su favor y se asombraban de
las palabras de gracia que salían de su boca. Decían: «¿No
es este el hijo de José?».
23 Él les dijo: «Sin duda me dirán este refrán: "Médico,
cúrate a ti mismo". "Haz también aquí, en tu tierra, cuanto
hemos oído que ha sucedido en Capernaúm"».
24 Y añadió: «En verdad les digo que ningún profeta es
bien recibido en su propia tierra.
25 Les digo con verdad que había muchas viudas en Israel
en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado durante
tres años y seis meses y hubo una gran hambre en toda la
tierra.
26 Pero Elías no fue enviado a ninguna de ellas, sino a
una mujer viuda en Sarepta de Sidón.
27 También había muchos leprosos en Israel en tiempos
del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino
Naamán el sirio».
28 Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de
ira.

29 Se levantaron, lo echaron fuera de la ciudad y lo
llevaron hasta el borde del monte sobre el que estaba
edificada su ciudad, para despeñarlo.
30 Pero él pasó por en medio de ellos y siguió su camino.

Un hombre que tenía un espíritu inmundo
Relato paralelo: Marcos 1:21–28

31 Bajó a Capernaúm, una ciudad de Galilea, y les
enseñaba los sábados.
32 Se asombraban de su enseñanza, porque su palabra
tenía autoridad.
33 En la sinagoga había un hombre que tenía un espíritu
de demonio impuro y gritó con voz fuerte:
34 «¡Ah! ¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús
nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el
Santo de Dios».
35 Jesús lo reprendió, diciendo: «¡Cállate y sal de él!». El
demonio arrojó al hombre en medio de ellos y salió de él
sin hacerle ningún daño.
36 Todos quedaron sobrecogidos de asombro y se decían
unos a otros: «¿Qué palabra es esta? ¡Con autoridad y
poder manda a los espíritus impuros, y salen!».
37 Y las noticias acerca de él se difundían por todos los
lugares de la región.

Jesús sana a la suegra de Pedro
Relatos paralelos: Mateo 8:14–15; Marcos 1:29–31

38 Jesús salió de la sinagoga y entró en casa de Simón. La
suegra de Simón estaba aquejada de una fiebre alta, y le
rogaron por ella.
39 Él se puso junto a ella, reprendió a la fiebre y esta la
dejó. Ella se levantó al instante y comenzó a servirles.

Muchos sanados al ponerse el sol
Relatos paralelos: Mateo 8:16–17; Marcos 1:32–34

40 Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos con
diversas dolencias los llevaban a él. Él imponía las manos
sobre cada uno y los sanaba.
41 También salían demonios de muchos, gritando: «¡Tú
eres el Hijo de Dios!». Pero él los reprendía y no los dejaba
hablar, porque sabían que él era el Cristo.

Jesús anuncia el reino en otras ciudades
Relato relacionado: Marcos 1:35–39

42 Al hacerse de día, salió y se fue a un lugar solitario. Las
multitudes lo buscaban y, cuando llegaron adonde estaba,
trataban de retenerlo para que no se alejara de ellos.

43 Pero él les dijo: «También a las otras ciudades debo
anunciar las buenas noticias del reino de Dios, porque para
esto he sido enviado».
44 Y predicaba en las sinagogas de Judea.

5

La pesca milagrosa
Relatos relacionados: Mateo 4:18–22; Marcos 1:16–20

1 Mientras Jesús estaba de pie junto al lago de Genesaret,
la multitud se agolpaba sobre él para escuchar la palabra
de Dios.
2 Vio dos barcas a la orilla del lago; los pescadores habían
bajado de ellas y lavaban las redes.
3 Subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió
que la apartara un poco de tierra. Luego se sentó y
enseñaba a las multitudes desde la barca.
4 Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: «Lleva la barca
a aguas profundas y echen sus redes para pescar».
5 Simón respondió: «Maestro, hemos trabajado toda la
noche y no hemos pescado nada; pero, por tu palabra,
echaré las redes».
6 Al hacerlo, encerraron una gran cantidad de peces, y
sus redes comenzaban a romperse.
7 Hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para
que vinieran a ayudarlos. Ellos vinieron, y llenaron ambas
barcas hasta el punto de que se hundían.
8 Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de Jesús,
diciendo: «Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre
pecador».
9 Porque el asombro se había apoderado de él y de todos
los que estaban con él por la pesca que habían hecho;
10 lo mismo les sucedía a Jacobo y a Juan, hijos de
Zebedeo, que eran socios de Simón. Jesús dijo a Simón: «No
tengas miedo; desde ahora serás pescador de hombres».
11 Después de llevar las barcas a tierra, lo dejaron todo y
lo siguieron.

Jesús sana a un leproso
Relatos paralelos: Mateo 8:1–4; Marcos 1:40–45

12 Mientras Jesús estaba en una de las ciudades, se
presentó un hombre cubierto de lepra. Al ver a Jesús, cayó
rostro en tierra y le suplicó: «Señor, si quieres, puedes
limpiarme».
13 Jesús extendió la mano, lo tocó y dijo: «Quiero; queda
limpio». Enseguida la lepra lo dejó.

14 Le ordenó que no se lo dijera a nadie: «Ve, preséntate
ante el sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó
Moisés, para testimonio ante ellos».
15 Pero las noticias acerca de él se extendían cada vez
más, y grandes multitudes se reunían para escucharlo y ser
sanadas de sus enfermedades.
16 Él, sin embargo, se retiraba a lugares solitarios y oraba.

Jesús sana a un paralítico
Relatos paralelos: Mateo 9:1–8; Marcos 2:1–12

17 Un día, mientras enseñaba, estaban sentados allí
fariseos y maestros de la ley que habían venido de todas las
aldeas de Galilea y Judea, y de Jerusalén. El poder del Señor
estaba con él para sanar.
18 Unos hombres llevaban en una camilla a un hombre
paralítico y trataban de introducirlo y ponerlo delante de
Jesús.
19 Como no encontraban por dónde introducirlo a causa
de la multitud, subieron a la azotea y lo bajaron con la
camilla a través de las tejas, hasta ponerlo en medio,
delante de Jesús.
20 Al ver la fe de ellos, dijo: «Hombre, tus pecados te han
sido perdonados».
21 Los escribas y los fariseos comenzaron a pensar:
«¿Quién es este que dice blasfemias? ¿Quién puede
perdonar pecados sino solo Dios?».
22 Jesús conoció sus pensamientos y les respondió: «¿Qué
están pensando en su corazón?
23 ¿Qué es más fácil: decir “Tus pecados te han sido
perdonados”, o decir “Levántate y camina”?
24 Pero, para que sepan que el Hijo del Hombre tiene
autoridad en la tierra para perdonar pecados —dijo al
paralítico—, a ti te digo: levántate, toma tu camilla y vete a
tu casa».
25 Al instante se levantó delante de ellos, tomó aquello en
lo que había estado acostado y se fue a su casa glorificando
a Dios.
26 El asombro se apoderó de todos y glorificaban a Dios.
Llenos de temor, decían: «¡Hoy hemos visto cosas
extraordinarias!».

Llamamiento de Leví
Relatos paralelos: Mateo 9:9–13; Marcos 2:13–17

27 Después de esto, Jesús salió y vio a un recaudador de
impuestos llamado Leví, sentado en el puesto de
recaudación. Le dijo: «Sígueme».
28 Él lo dejó todo, se levantó y lo seguía.

29 Leví le ofreció un gran banquete en su casa, y había
una gran multitud de recaudadores de impuestos y de otros
que estaban a la mesa con ellos.
30 Los fariseos y sus escribas murmuraban contra los
discípulos de Jesús, diciendo: «¿Por qué comen y beben con
recaudadores de impuestos y pecadores?».
31 Jesús les respondió: «Los sanos no necesitan médico,
sino los enfermos.
32 No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al
arrepentimiento».

La pregunta sobre el ayuno
Relatos paralelos: Mateo 9:14–17; Marcos 2:18–22
33 Ellos le dijeron: «Los discípulos de Juan ayunan con
frecuencia y hacen oraciones, y lo mismo los de los
fariseos; pero los tuyos comen y beben».
34 Él les dijo: «¿Acaso pueden hacer ayunar a los
invitados de una boda mientras el novio está con ellos?
35 Pero vendrán días en que les será quitado el novio;
entonces, en aquellos días, ayunarán».
36 También les decía una parábola: «Nadie arranca un
remiendo de una prenda nueva para ponerlo en una vieja;
de lo contrario, rompe la nueva y el remiendo de la nueva
no combina con la vieja.
37 Nadie echa vino nuevo en odres viejos; de lo contrario,
el vino nuevo reventará los odres, se derramará y los odres
se perderán.
38 El vino nuevo debe echarse en odres nuevos.
39 Y nadie que ha bebido vino añejo quiere nuevo, porque
dice: "El añejo es bueno"».

6

Los discípulos recogen espigas en el día de reposo
Relatos paralelos: Mateo 12:1–8; Marcos 2:23–28
1 Un sábado Jesús atravesaba unos sembrados. Sus
discípulos arrancaban espigas, las frotaban con las manos y
comían.
2 Algunos de los fariseos dijeron: «¿Por qué hacen lo que
no está permitido en sábado?».
3 Jesús les respondió: «¿Ni siquiera han leído lo que hizo
David cuando tuvo hambre, él y los que estaban con él?
4 ¿Cómo entró en la casa de Dios, tomó los panes de la
Presencia, comió y dio a los que estaban con él, aunque solo
a los sacerdotes les está permitido comerlos?».
5 Y les decía: «El Hijo del Hombre es Señor también del
sábado».

El hombre de la mano seca
Relatos paralelos: Mateo 12:9–14; Marcos 3:1–6

6 Otro sábado entró en la sinagoga y enseñaba. Había allí
un hombre que tenía seca la mano derecha.
7 Los escribas y los fariseos lo vigilaban para ver si
sanaba en sábado, a fin de encontrar de qué acusarlo.
8 Pero él conocía sus pensamientos y dijo al hombre que
tenía la mano seca: «Levántate y ponte en medio». Él se
levantó y se puso de pie.
9 Jesús les dijo: «Les pregunto: ¿está permitido en sábado
hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o destruirla?».
10 Después de mirarlos a todos alrededor, dijo al hombre:
«Extiende tu mano». Él lo hizo, y su mano quedó restaurada.
11 Pero ellos se llenaron de furor y discutían entre sí qué
podrían hacer contra Jesús.

Elección de los doce apóstoles
Relatos paralelos: Mateo 10:1–4; Marcos 3:13–19

12 En aquellos días Jesús salió al monte a orar y pasó toda
la noche orando a Dios.
13 Al hacerse de día, llamó a sus discípulos y escogió de
entre ellos a doce, a quienes también llamó apóstoles:
14 Simón, a quien también llamó Pedro, Andrés su
hermano, Jacobo, Juan, Felipe, Bartolomé,
15 Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado el
Zelote,
16 Judas hijo de Jacobo y Judas Iscariote, que llegó a ser
traidor.

Jesús atiende a una multitud
Relato relacionado: Mateo 4:23–25

17 Bajó con ellos y se detuvo en un lugar llano. Había una
gran multitud de sus discípulos y una gran cantidad de
gente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y
Sidón,
18 que habían venido para escucharlo y ser sanados de
sus enfermedades. También los atormentados por espíritus
impuros eran sanados.
19 Toda la multitud procuraba tocarlo, porque de él salía
poder y sanaba a todos.

Bienaventuranzas y ayes
Enseñanza relacionada: Mateo 5:1–12

20 Él levantó la mirada hacia sus discípulos y decía:
«Bienaventurados ustedes los pobres, porque de ustedes es
el reino de Dios.

21 Bienaventurados los que ahora tienen hambre, porque
serán saciados. Bienaventurados los que ahora lloran,
porque reirán.
22 Bienaventurados ustedes cuando la gente los odie, los
excluya, los insulte y rechace su nombre como malo por
causa del Hijo del Hombre.
23 Alégrense en aquel día y salten de gozo, porque su
recompensa es grande en el cielo. Así trataban sus
antepasados a los profetas.
24 Pero ¡ay de ustedes los ricos, porque ya han recibido su
consuelo!
25 ¡Ay de ustedes los que ahora están saciados, porque
tendrán hambre! ¡Ay de los que ahora ríen, porque se
lamentarán y llorarán!
26 ¡Ay cuando todos hablen bien de ustedes! Así trataban
sus antepasados a los falsos profetas.

El amor hacia los enemigos, y la regla de oro
Enseñanzas relacionadas: Mateo 5:38–48; Mateo 7:12
27 Pero a ustedes que escuchan les digo: amen a sus
enemigos; hagan bien a los que los odian;
28 bendigan a los que los maldicen y oren por los que los
maltratan.
29 Al que te golpee en una mejilla, ofrécele también la
otra; y al que te quite el manto, no le impidas llevarse
también la túnica.
30 Da a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo no le
exijas que te lo devuelva.
31 Traten a los demás como quieren que ellos los traten a
ustedes.
32 Si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Porque
también los pecadores aman a los que los aman.
33 Y si hacen bien a los que les hacen bien, ¿qué mérito
tienen? También los pecadores hacen lo mismo.
34 Si prestan a aquellos de quienes esperan recibir, ¿qué
mérito tienen? También los pecadores prestan a los
pecadores para recibir otro tanto.
35 Pero amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin
esperar nada a cambio. Su recompensa será grande y serán
hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y
los malvados.
36 Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso.

El juzgar a los demás
Enseñanza relacionada: Mateo 7:1–5
37 No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no
serán condenados; perdonen y serán perdonados.

38 Den y se les dará: les echarán en el regazo una buena
medida, apretada, sacudida y rebosante. Porque con la
medida con que midan se les volverá a medir».
39 También les dijo una parábola: «¿Acaso puede un ciego
guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en un hoyo?
40 El discípulo no es superior a su maestro, pero todo el
que haya completado su formación será como su maestro.
41 ¿Por qué miras la astilla que hay en el ojo de tu
hermano y no reparas en la viga que tienes en tu propio
ojo?
42 ¿Cómo puedes decir a tu hermano: "Hermano, déjame
sacarte la astilla del ojo", si tú mismo no ves la viga que
tienes en tu ojo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo y
entonces verás con claridad para sacar la astilla del ojo de
tu hermano.

Por sus frutos los conoceréis
Enseñanza relacionada: Mateo 7:15–20
43 Porque no hay árbol bueno que dé fruto podrido, ni
árbol podrido que dé fruto bueno.
44 Cada árbol se reconoce por su propio fruto. No se
recogen higos de los espinos ni se cosechan uvas de las
zarzas.
45 La persona buena saca lo bueno del buen tesoro de su
corazón, y la mala saca lo malo de su mal tesoro. Porque de
la abundancia del corazón habla su boca.

Escuchar y obedecer a Jesús
Enseñanza relacionada: Mateo 7:24–27
46 ¿Por qué me llaman "Señor, Señor", y no hacen lo que
digo?
47 Les mostraré a quién se parece todo el que viene a mí,
escucha mis palabras y las pone en práctica.
48 Se parece a un hombre que, al construir una casa, cavó
hondo y puso los cimientos sobre la roca. Cuando llegó una
inundación, el río golpeó aquella casa, pero no pudo
sacudirla, porque estaba bien construida.
49 Pero el que oye y no pone en práctica se parece a un
hombre que construyó una casa sobre la tierra, sin
cimientos. El río la golpeó y enseguida se derrumbó, y fue
grande la ruina de aquella casa».

7

Jesús sana al siervo de un centurión
Relato paralelo: Mateo 8:5–13
1 Cuando Jesús terminó todas sus palabras ante el pueblo
que escuchaba, entró en Capernaúm.

2 Un centurión tenía un esclavo muy estimado que estaba
enfermo y a punto de morir.
3 Al oír hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los
judíos para rogarle que viniera a sanar a su esclavo.
4 Ellos llegaron a Jesús y le suplicaban con insistencia:
«Merece que le concedas esto,
5 porque ama a nuestra nación y él mismo nos construyó
la sinagoga».
6 Jesús fue con ellos. Cuando ya no estaba lejos de la casa,
el centurión envió a unos amigos para decirle: «Señor, no te
molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo.
7 Por eso ni siquiera me consideré digno de ir a ti. Pero di
una palabra y que mi siervo sea sanado.
8 Porque también yo soy un hombre puesto bajo
autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes. Le digo a uno
"Ve", y va; a otro "Ven", y viene; y a mi esclavo "Haz esto", y
lo hace».
9 Al oír esto, Jesús se asombró de él y, volviéndose hacia la
multitud que lo seguía, dijo: «Les digo que ni siquiera en
Israel he encontrado una fe tan grande».
10 Cuando los enviados regresaron a la casa, encontraron
sano al esclavo.

Jesús resucita al hijo de la viuda de Naín
11 Poco después, Jesús fue a una ciudad llamada Naín.
Iban con él muchos de sus discípulos y una gran multitud.
12 Cuando se acercó a la puerta de la ciudad, sacaban a
un muerto, hijo único de su madre, que era viuda. La
acompañaba mucha gente de la ciudad.
13 Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le dijo: «No
llores».
14 Se acercó y tocó el féretro; los que lo llevaban se
detuvieron. Y dijo: «Joven, a ti te digo: levántate».
15 El muerto se incorporó y comenzó a hablar, y Jesús se
lo entregó a su madre.
16 El temor se apoderó de todos y glorificaban a Dios,
diciendo: «¡Un gran profeta se ha levantado entre
nosotros!», y: «¡Dios ha visitado a su pueblo!».
17 Estas noticias acerca de él se extendieron por toda
Judea y por toda la región de alrededor.

Los mensajeros de Juan el Bautista
Relato paralelo: Mateo 11:2–19
18 Los discípulos de Juan le contaron todas estas cosas.
Entonces Juan llamó a dos de sus discípulos
19 y los envió al Señor a preguntarle: «¿Eres tú el que
viene, o debemos esperar a otro?».

20 Cuando llegaron a él, los hombres dijeron: «Juan el
Bautista nos ha enviado a ti para preguntarte: "¿Eres tú el
que viene, o debemos esperar a otro?"».
21 En aquella misma hora sanó a muchos de
enfermedades, dolencias y espíritus malos, y concedió la
vista a muchos ciegos.
22 Les respondió: «Vayan y cuenten a Juan lo que han
visto y oído: los ciegos recuperan la vista, los cojos caminan,
los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos
resucitan y a los pobres se les anuncian buenas noticias.
23 Y dichoso el que no tropieza por causa de mí».
24 Cuando se fueron los mensajeros de Juan, Jesús
comenzó a hablar a las multitudes acerca de Juan: «¿Qué
salieron a contemplar en el desierto? ¿Una caña sacudida
por el viento?
25 Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿Un hombre vestido con
ropa delicada? Miren, los que llevan ropa espléndida y
viven en el lujo están en los palacios.
26 Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿Un profeta? Sí, les digo,
y más que un profeta.
27 Este es de quien está escrito: "Mira, envío a mi
mensajero delante de ti, quien preparará tu camino ante ti".
28 Les digo que, entre los nacidos de mujer, no hay ningún
profeta mayor que Juan; pero el más pequeño en el reino
de Dios es mayor que él».
29 Al oírlo, todo el pueblo, incluidos los recaudadores de
impuestos, reconoció la justicia de Dios, pues habían
recibido el bautismo de Juan.
30 Pero los fariseos y los expertos en la ley rechazaron el
propósito de Dios para ellos, al no dejarse bautizar por Juan.
31 «¿A qué compararé, entonces, a la gente de esta
generación? ¿A qué se parecen?
32 Se parecen a niños sentados en la plaza, que se llaman
unos a otros y dicen:
"Les tocamos la flauta y no bailaron;
entonamos lamentos y no lloraron".
33 Porque ha venido Juan el Bautista, que no come pan ni
bebe vino, y ustedes dicen: "Tiene un demonio".
34 Ha venido el Hijo del Hombre, que come y bebe, y
ustedes dicen: "Miren, un glotón y un bebedor, amigo de
recaudadores de impuestos y pecadores".
35 Pero la sabiduría queda justificada por todos sus hijos».

Jesús en el hogar de Simón el fariseo

36 Uno de los fariseos le pidió que comiera con él. Jesús
entró en casa del fariseo y se sentó a la mesa.

37 Una mujer de la ciudad, que era pecadora, supo que
Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo y llevó un frasco
de alabastro con perfume.
38 Se puso detrás de él, a sus pies, llorando, y comenzó a
mojárselos con sus lágrimas. Se los secaba con el cabello, le
besaba los pies y se los ungía con el perfume.
39 Al verlo, el fariseo que lo había invitado pensó: «Si este
fuera profeta, sabría quién es y qué clase de mujer es la que
lo toca: es una pecadora».
40 Jesús le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él
respondió: «Di, Maestro».
41 «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía
quinientas piezas de plata y el otro cincuenta.
42 Como no tenían con qué pagar, les perdonó la deuda a
los dos. ¿Cuál de ellos, entonces, lo amará más?».
43 Simón respondió: «Supongo que aquel a quien más
perdonó». Él le dijo: «Has juzgado correctamente».
44 Volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta
mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies,
pero ella me ha mojado los pies con sus lágrimas y los ha
secado con su cabello.
45 No me diste un beso, pero ella, desde que entré, no ha
dejado de besarme los pies.
46 No ungiste mi cabeza con aceite, pero ella ha ungido
mis pies con perfume.
47 Por eso te digo: sus muchos pecados han sido
perdonados, pues ha amado mucho; pero aquel a quien
poco se le perdona, poco ama».
48 Luego le dijo a ella: «Tus pecados han sido
perdonados».
49 Los que estaban con él a la mesa comenzaron a decirse:
«¿Quién es este que hasta perdona pecados?».
50 Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado; vete en
paz».

8

Mujeres que sirven a Jesús

1 Después de esto, Jesús recorría ciudades y aldeas,
proclamando y anunciando las buenas noticias del reino de
Dios. Lo acompañaban los Doce
2 y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus
malos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de
quien habían salido siete demonios;

3 Juana, esposa de Chuza, administrador de Herodes;
Susana y muchas otras, que les servían con sus propios
bienes.

Parábola del sembrador
Relatos paralelos: Mateo 13:1–23; Marcos 4:1–20

4 Cuando se reunió una gran multitud y acudía a él gente
de cada ciudad, les habló por medio de una parábola:
5 «El sembrador salió a sembrar su semilla. Mientras
sembraba, una parte cayó junto al camino; fue pisoteada y
las aves del cielo se la comieron.
6 Otra parte cayó sobre la roca y, después de brotar, se
secó por falta de humedad.
7 Otra cayó entre espinos; los espinos crecieron con ella y
la ahogaron.
8 Y otra cayó en buena tierra; brotó y produjo fruto al
ciento por uno». Al decir esto, exclamaba: «El que tenga
oídos para oír, que oiga».
9 Sus discípulos le preguntaban qué significaba esta
parábola.
10 Él dijo: «A ustedes se les ha concedido conocer los
misterios del reino de Dios; pero a los demás se les habla en
parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan.

Explicación de la parábola del sembrador

11 La parábola es esta: la semilla es la palabra de Dios.
12 Los de junto al camino son los que han oído; luego
viene el diablo y quita la palabra de su corazón, para que
no crean ni se salven.
13 Los de sobre la roca son los que, cuando oyen, reciben
la palabra con alegría, pero no tienen raíz. Creen por un
tiempo y, en el momento de la prueba, se apartan.
14 Lo que cayó entre espinos son los que han oído, pero,
al seguir su camino, son ahogados por las preocupaciones,
las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a dar fruto
maduro.
15 Lo que cayó en buena tierra son los que oyen la
palabra con corazón noble y bueno, la retienen y dan fruto
con perseverancia.

Nada oculto que no haya de ser manifestado
Enseñanza relacionada: Marcos 4:21–25

16 Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija o
la pone debajo de una cama; la pone en un candelero para
que quienes entren vean la luz.
17 Porque nada hay oculto que no llegue a manifestarse,
ni escondido que no llegue a conocerse y a salir a la luz.

18 Por eso, presten atención a cómo escuchan. Porque al
que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará hasta lo
que cree tener».

La madre y los hermanos de Jesús
Relatos paralelos: Mateo 12:46–50; Marcos 3:31–35

19 Su madre y sus hermanos fueron a verlo, pero no
podían llegar hasta él por causa de la multitud.
20 Le avisaron: «Tu madre y tus hermanos están de pie
afuera y quieren verte».
21 Él les respondió: «Mi madre y mis hermanos son los
que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica».

Jesús calma la tempestad
Relatos paralelos: Mateo 8:23–27; Marcos 4:35–41

22 Un día subió a una barca con sus discípulos y les dijo:
«Crucemos a la otra orilla del lago». Y zarparon.
23 Mientras navegaban, él se durmió. Una tempestad de
viento se abatió sobre el lago; la barca se llenaba de agua y
estaban en peligro.
24 Se acercaron y lo despertaron, diciendo: «¡Maestro,
Maestro, perecemos!». Él se despertó, reprendió al viento y
al oleaje, y estos cesaron; y se hizo la calma.
25 Les dijo: «¿Dónde está su fe?». Ellos, llenos de miedo y
asombro, se decían unos a otros: «¿Quién es este, que
manda incluso a los vientos y al agua, y lo obedecen?».

Jesús libera a un hombre en la región de los gerasenos
Relatos paralelos: Mateo 8:28–34; Marcos 5:1–20

26 Navegaron hasta la región de los gerasenos, que está
frente a Galilea.
27 Cuando Jesús bajó a tierra, le salió al encuentro un
hombre de la ciudad que tenía demonios. Hacía mucho
tiempo que no vestía ropa y no vivía en una casa, sino en
los sepulcros.
28 Al ver a Jesús, gritó, se postró ante él y dijo con voz
fuerte: «¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo del Dios
Altísimo? Te ruego que no me atormentes».
29 Porque Jesús mandaba al espíritu impuro que saliera
del hombre. Muchas veces se había apoderado de él, y lo
sujetaban con cadenas y grilletes para custodiarlo; pero él
rompía las ataduras y era llevado por el demonio a lugares
desiertos.
30 Jesús le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Él respondió:
«Legión», porque habían entrado en él muchos demonios.
31 Y le rogaban que no les ordenara irse al abismo.

32 Había allí una gran manada de cerdos que pastaba en
el monte. Le rogaron que les permitiera entrar en ellos, y él
se lo permitió.
33 Los demonios salieron del hombre y entraron en los
cerdos. La manada se precipitó por el despeñadero al lago y
se ahogó.
34 Cuando los que los cuidaban vieron lo sucedido,
huyeron y lo contaron en la ciudad y en los campos.
35 La gente salió a ver lo que había sucedido. Llegaron a
Jesús y encontraron al hombre de quien habían salido los
demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano
juicio; y tuvieron miedo.
36 Los que lo habían visto les contaron cómo había sido
salvado el endemoniado.
37 Toda la gente de la región de los gerasenos le pidió que
se alejara de ellos, porque estaban sobrecogidos de mucho
miedo. Él subió a una barca y regresó.
38 El hombre de quien habían salido los demonios le
rogaba que lo dejara estar con él, pero Jesús lo despidió,
diciendo:
39 «Vuelve a tu casa y cuenta todo lo que Dios ha hecho
por ti». Él se fue proclamando por toda la ciudad todo lo
que Jesús había hecho por él.

La hija de Jairo, y la mujer que tocó el manto de Jesús
Relatos paralelos: Mateo 9:18–26; Marcos 5:21–43
40 Cuando Jesús regresó, la multitud lo recibió, porque
todos lo estaban esperando.
41 Llegó un hombre llamado Jairo, que era dirigente de la
sinagoga. Cayó a los pies de Jesús y le rogaba que entrara
en su casa,
42 porque tenía una hija única, de unos doce años, que se
estaba muriendo. Mientras Jesús iba, las multitudes lo
apretujaban.
43 Una mujer padecía de flujo de sangre desde hacía doce
años. Aunque había gastado en médicos todos sus medios
de vida, nadie había podido sanarla.
44 Se acercó por detrás y tocó el borde de su manto. Al
instante se detuvo su flujo de sangre.
45 Jesús preguntó: «¿Quién me ha tocado?». Como todos lo
negaban, Pedro y los que estaban con él dijeron: «Maestro,
las multitudes te rodean y te aprietan».
46 Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado, porque he
percibido que ha salido poder de mí».
47 La mujer, al ver que no había pasado inadvertida, se
acercó temblando y cayó ante él. Delante de todo el pueblo

contó por qué lo había tocado y cómo había sido sanada al instante.
48 Él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz».
49 Mientras todavía hablaba, llegó uno de casa del dirigente de la sinagoga, diciendo: «Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro».
50 Al oírlo, Jesús le respondió: «No temas; solo cree, y será salva».
51 Cuando llegó a la casa, no dejó entrar a nadie con él, excepto a Pedro, a Juan, a Jacobo y al padre y a la madre de la niña.
52 Todos lloraban y se lamentaban por ella. Él dijo: «No lloren, porque no ha muerto, sino que duerme».
53 Ellos se burlaban de él, porque sabían que había muerto.
54 Pero él la tomó de la mano y exclamó: «¡Niña, levántate!».
55 Su espíritu volvió y se levantó al instante. Jesús mandó que le dieran de comer.
56 Sus padres quedaron asombrados, pero él les ordenó que no contaran a nadie lo sucedido.

9

Misión de los doce discípulos
Relatos paralelos: Mateo 10:1–15; Marcos 6:7–13
1 Jesús reunió a los Doce y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para sanar enfermedades.
2 Los envió a proclamar el reino de Dios y a sanar a los enfermos.
3 Les dijo: «No lleven nada para el camino: ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero; tampoco tengan dos túnicas cada uno.
4 En cualquier casa donde entren, quédense allí y salgan desde allí.
5 A los que no los reciban, al salir de aquella ciudad sacúdanse el polvo de los pies, como testimonio contra ellos».
6 Ellos salieron y recorrían las aldeas, anunciando las buenas noticias y sanando por todas partes.

Herodes se pregunta quién es Jesús
Relatos relacionados: Mateo 14:1–12; Marcos 6:14–29
7 Herodes el tetrarca oyó todo lo que sucedía y estaba perplejo, porque algunos decían que Juan había resucitado de entre los muertos;
8 otros, que Elías había aparecido; y otros, que había resucitado uno de los antiguos profetas.

9 Herodes dijo: «A Juan lo decapité yo; ¿quién es, entonces,
este de quien oigo tales cosas?». Y procuraba verlo.

Alimentación de los cinco mil
Relatos paralelos: Mateo 14:13–21; Marcos 6:30–44; Juan 6:1–14
10 Cuando los apóstoles regresaron, le contaron todo lo
que habían hecho. Él los llevó consigo y se retiró a solas a
una ciudad llamada Betsaida.
11 Las multitudes se enteraron y lo siguieron. Él las
recibió, les hablaba del reino de Dios y sanaba a los que
necesitaban curación.
12 El día comenzaba a declinar. Los Doce se acercaron y le
dijeron: «Despide a la multitud para que vaya a las aldeas y
campos de alrededor a alojarse y conseguir alimentos,
porque aquí estamos en un lugar desierto».
13 Él les dijo: «Denles ustedes de comer». Ellos
respondieron: «No tenemos más que cinco panes y dos
peces, a menos que vayamos nosotros a comprar comida
para toda esta gente».
14 Porque había unos cinco mil hombres. Él dijo a sus
discípulos: «Háganlos sentar en grupos de unos cincuenta».
15 Así lo hicieron y los sentaron a todos.
16 Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, levantó la
mirada al cielo, los bendijo, los partió y se los iba dando a
los discípulos para que los sirvieran a la multitud.
17 Todos comieron y quedaron satisfechos, y recogieron
doce canastas de los pedazos que les sobraron.

La confesión de Pedro
Relatos paralelos: Mateo 16:13–20; Marcos 8:27–30
18 Un día, mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los
discípulos. Les preguntó: «¿Quién dicen las multitudes que
soy yo?».
19 Ellos respondieron: «Juan el Bautista; otros, Elías; y
otros, que ha resucitado uno de los antiguos profetas».
20 Él les preguntó: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?».
Pedro respondió: «El Cristo de Dios».

Jesús anuncia su muerte y resurrección
Relatos paralelos: Mateo 16:21–28; Marcos 8:31–38; Marcos 9:1
21 Pero él les ordenó con firmeza que no dijeran esto a
nadie,
22 diciendo: «El Hijo del Hombre debe sufrir mucho, ser
rechazado por los ancianos, los principales sacerdotes y los
escribas, ser muerto y resucitar al tercer día».

El costo de seguir a Jesús

23 Y decía a todos: «Si alguien quiere venir en pos de mí,
que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga.
24 Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero
quien pierda su vida por causa de mí la salvará.
25 ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si se
destruye o se pierde a sí mismo?
26 Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras,
de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en
su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles.
27 Les digo con verdad que algunos de los que están aquí
no probarán la muerte hasta que vean el reino de Dios».

La transfiguración
Relatos paralelos: Mateo 17:1–8; Marcos 9:2–8

28 Unos ocho días después de estas palabras, tomó a
Pedro, a Juan y a Jacobo y subió al monte a orar.
29 Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y su
ropa se volvió blanca y resplandeciente.
30 Y dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías,
31 que aparecieron en gloria y hablaban de su partida,
que él iba a cumplir en Jerusalén.
32 Pedro y los que estaban con él estaban cargados de
sueño; pero, cuando estuvieron bien despiertos, vieron su
gloria y a los dos hombres que estaban con él.
33 Cuando ellos se separaban de Jesús, Pedro le dijo:
«Maestro, qué bueno es que estemos aquí. Hagamos tres
enramadas: una para ti, una para Moisés y una para Elías».
No sabía lo que decía.
34 Mientras decía esto, vino una nube y los cubría con su
sombra. Ellos tuvieron miedo al entrar en la nube.
35 De la nube salió una voz que decía: «Este es mi Hijo, el
Elegido; escúchenlo».
36 Cuando vino la voz, Jesús quedó solo. Ellos guardaron
silencio y, en aquellos días, no contaron a nadie nada de lo
que habían visto.

Jesús sana a un muchacho endemoniado
Relatos paralelos: Mateo 17:14–21; Marcos 9:14–29

37 Al día siguiente, cuando bajaron del monte, una gran
multitud salió al encuentro de Jesús.
38 Un hombre de la multitud gritó: «Maestro, te ruego que
mires a mi hijo, porque es el único que tengo.
39 Un espíritu se apodera de él y de repente grita; lo
sacude con violencia, haciéndolo echar espuma, y apenas se
aparta de él, dejándolo maltrecho.

40 Les rogué a tus discípulos que lo expulsaran, pero no
pudieron».
41 Jesús respondió: «¡Generación incrédula y perversa!
¿Hasta cuándo estaré con ustedes y tendré que soportarlos?
Trae aquí a tu hijo».
42 Mientras el muchacho todavía se acercaba, el demonio
lo arrojó al suelo y lo sacudió violentamente. Pero Jesús
reprendió al espíritu impuro, sanó al muchacho y se lo
devolvió a su padre.
43 Todos se asombraban de la grandeza de Dios. Mientras
todos se maravillaban de todo lo que hacía, dijo a sus
discípulos:

Jesús anuncia otra vez su muerte
Relatos paralelos: Mateo 17:22–23; Marcos 9:30–32

44 «Presten mucha atención a estas palabras: el Hijo del
Hombre va a ser entregado en manos de hombres».
45 Pero ellos no entendían estas palabras; su sentido les
estaba oculto, para que no lo comprendieran, y tenían
miedo de preguntarle acerca de ellas.

¿Quién es el mayor?
Relatos paralelos: Mateo 18:1–5; Marcos 9:33–37

46 Surgió entre ellos una discusión sobre quién de ellos
sería el mayor.
47 Jesús, que conocía los pensamientos de su corazón,
tomó a un niño, lo puso a su lado
48 y les dijo: «Quien reciba a este niño en mi nombre, me
recibe a mí; y quien me reciba a mí, recibe al que me envió.
Porque el más pequeño entre todos ustedes, ese es grande».

Jesús corrige a Juan
Relato paralelo: Marcos 9:38–40

49 Juan respondió: «Maestro, vimos a uno que expulsaba
demonios en tu nombre y tratábamos de impedírselo,
porque no sigue con nosotros».
50 Jesús le dijo: «No se lo impidan, porque quien no está
contra ustedes está a favor de ustedes».

Jesús reprende a Jacobo y a Juan

51 Cuando se acercaba el tiempo en que sería llevado al
cielo, Jesús tomó la firme decisión de ir a Jerusalén.
52 Envió mensajeros delante de él. Ellos fueron y entraron
en una aldea de samaritanos para hacerle preparativos.
53 Pero no lo recibieron, porque iba camino de Jerusalén.

54 Al verlo, los discípulos Jacobo y Juan dijeron: «Señor,
¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo para que los
consuma?».
55 Él se volvió y los reprendió.
56 Y se fueron a otra aldea.

Los que querían seguir a Jesús
Mateo 8:18–22
57 Mientras iban por el camino, uno le dijo: «Te seguiré
adondequiera que vayas».
58 Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas y las aves del
cielo tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde
recostar la cabeza».
59 Dijo a otro: «Sígueme». Él respondió: «Señor,
permíteme ir primero a enterrar a mi padre».
60 Él le dijo: «Deja que los muertos entierren a sus propios
muertos; tú ve y anuncia el reino de Dios».
61 Otro dijo: «Te seguiré, Señor; pero permíteme
despedirme primero de los de mi casa».
62 Jesús dijo: «Nadie que pone la mano en el arado y mira
atrás es apto para el reino de Dios».

10

Misión de los setenta y dos
1 Después de esto, el Señor designó también a otros
setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de él a toda
ciudad y lugar adonde él iba a ir.
2 Les decía: «La cosecha es abundante, pero los obreros
son pocos. Rueguen, pues, al Señor de la cosecha que envíe
obreros a su cosecha.
3 Vayan; miren que los envío como corderos en medio de
lobos.
4 No lleven bolsa de dinero, ni bolsa de viaje, ni sandalias,
y no saluden a nadie por el camino.
5 En cualquier casa donde entren, digan primero: “Paz a
esta casa”.
6 Si hay allí un hijo de paz, la paz de ustedes reposará
sobre él; si no, volverá a ustedes.
7 Permanezcan en esa misma casa, comiendo y bebiendo
lo que les den, porque el obrero es digno de su salario. No
vayan de casa en casa.
8 En cualquier ciudad donde entren y los reciban, coman
lo que les pongan delante.
9 Sanen a los enfermos que haya en ella y díganles: “El
reino de Dios se ha acercado a ustedes”.
10 Pero en cualquier ciudad donde entren y no los
reciban, salgan a sus calles y digan:

11 "Hasta el polvo de su ciudad que se nos ha pegado a los
pies lo sacudimos contra ustedes. Sin embargo, sepan esto:
el reino de Dios se ha acercado".
12 Les digo que en aquel día será más tolerable para
Sodoma que para aquella ciudad.

Ayes sobre las ciudades impenitentes
Mateo 11:20–24
13 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro
y en Sidón hubieran ocurrido los milagros que han
ocurrido entre ustedes, hace tiempo se habrían
arrepentido, sentados en tela áspera y ceniza.
14 Sin embargo, en el juicio será más tolerable para Tiro y
Sidón que para ustedes.
15 Y tú, Capernaúm, ¿acaso serás elevada hasta el cielo?
Serás hundida hasta el Hades.
16 El que los escucha a ustedes me escucha a mí; el que
los rechaza a ustedes me rechaza a mí; y el que me rechaza
a mí rechaza al que me envió».

Regreso de los setenta y dos
17 Los setenta y dos regresaron con alegría y dijeron:
«Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre».
18 Él les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un
relámpago.
19 Miren, les he dado autoridad para pisar serpientes y
escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo; y nada les
hará daño.
20 Pero no se alegren de que los espíritus se les sometan;
alégrense de que sus nombres están escritos en los cielos».

Jesús se regocija
Mateo 11:25–27; Mateo 13:16–17
21 En esa misma hora se llenó de gozo en el Espíritu Santo
y dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y
las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te
agradó».
22 «Todo me ha sido entregado por mi Padre. Nadie
conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre
sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo».
23 Volviéndose hacia los discípulos, les dijo en privado:
«Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven,
24 porque les digo que muchos profetas y reyes desearon
ver lo que ustedes ven y no lo vieron, y oír lo que ustedes
oyen y no lo oyeron».

El buen samaritano

25 Entonces un experto en la ley se levantó para ponerlo a
prueba y preguntó: «Maestro, ¿qué debo hacer para heredar
la vida eterna?».
26 Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lo lees?».
27 Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu
corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda
tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo».
28 Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y
vivirás».
29 Pero él, queriendo justificarse, le preguntó a Jesús: «¿Y
quién es mi prójimo?».
30 Jesús respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a
Jericó y cayó en manos de unos ladrones. Lo despojaron, lo
golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto.
31 Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino
y, al verlo, pasó de largo por el otro lado.
32 Del mismo modo, un levita llegó al lugar y, al verlo,
pasó de largo por el otro lado.
33 Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde él
estaba y, al verlo, se compadeció.
34 Se acercó y vendó sus heridas, echándoles aceite y vino.
Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una
posada y cuidó de él.
35 Al día siguiente sacó dos monedas de plata, se las dio al
posadero y le dijo: "Cuida de él; y todo lo que gastes de más,
yo te lo pagaré cuando regrese".
36 ¿Cuál de estos tres te parece que se hizo prójimo del que
cayó en manos de los ladrones?».
37 Él respondió: «El que tuvo misericordia de él».
Entonces Jesús le dijo: «Ve y haz tú lo mismo».

Jesús visita a Marta y a María

38 Mientras iban de camino, él entró en una aldea, y una
mujer llamada Marta lo recibió.
39 Ella tenía una hermana llamada María, que se sentó a
los pies de Jesús y escuchaba su palabra.
40 Pero Marta estaba distraída con las muchas tareas del
servicio. Se acercó y dijo: «Señor, ¿no te importa que mi
hermana me haya dejado sola para servir? Dile, pues, que
me ayude».
41 El Señor le respondió: «Marta, Marta, te preocupas y te
inquietas por muchas cosas,
42 pero se necesitan pocas cosas, o una sola. María ha
escogido la buena parte, y no le será quitada».

11

Jesús y la oración
Mateo 6:9–15; Mateo 7:7–11

1 Jesús estaba orando en cierto lugar. Cuando terminó,
uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar,
como también Juan enseñó a sus discípulos».
2 Él les dijo: «Cuando oren, digan: "Padre, santificado sea
tu nombre; venga tu reino.
3 Danos cada día nuestro pan necesario.
4 Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros
perdonamos a todo el que nos debe; y no nos lleves a la
tentación"».
5 También les dijo: «¿Quién de ustedes tiene un amigo y
va a él a medianoche y le dice: "Amigo, préstame tres panes,
6 porque un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo qué
ofrecerle",
7 y aquel le responde desde adentro: "No me molestes. La
puerta ya está cerrada y mis niños están conmigo en la
cama; no puedo levantarme a dártelos"?
8 Les digo que, aunque no se levante a dárselos por ser su
amigo, por su insistencia se levantará y le dará cuanto
necesite.
9 Yo les digo: pidan y se les dará; busquen y encontrarán;
llamen y se les abrirá.
10 Porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra
y al que llama se le abrirá.
11 ¿Qué padre de ustedes, si su hijo le pide pan, le dará
una piedra? ¿O, si le pide un pescado, le dará una serpiente
en lugar del pescado?
12 ¿O, si le pide un huevo, le dará un escorpión?
13 Pues si ustedes, siendo malos, saben dar buenos
regalos a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el
Espíritu Santo a quienes se lo pidan!».

Una casa dividida contra sí misma
Mateo 12:22–30; Marcos 3:20–27

14 Jesús estaba expulsando a un demonio mudo. Cuando
el demonio salió, el mudo habló y las multitudes se
asombraron.
15 Pero algunos de ellos dijeron: «Expulsa los demonios
por medio de Beelzebul, el príncipe de los demonios».
16 Otros, para ponerlo a prueba, le pedían una señal del
cielo.
17 Él conocía sus pensamientos y les dijo: «Todo reino
dividido contra sí mismo queda devastado, y una casa cae
sobre otra.

18 Si también Satanás está dividido contra sí mismo,
¿cómo se mantendrá en pie su reino? Porque ustedes dicen
que yo expulso los demonios por medio de Beelzebul.
19 Si yo expulso los demonios por medio de Beelzebul,
¿por medio de quién los expulsan sus hijos? Por eso ellos
serán sus jueces.
20 Pero si yo expulso los demonios por el dedo de Dios,
entonces el reino de Dios ha llegado a ustedes.
21 Cuando un hombre fuerte y bien armado custodia su
residencia, sus bienes están seguros.
22 Pero cuando viene uno más fuerte que él y lo vence, le
quita todas las armas en las que confiaba y reparte su botín.
23 El que no está conmigo está contra mí, y el que no
recoge conmigo, desparrama.

El espíritu inmundo que vuelve
Mateo 12:43–45
24 Cuando el espíritu impuro sale de una persona, recorre
lugares secos buscando descanso. Como no lo encuentra,
dice: "Volveré a mi casa de donde salí".
25 Cuando llega, la encuentra barrida y arreglada.
26 Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él;
entran y se instalan allí, y el estado final de aquella
persona resulta peor que el primero».

Los que en verdad son bienaventurados
27 Mientras decía estas cosas, una mujer de la multitud
levantó la voz y le dijo: «¡Dichoso el vientre que te llevó y
los pechos que mamaste!».
28 Pero él dijo: «Más bien, dichosos los que escuchan la
palabra de Dios y la cumplen».

La generación perversa demanda señal
Mateo 12:38–42
29 Mientras las multitudes se aglomeraban, comenzó a
decir: «Esta generación es una generación malvada. Pide
una señal, pero no se le dará otra señal que la de Jonás.
30 Porque así como Jonás fue una señal para los ninivitas,
así también lo será el Hijo del Hombre para esta generación.
31 La reina del Sur se levantará en el juicio con los
hombres de esta generación y los condenará, porque vino
desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría
de Salomón. Y miren, aquí hay algo más que Salomón.
32 Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con
esta generación y la condenarán, porque se arrepintieron
ante la proclamación de Jonás. Y miren, aquí hay algo más
que Jonás.

La lámpara del cuerpo
Mateo 6:22–23

33 Nadie enciende una lámpara y la pone en un lugar
escondido o debajo de una canasta, sino sobre el candelero,
para que quienes entren vean su luz.
34 La lámpara del cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo está
sano, todo tu cuerpo está iluminado; pero cuando está
enfermo, tu cuerpo está oscuro.
35 Por eso, cuida de que la luz que hay en ti no sea
oscuridad.
36 Si todo tu cuerpo está iluminado y no tiene ninguna
parte oscura, estará completamente iluminado, como
cuando una lámpara te alumbra con su resplandor».

Jesús acusa a fariseos y a intérpretes de la ley
Enseñanzas relacionadas: Mateo 23:1–36; Marcos 12:38–40; Lucas 20:45–47

37 Cuando terminó de hablar, un fariseo lo invitó a comer
con él. Jesús entró y se sentó a la mesa.
38 El fariseo se asombró al ver que no se había lavado
antes de comer.
39 El Señor le dijo: «Ustedes, los fariseos, limpian por
fuera el vaso y el plato, pero por dentro están llenos de
rapiña y maldad.
40 ¡Insensatos! ¿Acaso el que hizo lo de afuera no hizo
también lo de adentro?
41 Más bien, den como limosna lo que hay dentro, y
miren, todo estará limpio para ustedes.

42 Pero ¡ay de ustedes, fariseos! Porque dan el diezmo de
la menta, de la ruda y de toda hortaliza, pero pasan por
alto la justicia y el amor de Dios. Debían practicar estas
cosas sin descuidar aquellas.
43 ¡Ay de ustedes, fariseos! Porque aman los primeros
asientos en las sinagogas y los saludos en las plazas.
44 ¡Ay de ustedes! Porque son como sepulcros que no se
ven, y la gente camina sobre ellos sin saberlo».

45 Uno de los expertos en la ley le respondió: «Maestro, al
decir estas cosas también nos insultas a nosotros».
46 Él dijo: «¡Ay también de ustedes, expertos en la ley!
Porque cargan a la gente con cargas difíciles de llevar, pero
ustedes no las tocan ni con uno de sus dedos.
47 ¡Ay de ustedes! Porque construyen los sepulcros de los
profetas, pero sus antepasados los mataron.
48 Así que son testigos y aprueban las obras de sus
antepasados: ellos los mataron y ustedes construyen.

49 Por eso también la sabiduría de Dios dijo: “Les enviaré
profetas y apóstoles, y a unos matarán y a otros
perseguirán”,
50 para que a esta generación se le pida cuenta de la
sangre de todos los profetas derramada desde la fundación
del mundo,
51 desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías,
que murió entre el altar y el santuario. Sí, les digo que se le
pedirá cuenta a esta generación.
52 ¡Ay de ustedes, expertos en la ley! Porque han quitado
la llave del conocimiento; ustedes mismos no entraron y se
lo impidieron a los que entraban».
53 Cuando Jesús salió de allí, los escribas y los fariseos
comenzaron a acosarlo con dureza y a interrogarlo sobre
muchas cosas,
54 acechándolo para atrapar alguna palabra de su boca.

12

La levadura de los fariseos

1 Entretanto, se había reunido una multitud de decenas
de miles de personas, hasta el punto de pisotearse unos a
otros. Comenzó a decir primero a sus discípulos: «Cuídense
de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.
2 Nada hay encubierto que no haya de ser revelado, ni
oculto que no haya de ser conocido.
3 Por tanto, todo lo que hayan dicho en la oscuridad se
oirá a la luz, y lo que hayan susurrado al oído en los cuartos
interiores se proclamará desde las azoteas.

A quién se debe temer
Mateo 10:26–31

4 A ustedes, mis amigos, les digo: no teman a los que
matan el cuerpo y después no pueden hacer nada más.
5 Les mostraré a quién deben temer: teman a aquel que,
después de matar, tiene autoridad para arrojar a la Gehena.
Sí, les digo, a ese deben temer.
6 ¿No se venden cinco gorriones por dos monedas de
cobre? Sin embargo, ni uno de ellos está olvidado delante
de Dios.
7 Incluso los cabellos de su cabeza están todos contados.
No teman; ustedes valen más que muchos gorriones.

La fidelidad a Jesús ante la oposición
Enseñanzas relacionadas: Mateo 10:19–20; Mateo 10:32–33; Mateo 12:31–32

8 Les digo que a todo el que me reconozca delante de los
hombres, también el Hijo del Hombre lo reconocerá
delante de los ángeles de Dios.
9 Pero el que me niegue delante de los hombres será
negado delante de los ángeles de Dios.
10 A todo el que diga una palabra contra el Hijo del
Hombre se le perdonará, pero al que blasfeme contra el
Espíritu Santo no se le perdonará.
11 Cuando los lleven a las sinagogas y ante los
gobernantes y las autoridades, no se preocupen por cómo o
con qué defenderse, ni por lo que deban decir,
12 porque el Espíritu Santo les enseñará en esa misma
hora lo que deben decir».

El rico insensato
13 Uno de la multitud le dijo: «Maestro, dile a mi hermano
que reparta la herencia conmigo».
14 Él le respondió: «Hombre, ¿quién me ha puesto como
juez o repartidor sobre ustedes?».
15 Y les dijo: «Presten atención y guárdense de toda
avaricia, porque la vida de una persona no depende de la
abundancia de sus posesiones».
16 Les contó esta parábola: «La tierra de un hombre rico
produjo una cosecha abundante.
17 Él pensaba para sí: "¿Qué haré? No tengo dónde
guardar mis frutos".
18 Y dijo: "Esto haré: derribaré mis graneros y construiré
otros más grandes; allí guardaré todo el trigo y mis bienes,
19 y le diré a mi alma: 'Alma, tienes muchos bienes
guardados para muchos años. Descansa, come, bebe y
alégrate' ".
20 Pero Dios le dijo: "¡Necio! Esta misma noche te
reclamarán tu alma; y lo que has preparado, ¿de quién
será?".
21 Así es el que acumula tesoros para sí y no es rico para
con Dios».

El afán y la ansiedad
Mateo 6:25–34
22 Entonces les dijo a sus discípulos: «Por eso les digo: no
se preocupen por su vida, por lo que comerán, ni por su
cuerpo, por lo que vestirán.
23 Porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más
que la ropa.
24 Consideren a los cuervos: no siembran ni cosechan, no
tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta. ¡Cuánto
más valen ustedes que las aves!

25 ¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede
añadir un solo momento a su vida?
26 Si no pueden hacer ni siquiera lo más pequeño, ¿por
qué se preocupan por lo demás?
27 Consideren cómo crecen los lirios: no trabajan ni hilan.
Pero les digo que ni Salomón, con toda su gloria, se vistió
como uno de ellos.
28 Y si Dios viste así la hierba que hoy está en el campo y
mañana es echada al horno, ¡cuánto más a ustedes, gente de
poca fe!
29 No anden buscando qué comerán ni qué beberán, ni se
mantengan en ansiosa inquietud.
30 Porque los pueblos del mundo buscan todas estas
cosas, pero su Padre sabe que ustedes las necesitan.
31 Más bien, busquen su reino, y estas cosas les serán
añadidas.

Tesoro en el cielo
Mateo 6:19–21
32 No temas, pequeño rebaño, porque a su Padre le ha
agradado darles el reino.
33 Vendan sus posesiones y den limosna. Háganse bolsas
que no se desgasten, un tesoro inagotable en los cielos,
donde no se acerca el ladrón ni destruye la polilla.
34 Porque donde está su tesoro, allí estará también su
corazón.

El siervo vigilante
Enseñanzas relacionadas: Mateo 24:42–44; Marcos 13:33–37
35 Tengan la cintura ceñida y las lámparas encendidas,
36 y sean como hombres que esperan a que su señor
regrese de la boda, para abrirle enseguida cuando llegue y
llame.
37 Dichosos aquellos esclavos a quienes el señor encuentre
velando cuando llegue. En verdad les digo que él se ceñirá,
los hará sentarse a la mesa y se acercará a servirles.
38 Y si viene en la segunda vigilia o en la tercera y los
encuentra así, dichosos ellos.
39 Pero sepan esto: si el dueño de la casa supiera a qué
hora viene el ladrón, no dejaría que forzara la entrada de
su casa.
40 También ustedes estén preparados, porque el Hijo del
Hombre viene a la hora que no esperan».

Responsabilidad de los siervos ante su señor
Mateo 24:45–51
41 Pedro preguntó: «Señor, ¿dices esta parábola para
nosotros o también para todos?».

42 El Señor respondió: «¿Quién es, entonces, el
administrador fiel y prudente a quien su señor pondrá al
frente de su servidumbre para darles a su tiempo la ración
de alimento?
43 Dichoso aquel esclavo a quien su señor, al llegar,
encuentre haciendo así.
44 En verdad les digo que lo pondrá a cargo de todos sus
bienes.
45 Pero si aquel esclavo dice en su corazón: "Mi señor
tarda en venir", y comienza a golpear a los criados y a las
criadas, a comer, a beber y a emborracharse,
46 el señor de aquel esclavo llegará un día en que este no
lo espera y a una hora que no sabe; lo cortará en dos y le
asignará su lugar con los infieles.
47 El esclavo que conocía la voluntad de su señor y no se
preparó ni actuó conforme a su voluntad recibirá muchos
azotes.
48 Pero el que no la conocía e hizo cosas dignas de azotes
recibirá pocos. A todo aquel a quien se le dio mucho se le
exigirá mucho; y a quien le confiaron mucho le pedirán
más.

Jesús, causa de división
Mateo 10:34–36
49 He venido a echar fuego sobre la tierra, ¡y cuánto deseo
que ya estuviera encendido!
50 Pero debo ser bautizado con un bautismo, y ¡cuánto me
angustio hasta que se cumpla!
51 ¿Piensan que he venido a dar paz en la tierra? No, les
digo, sino división.
52 Porque desde ahora habrá cinco en una misma casa
divididos, tres contra dos y dos contra tres.
53 Estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra
el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre,
la suegra contra su nuera y la nuera contra la suegra».

Discernir el tiempo de la visita de Jesús
Enseñanzas relacionadas: Mateo 16:1–4; Marcos 8:11–13
54 Decía también a las multitudes: «Cuando ven una nube
que se levanta por el oeste, enseguida dicen: "Viene lluvia",
y así sucede.
55 Y cuando sopla el viento del sur, dicen: "Hará calor", y
así sucede.
56 ¡Hipócritas! Saben interpretar el aspecto de la tierra y
del cielo; ¿cómo no saben interpretar este tiempo?

Arréglate con tu adversario
Mateo 5:25–26

57 ¿Por qué no juzgan también por ustedes mismos lo que
es justo?
58 Cuando vayas con tu adversario ante el magistrado,
esfuérzate por arreglarte con él en el camino, no sea que te
arrastre ante el juez, el juez te entregue al alguacil y el
alguacil te meta en la cárcel.
59 Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado
aun el último centavo».

13

Jesús llama al arrepentimiento ante la tragedia

1 En aquel mismo momento llegaron algunos que le
contaron acerca de los galileos cuya sangre Pilato había
mezclado con sus sacrificios.
2 Él les respondió: «¿Piensan que esos galileos eran más
pecadores que todos los demás galileos porque han sufrido
estas cosas?
3 Les digo que no; pero, si no se arrepienten, todos
perecerán igualmente.
4 O aquellos dieciocho sobre quienes cayó la torre de
Siloé y los mató, ¿piensan que eran más culpables que todos
los demás habitantes de Jerusalén?
5 Les digo que no; pero, si no se arrepienten, todos
perecerán de la misma manera».

Parábola de la higuera estéril

6 También les decía esta parábola: «Un hombre tenía una
higuera plantada en su viña. Fue a buscar fruto en ella,
pero no lo encontró.
7 Entonces dijo al viñador: "Mira, hace tres años que
vengo buscando fruto en esta higuera y no lo encuentro.
Córtala. ¿Para qué sigue inutilizando la tierra?".
8 Él le respondió: "Señor, déjala también este año, hasta
que cave a su alrededor y le eche estiércol.
9 Si en adelante da fruto, bien; y si no, la cortarás"».

Jesús sana a una mujer en el día de reposo

10 Jesús enseñaba en una de las sinagogas un sábado.
11 Había allí una mujer que desde hacía dieciocho años
tenía un espíritu de enfermedad. Estaba encorvada y no
podía enderezarse por completo.
12 Al verla, Jesús la llamó y le dijo: «Mujer, quedas libre de
tu enfermedad».
13 Puso las manos sobre ella y al instante se enderezó y
glorificaba a Dios.

14 Pero el dirigente de la sinagoga, indignado porque
Jesús había sanado en sábado, decía a la multitud: «Hay seis
días en los que se debe trabajar. Vengan en esos días para
ser sanados, y no en el día del sábado».
15 El Señor le respondió: «¡Hipócritas! ¿Acaso cada uno de
ustedes no desata en sábado su buey o su asno del pesebre
y lo lleva a beber?
16 Y a esta, que es hija de Abraham, a quien Satanás ha
tenido atada ya dieciocho años, ¿no se la debía liberar de
esta atadura en el día del sábado?».
17 Cuando decía estas cosas, todos sus adversarios
quedaban avergonzados, y toda la multitud se alegraba por
todas las obras gloriosas que él hacía.

Parábola de la semilla de mostaza
Mateo 13:31–32; Marcos 4:30–32
18 Entonces decía: «¿A qué se parece el reino de Dios?
¿Con qué lo compararé?
19 Se parece a una semilla de mostaza que un hombre
tomó y sembró en su huerto. Creció y se convirtió en un
árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas».

Parábola de la levadura
Mateo 13:33
20 Y volvió a decir: «¿Con qué compararé el reino de Dios?
21 Se parece a la levadura que una mujer tomó y escondió
en tres medidas de harina, hasta que todo fermentó».

La puerta estrecha
Enseñanzas relacionadas: Mateo 7:13–14; Mateo 7:21–23
22 Jesús recorría ciudades y aldeas enseñando, mientras
iba camino de Jerusalén.
23 Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se
salvan?». Él les dijo:
24 «Esfuércense por entrar por la puerta estrecha, porque
les digo que muchos tratarán de entrar y no podrán.
25 Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la
puerta, ustedes comenzarán a quedarse afuera y a llamar a
la puerta, diciendo: "Señor, ábrenos". Pero él les responderá:
"No sé de dónde son".
26 Entonces comenzarán a decir: "Comimos y bebimos
delante de ti, y enseñaste en nuestras plazas".
27 Pero él les dirá: "No sé de dónde son. Apártense de mí
todos los que practican la injusticia".
28 Allí habrá llanto y rechinar de dientes, cuando vean a
Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino
de Dios, mientras ustedes son echados fuera.

29 Vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur,
y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.
30 Y miren, hay últimos que serán primeros, y hay
primeros que serán últimos».

Jesús sigue su camino pese a la amenaza de Herodes
31 En aquella misma hora se acercaron unos fariseos y le
dijeron: «Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere
matarte».
32 Él les dijo: «Vayan y digan a esa zorra: "Mira, expulso
demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día
habré llegado a mi término".
33 Sin embargo, debo seguir mi camino hoy, mañana y
pasado mañana, porque no cabe que un profeta muera
fuera de Jerusalén.

Jesús lamenta el rechazo de Jerusalén
Mateo 23:37–39
34 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y
apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise
reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos
debajo de sus alas, y ustedes no quisieron!
35 Miren, su casa les queda abandonada. Les digo que no
me verán hasta que llegue el momento en que digan:
"Bendito el que viene en el nombre del Señor"».

14

Jesús sana en sábado a un hombre enfermo
1 Un sábado Jesús entró a comer pan en casa de uno de
los dirigentes de los fariseos, y ellos lo vigilaban.
2 Había delante de él un hombre que padecía de
hidropesía.
3 Jesús preguntó a los expertos en la ley y a los fariseos:
«¿Está permitido sanar en sábado, o no?».
4 Ellos guardaron silencio. Él tomó al hombre, lo sanó y lo
despidió.
5 Luego les dijo: «¿Quién de ustedes, si su hijo o su buey
cae en un pozo, no lo sacará enseguida aunque sea
sábado?».
6 Y no pudieron responder a estas cosas.

Humildad al recibir un lugar a la mesa
7 Al observar cómo los invitados escogían los primeros
lugares, les decía una parábola:
8 «Cuando alguien te invite a una boda, no te sientes en el
primer lugar, no sea que haya invitado a alguien más
distinguido que tú,

9 y venga el que los invitó a ambos y te diga: “Cede el
lugar a este”. Entonces, con vergüenza, tendrás que ocupar
el último lugar.
10 Más bien, cuando te inviten, ve y siéntate en el último
lugar, para que, cuando venga el que te invitó, te diga:
“Amigo, sube más arriba”. Entonces recibirás honra delante
de todos los que estén contigo a la mesa.
11 Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que
se humilla será enaltecido».

Una mesa abierta a quienes no pueden corresponder

12 También decía al que lo había invitado: «Cuando
ofrezcas un almuerzo o una cena, no llames a tus amigos, a
tus hermanos, a tus parientes ni a tus vecinos ricos, no sea
que ellos te inviten a su vez y recibas así tu recompensa.
13 Más bien, cuando ofrezcas un banquete, invita a
pobres, lisiados, cojos y ciegos.
14 Serás dichoso porque ellos no tienen con qué
recompensarte; pues se te recompensará en la resurrección
de los justos».

Parábola de la gran cena
Parábola relacionada: Mateo 22:1–14

15 Al oír esto, uno de los que estaban a la mesa le dijo:
«¡Dichoso el que coma pan en el reino de Dios!».
16 Él le dijo: «Un hombre preparaba una gran cena e
invitó a muchos.
17 A la hora de la cena envió a su esclavo a decir a los
invitados: “Vengan, porque ya está preparado”.
18 Pero todos, de común acuerdo, comenzaron a
excusarse. El primero le dijo: “He comprado un campo y
necesito salir a verlo. Te ruego que me excuses”.
19 Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy
a probarlas. Te ruego que me excuses”.
20 Y otro dijo: “Me he casado y por eso no puedo ir”.
21 El esclavo volvió y contó estas cosas a su señor.
Entonces el dueño de la casa se enojó y dijo a su esclavo:
“Sal de prisa a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a
los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos”.
22 El esclavo dijo: “Señor, se ha hecho lo que mandaste y
todavía hay lugar”.
23 El señor dijo al esclavo: “Sal a los caminos y a los
cercados, y oblígalos a entrar para que se llene mi casa.
24 Porque les digo que ninguno de aquellos hombres que
fueron invitados probará mi cena”».

Lo que cuesta seguir a Cristo

25 Grandes multitudes iban con Jesús. Él se volvió y les
dijo:
26 «Si alguien viene a mí y no aborrece a su propio padre,
a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos, a sus
hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.
27 Quien viene en pos de mí y no carga su propia cruz no
puede ser mi discípulo.
28 Porque ¿quién de ustedes, si quiere construir una torre,
no se sienta primero a calcular el costo para ver si tiene
con qué terminarla?
29 No sea que ponga los cimientos y no pueda terminar, y
todos los que lo vean comiencen a burlarse de él,
30 diciendo: "Este hombre comenzó a construir y no pudo
terminar".
31 ¿O qué rey, al salir a la guerra contra otro rey, no se
sienta primero a considerar si puede hacer frente con diez
mil al que viene contra él con veinte mil?
32 Si no puede, cuando el otro aún está lejos, le envía una
delegación para pedir condiciones de paz.
33 Así, pues, cualquiera de ustedes que no renuncie a todo
lo que posee no puede ser mi discípulo.

Cuando la sal pierde su sabor
Enseñanzas relacionadas: Mateo 5:13; Marcos 9:50
34 La sal es buena; pero, si hasta la sal pierde su sabor,
¿con qué se la sazonará?
35 No sirve ni para la tierra ni para el montón de estiércol;
la arrojan fuera. El que tenga oídos para oír, que oiga».

15

Parábola de la oveja perdida
Parábola relacionada: Mateo 18:10–14
1 Todos los cobradores de impuestos y los pecadores se
acercaban a él para escucharlo.
2 Los fariseos y los escribas murmuraban: «Este recibe a
pecadores y come con ellos».
3 Entonces les contó esta parábola:
4 «¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas y pierde una de
ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la
perdida hasta encontrarla?
5 Cuando la encuentra, se la pone sobre los hombros con
alegría
6 y, al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos y les
dice: "Alégrense conmigo, porque he encontrado mi oveja
perdida".

7 Les digo que de la misma manera habrá más alegría en
el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa
y nueve justos que no necesitan arrepentirse.

Parábola de la moneda perdida

8 ¿O qué mujer, si tiene diez monedas de plata y pierde
una, no enciende una lámpara, barre la casa y busca con
cuidado hasta encontrarla?
9 Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas y
les dice: "Alégrense conmigo, porque he encontrado la
moneda que había perdido".
10 Del mismo modo, les digo, hay alegría delante de los
ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente».

Parábola del hijo pródigo

11 También dijo: «Un hombre tenía dos hijos.
12 El menor le dijo a su padre: "Padre, dame la parte de
los bienes que me corresponde". Y él les repartió sus bienes.
13 Pocos días después, el hijo menor reunió todo y se fue
a un país lejano. Allí derrochó sus bienes viviendo
desenfrenadamente.
14 Cuando lo había gastado todo, sobrevino una gran
hambruna en aquel país, y él comenzó a padecer necesidad.
15 Fue a ponerse al servicio de un ciudadano de aquel
país, quien lo envió a sus campos a cuidar cerdos.
16 Deseaba llenarse el vientre con las algarrobas que
comían los cerdos, pero nadie le daba nada.
17 Entonces, volviendo en sí, dijo: "¡Cuántos jornaleros de
mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de
hambre!
18 Me levantaré, iré a mi padre y le diré: 'Padre, he
pecado contra el cielo y ante ti.
19 Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; trátame como a
uno de tus jornaleros' ".
20 Se levantó y fue a su padre. Cuando todavía estaba
lejos, su padre lo vio y se compadeció; corrió, se le echó al
cuello y lo besó efusivamente.
21 El hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y ante
ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo".
22 Pero el padre les dijo a sus esclavos: "Traigan pronto la
mejor túnica y vístanlo; pónganle un anillo en la mano y
sandalias en los pies.
23 Traigan el ternero engordado, mátenlo, y comamos y
celebremos,
24 porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir;
estaba perdido y ha sido encontrado". Y comenzaron a
celebrar.

El hermano mayor ante la alegría del padre

25 Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando regresó y se
acercó a la casa, oyó música y danzas.
26 Llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba.
27 Él le respondió: “Tu hermano ha vuelto, y tu padre ha
matado el ternero engordado porque lo ha recobrado sano”.
28 Él se enojó y no quería entrar. Su padre salió y le
rogaba que entrara.
29 Pero él le respondió a su padre: “Mira, llevo tantos
años sirviéndote como esclavo y nunca he desobedecido
una orden tuya; sin embargo, nunca me has dado un
cabrito para celebrar con mis amigos.
30 Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha devorado tus
bienes con prostitutas, mataste para él el ternero
engordado”.
31 Él le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío
es tuyo.
32 Pero era necesario celebrar y alegrarnos, porque este
hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba
perdido y ha sido encontrado”».

16

Parábola del mayordomo infiel

1 También decía a los discípulos: «Había un hombre rico
que tenía un administrador. Este fue acusado ante él de
malgastar sus bienes.
2 Lo llamó y le dijo: “¿Qué es esto que oigo acerca de ti?
Rinde cuentas de tu administración, porque ya no puedes
seguir administrando”.
3 El administrador pensó: “¿Qué haré, puesto que mi amo
me quita la administración? No tengo fuerzas para cavar y
me da vergüenza mendigar.
4 Ya sé lo que haré para que, cuando me aparten de la
administración, me reciban en sus casas”.
5 Llamó uno por uno a los deudores de su amo y
preguntó al primero: “¿Cuánto le debes a mi amo?”.
6 Él respondió: “Cien medidas de aceite”. Le dijo: “Toma tu
cuenta, siéntate enseguida y escribe cincuenta”.
7 Luego preguntó a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?”. Él
respondió: “Cien medidas de trigo”. Le dijo: “Toma tu
cuenta y escribe ochenta”.
8 El amo elogió al administrador injusto porque había
actuado con astucia. Porque los hijos de esta era son más

astutos en el trato con los de su propia generación que los hijos de la luz.

Usar los bienes con fidelidad a Dios

9 Yo les digo: háganse amigos por medio de las riquezas injustas, para que, cuando estas falten, los reciban en las moradas eternas.
10 El que es fiel en lo muy poco también es fiel en lo mucho, y el que es injusto en lo muy poco también es injusto en lo mucho.
11 Si no han sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién les confiará lo verdadero?
12 Y si no han sido fieles en lo ajeno, ¿quién les dará lo que es de ustedes?
13 Ningún criado puede servir a dos amos: porque odiará a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No pueden servir a Dios y a las riquezas».

El amor al dinero y la justicia aparente

14 Los fariseos, que amaban el dinero, escuchaban todas estas cosas y se burlaban de él.
15 Él les dijo: «Ustedes son los que se justifican delante de la gente, pero Dios conoce su corazón. Porque lo que la gente tiene por elevado es abominación delante de Dios.

La ley y el reino de Dios

16 La ley y los profetas llegaron hasta Juan. Desde entonces se anuncian las buenas noticias del reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él.
17 Pero es más fácil que pasen el cielo y la tierra que caiga un solo trazo de la ley.

Jesús enseña sobre el divorcio
Enseñanzas relacionadas: Mateo 19:1–12; Marcos 10:1–12.

18 Todo el que se divorcia de su esposa y se casa con otra comete adulterio, y el que se casa con una mujer divorciada de su esposo comete adulterio.

El rico y Lázaro

19 Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino fino y cada día celebraba espléndidamente.
20 Un pobre llamado Lázaro estaba echado junto a su puerta, cubierto de llagas,
21 y deseaba saciarse con lo que caía de la mesa del rico. Hasta los perros venían y le lamían las llagas.
22 El pobre murió y fue llevado por los ángeles al regazo de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado.

23 En el Hades, en medio de tormentos, levantó la mirada
y vio a Abraham a lo lejos y a Lázaro en su regazo.
24 Entonces gritó: "Padre Abraham, ten compasión de mí
y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua
y refresque mi lengua, porque sufro en esta llama".
25 Pero Abraham dijo: "Hijo, recuerda que recibiste tus
bienes durante tu vida, y Lázaro, en cambio, males. Ahora
él es consolado aquí y tú sufres.
26 Además de todo esto, hay un gran abismo establecido
entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieran
pasar de aquí hacia ustedes no puedan, ni puedan cruzar
de allá hacia nosotros".
27 Él dijo: "Entonces te ruego, padre, que lo envíes a la
casa de mi padre,
28 porque tengo cinco hermanos, para que les advierta y
no vengan también ellos a este lugar de tormento".
29 Abraham dijo: "Tienen a Moisés y a los profetas; que
los escuchen".
30 Él respondió: "No, padre Abraham; pero si alguno de
entre los muertos va a ellos, se arrepentirán".
31 Abraham le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los
profetas, tampoco se dejarán convencer aunque alguien
resucite de entre los muertos"».

17

El cuidado mutuo y el perdón
Enseñanzas relacionadas: Mateo 18:6–7; Mateo 18:21–22; Marcos 9:42.
1 Jesús dijo a sus discípulos: «Es inevitable que vengan
tropiezos, pero ¡ay de aquel por quien vienen!
2 Más le valdría que le pusieran al cuello una piedra de
molino y lo arrojaran al mar que hacer tropezar a uno de
estos pequeños.
3 Cuídense de ustedes mismos. Si tu hermano peca,
repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo.
4 Si peca contra ti siete veces al día y siete veces vuelve a
ti diciendo: "Me arrepiento", perdónalo».

La confianza en el poder de Dios
5 Los apóstoles dijeron al Señor: «Auméntanos la fe».
6 El Señor dijo: «Si tuvieran fe como una semilla de
mostaza, dirían a esta morera: "Desarráigate y plántate en el
mar", y les obedecería.

Servir a Dios sin reclamar méritos

7 ¿Quién de ustedes, si tiene un esclavo arando o
pastoreando, le dice cuando vuelve del campo: “Pasa
enseguida y siéntate a la mesa”?
8 ¿No le dirá más bien: “Prepárame la cena, cíñete y
sírveme mientras como y bebo; después comerás y beberás
tú”?
9 ¿Acaso le da las gracias al esclavo porque hizo lo que se
le había mandado?
10 Así también ustedes, cuando hayan hecho todo lo que
se les ha mandado, digan: “Somos esclavos inútiles; hemos
hecho lo que debíamos hacer”».

Diez leprosos son limpiados
11 Mientras iba a Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaria y
Galilea.
12 Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez
hombres leprosos, que se quedaron a cierta distancia
13 y levantaron la voz, diciendo: «¡Jesús, Maestro, ten
compasión de nosotros!».
14 Al verlos, les dijo: «Vayan y preséntense ante los
sacerdotes». Y mientras iban quedaron limpios.
15 Uno de ellos, al ver que había sido sanado, volvió
glorificando a Dios con voz fuerte.
16 Cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le daba
gracias. Él era samaritano.
17 Jesús preguntó: «¿No quedaron limpios los diez?
¿Dónde están los otros nueve?
18 ¿No se encontró a nadie que volviera a dar gloria a
Dios, sino a este extranjero?».
19 Y le dijo: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado».

La venida del Reino
20 Los fariseos le preguntaron cuándo venía el reino de
Dios. Él les respondió: «El reino de Dios no viene de un
modo que pueda observarse.
21 Tampoco dirán: “Miren, aquí está”, o: “Allí está”. Porque
miren, el reino de Dios está entre ustedes».

La manifestación del Hijo del Hombre
Enseñanzas relacionadas: Mateo 24:23–28; Mateo 24:36–41.
22 Dijo a los discípulos: «Vendrán días en que desearán ver
uno de los días del Hijo del Hombre y no lo verán.
23 Les dirán: “Miren, allí está”, o: “Miren, aquí está”. No
vayan ni los sigan.
24 Porque así como el relámpago, al destellar, ilumina
desde un extremo del cielo hasta el otro, así será el Hijo del
Hombre en su día.

25 Pero primero debe sufrir mucho y ser rechazado por
esta generación.
26 Como sucedió en los días de Noé, así sucederá también
en los días del Hijo del Hombre.
27 Comían, bebían, se casaban y eran dados en
matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca; llegó
el diluvio y los destruyó a todos.
28 De la misma manera sucedió en los días de Lot:
comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y
construían.
29 Pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y
azufre del cielo y los destruyó a todos.
30 Así será el día en que el Hijo del Hombre sea revelado.
31 En aquel día, el que esté en la azotea y tenga sus bienes
en la casa no baje a recogerlos. De igual manera, el que
esté en el campo no vuelva atrás.
32 Acuérdense de la esposa de Lot.
33 El que procure conservar su vida la perderá; pero el
que la pierda la mantendrá viva.
34 Les digo que aquella noche estarán dos en una misma
cama: uno será llevado y el otro será dejado.
35 Dos mujeres estarán moliendo juntas: una será llevada
y la otra será dejada.
36 [Dos estarán en el campo: uno será llevado y el otro
será dejado».]
37 Ellos le preguntaron: «¿Dónde, Señor?». Él les dijo:
«Donde esté el cadáver, allí también se reunirán las águilas».

18

Parábola de la viuda y el juez injusto

1 Les contó una parábola para enseñarles que debían orar
siempre y no desanimarse.
2 Dijo: «En cierta ciudad había un juez que no temía a
Dios ni respetaba a ningún hombre.
3 En aquella ciudad había también una viuda que acudía
a él y le decía: “Hazme justicia frente a mi adversario”.
4 Durante algún tiempo él no quiso, pero después se dijo
para sí: “Aunque no temo a Dios ni respeto a ningún
hombre,
5 como esta viuda me está molestando, le haré justicia,
para que no acabe agotándome con sus constantes visitas”».
6 Entonces el Señor dijo: «Escuchen lo que dice el juez
injusto.
7 ¿Acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman
a él día y noche? ¿Se demorará en responderles?

8 Les digo que pronto les hará justicia. Pero cuando
venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?».

El fariseo y el cobrador de impuestos
9 También contó esta parábola a unos que confiaban en sí
mismos, considerándose justos, y despreciaban a los demás:
10 «Dos hombres subieron al templo a orar: uno era
fariseo y el otro cobrador de impuestos.
11 El fariseo, de pie, oraba para sí de esta manera: "Dios,
te doy gracias porque no soy como los demás hombres:
ladrones, injustos, adúlteros, ni siquiera como este cobrador
de impuestos.
12 Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todo lo
que adquiero".
13 Pero el cobrador de impuestos, de pie a cierta
distancia, ni siquiera quería levantar los ojos al cielo, sino
que se golpeaba el pecho y decía: "¡Dios, ten misericordia
de mí, pecador!".
14 Les digo que este bajó a su casa justificado, y no el otro,
porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se
humilla será enaltecido».

Jesús bendice a los niños
Mateo 19:13–15; Marcos 10:13–16.
15 También le llevaban bebés para que los tocara. Al
verlo, los discípulos reprendían a quienes los llevaban.
16 Pero Jesús llamó a los niños y dijo: «Dejen a los niños
venir a mí y no se lo impidan, porque el reino de Dios es de
los que son como ellos.
17 En verdad les digo que el que no reciba el reino de Dios
como un niño jamás entrará en él».

Un dirigente rico ante el llamado de Jesús
Mateo 19:16–30; Marcos 10:17–31.
18 Un dirigente le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué debo
hacer para heredar la vida eterna?».
19 Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es
bueno sino uno: Dios.
20 Conoces los mandamientos: "No cometas adulterio, no
asesines, no robes, no des falso testimonio; honra a tu
padre y a tu madre"».
21 Él dijo: «Todo esto lo he guardado desde mi juventud».
22 Al oírlo, Jesús le dijo: «Todavía te falta una cosa: vende
todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un
tesoro en los cielos. Luego ven y sígueme».
23 Al oír estas palabras se puso muy triste, porque era
muy rico.

Las riquezas y la salvación

24 Jesús lo miró y dijo: «¡Qué difícil es para los que tienen
riquezas entrar en el reino de Dios!
25 Porque es más fácil que un camello entre por el ojo de
una aguja que un rico entre en el reino de Dios».
26 Los que lo oyeron preguntaron: «Entonces, ¿quién
puede ser salvo?».
27 Él respondió: «Lo que es imposible para los hombres es
posible para Dios».

La promesa para quienes siguen a Jesús

28 Pedro dijo: «Mira, nosotros hemos dejado lo nuestro y
te hemos seguido».
29 Él les dijo: «En verdad les digo que no hay nadie que
haya dejado casa, esposa, hermanos, padres o hijos por
causa del reino de Dios
30 que no reciba mucho más en este tiempo y, en la era
venidera, la vida eterna».

Jesús anuncia su muerte y resurrección
Mateo 20:17–19; Marcos 10:32–34.

31 Tomó aparte a los Doce y les dijo: «Miren, subimos a
Jerusalén, y se cumplirá todo lo escrito por los profetas
acerca del Hijo del Hombre.
32 Porque será entregado a los gentiles, se burlarán de él,
lo insultarán y lo escupirán.
33 Después de azotarlo, lo matarán; y al tercer día
resucitará».
34 Ellos no comprendieron nada de esto. Aquella palabra
les estaba oculta, y no entendían lo que se les decía.

Un ciego de Jericó recibe la vista
Relatos relacionados: Mateo 20:29–34; Marcos 10:46–52.

35 Cuando él se acercaba a Jericó, un ciego estaba sentado
junto al camino, mendigando.
36 Al oír que pasaba una multitud, preguntó qué sucedía.
37 Le dijeron que pasaba Jesús el Nazareno.
38 Entonces gritó: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia
de mí!».
39 Los que iban delante lo reprendían para que se callara,
pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten
misericordia de mí!».
40 Jesús se detuvo y ordenó que se lo trajeran. Cuando se
acercó, le preguntó:
41 «¿Qué quieres que haga por ti?». Él respondió: «Señor,
que reciba la vista».
42 Jesús le dijo: «Recibe la vista; tu fe te ha salvado».

43 Al instante recibió la vista y lo seguía glorificando a
Dios. Todo el pueblo, al verlo, dio alabanza a Dios.

19

Jesús y Zaqueo

1 Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad.
2 Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los
recaudadores de impuestos y era rico.
3 Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía por causa
de la multitud, porque era de baja estatura.
4 Así que corrió hacia adelante y subió a un sicómoro para
verlo, porque Jesús iba a pasar por allí.
5 Cuando Jesús llegó a aquel lugar, levantó la mirada y le
dijo: «Zaqueo, baja de prisa, porque hoy debo alojarme en
tu casa».
6 Él bajó de prisa y lo recibió con alegría.
7 Al verlo, todos murmuraban: «Ha entrado a alojarse con
un hombre pecador».
8 Zaqueo se puso de pie y dijo al Señor: «Mira, Señor, doy a
los pobres la mitad de mis bienes; y si he defraudado a
alguien en algo, se lo devuelvo cuadruplicado».
9 Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa,
porque él también es hijo de Abraham.
10 Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo
que se había perdido».

Parábola de las diez minas
Parábola relacionada: Mateo 25:14–30.

11 Mientras escuchaban estas cosas, añadió una parábola,
porque estaba cerca de Jerusalén y ellos pensaban que el
reino de Dios iba a manifestarse de inmediato.
12 Dijo, pues: «Un hombre de noble nacimiento fue a un
país lejano para recibir un reino y regresar.
13 Llamó a diez esclavos suyos, les dio unos cinco kilos de
plata y les dijo: "Negocien con esto hasta que yo vuelva".
14 Pero sus conciudadanos lo odiaban y enviaron una
delegación tras él para decir: "No queremos que este reine
sobre nosotros".
15 Cuando regresó, después de recibir el reino, mandó
llamar a los esclavos a quienes había dado el dinero para
saber qué habían ganado.
16 Se presentó el primero y dijo: "Señor, tu dinero ha
producido diez veces su valor".
17 Él le dijo: "¡Bien hecho, buen esclavo! Puesto que has
sido fiel en lo muy poco, ten autoridad sobre diez ciudades".

18 Vino el segundo y dijo: “Tu dinero, señor, ha producido
cinco veces su valor”.
19 También a este le dijo: “Tú también estarás al frente de
cinco ciudades”.
20 Vino el otro y dijo: “Señor, aquí está tu dinero, que he
tenido guardado en un pañuelo.
21 Porque te tenía miedo, pues eres un hombre severo:
tomas lo que no depositaste y cosechas lo que no
sembraste”.
22 Él le dijo: “Por tu propia boca te juzgo, esclavo
malvado. ¿Sabías que soy un hombre severo, que tomo lo
que no deposité y cosecho lo que no sembré?
23 Entonces, ¿por qué no pusiste mi dinero en un banco?
Al volver yo, lo habría cobrado con intereses”.
24 Y dijo a los que estaban allí: “Quítenle el dinero y
dénselo al que tiene unos cinco kilos de plata”.
25 Ellos le dijeron: “Señor, ya tiene unos cinco kilos”.
26 “Les digo que a todo el que tiene se le dará, pero al que
no tiene se le quitará hasta lo que tiene.
27 En cuanto a esos enemigos míos que no querían que
reinara sobre ellos, tráiganlos aquí y ejecútenlos delante de
mí”».

La entrada triunfal en Jerusalén
Mateo 21:1–11; Marcos 11:1–11; Juan 12:12–19.

28 Después de decir esto, Jesús iba delante de ellos,
subiendo a Jerusalén.
29 Cuando se acercó a Betfagé y Betania, junto al monte
llamado de los Olivos, envió a dos de los discípulos,
30 diciendo: «Vayan a la aldea de enfrente. Al entrar en
ella, encontrarán un burrito atado, en el que nadie ha
montado jamás. Desátenlo y tráiganlo.
31 Si alguien les pregunta: “¿Por qué lo desatan?”,
respondan así: “El Señor lo necesita”».
32 Los enviados fueron y encontraron todo como él les
había dicho.
33 Mientras desataban el burrito, sus dueños les
preguntaron: «¿Por qué desatan el burrito?».
34 Ellos respondieron: «El Señor lo necesita».
35 Lo llevaron a Jesús, echaron sus mantos sobre el
burrito e hicieron montar a Jesús.
36 Mientras avanzaba, extendían sus mantos en el camino.
37 Cuando ya se acercaba a la bajada del monte de los
Olivos, toda la multitud de los discípulos comenzó a alabar
a Dios con alegría y con voz fuerte por todos los milagros
que habían visto.
38 Decían: «¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor!

¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!».
39 Algunos fariseos de la multitud le dijeron: «Maestro,
reprende a tus discípulos».
40 Él respondió: «Les digo que, si estos callan, las piedras
clamarán».

El lamento de Jesús por Jerusalén
41 Cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró por ella,
42 diciendo: «¡Si también tú hubieras conocido, al menos
en este día tuyo, lo que conduce a tu paz! Pero ahora está
oculto a tus ojos.
43 Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos
levantarán una empalizada contra ti, te rodearán y te
estrecharán por todas partes.
44 Te arrasarán a ti y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán
en ti piedra sobre piedra, porque no reconociste el tiempo
en que Dios te visitó».

Purificación del templo
Relatos relacionados: Mateo 21:12–17; Marcos 11:15–19.
Véase también Juan 2:13–22.
45 Entró en el templo y comenzó a expulsar a los
vendedores,
46 diciéndoles: «Está escrito: "Y mi casa será casa de
oración"; pero ustedes la han convertido en cueva de
bandidos».
47 Enseñaba cada día en el templo. Los principales
sacerdotes, los escribas y los dirigentes del pueblo
buscaban matarlo,
48 pero no encontraban qué hacer, porque todo el pueblo
estaba pendiente de él, escuchándolo.

20

La autoridad de Jesús
Mateo 21:23–27; Marcos 11:27–33.
1 Un día, mientras Jesús enseñaba al pueblo en el templo
y anunciaba las buenas noticias, se presentaron los
principales sacerdotes y los escribas, junto con los
ancianos,
2 y le preguntaron: «Dinos, ¿con qué autoridad haces
estas cosas, o quién es el que te dio esta autoridad?».
3 Él les respondió: «Yo también les haré una pregunta;
respóndanme:
4 el bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los seres
humanos?».
5 Ellos discutieron entre sí: «Si decimos "Del cielo", dirá:
"¿Por qué no le creyeron?".

6 Pero si decimos “De los seres humanos”, todo el pueblo
nos apedreará, porque está convencido de que Juan era
profeta».
7 Así que respondieron que no sabían de dónde era.
8 Jesús les dijo: «Tampoco yo les digo con qué autoridad
hago estas cosas».

Los labradores malvados
Mateo 21:33–46; Marcos 12:1–12.
9 Comenzó a decir al pueblo esta parábola: «Un hombre
plantó una viña, la arrendó a unos labradores y se ausentó
por mucho tiempo.
10 A su debido tiempo envió a un esclavo a los labradores
para que le dieran parte del fruto de la viña. Pero los
labradores lo golpearon y lo despidieron con las manos
vacías.
11 Volvió a enviar a otro esclavo, pero también a este lo
golpearon, lo maltrataron y lo despidieron con las manos
vacías.
12 Todavía envió a un tercero, pero también a este lo
hirieron y lo echaron fuera.
13 Entonces el dueño de la viña dijo: “¿Qué haré? Enviaré
a mi hijo amado; tal vez a él lo respeten”.
14 Pero, al verlo, los labradores discutían entre sí,
diciendo: “Este es el heredero. Matémoslo para que la
herencia sea nuestra”.
15 Lo echaron fuera de la viña y lo mataron. ¿Qué les
hará, entonces, el dueño de la viña?
16 Vendrá, destruirá a esos labradores y dará la viña a
otros». Al oírlo, dijeron: «¡Que no suceda eso!».
17 Él los miró y dijo: «Entonces, ¿qué significa esto que
está escrito:
“La piedra que rechazaron los constructores se ha
convertido en la piedra angular”?
18 Todo el que caiga sobre aquella piedra quedará hecho
pedazos, y a aquel sobre quien ella caiga lo pulverizará».
19 Los escribas y los principales sacerdotes procuraron
echarle mano en aquella misma hora, porque
comprendieron que había dicho esta parábola contra ellos;
pero tuvieron miedo del pueblo.

El tributo al César
Mateo 22:15–22; Marcos 12:13–17.
20 Lo vigilaban y enviaron espías que fingían ser justos
para atraparlo en alguna palabra, a fin de entregarlo al
poder y a la autoridad del gobernador.

21 Le preguntaron: «Maestro, sabemos que hablas y
enseñas rectamente y que no haces distinción de personas,
sino que enseñas con verdad el camino de Dios.
22 ¿Nos está permitido pagar tributo al César, o no?».
23 Él, al darse cuenta de su astucia, les dijo:
24 «Muéstrenme una moneda romana. ¿De quién tiene la
imagen y la inscripción?». Ellos respondieron: «Del César».
25 Él les dijo: «Pues den al César lo que es del César, y a
Dios lo que es de Dios».
26 No pudieron atraparlo en ninguna palabra delante del
pueblo. Asombrados por su respuesta, guardaron silencio.

La pregunta sobre la resurrección
Mateo 22:23–33; Marcos 12:18–27.
27 Se acercaron algunos saduceos, los que niegan que
haya resurrección, y le preguntaron:
28 «Maestro, Moisés nos escribió que, si un hombre muere
teniendo esposa, pero sin hijos, su hermano debe tomar a
la mujer y dar descendencia a su hermano.
29 Había siete hermanos. El primero tomó esposa y murió
sin hijos;
30 y el segundo
31 y el tercero se casaron con ella. Del mismo modo, los
siete no dejaron hijos y murieron.
32 Por último murió también la mujer.
33 En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será esposa?
Porque los siete la tuvieron por esposa».
34 Jesús les dijo: «Los hijos de esta era se casan y son
dados en matrimonio;
35 pero los considerados dignos de alcanzar aquella era y
la resurrección de entre los muertos no se casan ni son
dados en matrimonio.
36 Porque ya no pueden morir; son iguales a los ángeles y
son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección.
37 Que los muertos resucitan, también Moisés lo mostró
en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor “Dios de
Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob”.
38 Él no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él
todos viven».
39 Algunos escribas respondieron: «Maestro, has hablado
bien».
40 Porque ya no se atrevían a preguntarle nada.

¿De quién es hijo el Cristo?
Mateo 22:41–46; Marcos 12:35–37.
41 Él les dijo: «¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David?
42 Porque el mismo David dice en el libro de los Salmos:

“El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha,
43 hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus
pies”.
44 David, entonces, lo llama Señor; ¿cómo es su hijo?».

Jesús acusa a los escribas
Enseñanzas relacionadas: Mateo 23:1–36; Marcos 12:38–40; Lucas 11:37–54.
45 Mientras todo el pueblo escuchaba, dijo a los discípulos:
46 «Cuídense de los escribas, a quienes les gusta andar
con túnicas largas y aman los saludos en las plazas, los
primeros asientos en las sinagogas y los primeros lugares
en los banquetes.
47 Devoran las casas de las viudas y, como pretexto, hacen
largas oraciones. Estos recibirán una condena mayor».

21

La ofrenda de la viuda
Marcos 12:41–44.
1 Jesús levantó la mirada y vio a los ricos que echaban
sus ofrendas en el tesoro.
2 Vio también a una viuda pobre que echaba allí dos
monedas pequeñas.
3 Y dijo: «Les digo con verdad que esta viuda pobre ha
echado más que todos.
4 Porque todos estos han dado para las ofrendas de lo que
les sobra, pero ella, de su pobreza, ha echado todo lo que
tenía para vivir».

Jesús predice la destrucción del templo
Pasajes paralelos: Mateo 24:1–2; Marcos 13:1–2.
5 Algunos hablaban del templo, de cómo estaba adornado
con hermosas piedras y ofrendas dedicadas. Él dijo:
6 «En cuanto a estas cosas que contemplan, vendrán días
en que no quedará piedra sobre piedra que no sea
derribada».

Jesús advierte contra el engaño y el temor
Pasajes paralelos: Mateo 24:3–8; Marcos 13:3–8.
7 Le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo sucederán estas
cosas? ¿Y qué señal habrá cuando estén por suceder?».
8 Él dijo: «Tengan cuidado de que no los engañen. Porque
muchos vendrán en mi nombre, diciendo: “Yo soy”, y: “El
tiempo está cerca”. No vayan detrás de ellos.
9 Cuando oigan de guerras y revueltas, no se asusten.
Porque estas cosas deben suceder primero, pero el fin no
vendrá de inmediato».

10 Entonces les decía: «Se levantará nación contra nación
y reino contra reino.
11 Habrá grandes terremotos y, en diversos lugares,
hambres y epidemias. Habrá sucesos aterradores y grandes
señales del cielo.

El testimonio de los discípulos bajo persecución
Pasajes paralelos: Mateo 24:9–14; Marcos 13:9–13.
12 Pero antes de todo esto les echarán mano y los
perseguirán; los entregarán a las sinagogas y a las cárceles,
y los llevarán ante reyes y gobernadores por causa de mi
nombre.
13 Esto les servirá para dar testimonio.
14 Por eso, propónganse en su corazón no preparar de
antemano su defensa,
15 porque yo les daré palabras y sabiduría que ninguno
de sus adversarios podrá resistir ni contradecir.
16 Serán entregados incluso por sus padres, hermanos,
parientes y amigos, y a algunos de ustedes los matarán.
17 Todos los odiarán por causa de mi nombre.
18 Pero ni un cabello de su cabeza se perderá.
19 Con su perseverancia ganen sus vidas.

Advertencia ante el asedio de Jerusalén
Enseñanzas relacionadas: Mateo 24:15–22; Marcos 13:14–20.
20 Cuando vean a Jerusalén rodeada de ejércitos, sepan
entonces que su desolación está cerca.
21 Entonces los que estén en Judea huyan a los montes;
los que estén dentro de ella salgan, y los que estén en los
campos no entren en ella.
22 Porque estos son días de retribución, para que se
cumpla todo lo que está escrito.
23 ¡Ay de las que estén embarazadas y de las que estén
amamantando en aquellos días! Porque habrá gran
angustia sobre la tierra e ira contra este pueblo.
24 Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos a
todas las naciones. Jerusalén será pisoteada por los gentiles
hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles.

La venida del Hijo del Hombre
Pasajes paralelos: Mateo 24:29–31; Marcos 13:24–27.
25 Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas; y en la
tierra, angustia entre las naciones, perplejas ante el
estruendo del mar y su agitación.
26 La gente desfallecerá de miedo y de expectación por lo
que viene sobre el mundo habitado, porque los poderes de
los cielos serán sacudidos.

27 Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube
con poder y gran gloria.
28 Cuando estas cosas comiencen a suceder, enderécense
y levanten la cabeza, porque su redención está cerca».

La cercanía del reino y la firmeza de la palabra de Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 24:32–35; Marcos 13:28–31.
29 También les dijo una parábola: «Miren la higuera y
todos los árboles.
30 Cuando ya brotan, al verlo, ustedes mismos saben que
el verano ya está cerca.
31 Así también ustedes, cuando vean suceder estas cosas,
sepan que el reino de Dios está cerca.
32 En verdad les digo que no pasará esta generación hasta
que todo suceda.
33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás
pasarán.

Vigilancia y oración ante el día del Señor
Enseñanzas relacionadas: Mateo 24:42–44; Marcos 13:32–37.
34 Cuídense de ustedes mismos, no sea que su corazón se
cargue de excesos, de embriaguez y de las preocupaciones
de la vida, y aquel día caiga de repente sobre ustedes
35 como una trampa. Porque vendrá sobre todos los que
habitan en toda la faz de la tierra.
36 Velen en todo momento, rogando para que tengan
fuerzas para escapar de todas estas cosas que van a
suceder y para estar de pie delante del Hijo del Hombre».
37 Durante el día enseñaba en el templo, y por las noches
salía y se alojaba en el monte llamado de los Olivos.
38 Todo el pueblo acudía a él de madrugada para
escucharlo en el templo.

22

El complot para matar a Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 26:1–5; Mateo 26:14–16; Marcos 14:1–2; Marcos 14:10–11. Antecedente relacionado: Juan 11:45–53.
1 Se acercaba la fiesta de los Panes sin Levadura, llamada
Pascua.
2 Los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo
matarlo, porque temían al pueblo.
3 Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que
era uno de los doce.
4 Él fue y habló con los principales sacerdotes y los jefes
de la guardia sobre cómo entregárselo.
5 Ellos se alegraron y acordaron darle dinero.

6 Él aceptó y buscaba una oportunidad para entregárselo
sin que estuviera la multitud.

La preparación de la Pascua
Pasajes paralelos: Mateo 26:17–19; Marcos 14:12–16.
7 Llegó el día de los Panes sin Levadura, en el que debía
sacrificarse el cordero de la Pascua.
8 Jesús envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: «Vayan y
preparen la Pascua para que la comamos».
9 Ellos le preguntaron: «¿Dónde quieres que la
preparemos?».
10 Él les dijo: «Al entrar en la ciudad, les saldrá al
encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Síganlo
hasta la casa en la que entre,
11 y díganle al dueño de la casa: "El Maestro te pregunta:
¿Dónde está la sala en la que voy a comer la Pascua con mis
discípulos?".
12 Él les mostrará una sala grande, amueblada, en el piso
de arriba. Preparen allí».
13 Ellos fueron, encontraron todo como les había dicho y
prepararon la Pascua.

La Cena del Señor
Pasajes paralelos: Mateo 26:20–29; Marcos 14:17–25.
Institución y anuncio de la muerte del Señor: 1 Corintios
11:23–26. Relato relacionado de la entrega: Juan 13:21–30.
14 Cuando llegó la hora, se recostó a la mesa, y los
apóstoles con él.
15 Les dijo: «He deseado intensamente comer esta Pascua
con ustedes antes de sufrir,
16 porque les digo que no volveré a comerla hasta que se
cumpla en el reino de Dios».
17 Luego tomó una copa, dio gracias y dijo: «Tomen esto y
repártanlo entre ustedes,
18 porque les digo que desde ahora no beberé del fruto de
la vid hasta que venga el reino de Dios».
19 Después tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio,
diciendo: «Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes.
Hagan esto en memoria de mí».
20 Del mismo modo, después de cenar, tomó la copa y
dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es
derramada por ustedes.
21 Pero miren, la mano del que me entrega está conmigo
en la mesa.
22 Porque el Hijo del Hombre va según lo que se ha
determinado, pero ¡ay de aquel hombre por medio del cual
es entregado!».

23 Entonces comenzaron a preguntarse unos a otros cuál
de ellos sería el que iba a hacer eso.

La grandeza en el servicio
Enseñanzas relacionadas: Mateo 20:25–28; Marcos 10:42–45. El servicio del Señor en la cena: Juan 13:1–17.
24 También surgió entre ellos una disputa sobre cuál de
ellos era considerado el mayor.
25 Él les dijo: «Los reyes de las naciones las dominan, y los
que ejercen autoridad sobre ellas son llamados
bienhechores.
26 Pero ustedes no deben ser así. Al contrario, el mayor
entre ustedes debe hacerse como el más joven, y el que
dirige, como el que sirve.
27 Porque ¿quién es mayor: el que está a la mesa o el que
sirve? ¿No es el que está a la mesa? Sin embargo, yo estoy
entre ustedes como el que sirve.

La promesa de participar en el reino
Enseñanza relacionada: Mateo 19:27–30.
28 Ustedes son los que han permanecido conmigo en mis
pruebas.
29 Y yo les concedo un reino, como mi Padre me lo
concedió a mí,
30 para que coman y beban a mi mesa en mi reino; y se
sentarán en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Jesús anuncia la negación de Pedro
Pasajes paralelos: Mateo 26:31–35; Marcos 14:27–31; Juan 13:36–38.
31 Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido
zarandearlos a ustedes como al trigo.
32 Pero yo he rogado por ti para que tu fe no falle. Y tú,
cuando hayas vuelto, fortalece a tus hermanos».
33 Él le dijo: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la
cárcel como a la muerte».
34 Pero Jesús respondió: «Te digo, Pedro, que hoy no
cantará el gallo antes de que hayas negado tres veces que
me conoces».

Bolsa, alforja y espada
35 Entonces les preguntó: «Cuando los envié sin bolsa de
dinero, sin alforja y sin sandalias, ¿les faltó algo?». Ellos
respondieron: «Nada».
36 Él les dijo: «Pero ahora, el que tenga una bolsa de
dinero, que la lleve, y también una alforja. Y el que no
tenga espada, que venda su manto y compre una.

37 Porque les digo que debe cumplirse en mí esto que está
escrito: "Fue contado entre los transgresores". Pues lo que
se refiere a mí llega a su cumplimiento».
38 Ellos dijeron: «Señor, aquí hay dos espadas». Él les
respondió: «Basta».

Jesús ora en Getsemaní
Pasajes paralelos: Mateo 26:36–46; Marcos 14:32–42.
39 Luego salió y fue, como de costumbre, al monte de los
Olivos; los discípulos también lo siguieron.
40 Cuando llegó al lugar, les dijo: «Oren para no entrar en
tentación».
41 Se apartó de ellos como a un tiro de piedra, se puso de
rodillas y oraba,
42 diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa;
pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».
43 Entonces se le apareció un ángel del cielo que lo
fortalecía.
44 Y, estando en agonía, oraba con más intensidad. Su
sudor se volvió como gruesas gotas de sangre que caían al
suelo.
45 Cuando se levantó de la oración y fue a los discípulos,
los encontró dormidos a causa de la tristeza.
46 Les dijo: «¿Por qué duermen? Levántense y oren para
no entrar en tentación».

Arresto de Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 26:47–56; Marcos 14:43–50; Juan 18:2–11.
47 Mientras todavía hablaba, apareció una multitud. El
llamado Judas, uno de los doce, iba al frente de ellos y se
acercó a Jesús para besarlo.
48 Pero Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo
del Hombre?».
49 Cuando los que estaban con él vieron lo que iba a
suceder, preguntaron: «Señor, ¿herimos con la espada?».
50 Y uno de ellos hirió al esclavo del sumo sacerdote y le
cortó la oreja derecha.
51 Pero Jesús respondió: «¡Basta ya!». Y, tocándole la
oreja, lo sanó.
52 Entonces Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los
jefes de la guardia del templo y a los ancianos que habían
venido contra él: «¿Han salido con espadas y palos como
contra un bandido?
53 Cada día estaba con ustedes en el templo, y no
extendieron las manos contra mí. Pero esta es su hora y el
dominio de las tinieblas».

Pedro niega a Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 26:57–58; Mateo 26:69–75; Marcos 14:53–54; Marcos 14:66–72; Juan 18:12–18; Juan 18:25–27.

54 Lo prendieron, se lo llevaron y lo hicieron entrar en la
casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía de lejos.
55 Encendieron un fuego en medio del patio y se sentaron
juntos; Pedro se sentó entre ellos.
56 Una criada lo vio sentado junto al fuego, lo miró
fijamente y dijo: «Este también estaba con él».
57 Pero él lo negó, diciendo: «Mujer, no lo conozco».
58 Poco después, otro lo vio y dijo: «Tú también eres uno
de ellos». Pero Pedro respondió: «Hombre, no lo soy».
59 Pasada cerca de una hora, otro insistía: «Sin duda, este
también estaba con él, porque también es galileo».
60 Pero Pedro dijo: «Hombre, no sé de qué hablas». Y al
instante, mientras todavía hablaba, cantó un gallo.
61 Entonces el Señor se volvió y miró fijamente a Pedro.
Pedro recordó lo que el Señor le había dicho: «Hoy, antes de
que cante el gallo, me negarás tres veces».
62 Y salió afuera y lloró amargamente.

Golpes y burlas contra Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 26:67–68; Marcos 14:65.

63 Los hombres que custodiaban a Jesús se burlaban de él
y lo golpeaban.
64 Le cubrieron el rostro y le preguntaban: «¡Profetiza!
¿Quién te golpeó?».
65 Y decían muchas otras cosas, insultándolo.

Jesús ante el concilio
Interrogatorios relacionados: Mateo 26:59–66; Marcos 14:55–64; Juan 18:19–24. Reunión al amanecer y entrega a Pilato: Mateo 27:1–2; Marcos 15:1.

66 Cuando se hizo de día, se reunió el consejo de ancianos
del pueblo, tanto los principales sacerdotes como los
escribas, y lo llevaron ante su concilio,
67 diciendo: «Si tú eres el Cristo, dínoslo». Él les
respondió: «Si se lo digo, no creerán;
68 y si les pregunto, no responderán.
69 Pero desde ahora el Hijo del Hombre estará sentado a
la derecha del poder de Dios».
70 Entonces todos preguntaron: «¿Así que tú eres el Hijo
de Dios?». Él les dijo: «Ustedes dicen que lo soy».
71 Ellos dijeron: «¿Qué necesidad tenemos ya de
testimonio? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca».

23

Jesús ante Pilato
Pasajes paralelos: Mateo 27:1–2; Mateo 27:11–14; Marcos 15:1–5; Juan 18:28–38.

1 Entonces todos ellos se levantaron y lo llevaron ante
Pilato.
2 Comenzaron a acusarlo, diciendo: «Hemos encontrado a
este hombre extraviando a nuestra nación, prohibiendo
pagar impuestos al César y diciendo que él es el Cristo, un
rey».
3 Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Él le
respondió: «Tú lo dices».
4 Entonces Pilato dijo a los principales sacerdotes y a la
multitud: «No encuentro ningún delito en este hombre».
5 Pero ellos insistían: «Alborota al pueblo enseñando por
toda Judea, desde Galilea hasta aquí».

Jesús ante Herodes

6 Al oír esto, Pilato preguntó si el hombre era galileo.
7 Y, al saber que pertenecía a la jurisdicción de Herodes,
se lo envió a Herodes, que también estaba en Jerusalén en
aquellos días.
8 Herodes se alegró mucho al ver a Jesús, porque desde
hacía bastante tiempo deseaba verlo por lo que había oído
de él, y esperaba verlo realizar alguna señal.
9 Le hizo muchas preguntas, pero Jesús no le respondió
nada.
10 Los principales sacerdotes y los escribas estaban allí,
acusándolo con vehemencia.
11 Entonces Herodes, junto con sus soldados, lo despreció
y se burló de él; le puso un vestido espléndido y lo envió de
regreso a Pilato.
12 Ese mismo día Herodes y Pilato se hicieron amigos,
pues antes estaban enemistados.

Jesús sentenciado a muerte
Pasajes paralelos: Mateo 27:15–26; Marcos 15:6–15; Juan 18:38–40; Juan 19:1–16.

13 Pilato reunió a los principales sacerdotes, a los
gobernantes y al pueblo,
14 y les dijo: «Me han traído a este hombre como a uno
que extravía al pueblo. Pero lo he interrogado delante de
ustedes y no he encontrado en él ningún delito de los que lo
acusan.
15 Tampoco Herodes, pues nos lo ha devuelto. Como ven,
no ha hecho nada que merezca la muerte.
16 Así que lo castigaré y lo dejaré libre».

17 [Él tenía la obligación de ponerles en libertad a un
preso en cada fiesta.]
18 Pero todos gritaron a una: «¡Fuera con este! ¡Suéltanos
a Barrabás!».
19 Este había sido encarcelado por una revuelta ocurrida
en la ciudad y por un homicidio.
20 Pilato volvió a hablarles, queriendo dejar libre a Jesús.
21 Pero ellos seguían gritando: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!».
22 Él les dijo por tercera vez: «¿Pues qué mal ha hecho
este? No he encontrado en él ningún delito que merezca la
muerte. Así que lo castigaré y lo dejaré libre».
23 Pero ellos insistían a grandes voces, pidiendo que fuera
crucificado, y sus gritos prevalecieron.
24 Entonces Pilato decidió que se hiciera lo que pedían.
25 Dejó libre al que había sido encarcelado por revuelta y
homicidio, al que ellos pedían, y entregó a Jesús a la
voluntad de ellos.

Crucifixión y muerte de Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 27:32–56; Marcos 15:21–41; Juan 19:17–30.
26 Cuando se lo llevaban, agarraron a un hombre llamado
Simón, de Cirene, que venía del campo, y le pusieron la
cruz encima para que la llevara detrás de Jesús.

Jesús advierte a las mujeres de Jerusalén
27 Lo seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres
que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él.
28 Jesús se volvió hacia ellas y dijo: «Hijas de Jerusalén, no
lloren por mí; lloren más bien por ustedes mismas y por
sus hijos.
29 Porque vienen días en que dirán: "Dichosas las
estériles, los vientres que no dieron a luz y los pechos que
no amamantaron".
30 Entonces comenzarán a decir a los montes: "¡Caigan
sobre nosotros!", y a las colinas: "¡Cúbrannos!".
31 Porque si hacen estas cosas con el árbol verde, ¿qué
sucederá con el seco?».
32 También llevaban a otros dos, que eran malhechores,
para ejecutarlos junto con él.

Jesús es crucificado entre malhechores
33 Cuando llegaron al lugar llamado la Calavera, lo
crucificaron allí, junto con los malhechores, uno a su
derecha y otro a su izquierda.
34 Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo
que hacen». Y se repartieron su ropa echando suertes.

35 El pueblo permanecía allí mirando. También los
gobernantes se burlaban, diciendo: «A otros salvó; que se
salve a sí mismo, si él es el Cristo de Dios, el Elegido».
36 Los soldados también se burlaban de él; se acercaban,
le ofrecían vino agrio
37 y decían: «Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti
mismo».
38 También había sobre él una inscripción: «Este es el rey
de los judíos».

Los dos malhechores y la promesa de Jesús

39 Uno de los malhechores colgados lo insultaba, diciendo:
«¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!».
40 Pero el otro lo reprendió: «¿Ni siquiera temes a Dios,
estando bajo la misma condena?
41 Nosotros estamos condenados justamente, porque
recibimos lo que merecen nuestros hechos; pero este no ha
hecho nada malo».
42 Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu
reino».
43 Él le respondió: «En verdad te digo: hoy estarás
conmigo en el paraíso».

La muerte de Jesús y las señales que la acompañan

44 Ya era cerca del mediodía, y hubo oscuridad sobre toda
la tierra hasta las tres de la tarde,
45 pues la luz del sol se apagó. Y el velo del santuario se
rasgó por la mitad.
46 Entonces Jesús gritó con voz fuerte: «Padre, en tus
manos encomiendo mi espíritu». Y, después de decir esto,
expiró.
47 Al ver lo sucedido, el centurión glorificaba a Dios,
diciendo: «Verdaderamente este hombre era justo».
48 Toda la multitud que se había reunido para ver aquel
espectáculo, al contemplar lo ocurrido, regresaba
golpeándose el pecho.
49 Pero todos sus conocidos permanecían a distancia,
junto con las mujeres que lo habían seguido desde Galilea,
mirando estas cosas.

Jesús es sepultado
Pasajes paralelos: Mateo 27:57–61; Marcos 15:42–47; Juan 19:38–42.

50 Había un hombre llamado José, miembro del concilio,
hombre bueno y justo.
51 Él no había estado de acuerdo con la decisión ni con las
acciones de ellos. Era de Arimatea, ciudad de los judíos, y
esperaba el reino de Dios.

52 Este fue ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.
53 Después de bajarlo, lo envolvió en un lienzo de lino y
lo puso en un sepulcro excavado en la roca, donde todavía
no se había colocado a nadie.
54 Era el día de la Preparación, y el sábado estaba por
comenzar.
55 Las mujeres que habían venido con él desde Galilea lo
siguieron y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado
su cuerpo.
56 Luego regresaron y prepararon especias aromáticas y
ungüentos. Y el sábado descansaron conforme al
mandamiento.

24

La resurrección
Relatos de la visita al sepulcro y del anuncio: Mateo 28:1–10; Marcos 16:1–8; Juan 20:1–10.

1 El primer día de la semana, muy de madrugada, fueron
al sepulcro llevando las especias aromáticas que habían
preparado.
2 Encontraron que la piedra había sido apartada del
sepulcro,
3 pero al entrar no encontraron el cuerpo.
4 Mientras estaban perplejas por esto, de pronto se
presentaron junto a ellas dos hombres con ropa
resplandeciente.
5 Ellas se asustaron e inclinaron el rostro hacia el suelo.
Los hombres les dijeron: «¿Por qué buscan entre los
muertos al que vive?
6 No está aquí, sino que ha resucitado. Recuerden cómo
les habló cuando aún estaba en Galilea,
7 diciendo que el Hijo del Hombre debía ser entregado en
manos de hombres pecadores, ser crucificado y resucitar al
tercer día».
8 Entonces recordaron sus palabras
9 y, al regresar del sepulcro, contaron todo esto a los Once
y a todos los demás.
10 Eran María Magdalena, Juana y María la madre de
Jacobo, y las demás que estaban con ellas. Les contaban
estas cosas a los apóstoles.
11 Pero estas palabras les parecían un disparate, y no les
creían.
12 Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Al inclinarse
para mirar, vio solo los lienzos; y se fue a su casa,
asombrado por lo sucedido.

En el camino a Emaús
Relato relacionado: Marcos 16:12–13.

13 Ese mismo día, dos de ellos iban a una aldea llamada
Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén.
14 Conversaban entre sí sobre todas las cosas que habían
sucedido.
15 Mientras conversaban y discutían, Jesús mismo se
acercó y caminaba con ellos.
16 Pero sus ojos estaban velados para que no lo
reconocieran.
17 Él les preguntó: «¿Qué conversación es esta que llevan
entre ustedes mientras caminan?». Ellos se detuvieron,
tristes.
18 Uno de ellos, llamado Cleofas, le respondió: «¿Eres tú el
único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha sucedido
allí en estos días?».
19 Él les preguntó: «¿Qué cosas?». Ellos respondieron: «Lo
de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obra
y palabra delante de Dios y de todo el pueblo;
20 cómo los principales sacerdotes y nuestros gobernantes
lo entregaron para ser condenado a muerte y lo
crucificaron.
21 Nosotros esperábamos que él fuera quien iba a redimir
a Israel. Además de todo esto, hoy es ya el tercer día desde
que estas cosas sucedieron.
22 También unas mujeres de nuestro grupo nos han
asombrado. Fueron muy temprano al sepulcro
23 y, al no encontrar su cuerpo, regresaron diciendo que
también habían visto una visión de ángeles, quienes dicen
que él vive.
24 Algunos de los que estaban con nosotros fueron al
sepulcro y lo encontraron tal como las mujeres habían
dicho, pero a él no lo vieron».
25 Entonces él les dijo: «¡Insensatos y lentos de corazón
para creer todo lo que han dicho los profetas!
26 ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y
entrara en su gloria?».
27 Comenzando por Moisés y por todos los profetas, les
explicó en todas las Escrituras lo que se refería a él mismo.
28 Se acercaron a la aldea adonde iban, y él hizo como
que seguiría más adelante.
29 Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque
atardece y el día ya ha declinado». Entró, pues, para
quedarse con ellos.
30 Cuando se sentó a la mesa con ellos, tomó el pan,
pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando.

31 Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron,
pero él desapareció de su vista.
32 Se dijeron unos a otros: «¿No ardía nuestro corazón
dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino y
nos abría las Escrituras?».
33 En esa misma hora se levantaron y regresaron a
Jerusalén. Encontraron reunidos a los Once y a los que
estaban con ellos,
34 que decían: «¡El Señor ha resucitado de verdad y se ha
aparecido a Simón!».
35 Ellos, por su parte, contaban lo sucedido en el camino y
cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Jesús se aparece a los discípulos
Aparición a los discípulos en Jerusalén: Juan 20:19–23. Otras apariciones y la comisión del Resucitado: Mateo 28:16–20; Marcos 16:14–18.

36 Mientras hablaban de estas cosas, él mismo se puso en
medio de ellos.
37 Sobresaltados y llenos de temor, pensaban que veían
un espíritu.
38 Él les dijo: «¿Por qué están turbados? ¿Por qué surgen
dudas en su corazón?
39 Miren mis manos y mis pies: soy yo mismo. Tóquenme
y vean, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como
ven que yo tengo».
40 Dicho esto, les mostró las manos y los pies.
41 Como todavía no creían por la alegría y estaban
asombrados, les preguntó: «¿Tienen aquí algo de comer?».
42 Le dieron un trozo de pescado asado,
43 y él lo tomó y lo comió delante de ellos.

Las Escrituras, el testimonio y la promesa del Padre

44 Les dijo: «Estas son las palabras que les dije cuando
aún estaba con ustedes: debe cumplirse todo lo escrito
acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los
Salmos».
45 Entonces les abrió el entendimiento para que
comprendieran las Escrituras
46 y les dijo: «Así está escrito: el Cristo había de padecer y
resucitar de entre los muertos al tercer día,
47 y en su nombre habían de proclamarse el
arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las
naciones, comenzando por Jerusalén.
48 Ustedes son testigos de estas cosas.

49 Miren, yo envío sobre ustedes la promesa de mi Padre;
pero ustedes permanezcan en la ciudad hasta que sean
revestidos de poder desde lo alto».

La ascensión
La ascensión del Señor: Marcos 16:19–20; Hechos 1:9–11.
50 Los llevó hasta cerca de Betania y, levantando las
manos, los bendijo.
51 Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado
al cielo.
52 Ellos lo adoraron y regresaron a Jerusalén con gran
alegría,
53 y estaban continuamente en el templo, bendiciendo a
Dios.

Juan

El Verbo hecho carne

1 En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y
el Verbo era Dios.
2 Él estaba en el principio con Dios.
3 Todo fue hecho por medio de él, y sin él no fue hecho nada
de lo que ha sido hecho.
4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.
5 La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la
vencieron.

Juan, testigo de la luz

6 Hubo un hombre enviado por Dios, llamado Juan.
7 Él vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin
de que todos creyeran por medio de él.
8 Él no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la
luz.
9 La luz verdadera, que ilumina a todo ser humano, venía
al mundo.

10 Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio
de él, pero el mundo no lo conoció.
11 Vino a lo suyo, y los suyos no lo recibieron.

Hijos de Dios por la fe en Jesucristo

12 Pero a todos los que lo recibieron, a los que creen en su
nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de
Dios.
13 Estos no nacieron de sangre, ni de voluntad de la carne,
ni de voluntad de varón, sino de Dios.

El Verbo encarnado revela al Padre

14 Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.
Contemplamos su gloria, gloria como la del Unigénito
del Padre, lleno de gracia y de verdad.
15 Juan da testimonio de él y ha proclamado: «Este era
aquel de quien dije: "El que viene después de mí está por
delante de mí, porque existía antes que yo"».
16 Porque de su plenitud todos hemos recibido, y gracia
sobre gracia.
17 Pues la ley fue dada por medio de Moisés;
la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

18 A Dios nadie lo ha visto jamás.
El Unigénito, que es Dios y está en el seno del Padre, lo ha dado a conocer.

Testimonio de Juan el Bautista
Enseñanzas relacionadas sobre el testimonio de Juan y el que viene después de él: Mateo 3:11–12; Marcos 1:7–8; Lucas 3:15–17.
19 Este es el testimonio de Juan cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas para preguntarle: «¿Tú quién eres?».
20 Él confesó, y no lo negó, sino que confesó: «Yo no soy el Cristo».
21 Le preguntaron: «¿Qué, entonces? ¿Eres tú Elías?». Él dijo: «No lo soy». «¿Eres tú el Profeta?». Respondió: «No».
22 Entonces le dijeron: «¿Quién eres? Tenemos que dar una respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?».
23 Él dijo: «Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: "Enderecen el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías».
24 Los enviados eran de los fariseos.
25 Y le preguntaron: «¿Por qué, entonces, bautizas, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?».
26 Juan les respondió: «Yo bautizo con agua. En medio de ustedes está uno a quien ustedes no conocen,
27 el que viene después de mí, a quien no soy digno de desatarle la correa de la sandalia».
28 Esto ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

El Cordero de Dios
29 Al día siguiente, vio a Jesús que venía hacia él y dijo: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!
30 Este es aquel de quien dije: "Después de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo".
31 Yo no lo conocía, pero por esto vine bautizando con agua: para que él fuera manifestado a Israel».

El Espíritu permanece sobre Jesús
32 Juan dio testimonio, diciendo: «He visto al Espíritu descender del cielo como una paloma y permanecer sobre él.
33 Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquel sobre quien veas descender el Espíritu

y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo".
34 Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Elegido de Dios».

Los primeros discípulos

35 Al día siguiente, Juan estaba de nuevo allí con dos de sus discípulos.
36 Miró a Jesús que caminaba por allí y dijo: «¡He aquí el Cordero de Dios!».
37 Los dos discípulos lo oyeron hablar y siguieron a Jesús.
38 Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó: «¿Qué buscan?». Ellos le dijeron: «Rabí —que traducido significa Maestro—, ¿dónde te hospedas?».
39 Él les respondió: «Vengan y verán». Fueron, pues, y vieron dónde se hospedaba, y se quedaron con él aquel día. Eran cerca de las cuatro de la tarde.
40 Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús.
41 Primero encontró a su propio hermano Simón y le dijo: «Hemos encontrado al Mesías» —que traducido significa Cristo—.
42 Lo llevó a Jesús. Jesús lo miró fijamente y dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan; tú serás llamado Cefas» —que se traduce Pedro—.

Jesús llama a Felipe y a Natanael

43 Al día siguiente, Jesús quiso salir hacia Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: «Sígueme».
44 Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro.
45 Felipe encontró a Natanael y le dijo: «Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas: Jesús, el hijo de José, de Nazaret».
46 Natanael le preguntó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe le respondió: «Ven y ve».
47 Jesús vio a Natanael que venía hacia él y dijo de él: «¡Aquí hay un verdadero israelita, en quien no hay engaño!».
48 Natanael le preguntó: «¿De dónde me conoces?». Jesús le respondió: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi».
49 Natanael le respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel».
50 Jesús le contestó: «¿Crees porque te dije que te vi debajo de la higuera? Verás cosas mayores que estas».

51 Y le dijo: «En verdad, en verdad les digo: verán el cielo
abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el
Hijo del Hombre».

2

Las bodas de Caná

1 Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y la
madre de Jesús estaba allí.
2 También Jesús y sus discípulos fueron invitados a la
boda.
3 Cuando se acabó el vino, la madre de Jesús le dijo: «No
tienen vino».
4 Jesús le respondió: «Mujer, ¿por qué me dices esto?
Todavía no ha llegado mi hora».
5 Su madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo lo que él les
diga».
6 Había allí seis tinajas de piedra para agua, destinadas a
la purificación de los judíos. Cada una tenía una capacidad
aproximada de entre setenta y cinco y ciento trece litros.
7 Jesús les dijo: «Llenen las tinajas de agua». Y las
llenaron hasta arriba.
8 Luego les dijo: «Saquen ahora y llévenselo al encargado
del banquete». Y se lo llevaron.
9 Cuando el encargado del banquete probó el agua
convertida en vino, sin saber de dónde venía —aunque los
sirvientes que habían sacado el agua sí lo sabían—, llamó al
novio
10 y le dijo: «Todo el mundo sirve primero el buen vino y,
cuando ya se han embriagado, el de menor calidad. Tú has
guardado el buen vino hasta ahora».
11 Este fue el comienzo de las señales que Jesús hizo en
Caná de Galilea. Manifestó su gloria, y sus discípulos
creyeron en él.
12 Después de esto bajó a Capernaúm, él con su madre, sus
hermanos y sus discípulos, y permanecieron allí pocos días.

Jesús purifica el templo

Relatos relacionados de la intervención de Jesús en el templo, situados en los días finales de su ministerio: Mateo 21:12–13; Marcos 11:15–18; Lucas 19:45–46.

13 Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a
Jerusalén.
14 Encontró en el templo a los que vendían bueyes, ovejas
y palomas, y a los cambistas sentados.

15 Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del templo,
tanto a las ovejas como a los bueyes. Esparció las monedas
de los cambistas y volcó sus mesas.
16 A los que vendían palomas les dijo: «¡Saquen esto de
aquí! ¡No hagan de la casa de mi Padre un mercado!».
17 Sus discípulos recordaron que está escrito: «El celo por
tu casa me consumirá».
18 Entonces los judíos le preguntaron: «¿Qué señal nos
muestras, ya que haces estas cosas?».

El anuncio de la muerte y resurrección de Jesús

19 Jesús les respondió: «Destruyan este santuario, y en tres
días lo levantaré».
20 Los judíos dijeron: «Este santuario fue construido en
cuarenta y seis años, ¿y tú lo levantarás en tres días?».
21 Pero él hablaba del santuario de su cuerpo.
22 Por eso, cuando resucitó de entre los muertos, sus
discípulos recordaron que había dicho esto y creyeron en la
Escritura y en la palabra que Jesús había dicho.

Jesús conoce a todos los hombres

23 Mientras estaba en Jerusalén durante la fiesta de la
Pascua, muchos creyeron en su nombre al ver las señales
que hacía.
24 Pero Jesús mismo no se confiaba a ellos, porque
conocía a todos
25 y no necesitaba que nadie le diera testimonio acerca
del ser humano, pues él sabía lo que había en el ser
humano.

3

Jesús y Nicodemo

1 Había un hombre de los fariseos llamado Nicodemo, un
dirigente de los judíos.
2 Este fue de noche a Jesús y le dijo: «Rabí, sabemos que
has venido de Dios como maestro, porque nadie puede
hacer estas señales que tú haces si Dios no está con él».

El nuevo nacimiento y la vida del Espíritu

3 Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: si
alguien no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios».
4 Nicodemo le preguntó: «¿Cómo puede nacer un hombre
siendo viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el
vientre de su madre y nacer?».
5 Jesús respondió: «En verdad, en verdad te digo: si
alguien no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en
el reino de Dios.

6 Lo que ha nacido de la carne es carne, y lo que ha
nacido del Espíritu es espíritu.
7 No te sorprendas de que te haya dicho: “Ustedes deben
nacer de nuevo”.
8 El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no
sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que ha
nacido del Espíritu».
9 Nicodemo le preguntó: «¿Cómo pueden suceder estas
cosas?».
10 Jesús le respondió: «¿Tú eres el maestro de Israel y no
entiendes estas cosas?
11 En verdad, en verdad te digo que hablamos de lo que
sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero
ustedes no reciben nuestro testimonio.
12 Si les he hablado de las cosas terrenales y no creen,
¿cómo creerán si les hablo de las celestiales?
13 Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el
Hijo del Hombre, que está en el cielo.

El Hijo del Hombre levantado para dar vida

14 Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así
debe ser levantado el Hijo del Hombre,
15 para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

El amor de Dios y la vida eterna en su Hijo

16 Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su
Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se
pierda, sino que tenga vida eterna.
17 Pues Dios no envió al Hijo al mundo para condenar al
mundo, sino para que el mundo sea salvado por medio de
él.
18 El que cree en él no es condenado; pero el que no cree
ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre
del Hijo unigénito de Dios.

La respuesta a la luz

19 Y esta es la condena: la luz ha venido al mundo, pero
los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque
sus obras eran malas.
20 Porque todo el que practica el mal odia la luz y no
viene a la luz, para que sus obras no sean puestas al
descubierto.
21 Pero el que practica la verdad viene a la luz, para que
se manifieste que sus obras han sido hechas en Dios».

El amigo del esposo

22 Después de esto, Jesús y sus discípulos fueron a la
región de Judea; allí pasaba tiempo con ellos y bautizaba.

23 Juan también estaba bautizando en Enón, cerca de
Salim, porque allí había mucha agua. La gente acudía y era
bautizada,
24 pues Juan todavía no había sido encarcelado.
25 Entonces surgió una discusión entre los discípulos de
Juan y un judío acerca de la purificación.
26 Fueron a Juan y le dijeron: «Rabí, el que estaba contigo
al otro lado del Jordán, de quien tú has dado testimonio,
mira, está bautizando y todos van a él».
27 Juan respondió: «Nadie puede recibir nada si no le ha
sido dado del cielo.
28 Ustedes mismos son testigos de que dije: "Yo no soy el
Cristo, sino que he sido enviado delante de él".
29 El que tiene a la novia es el novio. Pero el amigo del
novio, que está allí y lo escucha, se alegra mucho al oír la
voz del novio. Por eso, esta alegría mía ha llegado a su
plenitud.
30 Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.

La autoridad del Hijo y el don de la vida
31 El que viene de lo alto está por encima de todos. El que
es de la tierra pertenece a la tierra y habla de la tierra. El
que viene del cielo está por encima de todos.
32 Da testimonio de lo que ha visto y oído, pero nadie
recibe su testimonio.
33 El que recibe su testimonio ha confirmado que Dios es
veraz.
34 Porque aquel a quien Dios envió habla las palabras de
Dios, pues da el Espíritu sin medida.
35 El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano.
36 El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que
desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios
permanece sobre él».

4

Jesús y la mujer samaritana
1 Cuando Jesús supo que los fariseos habían oído que
Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan
2 —aunque no era Jesús mismo quien bautizaba, sino sus
discípulos—,
3 dejó Judea y se fue de nuevo a Galilea.
4 Tenía que pasar por Samaria.
5 Llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del
terreno que Jacob había dado a su hijo José.
6 Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del viaje, se
sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía.

7 Llegó una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dijo:
«Dame de beber».
8 Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar
alimentos.
9 La mujer samaritana le dijo: «¿Cómo tú, siendo judío,
me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?».
Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos.

El don de Dios y la promesa del agua viva

10 Jesús le respondió: «Si conocieras el don de Dios y
quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías
pedido y él te habría dado agua viva».
11 La mujer le dijo: «Señor, no tienes con qué sacarla, y el
pozo es profundo. ¿De dónde, entonces, tienes esa agua
viva?
12 ¿Acaso eres mayor que nuestro padre Jacob, que nos
dio el pozo y bebió de él, lo mismo que sus hijos y sus
ganados?».
13 Jesús le respondió: «Todo el que bebe de esta agua
volverá a tener sed,
14 pero el que beba del agua que yo le daré jamás tendrá
sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en una
fuente de agua que brota para vida eterna».
15 La mujer le dijo: «Señor, dame esa agua, para que no
tenga sed ni tenga que venir aquí a sacarla».

Jesús conoce la vida de la mujer

16 Él le dijo: «Ve, llama a tu marido y ven aquí».
17 La mujer le respondió: «No tengo marido». Jesús le
dijo: «Has dicho bien: "No tengo marido",
18 porque has tenido cinco maridos, y el que ahora tienes
no es tu marido. En esto has dicho la verdad».
19 La mujer le dijo: «Señor, veo que eres profeta.

La adoración al Padre en espíritu y en verdad

20 Nuestros padres adoraron en este monte, pero ustedes
dicen que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar».
21 Jesús le dijo: «Créeme, mujer: viene la hora en que ni
en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre.
22 Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos
lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos.
23 Pero viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos
adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad,
porque el Padre busca a quienes lo adoren así.
24 Dios es espíritu, y quienes lo adoran deben adorarlo en
espíritu y en verdad».

25 La mujer le dijo: «Sé que viene el Mesías, llamado
Cristo. Cuando él venga, nos anunciará todas las cosas».
26 Jesús le dijo: «Yo soy, el que habla contigo».

La mujer anuncia su encuentro con Jesús

27 En ese momento llegaron sus discípulos y se
asombraron de que hablara con una mujer. Sin embargo,
ninguno dijo: «¿Qué buscas?» o «¿Por qué hablas con ella?».
28 La mujer dejó su cántaro, fue a la ciudad y les dijo a los
hombres:
29 «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo
que he hecho. ¿No será este el Cristo?».
30 Salieron de la ciudad y se dirigían hacia él.

La voluntad del Padre y los campos preparados

31 Mientras tanto, los discípulos le rogaban: «Rabí, come».
32 Él les dijo: «Yo tengo para comer un alimento que
ustedes no conocen».
33 Entonces los discípulos se decían unos a otros: «¿Le
habrá traído alguien de comer?».
34 Jesús les dijo: «Mi alimento es hacer la voluntad del
que me envió y llevar a término su obra.
35 ¿No dicen ustedes: "Aún faltan cuatro meses y llega la
cosecha"? Pues yo les digo: levanten los ojos y miren los
campos, que ya están blancos para la cosecha.
36 El que cosecha recibe salario y recoge fruto para vida
eterna, para que el que siembra y el que cosecha se alegren
juntos.
37 Porque en esto es verdadero el dicho: "Uno es el que
siembra y otro el que cosecha".
38 Yo los envié a cosechar aquello en lo que ustedes no
han trabajado. Otros han trabajado, y ustedes se han
incorporado a su trabajo».

Los samaritanos reconocen al Salvador del mundo

39 Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron
en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio: «Me
ha dicho todo lo que he hecho».
40 Cuando los samaritanos llegaron a él, le rogaban que se
quedara con ellos, y permaneció allí dos días.
41 Muchos más creyeron por su palabra,
42 y le decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú
has dicho, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos
que este es verdaderamente el Salvador del mundo».

Jesús sana al hijo de un funcionario del rey

43 Después de aquellos dos días salió de allí hacia Galilea.

44 Porque Jesús mismo había declarado que un profeta
no recibe honra en su propia tierra.
45 Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron, pues
habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante
la fiesta, porque ellos también habían ido a la fiesta.
46 Fue de nuevo a Caná de Galilea, donde había
convertido el agua en vino. Había un funcionario del rey
cuyo hijo estaba enfermo en Capernaúm.
47 Al oír que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a
verlo y le rogaba que bajara y sanara a su hijo, porque
estaba a punto de morir.
48 Jesús le dijo: «Si no ven señales y prodigios, jamás
creerán».
49 El funcionario del rey le dijo: «Señor, baja antes de que
muera mi niño».
50 Jesús le dijo: «Ve; tu hijo vive». El hombre creyó la
palabra que Jesús le dijo y se fue.
51 Mientras él bajaba, sus esclavos salieron a su
encuentro y le dijeron que su hijo vivía.
52 Él les preguntó a qué hora había comenzado a mejorar.
Le respondieron: «Ayer, a la una de la tarde, lo dejó la
fiebre».
53 El padre reconoció que esa era la hora en que Jesús le
había dicho: «Tu hijo vive». Y creyeron él y toda su casa.
54 Esta fue otra señal que hizo Jesús, la segunda, al venir
de Judea a Galilea.

5

Jesús sana a un enfermo en Betesda

1 Después de esto hubo una fiesta de los judíos, y Jesús
subió a Jerusalén.
2 Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las Ovejas, un
estanque llamado en hebreo Betesda, que tiene cinco
pórticos.
3 En ellos yacía una multitud de enfermos: ciegos, cojos y
personas con miembros atrofiados.
4 [Porque un ángel bajaba de tiempo en tiempo al
estanque y agitaba el agua. El primero que entraba
después de agitarse el agua quedaba sano de cualquier
enfermedad que tuviera.]
5 Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años
enfermo.
6 Cuando Jesús lo vio tendido y supo que llevaba ya
mucho tiempo así, le preguntó: «¿Quieres quedar sano?».

7 El enfermo le respondió: «Señor, no tengo a nadie que
me meta en el estanque cuando se agita el agua. Mientras
yo voy, otro baja antes que yo».
8 Jesús le dijo: «Levántate, toma tu camilla y anda».
9 Al instante, el hombre quedó sano, tomó su camilla y
caminaba. Aquel día era sábado.

La controversia sobre el sábado y la autoridad de Jesús

10 Entonces los judíos decían al que había sido sanado:
«Es sábado, y no te está permitido llevar la camilla».
11 Él les respondió: «El que me sanó me dijo: "Toma tu
camilla y anda"».
12 Le preguntaron: «¿Quién es el hombre que te dijo:
"Tómala y anda"?».
13 Pero el que había sido sanado no sabía quién era,
porque Jesús se había retirado entre la multitud que había
en aquel lugar.
14 Después Jesús lo encontró en el templo y le dijo: «Mira,
has quedado sano. No peques más, para que no te suceda
algo peor».
15 El hombre se fue y anunció a los judíos que Jesús era
quien lo había sanado.
16 Por eso los judíos perseguían a Jesús, porque hacía
estas cosas en sábado.
17 Pero él les respondió: «Mi Padre sigue trabajando hasta
ahora, y yo también trabajo».
18 Por esto los judíos buscaban aún más matarlo, porque
no solo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a
Dios su propio Padre, haciéndose igual a Dios.

La autoridad del Hijo

19 Entonces Jesús les respondió: «En verdad, en verdad
les digo: el Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta,
sino lo que ve hacer al Padre. Porque todo lo que aquel
hace, también el Hijo lo hace de igual manera.
20 Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él
hace; y le mostrará obras mayores que estas, para que
ustedes se asombren.
21 Porque así como el Padre levanta a los muertos y les da
vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere.
22 El Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado todo
el juicio al Hijo,
23 para que todos honren al Hijo como honran al Padre.
El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió.

24 En verdad, en verdad les digo: el que oye mi palabra y
cree al que me envió tiene vida eterna y no entra en juicio,
sino que ha pasado de la muerte a la vida.
25 En verdad, en verdad les digo: viene la hora, y ya está
aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los
que la oigan vivirán.
26 Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así
también ha concedido al Hijo tener vida en sí mismo.
27 Y le ha dado autoridad para ejercer juicio, porque es el
Hijo del Hombre.
28 No se asombren de esto, porque viene la hora en que
todos los que están en los sepulcros oirán su voz
29 y saldrán: los que hicieron el bien, a una resurrección
de vida; y los que practicaron el mal, a una resurrección de
juicio.
30 Yo no puedo hacer nada por mi propia cuenta. Juzgo
según lo que oigo, y mi juicio es justo, porque no busco mi
voluntad, sino la voluntad del que me envió.

Testigos de Cristo

31 Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es
verdadero.
32 Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es
verdadero el testimonio que da de mí.
33 Ustedes enviaron mensajeros a Juan, y él ha dado
testimonio de la verdad.
34 Pero yo no recibo testimonio de un ser humano; digo
estas cosas para que ustedes sean salvados.
35 Él era la lámpara que ardía y brillaba, y ustedes
quisieron alegrarse por un tiempo en su luz.
36 Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan,
porque las obras que el Padre me ha dado para que las
lleve a término, las mismas obras que hago, dan testimonio
de mí: que el Padre me ha enviado.
37 Y el Padre que me envió ha dado testimonio de mí.
Ustedes nunca han oído su voz ni han visto su aspecto,
38 y no tienen su palabra permaneciendo en ustedes,
porque no creen al que él envió.

El testimonio de las Escrituras y el rechazo de Jesús

39 Ustedes escudriñan las Escrituras porque piensan que
en ellas tienen vida eterna; y ellas son las que dan
testimonio de mí.
40 Sin embargo, no quieren venir a mí para tener vida.
41 No recibo gloria de los seres humanos,

42 pero los conozco: no tienen el amor de Dios en ustedes
mismos.
43 Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me
reciben. Si otro viene en su propio nombre, a ese lo
recibirán.
44 ¿Cómo pueden creer ustedes, que reciben gloria unos
de otros y no buscan la gloria que viene del único Dios?
45 No piensen que yo los acusaré ante el Padre. Quien los
acusa es Moisés, en quien han puesto su esperanza.
46 Porque si creyeran a Moisés, me creerían a mí, pues él
escribió acerca de mí.
47 Pero si no creen en sus escritos, ¿cómo creerán en mis
palabras?».

6

Alimentación de los cinco mil
Acontecimiento paralelo: Mateo 14:13–21; Marcos 6:30–44; Lucas 9:10–17.
1 Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de
Galilea, el de Tiberias.
2 Lo seguía una gran multitud, porque veían las señales
que hacía en los enfermos.
3 Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos.
4 Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.
5 Entonces Jesús levantó la mirada y, al ver que una gran
multitud venía hacia él, dijo a Felipe: «¿Dónde
compraremos pan para que coman estos?».
6 Decía esto para ponerlo a prueba, porque él sabía lo que
iba a hacer.
7 Felipe le respondió: «Ni el pan comprado con meses
enteros de salario alcanzaría para que cada uno recibiera
un poco».
8 Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón
Pedro, le dijo:
9 «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de
cebada y dos pescaditos; pero ¿qué es esto para tantos?».
10 Jesús dijo: «Hagan que la gente se recueste». Había
mucha hierba en aquel lugar. Así que se recostaron los
hombres, unos cinco mil.
11 Entonces Jesús tomó los panes, dio gracias y los
repartió a los que estaban recostados; del mismo modo
repartió de los pescados, todo lo que querían.
12 Cuando quedaron satisfechos, dijo a sus discípulos:
«Recojan los pedazos que sobraron, para que no se pierda
nada».

13 Los recogieron y llenaron doce canastas con los
pedazos de los cinco panes de cebada que habían sobrado a
los que comieron.
14 Al ver la señal que había hecho, la gente decía:
«Verdaderamente este es el Profeta que viene al mundo».
15 Jesús, sabiendo que iban a venir a apoderarse de él
para hacerlo rey, se retiró de nuevo al monte, él solo.

Jesús anda sobre el mar
Acontecimiento paralelo: Mateo 14:22–33; Marcos 6:45–52.
16 Al atardecer, sus discípulos bajaron al mar,
17 subieron a una barca y comenzaron a cruzar el mar
hacia Capernaúm. Ya había oscurecido, y Jesús todavía no
había llegado a ellos.
18 El mar se agitaba por un viento fuerte que soplaba.
19 Cuando habían remado unos cinco o seis kilómetros,
vieron a Jesús caminando sobre el mar y acercándose a la
barca, y tuvieron miedo.
20 Pero él les dijo: «Yo soy; no teman».
21 Entonces quisieron recibirlo en la barca, y al instante
la barca llegó a la tierra adonde iban.

La gente busca a Jesús
22 Al día siguiente, la multitud que se había quedado al
otro lado del mar vio que allí no había habido más que una
barca, y que Jesús no había subido a ella con sus discípulos,
sino que sus discípulos se habían ido solos.
23 Pero llegaron barcas de Tiberias cerca del lugar donde
habían comido el pan después de que el Señor dio gracias.
24 Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos
estaban allí, subieron a las barcas y fueron a Capernaúm en
busca de Jesús.

Jesús, el pan de vida
25 Al encontrarlo al otro lado del mar, le preguntaron:
«Rabí, ¿cuándo llegaste aquí?».
26 Jesús les respondió: «En verdad, en verdad les digo:
me buscan, no porque vieron señales, sino porque
comieron de los panes y quedaron satisfechos.
27 Trabajen, no por el alimento que perece, sino por el
alimento que permanece para vida eterna, el cual les dará
el Hijo del Hombre; porque a él Dios, el Padre, le ha puesto
su sello».
28 Entonces le preguntaron: «¿Qué debemos hacer para
realizar las obras de Dios?».
29 Jesús les respondió: «Esta es la obra de Dios: que crean
en aquel a quien él envió».

30 Ellos le preguntaron: «¿Qué señal haces tú, entonces,
para que veamos y te creamos? ¿Qué obra realizas?
31 Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto,
como está escrito: "Les dio a comer pan del cielo"».
32 Jesús les dijo: «En verdad, en verdad les digo: no fue
Moisés quien les dio el pan del cielo, sino que mi Padre les
da el verdadero pan del cielo.
33 Porque el pan de Dios es el que desciende del cielo y da
vida al mundo».
34 Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre este pan».

La vida que Jesús promete a quienes creen

35 Jesús les dijo: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí
nunca tendrá hambre, y el que cree en mí jamás tendrá sed.
36 Pero les he dicho que me han visto y no creen.
37 Todo lo que el Padre me da vendrá a mí, y al que viene
a mí jamás lo echaré fuera.
38 Porque he bajado del cielo, no para hacer mi propia
voluntad, sino la voluntad del que me envió.
39 Y esta es la voluntad del que me envió: que de todo lo
que me ha dado no pierda nada, sino que lo resucite en el
día final.
40 Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el
que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna; y yo lo
resucitaré en el día final».

La objeción sobre el origen de Jesús

41 Los judíos murmuraban de él porque había dicho: «Yo
soy el pan que bajó del cielo».
42 Y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre
y cuya madre conocemos? ¿Cómo dice ahora: "He bajado
del cielo"?».
43 Jesús les respondió: «No murmuren entre ustedes.
44 Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no lo
atrae; y yo lo resucitaré en el día final.
45 Está escrito en los profetas: "Todos serán enseñados
por Dios". Todo el que ha oído al Padre y ha aprendido
viene a mí.
46 No es que alguien haya visto al Padre, sino aquel que
viene de Dios; ese ha visto al Padre.
47 En verdad, en verdad les digo: el que cree tiene vida
eterna.
48 Yo soy el pan de vida.
49 Sus antepasados comieron el maná en el desierto y
murieron.
50 Este es el pan que desciende del cielo, para que quien
coma de él no muera.

La entrega de Jesús por la vida del mundo
51 Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Si alguien come
de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi
carne, por la vida del mundo».
52 Entonces los judíos discutían entre sí, diciendo:
«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?».
53 Jesús les dijo: «En verdad, en verdad les digo: si no
comen la carne del Hijo del Hombre y beben su sangre, no
tienen vida en ustedes mismos.
54 El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida
eterna, y yo lo resucitaré en el día final.
55 Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es
verdadera bebida.
56 El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en
mí, y yo en él.
57 Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el
Padre, así también el que se alimenta de mí vivirá por mí.
58 Este es el pan que bajó del cielo. No es como lo que
comieron los antepasados, que murieron; el que come este
pan vivirá para siempre».
59 Dijo estas cosas mientras enseñaba en una sinagoga en
Capernaúm.

Los discípulos ante la enseñanza de Jesús
60 Al oírlo, muchos de sus discípulos dijeron: «Dura es esta
palabra. ¿Quién puede escucharla?».
61 Jesús, sabiendo en sí mismo que sus discípulos
murmuraban de esto, les dijo: «¿Esto los hace tropezar?
62 ¿Y si ven al Hijo del Hombre subir adonde estaba
antes?
63 El Espíritu es el que da vida; la carne no sirve de nada.
Las palabras que les he hablado son espíritu y son vida.
64 Pero hay algunos entre ustedes que no creen». Porque
Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no
creían y quién era el que lo iba a entregar.
65 Y decía: «Por esto les he dicho que nadie puede venir a
mí si no le ha sido concedido por el Padre».
66 Desde entonces, muchos de sus discípulos se volvieron
atrás y ya no caminaban con él.

La confesión de Pedro y la advertencia sobre Judas
67 Entonces Jesús preguntó a los doce: «¿También ustedes
quieren irse?».
68 Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú
tienes palabras de vida eterna.
69 Y nosotros hemos creído y hemos llegado a conocer
que tú eres el Santo de Dios».

70 Jesús les respondió: «¿No los he elegido yo a ustedes,
los doce? Y uno de ustedes es un diablo».
71 Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote, porque este
iba a entregarlo, siendo uno de los doce.

7

Incredulidad de los hermanos de Jesús

1 Después de esto, Jesús recorría Galilea. No quería
recorrer Judea, porque los judíos buscaban matarlo.
2 Se acercaba la fiesta de los judíos, la de los
Tabernáculos.
3 Sus hermanos le dijeron: «Sal de aquí y ve a Judea, para
que también tus discípulos vean las obras que haces.
4 Porque nadie hace algo en secreto mientras busca darse
a conocer públicamente. Si haces estas cosas, muéstrate al
mundo».
5 Pues ni siquiera sus hermanos creían en él.
6 Jesús les dijo: «Mi tiempo todavía no ha llegado, pero el
de ustedes siempre es oportuno.
7 El mundo no puede odiarlos a ustedes, pero a mí me
odia, porque doy testimonio de que sus obras son malas.
8 Suban ustedes a la fiesta. Yo no subo a esta fiesta,
porque mi tiempo todavía no se ha cumplido».
9 Después de decir esto, se quedó en Galilea.

Jesús en la fiesta de los tabernáculos

10 Pero cuando sus hermanos subieron a la fiesta,
entonces él también subió, sin hacerse ver, como en secreto.
11 Los judíos lo buscaban en la fiesta y decían: «¿Dónde
está aquel?».
12 Había mucho murmullo acerca de él entre las
multitudes. Unos decían: «Es bueno». Otros decían: «No,
sino que engaña a la gente».
13 Sin embargo, nadie hablaba abiertamente de él por
miedo a los judíos.

La autoridad de la enseñanza de Jesús

14 Cuando la fiesta iba ya por la mitad, Jesús subió al
templo y enseñaba.
15 Los judíos se asombraban y decían: «¿Cómo sabe este
de letras sin haber estudiado?».
16 Jesús les respondió: «Mi enseñanza no es mía, sino del
que me envió.
17 Si alguien quiere hacer su voluntad, sabrá si la
enseñanza viene de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta.

18 El que habla por su propia cuenta busca su propia
gloria. Pero el que busca la gloria del que lo envió es
verdadero, y no hay injusticia en él.
19 ¿No les ha dado Moisés la ley? Sin embargo, ninguno
de ustedes cumple la ley. ¿Por qué buscan matarme?».
20 La multitud respondió: «Tienes un demonio. ¿Quién
busca matarte?».
21 Jesús les respondió: «Una obra hice, y todos se
asombran.
22 Por esto Moisés les ha dado la circuncisión —que no
procede de Moisés, sino de los antepasados—, y ustedes
circuncidan a un hombre en sábado.
23 Si un hombre recibe la circuncisión en sábado para que
no se quebrante la ley de Moisés, ¿se enojan conmigo
porque sané por completo a un hombre en sábado?
24 No juzguen por las apariencias, sino juzguen con juicio
justo».

¿Es este el Cristo?

25 Entonces algunos de los habitantes de Jerusalén decían:
«¿No es este al que buscan matar?
26 Miren, habla abiertamente y no le dicen nada. ¿Será
que los gobernantes han reconocido de verdad que este es
el Cristo?
27 Pero de este sabemos de dónde es. En cambio, cuando
venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es».
28 Mientras enseñaba en el templo, Jesús alzó la voz y
dijo: «Ustedes me conocen y saben de dónde soy. Sin
embargo, no he venido por mi propia cuenta. El que me
envió es verdadero, y ustedes no lo conocen.
29 Yo lo conozco, porque vengo de él, y él me envió».
30 Entonces buscaban prenderlo, pero nadie le puso la
mano encima, porque todavía no había llegado su hora.
31 Muchos de la multitud creyeron en él y decían:
«Cuando venga el Cristo, ¿acaso hará más señales de las
que este ha hecho?».

La orden de detener a Jesús

32 Los fariseos oyeron a la multitud murmurar estas
cosas acerca de él, y los principales sacerdotes y los fariseos
enviaron guardias para prenderlo.
33 Entonces Jesús dijo: «Todavía estoy con ustedes un
poco de tiempo, y voy al que me envió.
34 Me buscarán y no me encontrarán; y donde yo estoy,
ustedes no pueden venir».

35 Los judíos se decían unos a otros: «¿Adónde piensa ir
este, que nosotros no lo encontraremos? ¿Acaso piensa ir a
los dispersos entre los griegos y enseñar a los griegos?
36 ¿Qué significa esto que dijo: "Me buscarán y no me
encontrarán; y donde yo estoy, ustedes no pueden venir"?».

Ríos de agua viva

37 En el último día de la fiesta, el gran día, Jesús se puso de
pie y alzó la voz, diciendo: «Si alguien tiene sed, que venga
a mí y beba.
38 El que cree en mí, como dijo la Escritura, de su interior
correrán ríos de agua viva».
39 Dijo esto acerca del Espíritu que iban a recibir los que
habían creído en él; pues todavía no había sido dado el
Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado.

División entre la gente

40 Entonces algunos de la multitud, al oír estas palabras,
decían: «Verdaderamente este es el Profeta».
41 Otros decían: «Este es el Cristo». Pero algunos
preguntaban: «¿Acaso el Cristo viene de Galilea?
42 ¿No ha dicho la Escritura que el Cristo viene de la
descendencia de David y de Belén, la aldea donde vivió
David?».
43 Así que hubo división entre la multitud a causa de él.
44 Algunos de ellos querían prenderlo, pero nadie le puso
las manos encima.

Los guardias y Nicodemo ante las autoridades

45 Los guardias volvieron a los principales sacerdotes y a
los fariseos, y estos les preguntaron: «¿Por qué no lo
trajeron?».
46 Los guardias respondieron: «¡Jamás hombre alguno ha
hablado como este hombre!».
47 Entonces los fariseos les respondieron: «¿También
ustedes han sido engañados?
48 ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes o de
los fariseos?
49 Pero esta multitud que no conoce la ley es maldita».

Nicodemo reclama un juicio conforme a la ley

50 Nicodemo, el que antes había ido a Jesús y que era uno
de ellos, les dijo:
51 «¿Acaso nuestra ley juzga a un hombre sin escucharlo
primero y saber lo que hace?».
52 Ellos le respondieron: «¿También tú eres de Galilea?
Examina y ve que de Galilea no surge ningún profeta».

La mujer adúltera

53 Y cada uno se fue a su casa.

8

1 Pero Jesús fue al monte de los Olivos.
2 Al amanecer volvió al templo, y todo el pueblo acudía. Él se sentó y les enseñaba.
3 Los escribas y los fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio y la pusieron en medio.
4 Para ponerlo a prueba, le dijeron: «Maestro, esta mujer fue sorprendida en el acto de adulterio.
5 En la ley, Moisés nos mandó apedrear a mujeres como esta. Tú, entonces, ¿qué dices?».
6 Decían esto para ponerlo a prueba y tener de qué acusarlo. Pero Jesús se inclinó y escribía en el suelo con el dedo, sin hacerles caso.
7 Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que de ustedes esté sin pecado, que sea el primero en arrojar una piedra contra ella».
8 Y volvió a inclinarse y escribía en el suelo.
9 Al oírlo, acusados por su conciencia, fueron saliendo uno por uno, comenzando por los de más edad. Jesús quedó solo, y la mujer permanecía en medio.
10 Jesús se incorporó y, al no ver a nadie más que a la mujer, le dijo: «¿Dónde están esos acusadores tuyos? ¿Nadie te condenó?».
11 Ella respondió: «Nadie, Señor». Jesús le dijo: «Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más».

Jesús, la luz del mundo

12 Jesús volvió a hablarles, diciendo: «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue jamás andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida».
13 Entonces los fariseos le dijeron: «Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero».
14 Jesús les respondió: «Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vine y adónde voy. Pero ustedes no saben de dónde vengo ni adónde voy.
15 Ustedes juzgan según la carne; yo no juzgo a nadie.
16 Pero aun si yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió.
17 También en la ley de ustedes está escrito que el testimonio de dos personas es verdadero.
18 Yo soy el que da testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí».

19 Entonces le preguntaron: «¿Dónde está tu Padre?».
Jesús respondió: «No me conocen ni a mí ni a mi Padre. Si
me conocieran a mí, también conocerían a mi Padre».
20 Él dijo estas palabras en el lugar de las ofrendas,
mientras enseñaba en el templo. Nadie lo prendió, porque
todavía no había llegado su hora.

La partida de Jesús y la necesidad de creer

21 Volvió a decirles: «Yo me voy, y ustedes me buscarán,
pero morirán en su pecado. Adonde yo voy, ustedes no
pueden venir».
22 Los judíos decían: «¿Acaso se matará a sí mismo, puesto
que dice: "Adonde yo voy, ustedes no pueden venir"?».
23 Él les decía: «Ustedes son de abajo; yo soy de arriba.
Ustedes son de este mundo; yo no soy de este mundo.
24 Por eso les dije que morirán en sus pecados. Porque si
no creen que yo soy, morirán en sus pecados».
25 Entonces le preguntaron: «¿Tú quién eres?». Jesús les
respondió: «¿Por qué les hablo siquiera?
26 Tengo mucho que decir y juzgar acerca de ustedes.
Pero el que me envió es verdadero, y lo que he oído de él,
eso digo al mundo».
27 Ellos no entendieron que les hablaba del Padre.
28 Entonces Jesús dijo: «Cuando levanten al Hijo del
Hombre, sabrán que yo soy y que no hago nada por mi
propia cuenta, sino que hablo como el Padre me enseñó.
29 El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo,
porque yo hago siempre lo que le agrada».
30 Mientras decía estas cosas, muchos creyeron en él.

La libertad que Jesús da a sus discípulos

31 Entonces Jesús decía a los judíos que le habían creído:
«Si permanecen en mi palabra, son verdaderamente mis
discípulos;
32 conocerán la verdad, y la verdad los hará libres».
33 Ellos le respondieron: «Somos descendientes de
Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo
dices tú: "Llegarán a ser libres"?».
34 Jesús les respondió: «En verdad, en verdad les digo:
todo el que comete pecado es esclavo del pecado.
35 El esclavo no permanece en la casa para siempre; el
hijo permanece para siempre.
36 Así que, si el Hijo los hace libres, serán
verdaderamente libres.
37 Sé que son descendientes de Abraham, pero buscan
matarme, porque mi palabra no tiene cabida en ustedes.

38 Yo hablo de lo que he visto junto al Padre; y ustedes
hacen lo que han oído del padre».

La relación con Abraham y con Dios

39 Ellos le respondieron: «Nuestro padre es Abraham».
Jesús les dijo: «Si fueran hijos de Abraham, harían las obras
de Abraham.
40 Pero ahora buscan matarme, a mí, un hombre que les
ha hablado la verdad que oí de Dios. Abraham no hizo esto.
41 Ustedes hacen las obras de su padre». Ellos le dijeron:
«Nosotros no hemos nacido de inmoralidad sexual.
Tenemos un solo Padre: Dios».
42 Jesús les respondió: «Si Dios fuera su Padre, me
amarían, porque de Dios salí y he venido. No he venido por
mi propia cuenta, sino que él me envió.
43 ¿Por qué no entienden mi lenguaje? Porque no pueden
escuchar mi palabra.
44 Ustedes son de su padre, el diablo, y quieren cumplir
los deseos de su padre. Él era homicida desde el principio y
no se ha mantenido en la verdad, porque no hay verdad en
él. Cuando dice la mentira, habla de lo suyo, porque es
mentiroso y padre de la mentira.
45 Pero a mí, porque digo la verdad, no me creen.
46 ¿Quién de ustedes puede demostrar que he pecado? Si
digo la verdad, ¿por qué no me creen?
47 El que es de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso
ustedes no escuchan: porque no son de Dios».

La preexistencia de Cristo

48 Los judíos le respondieron: «¿No decimos con razón
que eres samaritano y que tienes un demonio?».
49 Jesús respondió: «Yo no tengo un demonio, sino que
honro a mi Padre, y ustedes me deshonran.
50 Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga.
51 En verdad, en verdad les digo: si alguien guarda mi
palabra, jamás verá la muerte».
52 Los judíos le dijeron: «Ahora sabemos que tienes un
demonio. Abraham murió, y también los profetas, y tú
dices: “Si alguien guarda mi palabra, jamás probará la
muerte”.
53 ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que
murió? También los profetas murieron. ¿Quién pretendes
ser?».
54 Jesús respondió: «Si yo me glorifico a mí mismo, mi
gloria no es nada. Mi Padre es el que me glorifica, aquel de
quien ustedes dicen: “Es nuestro Dios”.

55 Ustedes no lo han conocido, pero yo lo conozco. Si
dijera que no lo conozco, sería un mentiroso como ustedes.
Pero lo conozco y guardo su palabra.
56 Abraham, el padre de ustedes, se alegró de que vería
mi día; lo vio y se alegró».
57 Entonces los judíos le dijeron: «Todavía no tienes
cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?».
58 Jesús les respondió: «En verdad, en verdad les digo:
antes de que Abraham existiera, yo soy».
59 Entonces tomaron piedras para arrojárselas, pero Jesús
se ocultó y salió del templo.

9

Jesús sana a un ciego de nacimiento

1 Al pasar, Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento.
2 Sus discípulos le preguntaron: «Rabí, ¿quién pecó, este o
sus padres, para que naciera ciego?».
3 Jesús respondió: «No fue porque pecó este ni porque
pecaron sus padres, sino para que las obras de Dios se
manifiesten en él.
4 Debemos hacer las obras del que me envió mientras es
de día. Viene la noche, cuando nadie puede trabajar.
5 Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo».
6 Después de decir esto, escupió en el suelo, hizo lodo con
la saliva y untó el lodo en los ojos del hombre.
7 Le dijo: «Ve a lavarte en el estanque de Siloé» —que
significa Enviado—. Él fue, se lavó y regresó viendo.

Los vecinos preguntan por la sanidad

8 Entonces los vecinos y los que antes lo habían visto
como mendigo decían: «¿No es este el que se sentaba a
mendigar?».
9 Unos decían: «Es él». Otros decían: «No, pero se le
parece». Él decía: «Soy yo».
10 Entonces le preguntaron: «¿Cómo se te abrieron los
ojos?».
11 Él respondió: «El hombre llamado Jesús hizo lodo, me
untó los ojos y me dijo: "Ve a Siloé y lávate". Así que fui, me
lavé y recibí la vista».
12 Le preguntaron: «¿Dónde está él?». Respondió: «No lo
sé».

Los fariseos interrogan al ciego sanado

13 Llevaron ante los fariseos al que antes había sido ciego.
14 Era sábado el día en que Jesús había hecho el lodo y le
había abierto los ojos.

15 Entonces los fariseos también le preguntaban cómo
había recibido la vista. Él les dijo: «Me puso lodo en los
ojos, me lavé y veo».
16 Algunos de los fariseos decían: «Este hombre no viene
de Dios, porque no guarda el sábado». Otros decían:
«¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales señales?». Y
había división entre ellos.
17 Volvieron a preguntar al ciego: «¿Qué dices tú de él,
puesto que te abrió los ojos?». Él respondió: «Es un
profeta».

El testimonio de los padres y su temor

18 Los judíos no creyeron que hubiera sido ciego y
hubiera recibido la vista hasta que llamaron a los padres
del que había recibido la vista.
19 Les preguntaron: «¿Es este su hijo, del que ustedes
dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?».
20 Sus padres respondieron: «Sabemos que este es
nuestro hijo y que nació ciego.
21 Pero cómo ve ahora, no lo sabemos; ni sabemos quién
le abrió los ojos. Pregúntenle a él; ya tiene edad. Él hablará
por sí mismo».
22 Sus padres dijeron esto porque tenían miedo de los
judíos, pues los judíos ya habían acordado que, si alguien lo
reconocía como el Cristo, fuera expulsado de la sinagoga.
23 Por eso sus padres dijeron: «Ya tiene edad; pregúntenle
a él».

El testimonio del hombre frente a sus interrogadores

24 Entonces llamaron por segunda vez al hombre que
había sido ciego y le dijeron: «Da gloria a Dios. Nosotros
sabemos que este hombre es pecador».
25 Él respondió: «Si es pecador, no lo sé. Una cosa sé: que
yo era ciego y ahora veo».
26 Le preguntaron: «¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los
ojos?».
27 Él les respondió: «Ya se lo he dicho y no escucharon.
¿Por qué quieren oírlo otra vez? ¿Acaso también ustedes
quieren hacerse sus discípulos?».
28 Entonces lo insultaron y dijeron: «Tú eres discípulo de
ese; nosotros somos discípulos de Moisés.
29 Sabemos que Dios ha hablado a Moisés, pero de este no
sabemos de dónde es».
30 El hombre les respondió: «Pues esto es lo asombroso:
que ustedes no saben de dónde es, y él me abrió los ojos.

31 Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; pero si
alguien teme a Dios y hace su voluntad, a ese lo escucha.
32 Jamás se ha oído que alguien abriera los ojos de un
ciego de nacimiento.
33 Si este no viniera de Dios, no podría hacer nada».
34 Ellos le respondieron: «Tú naciste por completo en
pecados, ¿y nos enseñas a nosotros?». Y lo echaron fuera.

Jesús recibe al hombre expulsado

35 Jesús oyó que lo habían echado fuera y, al encontrarlo,
le preguntó: «¿Crees tú en el Hijo del Hombre?».
36 Él respondió: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?».
37 Jesús le dijo: «Lo has visto, y el que habla contigo es él».
38 Entonces dijo: «Creo, Señor». Y lo adoró.

La luz de Jesús revela la ceguera espiritual

39 Jesús dijo: «Para juicio he venido a este mundo, para
que los que no ven vean, y los que ven queden ciegos».
40 Algunos de los fariseos que estaban con él oyeron esto y
le preguntaron: «¿Acaso también nosotros somos ciegos?».
41 Jesús les respondió: «Si fueran ciegos, no tendrían
pecado. Pero ahora dicen: "Vemos". Su pecado permanece».

10

El pastor y quienes amenazan al rebaño

1 «En verdad, en verdad les digo: el que no entra por la
puerta al redil de las ovejas, sino que trepa por otra parte,
es ladrón y bandido.
2 Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas.
3 A este le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz. Él
llama por nombre a sus propias ovejas y las saca.
4 Cuando ha sacado a todas las suyas, va delante de ellas,
y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz.
5 Jamás seguirán a un extraño, sino que huirán de él,
porque no conocen la voz de los extraños».
6 Jesús les dijo esta comparación, pero ellos no
entendieron qué era lo que les decía.

Jesús es la puerta de salvación

7 Entonces Jesús volvió a decirles: «En verdad, en verdad
les digo: yo soy la puerta de las ovejas.
8 Todos los que vinieron antes de mí son ladrones y
bandidos, pero las ovejas no los escucharon.
9 Yo soy la puerta. Si alguien entra por mí, será salvado;
entrará, saldrá y encontrará pasto.

10 El ladrón solo viene para robar, matar y destruir. Yo
vine para que tengan vida y la tengan en abundancia.

Jesús, el buen pastor
11 Yo soy el buen pastor. El buen pastor entrega su vida
por las ovejas.
12 El asalariado, que no es pastor y a quien no pertenecen
las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye —y
el lobo las arrebata y las dispersa—,
13 porque es asalariado y no le importan las ovejas.
14 Yo soy el buen pastor. Conozco a las mías, y las mías
me conocen,
15 como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y
entrego mi vida por las ovejas.
16 También tengo otras ovejas que no son de este redil. A
ellas también debo traerlas, y escucharán mi voz; y
formarán un solo rebaño, con un solo pastor.

El amor del Padre y la entrega del Hijo
17 Por esto me ama el Padre: porque yo entrego mi vida
para volver a tomarla.
18 Nadie me la quita, sino que yo la entrego por mi propia
voluntad. Tengo autoridad para entregarla y tengo
autoridad para volver a tomarla. Este mandamiento recibí
de mi Padre».

La discusión sobre la autoridad de Jesús
19 De nuevo hubo división entre los judíos por estas
palabras.
20 Muchos de ellos decían: «Tiene un demonio y está fuera
de sí. ¿Por qué lo escuchan?».
21 Otros decían: «Estas palabras no son de un
endemoniado. ¿Acaso un demonio puede abrir los ojos de
los ciegos?».

Jesús revela su unidad con el Padre
22 En aquel tiempo se celebraba en Jerusalén la fiesta de
la Dedicación. Era invierno,
23 y Jesús caminaba en el templo por el pórtico de
Salomón.
24 Entonces los judíos lo rodearon y le preguntaron:
«¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso? Si tú eres el
Cristo, dínoslo abiertamente».
25 Jesús les respondió: «Se lo he dicho y no creen. Las
obras que hago en el nombre de mi Padre dan testimonio
de mí.
26 Pero ustedes no creen porque no son de mis ovejas.

27 Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me
siguen.
28 Yo les doy vida eterna, y jamás perecerán, ni nadie las
arrebatará de mi mano.
29 Mi Padre, en cuanto a lo que me ha dado, es mayor que
todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre.
30 Yo y el Padre somos uno».
31 Los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearlo.
32 Jesús les respondió: «Les he mostrado muchas buenas
obras de parte del Padre. ¿Por cuál de ellas me apedrean?».
33 Los judíos le respondieron: «No te apedreamos por una
buena obra, sino por blasfemia, porque tú, siendo hombre,
te haces Dios».
34 Jesús les respondió: «¿No está escrito en la ley de
ustedes: "Yo dije: ustedes son dioses"?
35 Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de
Dios —y la Escritura no puede ser quebrantada—,
36 ¿ustedes le dicen al que el Padre santificó y envió al
mundo: "Blasfemas", porque dije: "Soy Hijo de Dios"?
37 Si no hago las obras de mi Padre, no me crean.
38 Pero si las hago, aunque no me crean a mí, crean a las
obras, para que conozcan y sigan conociendo que el Padre
está en mí y yo en el Padre».
39 Entonces buscaban prenderlo otra vez, pero él escapó
de sus manos.

Muchos creen al otro lado del Jordán

40 Se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde
Juan había estado bautizando al principio, y se quedó allí.
41 Muchos vinieron a él y decían: «Juan no hizo ninguna
señal, pero todo lo que Juan dijo de este era verdad».
42 Y muchos creyeron en él allí.

11

La enfermedad de Lázaro y el regreso a Judea

1 Estaba enfermo un hombre llamado Lázaro, de Betania,
la aldea de María y de su hermana Marta.
2 María era la que ungió al Señor con perfume y le secó
los pies con su cabello. Su hermano Lázaro estaba enfermo.
3 Las hermanas enviaron a decirle: «Señor, mira, el que
amas está enfermo».
4 Al oírlo, Jesús dijo: «Esta enfermedad no es para muerte,
sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea
glorificado por medio de ella».
5 Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.

6 Así que, cuando oyó que estaba enfermo, se quedó dos
días en el lugar donde estaba.

El regreso a Judea y la luz para el camino

7 Después de esto, dijo a los discípulos: «Vayamos otra vez
a Judea».
8 Los discípulos le dijeron: «Rabí, hace poco los judíos
buscaban apedrearte, ¿y vuelves allá?».
9 Jesús respondió: «¿No tiene el día doce horas? Si alguien
camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo.
10 Pero si alguien camina de noche, tropieza, porque la
luz no está en él».

Jesús anuncia que despertará a Lázaro

11 Dijo esto, y después añadió: «Nuestro amigo Lázaro se
ha dormido, pero voy a despertarlo».
12 Los discípulos le dijeron: «Señor, si se ha dormido, se
recuperará».
13 Jesús había hablado de su muerte, pero ellos pensaron
que hablaba del descanso del sueño.
14 Entonces Jesús les dijo claramente: «Lázaro ha muerto,
15 y por ustedes me alegro de no haber estado allí, para
que crean. Pero vayamos a él».
16 Entonces Tomás, llamado Dídimo, dijo a sus
compañeros discípulos: «Vayamos también nosotros para
morir con él».

Jesús, la resurrección y la vida

17 Cuando Jesús llegó, encontró que Lázaro llevaba ya
cuatro días en el sepulcro.
18 Betania estaba cerca de Jerusalén, a unos pocos
kilómetros,
19 y muchos de los judíos habían ido a Marta y a María
para consolarlas por su hermano.
20 Cuando Marta oyó que Jesús venía, salió a su
encuentro, mientras María permanecía sentada en casa.
21 Marta dijo a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, mi
hermano no habría muerto.
22 Y aun ahora sé que todo lo que le pidas a Dios, Dios te
lo dará».
23 Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará».
24 Marta le respondió: «Sé que resucitará en la
resurrección, en el día final».
25 Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida. El que
cree en mí, aunque muera, vivirá.
26 Y todo el que vive y cree en mí jamás morirá. ¿Crees
esto?».

27 Ella le respondió: «Sí, Señor. Yo he creído que tú eres el
Cristo, el Hijo de Dios, el que viene al mundo».

Jesús comparte el dolor de María y de quienes la acompañan

28 Después de decir esto, fue y llamó a su hermana María,
diciéndole en secreto: «El Maestro está aquí y te llama».
29 Cuando ella lo oyó, se levantó de prisa y fue hacia él.
30 Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que
seguía en el lugar donde Marta había salido a su encuentro.
31 Los judíos que estaban con María en la casa y la
consolaban, al verla levantarse de prisa y salir, la siguieron,
pensando que iba al sepulcro para llorar allí.
32 Cuando María llegó adonde estaba Jesús y lo vio, cayó a
sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi
hermano no habría muerto».
33 Jesús, al verla llorar y ver llorar a los judíos que habían
venido con ella, se indignó en su espíritu y se turbó.
34 Preguntó: «¿Dónde lo han puesto?». Le respondieron:
«Señor, ven y ve».
35 Jesús lloró.
36 Entonces los judíos decían: «¡Miren cuánto lo amaba!».
37 Pero algunos de ellos dijeron: «¿No podía este, que
abrió los ojos del ciego, haber impedido también que este
muriera?».

Resurrección de Lázaro

38 Jesús, de nuevo indignado en su interior, llegó al
sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta sobre
ella.
39 Jesús dijo: «Quiten la piedra». Marta, la hermana del
que había muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal, porque
lleva cuatro días».
40 Jesús le respondió: «¿No te dije que, si crees, verás la
gloria de Dios?».

La oración al Padre y la llamada que da vida

41 Entonces quitaron la piedra. Jesús levantó la mirada a
lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias porque me has
escuchado.
42 Yo sabía que siempre me escuchas, pero lo dije por la
multitud que está alrededor, para que crean que tú me
enviaste».
43 Después de decir esto, gritó con voz fuerte: «¡Lázaro,
ven fuera!».
44 El muerto salió, con los pies y las manos atados con
vendas y el rostro envuelto en un paño. Jesús les dijo:
«Desátenlo y déjenlo ir».

El complot para matar a Jesús
Mateo 26:1–5; Marcos 14:1–2; Lucas 22:1–2
45 Muchos de los judíos que habían ido a María y vieron
lo que hizo creyeron en él.
46 Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les
contaron lo que Jesús había hecho.
47 Entonces los principales sacerdotes y los fariseos
reunieron al concilio y decían: «¿Qué hacemos? Porque
este hombre realiza muchas señales.
48 Si lo dejamos seguir así, todos creerán en él, y los
romanos vendrán y nos quitarán tanto nuestro lugar como
nuestra nación».

El consejo de Caifás y el propósito de la muerte de Jesús
49 Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año,
les dijo: «Ustedes no saben nada,
50 ni consideran que les conviene que un solo hombre
muera por el pueblo y no que perezca la nación entera».
51 No dijo esto por su propia cuenta, sino que, por ser
sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir
por la nación,
52 y no solo por la nación, sino también para reunir en
uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.
53 Así que desde aquel día decidieron matarlo.

Jesús se retira mientras se acerca la Pascua
54 Por eso Jesús ya no caminaba abiertamente entre los
judíos, sino que se fue de allí a la región cercana al
desierto, a una ciudad llamada Efraín, y se quedó allí con
los discípulos.
55 Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos subieron
de la región a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse.
56 Buscaban a Jesús y, mientras estaban en el templo, se
decían unos a otros: «¿Qué les parece? ¿No vendrá a la
fiesta?».
57 Los principales sacerdotes y los fariseos habían dado
órdenes de que, si alguien sabía dónde estaba, lo
denunciara, para poder prenderlo.

12

Jesús es ungido en Betania
Mateo 26:6–13; Marcos 14:3–9
1 Seis días antes de la Pascua, Jesús fue a Betania, donde
estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los
muertos.
2 Allí le prepararon una cena. Marta servía, y Lázaro era
uno de los que estaban recostados a la mesa con él.

3 Entonces María tomó casi medio litro de perfume de
nardo puro, muy costoso, ungió los pies de Jesús y le secó
los pies con su cabello. La casa se llenó de la fragancia del
perfume.
4 Pero Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que iba a
entregarlo, dijo:
5 «¿Por qué no se vendió este perfume por el equivalente
aproximado al salario de un año y se dio a los pobres?».
6 Dijo esto, no porque le importaran los pobres, sino
porque era ladrón y, teniendo a su cargo la bolsa del
dinero, se llevaba lo que depositaban en ella.
7 Entonces Jesús dijo: «Déjala, que lo guarde para el día
de mi sepultura.
8 Porque a los pobres siempre los tienen con ustedes,
pero a mí no siempre me tienen».

El complot contra Lázaro

9 Una gran multitud de los judíos supo que él estaba allí y
vino, no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, a
quien había resucitado de entre los muertos.
10 Pero los principales sacerdotes decidieron matar
también a Lázaro,
11 porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban
y creían en Jesús.

La entrada triunfal en Jerusalén
Mateo 21:1–11; Marcos 11:1–11; Lucas 19:28–40

12 Al día siguiente, la gran multitud que había venido a la
fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén,
13 tomó ramas de palmera y salió a su encuentro,
gritando: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del
Señor, el rey de Israel!».
14 Jesús encontró un burrito y se montó en él, como está
escrito:
15 «No temas, hija de Sion.
Mira, tu rey viene, montado en la cría de una burra».
16 Al principio sus discípulos no entendieron estas cosas.
Pero cuando Jesús fue glorificado, recordaron que estas
cosas estaban escritas acerca de él y que se las habían
hecho.
17 La multitud que estaba con él cuando llamó a Lázaro
del sepulcro y lo resucitó de entre los muertos daba
testimonio.
18 Por eso también la multitud salió a su encuentro,
porque había oído que él había realizado esta señal.
19 Entonces los fariseos se dijeron unos a otros: «Ven que
no consiguen nada. Miren, el mundo se ha ido detrás de él».

Unos griegos buscan a Jesús

20 Había algunos griegos entre los que habían subido a
adorar durante la fiesta.
21 Se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le
rogaron: «Señor, queremos ver a Jesús».
22 Felipe fue y se lo dijo a Andrés; Andrés y Felipe fueron
y se lo dijeron a Jesús.

La hora del Hijo y el fruto de su entrega

23 Jesús les respondió: «Ha llegado la hora de que el Hijo
del Hombre sea glorificado.
24 En verdad, en verdad les digo: si el grano de trigo no
cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere,
produce mucho fruto.
25 El que ama su vida la pierde, y el que aborrece su vida
en este mundo la conservará para vida eterna.
26 Si alguien me sirve, que me siga; y donde yo estoy, allí
estará también mi servidor. Si alguien me sirve, el Padre lo
honrará.

Jesús anuncia su muerte

27 Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré? Padre,
sálvame de esta hora. Pero para esto he llegado a esta hora.
28 Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del
cielo: «Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo».
29 La multitud que estaba allí y lo oyó decía que había
sido un trueno. Otros decían: «Un ángel le ha hablado».
30 Jesús respondió: «Esta voz no ha venido por mí, sino
por ustedes.

El juicio del mundo y el Hijo levantado

31 Ahora es el juicio de este mundo; ahora el gobernante
de este mundo será echado fuera.
32 Y yo, si soy levantado de la tierra, atraeré a todos hacia
mí».
33 Decía esto para indicar de qué muerte iba a morir.
34 La multitud le respondió: «Hemos oído de la ley que el
Cristo permanece para siempre. ¿Cómo dices tú que el Hijo
del Hombre debe ser levantado? ¿Quién es este Hijo del
Hombre?».

El llamado a creer en la luz

35 Jesús les dijo: «Todavía por un poco de tiempo está la
luz entre ustedes. Caminen mientras tienen la luz, para que
la oscuridad no los alcance. El que camina en la oscuridad
no sabe adónde va.

36 Mientras tienen la luz, crean en la luz, para que
lleguen a ser hijos de luz». Jesús dijo estas cosas y se fue y
se ocultó de ellos.

La incredulidad y el temor ante las señales de Jesús
37 Aunque había hecho tantas señales delante de ellos, no
creían en él,
38 para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías,
que dijo:
«Señor, ¿quién ha creído nuestro anuncio?
¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?».
39 Por esto no podían creer, porque Isaías dijo también:
40 «Ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón, para
que no vean con los ojos ni entiendan con el corazón
ni se vuelvan y yo los sane».
41 Isaías dijo estas cosas porque vio su gloria y habló
acerca de él.

La fe oculta por temor a la exclusión
42 Sin embargo, muchos, incluso de los gobernantes,
creyeron en él. Pero por causa de los fariseos no lo
confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga,
43 porque amaron más la gloria de los seres humanos que
la gloria de Dios.

Creer en Jesús y recibir la palabra del Padre
44 Jesús alzó la voz y dijo: «El que cree en mí no cree en
mí, sino en el que me envió.
45 Y el que me ve, ve al que me envió.
46 Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que
cree en mí no permanezca en la oscuridad.
47 Si alguien oye mis palabras y no las guarda, yo no lo
juzgo, porque no vine para juzgar al mundo, sino para
salvar al mundo.
48 El que me rechaza y no recibe mis palabras tiene quien
lo juzgue: la palabra que he hablado lo juzgará en el día
final.
49 Porque yo no he hablado por mi propia cuenta, sino
que el Padre que me envió me ha dado un mandamiento
sobre qué decir y qué hablar.
50 Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así que lo
que hablo, lo hablo tal como el Padre me lo ha dicho».

13

Jesús lava los pies de sus discípulos
1 Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús, sabiendo que
había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, y

habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.
2 Durante la cena, el diablo ya había puesto en el corazón
la intención de que Judas, hijo de Simón Iscariote, lo entregara.
3 Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, y que había salido de Dios y a Dios iba,
4 se levantó de la cena, se quitó el manto y, tomando una toalla, se la ató a la cintura.
5 Luego echó agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía atada.

Pedro aprende a recibir la limpieza del Señor

6 Llegó a Simón Pedro, quien le dijo: «Señor, ¿tú me lavas los pies a mí?».
7 Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después».
8 Pedro le dijo: «Jamás me lavarás los pies». Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo».
9 Simón Pedro le dijo: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza».
10 Jesús le respondió: «El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies; está completamente limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos».
11 Porque sabía quién lo entregaba; por eso dijo: «No todos están limpios».

El ejemplo del Maestro para el servicio mutuo

12 Después de lavarles los pies, tomar su manto y recostarse a la mesa, volvió a decirles: «¿Entienden lo que les he hecho?
13 Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy.
14 Así que, si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros.
15 Porque les di un ejemplo, para que, como yo he hecho con ustedes, también ustedes hagan.
16 En verdad, en verdad les digo: un esclavo no es mayor que su señor, ni un enviado es mayor que el que lo envió.
17 Si saben estas cosas, son dichosos si las ponen en práctica.
18 No hablo de todos ustedes. Yo sé a quiénes he elegido; pero es para que se cumpla la Escritura: "El que come mi pan levantó su talón contra mí".
19 Desde ahora se lo digo, antes de que suceda, para que, cuando suceda, crean que yo soy.

20 En verdad, en verdad les digo: el que recibe a
cualquiera que yo envíe me recibe a mí, y el que me recibe
a mí recibe al que me envió».

Jesús anuncia la traición de Judas
Mateo 26:20–25; Marcos 14:17–21; Lucas 22:21–23
21 Después de decir esto, Jesús se turbó en su espíritu y dio
testimonio, diciendo: «En verdad, en verdad les digo: uno
de ustedes me entregará».
22 Los discípulos se miraban unos a otros, sin saber de
quién hablaba.
23 Uno de sus discípulos, a quien Jesús amaba, estaba
recostado junto al pecho de Jesús.
24 Simón Pedro le hizo señas para que averiguara quién
era aquel de quien hablaba.
25 Entonces ese discípulo se inclinó sobre el pecho de
Jesús y le preguntó: «Señor, ¿quién es?».
26 Jesús respondió: «Es aquel a quien daré el bocado
después de mojarlo». Así que mojó el bocado y se lo dio a
Judas, hijo de Simón Iscariote.
27 Después del bocado, Satanás entró en él. Entonces
Jesús le dijo: «Lo que haces, hazlo pronto».
28 Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió
por qué le había dicho esto.
29 Algunos pensaban que, como Judas tenía a su cargo la
bolsa del dinero, Jesús le decía: «Compra lo que
necesitamos para la fiesta», o que diera algo a los pobres.
30 Él tomó el bocado y salió de inmediato. Era de noche.

El nuevo mandamiento
31 Cuando salió, Jesús dijo: «Ahora ha sido glorificado el
Hijo del Hombre, y Dios ha sido glorificado en él.
32 Si Dios ha sido glorificado en él, Dios también lo
glorificará en sí mismo, y lo glorificará de inmediato.
33 Hijitos, todavía estoy con ustedes un poco de tiempo.
Me buscarán, y como dije a los judíos, ahora les digo
también a ustedes: "Adonde yo voy, ustedes no pueden
venir".
34 Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a
otros; como yo los amé, que también ustedes se amen unos
a otros.
35 En esto todos conocerán que son mis discípulos: si
tienen amor unos por otros».

Jesús anuncia la negación de Pedro
Mateo 26:31–35; Marcos 14:27–31; Lucas 22:31–34

36 Simón Pedro le preguntó: «Señor, ¿adónde vas?». Jesús
respondió: «Adonde voy no puedes seguirme ahora, pero
me seguirás después».
37 Pedro le dijo: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte
ahora? Entregaré mi vida por ti».
38 Jesús respondió: «¿Entregarás tu vida por mí? En
verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que
me hayas negado tres veces».

14

Jesús, el camino al Padre

1 «No se turbe su corazón. Crean en Dios y crean también
en mí.
2 En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera
así, se lo habría dicho, porque voy a prepararles un lugar.
3 Y si me voy y les preparo un lugar, volveré y los llevaré
conmigo, para que donde yo estoy, también ustedes estén.
4 Y adonde yo voy, ustedes conocen el camino».
5 Tomás le dijo: «Señor, no sabemos adónde vas; ¿cómo
podemos conocer el camino?».
6 Jesús le dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.
Nadie viene al Padre sino por mí.
7 Si me conocieran, también conocerían a mi Padre.
Desde ahora lo conocen y lo han visto».

El Hijo revela al Padre

8 Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta».
9 Jesús le dijo: «¿Llevo tanto tiempo con ustedes y no me
has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al
Padre. ¿Cómo dices: "Muéstranos al Padre"?
10 ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en
mí? Las palabras que les digo no las hablo por mi propia
cuenta; el Padre, que permanece en mí, hace sus obras.
11 Créanme que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí;
si no, crean por las obras mismas.

Las obras y la oración de quienes creen

12 En verdad, en verdad les digo: el que cree en mí hará
también las obras que yo hago, y hará mayores que estas,
porque yo voy al Padre.
13 Y todo lo que pidan en mi nombre lo haré, para que el
Padre sea glorificado en el Hijo.
14 Si me piden algo en mi nombre, yo lo haré.

La promesa del Espíritu Santo

15 Si me aman, guardarán mis mandamientos.

16 Yo rogaré al Padre y él les dará otro Consolador, para
que esté con ustedes para siempre:
17 el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede
recibir porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes lo conocen,
porque permanece con ustedes y estará en ustedes.
18 No los dejaré huérfanos; vendré a ustedes.
19 Dentro de poco, el mundo ya no me verá, pero ustedes
me verán. Porque yo vivo, también ustedes vivirán.
20 En aquel día conocerán que yo estoy en mi Padre,
ustedes en mí y yo en ustedes.

El amor, la obediencia y la morada del Padre y del Hijo

21 El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el
que me ama. El que me ama será amado por mi Padre, y yo
lo amaré y me manifestaré a él».
22 Judas, no el Iscariote, le dijo: «Señor, ¿qué ha sucedido
para que vayas a manifestarte a nosotros y no al mundo?».
23 Jesús le respondió: «Si alguien me ama, guardará mi
palabra; mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos
morada con él.
24 El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra
que ustedes oyen no es mía, sino del Padre que me envió.
25 Les he hablado de estas cosas mientras permanezco
con ustedes.
26 Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre
enviará en mi nombre, él les enseñará todas las cosas y les
recordará todo lo que les he dicho.

La paz de Jesús y su partida al Padre

27 La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la doy como la
da el mundo. No se turbe su corazón ni tenga miedo.
28 Oyeron que les dije: "Me voy y vendré a ustedes". Si me
amaran, se habrían alegrado de que voy al Padre, porque el
Padre es mayor que yo.
29 Se lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que
cuando suceda crean.
30 Ya no hablaré mucho con ustedes, porque viene el
gobernante del mundo. Él no tiene nada en mí,
31 pero para que el mundo sepa que amo al Padre, hago
tal como el Padre me lo mandó. Levántense; vámonos de
aquí».

15

Jesús, la vid verdadera

1 «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

2 Toda rama que está en mí y no da fruto, él la quita; y
toda la que da fruto, la poda para que dé más fruto.
3 Ustedes ya están limpios por la palabra que les he
hablado.
4 Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Así como la rama
no puede dar fruto por sí misma si no permanece en la vid,
tampoco ustedes si no permanecen en mí.
5 Yo soy la vid; ustedes son las ramas. El que permanece
en mí, y yo en él, ese da mucho fruto, porque separados de
mí no pueden hacer nada.
6 Si alguien no permanece en mí, es echado fuera como la
rama y se seca. Recogen esas ramas, las echan al fuego y
arden.

La palabra, la oración y el fruto que glorifica al Padre

7 Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en
ustedes, pidan lo que quieran y les será hecho.
8 En esto es glorificado mi Padre: en que den mucho fruto
y sean mis discípulos.

Permanecer en el amor de Jesús

9 Así como el Padre me ha amado, también yo los he
amado. Permanezcan en mi amor.
10 Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi
amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi
Padre y permanezco en su amor.
11 Les he hablado de estas cosas para que mi gozo esté en
ustedes y su gozo sea completo.
12 Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros
como yo los he amado.
13 Nadie tiene mayor amor que este: que alguien dé su
vida por sus amigos.
14 Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando.
15 Ya no los llamo esclavos, porque el esclavo no sabe lo
que hace su amo. Los he llamado amigos, porque les he
dado a conocer todo lo que oí de mi Padre.
16 Ustedes no me eligieron a mí, sino que yo los elegí a
ustedes y los designé para que vayan y den fruto, y su fruto
permanezca; para que todo lo que pidan al Padre en mi
nombre, él se lo dé.
17 Esto les mando: que se amen unos a otros.

El rechazo del mundo y el testimonio de los discípulos

18 Si el mundo los odia, sepan que me ha odiado a mí
antes que a ustedes.

19 Si fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo. Pero
como no son del mundo, sino que yo los elegí de entre el
mundo, por eso el mundo los odia.
20 Recuerden la palabra que les dije: “Un esclavo no es
mayor que su amo”. Si me persiguieron a mí, también los
perseguirán a ustedes; si guardaron mi palabra, también
guardarán la de ustedes.
21 Pero les harán todo esto por causa de mi nombre,
porque no conocen al que me envió.
22 Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no
tendrían pecado. Pero ahora no tienen excusa por su
pecado.
23 El que me odia a mí también odia a mi Padre.
24 Si no hubiera hecho entre ellos las obras que ningún
otro hizo, no tendrían pecado; pero ahora nos han visto y
nos han odiado, tanto a mí como a mi Padre.
25 Pero esto es para que se cumpla la palabra escrita en
su ley: “Me odiaron sin motivo”.

El testimonio del Espíritu Santo y de los discípulos

26 Cuando venga el Consolador, a quien yo les enviaré de
parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del
Padre, él dará testimonio acerca de mí.
27 Y ustedes también dan testimonio, porque han estado
conmigo desde el principio».

16

Jesús prepara a sus discípulos para la persecución

1 «Les he hablado de estas cosas para que no tropiecen.
2 Los expulsarán de las sinagogas. Más aún, viene la hora
en que todo el que los mate pensará que ofrece un servicio
a Dios.
3 Harán estas cosas porque no han conocido al Padre ni a
mí.
4 Pero les he hablado de estas cosas para que, cuando
llegue su hora, recuerden que yo se las dije. No les dije
estas cosas desde el principio porque estaba con ustedes.

La obra del Espíritu Santo

5 Ahora voy al que me envió, y ninguno de ustedes me
pregunta: “¿Adónde vas?”.
6 Pero la tristeza ha llenado su corazón porque les he
hablado de estas cosas.
7 Sin embargo, les digo la verdad: les conviene que yo me
vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a
ustedes; pero si me voy, se lo enviaré.

8 Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de
justicia y de juicio:
9 de pecado, porque no creen en mí;
10 de justicia, porque voy al Padre y ya no me verán;
11 y de juicio, porque el gobernante de este mundo ha
sido juzgado.
12 Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ahora
no pueden soportarlas.
13 Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará en
toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta,
sino que hablará lo que oiga y les anunciará las cosas que
vienen.
14 Él me glorificará, porque tomará de lo mío y se lo
anunciará.
15 Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso dije que
toma de lo mío y se lo anunciará.

La tristeza se convertirá en gozo

16 Dentro de poco ya no me verán, y de nuevo, dentro de
poco, me verán».
17 Algunos de sus discípulos se dijeron unos a otros:
«¿Qué significa esto que nos dice: "Dentro de poco no me
verán, y de nuevo, dentro de poco, me verán", y: "Porque
voy al Padre"?».
18 Y decían: «¿Qué significa eso que dice: "Dentro de
poco"? No sabemos de qué habla».
19 Jesús supo que querían preguntarle y les dijo: «¿Se
preguntan entre ustedes acerca de lo que dije: "Dentro de
poco no me verán, y de nuevo, dentro de poco, me verán"?
20 En verdad, en verdad les digo que ustedes llorarán y se
lamentarán, pero el mundo se alegrará. Ustedes estarán
tristes, pero su tristeza se convertirá en alegría.
21 La mujer, cuando da a luz, siente dolor porque ha
llegado su hora. Pero después de dar a luz al niño, ya no
recuerda la angustia, por la alegría de que un ser humano
ha nacido en el mundo.
22 Así también ustedes ahora tienen tristeza, pero volveré
a verlos y se alegrará su corazón; y su alegría nadie se la
quita.
23 En aquel día no me preguntarán nada. En verdad, en
verdad les digo: si le piden algo al Padre, él se lo dará en mi
nombre.
24 Hasta ahora no han pedido nada en mi nombre. Pidan
y recibirán, para que su alegría sea completa.

El amor del Padre y la confianza de los discípulos

25 Les he hablado de estas cosas en lenguaje figurado.
Viene la hora en que ya no les hablaré en lenguaje
figurado, sino que les hablaré claramente acerca del Padre.
26 En aquel día pedirán en mi nombre, y no les digo que
yo rogaré al Padre por ustedes,
27 porque el Padre mismo los ama, pues ustedes me han
amado y han creído que yo salí de Dios.
28 Salí del Padre y he venido al mundo. De nuevo dejo el
mundo y voy al Padre».
29 Sus discípulos dijeron: «Mira, ahora hablas con claridad
y no usas ningún lenguaje figurado.
30 Ahora sabemos que lo sabes todo y no necesitas que
nadie te pregunte. Por esto creemos que has salido de
Dios».
31 Jesús les respondió: «¿Ahora creen?
32 Miren, viene la hora, y ya ha llegado, en que serán
dispersados, cada uno a lo suyo, y me dejarán solo. Pero no
estoy solo, porque el Padre está conmigo.

La paz de Jesús y su victoria

33 Les he hablado de estas cosas para que en mí tengan
paz. En el mundo tienen aflicción; pero cobren ánimo: yo he
vencido al mundo».

17

Jesús ora al Padre por su glorificación

1 Jesús dijo estas cosas y, levantando los ojos al cielo, dijo:
«Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo para que el
Hijo te glorifique a ti,
2 así como le diste autoridad sobre toda la humanidad,
para que dé vida eterna a todos los que le has dado.
3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único
Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste.
4 Yo te he glorificado en la tierra al completar la obra que
me has dado para hacer.
5 Y ahora, Padre, glorifícame junto a ti con la gloria que
tenía junto a ti antes de que el mundo existiera.

Jesús ora por sus discípulos

6 He manifestado tu nombre a los hombres que me diste
de entre el mundo. Eran tuyos, me los diste y han guardado
tu palabra.
7 Ahora han conocido que todo lo que me has dado
procede de ti,

8 porque les he dado las palabras que me diste. Ellos las
recibieron y conocieron verdaderamente que salí de ti, y
creyeron que tú me enviaste.
9 Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los
que me has dado, porque son tuyos.
10 Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío, y he sido
glorificado en ellos.

Protección y unidad en el nombre del Padre

11 Ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo,
y yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre, el que
me has dado, para que sean uno como nosotros.
12 Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu
nombre, el que me has dado. Los protegí, y ninguno de
ellos se perdió, salvo el hijo de la perdición, para que se
cumpliera la Escritura.
13 Pero ahora voy a ti y digo estas cosas en el mundo para
que tengan mi gozo completo en sí mismos.
14 Yo les he dado tu palabra, y el mundo los odió porque
no son del mundo, así como yo no soy del mundo.
15 No ruego que los saques del mundo, sino que los
guardes del maligno.
16 No son del mundo, así como yo no soy del mundo.

Santificados en la verdad y enviados al mundo

17 Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad.
18 Así como tú me enviaste al mundo, también yo los
envié al mundo.
19 Y por ellos me consagro a mí mismo, para que también
ellos sean santificados en la verdad.

Jesús ora por la unidad de todos los creyentes

20 Pero no ruego solo por estos, sino también por los que
creen en mí por la palabra de ellos,
21 para que todos sean uno, así como tú, Padre, estás en
mí y yo en ti; para que también ellos estén en nosotros,
para que el mundo crea que tú me enviaste.
22 Yo les he dado la gloria que me has dado, para que
sean uno como nosotros somos uno:
23 yo en ellos y tú en mí, para que sean perfeccionados en
unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste y
que los amaste a ellos como me amaste a mí.

La comunión con Jesús y el amor del Padre

24 Padre, quiero que los que me has dado estén también
conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, la
que me has dado, porque me amaste antes de la fundación
del mundo.

25 Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he
conocido, y estos han conocido que tú me enviaste.
26 Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer,
para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo
en ellos».

18

Arresto de Jesús
Mateo 26:47–56; Marcos 14:43–50; Lucas 22:47–53

1 Después de decir estas cosas, Jesús salió con sus
discípulos al otro lado del torrente de Cedrón. Allí había un
huerto, en el que entraron él y sus discípulos.
2 Judas, el que lo entregaba, también conocía el lugar,
porque Jesús se había reunido allí muchas veces con sus
discípulos.
3 Entonces Judas, llevando consigo al destacamento y a
unos guardias de los principales sacerdotes y de los
fariseos, llegó allí con linternas, antorchas y armas.
4 Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, salió y les
preguntó: «¿A quién buscan?».
5 Le respondieron: «A Jesús el Nazareno». Él les dijo: «Yo
soy». Judas, el que lo entregaba, también estaba con ellos.
6 Cuando les dijo: «Yo soy», retrocedieron y cayeron al
suelo.
7 Entonces volvió a preguntarles: «¿A quién buscan?».
Ellos respondieron: «A Jesús el Nazareno».
8 Jesús respondió: «Les dije que yo soy. Así que, si me
buscan a mí, dejen que estos se vayan».
9 Esto fue para que se cumpliera la palabra que había
dicho: «De los que me has dado, no perdí a ninguno».
10 Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó,
hirió al esclavo del sumo sacerdote y le cortó la oreja
derecha. El esclavo se llamaba Malco.
11 Entonces Jesús dijo a Pedro: «Mete la espada en la
vaina. ¿Acaso no he de beber la copa que el Padre me ha
dado?».

Jesús es llevado ante Anás
Mateo 26:57–58; Marcos 14:53–54; Lucas 22:54

12 Entonces el destacamento, el comandante y los
guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron
13 y lo llevaron primero ante Anás, porque era suegro de
Caifás, que era sumo sacerdote aquel año.
14 Caifás era el que había aconsejado a los judíos que
convenía que un solo hombre muriera por el pueblo.

Pedro entra en el patio y niega a Jesús
Mateo 26:69–70; Marcos 14:66–68; Lucas 22:55–57

15 Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Aquel
discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús
al patio del sumo sacerdote.
16 Pero Pedro se quedó afuera, junto a la puerta.
Entonces salió el otro discípulo, el conocido del sumo
sacerdote, habló con la portera e hizo entrar a Pedro.
17 La criada que cuidaba la puerta preguntó a Pedro:
«¿No eres tú también uno de los discípulos de este
hombre?». Él respondió: «No lo soy».
18 Los esclavos y los guardias estaban de pie,
calentándose junto a un fuego de carbón que habían
encendido porque hacía frío. Pedro también estaba con
ellos, de pie, calentándose.

Anás interroga a Jesús
Mateo 26:59–66; Marcos 14:55–64; Lucas 22:66–71

19 El sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus
discípulos y de su enseñanza.
20 Jesús le respondió: «Yo he hablado abiertamente al
mundo. Siempre enseñé en la sinagoga y en el templo,
donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada en
secreto.
21 ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han
oído qué les he dicho. Mira, ellos saben lo que yo dije».
22 Al decir esto, uno de los guardias que estaba allí le dio
una bofetada a Jesús y le dijo: «¿Así respondes al sumo
sacerdote?».
23 Jesús le respondió: «Si he hablado mal, da testimonio
de lo malo. Pero si he hablado bien, ¿por qué me golpeas?».
24 Entonces Anás lo envió atado a Caifás, el sumo
sacerdote.

Pedro niega de nuevo a Jesús
Mateo 26:71–75; Marcos 14:69–72; Lucas 22:58–62

25 Simón Pedro estaba de pie, calentándose. Le
preguntaron: «¿No eres tú también uno de sus discípulos?».
Él lo negó y dijo: «No lo soy».
26 Uno de los esclavos del sumo sacerdote, pariente de
aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le preguntó:
«¿No te vi yo en el huerto con él?».
27 Pedro volvió a negarlo, y al instante cantó un gallo.

Jesús ante Pilato
Mateo 27:1–2; Mateo 27:11–31; Marcos 15:1–20; Lucas 23:1–5; Lucas 23:13–25

28 Llevaron a Jesús de Caifás al pretorio. Era de mañana.
Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y
poder comer la Pascua.
29 Entonces Pilato salió adonde estaban y preguntó:
«¿Qué acusación presentan contra este hombre?».
30 Le respondieron: «Si este no hiciera el mal, no te lo
habríamos entregado».
31 Pilato les dijo: «Tómenlo ustedes y júzguenlo conforme
a su ley». Los judíos le respondieron: «A nosotros no nos
está permitido dar muerte a nadie».
32 Esto fue para que se cumpliera la palabra de Jesús, que
había dicho para indicar de qué muerte iba a morir.

La realeza de Jesús y el testimonio de la verdad
33 Pilato volvió a entrar en el pretorio, llamó a Jesús y le
preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?».
34 Jesús respondió: «¿Dices esto por tu propia cuenta, o te
lo han dicho otros acerca de mí?».
35 Pilato respondió: «¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los
principales sacerdotes te entregaron a mí. ¿Qué has
hecho?».
36 Jesús respondió: «Mi reino no es de este mundo. Si mi
reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para
que yo no fuera entregado a los judíos. Pero ahora mi reino
no es de aquí».
37 Entonces Pilato le preguntó: «¿Así que tú eres rey?».
Jesús respondió: «Tú dices que soy rey. Para esto he nacido
y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la
verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».
38 Pilato le preguntó: «¿Qué es la verdad?». Después de
decir esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les
dijo: «Yo no encuentro en él ningún delito.

El rechazo de Jesús y la petición de Barrabás
39 Pero ustedes tienen la costumbre de que les ponga en
libertad a uno en la Pascua. ¿Quieren, entonces, que les deje
libre al rey de los judíos?».
40 Ellos volvieron a gritar: «¡A este no, sino a Barrabás!».
Barrabás era un bandido.

19

Jesús es azotado y presentado como rey
1 Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar.
2 Los soldados tejieron una corona de espinas, se la
pusieron en la cabeza y lo vistieron con un manto de
púrpura.

3 Se acercaban a él y le decían: «¡Salve, rey de los judíos!».
Y le daban bofetadas.
4 Pilato volvió a salir y les dijo: «Miren, lo traigo afuera
para que sepan que no encuentro en él ningún delito».
5 Entonces Jesús salió llevando la corona de espinas y el
manto de púrpura. Pilato les dijo: «¡He aquí el hombre!».

La exigencia de crucifixión y la acusación contra el Hijo

6 Cuando lo vieron los principales sacerdotes y los
guardias, gritaron: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!». Pilato les
dijo: «Tómenlo ustedes y crucifíquenlo, porque yo no
encuentro en él ningún delito».
7 Los judíos le respondieron: «Nosotros tenemos una ley,
y conforme a esa ley debe morir, porque se hizo a sí mismo
Hijo de Dios».
8 Cuando Pilato oyó estas palabras, tuvo aún más miedo.

La autoridad recibida de lo alto

9 Volvió a entrar en el pretorio y preguntó a Jesús: «¿De
dónde eres tú?». Pero Jesús no le dio respuesta.
10 Entonces Pilato le dijo: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes
que tengo autoridad para dejarte libre y tengo autoridad
para crucificarte?».
11 Jesús le respondió: «No tendrías ninguna autoridad
sobre mí si no te hubiera sido dada de arriba. Por eso, el
que me entregó a ti tiene mayor pecado».
12 Desde entonces Pilato buscaba dejarlo libre, pero los
judíos gritaron: «Si dejas libre a este, no eres amigo del
César. Todo el que se hace rey se opone al César».

La entrega de Jesús para la crucifixión

13 Cuando Pilato oyó estas palabras, sacó a Jesús y se
sentó en el tribunal, en un lugar llamado el Empedrado, y
en hebreo Gabata.
14 Era el día de la Preparación de la Pascua, cerca del
mediodía. Pilato dijo a los judíos: «¡He aquí su rey!».
15 Ellos gritaron: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícalo!». Pilato les
preguntó: «¿Voy a crucificar a su rey?». Los principales
sacerdotes respondieron: «No tenemos más rey que el
César».
16 Entonces se lo entregó para que fuera crucificado. Así
que tomaron a Jesús.

Crucifixión y muerte de Jesús
Mateo 27:32–50; Marcos 15:21–37; Lucas 23:26–49

17 Él, cargando su propia cruz, salió al lugar llamado de la
Calavera, que en hebreo se llama Gólgota.

18 Allí lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada
lado, y Jesús en medio.

La inscripción que anuncia la realeza de Jesús
19 Pilato también escribió una inscripción y la puso sobre
la cruz. Estaba escrito: «Jesús el Nazareno, el rey de los
judíos».
20 Muchos de los judíos leyeron esta inscripción, porque
el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la
ciudad. Estaba escrita en hebreo, latín y griego.
21 Entonces los principales sacerdotes de los judíos decían
a Pilato: «No escribas: "El rey de los judíos", sino que él dijo:
"Soy rey de los judíos"».
22 Pilato respondió: «Lo que he escrito, he escrito».

Las vestiduras y el cumplimiento de la Escritura
23 Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron su
ropa y la dividieron en cuatro partes, una para cada
soldado. Tomaron también la túnica, que no tenía costura,
tejida de arriba abajo en una sola pieza.
24 Se dijeron unos a otros: «No la rasguemos, sino
echemos suertes para ver de quién será». Esto fue para que
se cumpliera la Escritura que dice: «Se repartieron mi ropa
entre ellos y sobre mi vestidura echaron suertes». Así
hicieron los soldados.

El cuidado de Jesús por su madre
25 Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana
de su madre, María de Clopás y María Magdalena.
26 Jesús, al ver a su madre y al discípulo a quien amaba,
que estaba allí, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo».
27 Después dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y
desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

La sed de Jesús y la obra consumada
28 Después de esto, Jesús, sabiendo que ya todo estaba
cumplido, dijo, para que se cumpliera la Escritura: «Tengo
sed».
29 Había allí una vasija llena de vino agrio. Entonces
empaparon una esponja en el vino agrio, la pusieron en
una rama de hisopo y se la acercaron a la boca.
30 Cuando Jesús tomó el vino agrio, dijo: «Consumado es».
Inclinó la cabeza y entregó el espíritu.

El costado de Jesús traspasado
31 Como era el día de la Preparación, los judíos, para que
los cuerpos no quedaran en la cruz durante el sábado
—pues aquel sábado era un día de gran solemnidad—,

pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran.
32 Los soldados fueron y quebraron las piernas del
primero y del otro que había sido crucificado con él.
33 Pero al llegar a Jesús, al ver que ya estaba muerto, no
le quebraron las piernas.
34 Sin embargo, uno de los soldados le atravesó el costado
con una lanza, y al instante salió sangre y agua.

El testimonio y el cumplimiento de las Escrituras
35 El que lo ha visto ha dado testimonio, y su testimonio
es verdadero. Él sabe que dice la verdad, para que también
ustedes crean.
36 Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la
Escritura: «No será quebrado ninguno de sus huesos».
37 Y también otra Escritura dice: «Mirarán al que
traspasaron».

Jesús es sepultado
Mateo 27:57–61; Marcos 15:42–47; Lucas 23:50–56
38 Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de
Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a
Pilato llevarse el cuerpo de Jesús. Pilato se lo permitió.
Entonces fue y se llevó su cuerpo.
39 También vino Nicodemo, el que antes había ido a Jesús
de noche, trayendo unos treinta y tres kilos de una mezcla
de mirra y áloe.
40 Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos
con las especias aromáticas, conforme a la costumbre de los
judíos para sepultar.
41 En el lugar donde había sido crucificado había un
huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que todavía
no se había puesto a nadie.
42 Allí pusieron a Jesús por ser el día de la Preparación de
los judíos y porque el sepulcro estaba cerca.

20

La resurrección
Mateo 28:1–10; Marcos 16:1–8; Lucas 24:1–12
1 El primer día de la semana, María Magdalena fue
temprano al sepulcro, cuando todavía estaba oscuro, y vio
que la piedra había sido quitada del sepulcro.
2 Entonces corrió y fue a Simón Pedro y al otro discípulo,
a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado al Señor
del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto».

Pedro y el otro discípulo van al sepulcro

3 Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al sepulcro.
4 Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más
rápido que Pedro y llegó primero al sepulcro.
5 Se inclinó y vio los lienzos puestos allí, pero no entró.
6 Entonces llegó también Simón Pedro, que lo seguía, y
entró en el sepulcro. Vio los lienzos puestos allí
7 y el paño que había estado sobre la cabeza de Jesús, no
puesto junto a los lienzos, sino enrollado aparte en un lugar.

Ver, creer y comprender la Escritura
8 Entró también el otro discípulo, el que había llegado
primero al sepulcro; vio y creyó.
9 Porque todavía no habían entendido la Escritura, que él
debía resucitar de entre los muertos.
10 Entonces los discípulos regresaron a sus casas.

Jesús se aparece a María Magdalena
Marcos 16:9–11
11 Pero María estaba afuera, junto al sepulcro, llorando.
Mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro
12 y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a
la cabecera y otro a los pies de donde había estado el
cuerpo de Jesús.
13 Ellos le preguntaron: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les
respondió: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde
lo han puesto».
14 Después de decir esto, se volvió hacia atrás y vio a
Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús.
15 Jesús le preguntó: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién
buscas?». Ella, pensando que era el jardinero, le dijo:
«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y
yo me lo llevaré».

María reconoce al Señor y es enviada a anunciarlo
16 Jesús le dijo: «¡María!». Ella se volvió y le dijo en
hebreo: «¡Rabuní!» —que significa Maestro—.
17 Jesús le dijo: «No te aferres a mí, porque todavía no he
subido al Padre. Pero ve a mis hermanos y diles: "Subo a
mi Padre y Padre de ustedes, a mi Dios y Dios de ustedes"».
18 María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: «He
visto al Señor», y que él le había dicho estas cosas.

Jesús se aparece a los discípulos
Mateo 28:16–20; Marcos 16:14–18; Lucas 24:36–49
19 Al atardecer de aquel día, el primero de la semana,
estaban cerradas las puertas del lugar donde se
encontraban los discípulos por miedo a los judíos. Jesús
vino, se puso en medio y les dijo: «Paz a ustedes».

20 Después de decir esto, les mostró las manos y el
costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor.

El envío, el Espíritu Santo y el anuncio del perdón
21 Jesús les dijo otra vez: «Paz a ustedes. Como el Padre
me ha enviado, también yo los envío a ustedes».
22 Después de decir esto, sopló y les dijo: «Reciban el
Espíritu Santo.
23 A quienes perdonen los pecados, les han sido
perdonados; a quienes se los retengan, les han sido
retenidos».

Tomás reconoce al Señor resucitado
24 Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no
estaba con ellos cuando vino Jesús.
25 Los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor».
Pero él les respondió: «Si no veo en sus manos la marca de
los clavos, y meto mi dedo en la marca de los clavos, y meto
mi mano en su costado, jamás creeré».
26 Ocho días después, sus discípulos estaban otra vez
dentro, y Tomás con ellos. Jesús vino, estando las puertas
cerradas, se puso en medio y dijo: «Paz a ustedes».
27 Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo aquí y mira mis
manos. Trae tu mano y métela en mi costado. No seas
incrédulo, sino creyente».

Señor mío y Dios mío
28 Tomás le respondió: «¡Señor mío y Dios mío!».
29 Jesús le dijo: «¿Has creído porque me has visto?
Dichosos los que no vieron y creyeron».

El propósito del libro
30 Jesús hizo también, en presencia de los discípulos,
muchas otras señales que no están escritas en este libro.
31 Pero estas han sido escritas para que crean que Jesús
es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan
vida en su nombre.

21

Jesús se aparece a siete de sus discípulos
1 Después de esto, Jesús se manifestó de nuevo a los
discípulos junto al mar de Tiberias. Se manifestó de esta
manera:
2 Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado Dídimo,
Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros
dos de sus discípulos.

3 Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Ellos le dijeron:
«También nosotros vamos contigo». Salieron y subieron a la
barca, pero aquella noche no pescaron nada.
4 Cuando ya amanecía, Jesús estaba de pie en la playa,
pero los discípulos no sabían que era Jesús.
5 Jesús les preguntó: «Muchachos, ¿tienen algo de
comer?». Le respondieron: «No».

La pesca abundante y el reconocimiento del Señor

6 Él les dijo: «Echen la red al lado derecho de la barca, y
encontrarán». La echaron y ya no podían arrastrarla por la
cantidad de peces.
7 Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a
Pedro: «¡Es el Señor!». Al oír que era el Señor, Simón Pedro
se ciñó la ropa, porque estaba desvestido, y se arrojó al mar.
8 Los otros discípulos vinieron en la barca, arrastrando la
red de peces, porque no estaban lejos de tierra, sino a unos
noventa metros.

Jesús recibe a los discípulos con una comida

9 Cuando bajaron a tierra, vieron unas brasas con un
pescado encima y pan.
10 Jesús les dijo: «Traigan de los pescados que acaban de
pescar».
11 Simón Pedro subió y arrastró hasta tierra la red, llena
de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran
tantos, la red no se rompió.
12 Jesús les dijo: «Vengan a desayunar». Ninguno de los
discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Tú quién eres?»,
porque sabían que era el Señor.
13 Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio; y lo mismo hizo
con el pescado.
14 Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a
los discípulos después de haber resucitado de entre los
muertos.

Jesús restaura a Pedro y le confía su rebaño

15 Después de desayunar, Jesús preguntó a Simón Pedro:
«Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él
respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo:
«Apacienta mis corderos».
16 Volvió a preguntarle por segunda vez: «Simón, hijo de
Juan, ¿me amas?». Él respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te
amo». Jesús le dijo: «Pastorea mis ovejas».
17 Le preguntó por tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me
amas?». Pedro se entristeció porque le había preguntado
por tercera vez: «¿Me amas?», y le respondió: «Señor, tú lo

sabes todo; tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta
mis ovejas.

La fidelidad de Pedro y su llamado al seguimiento

18 En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven,
te ceñías tú mismo y caminabas adonde querías. Pero
cuando envejezcas, extenderás las manos, y otro te ceñirá y
te llevará adonde no quieres».
19 Dijo esto para indicar con qué muerte iba a glorificar a
Dios. Después de decir esto, le dijo: «Sígueme».

El discípulo amado y el llamado a seguir a Jesús

20 Pedro se volvió y vio que los seguía el discípulo a quien
Jesús amaba, el mismo que durante la cena se había
inclinado sobre su pecho y había dicho: «Señor, ¿quién es el
que te entrega?».
21 Al verlo, Pedro preguntó a Jesús: «Señor, ¿y este qué?».
22 Jesús le respondió: «Si quiero que él permanezca hasta
que yo venga, ¿qué tiene eso que ver contigo? Tú sígueme».
23 Entonces se extendió entre los hermanos el dicho de
que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no
moriría, sino: «Si quiero que él permanezca hasta que yo
venga, ¿qué tiene eso que ver contigo?».

El testimonio verdadero sobre Jesús

24 Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y
que escribió estas cosas, y sabemos que su testimonio es
verdadero.
25 Jesús hizo también muchas otras cosas. Si se
escribieran una por una, creo que ni el mundo mismo
podría contener los libros que se escribirían.

Hechos

La promesa del Espíritu Santo

1 En mi primer relato, Teófilo, escribí acerca de todo lo
que Jesús comenzó a hacer y a enseñar
2 hasta el día en que fue llevado al cielo, después de dar
instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles
que había escogido.
3 A ellos se presentó vivo después de su sufrimiento, con
muchas pruebas convincentes; se les apareció durante
cuarenta días y les habló acerca del reino de Dios.
4 Mientras estaba reunido con ellos, les ordenó que no se
alejaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del
Padre: «La que oyeron de mí;
5 porque Juan bautizó con agua, pero ustedes serán
bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días».

La ascensión

6 Entonces, los que se habían reunido le preguntaban:
«Señor, ¿vas a restaurar el reino a Israel en este tiempo?».
7 Él les dijo: «No les corresponde conocer los tiempos o las
ocasiones que el Padre ha fijado con su propia autoridad;
8 pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga
sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda
Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra».
9 Después de decir esto, fue elevado mientras ellos
miraban, y una nube lo ocultó de su vista.
10 Mientras miraban fijamente al cielo cuando él se iba,
de pronto se presentaron junto a ellos dos hombres
vestidos de blanco,
11 que les dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por qué se
quedan mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido llevado de
entre ustedes al cielo, vendrá de la misma manera en que
lo vieron ir al cielo».

Elección del sucesor de Judas

12 Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte
llamado de los Olivos, que está cerca de Jerusalén, a un
kilómetro de distancia.
13 Cuando entraron, subieron a la habitación de la planta
alta donde se hospedaban: Pedro, Juan, Jacobo y Andrés;
Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Jacobo hijo de Alfeo,
Simón el Zelote y Judas hijo de Jacobo.

14 Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto
con las mujeres, María la madre de Jesús y los hermanos de
él.
15 En aquellos días, Pedro se puso de pie en medio de los
hermanos —había unas ciento veinte personas reunidas—
y dijo:
16 «Hermanos, tenía que cumplirse la Escritura que el
Espíritu Santo anunció de antemano por boca de David
acerca de Judas, que sirvió de guía a los que arrestaron a
Jesús;
17 porque era uno de nosotros y le había correspondido
una parte en este ministerio».
18 Este adquirió un terreno con la recompensa de su
maldad; cayó de cabeza, se reventó por la mitad y se
derramaron todas sus entrañas.
19 Esto llegó a ser conocido por todos los habitantes de
Jerusalén, de modo que aquel terreno se llamó en su propia
lengua Acéldama, es decir, Campo de Sangre.
20 «Porque está escrito en el libro de los Salmos:
"Que su morada quede desierta y que no haya quien viva
en ella";
y:
"Que otro tome su cargo".
21 Por tanto, es necesario que, de los hombres que nos
acompañaron durante todo el tiempo en que el Señor Jesús
vivió entre nosotros,
22 desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue
llevado de entre nosotros, uno llegue a ser, junto con
nosotros, testigo de su resurrección».
23 Así que presentaron a dos: José, llamado Barsabás, que
tenía por sobrenombre Justo, y Matías.
24 Y oraron diciendo: «Tú, Señor, que conoces los
corazones de todos, muestra a cuál de estos dos has
escogido
25 para ocupar el lugar en este ministerio y apostolado
del que Judas se apartó para irse a su propio lugar».
26 Entonces echaron suertes sobre ellos; la suerte cayó en
Matías, y fue contado con los once apóstoles.

2

La venida del Espíritu Santo

1 Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos
en el mismo lugar.
2 De repente vino del cielo un estruendo como de un
viento impetuoso, que llenó toda la casa donde estaban
sentados.

3 Se les aparecieron lenguas como de fuego que se
repartían, y una se posó sobre cada uno de ellos.
4 Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a
hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía
expresarse.
5 En Jerusalén vivían judíos, hombres piadosos de todas
las naciones bajo el cielo.
6 Al oírse aquel estruendo, la multitud se reunió y quedó
desconcertada, porque cada uno los oía hablar en su propia
lengua.
7 Estaban asombrados y maravillados, y decían: «Miren,
¿no son galileos todos estos que hablan?
8 ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia
lengua materna?
9 Partos, medos y elamitas; los que vivimos en
Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia,
10 Frigia, Panfilia, Egipto y las regiones de Libia cercanas
a Cirene; los visitantes de Roma,
11 tanto judíos como convertidos al judaísmo; cretenses y
árabes: los oímos hablar en nuestras lenguas de las
grandezas de Dios».
12 Todos estaban asombrados y perplejos, y se decían
unos a otros: «¿Qué significa esto?».
13 Pero otros se burlaban y decían: «Están llenos de vino
dulce».

Primer discurso de Pedro

14 Entonces Pedro se puso de pie con los once, alzó la voz
y les declaró: «Hombres judíos y todos los que viven en
Jerusalén, sepan esto y escuchen mis palabras.
15 Estos no están borrachos, como ustedes suponen, pues
son las nueve de la mañana.
16 Esto es lo que fue anunciado por medio del profeta Joel:
17 "En los últimos días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu
sobre toda carne.
Sus hijos y sus hijas profetizarán;
sus jóvenes verán visiones, y sus ancianos soñarán
sueños.
18 Aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré de
mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán.
19 Haré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la
tierra: sangre, fuego y vapor de humo.
20 El sol se convertirá en oscuridad y la luna en sangre,
antes de que llegue el día del Señor, grande y glorioso.
21 Y todo el que invoque el nombre del Señor será salvo".
22 Hombres de Israel, escuchen estas palabras: Jesús el
Nazareno fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes

con obras poderosas, prodigios y señales que Dios hizo por
medio de él entre ustedes, como ustedes mismos saben.
23 A este, entregado según el plan determinado y el
conocimiento anticipado de Dios, ustedes lo mataron
clavándolo en una cruz por manos de hombres sin ley.
24 Pero Dios lo resucitó, liberándolo de los dolores de la
muerte, porque era imposible que ella lo retuviera.
25 Pues David dice acerca de él:
"Veía al Señor siempre delante de mí, porque está a mi
derecha para que no sea sacudido.
26 Por eso se alegró mi corazón y se regocijó mi lengua;
también mi cuerpo descansará en esperanza,
27 porque no abandonarás mi alma en el Hades ni
permitirás que tu Santo vea corrupción.
28 Me has dado a conocer los caminos de la vida;
me llenarás de alegría con tu presencia".
29 Hermanos, puedo hablarles con franqueza del
patriarca David: murió y fue sepultado, y su tumba está
entre nosotros hasta el día de hoy.
30 Como era profeta y sabía que Dios le había jurado
sentar en su trono a uno de sus descendientes,
31 previó la resurrección de Cristo y habló de ella: no fue
abandonado en el Hades ni su cuerpo vio corrupción.
32 A este Jesús lo resucitó Dios, y de ello todos nosotros
somos testigos.
33 Exaltado, pues, a la derecha de Dios y habiendo
recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha
derramado esto que ustedes ven y oyen.
34 Porque David no subió a los cielos, pero él mismo dice:
"El Señor dijo a mi Señor: 'Siéntate a mi derecha
35 hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus
pies' ".
36 Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que a este
Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor
y Cristo».
37 Al oír esto, sintieron el corazón traspasado y dijeron a
Pedro y a los demás apóstoles: «Hermanos, ¿qué debemos
hacer?».
38 Pedro les respondió: «Arrepiéntanse y sea bautizado
cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para el
perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo.
39 Porque la promesa es para ustedes, para sus hijos y
para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor
nuestro Dios».

40 Con muchas otras palabras daba testimonio y los
exhortaba, diciendo: «Sálvense de esta generación
perversa».
41 Así que los que recibieron su palabra fueron
bautizados, y aquel día se añadieron unas tres mil personas.

La vida de los primeros cristianos
42 Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la
comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones.
43 El temor se apoderaba de todos, y por medio de los
apóstoles se realizaban muchos prodigios y señales.
44 Todos los que creían estaban juntos y tenían todas las
cosas en común.
45 Vendían sus propiedades y sus bienes, y los repartían
entre todos según la necesidad de cada uno.
46 Día tras día perseveraban unánimes en el templo,
partían el pan en las casas y compartían la comida con
alegría y sencillez de corazón,
47 alabando a Dios y gozando del favor de todo el pueblo.
Y el Señor añadía cada día a la comunidad a los que iban
siendo salvos.

3

Curación de un cojo
1 Pedro y Juan subían al templo a la hora de la oración, a
las tres de la tarde.
2 Llevaban a un hombre cojo de nacimiento, a quien
ponían cada día junto a la puerta del templo llamada
Hermosa, para pedir limosna a los que entraban en el
templo.
3 Al ver a Pedro y a Juan a punto de entrar en el templo,
les pedía limosna.
4 Pedro, junto con Juan, lo miró fijamente y le dijo:
«Míranos».
5 Él les prestó atención, esperando recibir algo de ellos.
6 Pero Pedro dijo: «No tengo plata ni oro; pero lo que
tengo, te lo doy: en el nombre de Jesucristo el Nazareno,
anda».
7 Lo tomó de la mano derecha y lo levantó. Al instante,
sus pies y tobillos cobraron fuerza;
8 de un salto se puso de pie y comenzó a caminar. Entró
con ellos en el templo, caminando, saltando y alabando a
Dios.
9 Todo el pueblo lo vio caminar y alabar a Dios.
10 Reconocieron que era el que se sentaba a pedir
limosna en la puerta Hermosa del templo, y se llenaron de
asombro y admiración por lo que le había sucedido.

Discurso de Pedro en el pórtico de Salomón

11 Mientras él se aferraba a Pedro y a Juan, todo el
pueblo, lleno de asombro, corrió hacia ellos al pórtico
llamado de Salomón.
12 Al verlo, Pedro se dirigió al pueblo: «Israelitas, ¿por qué
se asombran de esto? ¿Por qué nos miran fijamente, como
si por nuestro propio poder o devoción hubiéramos hecho
caminar a este hombre?
13 El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de
nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien
ustedes entregaron y rechazaron ante Pilato, cuando él
había decidido dejarlo en libertad.
14 Ustedes rechazaron al Santo y Justo, y pidieron que se
les concediera la libertad de un asesino.
15 Mataron al Autor de la vida, a quien Dios resucitó de
entre los muertos; de esto nosotros somos testigos.
16 Por la fe en su nombre, su nombre ha fortalecido a este
hombre que ustedes ven y conocen; y la fe que viene por
medio de él le ha dado esta completa salud ante todos
ustedes.
17 Ahora bien, hermanos, sé que actuaron por ignorancia,
al igual que sus gobernantes.
18 Pero así Dios cumplió lo que había anunciado de
antemano por boca de todos los profetas: que su Cristo
sufriría.
19 Por tanto, arrepiéntanse y vuélvanse a Dios, para que
sus pecados sean borrados,
20 a fin de que vengan tiempos de alivio de la presencia
del Señor, y él envíe a Jesús, el Cristo designado de
antemano para ustedes.
21 El cielo debe recibirlo hasta los tiempos de la
restauración de todas las cosas, de las que Dios habló desde
la antigüedad por boca de sus santos profetas.
22 Moisés dijo: “El Señor Dios les levantará de entre sus
hermanos un profeta como yo; escúchenlo en todo lo que
les diga.
23 Y toda persona que no escuche a ese profeta será
exterminada de entre el pueblo”.
24 También todos los profetas que hablaron, desde
Samuel y sus sucesores en adelante, anunciaron estos días.
25 Ustedes son los hijos de los profetas y del pacto que
Dios estableció con sus padres cuando dijo a Abraham: “En
tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la
tierra”.
26 Para ustedes primero, Dios levantó a su siervo y lo
envió para bendecirlos, apartando a cada uno de ustedes

de sus maldades».

4

Pedro y Juan ante el concilio

1 Mientras ellos hablaban al pueblo, se les acercaron los
sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos,
2 muy molestos porque enseñaban al pueblo y
anunciaban en Jesús la resurrección de entre los muertos.
3 Los arrestaron y los pusieron bajo custodia hasta el día
siguiente, pues ya era tarde.
4 Pero muchos de los que habían oído la palabra
creyeron, y el número de hombres llegó a unos cinco mil.
5 Al día siguiente se reunieron en Jerusalén sus
gobernantes, ancianos y escribas,
6 junto con el sumo sacerdote Anás, Caifás, Juan,
Alejandro y todos los que pertenecían a la familia de los
sumos sacerdotes.
7 Los hicieron ponerse en medio y les preguntaron:
«¿Con qué poder o en qué nombre hicieron ustedes esto?».
8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo:
«Gobernantes del pueblo y ancianos,
9 si hoy se nos interroga por el bien hecho a un hombre
enfermo y por cómo ha sido sanado,
10 sepan todos ustedes y todo el pueblo de Israel que es
en el nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien ustedes
crucificaron y a quien Dios resucitó de entre los muertos,
que este hombre está sano ante ustedes.
11 Él es la piedra despreciada por ustedes, los
constructores, que se ha convertido en la piedra angular.
12 En ningún otro hay salvación, porque no hay otro
nombre bajo el cielo dado a los hombres por el cual
debamos ser salvos».
13 Al ver la valentía de Pedro y Juan, y darse cuenta de
que eran hombres sin instrucción y gente común, se
asombraban. También reconocían que habían estado con
Jesús.
14 Pero, al ver de pie junto a ellos al hombre que había
sido sanado, no tenían nada que oponer.
15 Les ordenaron salir del Concilio y deliberaban entre sí,
16 diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? Es
evidente para todos los habitantes de Jerusalén que por
medio de ellos se ha realizado una señal notoria, y no
podemos negarlo.

17 Pero para que esto no se divulgue más entre el pueblo,
amenacémoslos para que no vuelvan a hablar a nadie en
este nombre».
18 Entonces los llamaron y les ordenaron que de ningún
modo hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús.
19 Pero Pedro y Juan les respondieron: «Juzguen ustedes
si es justo ante Dios obedecerlos a ustedes antes que a Dios,
20 porque nosotros no podemos dejar de hablar de lo que
hemos visto y oído».
21 Después de amenazarlos de nuevo, los dejaron ir. No
encontraban cómo castigarlos por causa del pueblo, pues
todos glorificaban a Dios por lo sucedido.
22 Porque el hombre en quien se había realizado esta
señal de sanidad tenía más de cuarenta años.

Los creyentes piden confianza y valor

23 Una vez en libertad, fueron a los suyos y les contaron
todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les
habían dicho.
24 Al oírlo, alzaron unánimes la voz a Dios y dijeron:
«Soberano Señor, tú hiciste el cielo, la tierra, el mar y todo
lo que hay en ellos.
25 Tú dijiste por el Espíritu Santo, por boca de nuestro
padre David, tu siervo:
"¿Por qué se enfurecieron las naciones y los pueblos
tramaron cosas vanas?
26 Los reyes de la tierra se alzaron, y los gobernantes se
reunieron contra el Señor y contra su Cristo".
27 Porque en verdad se reunieron en esta ciudad Herodes
y Poncio Pilato, junto con los gentiles y los pueblos de
Israel, contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste,
28 para hacer cuanto tu mano y tu plan habían
determinado de antemano que sucediera.
29 Y ahora, Señor, mira sus amenazas y concede a tus
siervos hablar tu palabra con toda valentía,
30 mientras extiendes tu mano para sanar y se realizan
señales y prodigios por medio del nombre de tu santo
siervo Jesús».
31 Cuando terminaron de orar, tembló el lugar donde
estaban reunidos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y
hablaban la palabra de Dios con valentía.

Todas las cosas en común

32 La multitud de los que habían creído tenía un solo
corazón y una sola alma. Nadie decía que fuera suyo propio
nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en
común.

33 Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la
resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia estaba
sobre todos ellos.
34 No había ningún necesitado entre ellos, pues todos los
que poseían terrenos o casas los vendían, llevaban el
importe de lo vendido
35 y lo ponían a los pies de los apóstoles. Se repartía a
cada uno según su necesidad.
36 José, a quien los apóstoles llamaron Bernabé, que
significa «hijo de consolación», era levita y natural de
Chipre.
37 Tenía un campo, lo vendió, llevó el dinero y lo puso a
los pies de los apóstoles.

5

Ananías y Safira

1 Un hombre llamado Ananías, junto con Safira su
esposa, vendió una propiedad
2 y se quedó con parte del precio, con conocimiento de su
esposa. Llevó una parte y la puso a los pies de los apóstoles.
3 Entonces Pedro dijo: «Ananías, ¿por qué ha llenado
Satanás tu corazón para que mientas al Espíritu Santo y te
quedes con parte del precio del terreno?
4 Mientras lo conservabas, ¿no seguía siendo tuyo? Y una
vez vendido, ¿no podías disponer de su precio? ¿Por qué
concebiste en tu corazón este propósito? No has mentido a
los hombres, sino a Dios».
5 Al oír estas palabras, Ananías cayó y murió. Un gran
temor se apoderó de todos los que lo oyeron.
6 Los jóvenes se levantaron, envolvieron su cuerpo, lo
sacaron y lo sepultaron.
7 Unas tres horas después entró su esposa, sin saber lo
que había sucedido.
8 Pedro le preguntó: «Dime, ¿vendieron el terreno por esta
cantidad?». Ella dijo: «Sí, por esa cantidad».
9 Entonces Pedro le dijo: «¿Por qué se pusieron de
acuerdo para poner a prueba al Espíritu del Señor? Mira, a
la puerta están los pies de los que sepultaron a tu esposo, y
también te sacarán a ti».
10 Al instante, ella cayó a sus pies y murió. Cuando
entraron los jóvenes, la encontraron muerta; la sacaron y la
sepultaron junto a su esposo.
11 Un gran temor se apoderó de toda la iglesia y de todos
los que oían estas cosas.

Muchas señales y maravillas

12 Por medio de las manos de los apóstoles se realizaban
muchas señales y prodigios entre el pueblo. Todos estaban
unidos en el pórtico de Salomón.
13 Ninguno de los demás se atrevía a unirse a ellos,
aunque el pueblo los tenía en gran estima.
14 Y cada vez se añadían más creyentes en el Señor,
multitudes de hombres y de mujeres,
15 hasta el punto de que sacaban a los enfermos a las
calles y los colocaban en camas y camillas, para que, al
pasar Pedro, al menos su sombra cubriera a alguno de ellos.
16 También acudía la multitud de las ciudades cercanas a
Jerusalén, llevando enfermos y personas atormentadas por
espíritus impuros, y todos eran sanados.

Los apóstoles son perseguidos
17 Entonces el sumo sacerdote y todos los que estaban con
él, pertenecientes al grupo de los saduceos, se levantaron
llenos de celos,
18 arrestaron a los apóstoles y los pusieron en la cárcel
pública.
19 Pero durante la noche, un ángel del Señor abrió las
puertas de la cárcel, los sacó y les dijo:
20 «Vayan, preséntense en el templo y anuncien al pueblo
todas las palabras de esta vida».
21 Al oír esto, entraron al amanecer en el templo y
comenzaron a enseñar. Cuando llegaron el sumo sacerdote
y los que estaban con él, convocaron al Concilio y a toda la
asamblea de ancianos de los hijos de Israel, y enviaron a la
prisión para que los trajeran.
22 Pero los guardias que fueron no los encontraron en la
cárcel. Regresaron e informaron:
23 «Encontramos la prisión cerrada con toda seguridad y a
los guardianes de pie junto a las puertas; pero, cuando
abrimos, no encontramos a nadie dentro».
24 Al oír estas palabras, el jefe de la guardia del templo y
los principales sacerdotes quedaron perplejos acerca de
ellos y se preguntaban en qué terminaría aquello.
25 Entonces llegó alguien y les informó: «¡Miren! Los
hombres que metieron en la cárcel están en el templo,
enseñando al pueblo».
26 El jefe fue con los guardias y los trajo, sin violencia,
porque temían que el pueblo los apedreara.
27 Después de traerlos, los presentaron ante el Concilio, y
el sumo sacerdote los interrogó:
28 «Les ordenamos estrictamente que no enseñaran en ese
nombre, y miren: han llenado Jerusalén de su enseñanza y

quieren hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese
hombre».
29 Pedro y los apóstoles respondieron: «Es necesario
obedecer a Dios antes que a los hombres.
30 El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien
ustedes mataron colgándolo de un madero.
31 Dios lo exaltó a su derecha como Príncipe y Salvador,
para conceder a Israel arrepentimiento y perdón de
pecados.
32 Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el
Espíritu Santo, que Dios ha dado a quienes le obedecen».
33 Al oír esto, se enfurecían y querían matarlos.

La intervención de Gamaliel
34 Pero un fariseo llamado Gamaliel, maestro de la ley
respetado por todo el pueblo, se levantó en el Concilio y
ordenó que hicieran salir a los hombres por un momento.
35 Entonces les dijo: «Israelitas, tengan cuidado con lo que
van a hacer a estos hombres.
36 Porque hace algún tiempo se levantó Teudas, que
afirmaba ser alguien, y se le unieron unos cuatrocientos
hombres. Lo mataron, y todos los que lo seguían se
dispersaron y quedaron reducidos a nada.
37 Después de él se levantó Judas el Galileo en los días del
censo y arrastró al pueblo tras él. También él pereció, y
todos los que lo seguían fueron dispersados.
38 Ahora les digo: apártense de estos hombres y déjenlos;
porque, si este propósito o esta obra procede de los
hombres, será destruida;
39 pero, si procede de Dios, no podrán destruirlos. No sea
que se encuentren luchando contra Dios». Ellos se dejaron
convencer por él.
40 Llamaron a los apóstoles y, después de azotarlos, les
ordenaron que no hablaran en el nombre de Jesús y los
dejaron en libertad.
41 Ellos salieron de la presencia del Concilio, gozosos de
haber sido considerados dignos de sufrir deshonra por el
Nombre.
42 Y cada día, en el templo y por las casas, no dejaban de
enseñar y anunciar la buena noticia de que Jesús es el
Cristo.

6

Elección de siete servidores
1 En aquellos días, al multiplicarse los discípulos, surgió
una queja de los judíos de habla griega contra los de habla

hebrea, porque sus viudas eran desatendidas en la
distribución diaria.
2 Los Doce convocaron a la multitud de los discípulos y
dijeron: «No es apropiado que nosotros abandonemos la
palabra de Dios para servir a las mesas.
3 Así que, hermanos, escojan de entre ustedes a siete
hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de
sabiduría, a quienes encargaremos esta tarea.
4 Nosotros perseveraremos en la oración y en el
ministerio de la palabra».
5 La propuesta agradó a toda la multitud. Escogieron a
Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a
Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas y a Nicolás, un
convertido al judaísmo de Antioquía.
6 Los presentaron ante los apóstoles, quienes oraron y les
impusieron las manos.
7 La palabra de Dios seguía creciendo, y el número de los
discípulos se multiplicaba mucho en Jerusalén. También un
gran número de sacerdotes obedecía a la fe.

Arresto de Esteban
8 Esteban, lleno de gracia y de poder, realizaba grandes
prodigios y señales entre el pueblo.
9 Pero se levantaron algunos de la sinagoga llamada de
los Libertos, de los de Cirene y Alejandría y de los de Cilicia
y Asia, y discutían con Esteban.
10 Sin embargo, no podían resistir la sabiduría y el Espíritu
con que hablaba.
11 Entonces instigaron en secreto a unos hombres para
que dijeran: «Lo hemos oído pronunciar palabras
blasfemas contra Moisés y contra Dios».
12 Agitaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas; se
abalanzaron sobre él, lo arrestaron y lo llevaron ante el
Concilio.
13 Presentaron testigos falsos que decían: «Este hombre
no deja de hablar contra el lugar santo y contra la ley;
14 porque lo hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno
destruirá este lugar y cambiará las costumbres que Moisés
nos transmitió».
15 Todos los que estaban sentados en el Concilio fijaron la
mirada en él y vieron su rostro como el rostro de un ángel.

7

Defensa y muerte de Esteban
1 El sumo sacerdote preguntó: «¿Es esto así?».

2 Él respondió: «Hermanos y padres, escuchen: el Dios de
la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando
estaba en Mesopotamia, antes de que viviera en Harán,
3 y le dijo: “Sal de tu tierra y de tu familia, y ven a la
tierra que yo te mostraré”.
4 Entonces salió de la tierra de los caldeos y se estableció
en Harán. Desde allí, después de morir su padre, Dios lo
trasladó a esta tierra donde ustedes viven ahora.
5 No le dio ninguna herencia en ella, ni siquiera un metro
cuadrado, pero prometió dársela en posesión a él y a su
descendencia después de él, cuando aún no tenía ningún
hijo.
6 Dios habló así: su descendencia viviría como extranjera
en tierra ajena, y la esclavizarían y maltratarían durante
cuatrocientos años.
7 “Pero yo juzgaré a la nación a la que sirvan como
esclavos —dijo Dios—; después saldrán y me rendirán culto
en este lugar”.
8 Y le dio el pacto de la circuncisión. Así Abraham
engendró a Isaac y lo circuncidó al octavo día; Isaac
engendró a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas.

José y la preservación de su familia

9 Los patriarcas, por envidia de José, lo vendieron para
que fuera llevado a Egipto. Pero Dios estaba con él
10 y lo libró de todas sus aflicciones. Le concedió favor y
sabiduría ante el faraón, rey de Egipto, quien lo nombró
gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa.
11 Llegó entonces una hambruna a todo Egipto y Canaán,
y hubo gran aflicción; nuestros padres no encontraban
alimentos.
12 Al oír Jacob que había grano en Egipto, envió a
nuestros padres por primera vez.
13 En la segunda ocasión, José se dio a conocer a sus
hermanos, y el faraón supo de la familia de José.
14 José mandó llamar a Jacob, su padre, y a toda su
familia: setenta y cinco personas.
15 Jacob bajó a Egipto, y allí murieron él y nuestros
padres.
16 Fueron trasladados a Siquem y colocados en el
sepulcro que Abraham había comprado por una suma de
dinero a los hijos de Hamor en Siquem.

Moisés y la liberación de Israel

17 A medida que se acercaba el tiempo de la promesa que
Dios había hecho a Abraham, el pueblo crecía y se
multiplicaba en Egipto,

18 hasta que surgió otro rey sobre Egipto, que no conocía
a José.
19 Este actuó con astucia contra nuestro pueblo y
maltrató a nuestros padres, obligándolos a abandonar a sus
recién nacidos para que no sobrevivieran.
20 En aquel tiempo nació Moisés, que era hermoso a los
ojos de Dios. Fue criado durante tres meses en la casa de su
padre.
21 Cuando fue abandonado, la hija del faraón lo recogió y
lo crio como hijo suyo.
22 Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los
egipcios y era poderoso en sus palabras y obras.
23 Cuando cumplió cuarenta años, le vino al corazón
visitar a sus hermanos, los hijos de Israel.
24 Al ver que uno de ellos era maltratado, lo defendió y
vengó al oprimido, matando al egipcio.
25 Pensaba que sus hermanos comprenderían que Dios
les daba liberación por medio de él, pero ellos no lo
comprendieron.
26 Al día siguiente se presentó ante unos que peleaban e
intentó reconciliarlos, diciendo: “Hombres, ustedes son
hermanos; ¿por qué se maltratan el uno al otro?”.
27 Pero el que maltrataba a su prójimo lo rechazó,
diciendo: “¿Quién te nombró gobernante y juez sobre
nosotros?
28 ¿Acaso quieres matarme como mataste ayer al
egipcio?”.
29 Al oír estas palabras, Moisés huyó y vivió como
extranjero en la tierra de Madián, donde engendró dos
hijos.

Dios llama a Moisés en el desierto
30 Al cumplirse cuarenta años, un ángel se le apareció en
el desierto del monte Sinaí, en la llama de fuego de una
zarza.
31 Moisés se asombró al ver aquella visión. Mientras se
acercaba para observarla, se oyó la voz del Señor:
32 “Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, de
Isaac y de Jacob”. Moisés se puso a temblar y no se atrevía
a mirar.
33 El Señor le dijo: “Quítate el calzado de los pies, porque
el lugar donde estás es tierra santa.
34 Ciertamente he visto la opresión de mi pueblo en
Egipto y he oído su gemido; he descendido para librarlos.
Ahora ven: te enviaré a Egipto”.
35 A este Moisés, a quien habían rechazado diciendo:
“¿Quién te nombró gobernante y juez?”, a este mismo Dios

lo envió como gobernante y libertador, con la ayuda del
ángel que se le apareció en la zarza.
36 Él los sacó, realizando prodigios y señales en la tierra
de Egipto, en el mar Rojo y en el desierto durante cuarenta
años.
37 Este es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: "Dios les
levantará de entre sus hermanos un profeta como yo".
38 Este es quien estuvo en la asamblea del desierto, con el
ángel que le hablaba en el monte Sinaí y con nuestros
padres; él recibió palabras vivas para dárnoslas.
39 Nuestros padres no quisieron obedecerlo, sino que lo
rechazaron y en sus corazones se volvieron a Egipto,
40 diciendo a Aarón: "Haznos dioses que vayan delante de
nosotros, porque no sabemos qué le ha sucedido a ese
Moisés que nos sacó de la tierra de Egipto".
41 En aquellos días hicieron un becerro, ofrecieron un
sacrificio al ídolo y se alegraron por las obras de sus
propias manos.
42 Pero Dios se apartó y los entregó a rendir culto al
ejército del cielo, como está escrito en el libro de los
profetas:
"¿Acaso me ofrecieron víctimas y sacrificios durante
cuarenta años en el desierto, casa de Israel?
43 Llevaron la tienda de Moloc y la estrella del dios Raifán,
las imágenes que hicieron para adorarlas.
Por eso los desterraré más allá de Babilonia".

La tienda y el templo

44 Nuestros padres tenían la tienda del testimonio en el
desierto, tal como había ordenado el que habló a Moisés,
que la hiciera según el modelo que había visto.
45 Nuestros padres la recibieron y la llevaron con Josué al
tomar posesión de las tierras de las naciones que Dios
expulsó de delante de nuestros padres. Así fue hasta los
días de David,
46 quien halló favor ante Dios y pidió encontrar una
morada para el Dios de Jacob.
47 Pero fue Salomón quien le edificó una casa.
48 Sin embargo, el Altísimo no habita en lugares hechos
por manos humanas, como dice el profeta:
49 "El cielo es mi trono y la tierra es el estrado de mis pies.
¿Qué casa me construirán?
—dice el Señor—.
¿O cuál será el lugar de mi descanso?
50 ¿No hizo mi mano todas estas cosas?".

51 ¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos!
Ustedes siempre se oponen al Espíritu Santo; como sus
padres, así también ustedes.
52 ¿A cuál de los profetas no persiguieron sus padres?
Mataron a los que anunciaron de antemano la venida del
Justo, de quien ahora ustedes se han hecho traidores y
asesinos;
53 ustedes, que recibieron la ley por disposición de
ángeles y no la guardaron».

El testimonio final de Esteban

54 Al oír estas cosas, se enfurecían en sus corazones y
rechinaban los dientes contra él.
55 Pero él, lleno del Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo
y vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha de Dios.
56 Y dijo: «¡Miren! Veo los cielos abiertos y al Hijo del
Hombre de pie a la derecha de Dios».
57 Entonces gritaron con fuerza, se taparon los oídos y se
lanzaron todos juntos contra él.
58 Lo echaron fuera de la ciudad y comenzaron a
apedrearlo. Los testigos pusieron sus mantos a los pies de
un joven llamado Saulo.
59 Mientras apedreaban a Esteban, él invocaba al Señor y
decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu».
60 Se puso de rodillas y clamó con fuerte voz: «Señor, no
les tomes en cuenta este pecado». Y, después de decir esto,
se durmió.

8

Saulo persigue a la iglesia

1 Saulo aprobaba su muerte. Aquel día se desató una
gran persecución contra la iglesia de Jerusalén, y todos,
excepto los apóstoles, fueron dispersados por las regiones
de Judea y Samaria.
2 Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron
gran lamentación por él.
3 Pero Saulo devastaba la iglesia: entraba casa por casa,
sacaba a rastras a hombres y mujeres y los entregaba a la
cárcel.

Predicación del evangelio en Samaria

4 Los que habían sido dispersados iban de un lugar a otro
anunciando la buena noticia de la palabra.
5 Felipe bajó a la ciudad de Samaria y les proclamaba al
Cristo.
6 Las multitudes prestaban atención unánimemente a lo
que Felipe decía, al oírlo y ver las señales que hacía.

7 Porque de muchos que tenían espíritus impuros salían
estos dando fuertes gritos, y muchos paralíticos y cojos
fueron sanados.
8 Y hubo gran alegría en aquella ciudad.

Simón ante el evangelio y el don de Dios

9 Había en la ciudad un hombre llamado Simón, que
practicaba la magia y asombraba al pueblo de Samaria,
afirmando ser alguien grande.
10 Todos, desde el pequeño hasta el grande, le prestaban
atención y decían: «Este es el poder de Dios llamado
Grande».
11 Le prestaban atención porque durante mucho tiempo
los había asombrado con sus artes mágicas.
12 Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba la
buena noticia acerca del reino de Dios y del nombre de
Jesucristo, se bautizaban tanto hombres como mujeres.
13 El mismo Simón también creyó y, después de ser
bautizado, permanecía junto a Felipe. Al ver las señales y
los grandes milagros que se realizaban, quedaba
asombrado.

Pedro y Juan visitan Samaria

14 Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron
que Samaria había recibido la palabra de Dios, les enviaron
a Pedro y a Juan.
15 Estos bajaron y oraron por ellos para que recibieran el
Espíritu Santo,
16 porque todavía no había descendido sobre ninguno de
ellos; solamente habían sido bautizados en el nombre del
Señor Jesús.
17 Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu
Santo.
18 Al ver Simón que el Espíritu se daba mediante la
imposición de las manos de los apóstoles, les ofreció dinero
19 y dijo: «Denme también a mí esta autoridad, para que
reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo imponga las
manos».
20 Pero Pedro le dijo: «¡Que tu dinero perezca contigo,
porque pensaste que el don de Dios se podía adquirir con
dinero!
21 No tienes parte ni participación en este asunto, porque
tu corazón no es recto ante Dios.
22 Arrepiéntete, pues, de esta maldad tuya y ruega al
Señor, por si te es perdonada la intención de tu corazón;
23 porque veo que estás en hiel de amargura y
encadenado por la injusticia».

24 Simón respondió: «Rueguen ustedes al Señor por mí,
para que no me suceda nada de lo que han dicho».
25 Después de dar testimonio y hablar la palabra del
Señor, regresaban a Jerusalén y anunciaban la buena
noticia en muchas aldeas de los samaritanos.

Felipe y el etíope

26 Un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo: «Levántate y
ve hacia el sur, al camino que baja de Jerusalén a Gaza».
Este es un camino desierto.
27 Él se levantó y fue. Había un hombre etíope, eunuco y
alto funcionario de Candace, reina de los etíopes,
encargado de todo su tesoro. Había venido a Jerusalén para
adorar
28 y regresaba sentado en su carro, leyendo al profeta
Isaías.
29 El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y ve junto a ese
carro».
30 Felipe se acercó corriendo y lo oyó leer al profeta
Isaías. Le preguntó: «¿Entiendes lo que lees?».
31 Él respondió: «¿Cómo podría, si nadie me guía?». E
invitó a Felipe a subir y sentarse con él.
32 El pasaje de la Escritura que leía era este:
«Como oveja fue llevado al matadero;
y como cordero mudo ante quien lo trasquila, así no
abre su boca.
33 En su humillación se le negó la justicia.
¿Quién contará su descendencia?
Porque su vida es quitada de la tierra».
34 El eunuco preguntó a Felipe: «Te ruego que me digas:
¿de quién dice esto el profeta? ¿De sí mismo o de algún
otro?».
35 Felipe tomó la palabra y, comenzando por esta
Escritura, le anunció la buena noticia de Jesús.
36 Mientras avanzaban por el camino, llegaron a un lugar
donde había agua. El eunuco dijo: «¡Mira, agua! ¿Qué
impide que yo sea bautizado?».
37 [Felipe dijo: «Si crees con todo tu corazón, puedes». Él
respondió: «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios».]
38 Y mandó detener el carro. Ambos bajaron al agua,
Felipe y el eunuco, y lo bautizó.
39 Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor
arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, pues siguió
su camino lleno de alegría.
40 Felipe se encontró en Azoto y, mientras recorría la
región, anunciaba la buena noticia en todas las ciudades,
hasta llegar a Cesarea.

9

Conversión de Saulo
Relatos relacionados: Hechos 22:6–16; Hechos 26:12–18.

1 Saulo, que todavía respiraba amenazas y muerte contra
los discípulos del Señor, fue al sumo sacerdote
2 y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de
llevar atados a Jerusalén a cuantos encontrara que
pertenecieran al Camino, tanto hombres como mujeres.
3 Mientras viajaba, al acercarse a Damasco, de pronto lo
rodeó una luz del cielo.
4 Cayó a tierra y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo,
¿por qué me persigues?».
5 Él preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Y la voz respondió:
«Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
6 Pero levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que
debes hacer».
7 Los hombres que viajaban con él se quedaron de pie, sin
poder hablar; oían la voz, pero no veían a nadie.
8 Saulo se levantó del suelo y, aunque tenía los ojos
abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano y lo
introdujeron en Damasco.
9 Estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.

Ananías recibe un encargo para Saulo

10 En Damasco había un discípulo llamado Ananías. El
Señor le dijo en una visión: «Ananías». Él respondió: «Aquí
estoy, Señor».
11 El Señor le dijo: «Levántate, ve a la calle llamada
Derecha y busca en casa de Judas a un hombre de Tarso
llamado Saulo, porque está orando
12 y ha visto en una visión a un hombre llamado Ananías
que entra y le impone las manos para que recobre la vista».
13 Ananías respondió: «Señor, he oído a muchos hablar
de este hombre y de todo el mal que ha hecho a tus santos
en Jerusalén.
14 Y aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes
para arrestar a todos los que invocan tu nombre».
15 Pero el Señor le dijo: «Ve, porque este es mi
instrumento escogido para llevar mi nombre ante los
gentiles, los reyes y los hijos de Israel.
16 Yo le mostraré cuánto debe sufrir por mi nombre».
17 Ananías fue y entró en la casa. Le impuso las manos y
dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en
el camino por donde venías, me ha enviado para que
recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo».

18 Al instante cayó de sus ojos algo como escamas y
recobró la vista. Se levantó y fue bautizado;
19 después comió y recuperó las fuerzas. Permaneció
algunos días con los discípulos que estaban en Damasco,

Saulo predica en Damasco
20 y enseguida proclamaba en las sinagogas que Jesús es
el Hijo de Dios.
21 Todos los que lo oían quedaban asombrados y decían:
«¿No es este el que perseguía con violencia en Jerusalén a
los que invocan este nombre? ¿No había venido aquí
precisamente para llevarlos atados ante los principales
sacerdotes?».
22 Pero Saulo se fortalecía cada vez más y confundía a los
judíos que vivían en Damasco, demostrando que Jesús es el
Cristo.

Una conspiración contra Saulo en Damasco
23 Después de muchos días, los judíos se pusieron de
acuerdo para matarlo;
24 pero Saulo se enteró de su conspiración. Vigilaban las
puertas día y noche para matarlo;
25 sin embargo, sus discípulos lo tomaron de noche y lo
bajaron por la muralla, descolgándolo en una canasta.

Saulo en Jerusalén
26 Cuando llegó a Jerusalén, intentaba unirse a los
discípulos, pero todos le tenían miedo, porque no creían que
fuera discípulo.
27 Entonces Bernabé lo tomó consigo y lo llevó ante los
apóstoles. Les contó cómo había visto al Señor en el camino,
cómo él le había hablado y cómo en Damasco había hablado
con valentía en el nombre de Jesús.
28 Así andaba con ellos por Jerusalén, entrando y
saliendo, y hablaba con valentía en el nombre del Señor.
29 Conversaba y discutía con los judíos de habla griega,
pero ellos intentaban matarlo.
30 Al enterarse los hermanos, lo llevaron a Cesarea y lo
enviaron a Tarso.
31 Así, la iglesia tenía paz por toda Judea, Galilea y
Samaria; era edificada, vivía en el temor del Señor y crecía
con el consuelo del Espíritu Santo.

Curación de Eneas
32 Mientras Pedro recorría todos aquellos lugares, bajó
también a visitar a los santos que vivían en Lida.
33 Allí encontró a un hombre llamado Eneas, que llevaba
ocho años postrado en una camilla, porque era paralítico.

34 Pedro le dijo: «Eneas, Jesucristo te sana. Levántate y
arregla tu cama». Y al instante se levantó.
35 Todos los que vivían en Lida y Sarón lo vieron y se
volvieron al Señor.

Dorcas es resucitada
36 En Jope había una discípula llamada Tabita, que
traducido es Dorcas. Abundaba en buenas obras y en las
limosnas que daba.
37 En aquellos días enfermó y murió. Después de lavar su
cuerpo, lo colocaron en una habitación de la planta alta.
38 Como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, al oír
que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres para
rogarle: «No tardes en venir a nosotros».
39 Pedro se levantó y fue con ellos. Al llegar, lo llevaron a
la habitación de la planta alta. Todas las viudas se
acercaron a él llorando y mostrándole las túnicas y los
mantos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas.
40 Pedro hizo salir a todos, se arrodilló y oró. Luego se
volvió hacia el cuerpo y dijo: «Tabita, levántate». Ella abrió
los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó.
41 Él le dio la mano y la levantó. Después llamó a los
santos y a las viudas, y la presentó viva.
42 Esto se supo en toda Jope, y muchos creyeron en el
Señor.
43 Pedro se quedó bastantes días en Jope, en casa de un
hombre llamado Simón, curtidor.

10

Pedro y Cornelio
1 En Cesarea había un hombre llamado Cornelio,
centurión de la compañía llamada Italiana.
2 Era piadoso y temía a Dios con toda su casa; daba
muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios continuamente.
3 Una tarde, como a las tres, vio claramente en una visión
a un ángel de Dios que entraba donde él estaba y le decía:
«Cornelio».
4 Él lo miró fijamente y, lleno de temor, preguntó: «¿Qué
sucede, señor?». El ángel le dijo: «Tus oraciones y tus
limosnas han subido ante Dios para ser recordadas.
5 Ahora envía hombres a Jope y manda llamar a un
hombre llamado Simón, que tiene por sobrenombre Pedro.
6 Se hospeda en casa de otro Simón, curtidor, cuya casa
está junto al mar».
7 Cuando se fue el ángel que le hablaba, llamó a dos de
sus criados y a un soldado piadoso de los que lo atendían.

8 Les contó todo y los envió a Jope.

La visión de Pedro en Jope

9 Al día siguiente, mientras ellos viajaban y se acercaban
a la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar, cerca del
mediodía.
10 Sintió hambre y quiso comer; pero, mientras
preparaban la comida, le sobrevino un éxtasis.
11 Vio el cielo abierto y algo semejante a un gran lienzo
que descendía a la tierra, sostenido por sus cuatro puntas.
12 En él había toda clase de cuadrúpedos, reptiles de la
tierra y aves del cielo.
13 Y una voz le dijo: «Levántate, Pedro; mata y come».
14 Pero Pedro respondió: «De ningún modo, Señor;
porque jamás he comido nada profano e impuro».
15 La voz le habló de nuevo por segunda vez: «Lo que
Dios ha limpiado, no lo consideres tú profano».
16 Esto sucedió tres veces, y enseguida el lienzo fue
llevado al cielo.
17 Mientras Pedro se preguntaba, perplejo, qué
significaría la visión que había visto, los hombres enviados
por Cornelio, después de preguntar por la casa de Simón,
llegaron a la puerta.
18 Llamaron y preguntaron si allí se hospedaba Simón,
llamado Pedro.
19 Mientras Pedro reflexionaba sobre la visión, el Espíritu
le dijo: «Mira, unos hombres te buscan.
20 Levántate, baja y ve con ellos sin dudar, porque yo los
he enviado».
21 Pedro bajó adonde estaban los hombres y dijo: «Aquí
estoy; yo soy el que buscan. ¿Por qué han venido?».
22 Ellos respondieron: «El centurión Cornelio, hombre
justo y temeroso de Dios, de quien da buen testimonio toda
la nación judía, recibió instrucciones de un ángel santo
para mandarte llamar a su casa y escuchar tus palabras».
23 Entonces los invitó a entrar y los hospedó. Al día
siguiente se levantó y salió con ellos; algunos de los
hermanos de Jope lo acompañaron.

Pedro llega a la casa de Cornelio

24 Al otro día entró en Cesarea. Cornelio los esperaba y
había reunido a sus parientes y amigos íntimos.
25 Cuando Pedro iba a entrar, Cornelio salió a recibirlo,
cayó a sus pies y se postró ante él.
26 Pero Pedro lo levantó y le dijo: «Levántate; yo también
soy un hombre».

27 Mientras conversaba con él, entró y encontró a muchos
reunidos.
28 Les dijo: «Ustedes saben que a un judío no le está
permitido relacionarse con un extranjero o visitarlo; pero
Dios me ha mostrado que no debo llamar profano o impuro
a ningún ser humano.
29 Por eso, cuando me mandaron llamar, vine sin poner
objeciones. Les pregunto, pues: ¿por qué me mandaron
llamar?».
30 Cornelio respondió: «Hace cuatro días, a esta misma
hora, las tres de la tarde, estaba orando en mi casa, y de
pronto un hombre con ropa resplandeciente se presentó
ante mí
31 y dijo: "Cornelio, tu oración ha sido escuchada y tus
limosnas han sido recordadas ante Dios.
32 Envía, pues, a Jope y manda llamar a Simón, llamado
Pedro. Se hospeda en casa de Simón, curtidor, junto al mar".
33 Así que de inmediato envié por ti, y has hecho bien en
venir. Ahora todos estamos aquí ante Dios para escuchar
todo lo que el Señor te ha ordenado».

Pedro anuncia a Jesucristo a los gentiles

34 Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: «En verdad
comprendo que Dios no hace acepción de personas,
35 sino que, en toda nación, le es grato quien lo teme y
practica la justicia.
36 Él envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando la
buena noticia de la paz por medio de Jesucristo, que es
Señor de todos.
37 Ustedes saben lo que sucedió por toda Judea,
comenzando en Galilea después del bautismo que
proclamó Juan:
38 cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo
y con poder. Él pasó haciendo el bien y sanando a todos los
oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.
39 Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra
de los judíos y en Jerusalén. A él lo mataron colgándolo de
un madero,
40 pero Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se
manifestara,
41 no a todo el pueblo, sino a los testigos escogidos de
antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos
con él después de que resucitó de entre los muertos.
42 Nos ordenó proclamar al pueblo y dar solemne
testimonio de que él es el designado por Dios como Juez de
vivos y muertos.

43 De él dan testimonio todos los profetas: todo el que cree
en él recibe, por medio de su nombre, perdón de pecados».

El don del Espíritu Santo para los gentiles
44 Mientras Pedro todavía decía estas palabras, el Espíritu
Santo descendió sobre todos los que escuchaban el
mensaje.
45 Los creyentes de la circuncisión que habían venido con
Pedro quedaron asombrados de que también sobre los
gentiles se hubiera derramado el don del Espíritu Santo,
46 pues los oían hablar en lenguas y engrandecer a Dios.
Entonces Pedro dijo:
47 «¿Puede alguien negar el agua para que sean
bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo igual
que nosotros?».
48 Y ordenó que fueran bautizados en el nombre de
Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedara algunos
días.

11

Informe de Pedro a la iglesia de Jerusalén
1 Los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea
oyeron que también los gentiles habían recibido la palabra
de Dios.
2 Cuando Pedro subió a Jerusalén, los de la circuncisión
discutían con él
3 y decían: «Entraste en casa de hombres incircuncisos y
comiste con ellos».
4 Pedro comenzó a explicarles lo sucedido por orden:
5 «Yo estaba orando en la ciudad de Jope y, en un éxtasis,
vi una visión: algo semejante a un gran lienzo descendía
del cielo, sostenido por sus cuatro puntas, y llegó hasta mí.
6 Lo miré fijamente y, al observarlo, vi cuadrúpedos de la
tierra, fieras, reptiles y aves del cielo.
7 También oí una voz que me decía: "Levántate, Pedro;
mata y come".
8 Pero respondí: "De ningún modo, Señor; porque nunca
ha entrado en mi boca nada profano o impuro".
9 La voz respondió desde el cielo por segunda vez: "Lo
que Dios ha limpiado, no lo consideres tú profano".
10 Esto sucedió tres veces, y todo fue llevado de nuevo al
cielo.
11 En ese mismo instante llegaron a la casa donde
estábamos tres hombres enviados a mí desde Cesarea.
12 El Espíritu me dijo que fuera con ellos sin hacer
distinciones. Estos seis hermanos también me
acompañaron, y entramos en la casa de aquel hombre.

13 Él nos contó cómo había visto al ángel de pie en su casa,
que le dijo: “Envía a Jope y manda llamar a Simón, llamado
Pedro.
14 Él te hablará palabras por las cuales serán salvos tú y
toda tu casa”.
15 Cuando comencé a hablar, el Espíritu Santo descendió
sobre ellos, igual que sobre nosotros al principio.
16 Entonces recordé la palabra del Señor, que decía: “Juan
bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el
Espíritu Santo”.
17 Así que, si Dios les dio el mismo don que a nosotros
cuando creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para
poder estorbar a Dios?».
18 Al oír esto, se calmaron y glorificaron a Dios, diciendo:
«¡Así que también a los gentiles Dios ha concedido el
arrepentimiento que lleva a la vida!».

La iglesia en Antioquía

19 Los que habían sido dispersados por la persecución
surgida con motivo de Esteban llegaron hasta Fenicia,
Chipre y Antioquía, sin anunciar la palabra a nadie más
que a los judíos.
20 Pero algunos de ellos, hombres de Chipre y de Cirene,
al llegar a Antioquía, hablaban también a los de habla
griega y les anunciaban la buena noticia del Señor Jesús.
21 La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número
creyó y se volvió al Señor.
22 La noticia acerca de ellos llegó a oídos de la iglesia que
estaba en Jerusalén, y enviaron a Bernabé hasta Antioquía.
23 Cuando llegó y vio la gracia de Dios, se alegró y
animaba a todos a permanecer unidos al Señor con firme
propósito de corazón,
24 porque era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y
de fe. Y una gran multitud fue añadida al Señor.
25 Después salió hacia Tarso para buscar a Saulo,
26 y, cuando lo encontró, lo llevó a Antioquía. Durante
todo un año se reunieron con la iglesia y enseñaron a
mucha gente. Fue en Antioquía donde por primera vez se
llamó cristianos a los discípulos.

Ayuda para los creyentes de Judea

27 En aquellos días bajaron unos profetas de Jerusalén a
Antioquía.
28 Uno de ellos, llamado Ágabo, se levantó y anunció por
medio del Espíritu que vendría una gran hambruna sobre
toda la tierra habitada. Esta ocurrió en tiempos de Claudio.

29 Los discípulos decidieron enviar ayuda a los hermanos
que vivían en Judea, cada uno según sus recursos.
30 Así lo hicieron, enviándola a los ancianos por medio de
Bernabé y Saulo.

12

Jacobo, muerto; Pedro, encarcelado

1 Por aquel tiempo, el rey Herodes hizo arrestar a
algunos de la iglesia para maltratarlos.
2 Mandó matar a espada a Jacobo, hermano de Juan.
3 Al ver que esto agradaba a los judíos, procedió a
arrestar también a Pedro. Eran los días de los Panes sin
Levadura.
4 Después de apresarlo, lo puso en la cárcel y lo entregó a
cuatro grupos de cuatro soldados para que lo custodiaran.
Tenía intención de presentarlo ante el pueblo después de la
Pascua.
5 Así, Pedro estaba bajo custodia en la cárcel, pero la
iglesia oraba fervientemente a Dios por él.

Pedro es librado de la cárcel

6 La noche anterior a que Herodes lo sacara, Pedro
dormía entre dos soldados, sujeto con dos cadenas,
mientras unos guardias vigilaban la cárcel delante de la
puerta.
7 De pronto se presentó un ángel del Señor y una luz
iluminó la celda. Golpeó a Pedro en el costado, lo despertó
y dijo: «Levántate de prisa». Y las cadenas cayeron de sus
manos.
8 El ángel le dijo: «Ajústate el cinturón y ponte las
sandalias». Así lo hizo. Luego le dijo: «Envuélvete en tu
manto y sígueme».
9 Pedro salió y lo seguía, sin saber que lo que sucedía por
medio del ángel era real; pensaba que estaba viendo una
visión.
10 Pasaron el primer puesto de guardia y el segundo, y
llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. Esta se
abrió sola ante ellos. Salieron y avanzaron por una calle, y
enseguida el ángel se apartó de él.
11 Entonces Pedro volvió en sí y dijo: «Ahora sé de verdad
que el Señor ha enviado a su ángel y me ha librado de la
mano de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo
judío».
12 Al darse cuenta de esto, fue a casa de María, madre de
Juan, llamado Marcos, donde muchos estaban reunidos y
orando.

13 Cuando llamó a la puerta de entrada, una criada
llamada Rode se acercó para atender.
14 Al reconocer la voz de Pedro, fue tanta su alegría que
no abrió la puerta, sino que corrió adentro y anunció que
Pedro estaba a la entrada.
15 Ellos le dijeron: «Estás loca». Pero ella insistía en que
era así. Entonces decían: «Es su ángel».
16 Pedro seguía llamando. Cuando abrieron y lo vieron,
quedaron asombrados.
17 Él les hizo señas con la mano para que guardaran
silencio y les contó cómo el Señor lo había sacado de la
cárcel. Luego dijo: «Cuenten esto a Jacobo y a los
hermanos». Después salió y se fue a otro lugar.
18 Al amanecer hubo un gran alboroto entre los soldados,
que se preguntaban qué había sucedido con Pedro.
19 Herodes lo buscó y, al no encontrarlo, interrogó a los
guardias y ordenó que fueran llevados a la muerte.
Después bajó de Judea a Cesarea y se quedó allí.

Muerte de Herodes
20 Herodes estaba muy enojado con los habitantes de Tiro
y Sidón. Ellos acudieron juntos a él y, tras ganarse el apoyo
de Blasto, encargado de la cámara del rey, pidieron la paz,
porque su región se abastecía de alimentos del territorio
del rey.
21 El día señalado, Herodes se vistió con ropas reales, se
sentó en el tribunal y les dirigió un discurso.
22 El pueblo aclamaba: «¡Es voz de un dios y no de un
hombre!».
23 Al instante, un ángel del Señor lo hirió, porque no dio la
gloria a Dios; y murió devorado por gusanos.

La continuidad de la misión
24 Pero la palabra de Dios crecía y se multiplicaba.
25 Bernabé y Saulo regresaron a Jerusalén después de
cumplir su servicio, llevando consigo a Juan, llamado
Marcos.

13

Bernabé y Saulo comienzan su primer viaje misionero
1 En la iglesia de Antioquía había profetas y maestros:
Bernabé; Simeón, llamado Níger; Lucio de Cirene; Manaén,
criado junto con Herodes el tetrarca; y Saulo.
2 Mientras servían al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo
dijo: «Apártenme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que
los he llamado».

3 Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las
manos y los despidieron.

Los apóstoles predican en Chipre

4 Ellos, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y
desde allí navegaron a Chipre.
5 Al llegar a Salamina, anunciaban la palabra de Dios en
las sinagogas de los judíos. También tenían a Juan como
ayudante.
6 Recorrieron toda la isla hasta Pafos, donde encontraron
a un mago judío, falso profeta, llamado Barjesús.
7 Estaba con el procónsul Sergio Paulo, hombre
inteligente, que mandó llamar a Bernabé y a Saulo porque
deseaba escuchar la palabra de Dios.
8 Pero Elimas el mago —pues así se traduce su nombre—
se les oponía, intentando apartar al procónsul de la fe.
9 Entonces Saulo, llamado también Pablo, lleno del
Espíritu Santo, lo miró fijamente
10 y dijo: «¡Tú, lleno de todo engaño y de toda malicia,
hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No dejarás de
torcer los caminos rectos del Señor?
11 Ahora la mano del Señor está sobre ti: quedarás ciego y
no verás el sol por un tiempo». Al instante cayeron sobre él
neblina y oscuridad, y andaba de un lado a otro buscando a
alguien que lo llevara de la mano.
12 Al ver lo sucedido, el procónsul creyó, asombrado por
la enseñanza del Señor.

Pablo y Bernabé en Antioquía de Pisidia

13 Pablo y sus compañeros zarparon de Pafos y llegaron a
Perge de Panfilia. Pero Juan se separó de ellos y regresó a
Jerusalén.
14 Ellos siguieron desde Perge y llegaron a Antioquía de
Pisidia. El sábado entraron en la sinagoga y se sentaron.
15 Después de la lectura de la Ley y los Profetas, los
dirigentes de la sinagoga les mandaron decir: «Hermanos, si
tienen alguna palabra de exhortación para el pueblo,
hablen».

Pablo anuncia el cumplimiento de las promesas en Jesús

16 Pablo se puso de pie, hizo una señal con la mano y dijo:
«Israelitas y ustedes que temen a Dios, escuchen.
17 El Dios de este pueblo de Israel escogió a nuestros
padres y enalteció al pueblo durante su estancia como
extranjeros en la tierra de Egipto. Con brazo levantado los
sacó de ella
18 y durante unos cuarenta años soportó su conducta en
el desierto.

19 Después de destruir siete naciones en la tierra de
Canaán, les dio su tierra en herencia,
20 todo ello en unos cuatrocientos cincuenta años.
Después les dio jueces hasta el profeta Samuel.
21 Luego pidieron un rey, y Dios les dio a Saúl, hijo de Cis,
hombre de la tribu de Benjamín, durante cuarenta años.
22 Después de quitarlo, les levantó por rey a David, de
quien dio testimonio diciendo: "He encontrado a David,
hijo de Isaí, un hombre conforme a mi corazón, que hará
toda mi voluntad".
23 De la descendencia de este, conforme a la promesa,
Dios trajo a Israel un Salvador, Jesús.
24 Antes de su llegada, Juan proclamó un bautismo de
arrepentimiento a todo el pueblo de Israel.
25 Cuando Juan terminaba su carrera, decía: "¿Quién
piensan que soy? No soy yo. Pero detrás de mí viene uno a
quien no soy digno de desatar el calzado de los pies".
26 Hermanos, hijos del linaje de Abraham, y ustedes que
temen a Dios: a nosotros se nos ha enviado el mensaje de
esta salvación.
27 Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes
no lo reconocieron a él ni las palabras de los profetas que
se leen cada sábado; al condenarlo, las cumplieron.
28 Aunque no encontraron ningún motivo para darle
muerte, pidieron a Pilato que lo matara.
29 Cuando cumplieron todo lo que estaba escrito acerca
de él, lo bajaron del madero y lo pusieron en un sepulcro.
30 Pero Dios lo resucitó de entre los muertos.
31 Durante muchos días se apareció a los que habían
subido con él de Galilea a Jerusalén, quienes ahora son sus
testigos ante el pueblo.
32 Y nosotros les anunciamos la buena noticia de la
promesa hecha a los padres:
33 Dios la ha cumplido a nuestros hijos al resucitar a
Jesús, como también está escrito en el salmo segundo: "Tú
eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy".
34 En cuanto a que lo resucitó de entre los muertos para
nunca más volver a la descomposición, lo dijo así: "Les daré
las santas y fieles promesas hechas a David".
35 Por eso dice también en otro lugar: "No permitirás que
tu Santo vea descomposición".
36 Porque David, después de servir a su propia
generación conforme al propósito de Dios, se durmió, fue
reunido con sus padres y vio descomposición.
37 Pero aquel a quien Dios resucitó no vio
descomposición.

38 Sepan, pues, hermanos, que por medio de él se les
anuncia el perdón de pecados; y de todo aquello de lo que
no pudieron ser justificados por la ley de Moisés,
39 en él es justificado todo el que cree.
40 Tengan cuidado, pues, de que no les sobrevenga lo
dicho en los profetas:
41 "Miren, despreciadores, asómbrense y desaparezcan;
porque yo realizo una obra en sus días, una obra que
no creerían aunque alguien se la contara"».
42 Cuando ellos salían, les rogaban que el sábado
siguiente les hablaran de estas cosas.
43 Una vez disuelta la reunión, muchos de los judíos y de
los devotos convertidos al judaísmo siguieron a Pablo y a
Bernabé, quienes conversaban con ellos y los animaban a
permanecer en la gracia de Dios.

La respuesta de los gentiles y la oposición al evangelio

44 El sábado siguiente se reunió casi toda la ciudad para
escuchar la palabra del Señor.
45 Pero los judíos, al ver las multitudes, se llenaron de
celos y contradecían lo que Pablo decía, profiriendo
blasfemias.
46 Pablo y Bernabé hablaron con valentía: «Era necesario
anunciarles primero a ustedes la palabra de Dios; pero, ya
que la rechazan y no se consideran dignos de la vida
eterna, nos volvemos a los gentiles.
47 Porque así nos lo ha ordenado el Señor: "Te he puesto
como luz de los gentiles, para que lleves salvación hasta los
confines de la tierra"».
48 Al oír esto, los gentiles se alegraban y glorificaban la
palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban
destinados a la vida eterna.
49 La palabra del Señor se difundía por toda la región.
50 Pero los judíos incitaron a las mujeres devotas y
distinguidas y a los principales de la ciudad. Desataron una
persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron de su
territorio.
51 Pablo y Bernabé se sacudieron contra ellos el polvo de
los pies y fueron a Iconio.
52 Y los discípulos se llenaban de alegría y del Espíritu
Santo.

14

Pablo y Bernabé en Iconio

1 En Iconio entraron juntos en la sinagoga de los judíos y
hablaron de tal manera que creyó una gran multitud de
judíos y de griegos.
2 Pero los judíos que se negaron a creer agitaron a los
gentiles y los indispusieron contra los hermanos.
3 Permanecieron allí bastante tiempo, hablando con
valentía, confiados en el Señor. Él daba testimonio de la
palabra de su gracia, concediendo que se realizaran señales
y prodigios por medio de sus manos.
4 La población de la ciudad estaba dividida: unos estaban
con los judíos y otros con los apóstoles.
5 Cuando los gentiles y los judíos, junto con sus
gobernantes, se dispusieron a maltratarlos y apedrearlos,
6 ellos se enteraron y huyeron a Listra y Derbe, ciudades
de Licaonia, y a la región de alrededor.
7 Allí continuaban anunciando la buena noticia.

La sanidad y el intento de adorar a los mensajeros

8 En Listra había un hombre sentado que no tenía fuerza
en los pies. Era cojo de nacimiento y nunca había
caminado.
9 Este escuchó hablar a Pablo, quien lo miró fijamente y,
al ver que tenía fe para ser sanado,
10 dijo con fuerte voz: «¡Levántate derecho sobre tus
pies!». Él dio un salto y comenzó a caminar.
11 Al ver lo que Pablo había hecho, las multitudes alzaron
la voz en lengua licaónica y dijeron: «¡Los dioses han
tomado forma humana y han bajado a nosotros!».
12 Llamaban a Bernabé Zeus, y a Pablo Hermes, porque
era el principal orador.
13 El sacerdote de Zeus, cuyo templo estaba a la entrada
de la ciudad, llevó toros y guirnaldas a las puertas y, junto
con las multitudes, quería ofrecer sacrificios.
14 Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo lo oyeron,
rasgaron sus mantos y se lanzaron entre la multitud,
gritando
15 y diciendo: «Hombres, ¿por qué hacen esto? Nosotros
también somos seres humanos de la misma condición que
ustedes. Les anunciamos la buena noticia para que se
aparten de estas cosas vanas y se vuelvan al Dios vivo, que
hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos.
16 En las generaciones pasadas permitió que todas las
naciones siguieran sus propios caminos;
17 sin embargo, no se dejó sin testimonio: hizo el bien, les
dio lluvias del cielo y temporadas fructíferas, y llenó sus
corazones de alimento y alegría».

18 Aun diciendo estas cosas, apenas lograron impedir que
las multitudes les ofrecieran sacrificios.

El apedreamiento de Pablo

19 Pero llegaron judíos de Antioquía y de Iconio que
persuadieron a las multitudes. Apedrearon a Pablo y lo
arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba
muerto.
20 Cuando los discípulos lo rodearon, se levantó y entró en
la ciudad. Al día siguiente salió con Bernabé hacia Derbe.

El cuidado de las nuevas iglesias

21 Después de anunciar la buena noticia en aquella
ciudad y hacer muchos discípulos, regresaron a Listra, a
Iconio y a Antioquía.
22 Fortalecían el ánimo de los discípulos, los exhortaban a
permanecer en la fe y les decían: «Es necesario que a través
de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios».
23 Nombraron ancianos para ellos en cada iglesia y,
después de orar con ayunos, los encomendaron al Señor en
quien habían creído.

El regreso a Antioquía de Siria

24 Luego atravesaron Pisidia y llegaron a Panfilia.
25 Tras anunciar la palabra en Perge, bajaron a Atalia,
26 y desde allí navegaron a Antioquía, donde habían sido
encomendados a la gracia de Dios para la obra que
acababan de cumplir.
27 Al llegar, reunieron a la iglesia y contaron todo lo que
Dios había hecho con ellos y cómo había abierto a los
gentiles la puerta de la fe.
28 Y permanecieron bastante tiempo con los discípulos.

15

El concilio en Jerusalén

1 Algunos hombres que bajaron de Judea enseñaban a los
hermanos: «Si no se circuncidan conforme a la costumbre
de Moisés, no pueden ser salvos».
2 Como Pablo y Bernabé tuvieron una fuerte disputa y
discusión con ellos, se decidió que Pablo, Bernabé y algunos
otros de entre ellos subieran a Jerusalén para tratar esta
cuestión con los apóstoles y los ancianos.
3 Enviados, pues, por la iglesia, atravesaban Fenicia y
Samaria, contando detalladamente la conversión de los
gentiles y llenando de gran alegría a todos los hermanos.

4 Al llegar a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia, los
apóstoles y los ancianos, y contaron todo lo que Dios había
hecho con ellos.
5 Pero algunos del grupo de los fariseos que habían creído
se levantaron y dijeron: «Es necesario circuncidarlos y
ordenarles que guarden la ley de Moisés».
6 Los apóstoles y los ancianos se reunieron para
examinar este asunto.

El testimonio de Pedro sobre la gracia

7 Después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo:
«Hermanos, ustedes saben que desde hace tiempo Dios me
escogió de entre ustedes para que los gentiles oyeran de mi
boca la palabra de la buena noticia y creyeran.
8 Dios, que conoce los corazones, dio testimonio a favor
de ellos, dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros.
9 No hizo ninguna distinción entre nosotros y ellos, pues
purificó sus corazones por la fe.
10 Ahora, pues, ¿por qué ponen a prueba a Dios colocando
sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros
padres ni nosotros hemos podido llevar?
11 Más bien, creemos que somos salvos por la gracia del
Señor Jesús, del mismo modo que ellos».
12 Toda la multitud guardó silencio y escuchaba a
Bernabé y a Pablo, que contaban cuántas señales y
prodigios había hecho Dios por medio de ellos entre los
gentiles.

Jacobo relaciona el testimonio con las Escrituras

13 Cuando terminaron de hablar, Jacobo tomó la palabra
y dijo: «Hermanos, escúchenme.
14 Simeón ha contado cómo Dios intervino por primera
vez para tomar de entre los gentiles un pueblo para su
nombre.
15 Con esto concuerdan las palabras de los profetas, como
está escrito:
16 "Después de esto volveré y reconstruiré la tienda caída de
David;
reconstruiré sus ruinas y volveré a levantarla,
17 para que el resto de los seres humanos busque al Señor, y
todas las naciones sobre las cuales es invocado mi
nombre, dice el Señor, que hace estas cosas
18 conocidas desde la antigüedad".
19 Por eso considero que no debemos poner dificultades a
los gentiles que se vuelven a Dios,

20 sino escribirles que se abstengan de lo contaminado
por los ídolos, de la inmoralidad sexual, de la carne de
animales estrangulados y de la sangre.
21 Porque desde generaciones antiguas Moisés tiene en
cada ciudad quienes lo proclaman, ya que es leído en las
sinagogas cada sábado».

La carta a los creyentes de origen gentil

22 Entonces los apóstoles y los ancianos, junto con toda la
iglesia, decidieron escoger hombres de entre ellos y
enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé: Judas, llamado
Barsabás, y Silas, hombres que eran dirigentes entre los
hermanos.
23 Por medio de ellos enviaron esta carta: «Los apóstoles
y los ancianos, sus hermanos, a los hermanos de origen
gentil que están en Antioquía, Siria y Cilicia: saludos.
24 Hemos oído que algunos salidos de entre nosotros, sin
recibir instrucciones nuestras, los han inquietado con sus
palabras y han perturbado sus almas.
25 Por eso, de común acuerdo, hemos decidido escoger
hombres y enviarlos a ustedes con nuestros amados
Bernabé y Pablo,
26 hombres que han entregado sus vidas por el nombre
de nuestro Señor Jesucristo.
27 Así que hemos enviado a Judas y a Silas, quienes les
comunicarán de palabra lo mismo.
28 Porque al Espíritu Santo y a nosotros nos ha parecido
bien no imponerles ninguna carga más que estas cosas
necesarias:
29 que se abstengan de lo sacrificado a los ídolos, de la
sangre, de la carne de animales estrangulados y de la
inmoralidad sexual. Si se guardan de estas cosas, harán
bien. Que les vaya bien».
30 Después de ser despedidos, bajaron a Antioquía,
reunieron a la congregación y entregaron la carta.
31 Al leerla, se alegraron por el ánimo que les daba.
32 Judas y Silas, que también eran profetas, animaron y
fortalecieron a los hermanos con muchas palabras.
33 Después de pasar allí algún tiempo, los hermanos los
despidieron en paz para que regresaran a quienes los
habían enviado.
34 [Pero a Silas le pareció bien quedarse allí.]
35 Pablo y Bernabé permanecieron en Antioquía,
enseñando y anunciando, junto con muchos otros, la buena
noticia de la palabra del Señor.

El desacuerdo por Marcos y el nuevo viaje

36 Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé:
«Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades
donde anunciamos la palabra del Señor, para ver cómo
están».
37 Bernabé quería llevar también a Juan, llamado Marcos.
38 Pero Pablo consideraba que no debían llevar consigo al
que se había separado de ellos en Panfilia y no los había
acompañado en la obra.
39 Surgió un desacuerdo tan intenso que se separaron el
uno del otro. Bernabé tomó a Marcos y navegó hacia
Chipre.
40 Pablo escogió a Silas y salió, encomendado por los
hermanos a la gracia del Señor.
41 Recorría Siria y Cilicia, fortaleciendo a las iglesias.

16

Timoteo acompaña a Pablo y a Silas

1 Llegó también a Derbe y a Listra. Allí había un discípulo
llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente y de
padre griego.
2 Los hermanos de Listra y de Iconio daban buen
testimonio de él.
3 Pablo quiso que lo acompañara y lo circuncidó por
causa de los judíos de aquellos lugares, porque todos sabían
que su padre era griego.
4 Al pasar por las ciudades, les entregaban para que las
cumplieran las decisiones acordadas por los apóstoles y los
ancianos de Jerusalén.
5 Así, las iglesias se fortalecían en la fe y aumentaban en
número cada día.

La dirección del Espíritu hacia Macedonia

6 Atravesaron la región de Frigia y Galacia, porque el
Espíritu Santo les había impedido anunciar la palabra en
Asia.
7 Al llegar a los límites de Misia, intentaban dirigirse a
Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió.
8 Pasaron junto a Misia y bajaron a Troas.
9 Durante la noche, Pablo tuvo una visión: un hombre de
Macedonia estaba de pie y le rogaba: «Pasa a Macedonia y
ayúdanos».
10 Después de que vio la visión, enseguida procuramos
salir hacia Macedonia, pues concluimos que Dios nos había
llamado a anunciarles la buena noticia.

La llegada a Filipos y la fe de Lidia

11 Zarpamos de Troas y navegamos directamente a
Samotracia; al día siguiente llegamos a Neápolis,
12 y de allí a Filipos, ciudad principal de esa región de
Macedonia y colonia romana. Permanecimos algunos días
en aquella ciudad.
13 El sábado salimos fuera de la puerta, junto al río, donde
pensábamos que habría un lugar de oración. Nos sentamos
y hablamos a las mujeres que se habían reunido.
14 Escuchaba una mujer llamada Lidia, vendedora de
telas de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a
Dios. El Señor le abrió el corazón para que atendiera a lo
que Pablo decía.
15 Después de ser bautizada junto con los de su casa, nos
rogó: «Si consideran que soy fiel al Señor, vengan y
quédense en mi casa». Y nos insistió hasta convencernos.

Una esclava es liberada del espíritu de adivinación

16 Mientras íbamos al lugar de oración, nos salió al
encuentro una esclava que tenía un espíritu de adivinación
y daba muchas ganancias a sus amos mediante sus
adivinaciones.
17 Ella seguía a Pablo y a nosotros, gritando: «Estos
hombres son siervos del Dios Altísimo, que les anuncian el
camino de salvación».
18 Hacía esto durante muchos días. Pablo, muy molesto,
se volvió y dijo al espíritu: «Te ordeno en el nombre de
Jesucristo que salgas de ella». Y salió en aquel mismo
instante.

Pablo y Silas son encarcelados

19 Cuando sus amos vieron que se había ido la esperanza
de sus ganancias, apresaron a Pablo y a Silas y los
arrastraron a la plaza ante las autoridades.
20 Los presentaron ante los magistrados y dijeron: «Estos
hombres son judíos y están alborotando nuestra ciudad;
21 anuncian costumbres que a nosotros, siendo romanos,
no nos está permitido aceptar ni practicar».
22 La multitud se levantó contra ellos, y los magistrados
les arrancaron las ropas y ordenaron golpearlos con varas.
23 Después de darles muchos golpes, los echaron en la
cárcel y ordenaron al carcelero que los custodiara con
seguridad.
24 Al recibir tal orden, él los metió en el calabozo más
interior y les aseguró los pies en el cepo.

Oración y salvación en la cárcel

25 Hacia la medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban
himnos a Dios, y los presos los escuchaban.
26 De repente hubo un gran terremoto que sacudió los
cimientos de la prisión. Al instante se abrieron todas las
puertas y se soltaron las cadenas de todos.
27 El carcelero despertó y, al ver abiertas las puertas de la
cárcel, sacó la espada e iba a matarse, pensando que los
presos habían escapado.
28 Pero Pablo gritó con fuerte voz: «¡No te hagas ningún
daño, porque todos estamos aquí!».
29 Él pidió luces, entró corriendo y, temblando, se postró
ante Pablo y Silas.
30 Después los sacó y preguntó: «Señores, ¿qué debo
hacer para ser salvo?».
31 Ellos respondieron: «Cree en el Señor Jesús y serás
salvo, tú y tu casa».
32 Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que
estaban en su casa.
33 A aquella misma hora de la noche los tomó consigo y
les lavó las heridas. Enseguida fue bautizado él con todos
los suyos.
34 Los llevó a su casa y les puso la mesa; y se alegró con
toda su casa de haber creído en Dios.

La liberación de Pablo y Silas
35 Al amanecer, los magistrados enviaron a los alguaciles
con esta orden: «Deja libres a esos hombres».
36 El carcelero comunicó estas palabras a Pablo: «Los
magistrados han mandado decir que queden en libertad.
Así que salgan y vayan en paz».
37 Pero Pablo les dijo: «Después de golpearnos
públicamente sin condena, siendo ciudadanos romanos, nos
echaron en la cárcel, ¿y ahora nos sacan a escondidas? ¡De
ninguna manera! Que vengan ellos mismos a sacarnos».
38 Los alguaciles comunicaron estas palabras a los
magistrados. Ellos tuvieron miedo al oír que eran
ciudadanos romanos,
39 y fueron a rogarles; los sacaron y les pidieron que se
fueran de la ciudad.
40 Después de salir de la cárcel, fueron a casa de Lidia.
Vieron a los hermanos, los animaron y se marcharon.

17

El anuncio de Jesucristo en Tesalónica
1 Después de pasar por Anfípolis y Apolonia, llegaron a
Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos.

2 Como era su costumbre, Pablo entró a reunirse con ellos
y durante tres sábados razonó con ellos a partir de las
Escrituras,
3 explicando y demostrando que el Cristo debía padecer y
resucitar de entre los muertos. Decía: «Este Jesús, a quien
yo les anuncio, es el Cristo».
4 Algunos de ellos fueron persuadidos y se unieron a
Pablo y a Silas, junto con una gran multitud de griegos
devotos y no pocas mujeres destacadas.

La acusación contra los misioneros y sus anfitriones
5 Pero los judíos, movidos por celos, tomaron consigo a
algunos hombres malvados de la plaza, formaron una
turba y alborotaron la ciudad. Asaltaron la casa de Jasón y
buscaban a aquellos hombres para sacarlos ante el pueblo.
6 Como no los encontraron, arrastraron a Jasón y a
algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad,
gritando: «Estos que han trastornado el mundo también
han venido aquí,
7 y Jasón los ha recibido. Todos ellos actúan contra los
decretos del César, diciendo que hay otro rey: Jesús».
8 Al oír estas cosas, la multitud y las autoridades de la
ciudad se alarmaron.
9 Después de recibir una fianza de Jasón y de los demás,
los dejaron en libertad.

Pablo y Silas en Berea
10 Los hermanos enviaron de inmediato a Pablo y a Silas
de noche a Berea. Cuando llegaron, fueron a la sinagoga de
los judíos.
11 Estos eran más nobles que los de Tesalónica, pues
recibieron la palabra con toda disposición y examinaban
cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.
12 Así que muchos de ellos creyeron, y también no pocas
mujeres griegas distinguidas y no pocos hombres.
13 Pero cuando los judíos de Tesalónica supieron que
Pablo anunciaba también en Berea la palabra de Dios,
fueron allí y agitaban y alborotaban a las multitudes.
14 Entonces los hermanos enviaron enseguida a Pablo
hacia el mar, mientras Silas y Timoteo permanecieron allí.
15 Los que acompañaban a Pablo lo llevaron hasta Atenas.
Tras recibir el encargo para Silas y Timoteo de que fueran a
reunirse con él lo antes posible, se marcharon.

El anuncio de Jesús en Atenas
16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se
indignaba al ver la ciudad llena de ídolos.

17 Por eso razonaba en la sinagoga con los judíos y los
devotos, y cada día en la plaza con los que se encontraban
allí.
18 También algunos filósofos epicúreos y estoicos debatían
con él. Unos decían: «¿Qué querrá decir este charlatán?».
Otros: «Parece ser un predicador de divinidades
extranjeras», porque anunciaba la buena noticia de Jesús y
de la resurrección.
19 Lo tomaron y lo llevaron al Areópago, diciendo:
«¿Podemos saber qué es esta nueva enseñanza de la que
hablas?
20 Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas, y queremos
saber qué significan».
21 Todos los atenienses y los extranjeros que estaban de
visita no dedicaban su tiempo a otra cosa que a decir o
escuchar alguna novedad.

El Dios creador y el llamado al arrepentimiento

22 Entonces Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo:
«Hombres de Atenas, veo que en todo son muy religiosos.
23 Porque al pasar y observar sus objetos de culto,
encontré también un altar con esta inscripción: "A un dios
desconocido". Pues bien, lo que ustedes adoran sin
conocerlo es lo que yo les anuncio.
24 El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él,
siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos
hechos por manos humanas,
25 ni es servido por manos humanas como si necesitara
algo, pues él mismo da a todos vida, aliento y todas las
cosas.
26 De uno solo hizo todas las naciones humanas para que
habitaran sobre toda la faz de la tierra, y determinó los
tiempos establecidos y los límites de sus territorios,
27 para que buscaran a Dios, y quizá, buscándolo a tientas,
pudieran encontrarlo; aunque no está lejos de cada uno de
nosotros.
28 Porque en él vivimos, nos movemos y somos, como
también han dicho algunos de sus propios poetas: "Porque
también somos linaje suyo".
29 Por tanto, siendo linaje de Dios, no debemos pensar
que la divinidad sea semejante al oro, la plata o la piedra,
una imagen hecha por el arte y la imaginación del ser
humano.
30 Así pues, Dios pasó por alto los tiempos de la
ignorancia, pero ahora manda a todos los seres humanos,
en todas partes, que se arrepientan,

31 porque ha establecido un día en el que juzgará al
mundo con justicia por medio de un hombre a quien
designó, y ha dado a todos una garantía de ello al
resucitarlo de entre los muertos».

Respuestas al anuncio de la resurrección

32 Cuando oyeron hablar de la resurrección de los
muertos, unos se burlaban, pero otros dijeron: «Te
volveremos a escuchar sobre esto».
33 Así salió Pablo de en medio de ellos.
34 Pero algunos se unieron a él y creyeron. Entre ellos
estaban Dionisio, miembro del Areópago, una mujer
llamada Dámaris y otros con ellos.

18

Pablo en Corinto

1 Después de esto salió de Atenas y llegó a Corinto.
2 Allí encontró a un judío llamado Aquila, natural del
Ponto, recién llegado de Italia con Priscila, su esposa,
porque Claudio había ordenado que todos los judíos
salieran de Roma. Pablo fue a verlos
3 y, como tenía el mismo oficio, se quedó con ellos y
trabajaba, pues eran fabricantes de tiendas.
4 Cada sábado dialogaba en la sinagoga y procuraba
persuadir a judíos y griegos.
5 Cuando Silas y Timoteo bajaron de Macedonia, Pablo se
dedicaba por entero a la palabra, dando solemne
testimonio a los judíos de que Jesús es el Cristo.
6 Pero, como ellos se oponían y blasfemaban, se sacudió
los mantos y les dijo: «Su sangre recaiga sobre sus propias
cabezas; yo estoy limpio. Desde ahora iré a los gentiles».
7 Se fue de allí y entró en casa de un hombre llamado
Ticio Justo, que adoraba a Dios y cuya casa estaba junto a la
sinagoga.
8 Crispo, dirigente de la sinagoga, creyó en el Señor con
toda su casa. También muchos de los corintios, al oír, creían
y eran bautizados.

El Señor anima a Pablo a seguir enseñando

9 Una noche, el Señor dijo a Pablo por medio de una
visión: «No temas; sigue hablando y no calles,
10 porque yo estoy contigo y nadie te atacará para hacerte
daño, pues tengo mucho pueblo en esta ciudad».
11 Así que se quedó un año y seis meses, enseñando entre
ellos la palabra de Dios.

Pablo ante el tribunal de Galión

12 Cuando Galión era procónsul de Acaya, los judíos se
levantaron juntos contra Pablo y lo llevaron ante el
tribunal,
13 diciendo: «Este persuade a la gente a adorar a Dios de
una manera contraria a la ley».
14 Cuando Pablo iba a tomar la palabra, Galión dijo a los
judíos: «Si se tratara de alguna injusticia o de un delito
grave, judíos, sería razonable que los escuchara.
15 Pero, si son disputas acerca de palabras, nombres y su
propia ley, resuélvanlas ustedes. Yo no quiero ser juez de
esas cosas».
16 Y los expulsó del tribunal.
17 Entonces todos se apoderaron de Sóstenes, dirigente de
la sinagoga, y lo golpeaban delante del tribunal; pero a
Galión nada de esto le importaba.

La despedida de Corinto y el viaje hacia Siria

18 Pablo permaneció todavía bastantes días. Después se
despidió de los hermanos y navegó hacia Siria,
acompañado de Priscila y Aquila. Se había cortado el
cabello en Cencrea, porque tenía un voto.
19 Llegaron a Éfeso y los dejó allí. Él entró en la sinagoga
y dialogó con los judíos.
20 Le pidieron que se quedara más tiempo, pero no
aceptó.
21 Se despidió diciendo: «Volveré a ustedes, si Dios
quiere». Y zarpó de Éfeso.

El regreso a Antioquía

22 Desembarcó en Cesarea, subió a saludar a la iglesia y
luego bajó a Antioquía.

Pablo fortalece nuevamente a los discípulos

23 Después de pasar allí algún tiempo, salió y recorrió por
orden la región de Galacia y Frigia, fortaleciendo a todos
los discípulos.

Apolos predica en Éfeso

24 Llegó a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de
Alejandría, hombre elocuente y poderoso en las Escrituras.
25 Había sido instruido en el camino del Señor y, con
espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba con exactitud lo
referente a Jesús, aunque solo conocía el bautismo de Juan.
26 Comenzó a hablar con valentía en la sinagoga. Cuando
Priscila y Aquila lo oyeron, lo tomaron aparte y le
explicaron con mayor exactitud el camino de Dios.

27 Cuando quiso pasar a Acaya, los hermanos lo animaron
y escribieron a los discípulos para que lo recibieran. Al
llegar, ayudó mucho a los que habían creído por la gracia,
28 porque refutaba enérgicamente a los judíos en público,
demostrando por las Escrituras que Jesús es el Cristo.

19

Pablo y los discípulos vinculados al bautismo de Juan

1 Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo recorrió las
regiones del interior y llegó a Éfeso, donde encontró a
algunos discípulos.
2 Les preguntó: «¿Recibieron el Espíritu Santo cuando
creyeron?». Ellos respondieron: «Ni siquiera hemos oído
que haya Espíritu Santo».
3 Él preguntó: «Entonces, ¿en qué fueron bautizados?».
Ellos dijeron: «En el bautismo de Juan».
4 Pablo dijo: «Juan bautizó con un bautismo de
arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyera en el que
vendría después de él, es decir, en Jesús».
5 Al oír esto, fueron bautizados en el nombre del Señor
Jesús.
6 Cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo
vino sobre ellos, y hablaban en lenguas y profetizaban.
7 Eran en total unos doce hombres.

La enseñanza en Éfeso y su alcance regional

8 Pablo entró en la sinagoga y habló con valentía durante
tres meses, dialogando y tratando de persuadirlos acerca
del reino de Dios.
9 Pero algunos se endurecían, se negaban a creer y
hablaban mal del Camino ante la multitud. Él se apartó de
ellos, separó a los discípulos y dialogaba diariamente en la
escuela de Tirano.
10 Esto continuó durante dos años, de modo que todos los
habitantes de Asia, tanto judíos como griegos, oyeron la
palabra del Señor.

Los milagros y la autoridad del Señor Jesús

11 Dios realizaba milagros extraordinarios por medio de
las manos de Pablo,
12 hasta el punto de que llevaban a los enfermos pañuelos
o delantales que habían tocado su piel; las enfermedades se
apartaban de ellos y los espíritus malignos salían.

El fracaso de quienes usan el nombre de Jesús como fórmula

13 Algunos de los exorcistas judíos ambulantes intentaron
también invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que
tenían espíritus malignos, diciendo: «Los conjuro por Jesús,
a quien Pablo proclama».
14 Siete hijos de un tal Esceva, un sumo sacerdote judío,
hacían esto.
15 Pero el espíritu maligno les respondió: «A Jesús lo
conozco y sé quién es Pablo; pero ustedes, ¿quiénes son?».
16 El hombre en quien estaba el espíritu maligno se lanzó
sobre ellos, dominó a ambos y se impuso sobre ellos, de
modo que huyeron de aquella casa desnudos y heridos.

El reconocimiento del Señor y la renuncia a la magia
17 Esto llegó a ser conocido por todos los judíos y griegos
que vivían en Éfeso. El temor se apoderó de todos ellos y el
nombre del Señor Jesús era engrandecido.
18 Muchos de los que habían creído venían confesando y
declarando sus prácticas.
19 Bastantes de los que habían practicado la magia
reunieron sus libros y los quemaban delante de todos.
Calcularon su valor y resultó ser de cincuenta mil monedas
de plata.
20 Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del
Señor.

Los planes de Pablo para continuar su viaje
21 Después de estas cosas, Pablo se propuso en su espíritu
pasar por Macedonia y Acaya e ir a Jerusalén. Decía:
«Después de estar allí, también debo ver Roma».
22 Envió a Macedonia a dos de sus ayudantes, Timoteo y
Erasto, mientras él permaneció algún tiempo en Asia.

El alboroto en Éfeso
23 Por aquel tiempo surgió un gran alboroto a causa del
Camino.
24 Un platero llamado Demetrio, que fabricaba
templecillos de plata de Artemisa, proporcionaba grandes
ganancias a los artesanos.
25 Los reunió, junto con los trabajadores de oficios
semejantes, y dijo: «Hombres, ustedes saben que de este
trabajo proviene nuestra prosperidad.
26 Y ven y oyen que este Pablo ha persuadido y apartado
a mucha gente, no solo en Éfeso, sino en casi toda Asia,
diciendo que los que se hacen con las manos no son dioses.
27 No solo está en peligro de caer en descrédito nuestro
oficio, sino también de que el templo de la gran diosa
Artemisa sea tenido en nada y de que ella sea despojada de

su grandeza, a ella, a quien toda Asia y el mundo habitado adoran».
28 Al oír esto, se llenaron de ira y gritaban: «¡Grande es
Artemisa de los efesios!».
29 La ciudad se llenó de confusión, y todos juntos se
precipitaron al teatro, arrastrando a Gayo y a Aristarco,
macedonios que acompañaban a Pablo en sus viajes.
30 Pablo quería entrar ante el pueblo, pero los discípulos
no lo dejaban.
31 También algunos de los funcionarios de Asia, que eran
amigos suyos, le enviaron un mensaje rogándole que no se
presentara en el teatro.
32 Unos gritaban una cosa y otros otra, porque la
asamblea estaba confusa y la mayoría no sabía por qué se
había reunido.
33 Desde la multitud dieron instrucciones a Alejandro, a
quien los judíos habían empujado al frente. Alejandro hizo
una señal con la mano y quería presentar su defensa ante
el pueblo.
34 Pero, al reconocer que era judío, todos gritaron a una
sola voz durante unas dos horas: «¡Grande es Artemisa de
los efesios!».

El secretario de la ciudad pone fin al tumulto

35 El secretario de la ciudad calmó a la multitud y dijo:
«Efesios, ¿quién no sabe que la ciudad de los efesios es
guardiana del templo de la gran Artemisa y de la imagen
caída del cielo?
36 Puesto que estas cosas son indiscutibles, deben
mantener la calma y no hacer nada precipitado.
37 Porque han traído a estos hombres, que ni roban
templos ni blasfeman contra nuestra diosa.
38 Así que, si Demetrio y los artesanos que están con él
tienen alguna acusación contra alguien, hay días de
audiencia y hay procónsules; que presenten sus
acusaciones unos contra otros.
39 Y, si buscan algo más, se resolverá en la asamblea legal.
40 Porque corremos el peligro de ser acusados de sedición
por lo ocurrido hoy, sin que exista ningún motivo que nos
permita dar razón de esta reunión tumultuosa».
41 Después de decir esto, disolvió la asamblea.

20

Viaje de Pablo a Macedonia y Grecia

1 Cuando cesó el alboroto, Pablo mandó llamar a los
discípulos, los animó y se despidió de ellos. Después salió
hacia Macedonia.

2 Recorrió aquellas regiones, animó a los hermanos con
muchas palabras y llegó a Grecia,
3 donde pasó tres meses. Cuando estaba a punto de
embarcarse hacia Siria, los judíos tramaron una
conspiración contra él; por eso decidió regresar por
Macedonia.
4 Lo acompañaban Sópater, hijo de Pirro, de Berea;
Aristarco y Segundo, de Tesalónica; Gayo de Derbe y
Timoteo; y Tíquico y Trófimo, de Asia.
5 Estos llegaron a Troas y allí nos esperaban.
6 Nosotros zarpamos de Filipos después de los días de los
Panes sin Levadura y en cinco días llegamos adonde
estaban, en Troas, donde permanecimos siete días.

Visita de despedida de Pablo en Troas

7 El primer día de la semana, cuando estábamos reunidos
para partir el pan, Pablo les hablaba y, como iba a salir al
día siguiente, prolongó su discurso hasta la medianoche.
8 Había muchas lámparas en la habitación de la planta
alta donde estábamos reunidos.
9 Un joven llamado Eutico estaba sentado en la ventana.
Mientras Pablo seguía hablando, lo vencía un sueño
profundo; dominado por el sueño, cayó desde el tercer piso
y lo recogieron muerto.
10 Pablo bajó, se echó sobre él y lo abrazó, diciendo: «No
se alarmen, porque está vivo».
11 Después subió, partió el pan y comió. Siguió
conversando largo tiempo, hasta el amanecer, y entonces se
fue.
12 Llevaron al joven vivo y quedaron muy consolados.

Viaje de Troas a Mileto

13 Nosotros nos adelantamos al barco y zarpamos hacia
Asón, donde íbamos a recoger a Pablo. Así lo había
dispuesto él, pues pensaba ir por tierra.
14 Cuando se reunió con nosotros en Asón, lo tomamos a
bordo y fuimos a Mitilene.
15 Zarpamos de allí y al día siguiente llegamos frente a
Quío; al otro día arribamos a Samos y al siguiente llegamos
a Mileto.
16 Pablo había decidido pasar de largo por Éfeso para no
demorarse en Asia, pues se apresuraba a estar en Jerusalén
el día de Pentecostés, si le era posible.

Discurso de despedida de Pablo en Mileto

17 Desde Mileto envió a Éfeso y mandó llamar a los
ancianos de la iglesia.

18 Cuando llegaron, les dijo: «Ustedes saben cómo he
vivido entre ustedes todo el tiempo, desde el primer día en
que llegué a Asia,
19 sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y
con las pruebas que me sobrevinieron por las
conspiraciones de los judíos.
20 No dejé de anunciarles nada que fuera de provecho ni
de enseñarles públicamente y por las casas,
21 dando solemne testimonio a judíos y a griegos del
arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor
Jesús.
22 Ahora voy a Jerusalén, atado por el Espíritu, sin saber lo
que allí me sucederá,
23 salvo que el Espíritu Santo me da testimonio en cada
ciudad de que me esperan cadenas y aflicciones.

La fidelidad al evangelio de la gracia

24 Pero no considero mi vida como algo precioso para mí
mismo, con tal de terminar mi carrera y el ministerio que
recibí del Señor Jesús: dar solemne testimonio de la buena
noticia de la gracia de Dios.
25 Ahora sé que ninguno de ustedes, entre quienes he
pasado proclamando el reino, volverá a ver mi rostro.
26 Por eso les declaro hoy que estoy limpio de la sangre de
todos,
27 porque no dejé de anunciarles todo el propósito de
Dios.

El cuidado de la iglesia adquirida por Cristo

28 Cuídense a ustedes mismos y a todo el rebaño en el que
el Espíritu Santo los ha puesto como supervisores, para
pastorear la iglesia de Dios, que él adquirió con su propia
sangre.
29 Yo sé que después de mi partida entrarán entre ustedes
lobos feroces que no tendrán piedad del rebaño.
30 Y de entre ustedes mismos se levantarán hombres que
hablarán cosas torcidas para arrastrar a los discípulos tras
ellos.
31 Por eso velen, recordando que durante tres años,
noche y día, no dejé de amonestar con lágrimas a cada uno.
32 Ahora los encomiendo a Dios y a la palabra de su
gracia, que puede edificarlos y darles la herencia entre
todos los santificados.

El ejemplo de trabajo y generosidad

33 No he codiciado la plata, el oro ni la ropa de nadie.

34 Ustedes mismos saben que estas manos han atendido
mis necesidades y las de los que estaban conmigo.
35 En todo les he mostrado que, trabajando así, debemos
ayudar a los débiles y recordar las palabras del Señor Jesús,
que él mismo dijo: “Más bienaventurado es dar que
recibir”».
36 Después de decir esto, se puso de rodillas y oró con
todos ellos.
37 Todos lloraron mucho, se echaron al cuello de Pablo y
lo besaban,
38 dolidos sobre todo por lo que había dicho: que ya no
volverían a ver su rostro. Y lo acompañaron hasta el barco.

21

Viaje de Pablo a Jerusalén

1 Después de separarnos de ellos, zarpamos y navegamos
directamente a Cos; al día siguiente llegamos a Rodas y de
allí a Pátara.
2 Encontramos un barco que cruzaba hacia Fenicia,
subimos a bordo y zarpamos.
3 Al avistar Chipre, la dejamos a la izquierda y
navegamos hacia Siria. Desembarcamos en Tiro, porque
allí el barco debía descargar su mercancía.
4 Encontramos a los discípulos y permanecimos allí siete
días. Ellos decían a Pablo, por medio del Espíritu, que no
fuera a Jerusalén.
5 Cuando se cumplieron aquellos días, salimos y
continuamos el viaje. Todos, con sus mujeres e hijos, nos
acompañaron hasta fuera de la ciudad. Nos arrodillamos en
la playa y oramos,
6 nos despedimos unos de otros y subimos al barco; ellos
regresaron a sus casas.
7 Completamos la travesía desde Tiro y llegamos a
Tolemaida. Saludamos a los hermanos y permanecimos
con ellos un día.
8 Al día siguiente salimos y llegamos a Cesarea. Entramos
en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los Siete, y
nos hospedamos con él.
9 Él tenía cuatro hijas vírgenes que profetizaban.

La advertencia de Ágabo y la decisión de Pablo

10 Mientras permanecíamos allí varios días, bajó de Judea
un profeta llamado Ágabo.
11 Vino a nosotros, tomó el cinturón de Pablo, se ató los
pies y las manos y dijo: «Esto dice el Espíritu Santo: “Así

atarán los judíos en Jerusalén al hombre a quien pertenece
este cinturón y lo entregarán en manos de los gentiles"».
12 Al oír esto, tanto nosotros como los de aquel lugar le
rogábamos que no subiera a Jerusalén.
13 Entonces Pablo respondió: «¿Por qué lloran y me
quebrantan el corazón? Yo estoy dispuesto no solo a ser
atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del
Señor Jesús».
14 Como no se dejaba persuadir, dejamos de insistir y
dijimos: «Que se haga la voluntad del Señor».
15 Después de aquellos días hicimos los preparativos y
subimos a Jerusalén.
16 También nos acompañaron algunos discípulos de
Cesarea, que nos llevaron a Mnasón, un chipriota y
discípulo desde los primeros tiempos, en cuya casa íbamos a
hospedarnos.

Pablo se reúne con los ancianos de Jerusalén
17 Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos
recibieron con alegría.
18 Al día siguiente, Pablo fue con nosotros a visitar a
Jacobo, y estaban presentes todos los ancianos.
19 Después de saludarlos, les contó una por una las cosas
que Dios había hecho entre los gentiles por medio de su
ministerio.
20 Al oírlo, glorificaban a Dios y le dijeron: «Hermano, ya
ves cuántas decenas de miles de judíos han creído, y todos
son celosos de la ley.
21 Pero les han informado de que enseñas a todos los
judíos que viven entre los gentiles a abandonar a Moisés,
diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni sigan las
costumbres.
22 ¿Qué hacer, entonces? Sin duda se enterarán de que
has llegado.
23 Haz, pues, lo que te decimos. Hay entre nosotros
cuatro hombres que tienen un voto sobre sí.
24 Tómalos contigo, purifícate con ellos y paga sus gastos
para que se rapen la cabeza. Así todos sabrán que no hay
nada de cierto en lo que les han informado acerca de ti,
sino que tú también vives guardando la ley.
25 En cuanto a los gentiles que han creído, ya les hemos
comunicado nuestra decisión: que se abstengan de lo
sacrificado a los ídolos, de la sangre, de la carne de
animales estrangulados y de la inmoralidad sexual».
26 Entonces Pablo tomó consigo a los hombres y, al día
siguiente, después de purificarse con ellos, entró en el

templo, anunciando cuándo se cumplirían los días de la
purificación y se presentaría la ofrenda por cada uno de
ellos.

La acusación contra Pablo en el templo

27 Cuando estaban por cumplirse los siete días, los judíos
de Asia lo vieron en el templo, alborotaron a toda la
multitud y lo apresaron,
28 gritando: «¡Israelitas, ayuden! Este es el hombre que
enseña a todos en todas partes contra el pueblo, contra la
ley y contra este lugar. Además, ha introducido griegos en
el templo y ha profanado este lugar santo».
29 Porque antes habían visto con él en la ciudad a Trófimo
el efesio y suponían que Pablo lo había introducido en el
templo.
30 Toda la ciudad se agitó y el pueblo acudió corriendo. Se
apoderaron de Pablo, lo arrastraron fuera del templo y
enseguida se cerraron las puertas.

Pablo queda bajo custodia romana

31 Mientras intentaban matarlo, llegó al comandante de
la compañía la noticia de que toda Jerusalén estaba
alborotada.
32 Él tomó enseguida soldados y centuriones y corrió
hacia ellos. Al ver al comandante y a los soldados, dejaron
de golpear a Pablo.
33 Entonces el comandante se acercó, lo arrestó y ordenó
atarlo con dos cadenas. Preguntaba quién era y qué había
hecho.
34 Entre la multitud unos gritaban una cosa y otros otra.
Como no podía averiguar nada con certeza a causa del
alboroto, ordenó que lo llevaran al cuartel.
35 Cuando llegó a las escaleras, los soldados tuvieron que
llevarlo en brazos por la violencia de la multitud,
36 porque la muchedumbre del pueblo iba detrás
gritando: «¡Acaben con él!».

Defensa de Pablo ante el pueblo

37 Cuando iban a introducir a Pablo en el cuartel, él dijo
al comandante: «¿Me permite decirle algo?». Él preguntó:
«¿Sabes griego?
38 ¿No eres entonces el egipcio que hace algún tiempo
provocó una rebelión y llevó al desierto a los cuatro mil
sicarios?».
39 Pablo respondió: «Soy judío de Tarso de Cilicia,
ciudadano de una ciudad de importancia. Le ruego que me
permita hablar al pueblo».

40 Cuando él se lo permitió, Pablo, de pie en las escaleras,
hizo una señal con la mano al pueblo. Se hizo un gran
silencio, y se dirigió a ellos en lengua hebrea, diciendo:

22

1 «Hermanos y padres, escuchen ahora la defensa que
presento ante ustedes».
2 Al oír que se dirigía a ellos en lengua hebrea, guardaron
aún más silencio. Entonces dijo:
3 «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en
esta ciudad. Fui instruido a los pies de Gamaliel conforme
al rigor de la ley de nuestros padres, y era celoso de Dios,
como todos ustedes lo son hoy.
4 Perseguí este Camino hasta la muerte, atando y
entregando a las cárceles tanto a hombres como a mujeres,
5 como también pueden atestiguar el sumo sacerdote y
todo el consejo de ancianos. De ellos recibí cartas para los
hermanos y me dirigía a Damasco, a fin de llevar atados a
Jerusalén también a los que estaban allí, para que fueran
castigados.

Pablo relata su conversión
Relatos relacionados: Hechos 9:1–19; Hechos 26:12–18.

6 Mientras viajaba y me acercaba a Damasco, hacia el
mediodía, de pronto una intensa luz del cielo brilló a mi
alrededor.
7 Caí al suelo y oí una voz que me decía: "Saulo, Saulo,
¿por qué me persigues?".
8 Yo respondí: "¿Quién eres, Señor?". Él me dijo: "Yo soy
Jesús el Nazareno, a quien tú persigues".
9 Los que estaban conmigo vieron la luz, pero no
entendieron la voz del que me hablaba.
10 Entonces pregunté: "¿Qué debo hacer, Señor?". El Señor
me dijo: "Levántate y ve a Damasco; allí se te dirá todo lo
que se te ha ordenado hacer".
11 Como no podía ver a causa del resplandor de aquella
luz, llegué a Damasco llevado de la mano por mis
compañeros.
12 Un hombre llamado Ananías, piadoso conforme a la
ley y de quien daban buen testimonio todos los judíos que
vivían allí,
13 vino a mí, se puso a mi lado y me dijo: "Hermano
Saulo, recobra la vista". En aquel mismo instante recobré la
vista y lo miré.

14 Él dijo: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para
que conozcas su voluntad, veas al Justo y oigas la voz de su
boca,
15 porque serás testigo suyo ante todos los seres humanos
de lo que has visto y oído.
16 Ahora, ¿qué esperas? Levántate, bautízate y lava tus
pecados, invocando su nombre”.

Pablo es enviado a los gentiles

17 Cuando regresé a Jerusalén, mientras oraba en el
templo, me sobrevino un éxtasis
18 y lo vi diciéndome: “Date prisa y sal pronto de
Jerusalén, porque no aceptarán tu testimonio acerca de mí”.
19 Yo dije: “Señor, ellos saben que yo encarcelaba y
golpeaba en las sinagogas a quienes creían en ti.
20 Y cuando se derramaba la sangre de Esteban, tu
testigo, yo mismo estaba presente, lo aprobaba y cuidaba
los mantos de quienes lo mataban”.
21 Pero él me dijo: “Ve, porque yo te enviaré lejos, a los
gentiles”».

La reacción al envío de Pablo a los gentiles

22 Lo escucharon hasta estas palabras. Entonces alzaron
la voz y dijeron: «¡Quiten de la tierra a un hombre así,
porque no debe vivir!».
23 Mientras gritaban, arrojaban sus mantos y lanzaban
polvo al aire,

La ciudadanía romana de Pablo detiene los azotes

24 el comandante ordenó introducirlo en el cuartel y dijo
que lo interrogaran con azotes, para averiguar por qué
gritaban así contra él.
25 Cuando lo estiraron sujetándolo con correas, Pablo dijo
al centurión que estaba presente: «¿Les está permitido
azotar a un ciudadano romano sin haberlo condenado?».
26 Al oír esto, el centurión fue a informar al comandante y
dijo: «¿Qué va a hacer? Este hombre es ciudadano
romano».
27 El comandante se acercó y le preguntó: «Dime, ¿eres
ciudadano romano?». Él respondió: «Sí».
28 El comandante dijo: «Yo adquirí esta ciudadanía por
una gran suma de dinero». Pablo respondió: «Pues yo la
tengo de nacimiento».
29 Enseguida se apartaron de él los que iban a
interrogarlo. También el comandante tuvo miedo al saber
que era ciudadano romano y que lo había encadenado.

Pablo ante el concilio

30 Al día siguiente, como quería saber con certeza de qué
lo acusaban los judíos, lo desató y ordenó que se reunieran
los principales sacerdotes y todo el Concilio. Hizo bajar a
Pablo y lo presentó ante ellos.

23

1 Pablo miró fijamente al Concilio y dijo: «Hermanos,
hasta el día de hoy he vivido ante Dios con una conciencia
enteramente limpia».
2 El sumo sacerdote Ananías ordenó a los que estaban
junto a él que lo golpearan en la boca.
3 Entonces Pablo le dijo: «¡Dios te va a golpear a ti, pared
blanqueada! ¿Te sientas a juzgarme conforme a la ley y,
violando la ley, ordenas que me golpeen?».
4 Los que estaban presentes dijeron: «¿Insultas al sumo
sacerdote de Dios?».
5 Pablo respondió: «Hermanos, no sabía que era el sumo
sacerdote; porque está escrito: "No hablarás mal de un
gobernante de tu pueblo"».

La resurrección divide al Concilio

6 Pablo, al saber que una parte era de saduceos y la otra
de fariseos, alzó la voz en el Concilio: «Hermanos, yo soy
fariseo, hijo de fariseos. Se me juzga por la esperanza y la
resurrección de los muertos».
7 Cuando dijo esto, surgió una disputa entre los fariseos y
los saduceos, y la asamblea se dividió.
8 Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni
ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman ambas cosas.
9 Hubo un gran griterío. Algunos escribas del grupo de
los fariseos se levantaron y discutían con fuerza, diciendo:
«No encontramos ningún mal en este hombre. Pero si le ha
hablado un espíritu o un ángel…».
10 Como la disputa se hacía muy violenta, el comandante
temió que despedazaran a Pablo. Ordenó a la tropa bajar,
sacarlo de en medio de ellos y llevarlo al cuartel.

El Señor confirma el testimonio de Pablo en Roma

11 La noche siguiente, el Señor se presentó a su lado y
dijo: «Ten ánimo; porque, así como has dado solemne
testimonio de mí en Jerusalén, también debes dar
testimonio en Roma».

Complot contra Pablo

12 Al amanecer, los judíos tramaron una conspiración y se
comprometieron bajo maldición a no comer ni beber hasta
haber matado a Pablo.

13 Eran más de cuarenta los que habían hecho este
juramento.
14 Se presentaron ante los principales sacerdotes y los
ancianos y dijeron: «Nos hemos comprometido bajo
solemne maldición a no probar nada hasta haber matado a
Pablo.
15 Ahora ustedes, junto con el Concilio, pidan al
comandante que lo haga bajar ante ustedes, como si
quisieran examinar su caso con mayor exactitud. Nosotros
estamos preparados para matarlo antes de que llegue».

Un familiar de Pablo informa de la emboscada

16 Pero el hijo de la hermana de Pablo se enteró de la
emboscada, fue al cuartel, entró y se lo contó a Pablo.
17 Pablo llamó a uno de los centuriones y dijo: «Lleva a
este joven ante el comandante, porque tiene algo que
comunicarle».
18 Él lo tomó consigo, lo llevó ante el comandante y dijo:
«El preso Pablo me llamó y me pidió que trajera ante usted
a este joven, que tiene algo que decirle».
19 El comandante lo tomó de la mano, lo llevó aparte y le
preguntó en privado: «¿Qué tienes que comunicarme?».
20 Él respondió: «Los judíos se han puesto de acuerdo
para pedirle que mañana haga bajar a Pablo ante el
Concilio, como si este quisiera examinar su caso con mayor
exactitud.
21 Pero no se deje convencer por ellos, porque más de
cuarenta hombres de entre ellos le tienden una emboscada.
Se han comprometido bajo maldición a no comer ni beber
hasta haberlo matado, y ahora están preparados,
esperando que usted dé su consentimiento».
22 El comandante despidió al joven y le ordenó: «No digas
a nadie que me has comunicado estas cosas».

Pablo es enviado a Félix el gobernador

23 Después llamó a dos de los centuriones y dijo:
«Preparen doscientos soldados para ir a Cesarea, junto con
setenta jinetes y doscientos lanceros, a las nueve de la
noche.
24 Preparen también cabalgaduras para que Pablo monte
y sea llevado a salvo ante el gobernador Félix».
25 Y escribió una carta en estos términos:
26 «Claudio Lisias al excelentísimo gobernador Félix:
saludos.
27 Los judíos habían apresado a este hombre y estaban a
punto de matarlo. Acudí con la tropa y lo rescaté, al saber
que era ciudadano romano.

28 Como quería averiguar el motivo de las acusaciones
contra él, lo hice bajar ante el Concilio de ellos.
29 Encontré que lo acusaban por cuestiones de su ley,
pero que no había contra él ningún cargo que mereciera
muerte o prisión.
30 Al ser informado de que se preparaba una
conspiración contra este hombre, se lo envié de inmediato
y ordené a sus acusadores que presentaran ante usted lo
que tuvieran contra él».
31 Los soldados, conforme a las órdenes recibidas,
tomaron a Pablo y lo llevaron de noche a Antípatris.
32 Al día siguiente dejaron que los jinetes siguieran con él
y regresaron al cuartel.
33 Cuando aquellos llegaron a Cesarea, entregaron la
carta al gobernador y le presentaron también a Pablo.
34 Después de leerla, preguntó de qué provincia era. Al
enterarse de que era de Cilicia,
35 dijo: «Escucharé tu caso cuando lleguen también tus
acusadores». Y ordenó que lo custodiaran en el pretorio de
Herodes.

24

Los acusadores presentan su caso ante Félix

1 Cinco días después bajó el sumo sacerdote Ananías con
algunos ancianos y un abogado llamado Tértulo. Ellos
presentaron ante el gobernador sus acusaciones contra
Pablo.
2 Cuando lo llamaron, Tértulo comenzó a acusarlo
diciendo: «Gracias a usted gozamos de mucha paz, y por su
previsión se realizan reformas para esta nación;
3 lo reconocemos en todo momento y en todo lugar con
plena gratitud, excelentísimo Félix.
4 Pero, para no demorarlo más, le ruego que, con su
amabilidad, nos escuche brevemente.
5 Hemos encontrado que este hombre es una plaga,
promotor de rebeliones entre todos los judíos del mundo
habitado y cabecilla de la secta de los nazarenos.
6 Incluso intentó profanar el templo, por lo que lo
apresamos.
7 [Pero intervino el comandante Lisias y, con mucha
violencia, se lo llevó de nuestras manos.]
8 Usted mismo, al interrogarlo, podrá enterarse de todas
estas cosas de las que lo acusamos».
9 También los judíos se sumaron a la acusación,
afirmando que todo era así.

Pablo responde a las acusaciones

10 Cuando el gobernador le hizo una señal para que
hablara, Pablo respondió: «Sé que desde hace muchos años
usted es juez de esta nación, y por eso presento mi defensa
con confianza.
11 Puede comprobar que no han pasado más de doce días
desde que subí a Jerusalén para adorar.
12 No me encontraron discutiendo con nadie ni
provocando un tumulto, ni en el templo, ni en las
sinagogas, ni en la ciudad.
13 Tampoco pueden demostrarle las cosas de las que
ahora me acusan.

La fe en el Camino y la esperanza de resurrección

14 Pero esto le confieso: según el Camino que ellos llaman
secta, así sirvo al Dios de nuestros padres, creyendo todo lo
escrito en la Ley y en los Profetas.
15 Tengo puesta en Dios la esperanza, que ellos mismos
también abrigan, de que habrá resurrección tanto de justos
como de injustos.
16 Por eso también me esfuerzo por mantener siempre
una conciencia sin reproche ante Dios y ante los seres
humanos.
17 Después de varios años vine a traer limosnas a mi
nación y a presentar ofrendas.
18 Mientras lo hacía, me encontraron purificado en el
templo, sin multitud ni alboroto.
19 Pero algunos judíos de Asia deberían estar presentes
ante usted y acusarme, si tienen algo contra mí.
20 O que estos mismos digan qué delito encontraron
cuando comparecí ante el Concilio,
21 a no ser por esta única declaración que hice en voz alta
mientras estaba entre ellos: "Por la resurrección de los
muertos se me juzga hoy ante ustedes"».

Félix aplaza la resolución del caso

22 Félix, que conocía con bastante exactitud lo referente al
Camino, aplazó el caso y dijo: «Cuando baje el comandante
Lisias, resolveré su asunto».
23 Ordenó al centurión que lo mantuviera bajo custodia,
pero le concediera cierta libertad y no impidiera a ninguno
de los suyos atenderlo.

Félix escucha acerca de la fe en Jesucristo

24 Algunos días después, Félix llegó con Drusila, su esposa,
que era judía. Mandó llamar a Pablo y lo escuchó hablar
acerca de la fe en Cristo Jesús.

25 Pero, cuando él razonaba acerca de la justicia, el
dominio propio y el juicio venidero, Félix se llenó de temor
y respondió: «Por ahora vete; cuando tenga oportunidad, te
mandaré llamar».
26 Al mismo tiempo esperaba que Pablo le diera dinero;
por eso lo mandaba llamar con más frecuencia y
conversaba con él.
27 Al cumplirse dos años, Félix tuvo como sucesor a Porcio
Festo. Y, como quería ganarse el favor de los judíos, Félix
dejó a Pablo preso.

25

La nueva acusación ante Festo
1 Tres días después de llegar a la provincia, Festo subió
de Cesarea a Jerusalén.
2 Los principales sacerdotes y los dirigentes de los judíos
le presentaron sus acusaciones contra Pablo y le rogaban,
3 pidiéndole como favor contra él que lo mandara traer a
Jerusalén. Preparaban una emboscada para matarlo por el
camino.
4 Festo respondió que Pablo estaba bajo custodia en
Cesarea y que él mismo partiría pronto hacia allí.
5 «Así que los que tengan autoridad entre ustedes
—dijo— bajen conmigo y, si hay algo malo en este hombre,
presenten sus acusaciones contra él».
6 Después de pasar entre ellos no más de ocho o diez
días, bajó a Cesarea. Al día siguiente se sentó en el tribunal
y ordenó que trajeran a Pablo.
7 Cuando llegó, los judíos que habían bajado de Jerusalén
lo rodearon y presentaron muchas acusaciones graves que
no podían demostrar.
8 Pablo decía en su defensa: «No he cometido ninguna
falta contra la ley de los judíos, ni contra el templo, ni
contra el César».
9 Pero Festo, queriendo ganarse el favor de los judíos,
preguntó a Pablo: «¿Quieres subir a Jerusalén y ser juzgado
allí ante mí por estas cosas?».

La apelación de Pablo al César
10 Pablo respondió: «Estoy ante el tribunal del César,
donde debo ser juzgado. No he hecho ningún daño a los
judíos, como usted mismo sabe muy bien.
11 Si he cometido alguna injusticia o he hecho algo digno
de muerte, no me niego a morir. Pero, si no hay nada de
cierto en lo que estos me acusan, nadie puede entregarme a
ellos para complacerlos. ¡Apelo al César!».

12 Entonces Festo, después de consultar con su consejo,
respondió: «Has apelado al César; al César irás».

Festo consulta con el rey Agripa

13 Pasados algunos días, el rey Agripa y Berenice llegaron
a Cesarea para saludar a Festo.
14 Como permanecieron allí varios días, Festo expuso al
rey el caso de Pablo, diciendo: «Hay un hombre que Félix
dejó preso.
15 Cuando estuve en Jerusalén, los principales sacerdotes
y los ancianos de los judíos presentaron acusaciones contra
él y pidieron que lo condenara.
16 Les respondí que no es costumbre de los romanos
entregar a un hombre antes de que el acusado tenga frente
a frente a sus acusadores y reciba oportunidad de
defenderse de la acusación.
17 Así que, cuando se reunieron aquí, no hice ninguna
demora: al día siguiente me senté en el tribunal y ordené
que trajeran al hombre.
18 Cuando sus acusadores se presentaron, no alegaron
ninguno de los delitos que yo sospechaba,
19 sino que tenían contra él ciertas disputas acerca de su
propia religión y de un tal Jesús, ya muerto, de quien Pablo
afirmaba que estaba vivo.
20 Yo no sabía cómo investigar estas cuestiones, así que le
pregunté si quería ir a Jerusalén y ser juzgado allí por estas
cosas.
21 Pero Pablo apeló para que lo mantuvieran bajo
custodia hasta la decisión del emperador. Por eso ordené
que lo custodiaran hasta enviarlo al César».
22 Agripa dijo a Festo: «Yo también quisiera escuchar a
ese hombre». Él respondió: «Mañana lo escucharás».

Pablo comparece ante Agripa y Berenice

23 Al día siguiente llegaron Agripa y Berenice con gran
pompa y entraron en la sala de audiencias con los
comandantes y los hombres más distinguidos de la ciudad.
Por orden de Festo, trajeron a Pablo.
24 Festo dijo: «Rey Agripa y todos los hombres aquí
presentes con nosotros: ven a este hombre, por quien toda
la multitud de los judíos ha acudido a mí, tanto en
Jerusalén como aquí, gritando que ya no debe vivir.
25 Pero yo comprobé que no había hecho nada digno de
muerte y, como él mismo apeló al emperador, decidí
enviarlo.
26 No tengo nada concreto que escribir al soberano
acerca de él. Por eso lo he presentado ante ustedes, y

especialmente ante usted, rey Agripa, para que, después del interrogatorio, tenga algo que escribir.
27 Porque me parece absurdo enviar a un preso sin indicar también los cargos en su contra».

26

Defensa de Pablo ante Agripa

1 Agripa dijo a Pablo: «Se te permite hablar en tu defensa». Entonces Pablo extendió la mano y comenzó su defensa:
2 «Rey Agripa, me considero dichoso de poder presentar hoy ante usted mi defensa de todas las acusaciones que los judíos hacen contra mí,
3 sobre todo porque usted conoce bien todas las costumbres y controversias de los judíos. Por eso le ruego que me escuche con paciencia.

Vida anterior de Pablo

4 Todos los judíos conocen mi modo de vivir desde mi juventud, que transcurrió desde el principio entre mi pueblo y en Jerusalén.
5 Me conocen desde hace tiempo y, si quieren, pueden atestiguar que viví como fariseo, conforme al grupo más estricto de nuestra religión.
6 Ahora estoy siendo juzgado por la esperanza en la promesa que Dios hizo a nuestros padres,
7 cuyo cumplimiento esperan alcanzar nuestras doce tribus, rindiendo culto con fervor noche y día. Por esta esperanza me acusan los judíos, oh rey.
8 ¿Por qué consideran ustedes increíble que Dios resucite a los muertos?

Pablo el perseguidor

9 Yo mismo pensaba que debía hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús el Nazareno.
10 Así lo hice en Jerusalén: con autoridad recibida de los principales sacerdotes, encerré en cárceles a muchos de los santos y, cuando los mataban, daba mi voto contra ellos.
11 Los castigaba muchas veces en todas las sinagogas y trataba de obligarlos a blasfemar. En mi extrema furia contra ellos, los perseguía incluso en las ciudades extranjeras.

Pablo relata su conversión
Relatos relacionados: Hechos 9:1–19; Hechos 22:6–16.

12 Ocupado en esto, viajaba a Damasco con autoridad y comisión de los principales sacerdotes.

13 Al mediodía, oh rey, vi en el camino una luz del cielo,
más resplandeciente que el sol, que brilló a mi alrededor y
al de mis compañeros de viaje.
14 Todos caímos a tierra y oí una voz que me decía en
lengua hebrea: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro
te es dar coces contra los aguijones”.
15 Yo pregunté: “¿Quién eres, Señor?”. El Señor respondió:
“Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
16 Pero levántate y ponte de pie, porque me he aparecido
a ti para nombrarte servidor y testigo de lo que has visto de
mí y de las cosas en que me apareceré a ti.
17 Te libraré del pueblo y de los gentiles, a quienes yo te
envío
18 para abrirles los ojos, para que se vuelvan de las
tinieblas a la luz y de la autoridad de Satanás a Dios, a fin
de que reciban perdón de pecados y una herencia entre los
santificados por la fe en mí”.

Pablo obedece a la visión

19 Por eso, rey Agripa, no fui desobediente a la visión
celestial,
20 sino que anuncié primero a los de Damasco, luego a los
de Jerusalén y de toda la región de Judea, y también a los
gentiles, que se arrepintieran y se volvieran a Dios,
realizando obras dignas del arrepentimiento.
21 Por esto los judíos me apresaron en el templo e
intentaban matarme.
22 Pero, con la ayuda de Dios, sigo hasta este día dando
testimonio a pequeños y grandes, sin decir nada fuera de lo
que los profetas y Moisés anunciaron que había de suceder:
23 que el Cristo sufriría y que, siendo el primero en
resucitar de entre los muertos, anunciaría luz tanto al
pueblo como a los gentiles».

Las respuestas de Festo y Agripa al testimonio

24 Mientras decía estas cosas en su defensa, Festo
exclamó con fuerte voz: «¡Estás loco, Pablo! Tanto estudio
te está llevando a la locura».
25 Pero Pablo respondió: «No estoy loco, excelentísimo
Festo; pronuncio palabras de verdad y de sensatez.
26 El rey conoce estas cosas, y por eso le hablo con
confianza. Estoy convencido de que nada de esto le pasa
inadvertido, porque no sucedió en un rincón.
27 Rey Agripa, ¿cree usted a los profetas? Yo sé que cree».
28 Agripa dijo a Pablo: «¿En tan poco tiempo me
persuades a hacerme cristiano?».

29 Pablo respondió: «Quisiera Dios que, en poco tiempo o
en mucho, no solo usted, sino también todos los que hoy me
escuchan llegaran a ser como yo, excepto por estas
cadenas».
30 Entonces se levantaron el rey, el gobernador, Berenice
y los que estaban sentados con ellos.
31 Al retirarse, conversaban unos con otros y decían:
«Este hombre no hace nada que merezca muerte o prisión».
32 Agripa dijo a Festo: «Este hombre podría haber sido
puesto en libertad si no hubiera apelado al César».

27

Pablo es enviado a Roma
1 Cuando se decidió que navegáramos hacia Italia,
entregaron a Pablo y a otros presos a un centurión llamado
Julio, de la compañía Augusta.
2 Subimos a un barco de Adramitio que iba a navegar
hacia los puertos de Asia y zarpamos. Nos acompañaba
Aristarco, un macedonio de Tesalónica.
3 Al día siguiente llegamos a Sidón. Julio trató a Pablo con
bondad y le permitió ir a sus amigos para recibir sus
cuidados.
4 Zarpamos de allí y navegamos al resguardo de Chipre,
porque los vientos eran contrarios.
5 Después de atravesar el mar frente a Cilicia y Panfilia,
llegamos a Mira de Licia.
6 Allí el centurión encontró un barco de Alejandría que
navegaba hacia Italia y nos hizo subir a bordo.
7 Durante muchos días navegamos lentamente y apenas
logramos llegar frente a Gnido. Como el viento no nos
permitía avanzar, navegamos al resguardo de Creta, frente
a Salmón.
8 La costeamos con dificultad y llegamos a un lugar
llamado Buenos Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de
Lasea.

La advertencia sobre la continuación del viaje
9 Había pasado bastante tiempo y la navegación ya era
peligrosa, porque incluso había pasado el Ayuno. Pablo les
advertía,
10 diciendo: «Hombres, veo que la travesía va a traer
daños y grandes pérdidas, no solo para la carga y el barco,
sino también para nuestras vidas».
11 Pero el centurión confiaba más en el piloto y en el
dueño del barco que en lo que Pablo decía.
12 Como el puerto no era adecuado para pasar el
invierno, la mayoría decidió zarpar de allí, por si lograban

llegar a Fenice y pasar allí el invierno. Era un puerto de Creta orientado al suroeste y al noroeste.

La tempestad en el mar

13 Cuando comenzó a soplar suavemente un viento del sur, pensaron que habían logrado su propósito. Levaron anclas y navegaban cerca de la costa de Creta.
14 Pero poco después se precipitó desde la isla un viento huracanado llamado Euráquilo.
15 El barco fue arrastrado y no podía hacer frente al viento, así que cedimos y nos dejamos llevar.
16 Pasamos al resguardo de una pequeña isla llamada Cauda y apenas pudimos asegurar el bote.
17 Después de izarlo, utilizaron cuerdas de refuerzo para ceñir el barco. Como temían encallar en la Sirte, bajaron el aparejo y así se dejaban llevar.
18 La tormenta nos azotaba con tal fuerza que al día siguiente comenzaron a arrojar la carga al mar.
19 Al tercer día, con sus propias manos arrojaron el equipo del barco.
20 Durante muchos días no aparecieron ni el sol ni las estrellas, y nos acosaba una fuerte tempestad. Finalmente se iba perdiendo toda esperanza de salvarnos.
21 Llevaban mucho tiempo sin comer. Entonces Pablo se puso de pie en medio de ellos y dijo: «Hombres, debieron hacerme caso y no zarpar de Creta; así se habrían ahorrado estos daños y pérdidas.

La promesa de Dios en medio de la tormenta

22 Pero ahora les aconsejo que tengan ánimo, porque ninguno de ustedes perderá la vida; solo se perderá el barco.
23 Porque esta noche se presentó junto a mí un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo,
24 y me dijo: “No temas, Pablo; debes comparecer ante el César. Mira, Dios te ha concedido a todos los que navegan contigo”.
25 Por eso, hombres, tengan ánimo, porque le creo a Dios: sucederá tal como se me ha dicho.
26 Pero tenemos que encallar en alguna isla».
27 Cuando llegó la decimocuarta noche, mientras éramos llevados de un lado a otro por el mar Adriático, hacia la medianoche los marineros sospecharon que se acercaban a tierra.
28 Echaron la sonda y encontraron unos treinta y siete metros de profundidad. Un poco más adelante volvieron a echarla y encontraron unos veintisiete metros.

29 Temiendo que fuéramos a dar contra las rocas, echaron
cuatro anclas por la popa y rogaban que amaneciera.
30 Los marineros intentaban huir del barco y bajaron el
bote al mar, con el pretexto de que iban a echar anclas
desde la proa.
31 Pablo dijo al centurión y a los soldados: «Si estos no
permanecen en el barco, ustedes no pueden salvarse».
32 Entonces los soldados cortaron las cuerdas del bote y lo
dejaron caer.
33 Cuando estaba por amanecer, Pablo animaba a todos a
comer, diciendo: «Hoy hace catorce días que permanecen a
la espera y sin comer, sin haber tomado nada.
34 Por eso les ruego que coman, porque esto es necesario
para su salvación; no se perderá ni un cabello de la cabeza
de ninguno de ustedes».
35 Después de decir esto, tomó pan, dio gracias a Dios
delante de todos, lo partió y comenzó a comer.
36 Entonces todos cobraron ánimo y también comieron.
37 Éramos en total doscientas setenta y seis personas en el
barco.
38 Después de comer hasta quedar satisfechos, aligeraban
el barco arrojando el trigo al mar.

El naufragio

39 Cuando se hizo de día, no reconocían la tierra, pero
divisaban una bahía con una playa, en la que pensaban
varar el barco si podían.
40 Soltaron las anclas y las dejaron en el mar; al mismo
tiempo desataron las amarras de los timones, izaron la vela
de proa al viento y se dirigieron hacia la playa.
41 Pero dieron en un lugar donde se encontraban dos
corrientes y encallaron el barco. La proa quedó clavada e
inmóvil, mientras la popa se deshacía por la violencia del
mar.
42 Los soldados decidieron matar a los presos, para que
ninguno escapara nadando.
43 Pero el centurión, que quería salvar a Pablo, les
impidió llevar a cabo su propósito. Ordenó que los que
sabían nadar se lanzaran primero al agua y salieran a
tierra,
44 y que los demás lo hicieran unos sobre tablas y otros
sobre restos del barco. Así todos llegaron a salvo a tierra.

28

Pablo en la isla de Malta

1 Cuando estuvimos a salvo, supimos que la isla se
llamaba Malta.
2 Los habitantes de la isla nos mostraron una bondad
extraordinaria. Encendieron una fogata y nos recibieron a
todos, a causa de la lluvia que caía y del frío.
3 Pablo había recogido un manojo de ramas secas y lo
echó al fuego. Una víbora salió por el calor y se le prendió
de la mano.
4 Cuando los habitantes de la isla vieron el animal
colgando de su mano, se decían unos a otros: «Sin duda este
hombre es un asesino: aunque se ha salvado del mar, la
justicia no le permite vivir».
5 Pero él sacudió el animal en el fuego y no sufrió ningún
daño.
6 Ellos esperaban que se hinchara o que cayera muerto de
repente. Después de esperar mucho y ver que no le sucedía
nada malo, cambiaron de opinión y decían que era un dios.
7 Cerca de aquel lugar había propiedades del principal de
la isla, llamado Publio. Él nos recibió y nos hospedó
amablemente durante tres días.
8 El padre de Publio estaba postrado en cama, aquejado
de fiebres y disentería. Pablo entró a verlo, oró, le impuso
las manos y lo sanó.
9 Después de esto, también los demás enfermos de la isla
acudían y eran sanados.
10 Nos honraron con muchas atenciones y, cuando
zarpamos, nos proveyeron de lo necesario.

Pablo llega a Roma

11 Pasados tres meses, zarpamos en un barco de
Alejandría que había pasado el invierno en la isla y que
tenía como emblema a Cástor y Pólux.
12 Llegamos a Siracusa y permanecimos allí tres días.
13 Desde allí levamos anclas y llegamos a Regio. Un día
después comenzó a soplar el viento del sur, y al segundo
día llegamos a Puteoli.
14 Allí encontramos a unos hermanos que nos invitaron a
permanecer con ellos siete días. Y así llegamos a Roma.
15 Los hermanos de allí, al enterarse de nosotros, salieron
a nuestro encuentro hasta el Foro de Apio y las Tres
Tabernas. Al verlos, Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimo.
16 Cuando entramos en Roma, se permitió a Pablo vivir
aparte, con el soldado que lo custodiaba.

Pablo predica en Roma

17 Tres días después convocó a los principales de los
judíos. Cuando se reunieron, les dijo: «Hermanos, aunque

no he hecho nada contra el pueblo ni contra las costumbres
de nuestros padres, fui entregado preso desde Jerusalén en
manos de los romanos.
18 Ellos me interrogaron y querían dejarme en libertad,
porque no había en mí ningún motivo para darme muerte.
19 Pero, como los judíos se oponían, me vi obligado a
apelar al César, sin que tenga nada de qué acusar a mi
nación.
20 Por eso les he pedido verlos y hablar con ustedes,
porque llevo esta cadena por la esperanza de Israel».
21 Ellos le respondieron: «No hemos recibido cartas de
Judea acerca de ti, ni ha llegado ninguno de los hermanos
para informar o decir algo malo de ti.
22 Pero queremos escuchar de ti lo que piensas, porque
sabemos que en todas partes se habla contra esta secta».

El anuncio de Jesús y las respuestas en Roma

23 Fijaron un día con él y acudieron en mayor número al
lugar donde se hospedaba. Desde la mañana hasta la tarde
les exponía el reino de Dios y daba solemne testimonio de
él, tratando de persuadirlos acerca de Jesús a partir de la
ley de Moisés y de los Profetas.
24 Unos se dejaban persuadir por lo que decía, pero otros
no creían.
25 Como no estaban de acuerdo entre sí, comenzaron a
retirarse, después de que Pablo dijo estas palabras: «Bien
habló el Espíritu Santo a sus padres por medio del profeta
Isaías,
26 diciendo: "Ve a este pueblo y di: Oirán y oirán, pero no
entenderán; mirarán y mirarán, pero no percibirán.
27 Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto
insensible; con los oídos han oído con dificultad y han
cerrado sus ojos, para no ver con los ojos, ni oír con los
oídos, ni entender con el corazón, ni volverse, y que yo los
sane".
28 Sepan, pues, que esta salvación de Dios ha sido enviada
a los gentiles; ellos sí escucharán».
29 [Después de que él dijo esto, los judíos se fueron,
discutiendo mucho entre ellos.]

El evangelio continúa anunciándose en Roma

30 Permaneció dos años enteros en un alojamiento que él
mismo alquilaba y recibía a todos los que venían a él,
31 proclamando el reino de Dios y enseñando lo referente
al Señor Jesucristo, con toda valentía y sin impedimento.

Romanos

Pablo saluda a los creyentes de Roma

1 Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol,
apartado para el evangelio de Dios,
2 que él había prometido de antemano por medio de sus
profetas en las santas Escrituras,
3 acerca de su Hijo, que nació de la descendencia de
David según la carne
4 y fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu
de santidad, por la resurrección de entre los muertos:
Jesucristo, nuestro Señor.
5 Por medio de él recibimos gracia y apostolado para la
obediencia de la fe entre todas las naciones, por causa de
su nombre;
6 entre ellas están también ustedes, llamados a pertenecer
a Jesucristo.
7 A todos los que están en Roma, amados de Dios,
llamados a ser santos: gracia y paz a ustedes de parte de
Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Deseo de Pablo de visitar Roma

8 Ante todo doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo
por todos ustedes, porque su fe se proclama en todo el
mundo.
9 Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su
Hijo, es testigo de cómo los recuerdo sin cesar,
10 siempre en mis oraciones, rogando que al fin, de
alguna manera, por la voluntad de Dios, logre ir a ustedes.
11 Porque anhelo verlos para compartir con ustedes algún
don espiritual, a fin de que sean fortalecidos;
12 es decir, para que nos animemos mutuamente por la fe
que compartimos ustedes y yo.
13 No quiero que ignoren, hermanos, que muchas veces
me propuse ir a ustedes, pero hasta ahora me lo han
impedido, para recoger algún fruto también entre ustedes,
como entre los demás gentiles.
14 Tengo una deuda con griegos y no griegos, con sabios y
con ignorantes.
15 Por eso, por mi parte, estoy dispuesto a anunciar el
evangelio también a ustedes que están en Roma.

El poder del evangelio

16 Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es poder
de Dios para salvación de todo el que cree: del judío
primero y también del griego.
17 Porque en él se revela la justicia de Dios, por fe y para
fe, como está escrito: «El justo vivirá por la fe».

El rechazo del Creador y sus consecuencias

18 La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda
impiedad e injusticia de los seres humanos que reprimen la
verdad con su injusticia.
19 Porque lo que se puede conocer de Dios es evidente
entre ellos, pues Dios se lo ha manifestado.
20 Desde la creación del mundo, sus cualidades invisibles,
su poder eterno y su divinidad, se perciben claramente al
comprenderlas por medio de lo creado, de modo que no
tienen excusa.
21 Porque, aunque conocieron a Dios, no lo glorificaron
como a Dios ni le dieron gracias. Al contrario, se volvieron
vanos en sus razonamientos y su corazón insensato se
oscureció.
22 Profesando ser sabios, se hicieron necios;
23 cambiaron la gloria del Dios incorruptible por
imágenes semejantes al ser humano corruptible, a aves, a
cuadrúpedos y a reptiles.
24 Por eso Dios los entregó a la impureza en los deseos de
sus corazones, de modo que deshonraron sus cuerpos entre
sí.
25 Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y
veneraron y sirvieron a la creación en lugar de al Creador,
que es bendito por los siglos. Amén.
26 Por esto Dios los entregó a pasiones deshonrosas. Sus
mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que son
contrarias a la naturaleza;
27 del mismo modo, también los hombres abandonaron
las relaciones naturales con la mujer y ardieron en su
deseo unos por otros. Hombres con hombres cometían
actos vergonzosos y recibían en sí mismos la retribución
debida a su extravío.
28 Y como no consideraron digno conservar el
conocimiento de Dios, Dios los entregó a una mente
reprobada, para hacer lo que no conviene.
29 Están llenos de toda injusticia, perversidad, codicia y
maldad; colmados de envidia, homicidio, rivalidad, engaño
y malicia; son murmuradores,
30 calumniadores, enemigos de Dios, insolentes,
soberbios, arrogantes, inventores de males, desobedientes
a sus padres,

31 insensatos, desleales, sin afecto natural y sin
misericordia.
32 Aunque conocen el justo decreto de Dios, que quienes
practican tales cosas merecen la muerte, no solo las hacen,
sino que también aprueban a quienes las practican.

2

El justo juicio de Dios

1 Por tanto, no tienes excusa, quienquiera que seas tú que
juzgas. Porque al juzgar a otro te condenas a ti mismo,
pues tú que juzgas practicas las mismas cosas.
2 Sabemos que el juicio de Dios contra los que practican
tales cosas es conforme a la verdad.
3 Y tú, que juzgas a los que practican esas cosas y las
haces tú mismo, ¿piensas que escaparás del juicio de Dios?
4 ¿O desprecias la riqueza de su bondad, tolerancia y
paciencia, sin reconocer que la bondad de Dios te guía al
arrepentimiento?
5 Pero por tu dureza y tu corazón que no se arrepiente
acumulas ira para ti mismo, para el día de la ira y de la
revelación del justo juicio de Dios,
6 quien dará a cada uno según sus obras:
7 vida eterna a los que, perseverando en hacer el bien,
buscan gloria, honor e inmortalidad;
8 pero ira y furor a los que actúan por egoísmo y
desobedecen la verdad, mientras obedecen la injusticia.
9 Habrá aflicción y angustia para todo ser humano que
hace el mal, para el judío primero y también para el griego;
10 pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien,
para el judío primero y también para el griego.
11 Porque Dios no hace acepción de personas.
12 Todos los que pecaron sin la ley, sin la ley también
perecerán; y todos los que pecaron bajo la ley serán
juzgados por la ley
13 (pues no son justos ante Dios los que oyen la ley, sino
que serán justificados los que la cumplen.
14 Porque cuando los gentiles, que no tienen la ley, hacen
por naturaleza lo que la ley exige, ellos, aunque no tienen
la ley, son ley para sí mismos.
15 Muestran que la obra de la ley está escrita en sus
corazones; su conciencia da testimonio, y sus propios
razonamientos los acusan o también los defienden)
16 en el día en que, conforme a mi evangelio, Dios juzgará
por medio de Cristo Jesús los secretos de los seres humanos.

Los judíos y la ley

17 Pero si tú llevas el nombre de judío, te apoyas en la ley
y te glorías en Dios,
18 conoces su voluntad y apruebas lo mejor, porque has
sido instruido por la ley,
19 y estás convencido de ser guía de los ciegos, luz de los
que están en oscuridad,
20 instructor de los necios y maestro de los niños, y tienes
en la ley la expresión del conocimiento y de la verdad,
21 entonces tú, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti
mismo? Tú, que predicas que no se debe robar, ¿robas?
22 Tú, que dices que no se debe cometer adulterio,
¿cometes adulterio? Tú, que aborreces los ídolos, ¿saqueas
templos?
23 Tú, que te glorías en la ley, ¿deshonras a Dios al
transgredir la ley?
24 Porque, como está escrito, «el nombre de Dios es
blasfemado entre los gentiles por causa de ustedes».

La circuncisión y el corazón

25 La circuncisión tiene valor si practicas la ley; pero si
transgredes la ley, tu circuncisión se ha convertido en
incircuncisión.
26 Por tanto, si el incircunciso guarda los preceptos de la
ley, ¿no se le contará su incircuncisión como circuncisión?
27 Y el que es incircunciso por naturaleza y cumple la ley
te juzgará a ti, que, a pesar de tener la letra y la
circuncisión, transgredes la ley.
28 Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni es
circuncisión la que se hace exteriormente en la carne,
29 sino que es judío el que lo es interiormente, y la
circuncisión es la del corazón, en el Espíritu y no en la letra.
Su alabanza no procede de los seres humanos, sino de Dios.

3

El privilegio de Israel y la fidelidad de Dios

1 Entonces, ¿qué ventaja tiene el judío? ¿O cuál es el
beneficio de la circuncisión?
2 Mucho, en todos los sentidos. En primer lugar, se les
confiaron las palabras de Dios.
3 ¿Y qué si algunos fueron infieles? ¿Acaso su infidelidad
anulará la fidelidad de Dios?
4 ¡De ningún modo! Sea Dios veraz y todo hombre
mentiroso, como está escrito: «Para que seas reconocido
justo en tus palabras y venzas cuando seas juzgado».

5 Pero, si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de
Dios, ¿qué diremos? ¿Es injusto Dios cuando descarga su
ira? Hablo en términos humanos.
6 ¡De ningún modo! De lo contrario, ¿cómo juzgará Dios al
mundo?
7 Pero, si por mi mentira la verdad de Dios ha abundado
para su gloria, ¿por qué todavía se me juzga como pecador?
8 ¿Y por qué no decir, como nos calumnian y algunos
afirman que decimos: «Hagamos el mal para que venga el
bien»? La condenación de ellos es justa.

La culpa humana a la luz de las Escrituras

9 Entonces, ¿qué? ¿Tenemos ventaja? De ninguna manera;
porque ya hemos acusado a judíos y griegos de estar todos
bajo el pecado,
10 como está escrito:
«No hay justo, ni aun uno;
11 no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios.
12 Todos se desviaron, juntos se volvieron inútiles.
No hay quien haga el bien, no hay ni aun uno.
13 Su garganta es un sepulcro abierto;
con sus lenguas engañaban.
Veneno de víboras hay bajo sus labios.
14 Su boca está llena de maldición y amargura.
15 Sus pies son veloces para derramar sangre;
16 destrucción y miseria hay en sus caminos,
17 y no han conocido el camino de la paz.
18 No hay temor de Dios delante de sus ojos».
19 Sabemos que todo lo que dice la ley, lo dice a los que
están bajo la ley, para que toda boca quede cerrada y todo
el mundo quede sujeto al juicio de Dios.
20 Porque por las obras de la ley ningún ser humano será
justificado ante él, pues por medio de la ley viene el
conocimiento del pecado.

La justicia es por medio de la fe

21 Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la
justicia de Dios, de la que dan testimonio la Ley y los
Profetas:
22 la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para
todos los que creen. Porque no hay distinción:
23 todos pecaron y carecen de la gloria de Dios,
24 y son justificados gratuitamente por su gracia,
mediante la redención que hay en Cristo Jesús.
25 Dios lo presentó como sacrificio de propiciación
mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia,

porque había pasado por alto los pecados cometidos anteriormente,
26 en la paciencia de Dios, a fin de mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser él justo y el que justifica al que tiene fe en Jesús.

Una misma salvación para judíos y gentiles
27 ¿Dónde queda entonces la jactancia? Queda excluida. ¿Por qué ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.
28 Porque consideramos que el ser humano es justificado por la fe, aparte de las obras de la ley.
29 ¿O es Dios solamente de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? Sí, también de los gentiles,
30 puesto que Dios es uno, y justificará a los circuncisos por la fe y a los incircuncisos mediante la fe.
31 Entonces, ¿anulamos la ley por medio de la fe? ¡De ningún modo! Más bien, confirmamos la ley.

4

El ejemplo de Abraham
1 ¿Qué diremos, entonces, que descubrió Abraham, nuestro antepasado según la carne?
2 Porque, si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué jactarse, pero no ante Dios.
3 Pues ¿qué dice la Escritura? «Abraham creyó a Dios, y le fue contado como justicia».
4 Al que trabaja, el salario no se le cuenta como un favor, sino como una deuda.
5 Pero al que no trabaja, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada como justicia.

David y la dicha del perdón
6 Así también David habla de la dicha del ser humano a quien Dios cuenta justicia aparte de las obras:
7 «Dichosos aquellos cuyas maldades fueron perdonadas y
cuyos pecados fueron cubiertos.
8 Dichoso el hombre a quien el Señor no le tenga en cuenta
el pecado».

La fe antes de la circuncisión
9 Entonces, ¿esta dicha es para los circuncisos o también para los incircuncisos? Porque decimos: «A Abraham la fe le fue contada como justicia».
10 ¿Cómo le fue contada? ¿Cuando estaba circuncidado o cuando era incircunciso? No estando circuncidado, sino siendo incircunciso.

11 Recibió la señal de la circuncisión como sello de la
justicia de la fe que tuvo siendo incircunciso, para ser
padre de todos los que creen sin estar circuncidados, a fin
de que también a ellos se les cuente la justicia;
12 y padre de la circuncisión para los que no solo son
circuncisos, sino que también siguen las huellas de la fe que
tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado.

La promesa realizada mediante la fe

13 Porque la promesa de que sería heredero del mundo
no llegó a Abraham ni a su descendencia por medio de la
ley, sino por medio de la justicia de la fe.
14 Si los herederos son los que proceden de la ley, la fe
queda vacía y la promesa queda anulada.
15 Porque la ley produce ira; pero donde no hay ley,
tampoco hay transgresión.
16 Por eso es por fe, para que sea conforme a la gracia y la
promesa quede asegurada a toda la descendencia: no solo a
la que procede de la ley, sino también a la que procede de
la fe de Abraham, que es padre de todos nosotros,
17 como está escrito: «Te he puesto por padre de muchas
naciones». Lo es ante Dios, en quien creyó, el que da vida a
los muertos y llama a las cosas que no existen como si
existieran.

Abraham confía en el Dios que cumple

18 Contra toda esperanza, creyó con esperanza, para
llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que
se le había dicho: «Así será tu descendencia».
19 Sin debilitarse en la fe, consideró su propio cuerpo, ya
como muerto, pues tenía unos cien años, y la falta de vida
del vientre de Sara.
20 No vaciló por incredulidad ante la promesa de Dios,
sino que fue fortalecido en la fe, dando gloria a Dios
21 y plenamente convencido de que él podía también
cumplir lo que había prometido.
22 Por eso le fue contado como justicia.

La resurrección de Jesús y nuestra justificación

23 Pero no solo por él se escribió que le fue contado,
24 sino también por nosotros, a quienes se nos contará: a
los que creemos en aquel que resucitó de entre los muertos
a Jesús, nuestro Señor,
25 que fue entregado por nuestras transgresiones y
resucitado para nuestra justificación.

5

Resultados de la justificación

1 Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por
medio de nuestro Señor Jesucristo.
2 Por medio de él también hemos obtenido, por la fe,
acceso a esta gracia en la que permanecemos firmes, y nos
gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.
3 Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las
aflicciones, sabiendo que la aflicción produce
perseverancia;
4 la perseverancia, carácter probado; y el carácter
probado, esperanza.
5 La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha
sido derramado en nuestros corazones por medio del
Espíritu Santo que nos fue dado.

El amor de Dios hacia los pecadores

6 Porque, cuando todavía éramos débiles, Cristo murió a
su debido tiempo por los impíos.
7 Apenas alguien moriría por un justo, aunque por una
persona buena quizá alguien se atrevería a morir.
8 Pero Dios demuestra su propio amor por nosotros en
que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.
9 Con mucha más razón, ahora que hemos sido
justificados por su sangre, seremos salvados de la ira por
medio de él.
10 Porque, si cuando éramos enemigos fuimos
reconciliados con Dios mediante la muerte de su Hijo, con
mucha más razón, estando reconciliados, seremos salvados
por su vida.
11 Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios
por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora
hemos recibido la reconciliación.

Adán y Cristo

12 Por eso, así como por medio de un hombre entró el
pecado en el mundo y, por medio del pecado, la muerte, así
la muerte se extendió a todos los seres humanos, porque
todos pecaron.
13 Pues antes de la ley había pecado en el mundo, pero el
pecado no se toma en cuenta cuando no hay ley.
14 Sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés,
incluso sobre los que no habían pecado a semejanza de la
transgresión de Adán, quien es figura del que había de
venir.

15 Pero el don no es como la transgresión. Porque, si por
la transgresión de uno murieron los muchos, con mucha
más razón abundaron para los muchos la gracia de Dios y
el regalo dado por la gracia de un solo hombre, Jesucristo.
16 Tampoco el regalo es como lo que vino por uno que
pecó. Porque el juicio partió de una sola transgresión y
llevó a condenación; pero el don partió de muchas
transgresiones y llevó a justificación.
17 Porque, si por la transgresión de uno la muerte reinó
por medio de ese uno, con mucha más razón reinarán en
vida por medio de uno solo, Jesucristo, los que reciben la
abundancia de la gracia y del don de la justicia.
18 Así pues, como por una sola transgresión vino la
condenación a todos los seres humanos, así también por un
solo acto de justicia vino a todos los seres humanos la
justificación que da vida.
19 Porque, así como por la desobediencia de un solo
hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así
también por la obediencia de uno solo los muchos serán
constituidos justos.
20 La ley se introdujo para que aumentara la transgresión;
pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia,
21 para que, así como el pecado reinó en la muerte,
también la gracia reine mediante la justicia para vida
eterna, por medio de Jesucristo nuestro Señor.

6

Muertos al pecado

1 ¿Qué diremos, entonces? ¿Seguiremos en el pecado para
que abunde la gracia?
2 ¡De ningún modo! Los que hemos muerto al pecado,
¿cómo seguiremos viviendo en él?
3 ¿O ignoran que todos los que fuimos bautizados en
Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte?
4 Por tanto, fuimos sepultados con él mediante el
bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue
resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre,
también nosotros andemos en vida nueva.
5 Porque, si hemos sido unidos a él en la semejanza de su
muerte, también lo seremos en la de su resurrección.
6 Sabemos esto: nuestro viejo hombre fue crucificado con
él, para que el cuerpo de pecado quede sin poder y ya no
seamos esclavos del pecado;
7 porque el que ha muerto ha quedado absuelto del
pecado.

8 Si hemos muerto con Cristo, creemos que también
viviremos con él,
9 pues sabemos que Cristo, resucitado de entre los
muertos, ya no muere; la muerte ya no tiene dominio sobre
él.
10 Porque, en cuanto murió, murió al pecado una vez
para siempre; pero, en cuanto vive, vive para Dios.
11 Así también ustedes considérense muertos al pecado,
pero vivos para Dios en Cristo Jesús.

El cuerpo al servicio de Dios

12 Por tanto, que el pecado no reine en su cuerpo mortal,
de modo que obedezcan sus deseos.
13 Tampoco presenten sus miembros al pecado como
armas de injusticia. Más bien, preséntense ustedes mismos
a Dios como vivos de entre los muertos, y sus miembros a
Dios como armas de justicia.
14 Porque el pecado no tendrá dominio sobre ustedes,
pues no están bajo la ley, sino bajo la gracia.

Siervos de la justicia

15 ¿Qué, entonces? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la
ley, sino bajo la gracia? ¡De ningún modo!
16 ¿No saben que, cuando se presentan a alguien como
esclavos para obedecerlo, son esclavos de aquel a quien
obedecen, ya sea del pecado, que lleva a la muerte, o de la
obediencia, que lleva a la justicia?
17 Pero gracias a Dios, porque, aunque eran esclavos del
pecado, obedecieron de corazón a la forma de enseñanza a
la que fueron entregados.
18 Liberados del pecado, fueron hechos esclavos de la
justicia.
19 Hablo en términos humanos por la debilidad de su
carne. Así como presentaron sus miembros como esclavos
a la impureza y a la iniquidad para practicar la iniquidad,
así ahora presenten sus miembros como esclavos a la
justicia para santificación.
20 Porque, cuando eran esclavos del pecado, eran libres
respecto de la justicia.
21 ¿Qué fruto obtenían entonces de las cosas de las que
ahora se avergüenzan? Porque el fin de esas cosas es la
muerte.
22 Pero ahora, liberados del pecado y hechos esclavos de
Dios, tienen su fruto para santificación, y como fin, la vida
eterna.
23 Porque la paga del pecado es muerte, pero el don de
Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.

7

Analogía tomada del matrimonio

1 ¿O ignoran, hermanos —hablo a quienes conocen la
ley—, que la ley tiene dominio sobre una persona mientras
vive?
2 La mujer casada está ligada por la ley a su esposo
mientras él vive; pero, si el esposo muere, queda libre de la
ley que la unía a él.
3 Así que, si se une a otro hombre mientras vive su
esposo, será llamada adúltera. Pero, si el esposo muere,
queda libre de la ley y no es adúltera al unirse a otro
hombre.
4 Así también ustedes, hermanos míos, han muerto a la
ley mediante el cuerpo de Cristo, para pertenecer a otro, al
que fue resucitado de entre los muertos, a fin de que demos
fruto para Dios.
5 Porque, cuando estábamos en la carne, las pasiones
pecaminosas que actuaban por medio de la ley obraban en
nuestros miembros para dar fruto para la muerte.
6 Pero ahora hemos quedado libres de la ley, habiendo
muerto a aquello que nos tenía sujetos, para que sirvamos
de la manera nueva del Espíritu y no de la manera antigua
de la letra.

La Ley revela el poder del pecado

7 ¿Qué diremos, entonces? ¿La ley es pecado? ¡De ningún
modo! Sin embargo, no habría conocido el pecado sino por
medio de la ley; tampoco habría conocido la codicia si la
ley no dijera: «No codiciarás».
8 Pero el pecado aprovechó la ocasión por medio del
mandamiento y produjo en mí toda clase de codicia.
Porque, aparte de la ley, el pecado está muerto.
9 Yo vivía en otro tiempo aparte de la ley; pero, cuando
vino el mandamiento, el pecado revivió
10 y yo morí. Así, el mandamiento que era para vida
resultó para mí en muerte.
11 Porque el pecado aprovechó la ocasión por medio del
mandamiento, me engañó y, por medio de él, me mató.
12 Así que la ley es santa, y el mandamiento es santo,
justo y bueno.
13 Entonces, ¿lo que es bueno se convirtió en muerte para
mí? ¡De ningún modo! Fue el pecado, para mostrarse como
pecado, el que por medio de lo bueno produjo mi muerte, a
fin de que por medio del mandamiento el pecado llegara a
ser extremadamente pecaminoso.

La lucha entre querer el bien y hacerlo

14 Porque sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy de
carne, vendido bajo el pecado.
15 No entiendo lo que hago, porque no practico lo que
quiero, sino que hago lo que odio.
16 Si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la ley en
que es buena.
17 Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que
habita en mí.
18 Porque sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita el
bien. Querer el bien está en mí, pero no el realizarlo.
19 Porque no hago el bien que quiero, sino que practico el
mal que no quiero.
20 Si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace,
sino el pecado que habita en mí.
21 Encuentro, pues, esta ley: cuando quiero hacer el bien,
el mal está presente en mí.
22 Porque en mi ser interior me deleito en la ley de Dios,
23 pero veo en mis miembros otra ley que lucha contra la
ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que
está en mis miembros.

La liberación que viene de Jesucristo

24 ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de
muerte?
25 ¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!
Así pues, yo mismo sirvo con la mente a la ley de Dios, pero
con la carne a la ley del pecado.

8

Viviendo en el Espíritu

1 Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que
están en Cristo Jesús.
2 Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha
liberado de la ley del pecado y de la muerte.
3 Pues lo que la ley no podía hacer, debilitada por la
carne, lo hizo Dios: al enviar a su propio Hijo en semejanza
de carne de pecado y como ofrenda por el pecado, condenó
al pecado en la carne,
4 para que la justa exigencia de la ley se cumpliera en
nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino
conforme al Espíritu.
5 Porque los que viven conforme a la carne ponen su
mente en las cosas de la carne, pero los que viven
conforme al Espíritu, en las cosas del Espíritu.

6 La mente puesta en la carne es muerte, pero la mente
puesta en el Espíritu es vida y paz.
7 Porque la mente puesta en la carne es enemistad contra
Dios, pues no se somete a la ley de Dios, ni siquiera puede
hacerlo.
8 Y los que están en la carne no pueden agradar a Dios.
9 Pero ustedes no están en la carne, sino en el Espíritu, si
es que el Espíritu de Dios habita en ustedes. Si alguien no
tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece.
10 Si Cristo está en ustedes, el cuerpo está muerto a causa
del pecado, pero el espíritu tiene vida a causa de la justicia.
11 Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los
muertos habita en ustedes, aquel que resucitó a Cristo
Jesús de entre los muertos dará vida también a sus cuerpos
mortales, porque su Espíritu habita en ustedes.
12 Así pues, hermanos, somos deudores, pero no de la
carne para vivir conforme a la carne.
13 Porque si viven conforme a la carne, morirán; pero si
por el Espíritu hacen morir las obras del cuerpo, vivirán.
14 Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios
son hijos de Dios.

Hijos y herederos de Dios

15 No recibieron un espíritu de esclavitud para volver al
temor, sino que recibieron el Espíritu de adopción, por el
cual clamamos: «¡Abba, Padre!».
16 El Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro
espíritu de que somos hijos de Dios.
17 Y si somos hijos, también somos herederos: herederos
de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos con
él, para que también seamos glorificados con él.

El sufrimiento presente y la gloria futura

18 Considero que los sufrimientos del tiempo presente no
son comparables con la gloria que ha de revelarse en
nosotros.
19 Porque la creación espera con profundo anhelo la
revelación de los hijos de Dios.
20 La creación fue sometida a la vanidad, no por su
propia voluntad, sino por causa del que la sometió, con la
esperanza
21 de que también la creación misma será liberada de la
esclavitud de la corrupción a la libertad gloriosa de los
hijos de Dios.
22 Porque sabemos que toda la creación gime y sufre
unida dolores de parto hasta ahora.

23 Y no solo ella, sino también nosotros mismos, que
tenemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro
interior, esperando la adopción, la redención de nuestro
cuerpo.
24 Porque en esperanza fuimos salvos. Pero la esperanza
que se ve no es esperanza, pues ¿quién espera lo que ve?
25 Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con
perseverancia.

El Espíritu intercede en nuestra debilidad

26 De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra
debilidad. Porque no sabemos qué pedir en oración como
conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con
gemidos inexpresables.
27 El que examina los corazones conoce el sentir del
Espíritu, porque el Espíritu intercede por los santos
conforme a la voluntad de Dios.

El propósito de Dios en Cristo

28 Sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les
ayudan a bien, es decir, a los que son llamados conforme a
su propósito.
29 Porque a los que conoció de antemano, también los
predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para
que él fuera el primogénito entre muchos hermanos.
30 A los que predestinó, también los llamó; a los que
llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los
glorificó.

Dios está a favor de los suyos

31 ¿Qué diremos, entonces, ante estas cosas? Si Dios es
por nosotros, ¿quién contra nosotros?
32 El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo
entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con
él todas las cosas?
33 ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que
justifica.
34 ¿Quién es el que condena? Cristo es el que murió; más
aún, el que fue resucitado, el que está a la derecha de Dios
y también intercede por nosotros.

El amor de Cristo en toda adversidad

35 ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La aflicción,
la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el
peligro o la espada?
36 Como está escrito:
«Por causa de ti se nos da muerte todo el día;
somos considerados como ovejas para el matadero».

37 Pero en todas estas cosas somos más que vencedores
por medio de aquel que nos amó.
38 Porque estoy convencido de que ni la muerte ni la vida,
ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro,
ni los poderes,
39 ni la altura ni la profundidad, ni ninguna otra cosa
creada podrá separarnos del amor de Dios que está en
Cristo Jesús, nuestro Señor.

9

La tristeza de Pablo por Israel

1 Digo la verdad en Cristo, no miento; mi conciencia da
testimonio conmigo en el Espíritu Santo
2 de que tengo gran tristeza y un dolor incesante en mi
corazón.
3 Porque desearía ser yo mismo maldito y separado de
Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne.
4 Ellos son israelitas; a ellos pertenecen la adopción como
hijos, la gloria, los pactos, la entrega de la ley, el culto y las
promesas.
5 De ellos son los patriarcas, y de ellos procede el Cristo
según la carne, el cual está sobre todo, Dios bendito por los
siglos. Amén.

Los hijos de la promesa

6 Pero no es que haya fallado la palabra de Dios. Porque
no todos los que proceden de Israel son Israel,
7 ni todos son hijos por ser descendencia de Abraham,
sino: «Por medio de Isaac será reconocida tu
descendencia».
8 Es decir, no son los hijos de la carne los que son hijos de
Dios, sino que los hijos de la promesa son contados como
descendencia.
9 Porque esta es la palabra de la promesa: «Por este
tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo».
10 Y no solo esto, sino que también Rebeca concibió de un
solo hombre, Isaac nuestro padre.
11 Pues, antes de que nacieran y de que hicieran algo
bueno o malo, para que permaneciera el propósito de Dios
conforme a la elección,
12 no por las obras, sino por el que llama, se le dijo: «El
mayor servirá al menor».
13 Como está escrito: «A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí».

La misericordia y la justicia de Dios

14 ¿Qué diremos, entonces? ¿Hay injusticia en Dios? ¡De
ningún modo!

15 Porque dice a Moisés: «Tendré misericordia de quien
yo tenga misericordia y me compadeceré de quien yo me
compadezca».
16 Así que no depende del que quiere ni del que corre,
sino de Dios, que tiene misericordia.
17 Porque la Escritura dice al faraón: «Precisamente para
esto te levanté: para mostrar en ti mi poder y para que mi
nombre sea proclamado en toda la tierra».
18 Así pues, tiene misericordia de quien quiere, y
endurece a quien quiere.

La autoridad de Dios y su paciencia

19 Entonces me dirás: «¿Por qué todavía culpa? Porque
¿quién ha resistido a su voluntad?».
20 Pero tú, hombre, ¿quién eres para replicar a Dios?
¿Acaso lo que ha sido formado dirá al que lo formó: «¿Por
qué me hiciste así?»?
21 ¿O no tiene el alfarero autoridad sobre el barro para
hacer de la misma masa una vasija para honra y otra para
deshonra?
22 ¿Y qué si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a
conocer su poder, soportó con mucha paciencia vasijas de
ira preparadas para destrucción,
23 y para dar a conocer la riqueza de su gloria sobre
vasijas de misericordia que preparó de antemano para
gloria,

El llamamiento de judíos y gentiles

24 a quienes también llamó, a nosotros, no solo de entre
los judíos, sino también de entre los gentiles?
25 Como también dice en Oseas:
«Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y amada a la
que no era amada».
26 «Y en el lugar donde se les dijo: "Ustedes no son mi
pueblo", allí serán llamados hijos del Dios vivo».

27 Isaías clama acerca de Israel:
«Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena
del mar, el remanente será salvo;
28 porque el Señor ejecutará su sentencia sobre la tierra de
manera completa y sin demora».
29 Y como Isaías había dicho antes:
«Si el Señor de los Ejércitos no nos hubiera dejado
descendencia, habríamos llegado a ser como Sodoma
y nos habríamos parecido a Gomorra».

La justicia que es por fe

30 ¿Qué diremos, entonces? Que los gentiles, que no
perseguían la justicia, alcanzaron justicia, la justicia que
procede de la fe;
31 pero Israel, que perseguía una ley de justicia, no
alcanzó esa ley.
32 ¿Por qué? Porque no la buscaban por la fe, sino como si
fuera por las obras. Tropezaron con la piedra de tropiezo,
33 como está escrito: «He aquí, pongo en Sion una piedra
de tropiezo y una roca que hace caer; pero el que cree en él
no será avergonzado».

10

El anhelo de Pablo por la salvación de Israel

1 Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios
por ellos es que sean salvos.
2 Porque doy testimonio a su favor de que tienen celo por
Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento.
3 Pues, al desconocer la justicia de Dios y procurar
establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de
Dios.
4 Porque Cristo es el fin de la ley, para justicia de todo el
que cree.

La justicia y la palabra de fe

5 Moisés escribe que el hombre que practique la justicia
que procede de la ley vivirá por ella.
6 Pero la justicia que procede de la fe dice así: «No digas
en tu corazón: "¿Quién subirá al cielo?"», es decir, para
hacer bajar a Cristo;
7 o: «¿Quién bajará al abismo?», es decir, para hacer subir
a Cristo de entre los muertos.
8 Pero ¿qué dice? «La palabra está cerca de ti, en tu boca y
en tu corazón», es decir, la palabra de fe que predicamos:

Jesús es el Señor

9 si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en
tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás
salvo.
10 Porque con el corazón se cree para justicia, y con la
boca se confiesa para salvación.
11 Pues la Escritura dice: «Todo el que cree en él no será
avergonzado».
12 No hay distinción entre judío y griego, porque el mismo
Señor es Señor de todos y es rico para con todos los que lo
invocan.
13 Porque «todo el que invoque el nombre del Señor será
salvo».

El anuncio del evangelio

14 Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?
¿Y cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Y cómo
oirán sin alguien que predique?
15 ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está
escrito: «¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian
buenas noticias!».
16 Sin embargo, no todos obedecieron al evangelio. Pues
Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído nuestro anuncio?».
17 Así que la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de
Cristo.

La respuesta de Israel a la palabra

18 Pero pregunto: ¿acaso no oyeron? Ciertamente que sí:
«Por toda la tierra salió su voz, y hasta los confines del
mundo sus palabras».
19 Y pregunto: ¿acaso Israel no entendió? Primero Moisés
dice: «Yo los provocaré a celos con lo que no es una nación;
con una nación sin entendimiento los provocaré a ira».
20 Isaías se atreve a decir: «Me encontraron los que no me
buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí».
21 Pero acerca de Israel dice: «Todo el día extendí mis
manos hacia un pueblo que desobedece y se opone».

11

El remanente de Israel

1 Pregunto entonces: ¿acaso Dios rechazó a su pueblo?
¡De ningún modo! Porque yo también soy israelita,
descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín.
2 Dios no ha rechazado a su pueblo, al que conoció de
antemano. ¿O no saben lo que dice la Escritura en el pasaje
de Elías, cómo suplica a Dios contra Israel?
3 «Señor, mataron a tus profetas y derribaron tus altares.
Solo yo he quedado, y buscan quitarme la vida».
4 Pero ¿qué le dice la respuesta divina? «Me he reservado
siete mil hombres que no doblaron la rodilla ante Baal».
5 Así también en el tiempo presente ha quedado un
remanente elegido por gracia.
6 Y si es por gracia, ya no es por obras; de lo contrario, la
gracia ya no sería gracia.

La elección y el endurecimiento

7 Entonces, ¿qué? Israel no alcanzó lo que busca, pero los
elegidos sí lo alcanzaron; los demás fueron endurecidos,
8 como está escrito:
«Dios les dio un espíritu de estupor, ojos para no ver y oídos
para no oír, hasta el día de hoy».

9 Y David dice:
«Que su mesa se convierta en lazo y trampa, en tropiezo y
castigo para ellos.
10 Que sus ojos se oscurezcan para no ver, y dobla su
espalda para siempre».

La salvación de los gentiles

11 Pregunto entonces: ¿acaso tropezaron para caer? ¡De ningún modo! Pero por su transgresión llegó la salvación a los gentiles, para provocarles celos.
12 Y si su transgresión es riqueza para el mundo y su fracaso es riqueza para los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud!
13 A ustedes, los gentiles, les hablo. Puesto que soy apóstol de los gentiles, honro mi ministerio,
14 por si de algún modo puedo provocar celos a los de mi propia carne y salvar a algunos de ellos.
15 Porque si su exclusión es reconciliación para el mundo, ¿qué será su aceptación, sino vida de entre los muertos?

La raíz y las ramas del olivo

16 Si la primera porción de la masa es santa, también lo es toda la masa; y si la raíz es santa, también lo son las ramas.
17 Pero si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo un olivo silvestre, fuiste injertado entre ellas y llegaste a compartir con ellas la rica raíz del olivo,
18 no te jactes contra las ramas. Pero si te jactas, no eres tú quien sostiene a la raíz, sino la raíz a ti.
19 Dirás entonces: «Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado».
20 Es cierto: fueron desgajadas por su incredulidad, pero tú te mantienes en pie por la fe. No seas arrogante, sino teme.
21 Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco te perdonará a ti.
22 Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: severidad para con los que cayeron, pero bondad de Dios para contigo, si permaneces en su bondad. De lo contrario, tú también serás cortado.
23 Y ellos también, si no persisten en la incredulidad, serán injertados, pues Dios tiene poder para injertarlos de nuevo.
24 Porque si tú fuiste cortado de lo que por naturaleza es un olivo silvestre y, contra lo natural, fuiste injertado en un olivo cultivado, ¡cuánto más estas ramas naturales serán injertadas en su propio olivo!

La restauración de Israel

25 No quiero, hermanos, que ignoren este misterio, para
que no se crean sabios en su propia opinión: a Israel le ha
sobrevenido un endurecimiento parcial hasta que entre la
plenitud de los gentiles.
26 Y así todo Israel será salvo, como está escrito:
«De Sion vendrá el Libertador;
apartará de Jacob las impiedades.
27 Y este es mi pacto con ellos cuando quite sus pecados».
28 En cuanto al evangelio, son enemigos por causa de
ustedes; pero en cuanto a la elección, son amados por causa
de los padres.
29 Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de
Dios.
30 Pues así como ustedes antes desobedecieron a Dios,
pero ahora han recibido misericordia por la desobediencia
de ellos,
31 así también ellos ahora han desobedecido, para que,
por la misericordia mostrada a ustedes, ellos también
reciban ahora misericordia.
32 Porque Dios encerró a todos en la desobediencia para
tener misericordia de todos.

La sabiduría y la gloria de Dios

33 ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y del
conocimiento de Dios!
¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus
caminos!
34 Pues «¿quién ha conocido la mente del Señor?
¿O quién ha sido su consejero?».
35 «¿O quién le dio primero, para que se le recompense?».
36 Porque de él, y por él, y para él son todas las cosas.
A él sea la gloria por los siglos. Amén.

12

Una vida ofrecida a Dios

1 Por tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de
Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo, santo
y agradable a Dios, que es su culto racional.
2 No se amolden a esta era, sino sean transformados
mediante la renovación de su mente, para que comprueben
cuál es la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta.

Un cuerpo y dones diversos

3 Por la gracia que me ha sido dada, digo a cada uno de
ustedes que no piense de sí más de lo que debe pensar, sino

que piense con sensatez, según la medida de fe que Dios ha
repartido a cada uno.
4 Porque, así como en un solo cuerpo tenemos muchos
miembros, pero no todos los miembros tienen la misma
función,
5 así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en
Cristo, e individualmente somos miembros unos de otros.
6 Tenemos dones diferentes según la gracia que se nos ha
dado: si es profecía, úsese conforme a la proporción de la
fe;
7 si es servicio, en servir; el que enseña, en la enseñanza;
8 el que exhorta, en la exhortación; el que comparte, con
generosidad; el que dirige, con diligencia; el que muestra
misericordia, con alegría.

El amor sincero en la comunidad

9 Que el amor sea sin hipocresía. Aborrezcan el mal y
aférrense al bien.
10 Ámense entrañablemente unos a otros con amor
fraternal; adelántense a honrarse unos a otros.
11 No sean perezosos en la diligencia; sean fervientes en
espíritu, sirviendo al Señor.
12 Alégrense en la esperanza, perseveren en la aflicción,
sean constantes en la oración.
13 Compartan para las necesidades de los santos y
busquen practicar la hospitalidad.

Amor y paz ante el mal

14 Bendigan a los perseguidores; bendigan y no maldigan.
15 Alégrense con los que se alegran; lloren con los que
lloran.
16 Tengan el mismo sentir unos hacia otros. No aspiren a
lo elevado, sino relaciónense con los humildes. No se
consideren sabios en su propia opinión.
17 No devuelvan a nadie mal por mal. Procuren lo bueno
ante todos los hombres.
18 Si es posible, en cuanto dependa de ustedes, vivan en
paz con todos los hombres.
19 Amados, no se venguen ustedes mismos, sino dejen
lugar a la ira de Dios, porque está escrito: «Mía es la
venganza; yo daré la retribución, dice el Señor».
20 Más bien, «si tu enemigo tiene hambre, dale de comer;
si tiene sed, dale de beber. Porque, al hacer esto,
amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza».
21 No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el
bien.

13

La vida ante las autoridades

1 Que toda persona se someta a las autoridades
superiores, porque no hay autoridad que no proceda de
Dios, y las que existen han sido establecidas por Dios.
2 Por tanto, quien se opone a la autoridad resiste a lo
establecido por Dios, y quienes resisten recibirán juicio
contra sí mismos.
3 Porque los gobernantes no son motivo de temor para la
buena conducta, sino para la mala. ¿Quieres no temer a la
autoridad? Haz el bien y recibirás su reconocimiento,
4 porque es servidora de Dios para tu bien. Pero, si haces
el mal, teme, porque no lleva la espada en vano: es
servidora de Dios, que ejecuta el castigo contra quien
practica el mal.
5 Por eso es necesario someterse, no solo por el castigo,
sino también por la conciencia.
6 Por esta razón también pagan tributos, porque las
autoridades son servidoras de Dios, dedicadas
continuamente a esta tarea.
7 Den a todos lo que deben: al que tributo, tributo; al que
impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra,
honra.

El amor cumple la Ley

8 No deban nada a nadie, excepto amarse unos a otros;
porque el que ama al otro ha cumplido la ley.
9 Porque «no cometerás adulterio, no matarás, no
robarás, no codiciarás», y cualquier otro mandamiento, se
resume en esta palabra: «Amarás a tu prójimo como a ti
mismo».
10 El amor no hace mal al prójimo; por tanto, el amor es el
cumplimiento de la ley.

Vivir a la luz de la salvación

11 Hagan esto conociendo el tiempo: ya es hora de que
despierten del sueño, porque ahora nuestra salvación está
más cerca que cuando creímos.
12 La noche está avanzada y el día se ha acercado.
Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos
las armas de la luz.
13 Vivamos decorosamente, como de día: no en fiestas
desenfrenadas y borracheras, no en inmoralidad sexual y
libertinaje, no en rivalidades y celos.
14 Más bien, vístanse del Señor Jesucristo y no hagan
provisión para satisfacer los deseos de la carne.

14

Recibir al débil en la fe

1 Reciban al débil en la fe, pero no para disputar sobre
opiniones.
2 Uno cree que puede comer de todo, mientras que el
débil come verduras.
3 El que come no desprecie al que no come, y el que no
come no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido.
4 ¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno? Ante su
propio señor está en pie o cae. Pero será sostenido, porque
el Señor tiene poder para sostenerlo.
5 Uno considera un día superior a otro, mientras otro
considera iguales todos los días. Que cada uno esté
plenamente convencido en su propia mente.
6 El que tiene en cuenta el día, lo hace para el Señor. El
que come, come para el Señor, porque da gracias a Dios; y el
que no come, se abstiene para el Señor y da gracias a Dios.

Vivir y morir para el Señor

7 Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y
ninguno muere para sí mismo.
8 Si vivimos, vivimos para el Señor; y, si morimos,
morimos para el Señor. Así que, ya vivamos o muramos, del
Señor somos.
9 Porque para esto Cristo murió y volvió a vivir: para ser
Señor tanto de los muertos como de los vivos.
10 Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú, ¿por qué
desprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos
ante el tribunal de Dios.
11 Pues está escrito: «Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se
doblará toda rodilla y toda lengua confesará a Dios».
12 Así que cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo.

La libertad al servicio del amor

13 Por tanto, ya no nos juzguemos unos a otros. Más bien,
decidan no poner tropiezo ni ocasión de caer al hermano.
14 Sé y estoy convencido en el Señor Jesús de que nada es
impuro en sí mismo; pero, para quien considera que algo
es impuro, para él lo es.
15 Si por causa de la comida tu hermano se entristece, ya
no vives conforme al amor. No destruyas con tu comida a
aquel por quien Cristo murió.
16 Por tanto, no permitan que se hable mal de lo que es
bueno para ustedes.
17 Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino
justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

18 El que sirve a Cristo de esta manera agrada a Dios y es
aprobado por los seres humanos.
19 Así pues, busquemos lo que contribuye a la paz y a la
edificación mutua.
20 No destruyas la obra de Dios por causa de la comida.
Todas las cosas son limpias, pero es malo que una persona
coma causando tropiezo.
21 Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada
en que tu hermano tropiece, se escandalice o se debilite.
22 La fe que tienes, consérvala para ti mismo ante Dios.
Dichoso el que no se juzga a sí mismo en lo que aprueba.
23 Pero el que duda, si come, queda condenado, porque no
lo hace por fe; y todo lo que no procede de la fe es pecado.

15

Sobrellevar las debilidades del hermano
1 Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las
debilidades de los que no son fuertes, y no agradarnos a
nosotros mismos.
2 Que cada uno de nosotros agrade a su prójimo para su
bien, para edificarlo.
3 Porque tampoco Cristo se agradó a sí mismo, sino que,
como está escrito: «Los insultos de quienes te insultaban
cayeron sobre mí».
4 Todo lo que se escribió antes fue escrito para nuestra
enseñanza, a fin de que, por medio de la perseverancia y
del consuelo de las Escrituras, tengamos esperanza.
5 Que el Dios de la perseverancia y del consuelo les
conceda tener el mismo sentir unos con otros, conforme a
Cristo Jesús,
6 para que, unánimes y a una sola voz, glorifiquen al Dios
y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

La acogida de Cristo y la alabanza de las naciones
7 Por tanto, recíbanse unos a otros, como también Cristo
los recibió, para gloria de Dios.
8 Porque digo que Cristo se ha hecho servidor de los
circuncisos por causa de la verdad de Dios, para confirmar
las promesas hechas a los padres,
9 y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su
misericordia, como está escrito:
«Por eso te alabaré entre los gentiles y cantaré a tu
nombre».
10 Y otra vez dice:
«Alégrense, gentiles, con su pueblo».
11 Y otra vez:

«Alaben al Señor, todas las naciones, y que todos los pueblos
lo alaben».
12 Y otra vez Isaías dice:
«Vendrá la raíz de Isaí, el que se levanta para gobernar a las
naciones;
en él pondrán su esperanza las naciones».
13 Que el Dios de la esperanza los llene de todo gozo y paz
al creer, para que abunden en la esperanza por el poder del
Espíritu Santo.

La misión de Pablo entre las naciones
14 Yo mismo, hermanos míos, estoy convencido acerca de
ustedes de que están llenos de bondad, colmados de todo
conocimiento y capacitados también para amonestarse
unos a otros.
15 Sin embargo, les he escrito con mayor atrevimiento
sobre algunos puntos, para recordárselos, por la gracia que
Dios me ha dado
16 para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles,
desempeñando el servicio sacerdotal del evangelio de Dios,
a fin de que la ofrenda de los gentiles sea aceptable,
santificada por el Espíritu Santo.
17 Por tanto, tengo motivo para gloriarme en Cristo Jesús
en lo que se refiere a Dios.
18 Porque no me atreveré a hablar de nada que Cristo no
haya realizado por medio de mí para llevar a los gentiles a
la obediencia, por palabra y obra,
19 con poder de señales y prodigios, con poder del
Espíritu. Así, desde Jerusalén y por los alrededores hasta
Ilírico, he anunciado plenamente el evangelio de Cristo.
20 Y he tenido como aspiración anunciar el evangelio
donde Cristo no había sido nombrado, para no edificar
sobre fundamento ajeno,
21 sino como está escrito:
«Los que no recibieron anuncio acerca de él verán, y los
que no han oído entenderán».

Pablo se propone ir a Roma
22 Por esta razón muchas veces me he visto impedido de
ir a ustedes.
23 Pero ahora ya no tengo campo en estas regiones, y
desde hace bastantes años anhelo ir a ustedes.
24 Pues, cuando vaya a España, espero verlos al pasar y
que ustedes me ayuden a continuar hacia allá, después de
haber disfrutado un poco de su compañía.
25 Ahora, sin embargo, voy a Jerusalén para servir a los
santos.

26 Porque Macedonia y Acaya decidieron con gusto hacer
una contribución para los pobres que hay entre los santos
de Jerusalén.
27 Lo decidieron con gusto y, además, son deudores de
ellos. Porque, si los gentiles han participado de sus bienes
espirituales, también deben servirles con los bienes
materiales.
28 Así que, cuando haya cumplido esto y les haya
entregado debidamente este fruto, iré a España pasando
por ustedes.
29 Sé que, cuando vaya a ustedes, llegaré con la plenitud
de la bendición de Cristo.

Oración por el viaje y el servicio

30 Les ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y
por el amor del Espíritu, que luchen conmigo en sus
oraciones a Dios por mí,
31 para que sea librado de los desobedientes de Judea y
mi servicio destinado a Jerusalén sea bien recibido por los
santos,
32 a fin de que llegue a ustedes con alegría, por la
voluntad de Dios, y descanse juntamente con ustedes.
33 Que el Dios de la paz esté con todos ustedes. Amén.

16

Recomendación de Febe

1 Les recomiendo a Febe, nuestra hermana, que también
es diaconisa de la iglesia de Cencrea,
2 para que la reciban en el Señor como corresponde a los
santos y la ayuden en cualquier asunto en que los necesite,
porque ella ha sido protectora de muchos y de mí mismo.

Saludos a los hermanos de Roma

3 Saluden a Priscila y a Aquila, mis colaboradores en
Cristo Jesús,
4 que arriesgaron su propio cuello por mi vida. No solo
yo les doy gracias, sino también todas las iglesias de los
gentiles.
5 Saluden también a la iglesia que se reúne en su casa.
Saluden a mi amado Epeneto, que es el primer fruto de
Asia para Cristo.
6 Saluden a María, que ha trabajado mucho por ustedes.
7 Saluden a Andrónico y a Junia, mis parientes y
compañeros de prisión, que son notables entre los apóstoles
y estuvieron en Cristo antes que yo.
8 Saluden a Ampliato, mi amado en el Señor.

9 Saluden a Urbano, nuestro colaborador en Cristo, y a mi
amado Estaquis.
10 Saluden a Apeles, aprobado en Cristo. Saluden a los de
la casa de Aristóbulo.
11 Saluden a Herodión, mi pariente. Saluden a los de la
casa de Narciso que están en el Señor.
12 Saluden a Trifena y a Trifosa, que trabajan
arduamente en el Señor. Saluden a la amada Pérsida, que
ha trabajado mucho en el Señor.
13 Saluden a Rufo, escogido en el Señor, y a su madre, que
también es madre para mí.
14 Saluden a Asíncrito, a Flegonte, a Hermes, a Patrobas, a
Hermas y a los hermanos que están con ellos.
15 Saluden a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, a
Olimpas y a todos los santos que están con ellos.
16 Salúdense unos a otros con un beso santo. Todas las
iglesias de Cristo los saludan.

Advertencia contra las divisiones y el engaño

17 Les ruego, hermanos, que se fijen en quienes causan
divisiones y tropiezos contrarios a la enseñanza que
ustedes aprendieron, y apártense de ellos.
18 Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Cristo,
sino a su propio vientre, y con palabras suaves y halagos
engañan los corazones de los ingenuos.
19 La noticia de su obediencia ha llegado a todos. Por eso
me alegro por ustedes; pero quiero que sean sabios para el
bien e inocentes para el mal.
20 El Dios de la paz aplastará pronto a Satanás bajo sus
pies. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con
ustedes.

Saludos de quienes acompañan a Pablo

21 Los saluda Timoteo, mi colaborador, y también Lucio,
Jasón y Sosípater, mis parientes.
22 Yo, Tercio, que escribí esta carta, los saludo en el Señor.
23 Los saluda Gayo, que me hospeda a mí y a toda la
iglesia. Los saludan Erasto, administrador de la ciudad, y el
hermano Cuarto.
24 Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos
ustedes. Amén.

Doxología final

25 [Al que puede fortalecerlos según mi evangelio y la
proclamación de Jesucristo, conforme a la revelación del
misterio mantenido en silencio durante tiempos eternos,]

26 [pero manifestado ahora y dado a conocer mediante
las Escrituras proféticas, por mandato del Dios eterno, a
todas las naciones para la obediencia de la fe,]
27 [al único Dios sabio sea la gloria por medio de
Jesucristo, por los siglos de los siglos. Amén.]

1 Corintios

Saludo a la iglesia de Dios en Corinto

1 Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por la
voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes,
2 a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los
santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, junto
con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de
nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro:
3 Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y
del Señor Jesucristo.

Gratitud por la gracia y la fidelidad de Dios

4 Siempre doy gracias a mi Dios por ustedes, por la gracia
de Dios que les fue concedida en Cristo Jesús,
5 porque en él fueron enriquecidos en todo, en toda
palabra y en todo conocimiento,
6 así como el testimonio acerca de Cristo quedó
confirmado entre ustedes.
7 Por eso no les falta ningún don mientras esperan la
manifestación de nuestro Señor Jesucristo.
8 Él también los mantendrá firmes hasta el fin, para que
sean irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo.
9 Fiel es Dios, quien los llamó a la comunión con su Hijo
Jesucristo, nuestro Señor.

¿Está dividido Cristo?

10 Les ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor
Jesucristo, que todos estén de acuerdo y que no haya
divisiones entre ustedes, sino que estén unidos en una
misma manera de pensar y en un mismo parecer.
11 Porque los de Cloé me han informado acerca de
ustedes, hermanos míos, que hay rivalidades entre ustedes.
12 Me refiero a que cada uno de ustedes dice: «Yo soy de
Pablo», «Yo, de Apolos», «Yo, de Cefas» o «Yo, de Cristo».
13 ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso Pablo fue crucificado por
ustedes? ¿O fueron bautizados en el nombre de Pablo?
14 Doy gracias porque no bauticé a ninguno de ustedes,
excepto a Crispo y a Gayo,
15 para que nadie diga que fueron bautizados en mi
nombre.
16 También bauticé a los de la casa de Estéfanas; fuera de
ellos, no sé si bauticé a algún otro.

17 Pues Cristo no me envió a bautizar, sino a anunciar el
evangelio, y eso sin sabiduría de palabras, para que la cruz
de Cristo no quede sin efecto.

Cristo, poder y sabiduría de Dios

18 Porque la palabra de la cruz es locura para los que se
pierden, pero para nosotros, los que somos salvados, es
poder de Dios.
19 Pues está escrito:
«Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé el
entendimiento de los entendidos».
20 ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde
está el que debate en esta era? ¿No ha convertido Dios en
necedad la sabiduría del mundo?
21 Porque, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a
Dios mediante la sabiduría; por eso a Dios le agradó salvar
a los que creen mediante la locura de la predicación.
22 Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría,
23 pero nosotros proclamamos a Cristo crucificado:
motivo de tropiezo para los judíos y locura para los gentiles;
24 en cambio, para los llamados, tanto judíos como
griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios.
25 Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres,
y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

El llamamiento de Dios y el fin de la jactancia

26 Consideren, hermanos, su llamamiento: no muchos de
ustedes eran sabios según los criterios humanos, ni muchos
poderosos, ni muchos de noble nacimiento.
27 Pero lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar
a los sabios, y lo débil del mundo escogió Dios para
avergonzar a lo fuerte.
28 Dios escogió lo de origen humilde y lo despreciado del
mundo, lo que no es, para anular lo que es,
29 a fin de que ningún ser humano se gloríe ante Dios.
30 Por él ustedes están en Cristo Jesús, quien se hizo para
nosotros sabiduría de parte de Dios, así como justicia,
santificación y redención,
31 para que, como está escrito: «El que se gloría, gloríese
en el Señor».

2

Proclamando a Cristo crucificado

1 También yo, hermanos, cuando fui a ustedes, fui a
anunciarles el testimonio de Dios sin alardes de elocuencia
ni de sabiduría.

2 Porque decidí no saber entre ustedes cosa alguna,
excepto a Jesucristo, y a él crucificado.
3 Me presenté entre ustedes con debilidad, con temor y
con mucho temblor.
4 Mi mensaje y mi predicación no se apoyaron en la
persuasión de la sabiduría, sino en la demostración del
Espíritu y de poder,
5 para que la fe de ustedes no se fundara en la sabiduría
humana, sino en el poder de Dios.

La sabiduría de Dios revelada por el Espíritu

6 Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han
alcanzado madurez; pero una sabiduría que no es de esta
era ni de los gobernantes de esta era, que van
desapareciendo.
7 Más bien, hablamos la sabiduría de Dios en misterio, la
que estuvo oculta y que Dios destinó desde antes de los
siglos para nuestra gloria.
8 Ninguno de los gobernantes de esta era la conoció,
porque, si la hubieran conocido, no habrían crucificado al
Señor de la gloria.
9 Pero, como está escrito:
«Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón
del hombre, son las que Dios ha preparado para los
que lo aman».
10 Pues Dios nos lo reveló por medio del Espíritu, porque
el Espíritu examina todas las cosas, incluso las
profundidades de Dios.
11 Porque ¿quién entre los seres humanos conoce lo que
hay en una persona, sino el espíritu de esa persona que está
en ella? Así tampoco nadie conoce lo que hay en Dios, sino
el Espíritu de Dios.
12 Nosotros no recibimos el espíritu del mundo, sino el
Espíritu que viene de Dios, para conocer lo que Dios nos ha
concedido gratuitamente.
13 De eso también hablamos, con palabras que no enseña
la sabiduría humana, sino el Espíritu, explicando lo
espiritual con palabras espirituales.
14 Pero la persona natural no acepta las cosas del Espíritu
de Dios, porque para ella son locura, y no puede
entenderlas, pues se disciernen espiritualmente.
15 En cambio, el que es espiritual discierne todas las
cosas, pero él mismo no es juzgado por nadie.
16 Porque «¿Quién conoció la mente del Señor, para que
pueda instruirlo?». Pero nosotros tenemos la mente de
Cristo.

3

La inmadurez y las rivalidades

1 Y yo, hermanos, no pude hablarles como a espirituales,
sino como a carnales, como a niños en Cristo.
2 Les di a beber leche, no alimento sólido, porque todavía
no podían recibirlo. Y ni siquiera ahora pueden,
3 porque aún son carnales. Pues, mientras hay entre
ustedes celos y contiendas, ¿no son carnales y viven como
meros seres humanos?
4 Porque cuando uno dice: «Yo soy de Pablo», y otro: «Yo
soy de Apolos», ¿no son simples seres humanos?

Servidores de Dios para el crecimiento de la iglesia

5 ¿Qué es, pues, Apolos? ¿Y qué es Pablo? Servidores por
medio de los cuales ustedes creyeron, según lo que el Señor
concedió a cada uno.
6 Yo planté, Apolos regó, pero Dios hacía crecer.
7 Así que ni el que planta ni el que riega es algo, sino
Dios, que da el crecimiento.
8 El que planta y el que riega son uno, pero cada uno
recibirá su propia recompensa según su propio trabajo.
9 Porque nosotros somos colaboradores de Dios; ustedes
son campo de cultivo de Dios, edificio de Dios.

Jesucristo, único fundamento

10 Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, puse el
fundamento como un sabio maestro de obras, y otro
construye sobre él. Pero cada uno mire cómo construye,
11 porque nadie puede poner otro fundamento que el que
está puesto, que es Jesucristo.
12 Si alguien construye sobre este fundamento con oro,
plata, piedras preciosas, madera, heno o paja,
13 la obra de cada uno se hará evidente, pues el día la
dará a conocer, porque se revelará con fuego; y el fuego
mismo probará la calidad de la obra de cada uno.
14 Si permanece la obra que alguien ha construido sobre
él, recibirá recompensa.
15 Si la obra de alguien se quema, sufrirá pérdida; él
mismo será salvo, pero como a través del fuego.

El templo de Dios y su santidad

16 ¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el
Espíritu de Dios habita en ustedes?
17 Si alguien destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá
a él, porque el templo de Dios es santo, y ese templo son
ustedes.

La sabiduría de Dios excluye la jactancia

18 Nadie se engañe a sí mismo. Si alguien entre ustedes se
cree sabio en esta era, hágase necio para llegar a ser sabio.
19 Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante
Dios. Pues está escrito: «Él atrapa a los sabios en su propia
astucia».
20 Y también: «El Señor conoce los razonamientos de los
sabios y sabe que son vanos».
21 Por tanto, que nadie se jacte en los seres humanos,
porque todo es de ustedes:
22 sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la
vida, sea la muerte, sea lo presente o sea lo futuro; todo es
de ustedes,
23 y ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios.

4

La fidelidad de los servidores de Cristo

1 Que todos nos consideren servidores de Cristo y
administradores de los misterios de Dios.
2 Ahora bien, lo que se exige de los administradores es
que cada uno sea hallado fiel.
3 A mí me importa muy poco ser juzgado por ustedes o
por un tribunal humano; ni siquiera me juzgo a mí mismo.
4 Porque no tengo conciencia de nada contra mí, pero eso
no me declara justo. Quien me juzga es el Señor.
5 Por tanto, no juzguen nada antes de tiempo, hasta que
venga el Señor, quien sacará a la luz lo oculto en las
tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones.
Entonces cada uno recibirá de Dios la alabanza que le
corresponda.
6 Hermanos, por ustedes he aplicado estas cosas a mí y a
Apolos como ejemplo, para que aprendan en nosotros
aquello de «No ir más allá de lo que está escrito», y ninguno
se llene de orgullo a favor de uno y en contra de otro.
7 Porque ¿quién te hace diferente? ¿Qué tienes que no
hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si
no lo hubieras recibido?

El orgullo y el costo del servicio apostólico

8 ¡Ya están saciados! ¡Ya se han enriquecido! ¡Han
comenzado a reinar sin nosotros! ¡Ojalá de veras reinaran,
para que también nosotros reináramos con ustedes!
9 Porque pienso que Dios nos ha exhibido a nosotros, los
apóstoles, en último lugar, como condenados a muerte.
Hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, tanto
para los ángeles como para los seres humanos.

10 Nosotros somos necios por causa de Cristo, y ustedes,
prudentes en Cristo; nosotros, débiles, y ustedes, fuertes;
ustedes reciben honra, y nosotros, desprecio.
11 Hasta este momento pasamos hambre y sed, nos falta
ropa, somos golpeados y andamos sin hogar.
12 Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos.
Cuando nos insultan, bendecimos; cuando nos persiguen, lo
soportamos;
13 cuando nos difaman, respondemos con amabilidad.
Hasta ahora hemos llegado a ser como la basura del
mundo, el desecho de todos.

El cuidado de un padre en la fe

14 No les escribo esto para avergonzarlos, sino para
amonestarlos como a mis hijos amados.
15 Porque, aunque tengan diez mil tutores en Cristo, no
tienen muchos padres, pues yo los engendré en Cristo Jesús
por medio del evangelio.
16 Por eso les ruego que me imiten.
17 Por esta razón les envié a Timoteo, mi hijo amado y fiel
en el Señor. Él les recordará mi manera de proceder en
Cristo Jesús, tal como enseño en todas partes, en cada
iglesia.

La visita y la autoridad del Señor

18 Algunos se han llenado de orgullo, como si yo no fuera
a visitarlos.
19 Pero iré pronto a ustedes, si el Señor quiere, y conoceré
no las palabras de los que se han llenado de orgullo, sino su
poder.
20 Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino
en poder.
21 ¿Qué prefieren? ¿Que vaya a ustedes con vara, o con
amor y espíritu de mansedumbre?

5

Un caso de inmoralidad juzgado

1 Se oye por todas partes que hay inmoralidad sexual
entre ustedes, y de una clase que ni siquiera se da entre los
gentiles: uno tiene a la esposa de su padre.
2 ¡Y ustedes están llenos de orgullo! ¿No debieron más
bien lamentarse, para que fuera quitado de entre ustedes el
que cometió tal acción?
3 Pues yo, aunque ausente en cuerpo, pero presente en
espíritu, ya he juzgado, como si estuviera presente, al que
ha hecho semejante cosa:

4 en el nombre de nuestro Señor Jesús, cuando estén
reunidos ustedes y mi espíritu, con el poder de nuestro
Señor Jesús,
5 entregar a ese hombre a Satanás para destrucción de la
carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor.

Cristo, nuestra Pascua, y la vida nueva

6 No es buena la jactancia de ustedes. ¿No saben que un
poco de levadura leuda toda la masa?
7 Eliminen la vieja levadura para ser una masa nueva,
pues son sin levadura. Porque Cristo, nuestra Pascua, ya
fue sacrificado.
8 Así que celebremos la fiesta, sin la vieja levadura ni la
levadura de malicia y maldad, sino con los panes sin
levadura de sinceridad y verdad.

La responsabilidad dentro de la comunidad

9 En mi carta les escribí que no se relacionaran con
quienes practican la inmoralidad sexual.
10 No me refería de manera absoluta a los inmorales de
este mundo, ni a los avaros y estafadores, ni a los idólatras,
pues entonces tendrían que salir del mundo.
11 Más bien, les escribí que no se relacionen con quien,
llamándose hermano, practica la inmoralidad sexual, o es
avaro, idólatra, calumniador, borracho o estafador. Con
alguien así, ni siquiera coman.
12 Porque ¿qué tengo yo que ver con juzgar a los de
afuera? ¿No juzgan ustedes a los de adentro?
13 A los de afuera los juzga Dios. «Expulsen al malvado de
entre ustedes».

6

Litigios delante de los incrédulos

1 ¿Se atreve alguno de ustedes, cuando tiene un pleito con
otro, a acudir a juicio ante los injustos y no ante los santos?
2 ¿O no saben que los santos juzgarán al mundo? Y si el
mundo será juzgado por ustedes, ¿son incapaces de juzgar
asuntos de poca importancia?
3 ¿No saben que juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más
los asuntos de esta vida!
4 Por tanto, cuando tienen pleitos sobre asuntos de esta
vida, ¿ponen como jueces a quienes no tienen estima en la
iglesia?
5 Lo digo para vergüenza de ustedes. ¿Acaso no hay entre
ustedes ni un solo sabio capaz de decidir entre sus
hermanos,

6 sino que un hermano lleva a juicio a otro hermano, y
eso ante incrédulos?
7 El solo hecho de que tengan pleitos entre ustedes ya es
una derrota. ¿Por qué no prefieren sufrir la injusticia? ¿Por
qué no prefieren ser defraudados?
8 Pero ustedes mismos cometen injusticias y defraudan,
¡y eso a sus hermanos!

El reino de Dios y la vida transformada

9 ¿O no saben que los injustos no heredarán el reino de
Dios? No se engañen: ni los que practican la inmoralidad
sexual, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los que se
entregan pasivamente a relaciones sexuales con hombres,
ni los hombres que se acuestan con hombres,
10 ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los
calumniadores, ni los estafadores heredarán el reino de
Dios.
11 Y eso eran algunos de ustedes. Pero fueron lavados,
fueron santificados, fueron justificados en el nombre del
Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios.

Libertad y santidad en la vida corporal

12 Todo me es lícito, pero no todo conviene. Todo me es
lícito, pero no me dejaré dominar por nada.
13 Los alimentos son para el estómago y el estómago para
los alimentos, pero Dios pondrá fin a ambos. En cambio, el
cuerpo no es para la inmoralidad sexual, sino para el Señor,
y el Señor para el cuerpo.
14 Dios resucitó al Señor y también nos resucitará a
nosotros mediante su poder.
15 ¿No saben que sus cuerpos son miembros de Cristo?
¿Tomaré, entonces, los miembros de Cristo para hacerlos
miembros de una prostituta? ¡De ningún modo!
16 ¿O no saben que el que se une a una prostituta se hace
un solo cuerpo con ella? Pues dice: «Los dos serán una sola
carne».
17 Pero el que se une al Señor es un solo espíritu con él.
18 Huyan de la inmoralidad sexual. Cualquier otro
pecado que una persona cometa está fuera del cuerpo, pero
el que practica la inmoralidad sexual peca contra su propio
cuerpo.
19 ¿O no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo,
que está en ustedes y que han recibido de Dios? Ustedes no
se pertenecen a sí mismos,
20 porque fueron comprados por un precio. Por tanto,
glorifiquen a Dios en su cuerpo.

7

La vida íntima y el cuidado mutuo

1 En cuanto a lo que escribieron, es bueno para el
hombre no tener relaciones sexuales con una mujer.
2 Pero, por causa de la inmoralidad sexual, cada hombre
tenga su propia esposa y cada mujer su propio esposo.
3 El esposo cumpla su deber conyugal con la esposa, y del
mismo modo la esposa con el esposo.
4 La esposa no tiene autoridad sobre su propio cuerpo,
sino el esposo; de igual manera, el esposo no tiene
autoridad sobre su propio cuerpo, sino la esposa.
5 No se priven el uno al otro, salvo de común acuerdo y
por un tiempo, para dedicarse a la oración. Después
vuelvan a unirse, para que Satanás no los tiente por su
falta de dominio propio.
6 Esto lo digo como una concesión, no como un mandato.
7 Quisiera que todos fueran como yo, pero cada uno tiene
su propio don de parte de Dios: uno de una manera y otro
de otra.

Consejo para quienes no están casados

8 A los que no están casados y a las viudas les digo que es
bueno que permanezcan como yo.
9 Pero, si no pueden dominarse, que se casen, porque es
mejor casarse que arder de pasión.

La fidelidad en el matrimonio

10 A los casados les ordeno, no yo, sino el Señor, que la
esposa no se separe de su esposo;
11 y si se separa, que permanezca sin casarse o se
reconcilie con su esposo; y que el esposo no abandone a su
esposa.

Cuando un cónyuge no es creyente

12 A los demás les digo yo, no el Señor: si un hermano
tiene una esposa que no es creyente y ella está de acuerdo
en vivir con él, no la abandone.
13 Y si una mujer tiene un esposo que no es creyente y él
está de acuerdo en vivir con ella, no abandone a su esposo.
14 Porque el esposo incrédulo ha sido santificado por la
esposa, y la esposa incrédula ha sido santificada por el
hermano. De otro modo, los hijos de ustedes serían
impuros; pero ahora son santos.
15 Pero, si el incrédulo se separa, que se separe. En tales
casos el hermano o la hermana no están sujetos a
servidumbre; Dios nos ha llamado a vivir en paz.

16 Porque ¿cómo sabes tú, esposa, si salvarás a tu esposo?
¿O cómo sabes tú, esposo, si salvarás a tu esposa?

Vivir para Dios en la condición recibida

17 En todo caso, que cada uno viva conforme a lo que el
Señor le ha asignado y a la condición en que Dios lo ha
llamado. Así lo dispongo en todas las iglesias.
18 ¿Fue llamado alguno estando circuncidado? No trate
de borrar la señal de su circuncisión. ¿Fue llamado alguno
sin estar circuncidado? No se circuncide.
19 La circuncisión no es nada y la incircuncisión no es
nada; lo que importa es guardar los mandamientos de Dios.
20 Que cada uno permanezca en la condición en que fue
llamado.
21 ¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te preocupes por
eso. Pero, si puedes llegar a ser libre, aprovecha la
oportunidad.
22 Porque el que fue llamado en el Señor siendo esclavo es
liberto del Señor; de igual manera, el que fue llamado
siendo libre es esclavo de Cristo.
23 Ustedes fueron comprados por un precio; no se hagan
esclavos de los seres humanos.
24 Hermanos, que cada uno permanezca ante Dios en la
condición en que fue llamado.

Decidir sobre el matrimonio con fidelidad

25 En cuanto a las vírgenes, no tengo un mandato del
Señor, pero doy mi parecer como alguien que ha recibido
del Señor misericordia para ser fiel.
26 Pienso, pues, que, por la angustia presente, es bueno
que cada uno permanezca como está.
27 ¿Estás unido a una esposa? No busques separarte.
¿Estás libre de esposa? No busques esposa.
28 Pero, si te casas, no pecas; y si la virgen se casa,
tampoco peca. Sin embargo, quienes se casen tendrán
aflicciones en esta vida, y yo quisiera ahorrárselas.

La vida presente ante la esperanza del Señor

29 Esto digo, hermanos: el tiempo se ha acortado. De
ahora en adelante, los que tienen esposa vivan como si no
la tuvieran;
30 los que lloran, como si no lloraran; los que se alegran,
como si no se alegraran; los que compran, como si no
poseyeran;
31 y los que usan el mundo, como si no lo aprovecharan
plenamente, porque la forma actual de este mundo está
pasando.

Dedicación al Señor y vida familiar

32 Quiero que estén libres de preocupaciones. El que no
está casado se preocupa por las cosas del Señor, por cómo
agradar al Señor;
33 pero el casado se preocupa por las cosas del mundo,
por cómo agradar a su esposa,
34 y está dividido. La mujer que no está casada y la virgen
se preocupan por las cosas del Señor, por ser santas tanto
en cuerpo como en espíritu; pero la casada se preocupa por
las cosas del mundo, por cómo agradar a su esposo.
35 Esto lo digo para el provecho de ustedes, para que
vivan de manera digna y se dediquen al Señor sin
distracciones, sin pretender ponerles un lazo.

La decisión sobre la hija virgen

36 Pero, si alguno piensa que se comporta indebidamente
con su hija virgen, si ella ya ha pasado la edad habitual de
casarse y el matrimonio debe celebrarse, haga lo que
quiera; no peca. Que se casen.
37 En cambio, el que se mantiene firme en su corazón, sin
estar bajo necesidad y con autoridad sobre su propia
voluntad, y ha resuelto en su corazón conservar a su hija
virgen, hará bien.
38 Así que el que da a su hija virgen en matrimonio hace
bien, y el que no la da en matrimonio hará mejor.

La viudez y la libertad de casarse

39 La esposa está ligada a su esposo mientras él viva.
Pero, si el esposo muere, ella queda libre para casarse con
quien quiera, con tal que sea en el Señor.
40 Sin embargo, según mi parecer, será más dichosa si
permanece como está. Y pienso que también yo tengo el
Espíritu de Dios.

8

Lo sacrificado a los ídolos

1 En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que
todos tenemos conocimiento. El conocimiento envanece,
pero el amor edifica.
2 Si alguno cree que sabe algo, todavía no lo conoce como
debe conocerlo.
3 Pero, si alguno ama a Dios, es conocido por él.
4 Por tanto, en cuanto a comer lo sacrificado a los ídolos,
sabemos que un ídolo no es nada en el mundo y que no hay
más que un solo Dios.

5 Pues, aunque haya quienes son llamados dioses, ya sea
en el cielo o en la tierra, como hay muchos dioses y muchos
señores,
6 para nosotros hay un solo Dios, el Padre, de quien
proceden todas las cosas y para quien existimos; y un solo
Señor, Jesucristo, por medio de quien existen todas las
cosas y por medio de quien existimos nosotros.

La libertad y el cuidado de la conciencia
7 Sin embargo, no todos tienen este conocimiento.
Algunos, por estar acostumbrados hasta ahora al ídolo,
comen el alimento como algo sacrificado a un ídolo; y su
conciencia, por ser débil, se contamina.
8 Pero la comida no nos hará aceptables ante Dios: ni por
comer ganamos algo, ni por no comer perdemos algo.
9 Pero cuiden que esta libertad de ustedes no llegue a ser
motivo de tropiezo para los débiles.
10 Porque, si alguien te ve a ti, que tienes conocimiento,
sentado a comer en el templo de un ídolo, ¿no se verá
animada su débil conciencia a comer lo sacrificado a los
ídolos?
11 Así, por tu conocimiento se pierde el débil, el hermano
por quien Cristo murió.
12 De esa manera, al pecar contra los hermanos y herir su
conciencia débil, pecan contra Cristo.
13 Por eso, si un alimento hace tropezar a mi hermano,
jamás comeré carne, para no hacer tropezar a mi hermano.

9

Los derechos de un apóstol
1 ¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿No he visto a Jesús,
nuestro Señor? ¿No son ustedes mi obra en el Señor?
2 Si para otros no soy apóstol, al menos para ustedes sí lo
soy, porque ustedes son el sello de mi apostolado en el
Señor.
3 Esta es mi defensa ante los que me examinan:
4 ¿Acaso no tenemos derecho a comer y beber?
5 ¿No tenemos derecho a llevar con nosotros una esposa
creyente, como los demás apóstoles, los hermanos del Señor
y Cefas?
6 ¿O solo Bernabé y yo no tenemos derecho a dejar de
trabajar?

El sustento de quienes anuncian el evangelio
7 ¿Quién sirve alguna vez como soldado a sus propias
expensas? ¿Quién planta un viñedo y no come de su fruto?

¿Quién cuida un rebaño y no se alimenta de la leche del rebaño?
8 ¿Digo estas cosas solo desde una perspectiva humana? ¿No dice también la ley estas mismas cosas?
9 Porque en la ley de Moisés está escrito: «No pondrás bozal al buey que trilla». ¿Acaso se preocupa Dios por los bueyes?
10 ¿O lo dice enteramente por nosotros? Sí, por nosotros fue escrito, porque el que ara debe arar con esperanza, y el que trilla, con esperanza de recibir su parte.
11 Si nosotros sembramos entre ustedes lo espiritual, ¿es demasiado que cosechemos de ustedes lo material?
12 Si otros participan de este derecho sobre ustedes, ¿no lo tenemos aún más nosotros? Pero no hemos usado este derecho, sino que lo soportamos todo para no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo.
13 ¿No saben que los que trabajan en las cosas sagradas comen de lo que hay en el templo, y que los que sirven al altar reciben su parte del altar?
14 Así también ordenó el Señor que los que anuncian el evangelio vivan del evangelio.

El anuncio gratuito del evangelio
15 Pero yo no he usado ninguno de estos derechos. Tampoco he escrito esto para que se haga así conmigo, pues preferiría morir antes que... ¡Nadie me quitará este motivo de orgullo!
16 Porque si anuncio el evangelio, no tengo motivo de orgullo, pues estoy bajo obligación. ¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!
17 Porque si lo hago voluntariamente, tengo recompensa; pero si no lo hago voluntariamente, se me ha confiado un encargo.
18 ¿Cuál es, entonces, mi recompensa? Que al anunciar el evangelio lo ofrezca gratuitamente, sin hacer pleno uso de mi derecho en el evangelio.

La libertad puesta al servicio de otros
19 Porque, aunque soy libre de todos, me hice esclavo de todos para ganar al mayor número.
20 Con los judíos me hice como judío, para ganar a los judíos; con los que están bajo la ley, como si estuviera bajo la ley, aunque yo mismo no estoy bajo la ley, para ganar a los que están bajo la ley;
21 con los que están sin ley, como si estuviera sin ley, aunque no estoy sin la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo, para ganar a los que están sin ley.

22 Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles.
Me he hecho todo para todos, para salvar a algunos por
todos los medios.
23 Todo lo hago por el evangelio, para ser también
partícipe de él.

La disciplina de una vida orientada al Señor

24 ¿No saben que los que corren en el estadio, todos
corren, pero solo uno recibe el premio? Corran de tal modo
que lo obtengan.
25 Todo el que compite ejerce dominio propio en todo.
Ellos lo hacen para recibir una corona perecedera, pero
nosotros, una imperecedera.
26 Por tanto, así corro: no sin meta; así boxeo: no como
quien golpea el aire,
27 sino que golpeo mi cuerpo y lo hago mi esclavo, no sea
que, después de haber predicado a otros, yo mismo quede
descalificado.

10

Amonestaciones contra la idolatría

1 Porque no quiero que ignoren, hermanos, que todos
nuestros padres estuvieron bajo la nube y todos
atravesaron el mar.
2 Todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el
mar;
3 todos comieron el mismo alimento espiritual
4 y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues
bebían de una roca espiritual que los seguía, y la roca era
Cristo.
5 Sin embargo, Dios no se agradó de la mayoría de ellos,
pues quedaron tendidos en el desierto.

Aprender de los juicios del desierto

6 Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros,
para que no deseemos cosas malas, como ellos las desearon.
7 No se hagan idólatras, como algunos de ellos, según está
escrito: «El pueblo se sentó a comer y beber, y se
levantaron a divertirse».
8 Tampoco practiquemos la inmoralidad sexual, como
algunos de ellos la practicaron, y en un solo día cayeron
veintitrés mil.
9 No pongamos a prueba a Cristo, como algunos de ellos
lo pusieron a prueba, y perecieron por las serpientes.
10 Ni murmuren, como algunos de ellos murmuraron, y
perecieron por el destructor.

11 Estas cosas les sucedían como ejemplos y fueron
escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes ha
llegado el fin de los siglos.
12 Por tanto, el que cree estar firme tenga cuidado de no
caer.
13 No les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea
común a los seres humanos. Pero Dios es fiel y no permitirá
que sean tentados más allá de lo que puedan resistir, sino
que, junto con la tentación, dará también la salida, para que
puedan soportarla.

Comunión con Cristo y rechazo de la idolatría

14 Por eso, amados míos, huyan de la idolatría.
15 Les hablo como a personas sensatas; juzguen ustedes
lo que digo.
16 La copa de bendición que bendecimos, ¿no es
comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no
es comunión con el cuerpo de Cristo?
17 Puesto que hay un solo pan, nosotros, aunque somos
muchos, somos un solo cuerpo, porque todos participamos
de ese único pan.
18 Consideren al Israel según la descendencia natural: los
que comen de los sacrificios, ¿no participan del altar?
19 ¿Qué digo, entonces? ¿Que lo sacrificado a los ídolos es
algo, o que un ídolo es algo?
20 Más bien, digo que lo que sacrifican, lo sacrifican a los
demonios y no a Dios. Y no quiero que ustedes tengan
comunión con los demonios.
21 No pueden beber la copa del Señor y la copa de los
demonios; no pueden participar de la mesa del Señor y de
la mesa de los demonios.
22 ¿O provocamos a celos al Señor? ¿Acaso somos más
fuertes que él?

Libertad y amor en la vida cotidiana

23 Todo es lícito, pero no todo conviene. Todo es lícito,
pero no todo edifica.
24 Que nadie busque su propio bien, sino el del otro.
25 Coman de todo lo que se vende en el mercado de carne,
sin hacer preguntas por motivos de conciencia,
26 porque «Del Señor es la tierra y todo lo que la llena».
27 Si alguno de los incrédulos los invita y ustedes quieren
ir, coman de todo lo que les sirvan, sin hacer preguntas por
motivos de conciencia.
28 Pero, si alguien les dice: «Esto fue ofrecido en
sacrificio», no lo coman, por causa del que lo indicó y por
motivos de conciencia.

29 Me refiero a la conciencia del otro, no a la tuya. Pues
¿por qué ha de ser juzgada mi libertad por la conciencia de
otro?
30 Si participo con gratitud, ¿por qué se me critica por
aquello por lo que doy gracias?

La gloria de Dios y el bien del prójimo

31 Así que, ya sea que coman, que beban o que hagan
cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios.
32 No sean motivo de tropiezo ni para los judíos ni para
los griegos ni para la iglesia de Dios,
33 así como yo también procuro agradar a todos en todo,
sin buscar mi propio beneficio, sino el de muchos, para que
sean salvos.

11

1 Imítenme a mí, como yo imito a Cristo.

La cabeza cubierta o descubierta en el culto

2 Los alabo porque se acuerdan de mí en todo y
conservan las enseñanzas transmitidas, tal como se las
entregué.
3 Pero quiero que sepan que Cristo es la cabeza de todo
hombre, el hombre es la cabeza de la mujer, y Dios es la
cabeza de Cristo.
4 Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta
deshonra su cabeza.
5 En cambio, toda mujer que ora o profetiza con la cabeza
descubierta deshonra su cabeza, pues es lo mismo que si
estuviera rapada.
6 Porque, si la mujer no se cubre, que también se corte el
cabello; pero, si es vergonzoso para una mujer cortarse el
cabello o raparse, que se cubra.
7 El hombre no debe cubrirse la cabeza, porque es
imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del hombre.
8 Porque el hombre no procede de la mujer, sino la mujer
del hombre;
9 y el hombre no fue creado por causa de la mujer, sino la
mujer por causa del hombre.
10 Por eso la mujer debe llevar una señal de autoridad
sobre la cabeza, por causa de los ángeles.
11 Sin embargo, en el Señor, ni la mujer es independiente
del hombre ni el hombre es independiente de la mujer.
12 Porque, así como la mujer procede del hombre,
también el hombre nace por medio de la mujer; pero todo
procede de Dios.

13 Juzguen ustedes mismos: ¿es apropiado que una mujer
ore a Dios con la cabeza descubierta?
14 ¿No les enseña la naturaleza misma que es deshonroso
para un hombre llevar el cabello largo,
15 pero que para una mujer es una gloria llevarlo largo?
Porque el cabello le ha sido dado como cubierta.
16 Pero, si alguno quiere discutir, nosotros no tenemos tal
costumbre, ni tampoco las iglesias de Dios.

Abusos en la Cena del Señor
17 Al darles estas instrucciones no los alabo, porque se
reúnen para empeorar y no para mejorar.
18 En primer lugar, oigo que, cuando se reúnen como
iglesia, hay divisiones entre ustedes, y en parte lo creo.
19 Porque también tiene que haber facciones entre
ustedes, para que se manifiesten entre ustedes los que son
aprobados.
20 Por tanto, cuando se reúnen en un mismo lugar, eso no
es comer la Cena del Señor.
21 Porque, al comer, cada uno se adelanta a tomar su
propia cena, y uno se queda con hambre mientras otro se
emborracha.
22 ¿Acaso no tienen casas para comer y beber? ¿O
desprecian a la iglesia de Dios y avergüenzan a los que nada
tienen? ¿Qué les diré? ¿Los alabaré? En esto no los alabo.

Institución de la Cena del Señor
Relatos paralelos: Mateo 26:26–29; Marcos 14:22–25; Lucas 22:14–20
23 Porque yo recibí del Señor lo que también les transmití:
que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó
pan,
24 dio gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que es
para ustedes. Hagan esto en memoria de mí».
25 De igual manera, después de cenar, tomó también la
copa y dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre.
Hagan esto, cada vez que la beban, en memoria de mí».
26 Porque, cada vez que comen este pan y beben la copa,
proclaman la muerte del Señor hasta que él venga.

El examen personal y la disciplina del Señor
27 Por tanto, el que coma el pan o beba la copa del Señor
de manera indigna será culpable de pecar contra el cuerpo
y la sangre del Señor.
28 Examínese cada uno a sí mismo, y así coma del pan y
beba de la copa.
29 Porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo,
come y bebe juicio para sí mismo.

30 Por eso hay entre ustedes muchos débiles y enfermos, y
bastantes han muerto.
31 Pero, si nos examináramos a nosotros mismos, no
seríamos juzgados.
32 Sin embargo, cuando somos juzgados por el Señor,
somos disciplinados para que no seamos condenados con el
mundo.
33 Por tanto, hermanos míos, cuando se reúnan para
comer, espérense unos a otros.
34 Si alguno tiene hambre, que coma en casa, para que no
se reúnan para juicio. En cuanto a los demás asuntos, los
ordenaré cuando vaya.

12

Dones espirituales

1 En cuanto a los dones espirituales, hermanos, no quiero
que los desconozcan.
2 Saben que, cuando eran paganos, eran arrastrados
hacia los ídolos mudos, según los llevaban.
3 Por eso les hago saber que nadie que habla por el
Espíritu de Dios dice: «Jesús es maldito», y nadie puede
decir: «Jesús es el Señor», sino por el Espíritu Santo.
4 Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo.
5 Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el
mismo.
6 Hay diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios
quien hace todas las cosas en todos.
7 A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el
bien común.
8 Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de
sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo
Espíritu;
9 a otro, fe por el mismo Espíritu; a otro, dones de
sanidades por el único Espíritu;
10 a otro, obras de poder; a otro, profecía; a otro,
discernimientos de espíritus; a otro, diversas clases de
lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.
11 Todas estas cosas las realiza uno y el mismo Espíritu,
que reparte a cada uno en particular según quiere.

La diversidad al servicio del cuerpo de Cristo

12 Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos
miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque son
muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.

13 Porque por un solo Espíritu todos fuimos bautizados en
un solo cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres,
y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu.
14 Pues el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos.
15 Si el pie dijera: «Porque no soy mano, no pertenezco al
cuerpo», no por eso deja de pertenecer al cuerpo.
16 Y si la oreja dijera: «Porque no soy ojo, no pertenezco al
cuerpo», no por eso deja de pertenecer al cuerpo.
17 Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si
todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato?
18 Pero Dios ha colocado a los miembros, a cada uno de
ellos, en el cuerpo como quiso.
19 Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el
cuerpo?
20 Ahora bien, hay muchos miembros, pero un solo
cuerpo.
21 El ojo no puede decirle a la mano: «No te necesito», ni
tampoco la cabeza a los pies: «No los necesito».
22 Al contrario, los miembros del cuerpo que parecen
más débiles son indispensables,
23 y a los que consideramos menos honrosos en el cuerpo
los revestimos de mayor honra. Nuestras partes menos
decorosas reciben mayor decoro,
24 mientras que nuestras partes decorosas no lo
necesitan. Pero Dios compuso el cuerpo dando mayor
honra a la parte que carecía de ella,
25 para que no haya división en el cuerpo, sino que los
miembros tengan el mismo cuidado unos por otros.
26 Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él;
y si un miembro es honrado, todos los miembros se alegran
con él.
27 Ustedes son cuerpo de Cristo, y cada uno es miembro
en particular.
28 En la iglesia Dios puso, en primer lugar, apóstoles; en
segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros; después,
milagros; luego, dones de sanidades, ayudas,
administraciones y diversas clases de lenguas.
29 ¿Acaso son todos apóstoles? ¿Acaso son todos profetas?
¿Acaso son todos maestros? ¿Acaso todos hacen milagros?
30 ¿Acaso todos tienen dones de sanidades? ¿Acaso todos
hablan en lenguas? ¿Acaso todos interpretan?
31 Pero anhelen los dones mayores. Y les muestro un
camino aún más excelente.

13

La preeminencia del amor

1 Si hablo las lenguas de los hombres y de los ángeles,
pero no tengo amor, me he convertido en bronce que
resuena o en címbalo que retiñe.
2 Y si tengo profecía, entiendo todos los misterios y poseo
todo el conocimiento, y si tengo toda la fe como para mover
montañas, pero no tengo amor, nada soy.
3 Y si reparto todos mis bienes para dar de comer, y si
entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor,
de nada me sirve.

La conducta que expresa el amor

4 El amor es paciente; el amor es bondadoso. El amor no
tiene envidia, no se jacta, no se enorgullece;
5 no se comporta de manera indecorosa, no busca lo
suyo, no se irrita, no lleva cuenta del mal recibido;
6 no se alegra de la injusticia, sino que se alegra con la
verdad.
7 Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo
soporta.

El amor y la plenitud futura

8 El amor nunca deja de ser. Pero las profecías se
acabarán, las lenguas cesarán y el conocimiento se acabará.
9 Porque en parte conocemos y en parte profetizamos;
10 pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se
acabará.
11 Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como
niño y razonaba como niño. Cuando llegué a ser hombre,
dejé atrás las cosas de niño.
12 Porque ahora vemos por medio de un espejo, de
manera enigmática; pero entonces veremos cara a cara.
Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré
plenamente, como también fui conocido.
13 Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos
tres; pero el mayor de ellos es el amor.

14

Lenguas y profecía al servicio de la iglesia

1 Sigan el amor y anhelen los dones espirituales,
especialmente el de profetizar.
2 Porque el que habla en una lengua no habla a los seres
humanos, sino a Dios; nadie lo entiende, y en espíritu habla
misterios.
3 En cambio, el que profetiza habla a las personas para
edificación, exhortación y consuelo.
4 El que habla en una lengua se edifica a sí mismo, pero el
que profetiza edifica a la iglesia.

5 Quisiera que todos ustedes hablaran en lenguas, pero
más aún que profetizaran. El que profetiza es mayor que el
que habla en lenguas, a menos que interprete, para que la
iglesia reciba edificación.

Palabras comprensibles para el bien de todos

6 Ahora bien, hermanos, si voy a ustedes hablando en
lenguas, ¿de qué les servirá, si no les hablo con revelación,
conocimiento, profecía o enseñanza?
7 Aun las cosas sin vida que producen sonido, ya sea una
flauta o una cítara, si no distinguen las notas, ¿cómo se
reconocerá lo que se toca en la flauta o en la cítara?
8 Y si la trompeta da un sonido confuso, ¿quién se
preparará para la batalla?
9 Así también ustedes, si no pronuncian con la lengua
palabras comprensibles, ¿cómo se entenderá lo que dicen?
Estarán hablando al aire.
10 Hay, sin duda, muchas clases de idiomas en el mundo,
y ninguno carece de significado.
11 Por tanto, si no entiendo el significado del idioma, seré
un extranjero para el que habla, y el que habla será un
extranjero para mí.
12 Así también ustedes, puesto que anhelan los dones
espirituales, procuren abundar en ellos para la edificación
de la iglesia.

Oración y canto con entendimiento

13 Por eso, el que habla en una lengua ore para poder
interpretarla.
14 Porque, si oro en una lengua, mi espíritu ora, pero mi
entendimiento queda sin fruto.
15 ¿Qué haré, entonces? Oraré con el espíritu, pero
también oraré con el entendimiento; cantaré con el espíritu,
pero también cantaré con el entendimiento.
16 Porque, si bendices en espíritu, ¿cómo dirá «Amén» a tu
acción de gracias el que ocupa el lugar de quien no
entiende, puesto que no sabe lo que dices?
17 Tú das gracias bien, pero el otro no es edificado.
18 Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que
todos ustedes.
19 Pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi
entendimiento, para instruir también a otros, que diez mil
palabras en una lengua.

Madurez y testimonio ante quienes no creen

20 Hermanos, no sean niños en su manera de pensar.
Sean niños pequeños en cuanto a la maldad, pero maduros
en su manera de pensar.
21 En la Ley está escrito: «Por medio de otras lenguas y de
labios de otros hablaré a este pueblo; y ni aun así me
escucharán, dice el Señor».
22 Así que las lenguas son una señal para los incrédulos,
no para los creyentes; en cambio, la profecía es para los
creyentes, no para los incrédulos.
23 Por tanto, si toda la iglesia se reúne en un mismo lugar
y todos hablan en lenguas, y entran personas que no
entienden o incrédulos, ¿no dirán que están locos?
24 Pero, si todos profetizan y entra algún incrédulo o
alguien que no entiende, es convencido por todos y
examinado por todos.
25 Lo oculto de su corazón queda al descubierto, y así,
cayendo rostro en tierra, adorará a Dios y declarará:
«Verdaderamente Dios está entre ustedes».

La participación ordenada de la comunidad

26 ¿Qué hacer, entonces, hermanos? Cuando se reúnen,
cada uno tiene un salmo, una enseñanza, una revelación,
una lengua o una interpretación. Que todo se haga para
edificación.
27 Si alguien habla en una lengua, que hablen dos, o a lo
sumo tres, y por turno; y que uno interprete.
28 Pero, si no hay intérprete, que guarde silencio en la
iglesia y hable para sí mismo y para Dios.
29 Que hablen dos o tres profetas, y que los demás
disciernan lo que se dice.
30 Pero, si algo es revelado a otro que está sentado, que el
primero guarde silencio.
31 Porque todos pueden profetizar uno por uno, para que
todos aprendan y todos sean exhortados.
32 Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas,
33 porque Dios no es Dios de desorden, sino de paz, como
en todas las iglesias de los santos.

El aprendizaje y la sujeción en la reunión

34 Las mujeres guarden silencio en las iglesias, porque no
se les permite hablar; más bien, estén sujetas, como
también dice la Ley.
35 Si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus
propios esposos, porque es vergonzoso que una mujer
hable en la iglesia.

La autoridad del Señor en la vida comunitaria

36 ¿O acaso la palabra de Dios salió de ustedes? ¿O ha
llegado solamente a ustedes?
37 Si alguno se considera profeta o espiritual, reconozca
que lo que les escribo es del Señor.
38 Pero, si alguno no lo reconoce, él tampoco es
reconocido.
39 Por tanto, hermanos míos, anhelen profetizar y no
impidan que se hable en lenguas.
40 Pero que todo se haga decentemente y con orden.

15

La muerte y resurrección de Cristo

1 Les doy a conocer, hermanos, el evangelio que les
anuncié, que también recibieron y en el cual se mantienen
firmes,
2 por el cual también son salvos, si retienen la palabra
que les anuncié, a menos que hayan creído en vano.
3 Porque les transmití, ante todo, lo que también recibí:
que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las
Escrituras;
4 que fue sepultado y que resucitó al tercer día conforme
a las Escrituras;
5 y que se apareció a Cefas, después a los doce.
6 Después se apareció a más de quinientos hermanos a la
vez, de los cuales la mayoría vive aún, aunque algunos se
durmieron.
7 Después se apareció a Jacobo, luego a todos los
apóstoles.
8 Por último, después de todos, se me apareció también a
mí, como a un nacido a destiempo.
9 Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno
de ser llamado apóstol, pues perseguí a la iglesia de Dios.
10 Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia
hacia mí no ha sido en vano. Al contrario, trabajé más que
todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.
11 Así que, sea yo o sean ellos, así predicamos y así
creyeron ustedes.

Lo que implica negar la resurrección

12 Pero si se predica que Cristo ha resucitado de entre los
muertos, ¿cómo dicen algunos entre ustedes que no hay
resurrección de muertos?
13 Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha
resucitado.
14 Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra
predicación y vana también la fe de ustedes.

15 Además, resultamos ser falsos testigos de Dios, porque
dimos testimonio contra Dios de que resucitó a Cristo, a
quien no resucitó si es que los muertos no resucitan.
16 Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha
resucitado;
17 y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es inútil;
todavía están en sus pecados.
18 Entonces también los que se durmieron en Cristo
perecieron.
19 Si solo para esta vida hemos puesto nuestra esperanza
en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los
seres humanos.

Cristo y la victoria sobre la muerte

20 Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos,
primicia de los que se han dormido.
21 Pues ya que la muerte vino por medio de un hombre,
también por medio de un hombre vino la resurrección de
los muertos.
22 Porque así como en Adán todos mueren, también en
Cristo todos serán vivificados.
23 Pero cada uno en su propio orden: Cristo, la primicia;
después, los que son de Cristo en su venida.
24 Luego el fin, cuando entregue el reino a Dios y Padre,
cuando haya anulado todo dominio, toda autoridad y poder.
25 Porque es necesario que él reine hasta que ponga a
todos sus enemigos debajo de sus pies.
26 El último enemigo que será destruido es la muerte.
27 Porque «sometió todas las cosas bajo sus pies». Pero
cuando dice que todas las cosas han sido sometidas, es
evidente que se exceptúa aquel que le sometió todas las
cosas.
28 Cuando todas las cosas le hayan sido sometidas,
entonces el Hijo mismo quedará sometido al que le sometió
todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

La esperanza futura y la conducta presente

29 De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los
muertos? Si los muertos no resucitan en absoluto, ¿por qué
se bautizan por ellos?
30 ¿Y por qué nosotros corremos peligro a toda hora?
31 Cada día muero; lo aseguro por el orgullo que tengo de
ustedes en Cristo Jesús, nuestro Señor.
32 Si desde una perspectiva humana luché contra fieras
en Éfeso, ¿qué provecho tengo? Si los muertos no resucitan,
«comamos y bebamos, porque mañana moriremos».

33 No se dejen engañar: «Las malas compañías
corrompen las buenas costumbres».
34 Recobren la sensatez como es debido y no pequen,
porque algunos no conocen a Dios. Lo digo para vergüenza
de ustedes.

La transformación del cuerpo en la resurrección

35 Pero alguien dirá: «¿Cómo serán resucitados los
muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?».
36 ¡Necio! Lo que tú siembras no cobra vida si no muere.
37 Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de ser, sino un
grano desnudo, ya sea de trigo o de alguna otra semilla.
38 Pero Dios le da un cuerpo como quiso, y a cada semilla
su propio cuerpo.
39 No toda carne es la misma carne: una es la de los seres
humanos, otra la carne de los animales, otra la carne de las
aves y otra la de los peces.
40 Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales; pero una
es la gloria de los celestiales y otra la de los terrenales.
41 Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna y otra
la gloria de las estrellas, pues una estrella difiere de otra en
gloria.
42 Así también es la resurrección de los muertos. Se
siembra en corrupción; se resucita en incorrupción.
43 Se siembra en deshonra; se resucita en gloria. Se
siembra en debilidad; se resucita en poder.
44 Se siembra un cuerpo natural; se resucita un cuerpo
espiritual. Si hay un cuerpo natural, también hay uno
espiritual.
45 Así también está escrito: «El primer hombre, Adán,
llegó a ser un ser viviente»; el último Adán, espíritu que da
vida.
46 Pero no es primero lo espiritual, sino lo natural;
después, lo espiritual.
47 El primer hombre es de la tierra, hecho de polvo; el
segundo hombre es del cielo.
48 Tal como es el hombre de polvo, así son también los de
polvo; y tal como es el celestial, así son también los
celestiales.
49 Y así como hemos llevado la imagen del que es de
polvo, también llevaremos la imagen del celestial.
50 Esto digo, hermanos: la carne y la sangre no pueden
heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la
incorrupción.

La transformación final y la victoria de Cristo

51 Miren, les digo un misterio: no todos dormiremos, pero
todos seremos transformados,
52 en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al sonar la
última trompeta. Pues sonará la trompeta, los muertos
serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos
transformados.
53 Porque es necesario que esto corruptible se revista de
incorrupción y esto mortal se revista de inmortalidad.
54 Cuando esto corruptible se revista de incorrupción y
esto mortal se revista de inmortalidad, entonces se
cumplirá la palabra que está escrita:
«La muerte ha sido devorada en victoria».
55 «¿Dónde está, muerte, tu victoria?
¿Dónde está, muerte, tu aguijón?».
56 El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del
pecado es la ley.
57 Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de
nuestro Señor Jesucristo.
58 Por tanto, mis amados hermanos, manténganse firmes,
inconmovibles, abundando siempre en la obra del Señor,
sabiendo que su trabajo no es en vano en el Señor.

16

Una colecta para los creyentes de Jerusalén

1 En cuanto a la colecta para los santos, hagan ustedes
también como dispuse para las iglesias de Galacia.
2 El primer día de cada semana, cada uno de ustedes
aparte y guarde algo según haya prosperado, para que no
se hagan colectas cuando yo llegue.
3 Cuando llegue, enviaré con cartas a los que ustedes
aprueben, para que lleven su donativo a Jerusalén.
4 Y si conviene que yo también vaya, irán conmigo.

Los viajes de Pablo y sus colaboradores

5 Iré a ustedes después de atravesar Macedonia, pues
pasaré por Macedonia.
6 Tal vez me quede con ustedes, o incluso pase allí el
invierno, para que me ayuden a continuar el viaje hacia
donde deba ir.
7 Porque no quiero verlos ahora solo de paso; espero
permanecer algún tiempo con ustedes, si el Señor lo
permite.
8 Pero permaneceré en Éfeso hasta Pentecostés,
9 porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz, y
hay muchos adversarios.

10 Si llega Timoteo, procuren que esté entre ustedes sin
temor, porque él trabaja en la obra del Señor, igual que yo.
11 Por tanto, que nadie lo desprecie. Ayúdenlo a continuar
su viaje en paz para que venga a mí, pues lo espero con los
hermanos.
12 En cuanto al hermano Apolos, le rogué mucho que
fuera a ustedes con los hermanos; pero de ningún modo
quiso ir ahora. Irá cuando tenga oportunidad.

Una fe firme que se expresa en amor

13 Estén alerta, permanezcan firmes en la fe, sean
valientes y fuertes.
14 Todo lo que hagan, háganlo con amor.

Reconocimiento de quienes sirven

15 Les ruego, hermanos —ustedes conocen a los de la casa
de Estéfanas, que son el primer fruto de Acaya y que se han
dedicado al servicio de los santos—,
16 que también ustedes se sometan a personas como ellos
y a todo el que colabora y trabaja con esfuerzo.
17 Me alegro de la llegada de Estéfanas, Fortunato y
Acaico, porque ellos suplieron la ausencia de ustedes.
18 Porque han dado descanso a mi espíritu y al de ustedes.
Reconozcan, por tanto, a personas como ellos.

Saludos y bendición final

19 Las iglesias de Asia los saludan. Aquila y Priscila, junto
con la iglesia que se reúne en su casa, les envían muchos
saludos en el Señor.
20 Todos los hermanos los saludan. Salúdense unos a
otros con un beso santo.
21 Este saludo lo escribo yo, Pablo, de mi propia mano.
22 Si alguno no ama al Señor, sea anatema. ¡Señor
nuestro, ven!
23 La gracia del Señor Jesús sea con ustedes.
24 Mi amor esté con todos ustedes en Cristo Jesús.

2 Corintios

Saludo a los creyentes de Corinto y Acaya

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y
el hermano Timoteo, a la iglesia de Dios que está en
Corinto, junto con todos los santos que están en toda Acaya:
2 Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y
del Señor Jesucristo.

El consuelo que se recibe y se comparte

3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
el Padre de misericordias y Dios de todo consuelo,
4 quien nos consuela en toda nuestra aflicción, para que
podamos consolar a los que están en cualquier aflicción
mediante el consuelo con que nosotros mismos somos
consolados por Dios.
5 Porque, así como abundan en nosotros los sufrimientos
de Cristo, también abunda nuestro consuelo por medio de
Cristo.
6 Si somos afligidos, es para el consuelo y la salvación de
ustedes; y si somos consolados, es para su consuelo, que les
permite soportar con paciencia los mismos sufrimientos
que también nosotros padecemos.
7 Nuestra esperanza respecto de ustedes es firme, porque
sabemos que, así como participan de los sufrimientos,
también participan del consuelo.

La liberación de un peligro de muerte

8 Porque no queremos que ignoren, hermanos, la
aflicción que nos sobrevino en Asia: fuimos abrumados de
manera extraordinaria, más allá de nuestras fuerzas, hasta
el punto de perder incluso la esperanza de seguir con vida.
9 De hecho, sentimos en nosotros mismos la sentencia de
muerte, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino
en Dios, que resucita a los muertos.
10 Él nos libró de tan grande peligro de muerte y nos
librará. En él hemos puesto nuestra esperanza de que aún
seguirá librándonos,
11 mientras ustedes también colaboran por nosotros con
la oración, para que muchas personas den gracias por
nosotros por el don que nos fue concedido por medio de
muchos.

La sinceridad de Pablo y sus planes de viaje

12 Porque nuestro motivo de gloria es este: el testimonio
de nuestra conciencia de que nos hemos conducido en el
mundo, y especialmente entre ustedes, con la santidad y la
sinceridad que vienen de Dios, con la gracia de Dios y no
con sabiduría carnal.
13 Pues no les escribimos nada distinto de lo que leen y
entienden. Espero que lo entenderán plenamente,
14 así como ya nos han entendido en parte: somos motivo
de gloria para ustedes, como ustedes también lo son para
nosotros en el día de nuestro Señor Jesús.
15 Con esta confianza quería visitarlos primero, para que
recibieran una segunda bendición,
16 pasar por donde ustedes están rumbo a Macedonia,
volver desde Macedonia a ustedes y recibir su ayuda para
continuar el viaje a Judea.
17 Al proponerme esto, ¿actué acaso con ligereza? ¿O
hago mis planes según la carne, de modo que en mí haya
un «Sí, sí» y un «No, no»?

Las promesas de Dios confirmadas en Cristo

18 Pero, tan cierto como que Dios es fiel, nuestra palabra
a ustedes no es «Sí» y «No».
19 Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que fue proclamado
entre ustedes por nosotros —por mí, Silvano y Timoteo—,
no fue «Sí» y «No», sino que en él se ha hecho realidad el
«Sí».
20 Porque todas las promesas de Dios tienen en él su «Sí».
Por eso también, mediante él, decimos «Amén» a Dios, para
su gloria por medio de nosotros.
21 Dios es quien nos mantiene firmes con ustedes en
Cristo y quien nos ungió.
22 Él también nos selló y puso en nuestros corazones la
garantía del Espíritu.

La autoridad puesta al servicio de la alegría

23 Por mi vida, invoco a Dios como testigo de que fue por
consideración a ustedes que no volví a Corinto.
24 No es que dominemos la fe de ustedes, sino que
colaboramos para su alegría, porque por la fe se mantienen
firmes.

2

1 Porque decidí esto para mí mismo: no volver a ustedes
con tristeza.
2 Pues, si yo los entristezco, ¿quién me alegrará, sino
aquel a quien yo he entristecido?

3 Y les escribí precisamente esto para que, al llegar, no
reciba tristeza de aquellos que debían alegrarme. Tengo
confianza en todos ustedes de que mi alegría es la de todos
ustedes.
4 Porque les escribí con mucha aflicción y angustia de
corazón, y con muchas lágrimas, para que conocieran el
abundante amor que les tengo, sin pretender entristecerlos.

El perdón que busca restaurar al hermano

5 Si alguien ha causado tristeza, no me la ha causado solo
a mí, sino, en cierta medida —para no exagerar—, a todos
ustedes.
6 A tal persona le basta esta reprensión impuesta por la
mayoría.
7 Así que ahora deben más bien perdonarlo y consolarlo,
para que no sea consumido por una tristeza excesiva.
8 Por eso les ruego que reafirmen su amor por él.
9 Pues también les escribí para ponerlos a prueba y saber
si son obedientes en todo.
10 Al que ustedes perdonan algo, yo también lo perdono.
Porque lo que yo he perdonado, si algo he perdonado, lo he
hecho por ustedes en presencia de Cristo,
11 para que Satanás no se aproveche de nosotros, pues no
ignoramos sus maquinaciones.

El viaje de Pablo y su inquietud por Tito

12 Cuando llegué a Troas para anunciar el evangelio de
Cristo, y se me había abierto una puerta en el Señor,
13 no tuve descanso en mi espíritu porque no encontré a
Tito, mi hermano. Así que me despedí de ellos y partí para
Macedonia.

El servicio que da a conocer a Cristo

14 Pero gracias a Dios, quien siempre nos lleva en su
desfile triunfal en Cristo y manifiesta por medio de
nosotros, en todo lugar, la fragancia de su conocimiento.
15 Porque somos para Dios el aroma de Cristo entre los
que son salvados y entre los que se pierden:
16 para unos, olor de muerte que conduce a muerte; para
otros, olor de vida que conduce a vida. Y para estas cosas,
¿quién es suficiente?
17 Porque no somos como tantos que comercian con la
palabra de Dios. Más bien, hablamos con sinceridad, como
de parte de Dios, delante de Dios y en Cristo.

3

La comunidad como carta de Cristo

1 ¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros
mismos? ¿O acaso necesitamos, como algunos, cartas de
recomendación para ustedes o de parte de ustedes?
2 Ustedes son nuestra carta, escrita en nuestros
corazones, conocida y leída por todos.
3 Es evidente que son una carta de Cristo, realizada
mediante nuestro servicio, escrita no con tinta, sino con el
Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas
de corazones de carne.

La capacidad para servir viene de Dios

4 Tal confianza tenemos ante Dios por medio de Cristo.
5 No es que seamos capaces por nosotros mismos de
considerar algo como procedente de nosotros; nuestra
capacidad viene de Dios.
6 Él también nos capacitó como servidores de un nuevo
pacto, no de la letra, sino del Espíritu, porque la letra mata,
pero el Espíritu vivifica.

La gloria mayor del ministerio del Espíritu

7 Si el ministerio de muerte, grabado con letras en
piedras, llegó con gloria, de modo que los hijos de Israel no
podían fijar la vista en el rostro de Moisés por la gloria de
su rostro, que se desvanecía,
8 ¿cómo no tendrá aún más gloria el ministerio del
Espíritu?
9 Porque, si el ministerio de condenación tuvo gloria,
mucho más abunda en gloria el ministerio de justicia.
10 De hecho, en este aspecto, lo que tuvo gloria ya no
tiene gloria en comparación con la gloria que lo sobrepasa.
11 Porque, si lo que desaparece vino con gloria, mucho
más glorioso es lo que permanece.

La libertad de conocer a Cristo sin velo

12 Por tanto, teniendo tal esperanza, actuamos con mucha
franqueza,
13 y no como Moisés, que se ponía un velo sobre el rostro
para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de
aquello que desaparecía.
14 Pero sus mentes se endurecieron. Hasta el día de hoy,
al leer el antiguo pacto, permanece ese mismo velo sin ser
levantado, porque en Cristo es quitado.
15 Sí, hasta hoy, cuando se lee a Moisés, un velo está
puesto sobre su corazón.
16 Pero, cuando alguien se vuelve al Señor, el velo es
quitado.

17 El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor,
hay libertad.
18 Y todos nosotros, con el rostro descubierto,
contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos
transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, por
la acción del Señor, que es el Espíritu.

4

Anunciar a Cristo con claridad y sinceridad

1 Por eso, teniendo este ministerio por la misericordia
que hemos recibido, no nos desanimamos.
2 Al contrario, hemos renunciado a lo oculto y
vergonzoso. No actuamos con astucia ni adulteramos la
palabra de Dios, sino que, al manifestar la verdad, nos
recomendamos a toda conciencia humana delante de Dios.
3 Y si nuestro evangelio está velado, está velado para los
que se pierden,
4 en quienes el dios de esta era cegó las mentes de los
incrédulos, para que no les resplandezca la luz del
evangelio de la gloria de Cristo, quien es imagen de Dios.
5 Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a
Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como esclavos de
ustedes por causa de Jesús.
6 Pues Dios, que dijo: «De la oscuridad brillará la luz», es
quien brilló en nuestros corazones para iluminar el
conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo.

La fragilidad del mensajero y el poder de Dios

7 Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro, para que
la extraordinaria grandeza del poder sea de Dios y no de
nosotros.
8 Estamos afligidos en todo, pero no aplastados; perplejos,
pero no desesperados;
9 perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no
destruidos.
10 Llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús,
para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro
cuerpo.
11 Porque nosotros, los que vivimos, somos entregados
continuamente a la muerte por causa de Jesús, para que
también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne
mortal.
12 De modo que la muerte actúa en nosotros, pero la vida
en ustedes.

Una esperanza compartida de resurrección

13 Teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que
está escrito: «Creí, por eso hablé», nosotros también
creemos y por eso también hablamos,
14 sabiendo que el que resucitó a Jesús también nos
resucitará con Jesús y nos presentará junto con ustedes.
15 Porque todo es por ustedes, para que la gracia, al
extenderse por medio de más personas, haga abundar la
acción de gracias para la gloria de Dios.

La renovación presente y la gloria venidera

16 Por eso no nos desanimamos. Aunque nuestro ser
exterior se desgasta, nuestro ser interior se renueva día
tras día.
17 Porque nuestra aflicción momentánea y leve produce
para nosotros un peso eterno de gloria que supera toda
medida,
18 mientras no fijamos la mirada en las cosas que se ven,
sino en las que no se ven. Pues las cosas que se ven son
temporales, pero las que no se ven son eternas.

5

La esperanza de vivir con el Señor

1 Porque sabemos que, si se deshace nuestra casa
terrenal, esta tienda de campaña, tenemos un edificio que
proviene de Dios, una casa no hecha por manos, eterna, en
los cielos.
2 En esta gemimos, anhelando revestirnos de nuestra
morada que viene del cielo,
3 si es que, una vez vestidos, no seremos hallados
desnudos.
4 Porque los que estamos en esta tienda gemimos
agobiados; no queremos desvestirnos, sino revestirnos,
para que lo mortal sea devorado por la vida.
5 El que nos preparó para esto mismo es Dios, quien nos
dio el Espíritu como garantía.
6 Así que siempre tenemos confianza, sabiendo que
mientras habitamos en el cuerpo estamos ausentes del
Señor,
7 porque andamos por fe, no por vista.
8 Tenemos confianza y preferimos estar ausentes del
cuerpo y habitar con el Señor.
9 Por eso nos esforzamos por agradarle, ya sea presentes
o ausentes.
10 Porque es necesario que todos nosotros
comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada
uno reciba según lo que hizo por medio del cuerpo, sea
bueno o malo.

El ministerio de la reconciliación

11 Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a
las personas. Para Dios es manifiesto lo que somos, y
espero que también lo sea para las conciencias de ustedes.
12 No nos recomendamos de nuevo a ustedes, sino que les
damos motivo para que se enorgullezcan de nosotros, para
que tengan con qué responder a los que se jactan de las
apariencias y no del corazón.
13 Porque si hemos perdido el juicio, es para Dios; si
estamos cuerdos, es para ustedes.
14 Porque el amor de Cristo nos impulsa, al haber llegado
a esta conclusión: uno murió por todos; por tanto, todos
murieron.
15 Y murió por todos para que los que viven ya no vivan
para sí mismos, sino para aquel que murió y fue resucitado
por ellos.
16 De modo que, desde ahora, no conocemos a nadie
según la carne. Aun si conocimos a Cristo según la carne,
ahora ya no lo conocemos así.
17 Por tanto, si alguien está en Cristo, es una nueva
criatura. Lo antiguo pasó; miren, ha surgido lo nuevo.
18 Todo esto proviene de Dios, que nos reconcilió consigo
mismo por medio de Cristo y nos dio el ministerio de la
reconciliación:
19 Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo
mismo, sin tomarles en cuenta sus transgresiones, y nos
confió la palabra de la reconciliación.
20 Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como
si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de
Cristo les rogamos: «Reconcíliense con Dios».
21 Al que no conoció pecado lo hizo pecado por nosotros,
para que en él llegáramos a ser justicia de Dios.

6

1 Como colaboradores, también los exhortamos a no
recibir en vano la gracia de Dios.
2 Porque dice:

«En tiempo favorable te escuché, y en día de salvación te
ayudé».

Miren, ahora es el tiempo favorable; miren, ahora es el
día de salvación.

La fidelidad del servicio en la aflicción

3 No damos en nada motivo de tropiezo, para que no sea
desacreditado el ministerio;

4 al contrario, nos recomendamos en todo como
ministros de Dios: en mucha perseverancia, en aflicciones,
en necesidades, en angustias,
5 en golpes, en cárceles, en disturbios, en trabajos, en
desvelos, en ayunos,
6 en pureza, en conocimiento, en paciencia, en bondad,
en el Espíritu Santo, en amor sin hipocresía,
7 en palabra de verdad, en poder de Dios; con las armas
de la justicia a la derecha y a la izquierda;
8 por honra y deshonra, por mala fama y buena fama;
como engañadores, pero veraces;
9 como desconocidos, pero bien conocidos; como
moribundos, pero miren, vivimos; como castigados, pero
no muertos;
10 como entristecidos, pero siempre gozosos; como
pobres, pero enriqueciendo a muchos; como quienes no
tienen nada, pero lo poseen todo.

El afecto de Pablo por los corintios

11 Nuestra boca se ha abierto a ustedes, corintios; nuestro
corazón se ha ensanchado.
12 No están limitados por nosotros, sino que están
limitados por sus propios afectos.
13 Para corresponder del mismo modo —les hablo como a
hijos—, ensanchen también ustedes su corazón.

Somos templo del Dios viviente

14 No se unan en yugo desigual con los incrédulos. Pues
¿qué asociación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿O qué
comunión hay entre la luz y las tinieblas?
15 ¿Qué armonía hay entre Cristo y Beliar? ¿O qué tiene
en común un creyente con un incrédulo?
16 ¿Qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?
Porque nosotros somos templo del Dios viviente, como Dios
dijo:
«Habitaré en ellos y caminaré entre ellos;
seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.
17 Por tanto, salgan de en medio de ellos y apártense —dice
el Señor—.
No toquen lo inmundo, y yo los recibiré,
18 y seré su Padre, y ustedes serán mis hijos e hijas», dice el
Señor Todopoderoso.

7

1 Por tanto, amados, puesto que tenemos estas promesas,
limpiémonos de toda contaminación del cuerpo y del

espíritu, llevando la santidad a su plenitud en el temor de Dios.

La confianza de Pablo en la comunidad

2 Hágannos lugar en sus corazones. A nadie hemos
tratado injustamente, a nadie hemos corrompido, de nadie
nos hemos aprovechado.
3 No lo digo para condenarlos, porque ya he dicho que
están en nuestros corazones para morir y vivir juntos.
4 Tengo mucha franqueza con ustedes y mucho me glorío
por ustedes. Estoy lleno de consuelo y desbordo de alegría
en toda nuestra aflicción.

El regreso de Tito y la alegría de Pablo

5 Porque, aun cuando llegamos a Macedonia, nuestro
cuerpo no tuvo descanso, sino que fuimos afligidos de todas
las maneras: conflictos por fuera, temores por dentro.
6 Pero Dios, que consuela a los abatidos, nos consoló con
la llegada de Tito;
7 y no solo con su llegada, sino también con el consuelo
que recibió de ustedes. Él nos contó el anhelo de ustedes, su
llanto y su celo por mí, de modo que me alegré aún más.
8 Porque, aunque los entristecí con la carta, no lo
lamento. Aunque entonces lo lamenté —pues veo que
aquella carta los entristeció, aunque solo por un tiempo—,
9 ahora me alegro, porque su tristeza los llevó al
arrepentimiento, y no por el hecho de que se
entristecieran. Porque se entristecieron conforme a Dios,
de modo que en nada sufrieron daño por causa nuestra.
10 Porque la tristeza conforme a Dios produce un
arrepentimiento que lleva a la salvación y que no hay que
lamentar; pero la tristeza del mundo produce muerte.
11 Miren cuánto empeño ha producido en ustedes esta
misma tristeza conforme a Dios: ¡qué defensa, qué
indignación, qué temor, qué anhelo, qué celo, qué
disposición a hacer justicia! En todo han demostrado estar
limpios en este asunto.
12 Así que, aunque les escribí, no fue por causa del que
cometió el agravio ni del que lo sufrió, sino para que se les
hiciera manifiesto ante Dios el empeño de ustedes por
nosotros.
13 Por eso hemos sido consolados. Y además de nuestro
consuelo, nos alegramos mucho más por la alegría de Tito,
porque su espíritu ha recibido descanso de todos ustedes.
14 Porque, si me glorié de ustedes ante él en algo, no he
quedado avergonzado. Así como les hemos hablado con

verdad en todo, también nuestro motivo de gloria ante Tito resultó ser verdad.
15 Su cariño por ustedes es aún mayor cuando recuerda la obediencia de todos ustedes y cómo lo recibieron con temor y temblor.
16 Me alegro de tener confianza en ustedes en todo.

8

La ofrenda para los santos

1 Hermanos, les damos a conocer la gracia de Dios concedida a las iglesias de Macedonia:
2 en medio de una gran prueba de aflicción, su abundante alegría y su profunda pobreza se desbordaron en la riqueza de su generosidad.
3 Porque doy testimonio de que dieron conforme a sus posibilidades, e incluso más allá de ellas, por voluntad propia,
4 rogándonos con mucha insistencia el privilegio de participar en el servicio a los santos.
5 Y superaron lo que esperábamos: primero se entregaron ellos mismos al Señor y luego a nosotros, por la voluntad de Dios.
6 Por eso exhortamos a Tito a que, así como antes había comenzado, también completara entre ustedes esta obra de gracia.
7 Así como abundan en todo —en fe, palabra, conocimiento, todo empeño y en el amor que de nosotros ha llegado a ustedes—, abunden también en esta obra de gracia.
8 Lo digo para poner a prueba la autenticidad del amor de ustedes mediante el empeño de otros, sin darles una orden.
9 Porque conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo: aunque era rico, por ustedes se hizo pobre, para que mediante su pobreza ustedes fueran enriquecidos.
10 En este asunto doy mi parecer, porque esto les conviene a ustedes, que desde el año pasado fueron los primeros no solo en hacerlo, sino también en querer hacerlo.
11 Ahora completen también la obra, para que, así como hubo disposición para querer, haya también cumplimiento según lo que tienen.
12 Porque, si hay buena disposición, es aceptada según lo que uno tiene, y no según lo que no tiene.
13 Pues no se trata de que otros tengan alivio mientras ustedes sufren estrechez, sino de que haya igualdad:

14 en el momento presente, la abundancia de ustedes
supla la necesidad de ellos, para que también la
abundancia de ellos supla la necesidad de ustedes, de modo
que haya igualdad,
15 como está escrito:
«Al que recogió mucho no le sobró, y al que recogió poco no
le faltó».

Tito y los hermanos encargados de la ofrenda

16 Pero gracias a Dios, que pone en el corazón de Tito el
mismo empeño por ustedes.
17 Porque él aceptó la exhortación y, con un empeño aún
mayor, partió hacia ustedes por voluntad propia.
18 Junto con él enviamos al hermano que es elogiado en
todas las iglesias por su labor en el evangelio.
19 Y no solo eso: también fue elegido por las iglesias como
compañero de nuestro viaje con esta ofrenda de gracia que
administramos para la gloria del Señor mismo y para
demostrar nuestra buena disposición.
20 Así evitamos que alguien nos reproche la manera en
que administramos esta abundante ofrenda,
21 porque procuramos hacer lo honrado, tanto delante
del Señor como delante de los seres humanos.
22 También enviamos con ellos a nuestro hermano, cuyo
empeño hemos comprobado muchas veces y en muchas
cosas, y que ahora tiene mucho más empeño por la gran
confianza que tiene en ustedes.
23 En cuanto a Tito, es mi compañero y colaborador para
con ustedes; en cuanto a nuestros hermanos, son
mensajeros de las iglesias, gloria de Cristo.
24 Por tanto, demuéstrenles a ellos, delante de las iglesias,
la prueba del amor de ustedes y del motivo que tenemos
para gloriarnos de ustedes.

9

La preparación de la ofrenda prometida

1 En cuanto al servicio a los santos, no necesito
escribirles,
2 porque conozco su buena disposición, de la cual me
glorío ante los macedonios, diciendo que Acaya está
preparada desde el año pasado; y el celo de ustedes ha
estimulado a la mayoría.
3 Pero envié a los hermanos para que nuestro motivo de
gloria por ustedes no resulte vacío en este asunto, y para
que estén preparados, tal como les decía;

4 no sea que vengan conmigo algunos macedonios y los
encuentren sin preparar, y quedemos avergonzados
nosotros —por no decir ustedes— por esta confianza.
5 Por eso consideré necesario exhortar a los hermanos a
que fueran a ustedes por adelantado y prepararan la
generosa ofrenda que ya habían prometido. Así estará lista
como un acto de generosidad y no como algo exigido.

Dar con alegría y confiar en la provisión de Dios

6 Esto digo: el que siembra escasamente también
cosechará escasamente, y el que siembra generosamente
también cosechará generosamente.
7 Cada uno dé como haya decidido en su corazón, sin
tristeza ni obligación, porque Dios ama al dador alegre.
8 Y Dios puede hacer que abunde en ustedes toda gracia,
para que, teniendo siempre en todo lo suficiente, abunden
en toda buena obra,
9 como está escrito:
«Repartió, dio a los pobres;
su justicia permanece para siempre».
10 El que proporciona semilla al sembrador y pan para
comer también proporcionará y multiplicará la semilla de
ustedes y aumentará los frutos de su justicia.
11 Serán enriquecidos en todo para toda generosidad, la
cual produce, por medio de nosotros, acción de gracias a
Dios.

La ayuda compartida y la gratitud a Dios

12 Porque el desempeño de este servicio, además de
suplir las necesidades de los santos, también desborda en
muchas acciones de gracias a Dios.
13 Mediante la prueba que da este servicio, ellos
glorifican a Dios por la obediencia de ustedes al evangelio
de Cristo que profesan y por la generosidad con que
comparten con ellos y con todos.
14 Y al orar por ustedes, los anhelan por causa de la
sobreabundante gracia de Dios sobre ustedes.
15 ¡Gracias a Dios por su don indescriptible!

10

Pablo defiende su ministerio

1 Yo mismo, Pablo, les ruego por la mansedumbre y la
bondad de Cristo; yo, que en persona soy humilde entre
ustedes, pero ausente soy osado con ustedes.
2 Les ruego que, cuando esté presente, no tenga que
mostrarme osado con la confianza con que pienso proceder

resueltamente contra algunos que nos consideran como si anduviéramos conforme a la carne.
3 Porque, aunque andamos en la carne, no combatimos conforme a la carne.
4 Pues las armas de nuestra lucha no son carnales, sino poderosas en Dios para derribar fortalezas. Derribamos argumentos
5 y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.
6 Estamos preparados para castigar toda desobediencia cuando la obediencia de ustedes sea completa.

La autoridad para edificar la comunidad

7 Ustedes miran las cosas según la apariencia. Si alguien está convencido de que pertenece a Cristo, considere de nuevo esto por sí mismo: así como él pertenece a Cristo, también nosotros.
8 Porque, aunque me gloríe algo más de nuestra autoridad, que el Señor nos dio para edificación y no para destrucción de ustedes, no seré avergonzado,
9 para que no parezca que trato de atemorizarlos con mis cartas.
10 Porque alguien dice: «Sus cartas son severas y fuertes, pero su presencia física es débil y su palabra despreciable».
11 Que esa persona tenga en cuenta esto: lo que somos en palabra por medio de cartas estando ausentes, eso mismo somos en hechos estando presentes.

La medida del servicio y la aprobación del Señor

12 Porque no nos atrevemos a contarnos ni compararnos con algunos que se recomiendan a sí mismos. Pero ellos, al medirse a sí mismos por sí mismos y compararse consigo mismos, carecen de entendimiento.
13 Nosotros no nos gloriaremos más allá de los límites, sino conforme a la medida del campo que Dios nos asignó, que alcanza también hasta ustedes.
14 Porque no nos extralimitamos, como si no hubiéramos llegado hasta ustedes, pues llegamos hasta ustedes con el evangelio de Cristo.
15 No nos gloriamos más allá de los límites en trabajos ajenos, sino que esperamos que, al crecer la fe de ustedes, se amplíe abundantemente nuestra labor entre ustedes dentro de nuestro campo,
16 para anunciar el evangelio en las regiones más allá de ustedes, sin gloriarnos en lo que ya se ha hecho en el campo de otro.
17 Pero «el que se gloría, que se gloríe en el Señor».

18 Porque no es aprobado el que se recomienda a sí
mismo, sino aquel a quien el Señor recomienda.

11

La fidelidad a Cristo frente al engaño

1 ¡Ojalá toleraran un poco de insensatez de mi parte! Sí,
tolérenme.
2 Porque siento celos por ustedes con el celo de Dios, pues
los desposé con un solo esposo, para presentarlos como una
virgen pura a Cristo.
3 Pero temo que, así como la serpiente engañó a Eva con
su astucia, sus mentes sean corrompidas y apartadas de la
sencillez y pureza de su devoción a Cristo.
4 Porque si alguien viene y predica a otro Jesús que
nosotros no predicamos, o reciben un espíritu diferente que
no recibieron, o un evangelio diferente que no aceptaron,
¡bien lo toleran!
5 Pues considero que en nada he sido inferior a los
apóstoles más eminentes.
6 Aunque soy inexperto en el hablar, no lo soy en el
conocimiento; se lo hemos manifestado en todo y de todas
las maneras.

El anuncio gratuito del evangelio y sus motivos

7 ¿O cometí un pecado al humillarme para que ustedes
fueran exaltados, porque les anuncié gratuitamente el
evangelio de Dios?
8 Despojé a otras iglesias, recibiendo de ellas
sostenimiento para servirles a ustedes.
9 Cuando estaba entre ustedes y tuve necesidad, no fui
una carga para nadie, pues los hermanos que vinieron de
Macedonia suplieron lo que me faltaba. En todo me he
guardado de serles una carga, y me seguiré guardando.
10 Por la verdad de Cristo que está en mí, no se me
impedirá este motivo de gloria en las regiones de Acaya.
11 ¿Por qué? ¿Porque no los amo? Dios lo sabe.
12 Pero seguiré haciendo lo que hago, para quitar la
oportunidad a los que buscan una oportunidad de ser
considerados iguales a nosotros en aquello de lo que se
glorían.

El engaño bajo una apariencia de justicia

13 Porque esos son falsos apóstoles, obreros engañosos
que se disfrazan de apóstoles de Cristo.
14 Y no es de extrañar, porque Satanás mismo se disfraza
de ángel de luz.

15 Por tanto, no es sorprendente que también sus
servidores se disfracen de servidores de justicia. Su fin será
conforme a sus obras.

La jactancia y el abuso que toleran los corintios

16 Lo digo de nuevo: que nadie me considere insensato.
Pero si lo hacen, recíbanme aunque sea como insensato,
para que yo también me gloríe un poco.
17 Lo que digo en esta confianza de gloriarme no lo digo
conforme al Señor, sino como en insensatez.
18 Ya que muchos se glorían conforme a la carne, yo
también me gloriaré.
19 Porque ustedes, siendo sabios, toleran con gusto a los
insensatos.
20 Pues toleran si alguien los esclaviza, si alguien los
devora, si alguien se aprovecha de ustedes, si alguien se
enaltece, si alguien los golpea en el rostro.
21 Para vergüenza nuestra lo digo: hemos sido débiles.
Pero en lo que alguien se atreva —hablo con insensatez—,
yo también me atrevo.

La fragilidad y los costos del servicio a Cristo

22 ¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también.
¿Son descendientes de Abraham? Yo también.
23 ¿Son servidores de Cristo? Hablo como si estuviera
fuera de mí: yo más. En trabajos, más; en cárceles, más; en
golpes, sin medida; en peligros de muerte, muchas veces.
24 Cinco veces recibí de los judíos treinta y nueve azotes.
25 Tres veces fui golpeado con varas, una vez apedreado,
tres veces naufragué; he pasado una noche y un día en alta
mar.
26 En viajes, muchas veces; en peligros de ríos, peligros
de ladrones, peligros de mis compatriotas, peligros de los
gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto,
peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos;
27 en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y
sed, en frecuentes ayunos, en frío y desnudez.
28 Además de las otras cosas, está la presión diaria sobre
mí: la preocupación por todas las iglesias.
29 ¿Quién es débil sin que yo sea débil? ¿A quién se le hace
tropezar sin que yo arda de indignación?
30 Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que muestra
mi debilidad.
31 El Dios y Padre del Señor Jesús, que es bendito por los
siglos, sabe que no miento.
32 En Damasco, el gobernador del rey Aretas vigilaba la
ciudad de los damascenos para arrestarme,

33 pero fui bajado en un cesto por una ventana de la
muralla, y escapé de sus manos.

12

Las revelaciones y el límite de la jactancia

1 Es necesario gloriarse, aunque no sea provechoso.
Pasaré, pues, a las visiones y revelaciones del Señor.
2 Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años
fue arrebatado hasta el tercer cielo —si en el cuerpo, no lo
sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe—.
3 Y conozco a ese hombre —si en el cuerpo o fuera del
cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe—,
4 que fue arrebatado al paraíso y oyó palabras
inexpresables que a un ser humano no le está permitido
decir.
5 De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo no me
gloriaré, excepto en las debilidades.
6 Porque, si quisiera gloriarme, no sería necio, pues diría
la verdad. Pero me abstengo, para que nadie piense de mí
más de lo que ve en mí u oye de mí.

La gracia de Cristo en la debilidad

7 Por eso, debido a lo extraordinario de las revelaciones,
para que no me enaltezca, me fue dado un aguijón en la
carne, un mensajero de Satanás que me golpee, para que
no me enaltezca.
8 Acerca de esto, tres veces rogué al Señor que lo apartara
de mí.
9 Y él me ha dicho: «Te basta mi gracia, porque el poder
se perfecciona en la debilidad». Por tanto, con mucho gusto
me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder
de Cristo repose sobre mí.
10 Por eso me complazco en las debilidades, en los
insultos, en las necesidades, en las persecuciones y en las
angustias por causa de Cristo. Porque, cuando soy débil,
entonces soy fuerte.

Las señales del servicio apostólico

11 Me he vuelto necio; ustedes me obligaron. Yo debía
haber sido recomendado por ustedes, porque en nada fui
inferior a esos «superapóstoles», aunque no soy nada.
12 Las señales de un apóstol se realizaron entre ustedes
con toda perseverancia, con señales, prodigios y milagros.
13 Porque ¿en qué fueron tratados peor que las demás
iglesias, salvo en que yo mismo no les fui una carga?
¡Perdónenme esta injusticia!

Pablo anuncia su tercera visita

14 Miren, esta es la tercera vez que estoy preparado para
ir a ustedes, y no les seré una carga. Porque no busco lo que
tienen, sino a ustedes, pues no son los hijos quienes deben
ahorrar para los padres, sino los padres para los hijos.
15 Yo, con mucho gusto, gastaré lo mío y me gastaré por
completo por sus almas. Si los amo más, ¿soy amado
menos?
16 Admitamos que yo no les fui una carga. Pero, como soy
astuto, los atrapé con engaño.
17 ¿Acaso me aproveché de ustedes por medio de alguno
de los que les envié?
18 Rogué a Tito que fuera y envié con él al hermano.
¿Acaso Tito se aprovechó de ustedes? ¿No procedimos con
el mismo espíritu? ¿No seguimos las mismas pisadas?

La edificación y el arrepentimiento de la comunidad

19 ¿Todo este tiempo han pensado que nos estamos
defendiendo ante ustedes? Hablamos en Cristo delante de
Dios; y todo, amados, es para la edificación de ustedes.
20 Porque temo que, al llegar, no los encuentre como
quisiera, y que ustedes me encuentren como no quisieran.
Temo que haya rivalidad, celos, arrebatos de ira,
ambiciones egoístas, calumnias, murmuraciones,
arrogancia y desórdenes;
21 que, cuando vuelva, mi Dios me humille ante ustedes y
tenga que lamentarme por muchos de los que antes
pecaron y no se han arrepentido de la impureza, la
inmoralidad sexual y el desenfreno que practicaron.

13

La visita y el examen de la fe

1 Esta es la tercera vez que voy a ustedes. «Por boca de
dos o tres testigos se establecerá todo asunto».
2 Ya lo advertí cuando estuve presente por segunda vez, y
ahora que estoy ausente vuelvo a advertir a los que
pecaron antes y a todos los demás: si vuelvo, no seré
indulgente,
3 puesto que buscan una prueba de que Cristo habla en
mí. Él no es débil para con ustedes, sino poderoso entre
ustedes.
4 Porque fue crucificado en debilidad, pero vive por el
poder de Dios. También nosotros somos débiles en él, pero
viviremos con él por el poder de Dios para con ustedes.

5 Examínense a ustedes mismos para ver si están en la fe;
pónganse a prueba. ¿O no reconocen que Jesucristo está en
ustedes? A menos que hayan quedado reprobados.
6 Pero espero que reconozcan que nosotros no estamos
reprobados.

La verdad y la restauración de la iglesia

7 Oramos a Dios para que no hagan ningún mal; para que
hagan lo bueno, y no para que nosotros aparezcamos
aprobados, aunque nosotros quedemos como reprobados.
8 Porque nada podemos contra la verdad, sino a favor de
la verdad.
9 Pues nos alegramos cuando nosotros somos débiles y
ustedes son fuertes. Y también oramos por esto: por la
plena restauración de ustedes.
10 Por eso escribo estas cosas estando ausente, para que,
al estar presente, no tenga que actuar con severidad según
la autoridad que el Señor me dio para edificación y no para
destrucción.

Exhortaciones, saludos y bendición final

11 Por lo demás, hermanos, alégrense, sean restaurados,
anímense, tengan un mismo sentir y vivan en paz. Y el Dios
de amor y de paz estará con ustedes.
12 Salúdense unos a otros con un beso santo.
13 Todos los santos los saludan.
14 La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la
comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes.

Gálatas

El saludo y la obra salvadora de Cristo

1 Pablo, apóstol —no de parte de seres humanos ni por
medio de un hombre, sino por medio de Jesucristo y de
Dios Padre, quien lo resucitó de entre los muertos—,
2 y todos los hermanos que están conmigo, a las iglesias
de Galacia:
3 Gracia y paz a ustedes de parte de Dios Padre y de
nuestro Señor Jesucristo,
4 quien se entregó a sí mismo por nuestros pecados para
rescatarnos de esta era malvada, conforme a la voluntad de
nuestro Dios y Padre,
5 a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

No hay otro evangelio

6 Me asombra que tan pronto se estén apartando del que
los llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio
diferente,
7 que en realidad no es otro evangelio. Lo que sucede es
que algunos los perturban y quieren pervertir el evangelio
de Cristo.
8 Pero, aun si nosotros o un ángel del cielo les anuncia un
evangelio diferente del que les anunciamos, sea anatema.
9 Como ya hemos dicho, ahora lo repito: si alguno les
anuncia un evangelio diferente del que recibieron, sea
anatema.
10 Porque ¿busco ahora la aprobación de los seres
humanos o la de Dios? ¿O procuro agradar a la gente? Si
todavía agradara a la gente, no sería esclavo de Cristo.

El origen del evangelio anunciado por Pablo

11 Pues les hago saber, hermanos, que el evangelio
anunciado por mí no es de origen humano.
12 Porque yo no lo recibí de un ser humano ni me fue
enseñado por uno, sino por revelación de Jesucristo.
13 Ustedes han oído de mi antigua manera de vivir en el
judaísmo, cómo perseguía sin medida a la iglesia de Dios y
procuraba destruirla.
14 En el judaísmo aventajaba a muchos de mi edad entre
mi pueblo, pues tenía un celo mucho mayor por las
tradiciones de mis padres.
15 Pero, cuando el que me apartó desde el vientre de mi
madre y me llamó por su gracia tuvo a bien

16 revelar a su Hijo en mí para que lo anunciara entre los
gentiles, no consulté de inmediato con carne y sangre,
17 ni subí a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles antes
que yo; más bien, partí para Arabia y después regresé a
Damasco.

Los primeros encuentros con los apóstoles

18 Luego, pasados tres años, subí a Jerusalén para
conocer a Cefas y permanecí con él quince días.
19 No vi a ningún otro de los apóstoles, excepto a Jacobo,
el hermano del Señor.
20 En cuanto a lo que les escribo, declaro delante de Dios
que no miento.
21 Después fui a las regiones de Siria y Cilicia.
22 Pero las iglesias de Judea que están en Cristo no me
conocían de vista.
23 Solo oían decir: «El que antes nos perseguía ahora
anuncia la fe que antes procuraba destruir».
24 Y glorificaban a Dios por causa de mí.

2

La comunión apostólica y la libertad del evangelio

1 Después de catorce años subí de nuevo a Jerusalén con
Bernabé, llevando también a Tito.
2 Subí por una revelación y les expuse el evangelio que
predico entre los gentiles, pero en privado a los que tenían
reputación, para no correr ni haber corrido en vano.
3 Pero ni siquiera Tito, que estaba conmigo, fue obligado
a circuncidarse, aunque era griego.
4 Esto ocurrió por causa de los falsos hermanos
introducidos a escondidas, que se infiltraron para espiar la
libertad que tenemos en Cristo Jesús y someternos a
esclavitud.
5 No cedimos a someternos a ellos ni por un momento,
para que la verdad del evangelio permaneciera con ustedes.
6 En cuanto a los que tenían reputación de ser algo —lo
que fueran no me importa; Dios no hace distinción de
personas—, los de reputación nada me añadieron.
7 Al contrario, vieron que se me había confiado el
evangelio para los incircuncisos, como a Pedro para los
circuncisos
8 (pues el que obró en Pedro para el apostolado entre los
circuncisos también obró en mí para con los gentiles).
9 Y al reconocer la gracia que me había sido dada, Jacobo,
Cefas y Juan, que eran considerados columnas, nos dieron a
mí y a Bernabé la mano derecha en señal de comunión,

para que nosotros fuéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos.
10 Solo nos pidieron que recordáramos a los pobres, lo mismo que yo me esforcé por hacer.

Pablo reprende a Pedro en Antioquía
11 Pero cuando Cefas vino a Antioquía, me opuse a él cara a cara, porque era censurable.
12 Pues antes de que llegaran algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero cuando llegaron, comenzó a retraerse y apartarse, por temor a los de la circuncisión.
13 Los demás judíos también participaron de su hipocresía, de modo que hasta Bernabé fue arrastrado por la hipocresía de ellos.
14 Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Cefas delante de todos: «Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿cómo obligas a los gentiles a vivir como judíos?

Justificación y vida por la fe en Cristo
15 Nosotros somos judíos de nacimiento y no pecadores de entre los gentiles;
16 pero, sabiendo que el ser humano no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, también nosotros creímos en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley, porque por las obras de la ley nadie será justificado.
17 Pero si, al buscar ser justificados en Cristo, también nosotros resultamos ser pecadores, ¿es Cristo entonces servidor del pecado? ¡De ningún modo!
18 Porque si vuelvo a edificar lo que destruí, demuestro que yo mismo soy transgresor.
19 Pues mediante la ley morí a la ley, para vivir para Dios. Con Cristo estoy crucificado;
20 ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que ahora vivo en la carne la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí.
21 No anulo la gracia de Dios, porque si la justicia viene por medio de la ley, entonces Cristo murió en vano».

3

El Espíritu se recibe por la fe
1 ¡Gálatas insensatos! ¿Quién los ha hechizado, a ustedes, ante cuyos ojos Jesucristo fue presentado claramente como crucificado?

2 Solo esto quiero saber de ustedes: ¿recibieron el Espíritu
por las obras de la Ley o por oír con fe?
3 ¿Tan insensatos son? Habiendo comenzado por el
Espíritu, ¿ahora van a alcanzar la plenitud por la carne?
4 ¿Han padecido tantas cosas en vano? ¡Si es que
realmente fue en vano!
5 El que les proporciona el Espíritu y obra milagros entre
ustedes, ¿lo hace por las obras de la Ley o por oír con fe?

Abraham y la bendición recibida por la fe

6 Así Abraham «creyó a Dios, y le fue contado por
justicia».
7 Sepan, por tanto, que los que son de la fe son hijos de
Abraham.
8 Y la Escritura, previendo que Dios justifica a los gentiles
por la fe, anunció de antemano el evangelio a Abraham:
«En ti serán bendecidas todas las naciones».
9 De modo que los que son de la fe son bendecidos junto
con Abraham, el creyente.
10 Porque todos los que dependen de las obras de la Ley
están bajo maldición, pues está escrito: «Maldito todo el que
no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la
Ley para cumplirlas».
11 Es evidente que por la Ley nadie es justificado ante
Dios, porque «El justo vivirá por la fe».
12 Pero la Ley no se basa en la fe, sino que dice: «El que
cumpla estas cosas vivirá por ellas».
13 Cristo nos redimió de la maldición de la Ley,
haciéndose maldición por nosotros, porque está escrito:
«Maldito todo el que es colgado de un madero»,
14 para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham
llegara a los gentiles, a fin de que recibiéramos por la fe la
promesa del Espíritu.

La promesa anterior a la Ley

15 Hermanos, hablo en términos humanos: aun un pacto
humano, una vez ratificado, nadie lo anula ni le añade
nada.
16 Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a
su descendiente. No dice «Y a los descendientes», como
refiriéndose a muchos, sino a uno: «Y a tu descendiente»,
que es Cristo.
17 Esto es lo que digo: la Ley, que llegó cuatrocientos
treinta años después, no invalida el pacto previamente
ratificado por Dios, de modo que anule la promesa.

18 Porque, si la herencia depende de la Ley, ya no
depende de la promesa; pero Dios se la concedió
gratuitamente a Abraham mediante una promesa.

El propósito de la ley

19 Entonces, ¿para qué la Ley? Fue añadida a causa de las
transgresiones, hasta que llegara el descendiente a quien se
había hecho la promesa. Fue dispuesta por medio de
ángeles y por mano de un mediador.
20 Ahora bien, un mediador no interviene por una sola
parte, pero Dios es uno.
21 ¿Es, entonces, la Ley contraria a las promesas de Dios?
¡De ningún modo! Porque, si se hubiera dado una ley capaz
de dar vida, la justicia realmente vendría de la Ley.
22 Pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la
promesa, mediante la fe en Jesucristo, fuera dada a los que
creen.

La fe y la herencia de los hijos de Dios

23 Antes de que llegara la fe, estábamos custodiados bajo
la Ley, encerrados hasta la fe que iba a ser revelada.
24 Así que la Ley fue nuestro tutor hasta la llegada de
Cristo, para que fuéramos justificados por la fe.
25 Pero, habiendo llegado la fe, ya no estamos bajo un
tutor.
26 Porque todos ustedes son hijos de Dios por la fe en
Cristo Jesús.
27 Pues todos los que fueron bautizados en Cristo se han
revestido de Cristo.
28 No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay
hombre y mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo
Jesús.
29 Y si pertenecen a Cristo, son descendencia de
Abraham, herederos según la promesa.

4

La adopción y la herencia en Cristo

1 Digo, pues, que, mientras el heredero es menor de edad,
no se diferencia en nada de un esclavo, aunque sea dueño
de todo.
2 Más bien, está bajo tutores y administradores hasta el
plazo fijado por su padre.
3 Así también nosotros, cuando éramos menores de edad,
estábamos esclavizados bajo los elementos básicos del
mundo.
4 Pero, cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a
su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley,

5 para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que
recibiéramos la adopción como hijos.
6 Y porque ustedes son hijos, Dios envió a nuestros
corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!».
7 Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo,
también eres heredero por medio de Dios.

Exhortación contra el volver a la esclavitud
8 Pero antes, cuando no conocían a Dios, servían como
esclavos a los que por naturaleza no son dioses.
9 Ahora que conocen a Dios, o más bien que son
conocidos por Dios, ¿cómo vuelven otra vez a los débiles y
pobres elementos básicos, a los que quieren volver a servir
como esclavos?
10 Observan escrupulosamente días, meses, temporadas y
años.
11 Temo por ustedes, no sea que haya trabajado en vano
por ustedes.

El afecto y la preocupación de Pablo
12 Háganse como yo, porque yo también me hice como
ustedes. Se lo ruego, hermanos. No me han hecho ningún
agravio.
13 Saben que fue a causa de una enfermedad del cuerpo
que les anuncié el evangelio la primera vez.
14 Y, aunque mi estado físico los puso a prueba, no me
despreciaron ni me rechazaron; más bien, me recibieron
como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús.
15 ¿Dónde está, entonces, aquella dicha de ustedes?
Porque puedo dar testimonio de que, si hubiera sido
posible, se habrían arrancado los ojos para dármelos.
16 ¿Me he convertido, entonces, en enemigo de ustedes
por decirles la verdad?
17 Ellos muestran interés por ustedes, pero no para bien;
quieren aislarlos para que ustedes muestren interés por
ellos.
18 Es bueno que muestren interés por ustedes para bien
en todo tiempo, y no solo cuando estoy presente entre
ustedes.
19 Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de
parto hasta que Cristo sea formado en ustedes,
20 quisiera estar ahora con ustedes y cambiar mi tono de
voz, porque estoy perplejo acerca de ustedes.

Alegoría de Sara y Agar
21 Díganme, los que quieren estar bajo la Ley: ¿no
escuchan la Ley?

22 Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos: uno
de la esclava y otro de la mujer libre.
23 El de la esclava nació según la carne, pero el de la
mujer libre nació por la promesa.
24 Estas cosas tienen un sentido alegórico, pues estas
mujeres representan dos pactos. Uno procede del monte
Sinaí y da a luz hijos para esclavitud; este es Agar.
25 Ahora bien, Agar es el monte Sinaí en Arabia, y
corresponde a la Jerusalén actual, porque ella vive en
esclavitud junto con sus hijos.
26 Pero la Jerusalén de arriba es libre, y ella es nuestra
madre.
27 Porque está escrito:
«Alégrate, estéril, tú que no das a luz;
prorrumpe en gritos, tú que no sufres dolores de parto,
porque más numerosos son los hijos de la desolada
que los de la que tiene esposo».
28 Y ustedes, hermanos, son hijos de la promesa, como
Isaac.
29 Pero, así como entonces el nacido según la carne
perseguía al nacido según el Espíritu, así sucede también
ahora.
30 Pero ¿qué dice la Escritura? «Expulsa a la esclava y a su
hijo, porque el hijo de la esclava no heredará junto con el
hijo de la mujer libre».
31 Por tanto, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino
de la mujer libre.

5

La defensa de la libertad del evangelio

1 Para la libertad nos liberó Cristo. Por tanto,
permanezcan firmes y no vuelvan a someterse a un yugo
de esclavitud.
2 Miren, yo, Pablo, les digo que, si se circuncidan, Cristo
no les servirá de nada.
3 Y de nuevo declaro a todo hombre que se circuncida
que está obligado a cumplir toda la Ley.
4 Ustedes, los que procuran ser justificados por la Ley,
han quedado separados de Cristo; han caído de la gracia.
5 Porque nosotros, por el Espíritu y mediante la fe,
esperamos con anhelo la esperanza de la justicia.
6 Pues en Cristo Jesús no tiene valor la circuncisión ni la
incircuncisión, sino la fe que actúa por medio del amor.

La influencia de quienes perturban la fe

7 Ustedes corrían bien. ¿Quién les puso un obstáculo para
que dejaran de obedecer a la verdad?
8 Esa persuasión no procede del que los llama.
9 Un poco de levadura leuda toda la masa.
10 Tengo confianza en ustedes en el Señor de que no
pensarán de otro modo; pero el que los perturba cargará
con su condena, sea quien sea.
11 En cuanto a mí, hermanos, si todavía predico la
circuncisión, ¿por qué sigo siendo perseguido? En tal caso,
ha quedado anulado el tropiezo de la cruz.
12 ¡Ojalá los que los trastornan llegaran incluso a
mutilarse!

La libertad que se expresa en amor

13 Porque ustedes, hermanos, fueron llamados a la
libertad; solo que no usen esa libertad como una
oportunidad para la carne, sino sírvanse unos a otros por
medio del amor.
14 Porque toda la Ley se cumple en una sola palabra:
«Amarás a tu prójimo como a ti mismo».
15 Pero, si se muerden y se devoran unos a otros, tengan
cuidado de no consumirse unos a otros.

Las obras de la carne y el fruto del Espíritu

16 Digo, pues: caminen por el Espíritu, y no satisfarán el
deseo de la carne.
17 Porque la carne desea lo contrario al Espíritu, y el
Espíritu lo contrario a la carne. Estos se oponen entre sí, de
modo que ustedes no hagan lo que quieran.
18 Pero, si son guiados por el Espíritu, no están bajo la Ley.
19 Las obras de la carne son evidentes: inmoralidad
sexual, impureza, desenfreno,
20 idolatría, hechicería, enemistades, rivalidad, celos,
arrebatos de ira, ambiciones egoístas, disensiones,
facciones,
21 envidias, borracheras, fiestas desenfrenadas y cosas
semejantes. Sobre estas cosas les advierto, como ya les
advertí antes, que quienes las practican no heredarán el
reino de Dios.
22 Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia,
amabilidad, bondad, fidelidad,
23 mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no
hay ley.
24 Los que pertenecen a Cristo han crucificado la carne
con sus pasiones y deseos.
25 Si vivimos por el Espíritu, sigamos también el paso del
Espíritu.

26 No nos hagamos vanidosos, provocándonos unos a
otros y envidiándonos unos a otros.

6

Restauración y ayuda mutua

1 Hermanos, aun si alguien es sorprendido en alguna
transgresión, ustedes que son espirituales restáurenlo con
espíritu de mansedumbre. Cuídate a ti mismo, no sea que tú
también seas tentado.
2 Lleven unos las cargas de otros, y así cumplirán la ley
de Cristo.
3 Porque si alguien cree ser algo sin ser nada, se engaña a
sí mismo.
4 Que cada uno examine su propia obra; entonces tendrá
motivo para gloriarse solo en sí mismo y no en otro,
5 porque cada uno llevará su propia carga.

Compartir y perseverar en el bien

6 Que el que recibe enseñanza de la palabra comparta
toda cosa buena con el que le enseña.
7 No se dejen engañar: Dios no puede ser burlado. Porque
lo que una persona siembre, eso también cosechará.
8 El que siembra para su propia carne cosechará de la
carne corrupción, pero el que siembra para el Espíritu
cosechará del Espíritu vida eterna.
9 No nos desanimemos al hacer el bien, porque a su
debido tiempo cosecharemos, si no nos damos por
vencidos.
10 Así pues, mientras tenemos oportunidad, hagamos el
bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe.

Pablo se gloría en la cruz de Cristo

11 Miren con qué letras tan grandes les escribo de mi
propia mano.
12 Los que quieren causar buena impresión en la carne
los obligan a circuncidarse, solo para no ser perseguidos a
causa de la cruz de Cristo.
13 Porque ni siquiera los que se circuncidan guardan la
ley, pero quieren que ustedes se circunciden para gloriarse
en la carne de ustedes.
14 Pero lejos esté de mí gloriarme, excepto en la cruz de
nuestro Señor Jesucristo, por medio de la cual el mundo ha
sido crucificado para mí y yo para el mundo.
15 Porque ni la circuncisión es nada ni la incircuncisión,
sino una nueva creación.
16 Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y
misericordia sobre ellos y sobre el Israel de Dios.

17 De ahora en adelante, que nadie me cause molestias,
porque yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús.

Bendición final

18 Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea
con el espíritu de ustedes. Amén.

Efesios

El saludo a los creyentes

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, a
los santos que están en Éfeso y son fieles en Cristo Jesús:
2 Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y
del Señor Jesucristo.

Bendiciones espirituales en Cristo

3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos bendijo con toda bendición espiritual en los
lugares celestiales en Cristo,
4 pues nos escogió en él antes de la fundación del mundo,
para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. En
amor,
5 nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por
medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su
voluntad,
6 para alabanza de la gloria de su gracia, que nos
concedió gratuitamente en el Amado.
7 En él tenemos la redención por medio de su sangre, el
perdón de las transgresiones, según la riqueza de su gracia,
8 que hizo abundar hacia nosotros con toda sabiduría y
discernimiento,
9 dándonos a conocer el misterio de su voluntad,
conforme a su beneplácito, que se propuso en él,
10 para llevar a cabo su plan en la plenitud de los
tiempos: reunir todas las cosas en Cristo, las que están en
los cielos y las que están en la tierra, en él,
11 en quien también obtuvimos herencia, habiendo sido
predestinados conforme al propósito del que hace todas las
cosas según el consejo de su voluntad,
12 para que seamos para alabanza de su gloria, nosotros,
los que de antemano hemos esperado en Cristo.
13 En él también ustedes, después de oír la palabra de la
verdad, el evangelio de su salvación, y después de creer en
él, fueron sellados con el Espíritu Santo de la promesa,
14 que es la garantía de nuestra herencia, hasta la
redención de la posesión adquirida, para alabanza de su
gloria.

Oración por el conocimiento de Dios

15 Por eso también yo, al oír de la fe que tienen en el Señor
Jesús y del amor hacia todos los santos,

16 no dejo de dar gracias por ustedes, recordándolos en
mis oraciones,
17 para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre
de gloria, les dé espíritu de sabiduría y de revelación en el
conocimiento de él,
18 con los ojos de su corazón iluminados, para que sepan
cuál es la esperanza de su llamamiento, cuál es la riqueza
de la gloria de su herencia entre los santos,
19 y cuál es la extraordinaria grandeza de su poder para
con nosotros, los que creemos, conforme a la acción de la
fuerza de su poder,
20 que ejerció en Cristo al resucitarlo de entre los muertos
y sentarlo a su derecha en los lugares celestiales,
21 muy por encima de todo principado, autoridad, poder
y señorío, y de todo nombre que se nombra, no solo en esta
era, sino también en la venidera.
22 Sometió todas las cosas bajo sus pies y lo dio como
cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,
23 que es su cuerpo, la plenitud de aquel que lo llena todo
en todo.

2

Salvos por gracia

1 Ustedes estaban muertos en sus transgresiones y
pecados,
2 en los cuales vivían antes, siguiendo la corriente de este
mundo, conforme al gobernante del poder del aire, el
espíritu que ahora actúa en los hijos de desobediencia.
3 Entre ellos también todos nosotros vivimos antes en los
deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y
de los pensamientos. Éramos por naturaleza hijos de ira,
igual que los demás.
4 Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor
con que nos amó,
5 aun estando nosotros muertos en las transgresiones,
nos dio vida junto con Cristo —por gracia son salvos—,
6 y con él nos resucitó y nos sentó en los lugares
celestiales en Cristo Jesús,
7 para mostrar en las eras venideras la extraordinaria
riqueza de su gracia, en su bondad hacia nosotros en Cristo
Jesús.
8 Porque por gracia son salvos por medio de la fe, y esto
no procede de ustedes: es don de Dios;
9 no por obras, para que nadie se gloríe.

10 Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús
para buenas obras, que Dios preparó de antemano para
que anduviéramos en ellas.

Reconciliación por medio de la cruz
11 Por tanto, recuerden que antes ustedes, los gentiles en
la carne, eran llamados «incircuncisión» por la llamada
«circuncisión», hecha por manos en la carne.
12 En aquel tiempo estaban separados de Cristo, excluidos
de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la
promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.
13 Pero ahora, en Cristo Jesús, ustedes, que antes estaban
lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo.
14 Porque él mismo es nuestra paz: de ambos hizo uno y
derribó el muro de separación, la enemistad, en su carne,
15 al anular la ley de los mandamientos expresados en
ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo
hombre nuevo, haciendo la paz,
16 y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo por
medio de la cruz, dando muerte en ella a la enemistad.
17 Vino y anunció paz a ustedes que estaban lejos y paz a
los que estaban cerca,
18 porque por medio de él ambos tenemos acceso al Padre
en un solo Espíritu.

La familia y morada de Dios
19 Así que ya no son extranjeros ni residentes forasteros,
sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia
de Dios,
20 edificados sobre el fundamento de los apóstoles y
profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular,
21 en quien todo el edificio, bien unido, crece para ser un
templo santo en el Señor.
22 En él también ustedes son edificados juntos para ser
morada de Dios en el Espíritu.

3

Ministerio de Pablo a los gentiles
1 Por esta razón, yo, Pablo, prisionero de Cristo Jesús por
ustedes, los gentiles,
2 si es que han oído de la administración de la gracia de
Dios que me fue confiada para ustedes:
3 por revelación me fue dado a conocer el misterio, como
antes les escribí brevemente.
4 Al leerlo, pueden comprender mi entendimiento del
misterio de Cristo,

5 que en otras generaciones no fue dado a conocer a los
seres humanos como ahora ha sido revelado por el Espíritu
a sus santos apóstoles y profetas:
6 que los gentiles son coherederos, miembros del mismo
cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por
medio del evangelio.
7 De este evangelio llegué a ser servidor según el don de
la gracia de Dios que me fue concedida por la acción de su
poder.
8 A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los
santos, me fue concedida esta gracia: anunciar a los
gentiles las insondables riquezas de Cristo
9 y esclarecer para todos cuál es la administración del
misterio oculto desde los siglos en Dios, quien creó todas
las cosas,
10 para que ahora, por medio de la iglesia, la multiforme
sabiduría de Dios sea dada a conocer a los principados y
autoridades en los lugares celestiales,
11 conforme al propósito eterno que realizó en Cristo
Jesús, nuestro Señor.
12 En él tenemos libertad y acceso con confianza por
medio de la fe en él.
13 Por eso les pido que no se desanimen por mis
aflicciones a favor de ustedes, las cuales son su gloria.

Oración por fortaleza y amor en Cristo

14 Por esta razón doblo mis rodillas ante el Padre,
15 de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la
tierra,
16 para que, conforme a las riquezas de su gloria, les
conceda ser fortalecidos con poder por medio de su Espíritu
en el ser interior;
17 que Cristo habite por la fe en sus corazones, y que,
arraigados y cimentados en amor,
18 puedan comprender con todos los santos cuál es la
anchura, la longitud, la altura y la profundidad,
19 y conocer el amor de Cristo, que supera el
conocimiento, para que sean llenos de toda la plenitud de
Dios.
20 Al que es poderoso para hacer muchísimo más que
todo lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa
en nosotros,
21 a él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas
las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén.

4

La unidad del Espíritu

1 Por tanto, yo, prisionero en el Señor, les ruego que
anden de manera digna del llamamiento con que fueron
llamados,
2 con toda humildad y mansedumbre, con paciencia,
soportándose unos a otros en amor,
3 esforzándose por conservar la unidad del Espíritu en el
vínculo de la paz.
4 Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también
fueron llamados a una sola esperanza de su llamamiento;
5 un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo;
6 un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por
medio de todos y en todos.

Los dones de Cristo para edificar su cuerpo

7 Pero a cada uno de nosotros se nos dio la gracia
conforme a la medida del don de Cristo.
8 Por eso dice: «Al subir a lo alto, llevó cautiva a una
multitud y dio dones a los seres humanos».
9 Y eso de que «subió», ¿qué significa, sino que también
descendió a las regiones inferiores de la tierra?
10 El que descendió es el mismo que también subió muy
por encima de todos los cielos, para llenarlo todo.
11 Él mismo dio a unos como apóstoles, a otros como
profetas, a otros como evangelistas y a otros como pastores
y maestros,
12 para capacitar a los santos para la obra del ministerio,
para la edificación del cuerpo de Cristo,
13 hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del
pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre maduro,
a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo,
14 para que ya no seamos niños, sacudidos por las olas y
llevados de un lado a otro por todo viento de doctrina, por
el engaño de los seres humanos y por su astucia en las
artimañas del error.
15 Más bien, hablando la verdad en amor, crezcamos en
todo hacia aquel que es la cabeza, Cristo,
16 de quien todo el cuerpo, bien ajustado y unido por
todas las coyunturas que lo sostienen, conforme a la
actividad de cada parte en su medida, produce el
crecimiento del cuerpo para edificarse a sí mismo en amor.

La nueva vida en Cristo

17 Esto digo, pues, y afirmo en el Señor: que ya no anden
como andan los gentiles, en la vanidad de su mente,

18 con el entendimiento oscurecido, ajenos a la vida de
Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su
corazón.
19 Al perder toda sensibilidad, se entregaron al
desenfreno para practicar con avidez toda clase de
impureza.
20 Pero ustedes no aprendieron a Cristo de esa manera,
21 si es que lo oyeron y fueron enseñados en él, conforme
a la verdad que está en Jesús:
22 que se despojen, en cuanto a su anterior manera de
vivir, del viejo hombre, que se corrompe por los deseos
engañosos;
23 que sean renovados en el espíritu de su mente,
24 y que se vistan del nuevo hombre, creado según Dios
en la justicia y santidad de la verdad.

La conducta de la vida nueva
25 Por tanto, dejando la mentira, hable cada uno la verdad
con su prójimo, porque somos miembros unos de otros.
26 «Enójense, pero no pequen». Que no se ponga el sol
sobre su enojo,
27 ni den lugar al diablo.
28 El que roba, que no robe más; más bien, que trabaje
esforzadamente, haciendo con sus propias manos lo que es
bueno, para tener qué compartir con el que tiene
necesidad.
29 Que no salga de su boca ninguna palabra corrompida,
sino la que sea buena para edificar según la necesidad,
para dar gracia a los que escuchan.
30 No entristezcan al Espíritu Santo de Dios, con quien
fueron sellados para el día de la redención.
31 Que sean quitados de ustedes toda amargura, furor, ira,
gritería e insulto, junto con toda malicia.
32 Sean bondadosos unos con otros, compasivos,
perdonándose unos a otros, como también Dios los perdonó
en Cristo.

5

El amor de Dios en la vida de sus hijos
1 Sean, pues, imitadores de Dios como hijos amados,
2 y anden en amor, como también Cristo nos amó y se
entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a
Dios de aroma fragante.

La santidad de los hijos de luz

3 Pero que la inmoralidad sexual, toda impureza o
avaricia ni siquiera se nombren entre ustedes, como
corresponde a los santos;
4 tampoco la obscenidad, las palabras necias o las bromas
groseras, que no son apropiadas, sino más bien la acción de
gracias.
5 Porque sepan esto con certeza: ningún inmoral, impuro
o avaro —que es idólatra— tiene herencia en el reino de
Cristo y de Dios.
6 Que nadie los engañe con palabras vacías, porque por
estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de
desobediencia.
7 Por tanto, no sean partícipes con ellos.
8 Porque antes eran tinieblas, pero ahora son luz en el
Señor. Anden como hijos de luz
9 (pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia
y verdad),
10 examinando qué es lo que agrada al Señor.
11 No participen en las obras sin fruto de las tinieblas;
más bien, pónganlas en evidencia,
12 porque es vergonzoso incluso hablar de lo que ellos
hacen en secreto.
13 Pero todas las cosas, al ser puestas en evidencia por la
luz, se hacen manifiestas,
14 porque todo lo que se hace manifiesto es luz. Por eso
dice:
«Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los
muertos, y Cristo te alumbrará».

Vivir con sabiduría y ser llenos del Espíritu
15 Así pues, miren con cuidado cómo andan, no como
insensatos, sino como sabios,
16 aprovechando bien el tiempo, porque los días son
malos.
17 Por eso, no sean necios, sino entiendan cuál es la
voluntad del Señor.
18 No se emborrachen con vino, en lo cual hay
desenfreno; más bien, sean llenos del Espíritu,
19 hablando entre ustedes con salmos, himnos y cánticos
espirituales, cantando y haciendo música en su corazón al
Señor,
20 dando siempre gracias por todo a Dios y Padre en el
nombre de nuestro Señor Jesucristo,

Someteos los unos a los otros
21 sometiéndose unos a otros en el temor de Cristo.
22 Las esposas, sométanse a sus propios esposos como al
Señor,

23 porque el esposo es cabeza de la esposa, como también
Cristo es cabeza de la iglesia, él mismo Salvador del cuerpo.
24 Así como la iglesia se somete a Cristo, también las
esposas a sus esposos en todo.
25 Esposos, amen a sus esposas, como también Cristo amó
a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella,
26 para santificarla, habiéndola purificado con el
lavamiento del agua por la palabra,
27 para que él mismo presente ante sí a la iglesia gloriosa,
sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e
intachable.
28 Así también los esposos deben amar a sus propias
esposas como a sus propios cuerpos. El que ama a su
esposa se ama a sí mismo,
29 porque nadie odió jamás su propia carne, sino que la
alimenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia,
30 porque somos miembros de su cuerpo.
31 «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se
unirá a su esposa, y los dos serán una sola carne».
32 Este misterio es grande; pero yo hablo con referencia a
Cristo y a la iglesia.
33 En todo caso, que cada uno de ustedes ame a su propia
esposa como a sí mismo, y que la esposa respete a su
esposo.

6

La relación entre hijos y padres

1 Hijos, obedezcan a sus padres en el Señor, porque esto
es justo.
2 «Honra a tu padre y a tu madre», que es el primer
mandamiento con promesa:
3 «Para que te vaya bien y tengas larga vida sobre la
tierra».
4 Y ustedes, padres, no provoquen a ira a sus hijos; más
bien, críenlos en la disciplina y amonestación del Señor.

Esclavos y amos bajo el señorío de Cristo

5 Esclavos, obedezcan a sus amos según la carne, con
temor y temblor, con sinceridad de corazón, como a Cristo;
6 no sirviendo solo cuando los miran, como quienes
buscan agradar a los seres humanos, sino como esclavos de
Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios,
7 sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los
seres humanos,
8 sabiendo que cada uno recibirá del Señor el bien que
haya hecho, sea esclavo o libre.

9 Y ustedes, amos, hagan lo mismo con ellos y dejen las
amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y de ustedes está
en los cielos, y para él no hay distinción de personas.

La armadura de Dios
10 Por lo demás, fortalézcanse en el Señor y en el poder de
su fuerza.
11 Pónganse toda la armadura de Dios para poder
mantenerse firmes contra las artimañas del diablo.
12 Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino
contra los principados, contra las autoridades, contra los
gobernantes de este mundo de tinieblas, contra las fuerzas
espirituales de maldad en los lugares celestiales.
13 Por eso, tomen toda la armadura de Dios para que
puedan resistir en el día malo y, después de haberlo hecho
todo, mantenerse firmes.
14 Manténganse, pues, firmes, ceñida su cintura con la
verdad y vestidos con la coraza de la justicia,
15 y calzados los pies con la preparación del evangelio de
la paz.
16 En toda circunstancia, tomen el escudo de la fe, con el
cual podrán apagar todos los dardos encendidos del
maligno.
17 Reciban también el yelmo de la salvación y la espada
del Espíritu, que es la palabra de Dios,
18 orando en todo tiempo en el Espíritu con toda oración y
súplica. Para ello, manténganse vigilantes con toda
perseverancia y súplica por todos los santos,
19 y también por mí, para que al abrir mi boca me sea
dada palabra para dar a conocer con valentía el misterio
del evangelio,
20 por el cual soy embajador en cadenas, para que hable
de él con valentía, como debo hablar.

Salutaciones finales
21 Para que también ustedes sepan de mi situación y de lo
que hago, Tíquico, el hermano amado y fiel ministro en el
Señor, les dará a conocer todo.
22 Lo envié a ustedes precisamente para esto: para que
sepan de nosotros y para que anime sus corazones.
23 Paz a los hermanos, y amor con fe de parte de Dios
Padre y del Señor Jesucristo.
24 La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor
Jesucristo con amor imperecedero.

Filipenses

Salutación
1 Pablo y Timoteo, esclavos de Cristo Jesús, a todos los
santos en Cristo Jesús que están en Filipos, junto con los
supervisores y diáconos:
2 Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y
del Señor Jesucristo.

Oración de Pablo por los creyentes
3 Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de
ustedes,
4 siempre rogando con alegría en toda oración mía por
todos ustedes,
5 por su participación en el evangelio desde el primer día
hasta ahora.
6 Estoy convencido de esto: el que comenzó en ustedes
una buena obra la llevará a término hasta el día de Cristo
Jesús.
7 Es justo que piense así acerca de todos ustedes, porque
los tengo en el corazón. Todos ustedes participan conmigo
de la gracia, tanto en mis cadenas como en la defensa y
confirmación del evangelio.
8 Porque Dios es mi testigo de cuánto los anhelo a todos
con el entrañable amor de Cristo Jesús.
9 Y esto pido en oración: que el amor de ustedes abunde
aún más y más en conocimiento y en todo discernimiento,
10 para que aprueben lo mejor y sean sinceros e
irreprochables para el día de Cristo,
11 llenos del fruto de justicia que viene por medio de
Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

La prisión y el avance del evangelio
12 Quiero que sepan, hermanos, que lo que me ha
sucedido ha contribuido más bien al avance del evangelio.
13 Así, en toda la guardia del pretorio y entre todos los
demás se ha hecho evidente que mis cadenas son por
Cristo;
14 y la mayoría de los hermanos, al cobrar confianza en el
Señor por mis cadenas, se atreven mucho más a hablar la
palabra sin temor.
15 Algunos predican a Cristo por envidia y rivalidad, pero
otros lo hacen de buena voluntad.
16 Estos lo hacen por amor, sabiendo que he sido puesto
para la defensa del evangelio;

17 aquellos anuncian a Cristo por ambición egoísta, sin
pureza de intención, pensando aumentar la aflicción de mis
cadenas.
18 ¿Qué importa, entonces? De cualquier modo, sea por
pretexto o con sinceridad, Cristo es anunciado, y de eso me
alegro. Y seguiré alegrándome,

La vida y la muerte al servicio de Cristo

19 porque sé que esto resultará en mi liberación mediante
la oración de ustedes y la ayuda del Espíritu de Jesucristo.
20 Esto concuerda con mi anhelo y esperanza de que en
nada seré avergonzado, sino que, con toda valentía, ahora
como siempre, Cristo será engrandecido en mi cuerpo, ya
sea por la vida o por la muerte.
21 Porque para mí vivir es Cristo y morir es ganancia.
22 Pero, si vivir en la carne significa para mí una labor
fructífera, no sé qué escoger.
23 Me siento apremiado por ambas cosas: deseo partir y
estar con Cristo, porque eso es muchísimo mejor;
24 pero permanecer en la carne es más necesario por
causa de ustedes.
25 Convencido de esto, sé que permaneceré y seguiré con
todos ustedes para su progreso y alegría en la fe,
26 para que, por mi presencia otra vez entre ustedes,
abunde en Cristo Jesús su motivo de gloria por mí.

Unidad y firmeza por el evangelio

27 Solamente compórtense de manera digna del evangelio
de Cristo, para que, sea que vaya a verlos o que esté
ausente, oiga de ustedes que permanecen firmes en un
mismo espíritu, luchando juntos, con una misma alma, por
la fe del evangelio,
28 sin dejarse intimidar en nada por los adversarios. Esto
es para ellos señal de perdición, pero para ustedes de
salvación, y esto viene de Dios.
29 Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de
Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él,
30 teniendo el mismo combate que vieron en mí y que
ahora oyen que sigo teniendo.

2

Humillación y exaltación de Cristo

1 Por tanto, si hay algún aliento en Cristo, algún consuelo
de amor, alguna comunión del Espíritu, algún afecto
entrañable y compasión,

2 completen mi alegría teniendo un mismo sentir, un
mismo amor, unidos en alma y pensando una misma cosa.
3 No hagan nada por ambición egoísta ni por vanagloria;
más bien, con humildad, consideren a los demás
superiores a ustedes mismos.
4 Que cada uno se interese también por lo de los demás, y
no solo por lo suyo.
5 Tengan entre ustedes este sentir que hubo también en
Cristo Jesús,
6 quien, existiendo en forma de Dios, no consideró su
igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse,
7 sino que se despojó a sí mismo, tomando la forma de un
esclavo y haciéndose semejante a los seres humanos.
Y, al ser reconocido en su condición como un hombre,
8 se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la
muerte, y muerte de cruz.
9 Por eso Dios también lo exaltó hasta lo sumo y le concedió
el nombre que está por encima de todo nombre,
10 para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de
los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la
tierra,
11 y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para
gloria de Dios Padre.

Luminares en el mundo
12 Por tanto, amados míos, así como siempre han
obedecido, ocúpense de su propia salvación con temor y
temblor, no solo en mi presencia, sino mucho más ahora en
mi ausencia,
13 porque Dios es quien produce en ustedes tanto el
querer como el hacer, conforme a su buena voluntad.
14 Háganlo todo sin murmuraciones ni discusiones,
15 para que sean irreprochables y puros, hijos de Dios sin
mancha en medio de una generación torcida y perversa,
entre la cual brillan como luces en el mundo,
16 aferrándose a la palabra de vida. Así tendré motivo de
gloria en el día de Cristo, porque no habré corrido en vano
ni trabajado en vano.
17 Pero, aun si soy derramado como ofrenda sobre el
sacrificio y servicio de la fe de ustedes, me alegro y
comparto mi alegría con todos ustedes.
18 De la misma manera, alégrense también ustedes y
compartan mi alegría.

El servicio probado de Timoteo
19 Espero en el Señor Jesús enviarles pronto a Timoteo,
para que yo también cobre ánimo al saber de ustedes.

20 Porque no tengo a nadie del mismo sentir que se
preocupe sinceramente por ustedes.
21 Pues todos buscan sus propios intereses, y no los de
Jesucristo.
22 Pero ustedes conocen su carácter probado: como un
hijo con su padre, él ha servido conmigo en el evangelio.
23 Así que espero enviarlo en cuanto vea con claridad
cómo van mis asuntos.
24 Y confío en el Señor en que yo mismo también iré
pronto.

La entrega y el regreso de Epafrodito

25 Sin embargo, consideré necesario enviarles a
Epafrodito, mi hermano, colaborador y compañero de
lucha, y mensajero de ustedes y servidor en mis
necesidades.
26 Porque él los añoraba a todos y estaba angustiado
porque habían oído que se había enfermado.
27 En efecto, estuvo enfermo, cerca de la muerte; pero
Dios tuvo misericordia de él, y no solo de él, sino también
de mí, para que no tuviera tristeza sobre tristeza.
28 Por eso lo envié con mayor empeño, para que, al verlo
de nuevo, se alegren, y yo tenga menos tristeza.
29 Recíbanlo, pues, en el Señor con toda alegría, y tengan
en estima a personas como él,
30 porque por la obra de Cristo estuvo cerca de la muerte,
arriesgando su vida para suplir lo que faltaba en el servicio
de ustedes hacia mí.

3

Conocer a Cristo y recibir su justicia

1 Por lo demás, hermanos míos, alégrense en el Señor.
Escribirles las mismas cosas no me resulta molesto, y para
ustedes es una protección.
2 Cuídense de los perros, cuídense de los malos obreros,
cuídense de los que mutilan el cuerpo.
3 Porque nosotros somos la circuncisión: los que
rendimos culto por el Espíritu de Dios, nos gloriamos en
Cristo Jesús y no ponemos nuestra confianza en la carne,
4 aunque yo también tengo motivos para confiar en la
carne. Si algún otro piensa que puede confiar en la carne,
yo tengo más motivos:
5 fui circuncidado al octavo día; soy del pueblo de Israel,
de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la
ley, fariseo;

6 en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a
la justicia que se basa en la ley, irreprochable.
7 Pero las cosas que para mí eran ganancias las he
considerado pérdida por causa de Cristo.
8 Más aún, considero que todo es pérdida ante el valor
incomparable de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo
he perdido todo y lo considero basura, con tal de ganar a
Cristo
9 y ser hallado en él, sin tener mi propia justicia, la que
procede de la ley, sino la que viene por la fe en Cristo, la
justicia que procede de Dios y se basa en la fe,
10 a fin de conocerlo a él, el poder de su resurrección y la
participación en sus sufrimientos, llegando a ser semejante
a él en su muerte,
11 si de algún modo llego a la resurrección de entre los
muertos.

Perseverar hacia la meta en Cristo
12 No es que ya lo haya alcanzado ni que ya haya llegado
a la perfección, pero sigo adelante para alcanzarlo, porque
Cristo también me alcanzó a mí.
13 Hermanos, yo no considero haberlo alcanzado. Pero
una cosa hago: olvido lo que queda atrás y me extiendo
hacia lo que está delante,
14 prosigo a la meta, al premio del llamamiento celestial
de Dios en Cristo Jesús.
15 Así que todos los que somos maduros tengamos esta
misma actitud. Y si en algo piensan de otro modo, Dios
también les revelará eso.
16 En todo caso, sigamos adelante conforme a lo que
hemos alcanzado.

Vivir como ciudadanos del cielo
17 Hermanos, únanse para imitarme y fíjense en los que
viven según el ejemplo que tienen en nosotros.
18 Porque muchos viven como enemigos de la cruz de
Cristo. Ya les he hablado de ellos muchas veces, y ahora se
lo digo incluso llorando.
19 Su fin es la perdición, su dios es el vientre y se glorían
en lo que es su vergüenza; tienen la mente puesta en las
cosas terrenales.
20 Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde
también esperamos con anhelo al Salvador, el Señor
Jesucristo,
21 quien transformará nuestro cuerpo humillado para
hacerlo semejante a su cuerpo glorioso, por el poder con
que también puede someter a sí mismo todas las cosas.

4

Firmeza y reconciliación en el Señor

1 Así que, hermanos míos, amados y añorados, mi alegría
y mi corona, manténganse así firmes en el Señor, amados.
2 Ruego a Evodia y ruego a Síntique que tengan un mismo
sentir en el Señor.
3 Sí, también te pido a ti, fiel compañero, que ayudes a
estas mujeres, que lucharon junto a mí por el evangelio,
con Clemente y mis demás colaboradores, cuyos nombres
están en el libro de la vida.

El gozo, la oración y la paz de Dios

4 Regocíjense siempre en el Señor. Lo diré otra vez:
¡regocíjense!
5 Que todos conozcan su trato considerado. El Señor está
cerca.
6 No se preocupen por nada, sino que, en toda situación,
presenten sus peticiones a Dios mediante oración y súplica,
con acción de gracias.
7 Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento,
guardará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.

Pensar y vivir conforme al evangelio

8 Por lo demás, hermanos, todo lo verdadero, todo lo
digno, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo
que tiene buena reputación; si hay alguna virtud, si hay
algo digno de alabanza, en esto piensen.
9 Pongan en práctica lo que aprendieron, recibieron,
oyeron y vieron en mí. Y el Dios de paz estará con ustedes.

Dádivas de los filipenses

10 Me alegré mucho en el Señor porque al fin ha vuelto a
florecer su interés por mí. Ya se interesaban, pero les
faltaba la oportunidad.
11 No lo digo porque esté pasando necesidad, pues he
aprendido a estar contento en cualquier situación en que
me encuentre.
12 Sé vivir con poco y sé vivir en abundancia. En toda
circunstancia y en todas las cosas he aprendido el secreto,
tanto de estar saciado como de pasar hambre, de tener
abundancia como de padecer necesidad.
13 Todo lo puedo en aquel que me fortalece.
14 Sin embargo, hicieron bien en compartir mi aflicción.
15 Ustedes mismos, filipenses, saben que en los comienzos
del evangelio, cuando salí de Macedonia, ninguna iglesia
participó conmigo en el dar y recibir, sino solamente
ustedes.

16 Porque incluso cuando estaba en Tesalónica me
enviaron ayuda una y otra vez para mis necesidades.
17 No es que busque el donativo; lo que busco es el fruto
que aumente en la cuenta de ustedes.
18 Lo he recibido todo y tengo de sobra. Estoy bien
abastecido desde que recibí de Epafrodito lo que ustedes
enviaron: aroma fragante, sacrificio aceptable y agradable
a Dios.
19 Y mi Dios suplirá toda necesidad de ustedes conforme
a sus riquezas en gloria, en Cristo Jesús.
20 A nuestro Dios y Padre sea la gloria por los siglos de los
siglos. Amén.

Salutaciones finales

21 Saluden a cada uno de los santos en Cristo Jesús. Los
hermanos que están conmigo los saludan.
22 Todos los santos los saludan, especialmente los de la
casa de César.
23 Que la gracia del Señor Jesucristo esté con el espíritu de
ustedes.

Colosenses

Salutación
1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y
el hermano Timoteo,
2 a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en
Colosas: gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro
Padre.

Gratitud por la fe, el amor y la esperanza
3 Damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo,
orando siempre por ustedes,
4 pues hemos oído de su fe en Cristo Jesús y del amor que
tienen por todos los santos,
5 a causa de la esperanza que les está reservada en los
cielos. De ella oyeron antes en la palabra de verdad del
evangelio,
6 que ha llegado a ustedes. Así como en todo el mundo
está dando fruto y creciendo, también lo hace entre ustedes
desde el día que oyeron y conocieron verdaderamente la
gracia de Dios.
7 Así lo aprendieron de Epafras, nuestro amado
compañero de servicio, que es fiel servidor de Cristo en
nuestro nombre,
8 quien también nos dio a conocer el amor de ustedes en
el Espíritu.

Oración por una vida que agrade al Señor
9 Por eso también nosotros, desde el día que lo oímos, no
dejamos de orar por ustedes y de pedir que sean llenos del
conocimiento de su voluntad con toda sabiduría y
comprensión espiritual,
10 para que vivan de manera digna del Señor, agradándole
en todo, dando fruto en toda buena obra y creciendo en el
conocimiento de Dios;
11 fortalecidos con todo poder, conforme a la fuerza de su
gloria, para toda perseverancia y paciencia con alegría,
12 dando gracias al Padre, quien los hizo aptos para
participar de la herencia de los santos en la luz.
13 Él nos rescató del dominio de las tinieblas y nos
trasladó al reino de su Hijo amado,
14 en quien tenemos la redención, el perdón de los
pecados.

Cristo, creador y cabeza de la iglesia

15 Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda
la creación,
16 porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos
y en la tierra, las visibles y las invisibles, sean tronos,
dominios, principados o autoridades.
Todo ha sido creado por medio de él y para él.
17 Él existe antes de todas las cosas, y todas las cosas se
mantienen unidas en él.
18 Él es también la cabeza del cuerpo, que es la iglesia.
Él es el principio, el primogénito de entre los muertos,
para que en todo tenga el primer lugar.
19 Porque Dios quiso que toda la plenitud habitara en él
20 y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas,
haciendo la paz mediante la sangre de su cruz;
por medio de él, ya sean las cosas de la tierra o las de
los cielos.

Reconciliados para permanecer en la fe

21 Y ustedes, que antes estaban alejados y eran enemigos
en su mente por sus malas obras,
22 ahora han sido reconciliados en su cuerpo de carne
por medio de la muerte, para presentarlos santos, sin
mancha e irreprochables delante de él,
23 si en verdad permanecen cimentados y firmes en la fe,
sin apartarse de la esperanza del evangelio que oyeron, el
cual fue proclamado en toda la creación bajo el cielo, y del
cual yo, Pablo, llegué a ser servidor.

Ministerio de Pablo a los gentiles

24 Ahora me alegro en mis sufrimientos por ustedes, y
completo en mi carne lo que falta de las aflicciones de
Cristo por su cuerpo, que es la iglesia.
25 De ella llegué a ser servidor conforme a la
administración que Dios me confió para ustedes, para dar a
conocer plenamente la palabra de Dios:
26 el misterio que estuvo oculto durante siglos y
generaciones, pero que ahora ha sido manifestado a sus
santos.
27 A ellos Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la
gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en
ustedes, la esperanza de la gloria.
28 A él proclamamos, amonestando a toda persona y
enseñando a toda persona con toda sabiduría, para
presentar a toda persona madura en Cristo.
29 Para esto también trabajo con esfuerzo, luchando
según su fuerza, que actúa en mí con poder.

2

1 Porque quiero que sepan qué gran lucha sostengo por
ustedes, por los de Laodicea y por todos los que no me han
visto personalmente,
2 para que sus corazones sean alentados y ellos estén
unidos en amor, hasta alcanzar toda la riqueza de la plena
certeza del entendimiento y el conocimiento del misterio
de Dios, que es Cristo.
3 En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y
del conocimiento.
4 Digo esto para que nadie los engañe con argumentos
persuasivos.
5 Porque, aunque estoy ausente en cuerpo, estoy con
ustedes en espíritu, alegrándome y viendo su buen orden y
la firmeza de su fe en Cristo.

Plenitud de vida en Cristo

6 Por tanto, así como recibieron a Cristo Jesús, el Señor,
caminen en él,
7 arraigados y edificados en él, y confirmados en la fe, tal
como fueron enseñados, abundando en acción de gracias.
8 Cuídense de que nadie los lleve cautivos mediante la
filosofía y el engaño vacío, según la tradición humana y los
elementos básicos del mundo, y no según Cristo.
9 Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de
la deidad,
10 y ustedes están completos en él, que es la cabeza de
todo principado y autoridad.
11 En él también fueron circuncidados con una
circuncisión que no fue hecha por manos humanas, al
despojarse del cuerpo de carne, en la circuncisión de Cristo.
12 Fueron sepultados con él en el bautismo, en el cual
también fueron resucitados con él mediante la fe en la
acción poderosa de Dios, quien lo resucitó de entre los
muertos.
13 Y a ustedes, que estaban muertos en sus transgresiones
y en la incircuncisión de su carne, les dio vida junto con él,
perdonándonos todas las transgresiones.
14 Borró el acta de deuda con sus decretos que estaba
contra nosotros y nos era contraria, y la quitó de en medio
clavándola en la cruz.
15 Desarmó a los principados y a las autoridades y los
exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.

Libertad frente a juicios y preceptos

16 Por tanto, que nadie los juzgue en cuanto a comida o
bebida, ni respecto a una fiesta, una luna nueva o días de
reposo.

17 Estas cosas son sombra de lo que ha de venir, pero la
realidad pertenece a Cristo.
18 Que nadie los prive del premio, complaciéndose en
humildad y culto a los ángeles, deteniéndose en lo que ha
visto y llenándose sin razón de orgullo por su mente carnal,
19 sin mantenerse unido a la Cabeza, de quien todo el
cuerpo, alimentado y unido mediante las articulaciones y
los ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios.
20 Si murieron con Cristo a los elementos básicos del
mundo, ¿por qué, como si todavía vivieran en el mundo, se
someten a preceptos
21 como «No manipules, no pruebes, no toques»,
22 que se refieren a cosas que se consumen todas con el
uso, conforme a mandamientos y enseñanzas humanas?
23 Estas cosas tienen apariencia de sabiduría en un culto
elegido por ellos, en humildad y en un trato severo del
cuerpo, pero no tienen valor alguno contra la satisfacción
de la carne.

3

Vida y esperanza en el Cristo resucitado

1 Así que, si han sido resucitados con Cristo, busquen las
cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de
Dios.
2 Pongan la mente en las cosas de arriba, no en las de la
tierra.
3 Porque ustedes murieron, y su vida está escondida con
Cristo en Dios.
4 Cuando Cristo, que es la vida de ustedes, se manifieste,
entonces también ustedes serán manifestados con él en
gloria.

La vida antigua y la nueva

5 Hagan morir, por tanto, lo que hay de terrenal en
ustedes: la inmoralidad sexual, la impureza, las pasiones,
los malos deseos y la avaricia, que es idolatría.
6 Por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de
desobediencia.
7 También ustedes anduvieron en ellas en otro tiempo,
cuando vivían en estas cosas.
8 Pero ahora desechen también ustedes todo esto: ira,
furia, maldad, calumnia y lenguaje obsceno de su boca.
9 No se mientan unos a otros, pues se han despojado del
viejo hombre con sus acciones
10 y se han revestido del nuevo, que se va renovando
para alcanzar el pleno conocimiento conforme a la imagen
del que lo creó.

11 Aquí no hay griego ni judío, circuncisión ni
incircuncisión, bárbaro ni escita, esclavo ni libre, sino que
Cristo es todo y está en todos.

Compasión, amor y gratitud en la comunidad
12 Por tanto, como escogidos de Dios, santos y amados,
revístanse de profunda compasión, bondad, humildad,
mansedumbre y paciencia,
13 soportándose unos a otros y perdonándose
mutuamente si alguno tiene una queja contra otro. Como el
Señor los perdonó, así también hagan ustedes.
14 Y sobre todo esto revístanse de amor, que es el vínculo
de la perfección.
15 Que la paz de Cristo gobierne en sus corazones, a la
cual también fueron llamados en un solo cuerpo. Y sean
agradecidos.
16 Que la palabra de Cristo habite en ustedes con
abundancia y con toda sabiduría; enséñense y
amonéstense unos a otros con salmos, himnos y cánticos
espirituales, cantando a Dios con gratitud en sus corazones.
17 Y todo lo que hagan, de palabra o de obra, háganlo todo
en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre
por medio de él.

El señorío de Cristo en el hogar
18 Esposas, sométanse a sus esposos, como corresponde
en el Señor.
19 Esposos, amen a sus esposas y no las traten con
amargura.
20 Hijos, obedezcan a sus padres en todo, porque esto
agrada al Señor.
21 Padres, no irriten a sus hijos, para que no se
desanimen.
22 Esclavos, obedezcan en todo a sus amos terrenales, no
solo cuando los estén mirando, como quienes buscan
agradar a la gente, sino con sinceridad de corazón,
temiendo al Señor.
23 En todo lo que hagan, trabajen de corazón, como para
el Señor y no para los hombres,
24 sabiendo que del Señor recibirán la herencia como
recompensa. Es a Cristo el Señor a quien sirven.
25 Porque el que comete injusticia recibirá conforme a la
injusticia que cometió, y no hay favoritismos.

4

1 Amos, den a sus esclavos lo justo y equitativo, sabiendo
que también ustedes tienen un Amo en el cielo.

Oración perseverante y testimonio sabio

2 Perseveren en la oración, manteniéndose alerta en ella
con acción de gracias.
3 Oren también por nosotros, para que Dios nos abra una
puerta para la palabra, a fin de hablar del misterio de
Cristo, por el cual también estoy encadenado,
4 para que lo manifieste como debo hablar.
5 Compórtense con sabiduría con los de afuera,
aprovechando bien el tiempo.
6 Que su conversación esté siempre llena de gracia,
sazonada con sal, para que sepan cómo deben responder a
cada uno.

Salutaciones finales

7 Tíquico, el amado hermano, fiel servidor y compañero
de servicio en el Señor, les dará a conocer todo lo referente
a mí.
8 Lo envié a ustedes precisamente para que sepan de
nosotros y para que aliente sus corazones,
9 junto con Onésimo, el fiel y amado hermano, que es uno
de ustedes. Ellos les darán a conocer todo lo que sucede
aquí.
10 Aristarco, mi compañero de prisión, los saluda, y
también Marcos, el primo de Bernabé, acerca de quien
recibieron instrucciones: si va a ustedes, recíbanlo;
11 y Jesús, llamado Justo. Estos son los únicos de la
circuncisión que colaboran conmigo para el reino de Dios, y
han sido un consuelo para mí.
12 Epafras, que es uno de ustedes, esclavo de Cristo, los
saluda. Siempre lucha por ustedes en sus oraciones, para
que permanezcan maduros y plenamente convencidos en
toda la voluntad de Dios.
13 Porque doy testimonio de él de que se esfuerza mucho
por ustedes, por los de Laodicea y por los de Hierápolis.
14 Lucas, el médico amado, y Demas los saludan.
15 Saluden a los hermanos de Laodicea, a Ninfa y a la
iglesia que se reúne en su casa.
16 Cuando esta carta haya sido leída entre ustedes, hagan
que también se lea en la iglesia de los laodicenses; y ustedes
lean también la que viene de Laodicea.
17 Digan a Arquipo: «Cuida de cumplir el ministerio que
recibiste en el Señor».
18 Este saludo lo escribo yo, Pablo, de mi propia mano.
Acuérdense de mis cadenas. La gracia sea con ustedes.

1 Tesalonicenses

Salutación
1 Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los
tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: gracia
y paz a ustedes.

Gratitud por la fe y el testimonio de la comunidad
2 Siempre damos gracias a Dios por todos ustedes y los
mencionamos sin cesar en nuestras oraciones,
3 recordando ante nuestro Dios y Padre la obra de su fe,
el esfuerzo de su amor y la perseverancia de su esperanza
en nuestro Señor Jesucristo.
4 Sabemos, hermanos amados por Dios, que él los ha
elegido,
5 porque nuestro evangelio no llegó a ustedes solo con
palabras, sino también con poder, con el Espíritu Santo y con
plena convicción, como saben que nos comportamos entre
ustedes por su bien.
6 Y ustedes llegaron a ser imitadores de nosotros y del
Señor, al recibir la palabra en medio de mucha aflicción,
con la alegría del Espíritu Santo.
7 Así llegaron a ser un ejemplo para todos los creyentes
de Macedonia y Acaya.
8 Porque desde ustedes ha resonado la palabra del Señor,
no solo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo
lugar se ha difundido la noticia de su fe en Dios, de modo
que no necesitamos decir nada.
9 Pues ellos mismos cuentan acerca de nosotros cómo
fuimos recibidos entre ustedes y cómo se volvieron de los
ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero
10 y esperar de los cielos a su Hijo, a quien resucitó de
entre los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira que
viene.

2

Ministerio de Pablo en Tesalónica
1 Porque ustedes mismos saben, hermanos, que nuestra
visita a ustedes no fue en vano.
2 Más bien, después de haber sufrido y sido maltratados
en Filipos, como saben, cobramos valentía en nuestro Dios
para anunciarles el evangelio de Dios en medio de gran
lucha.

3 Porque nuestra exhortación no nace del error ni de la
impureza, ni se hace con engaño.
4 Más bien, así como Dios nos aprobó para confiarnos el
evangelio, así hablamos, procurando agradar a Dios, que
examina nuestros corazones, y no a los seres humanos.
5 Porque nunca usamos palabras de adulación, como
saben, ni un pretexto para la avaricia; Dios es testigo.
6 Tampoco buscamos gloria de los seres humanos, ni de
ustedes ni de otros,
7 aunque podíamos haber sido una carga como apóstoles
de Cristo. Más bien, fuimos tiernos entre ustedes, como
una nodriza que cuida con cariño a sus propios hijos.
8 Así, por el gran afecto que les teníamos, nos complacía
compartir con ustedes no solo el evangelio de Dios, sino
también nuestras propias vidas, porque habían llegado a
sernos muy queridos.
9 Porque recuerdan, hermanos, nuestro trabajo y fatiga:
trabajando de noche y de día para no ser una carga para
ninguno de ustedes, les proclamamos el evangelio de Dios.
10 Ustedes y Dios son testigos de cuán santa, justa e
irreprochablemente nos comportamos con ustedes, los
creyentes.
11 Ustedes saben que, como un padre a sus propios hijos,
a cada uno de ustedes
12 lo exhortábamos, lo alentábamos y le insistíamos en
que viviera de manera digna de Dios, quien los llama a su
propio reino y gloria.
13 Por esto también nosotros damos gracias a Dios sin
cesar: cuando recibieron la palabra de Dios que oyeron de
nosotros, la aceptaron como lo que verdaderamente es,
palabra de Dios, y no palabra humana. Esta también actúa
en ustedes, los que creen.
14 Porque ustedes, hermanos, llegaron a ser imitadores
de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea,
pues sufrieron de sus propios compatriotas las mismas
cosas que ellas de los judíos,
15 quienes mataron al Señor Jesús y a los profetas, y nos
expulsaron a nosotros. No agradan a Dios y se oponen a
todos los seres humanos,
16 al impedirnos hablar a los gentiles para que sean
salvos. Así colman siempre la medida de sus pecados; pero
la ira los ha alcanzado plenamente.

La separación y el cuidado por la comunidad

17 Pero nosotros, hermanos, al vernos arrancados de
ustedes por un breve tiempo —de presencia, pero no de

corazón—, nos esforzamos con mayor empeño y mucho anhelo por ver su rostro.
18 Por eso quisimos ir a ustedes —yo, Pablo, una y otra vez—, pero Satanás nos lo impidió.
19 Porque ¿cuál es nuestra esperanza, nuestra alegría o nuestra corona de gloria ante nuestro Señor Jesús en su venida? ¿No lo son también ustedes?
20 Porque ustedes son nuestra gloria y nuestra alegría.

3

1 Por eso, al no poder soportarlo más, decidimos quedarnos solos en Atenas
2 y enviamos a Timoteo, nuestro hermano y colaborador de Dios en el evangelio de Cristo, para fortalecerlos y alentarlos respecto a su fe,
3 a fin de que nadie sea sacudido por estas aflicciones. Porque ustedes mismos saben que para esto estamos destinados.
4 En efecto, cuando estábamos con ustedes, les advertíamos que íbamos a sufrir aflicciones, como sucedió y ustedes saben.
5 Por eso también yo, al no poder soportarlo más, envié a saber de su fe, no fuera que el tentador los hubiera tentado y nuestro esfuerzo resultara en vano.

6 Pero ahora Timoteo ha regresado de ustedes a nosotros y nos ha traído buenas noticias de su fe y su amor, y de que siempre guardan un buen recuerdo de nosotros, deseando vernos como también nosotros a ustedes.
7 Por eso, hermanos, en toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados respecto de ustedes por medio de su fe,
8 porque ahora vivimos, si ustedes permanecen firmes en el Señor.
9 ¿Qué acción de gracias podemos ofrecer a Dios por ustedes, por toda la alegría con que nos alegramos a causa de ustedes delante de nuestro Dios?
10 De noche y de día rogamos con muchísima insistencia ver su rostro y completar lo que falta a su fe.

11 Que nuestro Dios y Padre mismo, y nuestro Señor Jesús, dirijan nuestro camino hacia ustedes.
12 Y que el Señor los haga crecer y abundar en amor unos por otros y por todos, así como nosotros los amamos a ustedes,
13 para fortalecer sus corazones, irreprochables en santidad delante de nuestro Dios y Padre, en la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos.

4

La vida que agrada a Dios

1 Por lo demás, hermanos, les rogamos y exhortamos en
el Señor Jesús a que, así como recibieron de nosotros cómo
deben vivir y agradar a Dios —como de hecho ya viven—,
abunden aún más.
2 Porque saben qué instrucciones les dimos por medio del
Señor Jesús.
3 Pues esta es la voluntad de Dios: la santificación de
ustedes, que se abstengan de la inmoralidad sexual;
4 que cada uno de ustedes sepa controlar su propio
cuerpo en santidad y honor,
5 sin pasión de deseo, como los gentiles que no conocen a
Dios;
6 que nadie se exceda ni se aproveche de su hermano en
este asunto, porque el Señor es quien hace justicia en todas
estas cosas, como ya les dijimos y advertimos
solemnemente.
7 Porque Dios nos llamó a vivir en santidad, y no en
impureza.
8 Por tanto, el que rechaza esto rechaza a Dios, quien les
da su Espíritu Santo, y no a un ser humano.

9 En cuanto al amor fraternal, no necesitan que les
escribamos, porque ustedes mismos han sido enseñados
por Dios a amarse unos a otros.
10 De hecho, así lo hacen con todos los hermanos de toda
Macedonia. Pero los exhortamos, hermanos, a que
abunden aún más,
11 a que procuren vivir tranquilamente, ocuparse de sus
propios asuntos y trabajar con sus manos, tal como les
ordenamos,
12 para que se comporten dignamente con los de afuera y
no tengan necesidad de nadie.

La resurrección y el encuentro con Jesús

13 No queremos que ignoren, hermanos, lo referente a los
que han dormido, para que no se entristezcan como los
demás, que no tienen esperanza.
14 Porque, si creemos que Jesús murió y resucitó, también
Dios traerá, por medio de Jesús y junto con él, a los que
durmieron.
15 Pues les decimos esto por palabra del Señor: nosotros,
los que vivimos y quedemos hasta la venida del Señor, de
ningún modo precederemos a los que durmieron.

16 Porque el Señor mismo descenderá del cielo con voz de
mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los
muertos en Cristo resucitarán primero.
17 Después nosotros, los que vivimos y quedemos,
seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para
encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos
siempre con el Señor.
18 Por tanto, aliéntense unos a otros con estas palabras.

5

Vivir preparados para el día del Señor

1 En cuanto a los tiempos y las épocas, hermanos, no
necesitan que se les escriba,
2 porque ustedes mismos saben muy bien que el día del
Señor viene como un ladrón en la noche.
3 Cuando digan: «Paz y seguridad», entonces les
sobrevendrá destrucción repentina, como los dolores de
parto a la mujer embarazada, y de ningún modo escaparán.
4 Pero ustedes, hermanos, no están en la oscuridad para
que ese día los sorprenda como un ladrón,
5 porque todos ustedes son hijos de la luz e hijos del día.
No pertenecemos a la noche ni a la oscuridad.
6 Así que no durmamos como los demás, sino
mantengámonos despiertos y seamos sobrios.
7 Porque los que duermen, de noche duermen, y los que
se emborrachan, de noche se emborrachan.
8 Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios,
vestidos con la coraza de la fe y del amor, y con la
esperanza de salvación como yelmo.
9 Porque Dios no nos destinó a la ira, sino a obtener
salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo,
10 quien murió por nosotros para que, ya sea que estemos
despiertos o dormidos, vivamos juntos con él.
11 Por eso, anímense unos a otros y edifíquense
mutuamente, como ya lo hacen.

La vida y el cuidado de la comunidad

12 Les pedimos, hermanos, que reconozcan a los que
trabajan arduamente entre ustedes, los dirigen en el Señor
y los amonestan,
13 y que los tengan en la más alta estima, con amor, por
causa de su trabajo. Vivan en paz unos con otros.
14 Los exhortamos también, hermanos: amonesten a los
indisciplinados, animen a los desalentados, sostengan a los
débiles y sean pacientes con todos.

15 Asegúrense de que nadie devuelva a otro mal por mal;
al contrario, busquen siempre el bien unos de otros y el de
todos.
16 Estén siempre gozosos.
17 Oren sin cesar.
18 Den gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios
para ustedes en Cristo Jesús.
19 No apaguen al Espíritu.
20 No desprecien las profecías.
21 Pero examínenlo todo; retengan lo bueno.
22 Absténganse de toda forma de mal.
23 Que el mismo Dios de paz los santifique por completo,
y que su espíritu, alma y cuerpo sean conservados íntegros y
sin reproche en la venida de nuestro Señor Jesucristo.
24 Fiel es el que los llama, y él también lo hará.

Salutaciones y bendición final

25 Hermanos, oren por nosotros.
26 Saluden a todos los hermanos con un beso santo.
27 Les encargo solemnemente por el Señor que esta carta
sea leída a todos los hermanos.
28 Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con
ustedes.

2 Tesalonicenses

Salutación
1 Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los
tesalonicenses en Dios nuestro Padre y en el Señor
Jesucristo:
2 Gracia y paz a ustedes de parte de Dios Padre y del
Señor Jesucristo.

Gratitud y esperanza en medio de la aflicción
3 Siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes,
hermanos, como es justo, porque su fe crece
extraordinariamente y aumenta el amor de todos y cada
uno de ustedes por los demás.
4 Por eso nosotros mismos nos gloriamos de ustedes en
las iglesias de Dios, por su perseverancia y su fe en todas
las persecuciones y aflicciones que soportan.
5 Esto es evidencia del justo juicio de Dios, para que sean
considerados dignos del reino de Dios, por el cual también
sufren,
6 puesto que es justo delante de Dios retribuir con
aflicción a los que los afligen,
7 y darles a ustedes, los afligidos, descanso junto con
nosotros, cuando el Señor Jesús se manifieste desde el cielo
con los ángeles de su poder,
8 en llama de fuego, dando retribución a los que no
conocen a Dios y a los que no obedecen el evangelio de
nuestro Señor Jesús.
9 Ellos sufrirán el castigo de destrucción eterna, lejos de la
presencia del Señor y de la gloria de su fuerza,
10 cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus
santos y admirado entre todos los que creyeron, porque
nuestro testimonio fue creído entre ustedes.
11 Por eso también oramos siempre por ustedes, para que
nuestro Dios los considere dignos de su llamamiento y
cumpla con poder todo deseo de bondad y toda obra de fe,
12 a fin de que el nombre de nuestro Señor Jesús sea
glorificado en ustedes, y ustedes en él, según la gracia de
nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

2

El día del Señor y la derrota del inicuo

1 En cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a
nuestra reunión con él, les rogamos, hermanos,
2 que no pierdan pronto la serenidad ni se alarmen, ni
por una manifestación espiritual, ni por una palabra, ni por
una carta supuestamente nuestra, como si el día del Señor
ya hubiera llegado.
3 Que nadie los engañe de ninguna manera, porque ese
día no vendrá sin que antes llegue la apostasía y sea
revelado el hombre de la iniquidad, el hijo de perdición,
4 el que se opone y se exalta por encima de todo lo que es
llamado dios u objeto de culto, hasta sentarse en el templo
de Dios, presentándose a sí mismo como Dios.
5 ¿No recuerdan que, cuando todavía estaba con ustedes,
les decía estas cosas?
6 Y ahora saben lo que lo detiene, para que sea revelado a
su debido tiempo.
7 Porque el misterio de la iniquidad ya está actuando;
solo que el que ahora lo detiene lo hará hasta que sea
quitado de en medio.
8 Entonces será revelado el inicuo, a quien el Señor Jesús
matará con el soplo de su boca y anulará con la
manifestación de su venida.
9 La venida de ese inicuo será por la acción de Satanás,
con toda clase de poder, señales y prodigios de mentira,
10 y con todo engaño de injusticia para los que se pierden,
porque no aceptaron el amor de la verdad para ser salvos.
11 Por eso Dios les envía una fuerza de engaño para que
crean la mentira,
12 a fin de que sean juzgados todos los que no creyeron
en la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.

Escogidos para salvación

13 Pero nosotros siempre debemos dar gracias a Dios por
ustedes, hermanos amados por el Señor, porque Dios los
escogió como primeros frutos para salvación, mediante la
santificación del Espíritu y la fe en la verdad.
14 A esto los llamó por medio de nuestro evangelio, para
que alcancen la gloria de nuestro Señor Jesucristo.
15 Por tanto, hermanos, permanezcan firmes y conserven
las enseñanzas que les fueron transmitidas, ya sea por
palabra o por carta nuestra.
16 Que nuestro Señor Jesucristo mismo, y Dios nuestro
Padre, quien nos amó y nos dio por gracia consuelo eterno
y buena esperanza,
17 consuelen sus corazones y los fortalezcan en toda
buena obra y palabra.

3

Oración y confianza en el Señor

1 Por lo demás, hermanos, oren por nosotros, para que la
palabra del Señor corra y sea glorificada, como también
sucedió entre ustedes,
2 y para que seamos librados de personas perversas y
malvadas, porque no todos tienen fe.
3 Pero el Señor es fiel; él los fortalecerá y los guardará del
maligno.
4 Tenemos confianza en el Señor respecto de ustedes:
hacen y seguirán haciendo lo que les ordenamos.
5 Que el Señor dirija sus corazones al amor de Dios y a la
perseverancia de Cristo.

El deber de trabajar

6 Les ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro
Señor Jesucristo, que se aparten de todo hermano que viva
desordenadamente, y no conforme a la enseñanza que
recibieron de nosotros.
7 Porque ustedes mismos saben cómo deben imitarnos,
pues no vivimos desordenadamente entre ustedes,
8 ni comimos gratis el pan de nadie, sino que trabajamos
con esfuerzo y fatiga de noche y de día, para no ser una
carga para ninguno de ustedes.
9 Lo hicimos para darles en nosotros mismos un ejemplo
que imitar, aunque tenemos ese derecho.
10 Porque, aun cuando estábamos con ustedes, les
ordenábamos esto: «Si alguno no quiere trabajar, que
tampoco coma».
11 Pues oímos que algunos viven entre ustedes
desordenadamente, sin trabajar en nada, sino
entrometiéndose en lo ajeno.
12 A tales personas les ordenamos y exhortamos en el
Señor Jesucristo que trabajen tranquilamente y coman su
propio pan.
13 Pero ustedes, hermanos, no se cansen de hacer el bien.
14 Si alguno no obedece nuestra palabra por medio de
esta carta, señálenlo y no se relacionen con él, para que se
avergüence.
15 Pero amonéstenlo como a un hermano, sin
considerarlo un enemigo.

Bendición final

16 Que el mismo Señor de la paz les dé paz siempre y de
todas las maneras. El Señor sea con todos ustedes.
17 Este saludo lo escribo yo, Pablo, de mi propia mano, lo
cual es una señal en toda carta. Así escribo.

18 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos
ustedes.

1 Timoteo

Salutación

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por mandato de Dios
nuestro Salvador y de Cristo Jesús, nuestra esperanza,
2 a Timoteo, verdadero hijo en la fe: gracia, misericordia
y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, nuestro
Señor.

Advertencia contra falsas doctrinas

3 Cuando partía para Macedonia, te rogué que
permanecieras en Éfeso para ordenar a algunos que no
enseñaran una doctrina diferente
4 ni prestaran atención a mitos y genealogías
interminables, que producen especulaciones en vez de
promover la administración de Dios, que se realiza por la
fe.
5 El propósito de esta orden es el amor que nace de un
corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sin
hipocresía.
6 Algunos, al desviarse de estas cosas, se apartaron hacia
conversaciones vacías.
7 Quieren ser maestros de la Ley, sin entender lo que
dicen ni aquello que afirman con tanta seguridad.
8 Sabemos que la Ley es buena si uno la usa legítimamente,
9 reconociendo esto: la Ley no se establece para el justo,
sino para los transgresores y rebeldes, los impíos y
pecadores, los irreverentes y profanos, los que matan a su
padre o a su madre, los homicidas,
10 los que practican la inmoralidad sexual, los hombres
que se acuestan con hombres, los traficantes de esclavos,
los mentirosos, los que juran en falso, y cualquier otra cosa
que se oponga a la sana enseñanza,
11 conforme al evangelio de la gloria del Dios bendito,
que me fue confiado.

La misericordia de Cristo en la vida de Pablo

12 Doy gracias a Cristo Jesús, nuestro Señor, quien me
fortaleció, porque me consideró fiel al ponerme a su
servicio,
13 aunque antes era blasfemo, perseguidor y violento.
Pero recibí misericordia porque actué por ignorancia, en
incredulidad.
14 Y la gracia de nuestro Señor sobreabundó con la fe y el
amor que están en Cristo Jesús.

15 Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: Cristo
Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los
cuales yo soy el principal.
16 Pero por esto recibí misericordia: para que Cristo Jesús
mostrara en mí, el principal, toda su paciencia, como
ejemplo para los que habrían de creer en él para vida
eterna.
17 Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único Dios,
sean honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

El encargo de Timoteo y la fidelidad

18 Te confío esta orden, hijo Timoteo, conforme a las
profecías que antes se hicieron acerca de ti, para que,
apoyado en ellas, pelees la buena batalla,
19 manteniendo la fe y una buena conciencia. Algunos la
rechazaron y naufragaron en cuanto a la fe.
20 Entre ellos están Himeneo y Alejandro, a quienes
entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar.

2

Instrucciones sobre la oración

1 Por tanto, exhorto ante todo a que se hagan súplicas,
oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los
seres humanos,
2 por los reyes y por todos los que están en autoridad,
para que llevemos una vida tranquila y serena, con toda
piedad y dignidad.
3 Esto es bueno y aceptable delante de Dios nuestro
Salvador,
4 quien quiere que todos los seres humanos sean salvos y
lleguen al conocimiento de la verdad.
5 Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios
y los seres humanos: el hombre Cristo Jesús,
6 quien se entregó a sí mismo como rescate por todos,
testimonio dado a su debido tiempo.
7 Para esto fui designado heraldo y apóstol —digo la
verdad, no miento—, maestro de los gentiles en fe y verdad.
8 Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar,
levantando manos santas, sin ira ni discusión.

La piedad y el aprendizaje de las mujeres

9 De igual manera, que las mujeres se adornen con ropa
decorosa, con pudor y dominio propio, sin trenzados ni
oro, ni perlas, ni ropa costosa,
10 sino con buenas obras, como corresponde a mujeres
que profesan reverencia a Dios.
11 Que la mujer aprenda en silencio, con toda sujeción.

12 No permito a la mujer enseñar ni ejercer autoridad
sobre el hombre, sino permanecer en silencio.
13 Porque Adán fue formado primero, después Eva.
14 Y Adán no fue engañado, pero la mujer, al ser
engañada, incurrió en transgresión.
15 Pero será salvada al dar a luz hijos, si permanecen en
fe, amor y santificación con dominio propio.

3

Requisitos para los supervisores de la iglesia
1 Fiel es esta palabra: si alguno aspira a la función de
supervisor, desea una buena obra.
2 Por tanto, el supervisor debe ser irreprochable, esposo
de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospitalario,
apto para enseñar;
3 no dado al vino ni violento, sino amable, pacífico y libre
del amor al dinero.
4 Debe dirigir bien su propia casa y mantener a sus hijos
en sujeción con toda dignidad.
5 Porque, si alguno no sabe dirigir su propia casa, ¿cómo
cuidará de la iglesia de Dios?
6 No debe ser un recién convertido, para que no se llene
de orgullo y caiga en la condenación del diablo.
7 También debe tener buena reputación entre los de
afuera, para que no caiga en descrédito y en la trampa del
diablo.

Requisitos de los diáconos
8 De igual manera, los diáconos deben ser dignos, sin
doblez al hablar, no dados a mucho vino ni codiciosos de
ganancias deshonestas,
9 manteniendo el misterio de la fe con una conciencia
pura.
10 También ellos deben ser probados primero; después, si
son irreprochables, que sirvan como diáconos.
11 De igual manera, las mujeres deben ser dignas, no
calumniadoras, sino sobrias y fieles en todo.
12 Que los diáconos sean esposos de una sola mujer y
dirijan bien a sus hijos y sus propias casas.
13 Porque los que sirven bien como diáconos obtienen
para sí una posición honrosa y mucha confianza en la fe en
Cristo Jesús.

La iglesia del Dios vivo y su confesión de Cristo
14 Te escribo estas cosas con la esperanza de ir pronto a
verte,

15 para que, si me demoro, sepas cómo hay que
comportarse en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios
vivo, columna y fundamento de la verdad.
16 Y, sin duda, grande es el misterio de la piedad:
Él fue manifestado en carne, vindicado en el Espíritu, visto
por ángeles, proclamado entre las naciones, creído
en el mundo y recibido arriba en gloria.

4

La falsa enseñanza y la bondad de lo creado

1 Pero el Espíritu dice claramente que en los últimos
tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a
espíritus engañadores y a enseñanzas de demonios,
2 mediante la hipocresía de mentirosos que tienen
cauterizada su propia conciencia.
3 Estos prohíben casarse y mandan abstenerse de
alimentos que Dios creó para que los reciban con acción de
gracias los creyentes y los que han conocido la verdad.
4 Porque todo lo creado por Dios es bueno, y nada debe
rechazarse si se recibe con acción de gracias,
5 pues es santificado mediante la palabra de Dios y la
oración.

Un buen ministro de Jesucristo

6 Al señalar estas cosas a los hermanos, serás un buen
ministro de Cristo Jesús, nutrido con las palabras de la fe y
de la buena enseñanza que has seguido.
7 Rechaza las fábulas profanas y los cuentos de viejas.
Entrénate, más bien, en la piedad.
8 Porque el ejercicio físico es útil para poco, pero la piedad
es útil para todo, pues tiene promesa de la vida presente y
de la futura.
9 Esta palabra es fiel y digna de plena aceptación.
10 Pues para esto trabajamos arduamente y soportamos
insultos, porque hemos puesto nuestra esperanza en el Dios
vivo, que es el Salvador de todos los hombres,
especialmente de los creyentes.
11 Ordena y enseña estas cosas.
12 Que nadie menosprecie tu juventud; al contrario, sé
ejemplo para los creyentes en palabra, conducta, amor, fe y
pureza.
13 Hasta que yo llegue, dedícate a la lectura pública, a la
exhortación y a la enseñanza.
14 No descuides el don que hay en ti, que te fue dado
mediante profecía con la imposición de las manos del
consejo de ancianos.

15 Ocúpate de estas cosas y entrégate por completo a ellas,
para que tu progreso sea evidente a todos.
16 Cuida de ti mismo y de la enseñanza. Persevera en
estas cosas, pues al hacerlo te salvarás tanto a ti mismo
como a los que te escuchan.

5

Un trato familiar entre generaciones

1 No reprendas con dureza a un hombre mayor, sino
exhórtalo como a un padre; a los más jóvenes, como a
hermanos;
2 a las mujeres mayores, como a madres; a las más
jóvenes, como a hermanas, con toda pureza.

El cuidado de las viudas y la responsabilidad familiar

3 Honra a las viudas que verdaderamente lo son.
4 Pero, si alguna viuda tiene hijos o nietos, que ellos
aprendan primero a mostrar piedad hacia su propia
familia y a retribuir a sus mayores, porque esto es
aceptable delante de Dios.
5 La que es verdaderamente viuda y ha quedado sola
tiene puesta su esperanza en Dios y persevera en súplicas y
oraciones de noche y de día.
6 Pero la que vive entregada a los placeres está muerta
aunque viva.
7 Ordena también estas cosas, para que sean
irreprochables.
8 Si alguno no cuida de los suyos, y especialmente de los
de su propia casa, ha negado la fe y es peor que un
incrédulo.

La inscripción de las viudas y su compromiso

9 Que sea inscrita en la lista la viuda que tenga al menos
sesenta años, que haya sido esposa de un solo hombre
10 y tenga testimonio de buenas obras: si ha criado hijos,
si ha practicado la hospitalidad, si ha lavado los pies de los
santos, si ha ayudado a los afligidos y si se ha dedicado a
toda buena obra.
11 Pero no admitas a las viudas más jóvenes, porque,
cuando sus deseos las apartan de Cristo, quieren casarse,
12 incurriendo en juicio por haber rechazado su primer
compromiso.
13 Al mismo tiempo aprenden a estar ociosas, yendo de
casa en casa; y además de ociosas, se vuelven chismosas y
entrometidas, hablando de lo que no deben.

14 Por eso quiero que las más jóvenes se casen, tengan
hijos, dirijan su casa y no den al adversario ninguna
ocasión para insultar.
15 Porque algunas ya se han desviado para seguir a
Satanás.
16 Si alguna creyente tiene viudas a su cargo, que las
ayude y no sea cargada la iglesia, para que esta pueda
ayudar a las que verdaderamente son viudas.

El honor y la evaluación de los ancianos

17 Que los ancianos que dirigen bien sean considerados
dignos de doble honor, especialmente los que se esfuerzan
en la palabra y en la enseñanza.
18 Porque la Escritura dice: «No pondrás bozal al buey
que trilla», y: «El trabajador es digno de su salario».
19 No admitas una acusación contra un anciano, salvo con
dos o tres testigos.
20 Reprende delante de todos a los que pecan, para que
también los demás tengan temor.
21 Te encargo solemnemente delante de Dios, de Cristo
Jesús y de los ángeles escogidos que guardes estas cosas sin
prejuicio, sin hacer nada por favoritismo.
22 No impongas las manos a nadie con apresuramiento ni
participes de pecados ajenos. Consérvate puro.
23 No bebas solo agua; usa también un poco de vino por
causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades.
24 Los pecados de algunas personas son evidentes y van
delante de ellas al juicio; los de otras las siguen después.
25 De igual manera, las buenas obras también son
evidentes, y las que no lo son no pueden permanecer
ocultas.

6

Los esclavos ante amos creyentes y no creyentes

1 Que todos los que están como esclavos bajo un yugo
consideren a sus propios amos dignos de todo honor, para
que no sean blasfemados el nombre de Dios y la enseñanza.
2 Los que tienen amos creyentes no los desprecien por ser
hermanos; más bien, sírvanles aún mejor, porque los que se
benefician de su servicio son creyentes y amados. Enseña y
exhorta estas cosas.

La falsa enseñanza y el deseo de riqueza

3 Si alguno enseña una doctrina diferente y no se atiene a
las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la
enseñanza conforme a la piedad,

4 está lleno de orgullo y no entiende nada. Tiene una
afición enfermiza por las discusiones y disputas de
palabras, de las cuales nacen envidia, rivalidad, calumnias,
malas sospechas
5 y continuas fricciones entre personas de mente
corrompida y privadas de la verdad, que consideran la
piedad un medio de ganancia.

La piedad y el contentamiento

6 Pero gran ganancia es la piedad acompañada de
contentamiento.
7 Porque nada trajimos al mundo y tampoco podemos
llevarnos nada.
8 Así que, teniendo alimento y abrigo, con eso nos
contentaremos.
9 Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación, en
una trampa y en muchos deseos insensatos y dañinos, que
hunden a los seres humanos en destrucción y perdición.
10 Porque raíz de todos los males es el amor al dinero. Al
codiciarlo, algunos se extraviaron de la fe y se traspasaron
a sí mismos con muchos dolores.

La buena batalla de la fe

11 Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas y sigue la
justicia, la piedad, la fe, el amor, la perseverancia y la
mansedumbre.
12 Pelea la buena batalla de la fe; aférrate a la vida eterna,
a la cual fuiste llamado y por la cual hiciste la buena
confesión delante de muchos testigos.
13 Te ordeno delante de Dios, que da vida a todas las
cosas, y de Cristo Jesús, que dio testimonio de la buena
confesión ante Poncio Pilato,
14 que guardes el mandamiento sin mancha e
irreprochable hasta la manifestación de nuestro Señor
Jesucristo,
15 la cual mostrará a su debido tiempo el bendito y único
Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores,
16 el único que tiene inmortalidad, que habita en luz
inaccesible, a quien ningún ser humano ha visto ni puede
ver. A él sean honor y poder eterno. Amén.

La responsabilidad de los creyentes ricos

17 Ordena a los ricos de esta era que no sean arrogantes
ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las
riquezas, sino en Dios, quien nos proporciona todas las
cosas en abundancia para disfrutarlas;
18 que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras,
generosos y dispuestos a compartir,

19 atesorando para sí un buen fundamento para el futuro,
a fin de aferrarse a la vida verdadera.

Encargo final de Pablo a Timoteo

20 Timoteo, guarda lo que te ha sido confiado, evitando
las conversaciones profanas y vacías, y las contradicciones
del falsamente llamado conocimiento,
21 que algunos profesaron y se desviaron de la fe. La
gracia sea con ustedes.

2 Timoteo

Salutación

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios,
conforme a la promesa de vida que hay en Cristo Jesús,
2 a Timoteo, amado hijo: gracia, misericordia y paz de
parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, nuestro Señor.

El afecto de Pablo y la fe de Timoteo

3 Doy gracias a Dios, a quien sirvo con una conciencia
pura, como mis antepasados, al recordarte sin cesar en mis
súplicas de noche y de día.
4 Al recordar tus lágrimas, deseo verte para llenarme de
alegría.
5 He recordado la fe sin hipocresía que hay en ti, la cual
habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice; y
estoy convencido de que también habita en ti.
6 Por eso te recuerdo que avives el fuego del don de Dios
que está en ti por la imposición de mis manos.
7 Porque Dios no nos dio un espíritu de cobardía, sino de
poder, de amor y de dominio propio.

La gracia y la fidelidad ante el sufrimiento

8 Por tanto, no te avergüences del testimonio de nuestro
Señor ni de mí, su prisionero. Más bien, comparte el
sufrimiento por el evangelio, según el poder de Dios,
9 quien nos salvó y nos llamó con un llamamiento santo,
no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propio
propósito y a la gracia que nos fue concedida en Cristo
Jesús antes de los tiempos eternos.
10 Esta gracia ha sido manifestada ahora mediante la
aparición de nuestro Salvador Jesucristo, quien anuló la
muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio
del evangelio,
11 para el cual fui designado heraldo, apóstol y maestro.
12 Por esta razón también sufro estas cosas, pero no me
avergüenzo, porque sé en quién he creído y estoy
convencido de que él es poderoso para guardar lo que le he
confiado hasta aquel día.
13 Conserva el modelo de las sanas palabras que oíste de
mí, en la fe y el amor que están en Cristo Jesús.
14 Guarda el buen depósito por medio del Espíritu Santo
que habita en nosotros.

El abandono de algunos y el cuidado de Onesíforo

15 Sabes que todos los de Asia me abandonaron, entre
ellos Figelo y Hermógenes.
16 Que el Señor conceda misericordia a la casa de
Onesíforo, porque muchas veces me reconfortó y no se
avergonzó de mis cadenas.
17 Más bien, cuando estuvo en Roma, me buscó con
empeño y me encontró.
18 Que el Señor le conceda hallar misericordia de parte del
Señor en aquel día. Y tú sabes mejor cuánto sirvió en Éfeso.

2

La fortaleza y la fidelidad del servidor de Cristo

1 Tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que está en
Cristo Jesús.
2 Lo que oíste de mí ante muchos testigos, confíalo a
personas fieles que también sean capaces de enseñar a
otros.
3 Comparte el sufrimiento como un buen soldado de
Cristo Jesús.
4 Ninguno que sirve como soldado se enreda en los
asuntos de la vida, para agradar al que lo reclutó.
5 Y, si alguien compite como atleta, no recibe la corona a
menos que compita conforme a las reglas.
6 El agricultor que trabaja con esfuerzo debe ser el
primero en participar de los frutos.
7 Considera lo que digo, porque el Señor te dará
entendimiento en todo.

El evangelio de Cristo y la perseverancia

8 Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos,
descendiente de David, conforme a mi evangelio,
9 por el cual sufro hasta estar encadenado como un
malhechor. Pero la palabra de Dios no está encadenada.
10 Por eso lo soporto todo por los escogidos, para que
también ellos alcancen la salvación que está en Cristo Jesús,
con gloria eterna.

La promesa y la advertencia de una palabra fiel

11 Fiel es esta palabra:
si morimos con él, también viviremos con él;
12 si perseveramos, también reinaremos con él;
si lo negamos, él también nos negará;
13 si somos infieles, él permanece fiel;
no puede negarse a sí mismo.

Un obrero aprobado

14 Recuérdales estas cosas, encargándoles solemnemente
delante del Señor que no disputen sobre palabras, lo cual
no sirve de nada y arruina a los que escuchan.
15 Esfuérzate por presentarte aprobado ante Dios, como
un trabajador que no tiene de qué avergonzarse y que
maneja correctamente la palabra de la verdad.
16 Evita las conversaciones profanas y vacías, porque
quienes las practican avanzarán más en la impiedad,
17 y su palabra se extenderá como gangrena. Entre ellos
están Himeneo y Fileto,
18 quienes se desviaron de la verdad al decir que la
resurrección ya ocurrió, y trastornan la fe de algunos.

El fundamento de Dios y la vida santa

19 Sin embargo, el fundamento firme de Dios permanece
en pie, con este sello: «El Señor conoce a los que son suyos»,
y: «Que se aparte de la injusticia todo el que invoca el
nombre del Señor».
20 En una casa grande no solo hay utensilios de oro y de
plata, sino también de madera y de barro; unos para usos
honrosos y otros para usos deshonrosos.
21 Por tanto, si alguno se limpia de estas cosas, será un
utensilio para honra, santificado, útil al Amo y preparado
para toda buena obra.

Pureza, paz y corrección con mansedumbre

22 Huye de los deseos juveniles y sigue la justicia, la fe, el
amor y la paz, junto con los que invocan al Señor de
corazón puro.
23 Rechaza las discusiones necias e ignorantes, sabiendo
que producen pleitos.
24 El esclavo del Señor no debe pelear, sino ser amable
con todos, apto para enseñar y paciente ante el maltrato,
25 corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen,
por si Dios les concede arrepentirse para conocer la verdad
26 y recobrar el juicio, escapando de la trampa del diablo,
quien los ha tenido cautivos para hacer su voluntad.

3

La corrupción y la falsa piedad en tiempos difíciles

1 Pero debes saber esto: en los últimos días vendrán
tiempos difíciles.
2 Porque los seres humanos serán amantes de sí mismos,
amantes del dinero, jactanciosos, arrogantes, blasfemos,
desobedientes a sus padres, ingratos, irreverentes,

3 sin afecto natural, implacables, calumniadores, sin
dominio propio, crueles, enemigos de lo bueno,
4 traidores, precipitados, llenos de orgullo, amantes de los
placeres más que de Dios.
5 Tendrán apariencia de piedad, pero habrán negado su
poder. Apártate también de ellos.
6 Porque entre ellos están los que se introducen en las
casas y llevan cautivas a mujeres débiles, cargadas de
pecados y arrastradas por diversos deseos,
7 que siempre están aprendiendo y nunca pueden llegar
al conocimiento de la verdad.
8 Así como Janes y Jambres se opusieron a Moisés,
también estos se oponen a la verdad: personas de mente
corrompida, reprobadas en cuanto a la fe.
9 Pero no avanzarán más, porque su insensatez será
evidente para todos, como también lo fue la de aquellos.

La perseverancia ante el sufrimiento y el engaño

10 Pero tú has seguido mi enseñanza, mi conducta, mi
propósito, mi fe, mi paciencia, mi amor, mi perseverancia,
11 mis persecuciones y mis sufrimientos, como los que me
ocurrieron en Antioquía, Iconio y Listra. ¡Qué
persecuciones soporté! Y de todas me libró el Señor.
12 También todos los que quieren vivir piadosamente en
Cristo Jesús serán perseguidos.
13 Pero las personas malvadas y los impostores irán de
mal en peor, engañando y siendo engañados.

La Escritura y la salvación mediante la fe en Cristo

14 Tú, en cambio, permanece en lo que aprendiste y de lo
que estás convencido, sabiendo de quiénes lo aprendiste,
15 y que desde la infancia conoces las Sagradas
Escrituras, que pueden hacerte sabio para la salvación
mediante la fe en Cristo Jesús.
16 Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para
enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en
justicia,
17 a fin de que el hombre de Dios esté plenamente
capacitado, equipado para toda buena obra.

4

El encargo de anunciar la palabra con paciencia

1 Ante Dios y Cristo Jesús, quien ha de juzgar a vivos y
muertos, y por su manifestación y por su reino, te encargo
solemnemente:

2 predica la palabra; insiste a tiempo y fuera de tiempo;
corrige, reprende y exhorta con toda paciencia y
enseñanza.
3 Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana
enseñanza, sino que, con comezón de oír, acumularán para
sí maestros conforme a sus propios deseos,
4 y apartarán el oído de la verdad para volverse a las
fábulas.
5 Pero tú, sé sobrio en todo, soporta las dificultades, haz
la obra de un evangelista y cumple tu ministerio.

La esperanza de Pablo ante su partida

6 Porque yo ya estoy siendo derramado como una
ofrenda, y ha llegado el tiempo de mi partida.
7 He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he
guardado la fe.
8 Ahora me está reservada la corona de justicia, que el
Señor, el juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí,
sino también a todos los que aman su manifestación.

Instrucciones personales

9 Procura venir pronto a verme,
10 porque Demas me abandonó por amar este mundo
presente y se fue a Tesalónica. Crescente se fue a Galacia, y
Tito a Dalmacia.
11 Solo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráelo
contigo, porque me es útil para el ministerio.
12 A Tíquico lo envié a Éfeso.
13 Cuando vengas, trae la capa que dejé en Troas con
Carpo, y los libros, especialmente los pergaminos.
14 Alejandro, el artesano del cobre, me hizo mucho daño.
El Señor le pagará conforme a sus obras.
15 Tú también cuídate de él, porque se opuso con fuerza a
nuestras palabras.

El sostén del Señor en la defensa de Pablo

16 En mi primera defensa nadie estuvo a mi lado, sino
que todos me abandonaron. Que no se les tenga en cuenta.
17 Pero el Señor estuvo a mi lado y me fortaleció, para que
por medio de mí se proclamara plenamente el mensaje y lo
oyeran todos los gentiles. Y fui librado de la boca del león.
18 El Señor me librará de toda obra mala y me llevará a
salvo a su reino celestial. A él sea la gloria por los siglos de
los siglos. Amén.

Saludos y bendición final

19 Saluda a Prisca y a Aquila, y a la casa de Onesíforo.

20 Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo lo dejé enfermo
en Mileto.
21 Procura venir antes del invierno. Te saludan Eubulo,
Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos.
22 Que el Señor esté con tu espíritu. Que la gracia esté con
ustedes.

Tito

El encargo de Pablo y la fe compartida con Tito

1 Pablo, esclavo de Dios y apóstol de Jesucristo, para la fe
de los escogidos de Dios y el conocimiento de la verdad que
conduce a la piedad,
2 en la esperanza de la vida eterna, que Dios, quien no
miente, prometió antes de los tiempos eternos.
3 A su debido tiempo manifestó su palabra mediante la
predicación que me fue confiada por mandato de Dios
nuestro Salvador,
4 a Tito, verdadero hijo en la fe que compartimos: gracia
y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, nuestro
Salvador.

El carácter y la enseñanza de los ancianos

5 Por esta razón te dejé en Creta: para que pusieras en
orden lo que faltaba y nombraras ancianos en cada ciudad,
tal como te ordené.
6 Debe ser alguien irreprochable, esposo de una sola
mujer, con hijos creyentes que no estén acusados de
desenfreno ni sean rebeldes.
7 Porque el supervisor, como administrador de Dios, debe
ser irreprochable: no arrogante, ni iracundo, ni dado al
vino, ni violento, ni codicioso de ganancias deshonestas,
8 sino hospitalario, amante de lo bueno, prudente, justo,
santo y dueño de sí mismo;
9 que se mantenga firme en la palabra fiel conforme a la
enseñanza, para que pueda exhortar con la sana enseñanza
y refutar a los que contradicen.

La corrección de quienes trastornan los hogares

10 Porque hay muchos rebeldes, habladores de cosas
vacías y engañadores, especialmente los de la circuncisión.
11 Hay que hacerlos callar, pues trastornan casas enteras
al enseñar lo que no deben por ganancias deshonestas.
12 Uno de ellos, su propio profeta, dijo: «Los cretenses son
siempre mentirosos, bestias malvadas, glotones ociosos».
13 Este testimonio es verdadero. Por eso repréndelos con
severidad, para que estén sanos en la fe,
14 sin prestar atención a mitos judíos ni a mandamientos
de personas que se apartan de la verdad.

15 Todo es puro para los puros, pero para los
contaminados e incrédulos nada es puro; tanto su mente
como su conciencia están contaminadas.
16 Profesan conocer a Dios, pero lo niegan con sus obras;
son detestables, desobedientes e incapaces de toda buena
obra.

2

Enseñanza de la sana doctrina

1 Pero tú habla lo que corresponde a la sana enseñanza.
2 Que los hombres mayores sean sobrios, dignos,
prudentes, sanos en la fe, en el amor y en la perseverancia.
3 De igual manera, que las mujeres mayores sean
reverentes en su conducta, no calumniadoras ni esclavas
de mucho vino, sino maestras de lo bueno,
4 para que instruyan a las más jóvenes a amar a sus
esposos y a sus hijos,
5 a ser prudentes, puras, trabajadoras en el hogar, buenas
y sujetas a sus propios esposos, para que la palabra de Dios
no sea blasfemada.
6 Exhorta también a los jóvenes a ser prudentes.
7 Muéstrate en todo como un ejemplo de buenas obras,
con integridad y dignidad en la enseñanza,
8 con palabra sana e irreprochable, para que el
adversario se avergüence al no tener nada malo que decir
de nosotros.

La fidelidad de los esclavos ante Dios

9 Que los esclavos se sometan a sus propios amos en todo,
procuren agradarles y no los contradigan;
10 que no roben, sino que demuestren toda buena
fidelidad, para que en todo adornen la enseñanza de Dios
nuestro Salvador.

La gracia que salva y forma un pueblo para Cristo

11 Porque se ha manifestado la gracia de Dios, que trae
salvación a todos los seres humanos,
12 y nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos
mundanos, para vivir en esta era con dominio propio,
justicia y piedad,
13 mientras esperamos la bienaventurada esperanza y la
manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador
Jesucristo,
14 quien se entregó a sí mismo por nosotros para
redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo
de su propiedad, celoso de buenas obras.

15 Habla estas cosas, exhorta y reprende con toda
autoridad. Que nadie te desprecie.

3

La conducta pública del pueblo de Cristo

1 Recuérdales que se sometan a los gobernantes y
autoridades, que obedezcan y estén preparados para toda
buena obra;
2 que no difamen a nadie, que sean pacíficos y amables,
mostrando toda mansedumbre hacia todos los seres
humanos.
3 Porque también nosotros éramos antes insensatos,
desobedientes, extraviados, esclavos de diversos deseos y
placeres, viviendo en malicia y envidia, detestables y
odiándonos unos a otros.

La misericordia que salva y renueva

4 Pero, cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro
Salvador y su amor por la humanidad,
5 nos salvó, no por obras de justicia que nosotros
hubiéramos hecho, sino por su misericordia, mediante el
lavamiento del nuevo nacimiento y la renovación del
Espíritu Santo,
6 a quien derramó abundantemente sobre nosotros por
medio de Jesucristo, nuestro Salvador,
7 para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser
herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.
8 Fiel es esta palabra, y quiero que insistas con firmeza en
estas cosas, para que los que han creído en Dios procuren
dedicarse a buenas obras. Estas cosas son buenas y
provechosas para los seres humanos.

Disputas inútiles y personas que causan división

9 Pero evita las discusiones necias, las genealogías, las
rivalidades y las disputas sobre la Ley, porque son inútiles y
vacías.
10 Al que causa divisiones, recházalo después de una
primera y una segunda amonestación,
11 sabiendo que tal persona se ha pervertido y peca,
condenándose a sí misma.

Instrucciones personales

12 Cuando te envíe a Artemas o a Tíquico, procura venir a
mí a Nicópolis, porque allí he decidido pasar el invierno.
13 Ayuda con empeño a Zenas, el experto en leyes, y a
Apolos a continuar su viaje, para que no les falte nada.

14 Que también los nuestros aprendan a dedicarse a
buenas obras para atender las necesidades apremiantes, a
fin de que no sean infructuosos.

Salutaciones y bendición final

15 Todos los que están conmigo te saludan. Saluda a los
que nos aman en la fe. La gracia sea con todos ustedes.

Filemón

Salutación
1 Pablo, prisionero de Cristo Jesús, y el hermano Timoteo,
a Filemón, nuestro amado colaborador,
2 a la hermana Apia, a Arquipo, nuestro compañero de
lucha, y a la iglesia que se reúne en tu casa:
3 Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y
del Señor Jesucristo.

El amor y la fe de Filemón
4 Siempre doy gracias a mi Dios al mencionarte en mis
oraciones,
5 porque oigo de tu amor y de la fe que tienes en el Señor
Jesús, y de tu amor hacia todos los santos.
6 Que tu participación en la fe se vuelva eficaz mediante
el conocimiento de todo el bien que hay en nosotros para
Cristo.
7 Porque he recibido mucha alegría y consuelo por tu
amor, pues por medio de ti, hermano, los corazones de los
santos han recibido descanso.

Pablo intercede por Onésimo
8 Por eso, aunque tengo en Cristo plena libertad para
ordenarte lo que conviene,
9 prefiero rogarte por amor, siendo yo como soy, Pablo,
un anciano y ahora también prisionero de Cristo Jesús.
10 Te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis
cadenas,
11 que antes te fue inútil, pero ahora es útil tanto para ti
como para mí.
12 Te lo he enviado de vuelta, a él, que es mi propio
corazón.
13 Yo quería retenerlo conmigo para que me sirviera en
tu lugar mientras estoy encadenado por el evangelio.
14 Pero no quise hacer nada sin tu consentimiento, para
que tu buena acción fuera voluntaria y no por obligación.
15 Porque tal vez se separó de ti por un tiempo
precisamente para que lo recuperaras para siempre,
16 ya no como esclavo, sino más que esclavo: como un
hermano amado. Lo es especialmente para mí, pero cuánto
más para ti, tanto en la carne como en el Señor.

La acogida y el compromiso de Pablo

17 Por tanto, si me consideras tu compañero, recíbelo
como a mí mismo.
18 Si te ha hecho algún agravio o te debe algo, cárgalo a mi
cuenta.
19 Yo, Pablo, lo escribo de mi propia mano: yo lo pagaré.
Por no decirte que incluso tú mismo te debes a mí.
20 Sí, hermano, que reciba yo este provecho de ti en el
Señor. Da descanso a mi corazón en Cristo.
21 Te he escrito confiando en tu obediencia, sabiendo que
harás aún más de lo que digo.
22 Al mismo tiempo, prepárame también alojamiento,
porque espero que, por las oraciones de ustedes, me sea
concedido volver a ustedes.

Salutaciones y bendición final

23 Te saluda Epafras, mi compañero de prisión en Cristo
Jesús,
24 y también Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, mis
colaboradores.
25 La gracia del Señor Jesucristo sea con el espíritu de
ustedes.

Hebreos

Dios ha hablado por su Hijo

1 Dios, que antiguamente habló muchas veces y de
muchas maneras a los padres por medio de los profetas,
2 en estos últimos días nos habló por medio de su Hijo, a
quien designó heredero de todas las cosas y por medio de
quien también hizo el universo.
3 Él es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de
su ser; sostiene todas las cosas con su palabra poderosa.
Después de efectuar por sí mismo la purificación de los
pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas,
4 habiendo llegado a ser tanto superior a los ángeles
cuanto más excelente que el de ellos es el nombre que ha
heredado.

El Hijo, superior a los ángeles

5 Porque ¿a cuál de los ángeles dijo alguna vez:
«Tú eres mi Hijo;
yo te he engendrado hoy»,
y de nuevo:
«Yo seré su Padre, y él será mi Hijo»?
6 Y, cuando introduce de nuevo al Primogénito en el
mundo, dice:
«Que lo adoren todos los ángeles de Dios».
7 En cuanto a los ángeles, dice:
«Él hace de sus ángeles vientos y de sus servidores una
llama de fuego».
8 Pero al Hijo dice:
«Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos, y el cetro
de rectitud es el cetro de tu reino.
9 Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad;
por eso Dios, tu Dios, te ungió con aceite de alegría más
que a tus compañeros».
10 Y:
«Tú, Señor, en el principio pusiste los cimientos de la tierra,
y los cielos son obra de tus manos.
11 Ellos perecerán, pero tú permaneces;
todos envejecerán como una vestidura,
12 y los enrollarás como un manto;
como una vestidura serán cambiados.
Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán».
13 ¿Y a cuál de los ángeles ha dicho alguna vez:

«Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos
como estrado de tus pies»?
14 ¿No son todos espíritus servidores, enviados para servir
a los que han de heredar la salvación?

2

Una salvación tan grande

1 Por eso debemos prestar mucha más atención a lo que
hemos oído, para que no nos desviemos.
2 Porque, si la palabra hablada por medio de ángeles fue
firme, y toda transgresión y desobediencia recibió una justa
retribución,
3 ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una
salvación tan grande? Esta comenzó a ser anunciada por el
Señor y nos fue confirmada por los que lo oyeron,
4 mientras Dios también daba testimonio con señales,
prodigios, diversos milagros y distribuciones del Espíritu
Santo conforme a su voluntad.

El autor de la salvación

5 Porque Dios no sometió a los ángeles el mundo
venidero, del cual hablamos.
6 Pero alguien testificó en cierto lugar:
«¿Qué es el ser humano para que te acuerdes de él, o el hijo
de hombre para que te ocupes de él?
7 Lo hiciste por poco tiempo menor que los ángeles;
lo coronaste de gloria y honor;
8 todo lo sometiste bajo sus pies».
Al someterle todas las cosas, no dejó nada sin someterle.
Sin embargo, ahora todavía no vemos todas las cosas
sometidas a él.
9 Pero vemos a Jesús, que fue hecho por poco tiempo
menor que los ángeles, coronado de gloria y honor por
haber sufrido la muerte, para que, aparte de Dios,
experimentara la muerte por todos.
10 Porque convenía que aquel para quien existen todas
las cosas y por medio de quien existen todas las cosas, al
llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara mediante
sufrimientos al autor de la salvación de ellos.
11 Porque tanto el que santifica como los que son
santificados proceden todos de uno solo. Por eso no se
avergüenza de llamarlos hermanos,
12 diciendo:
«Anunciaré tu nombre a mis hermanos;
en medio de la congregación te cantaré alabanzas».
13 Y otra vez:
«Yo confiaré en él».

Y de nuevo:
«Aquí estoy yo y los hijos que Dios me dio».
14 Por tanto, puesto que los hijos comparten sangre y
carne, él también participó de lo mismo, para anular por
medio de la muerte al que tiene el poder de la muerte, es
decir, al diablo,
15 y liberar a los que por temor a la muerte estaban
sujetos a esclavitud durante toda su vida.
16 Porque ciertamente no viene en ayuda de los ángeles,
sino de la descendencia de Abraham.
17 Por eso debía hacerse semejante en todo a sus
hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y
fiel en lo que se refiere a Dios, a fin de expiar los pecados
del pueblo.
18 Porque, por haber sufrido él mismo al ser tentado,
puede ayudar a los que son tentados.

3

Jesús es superior a Moisés

1 Por tanto, hermanos santos, participantes del
llamamiento celestial, consideren a Jesús, el apóstol y sumo
sacerdote de nuestra confesión.
2 Él es fiel al que lo constituyó, como también lo fue
Moisés en su casa.
3 Porque Jesús ha sido considerado digno de más gloria
que Moisés, así como el que construye una casa tiene más
honor que la casa misma.
4 Pues toda casa es construida por alguien, pero Dios es
quien construyó todas las cosas.
5 Moisés fue fiel en toda su casa como servidor, para dar
testimonio de lo que se hablaría después;
6 pero Cristo es fiel como Hijo sobre su casa. Y nosotros
somos esa casa, si conservamos la confianza y el gloriarnos
en la esperanza.

El reposo del pueblo de Dios

7 Por eso, como dice el Espíritu Santo:
«Hoy, si oyen su voz,
8 no endurezcan sus corazones como en la rebelión, en el
día de la prueba en el desierto,
9 donde sus padres me pusieron a prueba y vieron mis
obras
10 durante cuarenta años.
Por eso me indigné contra esta generación y dije:
“Siempre se extravían en su corazón;
no han conocido mis caminos”.

11 Así que juré en mi ira: “No entrarán en mi reposo”».
12 Cuídense, hermanos, de que no haya en ninguno de
ustedes un corazón malvado e incrédulo que se aparte del
Dios vivo.
13 Más bien, exhórtense unos a otros cada día, mientras
todavía se dice «Hoy», para que ninguno de ustedes se
endurezca por el engaño del pecado.
14 Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, si
conservamos firme hasta el fin la confianza del principio,
15 mientras se dice: «Hoy, si oyen su voz, no endurezcan
sus corazones como en la rebelión».
16 Porque ¿quiénes se rebelaron después de haber oído?
¿No fueron todos los que salieron de Egipto por medio de
Moisés?
17 ¿Y contra quiénes se indignó durante cuarenta años?
¿No fue contra los que pecaron, cuyos cadáveres cayeron en
el desierto?
18 ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a
los que desobedecieron?
19 Vemos, pues, que no pudieron entrar por su
incredulidad.

4

1 Temamos, por tanto, no sea que, permaneciendo aún la
promesa de entrar en su reposo, alguno de ustedes parezca
no haberlo alcanzado.
2 Porque también a nosotros se nos ha anunciado la
buena noticia, igual que a ellos; pero el mensaje que
oyeron no les aprovechó, por no haberse unido en la fe a
los que escucharon.
3 Porque los que hemos creído entramos en el reposo,
como él ha dicho: «Así juré en mi ira: “No entrarán en mi
reposo”», aunque sus obras quedaron realizadas desde la
fundación del mundo.
4 Pues en cierto lugar ha dicho así acerca del séptimo día:
«Y Dios reposó el séptimo día de todas sus obras».
5 Y de nuevo en este pasaje: «No entrarán en mi reposo».
6 Por tanto, puesto que todavía queda que algunos entren
en él, y los que antes recibieron la buena noticia no
entraron por desobediencia,
7 de nuevo fija un día: «Hoy», diciendo por medio de
David, después de tanto tiempo, como ya se ha dicho: «Hoy,
si oyen su voz, no endurezcan sus corazones».
8 Porque, si Josué les hubiera dado reposo, no habría
hablado después de otro día.
9 Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de
Dios.

10 Porque el que ha entrado en su reposo también ha
reposado de sus obras, como Dios de las suyas.
11 Esforcémonos, pues, por entrar en aquel reposo, para
que ninguno caiga siguiendo el mismo ejemplo de
desobediencia.
12 Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, más
cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta la
división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de los
tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del
corazón.
13 Ninguna criatura está oculta delante de él; todas las
cosas están desnudas y expuestas a los ojos de aquel a
quien debemos rendir cuentas.

Jesús el gran sumo sacerdote

14 Por tanto, ya que tenemos un gran sumo sacerdote que
atravesó los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengamos
nuestra confesión.
15 Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda
compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue
tentado en todo de manera semejante a nosotros, pero sin
pecado.
16 Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la
gracia, para recibir misericordia y hallar gracia que nos
ayude en el momento oportuno.

5

1 Porque todo sumo sacerdote, tomado de entre los seres
humanos, es designado a favor de ellos en lo que se refiere
a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados.
2 Puede tratar con paciencia a los ignorantes y
extraviados, puesto que él mismo está rodeado de
debilidad.
3 Por causa de ella debe ofrecer sacrificios por los
pecados, tanto por el pueblo como por sí mismo.
4 Nadie toma para sí este honor, sino que es llamado por
Dios, como también lo fue Aarón.

5 Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo para hacerse
sumo sacerdote, sino que lo glorificó el que le dijo:
«Tú eres mi Hijo;
yo te he engendrado hoy».
6 Como también dice en otro lugar:
«Tú eres sacerdote para siempre según el orden de
Melquisedec».

7 Él, en los días de su carne, ofreció ruegos y súplicas con
fuerte clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte,
y fue escuchado por su reverencia.
8 Aunque era Hijo, aprendió la obediencia por lo que
sufrió.
9 Y, habiendo sido perfeccionado, llegó a ser fuente de
salvación eterna para todos los que lo obedecen,
10 designado por Dios sumo sacerdote según el orden de
Melquisedec.

Advertencia contra la apostasía

11 Acerca de esto tenemos mucho que decir, pero es difícil
de explicar, porque se han vuelto lentos para escuchar.
12 Pues, aunque por el tiempo transcurrido ya deberían
ser maestros, necesitan que alguien vuelva a enseñarles los
principios elementales de las palabras de Dios. Han llegado
a necesitar leche en vez de alimento sólido.
13 Porque todo el que se alimenta de leche es inexperto
en la palabra de justicia, pues es un niño pequeño.
14 Pero el alimento sólido es para los maduros, los que
mediante la práctica tienen sus sentidos ejercitados para
distinguir el bien y el mal.

6

1 Por tanto, dejando la enseñanza elemental acerca de
Cristo, avancemos hacia la madurez, sin volver a poner el
fundamento del arrepentimiento de obras muertas y de la
fe en Dios,
2 de la enseñanza sobre bautismos, de la imposición de
manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno.
3 Y esto haremos, si Dios lo permite.
4 Porque es imposible que los que una vez fueron
iluminados, saborearon el don celestial y llegaron a
participar del Espíritu Santo,
5 saborearon la buena palabra de Dios y los poderes de la
era venidera,
6 y recayeron, sean renovados otra vez para
arrepentimiento, pues crucifican de nuevo para sí mismos
al Hijo de Dios y lo exponen a la vergüenza pública.
7 Porque la tierra que bebe la lluvia que cae sobre ella
muchas veces y produce vegetación útil para aquellos por
quienes es cultivada recibe bendición de Dios.
8 Pero, si produce espinos y cardos, es rechazada y está
cerca de la maldición; su fin es ser quemada.

Perseverar en la esperanza de Cristo

9 Pero, en cuanto a ustedes, amados, estamos
convencidos de cosas mejores, relacionadas con la
salvación, aunque hablamos de esta manera.
10 Porque Dios no es injusto para olvidar su obra y el
amor que mostraron hacia su nombre al servir a los santos,
como todavía los sirven.
11 Deseamos que cada uno de ustedes muestre el mismo
empeño hasta el fin, para la plena certeza de la esperanza,
12 a fin de que no se vuelvan perezosos, sino imitadores
de los que por la fe y la paciencia heredan las promesas.
13 Porque, cuando Dios hizo la promesa a Abraham, como
no tenía a nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo,
14 diciendo: «Ciertamente te bendeciré con abundancia y
te multiplicaré grandemente».
15 Y así, después de esperar con paciencia, alcanzó la
promesa.
16 Porque los seres humanos juran por uno mayor que
ellos, y el juramento sirve de confirmación que pone fin a
toda disputa entre ellos.
17 Por eso Dios, queriendo mostrar con mayor claridad a
los herederos de la promesa que su propósito no cambia,
intervino con un juramento,
18 para que, mediante dos cosas que no cambian, en las
cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fuerte
aliento los que hemos buscado refugio para aferrarnos a la
esperanza puesta delante de nosotros.
19 Esta esperanza la tenemos como un ancla del alma,
segura y firme, que penetra hasta el interior, detrás del
velo,
20 donde Jesús entró por nosotros como precursor,
habiendo llegado a ser sumo sacerdote para siempre según
el orden de Melquisedec.

7

El sacerdocio de Melquisedec

1 Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del
Dios Altísimo, salió al encuentro de Abraham cuando
regresaba de la derrota de los reyes y lo bendijo.
2 A él Abraham también le entregó la décima parte de
todo. Su nombre significa, primero, «rey de justicia»; y
después es también rey de Salem, es decir, «rey de paz».
3 Sin padre, sin madre, sin genealogía, sin principio de
días ni fin de vida, y hecho semejante al Hijo de Dios,
permanece sacerdote para siempre.

4 Consideren cuán grande era este, a quien Abraham, el
patriarca, dio la décima parte del botín.
5 Los descendientes de Leví que reciben el sacerdocio
tienen, según la Ley, el mandato de cobrar el diezmo al
pueblo, es decir, a sus hermanos, aunque también estos
proceden de los lomos de Abraham.
6 Pero aquel cuya genealogía no se cuenta entre ellos
recibió el diezmo de Abraham y bendijo al que tenía las
promesas.
7 Y, sin discusión alguna, el menor es bendecido por el
mayor.
8 Aquí reciben los diezmos seres humanos que mueren;
pero allí los recibe uno de quien se da testimonio de que
vive.
9 Y, por decirlo así, también Leví, el que recibe los
diezmos, pagó el diezmo por medio de Abraham,
10 porque todavía estaba en los lomos de su padre cuando
Melquisedec salió a su encuentro.

El sacerdocio definitivo de Jesús

11 Por tanto, si la perfección se alcanzara mediante el
sacerdocio levítico —pues bajo él recibió el pueblo la Ley—,
¿qué necesidad habría todavía de que surgiera otro
sacerdote según el orden de Melquisedec, en vez de ser
llamado según el orden de Aarón?
12 Porque, cuando cambia el sacerdocio, necesariamente
se produce también un cambio de ley.
13 Pues aquel de quien se dicen estas cosas pertenece a
otra tribu, de la cual nadie ha servido al altar.
14 Porque es evidente que nuestro Señor surgió de Judá,
tribu de la cual Moisés no habló nada acerca de sacerdotes.
15 Esto resulta aún más evidente si surge otro sacerdote a
semejanza de Melquisedec,
16 que ha llegado a serlo, no según un mandamiento legal
basado en la descendencia física, sino conforme al poder de
una vida indestructible.
17 Porque se da testimonio de él: «Tú eres sacerdote para
siempre según el orden de Melquisedec».
18 Así, el mandamiento anterior queda anulado por su
debilidad e inutilidad,
19 pues la Ley no perfeccionó nada; pero se introduce una
esperanza mejor, mediante la cual nos acercamos a Dios.

Jesús garantiza un pacto mejor

20 Y esto no sucedió sin juramento, porque los otros
llegaron a ser sacerdotes sin juramento,

21 pero él con juramento, por medio del que le dijo: «El
Señor juró y no se arrepentirá: "Tú eres sacerdote para
siempre"».
22 En esa misma medida, Jesús ha llegado a ser garantía
de un pacto mejor.
23 Los otros llegaron a ser muchos sacerdotes, porque la
muerte les impedía continuar.
24 Pero él, por permanecer para siempre, posee un
sacerdocio permanente.
25 Por eso también puede salvar completamente a los que
se acercan a Dios por medio de él, porque vive siempre
para interceder por ellos.
26 Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo,
inocente, sin mancha, separado de los pecadores y exaltado
por encima de los cielos.
27 Él no necesita, como los sumos sacerdotes, ofrecer
sacrificios cada día, primero por sus propios pecados y
después por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez
para siempre al ofrecerse a sí mismo.
28 Pues la Ley designa como sumos sacerdotes a seres
humanos sujetos a debilidad; pero la palabra del
juramento, posterior a la Ley, designa al Hijo,
perfeccionado para siempre.

8

El mediador de un nuevo pacto

1 El punto principal de lo que decimos es este: tenemos
tal sumo sacerdote, que se sentó a la derecha del trono de
la Majestad en los cielos,
2 servidor del santuario y del verdadero tabernáculo, que
levantó el Señor y no un ser humano.
3 Porque todo sumo sacerdote es designado para ofrecer
dones y sacrificios; por eso es necesario que también este
tenga algo que ofrecer.
4 Si estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote,
porque ya hay quienes ofrecen los dones conforme a la Ley.
5 Ellos sirven a una figura y sombra de las cosas
celestiales, tal como Moisés fue advertido cuando iba a
construir el tabernáculo. Porque dijo: «Mira, harás todo
conforme al modelo que te fue mostrado en el monte».
6 Pero ahora él ha obtenido un ministerio tanto más
excelente cuanto es mediador de un pacto mejor,
establecido sobre promesas mejores.

El nuevo pacto anunciado por Dios

7 Porque, si aquel primer pacto hubiera sido
irreprochable, no se habría buscado lugar para un segundo.
8 Pues, al reprenderlos, dice:
«Miren, vienen días, dice el Señor, en que estableceré un
nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de
Judá.
9 Será diferente del pacto que hice con sus padres el día que
los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de
Egipto, porque ellos no permanecieron en mi pacto, y
yo me desentendí de ellos, dice el Señor.
10 Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel
después de aquellos días, dice el Señor: pondré mis
leyes en su mente y las escribiré en sus corazones.
Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.
11 Ninguno enseñará a su conciudadano ni ninguno a su
hermano, diciendo: "Conoce al Señor", porque todos
me conocerán, desde el menor hasta el mayor de
ellos.
12 Porque seré misericordioso con sus injusticias y nunca
más recordaré sus pecados».
13 Al decir «nuevo», ha hecho antiguo al primero; y lo que
se hace antiguo y envejece está cerca de desaparecer.

9

El culto del primer pacto y sus límites

1 Ahora bien, el primer pacto tenía normas para el culto y
un santuario terrenal.
2 Porque se preparó un tabernáculo cuya primera parte,
donde estaban el candelabro, la mesa y los panes de la
presencia, se llama Lugar Santo.
3 Detrás del segundo velo estaba la parte del tabernáculo
llamada Lugar Santísimo,
4 que tenía un altar de oro para el incienso y el arca del
pacto, recubierta de oro por todas partes. En ella había un
recipiente de oro con el maná, la vara de Aarón que había
brotado y las tablas del pacto.
5 Sobre ella estaban los querubines de gloria, que cubrían
con su sombra el propiciatorio. Pero ahora no es posible
hablar de estas cosas en detalle.
6 Dispuestas así estas cosas, los sacerdotes entran
continuamente en la primera parte del tabernáculo para
realizar los servicios del culto.
7 Pero en la segunda entra solamente el sumo sacerdote
una vez al año, y no sin sangre, que ofrece por sí mismo y
por los pecados que el pueblo cometió por ignorancia.

8 Con esto el Espíritu Santo da a entender que aún no se ha
revelado el camino al Lugar Santísimo mientras la primera
parte del tabernáculo permanezca en pie.
9 Esto es un símbolo para el tiempo presente, según el cual
se ofrecen dones y sacrificios que no pueden perfeccionar
al que rinde culto en lo que respecta a su conciencia.
10 Son solo disposiciones sobre alimentos, bebidas y
diversos lavamientos: normas para el cuerpo impuestas
hasta el tiempo de la reforma.

Jesucristo y la redención eterna

11 Pero Cristo se presentó como sumo sacerdote de los
bienes que ya han llegado y, a través del tabernáculo más
grande y más perfecto, no hecho por manos humanas, es
decir, que no pertenece a esta creación,
12 entró de una vez para siempre en el Lugar Santísimo,
no por medio de sangre de machos cabríos y becerros, sino
por su propia sangre, habiendo obtenido redención eterna.
13 Porque si la sangre de machos cabríos y de toros, y la
ceniza de una novilla rociada sobre los que se han
contaminado, santifican para la purificación del cuerpo,
14 ¡cuánto más la sangre de Cristo, quien por el Espíritu
eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará
nuestra conciencia de obras muertas para que rindamos
culto al Dios vivo!

La muerte que hace posible la herencia

15 Por eso él es mediador de un nuevo pacto, para que,
habiendo ocurrido una muerte para la redención de las
transgresiones cometidas bajo el primer pacto, los llamados
reciban la promesa de la herencia eterna.
16 Porque donde hay un testamento es necesario que se
compruebe la muerte del que lo hizo.
17 Pues un testamento tiene validez en caso de muerte, ya
que nunca tiene vigor mientras vive el que lo hizo.
18 Por eso ni siquiera el primer pacto fue inaugurado sin
sangre.
19 Porque, después de anunciar todos los mandamientos
conforme a la ley a todo el pueblo, Moisés tomó la sangre
de los becerros, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció
tanto el libro mismo como a todo el pueblo,
20 diciendo: «Esta es la sangre del pacto que Dios les ha
ordenado».
21 De la misma manera roció con sangre el tabernáculo y
todos los utensilios del culto.
22 Según la ley, casi todo se purifica con sangre, y sin
derramamiento de sangre no hay perdón.

El sacrificio de Cristo quita el pecado

23 Era necesario, por tanto, que las representaciones de
las cosas que están en los cielos fueran purificadas con
estos medios, pero las cosas celestiales mismas, con
sacrificios mejores que estos.
24 Porque Cristo no entró en un santuario hecho por
manos humanas, representación del verdadero, sino en el
cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios a favor de
nosotros.
25 Y no para ofrecerse a sí mismo repetidamente, como el
sumo sacerdote entra cada año en el Lugar Santísimo con
sangre ajena.
26 De otro modo, habría tenido que sufrir muchas veces
desde la fundación del mundo. Pero ahora, en la
consumación de los tiempos, se ha manifestado una sola
vez para quitar el pecado mediante su propio sacrificio.
27 Y así como está establecido para los seres humanos que
mueran una sola vez, y después de esto el juicio,
28 así también Cristo, habiendo sido ofrecido una sola vez
para llevar los pecados de muchos, aparecerá por segunda
vez, sin relación con el pecado, para salvación de los que lo
esperan con anhelo.

10

El límite de los sacrificios repetidos

1 Porque la ley, al tener una sombra de los bienes futuros
y no la imagen misma de las cosas, nunca puede
perfeccionar a los que se acercan mediante los mismos
sacrificios que se ofrecen continuamente año tras año.
2 De otro modo, ¿no habrían dejado de ofrecerse, puesto
que quienes rinden culto, una vez purificados, ya no
tendrían conciencia de pecados?
3 Pero en esos sacrificios hay un recordatorio de pecados
cada año,
4 porque es imposible que la sangre de toros y de machos
cabríos quite los pecados.

Jesús cumple la voluntad del Padre

5 Por eso, al entrar en el mundo, dice:
«No quisiste sacrificio ni ofrenda, pero me preparaste un
cuerpo.
6 No te complaciste en holocaustos ni en sacrificios por el
pecado.

7 Entonces dije: “Aquí estoy —en el rollo del libro está
escrito acerca de mí— para hacer tu voluntad, oh
Dios”».
8 Primero dice: «No quisiste ni te complaciste en
sacrificios, ofrendas, holocaustos ni sacrificios por el
pecado», que se ofrecen conforme a la ley.
9 Luego dice: «Aquí estoy para hacer tu voluntad». Quita
lo primero para establecer lo segundo.
10 Por esa voluntad hemos sido santificados mediante la
ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha de una vez para
siempre.

Una sola ofrenda para siempre

11 Todo sacerdote permanece de pie día tras día
realizando su servicio y ofreciendo repetidamente los
mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados.
12 Pero él, después de ofrecer un solo sacrificio por los
pecados para siempre, se sentó a la derecha de Dios,
13 esperando desde entonces hasta que sus enemigos
sean puestos como estrado de sus pies.
14 Porque con una sola ofrenda ha perfeccionado para
siempre a los que están siendo santificados.
15 También el Espíritu Santo nos da testimonio; porque,
después de decir:
16 «Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos
días —dice el Señor—: pondré mis leyes en sus
corazones y las escribiré en su mente»,
17 añade:
«Y nunca más recordaré sus pecados ni sus
transgresiones».
18 Ahora bien, donde hay perdón de estas cosas, ya no hay
ofrenda por el pecado.

Acceso a Dios y perseverancia en comunidad

19 Así pues, hermanos, ya que tenemos confianza para
entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús,
20 por el camino nuevo y vivo que él inauguró para
nosotros a través del velo, es decir, de su carne,
21 y un gran sacerdote sobre la casa de Dios,
22 acerquémonos con corazón sincero, en plena certeza de
fe, con los corazones purificados de una mala conciencia
por aspersión y con el cuerpo lavado con agua pura.
23 Mantengamos firme, sin vacilar, la confesión de
nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.
24 Y prestémonos atención unos a otros para estimularnos
al amor y a las buenas obras,

25 sin dejar de congregarnos, como algunos tienen por
costumbre, sino animándonos unos a otros, y tanto más
cuanto ven que el día se acerca.

El peligro de rechazar al Hijo de Dios

26 Porque si seguimos pecando deliberadamente después
de haber recibido el pleno conocimiento de la verdad, ya
no queda sacrificio por los pecados,
27 sino una terrible expectativa de juicio y la furia de un
fuego que ha de devorar a los adversarios.
28 El que rechaza la ley de Moisés muere sin compasión
por el testimonio de dos o tres testigos.
29 ¿Cuánto peor castigo piensan que merecerá el que ha
pisoteado al Hijo de Dios, ha considerado profana la sangre
del pacto por la cual fue santificado y ha ultrajado al
Espíritu de gracia?
30 Porque conocemos al que dijo: «Mía es la venganza; yo
daré el pago». Y otra vez: «El Señor juzgará a su pueblo».
31 ¡Es aterrador caer en manos del Dios vivo!

Perseverar con la esperanza de lo prometido

32 Pero recuerden los días pasados, cuando, después de
haber sido iluminados, soportaron una gran lucha de
sufrimientos.
33 Unas veces fueron expuestos públicamente a insultos y
aflicciones, y otras se hicieron compañeros de los que eran
tratados de esa manera.
34 Porque tuvieron compasión de los prisioneros y
aceptaron con alegría el despojo de sus bienes, sabiendo
que ustedes mismos tienen una posesión mejor y duradera.
35 Por tanto, no desechen su confianza, que tiene una
gran recompensa.
36 Porque necesitan perseverancia para que, después de
hacer la voluntad de Dios, reciban lo prometido.
37 Porque «dentro de muy poco tiempo, el que viene
vendrá y no tardará.
38 Pero mi justo vivirá por fe; y si retrocede, mi alma no
se complace en él».
39 Pero nosotros no somos de los que retroceden para
perdición, sino de los que tienen fe para la preservación del
alma.

11

La fe que persevera en las promesas de Dios

1 Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la
convicción de lo que no se ve.
2 Porque por ella los antiguos recibieron buen testimonio.

3 Por la fe entendemos que el universo fue formado por
la palabra de Dios, de modo que lo que se ve no llegó a
existir a partir de cosas visibles.

Abel, Enoc y Noé: responder a Dios

4 Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio mejor que el
de Caín. Por ella recibió testimonio de que era justo,
cuando Dios dio testimonio de sus ofrendas; y por ella,
aunque murió, todavía habla.

5 Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte, y
no se le encontraba porque Dios lo había trasladado. Pues
antes de su traslado había recibido testimonio de haber
agradado a Dios.

6 Pero sin fe es imposible agradarle, pues el que se acerca
a Dios debe creer que él existe y que recompensa a quienes
lo buscan.

7 Por la fe Noé, advertido acerca de cosas que todavía no
se veían, construyó con temor reverente un arca para
salvar a su familia. Por esa fe condenó al mundo y llegó a
ser heredero de la justicia que viene por la fe.

Abraham y Sara: confiar durante la espera

8 Por la fe Abraham, al ser llamado, obedeció y salió
hacia el lugar que iba a recibir como herencia. Salió sin
saber adónde iba.

9 Por la fe habitó como extranjero en la tierra de la
promesa, como si fuera tierra ajena, viviendo en tiendas
con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa.

10 Porque esperaba la ciudad que tiene cimientos, cuyo
arquitecto y constructor es Dios.

11 Por la fe recibió también, junto con Sara misma, poder
para engendrar, aun pasada la edad apropiada, porque
consideró fiel al que había hecho la promesa.

12 Por eso, de un solo hombre, y ese ya como muerto,
nació una descendencia tan numerosa como las estrellas
del cielo e incontable como la arena a la orilla del mar.

Una patria preparada por Dios

13 Todos estos murieron en la fe sin haber recibido las
promesas, pero las vieron y las saludaron desde lejos, y
reconocieron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra.

14 Porque los que dicen estas cosas dejan claro que
buscan una patria.

15 Y si hubieran estado pensando en aquella de donde
salieron, habrían tenido oportunidad de regresar.

16 Pero ahora anhelan una mejor, es decir, una celestial.
Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de
ellos, pues les ha preparado una ciudad.

Confiar en Dios ante la prueba y la muerte

17 Por la fe Abraham, al ser puesto a prueba, ofreció a
Isaac; el que había recibido las promesas ofrecía a su único
hijo,
18 aunque se le había dicho: «En Isaac será llamada tu
descendencia».
19 Consideró que Dios podía incluso resucitarlo de entre
los muertos, de donde también, en sentido figurado, lo
recibió de vuelta.
20 Por la fe Isaac bendijo a Jacob y a Esaú, aun respecto a
cosas futuras.
21 Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos
de José y adoró apoyado en el extremo de su bastón.
22 Por la fe José, al acercarse su muerte, mencionó la
salida de los hijos de Israel y dio instrucciones acerca de
sus huesos.

Moisés: fidelidad frente al poder de Egipto

23 Por la fe Moisés, al nacer, fue escondido por sus padres
durante tres meses, porque vieron que el niño era hermoso
y no temieron el decreto del rey.
24 Por la fe Moisés, cuando llegó a ser adulto, se negó a
ser llamado hijo de la hija del faraón,
25 y prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios antes
que disfrutar por un tiempo de los placeres del pecado.
26 Consideró los insultos por causa de Cristo una riqueza
mayor que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada
puesta en la recompensa.
27 Por la fe dejó Egipto sin temer la ira del rey, pues se
mantuvo firme como si viera al Invisible.
28 Por la fe celebró la Pascua y la aspersión de la sangre,
para que el que destruía a los primogénitos no los tocara a
ellos.

La fe en la liberación y la entrada en la tierra

29 Por la fe atravesaron el mar Rojo como por tierra seca;
pero cuando los egipcios intentaron hacer lo mismo, se
ahogaron.
30 Por la fe cayeron las murallas de Jericó, después de
haber sido rodeadas durante siete días.
31 Por la fe Rahab, la prostituta, no pereció con los
desobedientes, porque había recibido a los espías en paz.

Victorias y sufrimientos por la fe

32 ¿Y qué más diré? Me faltaría tiempo para contar de
Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas,
33 quienes por la fe conquistaron reinos, practicaron la
justicia, alcanzaron promesas, cerraron bocas de leones,

34 apagaron la fuerza del fuego, escaparon del filo de la
espada, sacaron fuerzas de la debilidad, se hicieron
poderosos en la guerra y pusieron en fuga a ejércitos
extranjeros.

Esperanza en la resurrección en medio del sufrimiento

35 Hubo mujeres que recibieron a sus muertos por
resurrección. Pero otros fueron torturados sin aceptar la
liberación, a fin de alcanzar una resurrección mejor.
36 Otros sufrieron burlas y azotes, y además cadenas y
cárcel.
37 Fueron apedreados, aserrados y muertos a espada;
anduvieron de un lugar a otro con pieles de ovejas y de
cabras, padeciendo necesidad, afligidos y maltratados.
38 El mundo no era digno de ellos. Anduvieron errantes
por desiertos, montañas, cuevas y cavernas de la tierra.

La promesa que reúne al pueblo de Dios

39 Y todos, aunque recibieron buen testimonio por la fe,
no recibieron la promesa,
40 porque Dios había previsto algo mejor para nosotros,
para que ellos no llegaran a la perfección aparte de
nosotros.

12

Puestos los ojos en Jesús

1 Por tanto, también nosotros, rodeados de una nube tan
grande de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado
que tan fácilmente nos enreda, y corramos con
perseverancia la carrera que tenemos por delante,
2 puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe,
quien por el gozo que tenía por delante soportó la cruz,
menospreciando la vergüenza, y se ha sentado a la derecha
del trono de Dios.
3 Consideren, pues, a aquel que soportó tal hostilidad de
los pecadores contra sí mismo, para que no se cansen ni
pierdan el ánimo.
4 Todavía no han resistido hasta derramar sangre en su
lucha contra el pecado,

El Padre forma a sus hijos

5 y han olvidado la exhortación que se les dirige como a
hijos:
«Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor ni te
desanimes cuando él te reprenda,

6 porque el Señor disciplina al que ama y azota a todo hijo
que recibe».
7 Soporten la disciplina; Dios los trata como a hijos.
Porque ¿qué hijo hay a quien su padre no discipline?
8 Pero si están sin disciplina, de la cual todos han
participado, entonces son ilegítimos y no hijos.
9 Además, tuvimos padres terrenales que nos
disciplinaban, y los respetábamos. ¿No nos someteremos
mucho más al Padre de los espíritus, y viviremos?
10 Porque ellos nos disciplinaban por pocos días según les
parecía, pero él lo hace para nuestro bien, para que
participemos de su santidad.
11 En el momento, ninguna disciplina parece motivo de
alegría, sino de tristeza; pero después produce un fruto
apacible de justicia en los que han sido ejercitados por ella.

Fortalecerse y cuidar de los demás
12 Por eso, levanten las manos caídas y fortalezcan las
rodillas debilitadas,
13 y hagan caminos rectos para sus pies, para que lo cojo
no se disloque, sino que sea sanado.

La paz, la santidad y la gracia de Dios
14 Busquen la paz con todos y la santidad, sin la cual
nadie verá al Señor.
15 Vigilen que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios,
que no brote ninguna raíz de amargura que cause
problemas y contamine a muchos,
16 y que nadie sea sexualmente inmoral o profano como
Esaú, que vendió su primogenitura por una sola comida.
17 Porque saben que aun después, cuando quiso heredar
la bendición, fue rechazado, pues no halló oportunidad
para el arrepentimiento, aunque la buscó con lágrimas.

Del Sinaí a la Jerusalén celestial
18 Porque no se han acercado a algo que se pueda tocar,
ni a fuego ardiente, oscuridad, tinieblas o tempestad,
19 ni a sonido de trompeta o a una voz que pronunciaba
palabras tales que quienes la oyeron rogaron que no se les
dijera nada más.
20 Porque no soportaban lo que se ordenaba: «Incluso si
un animal toca el monte, será apedreado».
21 Y tan aterrador era lo que se veía que Moisés dijo:
«Estoy lleno de miedo y temblando».
22 En cambio, se han acercado al monte Sión, a la ciudad
del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miles y miles de
ángeles en reunión festiva,

23 a la congregación de los primogénitos inscritos en los
cielos, a Dios, juez de todos, y a los espíritus de los justos
que han sido perfeccionados,
24 a Jesús, mediador de un nuevo pacto, y a la sangre de
la aspersión, que dice cosas mejores que Abel.

Un reino que no puede ser sacudido

25 Tengan cuidado de no rechazar al que habla. Porque si
aquellos no escaparon cuando rechazaron al que los
advertía en la tierra, mucho menos escaparemos nosotros
si nos apartamos del que nos advierte desde los cielos.
26 Su voz hizo temblar entonces la tierra, pero ahora ha
prometido: «Una vez más haré temblar no solo la tierra,
sino también el cielo».
27 La expresión «una vez más» indica la remoción de las
cosas que son sacudidas, por ser cosas creadas, para que
permanezcan las que no pueden ser sacudidas.
28 Por tanto, ya que recibimos un reino inconmovible,
tengamos gratitud, y mediante ella rindamos a Dios un
culto que le agrade, con reverencia y temor,
29 porque nuestro Dios es fuego consumidor.

13

Deberes cristianos

1 Que permanezca el amor fraternal.
2 No se olviden de la hospitalidad, pues por ella algunos
hospedaron ángeles sin saberlo.
3 Acuérdense de los presos como si estuvieran presos con
ellos, y de los maltratados, pues también ustedes están en
un cuerpo.
4 Que el matrimonio sea honrado por todos y el lecho
matrimonial permanezca sin mancha, porque Dios juzgará
a los sexualmente inmorales y a los adúlteros.
5 Que su conducta esté libre del amor al dinero;
conténtense con lo que tienen, porque él mismo ha dicho:
«Nunca te dejaré ni jamás te abandonaré».
6 Así podemos decir con confianza:
«El Señor es mi ayudador;
no temeré.
¿Qué podrá hacerme el hombre?».

Permanecer en Jesucristo y en su gracia

7 Acuérdense de sus guías, que les hablaron la palabra de
Dios. Consideren el resultado de su conducta e imiten su fe.
8 Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos.
9 No se dejen llevar por enseñanzas diversas y extrañas,
porque es bueno que el corazón sea fortalecido por la

gracia, no por alimentos, que no beneficiaron a quienes se ocupaban de ellos.

Jesús, el sacrificio que santifica

10 Tenemos un altar del que no tienen derecho a comer
los que sirven en el tabernáculo.
11 Porque los cuerpos de los animales cuya sangre lleva el
sumo sacerdote al santuario por el pecado se queman fuera
del campamento.
12 Por eso también Jesús, para santificar al pueblo
mediante su propia sangre, sufrió fuera de la puerta.
13 Salgamos, pues, hacia él, fuera del campamento,
llevando su deshonra.
14 Porque aquí no tenemos una ciudad permanente, sino
que buscamos la que está por venir.
15 Por medio de él, ofrezcamos continuamente a Dios un
sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de labios que
confiesan su nombre.
16 Y no se olviden de hacer el bien y de compartir, porque
Dios se complace en tales sacrificios.

El cuidado pastoral y la oración

17 Obedezcan a sus guías y sométanse a ellos, porque
velan por sus almas como quienes han de rendir cuentas.
Que lo hagan con alegría y no entre gemidos, porque esto
no les sería provechoso.
18 Oren por nosotros, pues estamos convencidos de tener
una buena conciencia y deseamos conducirnos
honradamente en todo.
19 Les ruego especialmente que lo hagan, para que yo
pueda volver a ustedes más pronto.

Bendición y salutaciones finales

20 Que el Dios de paz, que por la sangre del pacto eterno
levantó de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas,
nuestro Señor Jesús,
21 los prepare con todo lo bueno para hacer su voluntad,
obrando en nosotros lo que es agradable ante él por medio
de Jesucristo. A él sea la gloria por los siglos. Amén.
22 Les ruego, hermanos, que reciban con paciencia esta
palabra de exhortación, pues les he escrito brevemente.
23 Sepan que nuestro hermano Timoteo ha sido puesto en
libertad. Si viene pronto, iré con él a verlos.
24 Saluden a todos sus guías y a todos los santos. Los de
Italia los saludan.
25 Que la gracia esté con todos ustedes.

Santiago

Saludo a los creyentes de la dispersión

1 Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce
tribus en la dispersión: saludos.

La fe madura en las pruebas

2 Ténganlo por sumo gozo, hermanos míos, cuando se
encuentren en diversas pruebas,
3 sabiendo que la prueba de su fe produce perseverancia.
4 Pero dejen que la perseverancia complete su obra, para
que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada.

Pedir sabiduría con un corazón fiel

5 Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, que se la pida a
Dios, quien da a todos generosamente y sin reprochar, y le
será dada.
6 Pero que la pida con fe, sin dudar en nada, porque
quien duda es como una ola del mar que el viento arrastra
y agita.
7 Que ese hombre no piense, pues, que recibirá algo del
Señor,
8 siendo un hombre de doble ánimo, inconstante en todos
sus caminos.

Pobreza y riqueza ante Dios

9 Que el hermano de condición humilde se gloríe en su
exaltación,
10 y el rico en su humillación, porque pasará como la flor
de la hierba.
11 Porque el sol sale con su calor abrasador y seca la
hierba; su flor cae y la belleza de su apariencia desaparece.
Así también se marchitará el rico en medio de sus
empresas.

La vida prometida al que persevera

12 Bienaventurado el hombre que persevera en la prueba,
porque, una vez aprobado, recibirá la corona de la vida
que él prometió a los que lo aman.

El origen de la tentación y la bondad de Dios

13 Que nadie diga cuando es tentado: «Soy tentado por
Dios». Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él
tienta a nadie.
14 Al contrario, cada uno es tentado cuando su propio
deseo lo arrastra y lo seduce.

15 Luego el deseo, cuando ha concebido, da a luz el
pecado; y el pecado, cuando se consuma, da a luz la muerte.
16 No se engañen, amados hermanos míos.
17 Toda buena dádiva y todo don perfecto vienen de lo
alto y descienden del Padre de las luces, en quien no hay
cambio ni sombra de variación.
18 Por su propia voluntad nos hizo nacer mediante la
palabra de verdad, para que seamos una especie de
primicias de sus criaturas.

Escuchar la palabra y vivirla

19 Sepan esto, amados hermanos míos: que toda persona
sea pronta para escuchar, lenta para hablar y lenta para
enojarse,
20 porque la ira humana no produce la justicia de Dios.
21 Por eso, desechen toda suciedad y la abundancia de
maldad, y reciban con mansedumbre la palabra
implantada, que puede salvar sus almas.
22 Sean hacedores de la palabra y no solamente oyentes,
engañándose a ustedes mismos.
23 Porque si alguno escucha la palabra pero no la pone en
práctica, se parece a un hombre que observa su rostro
natural en un espejo:
24 se observa, se va e inmediatamente olvida cómo era.
25 Pero el que mira atentamente la ley perfecta, la de la
libertad, y permanece en ella, sin ser un oyente olvidadizo
sino uno que pone manos a la obra, será bienaventurado
en lo que hace.

Una devoción que se ve en la vida

26 Si alguno se cree religioso pero no refrena su lengua,
sino que engaña a su propio corazón, su religión es inútil.
27 La religión pura y sin mancha delante de Dios y Padre
es esta: cuidar de los huérfanos y de las viudas en su
aflicción, y guardarse sin mancha del mundo.

2

La fe en Cristo excluye el favoritismo

1 Hermanos míos, no muestren favoritismo al mantener
la fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo.
2 Porque, si entra en su reunión un hombre con anillos de
oro y ropa espléndida, y también entra un pobre con ropa
sucia,
3 y ustedes miran con atención al que lleva la ropa
espléndida y le dicen: «Tú siéntate aquí, en un buen lugar»,

mientras al pobre le dicen: «Tú quédate de pie, o siéntate
allá, debajo de mi estrado»,
4 ¿no han hecho distinciones entre ustedes y se han
convertido en jueces con malos razonamientos?
5 Escuchen, hermanos míos amados: ¿no escogió Dios a
los pobres a los ojos del mundo para ser ricos en fe y
herederos del reino que prometió a los que lo aman?
6 Pero ustedes han deshonrado al pobre. ¿No son los ricos
quienes los oprimen y los arrastran a los tribunales?
7 ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado
sobre ustedes?

El amor al prójimo frente al favoritismo

8 Si de verdad cumplen la ley real conforme a la
Escritura: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», hacen
bien.
9 Pero, si hacen acepción de personas, cometen pecado y
la Ley los declara culpables como transgresores.
10 Porque el que guarda toda la Ley, pero tropieza en un
solo punto, se hace culpable de todos.
11 Pues el que dijo: «No cometerás adulterio», también
dijo: «No asesinarás». Si no cometes adulterio, pero
asesinas, te has convertido en transgresor de la Ley.

La misericordia y el juicio

12 Hablen y actúen como quienes van a ser juzgados por
la ley de la libertad.
13 Porque el juicio será sin misericordia para el que no
haya mostrado misericordia. La misericordia triunfa sobre
el juicio.

La fe viva se reconoce en sus obras

14 ¿De qué sirve, hermanos míos, que alguno diga que
tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso puede esa fe salvarlo?
15 Si un hermano o una hermana carecen de ropa y les
falta el alimento diario,
16 y alguno de ustedes les dice: «Vayan en paz, abríguense
y sáciense», pero no les dan lo necesario para el cuerpo, ¿de
qué sirve?
17 Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí
misma.
18 Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras».
Muéstrame tu fe sin las obras, y yo te mostraré la fe por mis
obras.
19 ¿Tú crees que Dios es uno? Haces bien. También los
demonios creen y tiemblan.
20 Pero ¿quieres saber, hombre insensato, que la fe sin
obras es inútil?

Abraham y Rahab: una confianza que actúa

21 ¿No fue justificado por las obras Abraham, nuestro
padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?
22 Ves que la fe actuaba junto con sus obras, y que por las
obras la fe llegó a su plenitud.
23 Y se cumplió la Escritura que dice: «Abraham creyó a
Dios, y le fue contado por justicia», y fue llamado amigo de
Dios.
24 Ven que una persona es justificada por las obras, y no
solamente por la fe.
25 De igual manera, ¿no fue también justificada por las
obras Rahab, la prostituta, al recibir a los mensajeros y
enviarlos por otro camino?
26 Porque, así como el cuerpo sin espíritu está muerto,
también la fe sin obras está muerta.

3

La responsabilidad de enseñar y hablar

1 Hermanos míos, que no se hagan maestros muchos de
ustedes, sabiendo que recibiremos un juicio más severo.
2 Porque todos tropezamos de muchas maneras. Si
alguno no tropieza al hablar, es un hombre perfecto, capaz
de refrenar también todo su cuerpo.
3 Si ponemos frenos en la boca de los caballos para que
nos obedezcan, dirigimos también todo su cuerpo.
4 Miren también los barcos: aunque son tan grandes e
impulsados por fuertes vientos, un timón muy pequeño los
dirige adonde quiere quien los gobierna.

El daño que puede causar la lengua

5 Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se
jacta de grandes cosas. ¡Miren qué gran bosque enciende un
fuego tan pequeño!
6 La lengua es un fuego, un mundo de injusticia. La
lengua ocupa un lugar entre nuestros miembros,
contamina todo el cuerpo, enciende el curso de la vida y es
encendida por el infierno.
7 Porque toda clase de fieras, aves, reptiles y animales
marinos se doma y ha sido domada por el ser humano.
8 Pero ningún ser humano puede domar la lengua. Es un
mal turbulento, lleno de veneno mortal.

Adorar a Dios exige honrar al prójimo

9 Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella
maldecimos a los seres humanos, que han sido hechos a
semejanza de Dios.

10 De la misma boca salen bendición y maldición.
Hermanos míos, esto no debe ser así.
11 ¿Acaso una fuente hace brotar agua dulce y amarga
por la misma abertura?
12 Hermanos míos, ¿acaso una higuera puede producir
aceitunas, o una vid higos? Tampoco el agua salada puede
producir agua dulce.

La sabiduría se reconoce por sus frutos

13 ¿Quién es sabio y entendido entre ustedes? Que
muestre por su buena conducta sus obras con la
mansedumbre que da la sabiduría.
14 Pero si tienen celos amargos y ambición egoísta en su
corazón, no se jacten ni mientan contra la verdad.
15 Esta no es la sabiduría que desciende de lo alto, sino
que es terrenal, natural y demoníaca.
16 Porque donde hay celos y ambición egoísta, allí hay
desorden y toda práctica perversa.
17 Pero la sabiduría de lo alto es ante todo pura; después
pacífica, considerada, dócil, llena de misericordia y de
buenos frutos, imparcial y sin hipocresía.
18 Y el fruto de la justicia se siembra en paz para quienes
hacen la paz.

4

Los deseos que alimentan el conflicto

1 ¿De dónde vienen las guerras y de dónde las peleas
entre ustedes? ¿No vienen de sus placeres, que combaten
en sus miembros?
2 Desean y no tienen; matan y envidian, pero no pueden
obtener. Pelean y hacen guerra. No tienen porque no piden.
3 Piden y no reciben, porque piden mal, para gastar en
sus placeres.

Volver a Dios con una fidelidad íntegra

4 ¡Adúlteras! ¿No saben que la amistad con el mundo es
enemistad contra Dios? Por tanto, el que quiera ser amigo
del mundo se convierte en enemigo de Dios.
5 ¿O piensan que la Escritura dice en vano: «Él anhela
celosamente el espíritu que hizo habitar en nosotros»?
6 Pero él da mayor gracia. Por eso dice: «Dios resiste a los
soberbios, pero da gracia a los humildes».

El retorno humilde al Señor

7 Sométanse, pues, a Dios. Resistan al diablo, y huirá de
ustedes.

8 Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes. Limpien
sus manos, pecadores, y purifiquen sus corazones, ustedes
de doble ánimo.
9 Aflíjanse, laméntense y lloren. Que su risa se convierta
en lamento y su alegría en tristeza.
10 Humíllense ante el Señor, y él los exaltará.

El prójimo ante la ley de Dios

11 No hablen mal unos de otros, hermanos. El que habla
mal de un hermano o juzga a su hermano habla mal de la
ley y juzga la ley. Y si tú juzgas la ley, no eres quien la
cumple, sino su juez.
12 Uno solo es legislador y juez, el que puede salvar y
destruir. Pero tú, ¿quién eres para juzgar a tu prójimo?

Planes y decisiones bajo el Señor

13 Escuchen ahora, ustedes que dicen: «Hoy o mañana
iremos a tal ciudad, pasaremos allí un año, haremos
negocios y tendremos ganancias».
14 Ustedes no saben cómo será su vida mañana. Porque
son un vapor que aparece por poco tiempo y luego
desaparece.
15 En lugar de eso, deberían decir: «Si el Señor quiere,
viviremos y haremos esto o aquello».
16 Pero ahora se jactan de sus presunciones. Toda
jactancia de esa clase es mala.
17 Por tanto, al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es
pecado.

5

El juicio sobre la riqueza opresora

1 Ahora escuchen, ricos: lloren y griten de angustia por
las miserias que les van a sobrevenir.
2 Sus riquezas están podridas y sus ropas han sido
comidas por la polilla.
3 Su oro y su plata se han corroído, y su corrosión será
testimonio contra ustedes y consumirá su carne como
fuego. Han acumulado tesoros en los últimos días.
4 Miren, clama el salario de los trabajadores que
cosecharon sus campos, el que ustedes les han retenido; y
los gritos de los cosechadores han llegado a los oídos del
Señor de los ejércitos.
5 Han vivido en lujos y placeres sobre la tierra; han
engordado sus corazones en un día de matanza.
6 Han condenado y asesinado al justo. ¿No se opone a
ustedes?

La paciencia que espera al Señor

7 Por tanto, hermanos, tengan paciencia hasta la venida
del Señor. Miren cómo el agricultor espera el precioso fruto
de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba las
lluvias tempranas y tardías.
8 También ustedes tengan paciencia y fortalezcan sus
corazones, porque la venida del Señor se ha acercado.
9 Hermanos, no se quejen unos contra otros, para que no
sean juzgados. Miren, el Juez está a las puertas.
10 Tomen, hermanos, como ejemplo de sufrimiento y
paciencia a los profetas que hablaron en el nombre del
Señor.
11 Miren, consideramos dichosos a los que perseveraron.
Han oído de la perseverancia de Job y han visto el resultado
que dio el Señor, porque el Señor es muy compasivo y
misericordioso.

La integridad del sí y del no

12 Pero, sobre todo, hermanos míos, no juren ni por el
cielo ni por la tierra ni con ningún otro juramento. Que su
«Sí» sea sí y su «No» sea no, para que no caigan bajo juicio.

Orar y acompañarse en toda circunstancia

13 ¿Sufre alguno entre ustedes? Que ore. ¿Está alguno
alegre? Que cante alabanzas.
14 ¿Está enfermo alguno entre ustedes? Que llame a los
ancianos de la iglesia, y que ellos oren por él, ungiéndolo
con aceite en el nombre del Señor.
15 Y la oración hecha con fe salvará al enfermo, y el Señor
lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados.
16 Por tanto, confiésense los pecados unos a otros y oren
unos por otros, para que sean sanados. La oración eficaz
del justo puede mucho.
17 Elías era un ser humano con debilidades como las
nuestras, y oró fervientemente para que no lloviera; y no
llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses.
18 Volvió a orar, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su
fruto.

Ayudar al hermano a volver a la verdad

19 Hermanos míos, si alguno entre ustedes se extravía de
la verdad y alguien lo hace volver,
20 sepa que el que hace volver a un pecador del error de
su camino salvará su alma de la muerte y cubrirá una
multitud de pecados.

1 Pedro

Saludo a las comunidades de la dispersión

1 Pedro, apóstol de Jesucristo, a los elegidos que viven
como extranjeros de la dispersión en Ponto, Galacia,
Capadocia, Asia y Bitinia,
2 según el conocimiento previo de Dios Padre, en la
santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con
la sangre de Jesucristo: que la gracia y la paz les sean
multiplicadas.

Una esperanza fundada en la resurrección

3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
quien, según su gran misericordia, nos hizo nacer de nuevo
para una esperanza viva mediante la resurrección de
Jesucristo de entre los muertos,
4 para una herencia incorruptible, sin mancha y que no
se marchita, reservada en los cielos para ustedes,
5 que son guardados por el poder de Dios mediante la fe,
para una salvación preparada para ser revelada en el
tiempo final.
6 En esto se alegran, aunque ahora, por un breve tiempo,
si es necesario, hayan sido entristecidos por diversas
pruebas,
7 para que la autenticidad probada de su fe, más preciosa
que el oro que perece aunque es probado por fuego, resulte
en alabanza, gloria y honor cuando Jesucristo sea revelado.
8 Ustedes lo aman sin haberlo visto; y aunque ahora no lo
ven, creen en él y se regocijan con gozo indescriptible y
glorioso,
9 recibiendo la meta de su fe: la salvación de sus almas.

La gracia anunciada por los profetas

10 Acerca de esta salvación investigaron y examinaron
con cuidado los profetas que profetizaron sobre la gracia
destinada a ustedes.
11 Investigaban qué tiempo o qué circunstancias señalaba
el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando daba
testimonio de antemano de los sufrimientos destinados a
Cristo y de las glorias que seguirían.
12 Se les reveló que servían estas cosas para ustedes, y no
para sí mismos. Ahora les han sido anunciadas por quienes
les predicaron el evangelio por el Espíritu Santo enviado del
cielo, cosas que los ángeles anhelan contemplar.

Llamamiento a una vida santa
13 Por eso, preparen su mente, manténganse sobrios y
pongan por completo su esperanza en la gracia que les será
traída cuando Jesucristo sea revelado.
14 Como hijos obedientes, no se amolden a los deseos que
antes tenían en su ignorancia.
15 Más bien, así como es santo el que los llamó, sean
también ustedes santos en toda su manera de vivir,
16 porque está escrito: «Serán santos, porque yo soy
santo».

El rescate que orienta la conducta
17 Y si invocan como Padre al que juzga sin favoritismo
según la obra de cada uno, vivan con temor durante el
tiempo de su residencia como extranjeros,
18 sabiendo que fueron rescatados de la manera vacía de
vivir heredada de sus padres, no con cosas perecederas,
como plata u oro,
19 sino con la sangre preciosa de Cristo, como la de un
cordero sin defecto y sin mancha.
20 Él fue conocido de antemano, desde antes de la
fundación del mundo, pero fue manifestado en estos
últimos tiempos por causa de ustedes,
21 que por medio de él creen en Dios, quien lo resucitó de
entre los muertos y le dio gloria, de modo que la fe y la
esperanza de ustedes estén en Dios.

El amor que nace de la palabra de Dios
22 Habiendo purificado sus almas por la obediencia a la
verdad para un amor fraternal sin hipocresía, ámense unos
a otros intensamente, de corazón.
23 Han nacido de nuevo, no de una semilla perecedera,
sino de una incorruptible, por medio de la palabra de Dios,
que vive y permanece.
24 Porque
«Toda carne es como hierba, y toda su gloria como flor de
hierba.
La hierba se secó y la flor cayó,
25 pero la palabra del Señor permanece para siempre».
Esta es la palabra que les fue anunciada como buena
noticia.

2

1 Por tanto, desechen toda malicia, todo engaño, las
hipocresías, las envidias y toda calumnia.
2 Como niños recién nacidos, anhelen la leche espiritual
pura, para que por ella crezcan para salvación,

3 si es que han probado que el Señor es bueno.

Cristo y el pueblo que Dios edifica

4 Acercándose a él, piedra viva, rechazada por los seres
humanos, pero escogida y preciosa delante de Dios,
5 también ustedes, como piedras vivas, son edificados
como casa espiritual para ser un sacerdocio santo, a fin de
ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio
de Jesucristo.
6 Porque dice en la Escritura:
«Miren, pongo en Sion una piedra angular, escogida y
preciosa, y el que cree en él jamás será
avergonzado».
7 Por tanto, para ustedes que creen hay honor; pero, para
los que no creen:
«La piedra que rechazaron los constructores se ha
convertido en la piedra angular»,
8 y:
«Piedra de tropiezo y roca que hace caer».
Tropiezan al desobedecer la palabra, para lo cual
también fueron destinados.

La identidad y la misión del pueblo de Dios

9 Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación
santa, pueblo adquirido por Dios, para que proclamen las
virtudes del que los llamó de las tinieblas a su luz
admirable.
10 Ustedes, que antes no eran pueblo, ahora son pueblo
de Dios; antes no habían recibido misericordia, pero ahora
han recibido misericordia.

La fidelidad de quienes viven como extranjeros

11 Amados, les ruego, como a extranjeros y residentes
temporales, que se abstengan de los deseos carnales que
combaten contra el alma.
12 Mantengan una buena conducta entre los gentiles, para
que, aunque los difamen como a malhechores, al observar
sus buenas obras glorifiquen a Dios en el día de su visita.

La conducta del creyente ante la autoridad

13 Por causa del Señor, sométanse a toda institución
humana, ya sea al rey como autoridad superior,
14 o a los gobernadores, como enviados por él para
castigar a los malhechores y alabar a los que hacen el bien.
15 Porque esta es la voluntad de Dios: que, haciendo el
bien, hagan callar la ignorancia de las personas insensatas.
16 Vivan como libres, pero como esclavos de Dios, sin
usar la libertad como encubrimiento de la maldad.

17 Honren a todos, amen a la hermandad, teman a Dios y
honren al rey.

La fidelidad ante el trato injusto

18 Esclavos domésticos, sométanse con todo respeto a sus
amos, tanto a los buenos y amables como a los torcidos.
19 Porque esto merece aprobación: que alguno, por
conciencia de Dios, soporte penas sufriendo injustamente.
20 Pues ¿qué mérito hay en que soporten los golpes cuando
pecan? Pero, si soportan el sufrimiento por hacer el bien,
esto merece aprobación delante de Dios.

El Salvador y su camino de obediencia

21 Porque para esto fueron llamados, ya que también
Cristo sufrió por ustedes, dejándoles un ejemplo para que
sigan sus pisadas.
22 Él no cometió pecado ni se encontró engaño en su boca.
23 Cuando lo insultaban, no devolvía los insultos; cuando
sufría, no amenazaba, sino que se encomendaba al que
juzga justamente.
24 Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el
madero, para que, muertos a los pecados, vivamos para la
justicia. Por su herida fueron sanados.
25 Porque andaban extraviados como ovejas, pero ahora
han vuelto al Pastor y Guardián de sus almas.

3

Deberes conyugales

1 De igual manera, esposas, sométanse a sus propios
esposos, para que, aun si algunos desobedecen la palabra,
sean ganados sin palabras por la conducta de sus esposas,
2 al observar la conducta pura y respetuosa de ustedes.
3 Que su adorno no sea el exterior de trenzados del
cabello, de llevar oro o de ponerse vestidos,
4 sino la persona interior del corazón, con la belleza
incorruptible de un espíritu manso y sereno, que es muy
precioso delante de Dios.
5 Porque así se adornaban también antiguamente las
mujeres santas que esperaban en Dios, sometiéndose a sus
propios esposos,
6 como Sara, que obedeció a Abraham, llamándolo señor.
Ustedes han llegado a ser hijas suyas si hacen el bien y no
se dejan atemorizar por ninguna amenaza.

Honrar a la esposa como coheredera de la gracia

7 De igual manera, esposos, convivan con ellas con
entendimiento, dando honor a la mujer como a un vaso
más frágil y como a coherederas de la gracia de la vida,
para que sus oraciones no sean estorbadas.

Amor fraternal, bendición y búsqueda de la paz

8 Finalmente, tengan todos un mismo sentir; sean
compasivos, llenos de amor fraternal, misericordiosos y
humildes.
9 No devuelvan mal por mal ni insulto por insulto; al
contrario, bendigan, porque para esto fueron llamados:
para heredar bendición.
10 Porque
«El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su
lengua del mal y sus labios de hablar engaño;
11 apártese del mal y haga el bien;
busque la paz y sígala.
12 Porque los ojos del Señor están sobre los justos y sus
oídos atentos a su súplica, pero el rostro del Señor
está contra los que hacen el mal».

Fidelidad y esperanza frente al sufrimiento

13 ¿Y quién les hará daño si se vuelven celosos del bien?
14 Pero, aun si sufren por causa de la justicia, son
dichosos. No teman lo que ellos temen ni se alarmen.
15 Más bien, santifiquen en sus corazones a Cristo como
Señor, estando siempre preparados para presentar defensa
ante todo el que les pida razón de la esperanza que hay en
ustedes,
16 pero con mansedumbre y respeto, manteniendo una
buena conciencia, para que, en aquello en que los difaman,
queden avergonzados los que maltratan su buena conducta
en Cristo.
17 Porque es mejor sufrir por hacer el bien, si así lo
quiere la voluntad de Dios, que por hacer el mal.

Cristo, el justo que nos lleva a Dios y reina

18 Porque también Cristo sufrió una sola vez por los
pecados, el justo por los injustos, para llevarlos a Dios; fue
muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu,
19 en el cual también fue y proclamó a los espíritus
encarcelados,
20 que antes desobedecieron, cuando la paciencia de Dios
esperaba en los días de Noé mientras se construía el arca.
En ella unos pocos, es decir, ocho personas, fueron salvados
a través del agua.

21 El bautismo que corresponde a esto ahora los salva
también a ustedes, no como eliminación de la suciedad del
cuerpo, sino como petición a Dios de una buena conciencia,
por medio de la resurrección de Jesucristo,
22 quien está a la derecha de Dios, después de haber ido
al cielo, y a quien se han sometido ángeles, autoridades y
poderes.

4

Vivir el tiempo restante conforme a la voluntad de Dios

1 Por tanto, puesto que Cristo sufrió en la carne, ármense
también ustedes con el mismo pensamiento, porque el que
ha sufrido en la carne ha terminado con el pecado,
2 para vivir el tiempo que le queda en la carne conforme
a la voluntad de Dios, y ya no según los deseos humanos.
3 Porque basta el tiempo pasado para haber hecho lo que
quieren los gentiles, viviendo en desenfrenos, deseos,
borracheras, fiestas desordenadas, reuniones para beber e
idolatrías ilícitas.
4 A ellos les extraña que ustedes no corran con ellos hacia
el mismo desbordamiento de libertinaje, y los difaman.
5 Pero darán cuenta al que está preparado para juzgar a
vivos y muertos.
6 Porque para esto también se anunció el evangelio a los
muertos: para que fueran juzgados en la carne según los
seres humanos, pero vivieran en espíritu según Dios.

Oración, amor y servicio ante la consumación

7 El fin de todas las cosas se ha acercado. Por tanto, sean
prudentes y sobrios para las oraciones.
8 Sobre todo, mantengan un amor ferviente unos por
otros, porque el amor cubre una multitud de pecados.
9 Sean hospitalarios unos con otros, sin murmurar.

Buenos administradores de la gracia de Dios

10 Cada uno ponga al servicio de los demás el don que
recibió, como buenos administradores de la multiforme
gracia de Dios.
11 Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios;
si alguno sirve, sirva con la fuerza que Dios proporciona,
para que en todo sea glorificado Dios por medio de
Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el poder por los
siglos de los siglos. Amén.

Padeciendo como cristianos

12 Amados, no se extrañen del fuego que arde entre
ustedes para ponerlos a prueba, como si les sucediera algo
extraño.
13 Más bien, alégrense en la medida en que participan de
los sufrimientos de Cristo, para que también se alegren con
gran gozo cuando su gloria sea revelada.
14 Si son insultados por el nombre de Cristo, son dichosos,
porque el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre ustedes.
15 Que ninguno de ustedes sufra como asesino, ladrón,
malhechor o entrometido en asuntos ajenos.
16 Pero, si sufre como cristiano, que no se avergüence,
sino que glorifique a Dios por este nombre.

Juicio y confianza en el Creador fiel

17 Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa
de Dios. Y si comienza primero por nosotros, ¿cuál será el
fin de los que desobedecen el evangelio de Dios?
18 Y «Si el justo se salva con dificultad, ¿dónde aparecerán
el impío y el pecador?».
19 Por tanto, también los que sufren según la voluntad de
Dios encomienden sus almas al Creador fiel, haciendo el
bien.

5

El cuidado del rebaño bajo el Pastor supremo

1 Por tanto, exhorto a los ancianos que están entre
ustedes, yo que soy anciano como ellos, testigo de los
sufrimientos de Cristo y participante de la gloria que ha de
revelarse:
2 pastoreen el rebaño de Dios que está entre ustedes,
velando por él, no por obligación, sino voluntariamente,
como Dios quiere; no por ganancias vergonzosas, sino con
buena disposición,
3 sin imponerse como dueños sobre los que les han sido
confiados, sino siendo ejemplos del rebaño.
4 Y cuando se manifieste el Pastor supremo, recibirán la
corona de gloria que no se marchita.

Humildad y confianza bajo el cuidado de Dios

5 Asimismo, jóvenes, sométanse a los ancianos. Y todos
revístanse de humildad unos para con otros, porque «Dios
resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes».
6 Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para
que él los exalte a su debido tiempo,
7 echando sobre él toda su ansiedad, porque él cuida de
ustedes.

Firmes en la fe ante el adversario

8 Sean sobrios y velen. Su adversario, el diablo, ronda
como un león rugiente, buscando a alguien a quien devorar.
9 Resístanlo firmes en la fe, sabiendo que los mismos
sufrimientos se van cumpliendo en sus hermanos que están
en el mundo.
10 Y el Dios de toda gracia, que los llamó a su gloria
eterna en Cristo, después de que hayan sufrido un poco, los
restaurará, afirmará, fortalecerá y establecerá él mismo.
11 A él sea el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

Salutaciones finales

12 Por medio de Silvano, a quien considero un hermano
fiel, les he escrito brevemente, exhortándolos y testificando
que esta es la verdadera gracia de Dios. Manténganse
firmes en ella.
13 La que está en Babilonia, elegida junto con ustedes, los
saluda, y también Marcos, mi hijo.
14 Salúdense unos a otros con un beso de amor. Paz a
todos ustedes que están en Cristo.

2 Pedro

Saludo a los que comparten la fe en Cristo

1 Simeón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a quienes
han recibido una fe tan valiosa como la nuestra por la
justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo:
2 Que la gracia y la paz les sean multiplicadas en el pleno
conocimiento de Dios y de Jesús, nuestro Señor.

Partícipes de la naturaleza divina

3 Su poder divino nos ha concedido todo lo necesario
para la vida y la piedad, mediante el pleno conocimiento
del que nos llamó por su propia gloria y excelencia.
4 Por medio de ellas nos ha concedido preciosas y
grandísimas promesas, para que por ellas lleguen a
participar de la naturaleza divina, habiendo escapado de la
corrupción que hay en el mundo por causa de los deseos.

Una fe que crece y da fruto

5 Por esto mismo, pongan todo empeño en añadir a su fe
virtud; a la virtud, conocimiento;
6 al conocimiento, dominio propio; al dominio propio,
perseverancia; a la perseverancia, piedad;
7 a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.
8 Porque si estas cosas están en ustedes y abundan, no los
dejan ociosos ni sin fruto en el pleno conocimiento de
nuestro Señor Jesucristo.
9 Porque el que carece de estas cosas es ciego, corto de
vista, y ha olvidado la purificación de sus antiguos pecados.
10 Por tanto, hermanos, esfuércense aún más por hacer
firme su llamamiento y elección, porque al hacer estas
cosas jamás tropezarán.
11 Pues así les será concedida generosamente la entrada
en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Recordar la verdad antes de la partida de Pedro

12 Por eso estaré siempre dispuesto a recordarles estas
cosas, aunque ya las sepan y estén firmemente establecidos
en la verdad presente.
13 Considero justo, mientras esté en esta tienda,
despertarlos mediante el recordatorio,
14 sabiendo que pronto tendré que dejar mi tienda, como
me lo ha mostrado nuestro Señor Jesucristo.

15 También me esforzaré para que, después de mi
partida, puedan recordar estas cosas en todo momento.

Testigos presenciales de la gloria de Cristo

16 Porque no les dimos a conocer el poder y la venida de
nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas hábilmente
inventadas, sino como testigos oculares de su majestad.
17 Pues recibió honor y gloria de Dios Padre cuando
desde la majestuosa gloria le llegó esta voz: «Este es mi
Hijo, mi amado, en quien me he complacido».
18 Y nosotros oímos esta voz que venía del cielo cuando
estábamos con él en el monte santo.

La palabra profética: luz y testimonio de Dios

19 Y tenemos la palabra profética más segura; hacen bien
en prestarle atención como a una lámpara que brilla en un
lugar oscuro, hasta que despunte el día y el lucero de la
mañana salga en sus corazones.
20 Sepan ante todo que ninguna profecía de la Escritura
surge de interpretación propia,
21 porque ninguna profecía vino jamás por voluntad
humana, sino que hombres hablaron de parte de Dios
impulsados por el Espíritu Santo.

2

Falsos profetas y falsos maestros
Texto relacionado: Judas 1:3–13.

1 Pero también hubo falsos profetas entre el pueblo, como
habrá falsos maestros entre ustedes. Introducirán
encubiertamente herejías destructivas y negarán incluso al
Amo que los compró, atrayendo sobre sí una destrucción
repentina.
2 Muchos seguirán sus desenfrenos, y por causa de ellos
será difamado el camino de la verdad.
3 Por avaricia los explotarán con palabras inventadas. Su
condena, desde hace mucho tiempo, no está inactiva, y su
destrucción no duerme.

El juicio de Dios y el rescate de los justos

4 Porque, si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron,
sino que los arrojó al Tártaro y los entregó a cadenas de
tinieblas, reservados para el juicio;
5 si no perdonó al mundo antiguo, pero protegió a Noé,
heraldo de justicia, con otras siete personas, cuando trajo el
diluvio sobre el mundo de los impíos;

6 si redujo a cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra,
condenándolas a la destrucción y poniéndolas como ejemplo
de lo que ha de suceder a los impíos;
7 y si rescató al justo Lot, agobiado por la conducta
desenfrenada de los malvados
8 —porque aquel justo, al vivir entre ellos, atormentaba
día tras día su alma justa por las obras sin ley que veía y
oía—,
9 el Señor sabe rescatar de la prueba a los piadosos y
mantener bajo castigo a los injustos hasta el día del juicio,

Arrogancia y corrupción de los falsos maestros

10 especialmente a los que siguen la carne en deseos
contaminantes y desprecian la autoridad. Atrevidos y
arrogantes, no tiemblan al blasfemar de los seres gloriosos,
11 mientras que los ángeles, aunque son mayores en
fuerza y poder, no presentan contra ellos un juicio
blasfemo.
12 Pero estos, como animales irracionales, nacidos para
ser capturados y destruidos, guiados por el instinto,
blasfeman de lo que no conocen y serán destruidos en su
propia corrupción,
13 sufriendo daño como pago de su injusticia. Consideran
un placer el lujo a plena luz del día; son manchas y
defectos, deleitándose en sus engaños mientras comen con
ustedes.
14 Tienen los ojos llenos de adulterio y no cesan de pecar;
seducen a las almas inestables y tienen el corazón
entrenado en la avaricia. Son hijos de maldición.

El camino de Balaam: ganancia y desobediencia

15 Dejaron el camino recto y se extraviaron, siguiendo el
camino de Balaam, hijo de Bosor, quien amó el pago de la
injusticia,
16 pero recibió reprensión por su propia transgresión:
una bestia de carga sin habla, que habló con voz humana,
refrenó la locura del profeta.

Promesas vacías y esclavitud a la corrupción

17 Estos son manantiales sin agua y neblinas arrastradas
por la tormenta, para quienes está reservada la oscuridad
de las tinieblas.
18 Porque, pronunciando palabras arrogantes y vacías,
seducen con deseos de la carne y desenfrenos a los que
apenas están escapando de los que viven en el error.

19 Les prometen libertad, cuando ellos mismos son
esclavos de la corrupción; porque uno queda esclavizado
por aquello que lo vence.

El peligro de volver al camino abandonado

20 Porque, si después de escapar de las contaminaciones
del mundo mediante el conocimiento del Señor y Salvador
Jesucristo, vuelven a enredarse en ellas y son vencidos, su
estado final resulta peor que el primero.
21 Pues les habría sido mejor no haber conocido el
camino de la justicia que, después de conocerlo, volverse
atrás del santo mandamiento que les fue entregado.
22 Les ha sucedido lo que dice el proverbio verdadero: «El
perro vuelve a su propio vómito», y: «La cerda lavada
vuelve a revolcarse en el lodo».

3

El día del Señor vendrá

1 Amados, esta es ya la segunda carta que les escribo. En
ambas despierto mediante el recuerdo su entendimiento
sincero,
2 para que recuerden las palabras dichas de antemano
por los santos profetas y el mandamiento del Señor y
Salvador transmitido por los apóstoles de ustedes.
3 Sepan ante todo que en los últimos días vendrán
burladores con sus burlas, siguiendo sus propios deseos
4 y diciendo: «¿Dónde está la promesa de su venida?
Porque, desde que los padres durmieron, todo permanece
igual que desde el principio de la creación».
5 Pues deliberadamente ignoran esto: que desde hace
mucho existían los cielos y una tierra formada del agua y
por medio del agua, por la palabra de Dios.
6 Por esos medios, el mundo de entonces pereció
inundado de agua.
7 Pero los cielos y la tierra de ahora están reservados por
la misma palabra para el fuego, guardados hasta el día del
juicio y de la destrucción de los seres humanos impíos.

Paciencia divina y certeza del juicio

8 Pero no olviden esto, amados: para el Señor un día es
como mil años, y mil años como un día.
9 El Señor no tarda en cumplir la promesa, según algunos
entienden la tardanza, sino que tiene paciencia con
ustedes, porque no quiere que ninguno perezca, sino que
todos lleguen al arrepentimiento.

10 Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. En ese
día los cielos pasarán con estruendo, los elementos serán
deshechos por el fuego, y la tierra y las obras que hay en
ella quedarán al descubierto.

La conducta de quienes esperan la nueva creación

11 Puesto que todas estas cosas van a ser deshechas de
esta manera, ¿qué clase de personas deben ser ustedes en
santa conducta y piedad,
12 esperando y apresurando la venida del día de Dios?
Por causa de ese día los cielos serán deshechos en fuego, y
los elementos se derretirán abrasados.
13 Pero nosotros esperamos, según su promesa, cielos
nuevos y tierra nueva, en los cuales habita la justicia.

Vivir en la gracia y cuidar la verdad recibida

14 Por tanto, amados, mientras esperan estas cosas,
esfuércense para ser hallados por él sin mancha e
irreprochables, en paz.
15 Y consideren la paciencia de nuestro Señor como
salvación, tal como también nuestro amado hermano Pablo
les escribió según la sabiduría que le fue dada,
16 como lo hace en todas sus cartas al hablar en ellas de
estas cosas. En ellas hay algunas cosas difíciles de entender,
que los ignorantes e inestables tuercen, como también las
demás Escrituras, para su propia destrucción.
17 Ustedes, pues, amados, sabiéndolo de antemano,
cuídense de no ser arrastrados por el error de los malvados
y caer de su propia firmeza.
18 Más bien, crezcan en la gracia y el conocimiento de
nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea la gloria ahora
y hasta el día de la eternidad. Amén.

1 Juan

La palabra de vida

1 Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo
que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y
tocaron nuestras manos, acerca de la Palabra de vida —
2 pues la vida se manifestó, y la hemos visto, damos
testimonio y les anunciamos la vida eterna, que estaba con
el Padre y se nos manifestó—,
3 eso que hemos visto y oído se lo anunciamos también a
ustedes, para que también ustedes tengan comunión con
nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo
Jesucristo.
4 Escribimos estas cosas para que nuestra alegría sea
completa.

La vida en la luz y la confesión del pecado

5 Este es el mensaje que hemos oído de él y que les
anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.
6 Si decimos que tenemos comunión con él, pero
caminamos en tinieblas, mentimos y no ponemos en
práctica la verdad.
7 Pero, si caminamos en la luz, como él está en la luz,
tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, su
Hijo, nos limpia de todo pecado.
8 Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a
nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.
9 Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para
perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda injusticia.
10 Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos
mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

2

Cristo, nuestro abogado

1 Hijitos míos, les escribo estas cosas para que no pequen.
Pero, si alguno peca, tenemos ante el Padre un abogado:
Jesucristo, el justo.
2 Él mismo es el sacrificio de propiciación por nuestros
pecados, y no solo por los nuestros, sino también por los de
todo el mundo.
3 En esto sabemos que lo hemos conocido: en que
guardamos sus mandamientos.

4 El que dice: «Lo he conocido», pero no guarda sus
mandamientos, es mentiroso y la verdad no está en él.
5 Pero en quien guarda su palabra, el amor de Dios ha
alcanzado verdaderamente su plenitud. En esto sabemos
que estamos en él:
6 el que dice que permanece en él debe caminar como él
caminó.

El nuevo mandamiento

7 Amados, no les escribo un mandamiento nuevo, sino un
mandamiento antiguo que han tenido desde el principio.
Ese mandamiento antiguo es la palabra que oyeron.
8 Sin embargo, les escribo un mandamiento nuevo, cuya
verdad se cumple en él y en ustedes, porque las tinieblas
van pasando y la luz verdadera ya brilla.
9 El que dice que está en la luz y odia a su hermano
todavía está en tinieblas.
10 El que ama a su hermano permanece en la luz y no hay
en él motivo de tropiezo.
11 Pero el que odia a su hermano está en tinieblas y
camina en tinieblas; no sabe adónde va, porque las
tinieblas le han cegado los ojos.

El perdón y la fortaleza recibidos en Cristo

12 Les escribo, hijitos, porque sus pecados les han sido
perdonados por causa de su nombre.
13 Les escribo, padres, porque han conocido al que existe
desde el principio.
Les escribo, jóvenes, porque han vencido al maligno.
14 Les he escrito, hijos, porque han conocido al Padre.
Les he escrito, padres, porque han conocido al que
existe desde el principio.
Les he escrito, jóvenes, porque son fuertes, la palabra
de Dios permanece en ustedes y han vencido al
maligno.

El amor al Padre frente a los deseos del mundo

15 No amen al mundo ni lo que hay en el mundo. Si
alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él.
16 Porque todo lo que hay en el mundo —el deseo de la
carne, el deseo de los ojos y la arrogancia de las
posesiones— no procede del Padre, sino del mundo.
17 El mundo pasa, y también su deseo; pero el que hace la
voluntad de Dios permanece para siempre.

Permanecer en el Hijo frente al engaño

18 Hijos, es la última hora. Así como oyeron que viene el
anticristo, también ahora han surgido muchos anticristos.
Por eso sabemos que es la última hora.
19 Salieron de entre nosotros, pero no pertenecían a los
nuestros. Porque, si hubieran pertenecido a los nuestros,
habrían permanecido con nosotros. Pero salieron para que
se hiciera evidente que no todos pertenecen a los nuestros.
20 Ustedes tienen una unción que procede del Santo, y
todos ustedes tienen conocimiento.
21 No les he escrito porque desconozcan la verdad, sino
porque la conocen y porque ninguna mentira procede de la
verdad.
22 ¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el
Cristo? Ese es el anticristo: el que niega al Padre y al Hijo.
23 Todo el que niega al Hijo tampoco tiene al Padre. El
que confiesa al Hijo tiene también al Padre.
24 En cuanto a ustedes, que permanezca en ustedes lo que
oyeron desde el principio. Si permanece en ustedes lo que
oyeron desde el principio, también ustedes permanecerán
en el Hijo y en el Padre.
25 Esta es la promesa que él nos hizo: la vida eterna.
26 Les he escrito estas cosas acerca de los que los engañan.
27 En cuanto a ustedes, la unción que recibieron de él
permanece en ustedes y no necesitan que nadie les enseñe.
Su unción les enseña acerca de todas las cosas, es
verdadera y no es mentira; así que, tal como les enseñó,
permanezcan en él.

Esperar al Señor y vivir como hijos de Dios

28 Y ahora, hijitos, permanezcan en él para que, cuando
se manifieste, tengamos confianza y no nos apartemos de él
avergonzados en su venida.
29 Si saben que él es justo, sepan que todo el que practica
la justicia ha nacido de él.

3

Hijos de Dios

1 ¡Miren qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos
llamados hijos de Dios! Y lo somos. Por eso el mundo no
nos conoce: porque no lo conoció a él.
2 Amados, ahora somos hijos de Dios, y todavía no se ha
manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se
manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal
como es.
3 Todo el que tiene puesta en él esta esperanza se purifica
a sí mismo, así como él es puro.

La nueva vida y el rechazo del pecado

4 Todo el que practica el pecado también infringe la ley,
pues el pecado es infracción de la ley.
5 Ustedes saben que él se manifestó para quitar los
pecados, y que en él no hay pecado.
6 Todo el que permanece en él no peca. Todo el que peca
no lo ha visto ni lo ha conocido.
7 Hijitos, que nadie los engañe: el que practica la justicia
es justo, así como él es justo.
8 El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo
peca desde el principio. Para esto se manifestó el Hijo de
Dios: para destruir las obras del diablo.
9 Todo el que ha nacido de Dios no practica el pecado,
porque la semilla de Dios permanece en él; y no puede
pecar, porque ha nacido de Dios.
10 En esto se distinguen los hijos de Dios y los hijos del
diablo: todo el que no practica la justicia no es de Dios, ni
tampoco el que no ama a su hermano.

El amor fraternal mostrado por Cristo

11 Porque este es el mensaje que oyeron desde el
principio: que nos amemos unos a otros.
12 No seamos como Caín, que era del maligno y asesinó a
su hermano. ¿Y por qué lo asesinó? Porque sus obras eran
malas, mientras que las de su hermano eran justas.
13 Hermanos, no se sorprendan si el mundo los odia.
14 Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la
vida porque amamos a los hermanos. El que no ama
permanece en la muerte.
15 Todo el que odia a su hermano es un asesino, y ustedes
saben que ningún asesino tiene vida eterna que
permanezca en él.
16 En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su
vida por nosotros. También nosotros debemos entregar
nuestras vidas por los hermanos.
17 Si alguien tiene bienes de este mundo, ve a su hermano
pasar necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo permanece
en él el amor de Dios?
18 Hijitos, no amemos de palabra ni de labios, sino con
hechos y de verdad.

La confianza ante Dios y la vida de oración

19 En esto sabremos que pertenecemos a la verdad y
tranquilizaremos nuestro corazón delante de él,
20 pues, si nuestro corazón nos condena, Dios es mayor
que nuestro corazón y lo sabe todo.

21 Amados, si nuestro corazón no nos condena, tenemos
confianza ante Dios
22 y recibimos de él todo lo que pedimos, porque
guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada.
23 Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de
su Hijo Jesucristo y nos amemos unos a otros, tal como nos
lo mandó.
24 El que guarda sus mandamientos permanece en él, y él
permanece en esa persona. Por el Espíritu que nos dio
sabemos que él permanece en nosotros.

4

El Espíritu de Dios y el espíritu del anticristo

1 Amados, no crean a todo espíritu, sino pongan a prueba
los espíritus para saber si provienen de Dios, porque
muchos falsos profetas han salido al mundo.
2 En esto reconocen el Espíritu de Dios: todo espíritu que
confiesa que Jesucristo ha venido en carne proviene de
Dios;
3 y todo espíritu que no confiesa a Jesús no proviene de
Dios. Este es el espíritu del anticristo, del cual han oído que
viene, y ahora ya está en el mundo.
4 Ustedes provienen de Dios, hijitos, y los han vencido,
porque mayor es el que está en ustedes que el que está en
el mundo.
5 Ellos provienen del mundo; por eso hablan desde el
mundo, y el mundo los escucha.
6 Nosotros provenimos de Dios. El que conoce a Dios nos
escucha; el que no proviene de Dios no nos escucha. En esto
reconocemos el Espíritu de la verdad y el espíritu del engaño.

El amor del Padre manifestado en el Hijo y compartido entre hermanos

7 Amados, amémonos unos a otros, porque el amor
proviene de Dios; todo el que ama ha nacido de Dios y
conoce a Dios.
8 El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es
amor.
9 Así se manifestó el amor de Dios entre nosotros: Dios
envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por
medio de él.
10 En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos
amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo
como sacrificio expiatorio por nuestros pecados.
11 Amados, si Dios nos amó de esa manera, también
nosotros debemos amarnos unos a otros.

12 Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a
otros, Dios permanece en nosotros y su amor se ha
perfeccionado en nosotros.
13 En esto sabemos que permanecemos en él y él en
nosotros: porque nos ha dado de su Espíritu.
14 Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el
Padre envió al Hijo como Salvador del mundo.
15 En todo el que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios
permanece Dios, y él permanece en Dios.
16 Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene
y hemos creído en ese amor. Dios es amor, y el que
permanece en el amor permanece en Dios, y Dios
permanece en él.

La confianza nacida del amor de Dios

17 En esto se ha perfeccionado el amor entre nosotros,
para que tengamos confianza en el día del juicio, porque
como él es, así somos también nosotros en este mundo.
18 En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor
echa fuera el temor, porque el temor supone castigo; y el
que teme no ha sido perfeccionado en el amor.
19 Nosotros amamos, porque él nos amó primero.
20 Si alguien dice: «Amo a Dios», pero odia a su hermano,
es mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ha
visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto.
21 Y este es el mandamiento que tenemos de él: que el
que ama a Dios ame también a su hermano.

5

La fe que vence al mundo

1 Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de
Dios; y todo el que ama al que engendró ama también al
que ha nacido de él.
2 En esto sabemos que amamos a los hijos de Dios: en que
amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos.
3 Pues el amor a Dios consiste en guardar sus
mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos,
4 porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo.
Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe.
5 ¿Y quién es el que vence al mundo sino el que cree que
Jesús es el Hijo de Dios?

El testimonio de Dios acerca de su Hijo

6 Este es el que vino mediante agua y sangre: Jesucristo.
No solo con el agua, sino con el agua y con la sangre. El

Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la
verdad.
7 Porque tres son los que dan testimonio:
8 el Espíritu, el agua y la sangre; y los tres concuerdan.
9 Si aceptamos el testimonio de los seres humanos, el
testimonio de Dios es mayor. Este es el testimonio de Dios:
el que ha dado acerca de su Hijo.
10 El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí
mismo. El que no cree a Dios lo ha hecho mentiroso,
porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado
acerca de su Hijo.
11 Este es el testimonio: Dios nos dio vida eterna, y esta
vida está en su Hijo.
12 El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo
de Dios no tiene la vida.

El conocimiento de la vida eterna

13 Les he escrito estas cosas a ustedes, que creen en el
nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida
eterna.

La confianza al orar y el cuidado del hermano

14 Esta es la confianza que tenemos ante él: si pedimos
algo conforme a su voluntad, él nos escucha.
15 Y, si sabemos que nos escucha en todo lo que pedimos,
sabemos que tenemos lo que le hemos pedido.
16 Si alguien ve a su hermano cometer un pecado que no
lleva a la muerte, pedirá por él, y Dios le dará vida; esto es
para los que cometen un pecado que no lleva a la muerte.
Hay pecado que lleva a la muerte; no digo que se pida por
ese.
17 Toda injusticia es pecado, pero hay pecado que no lleva
a la muerte.

La protección de Dios y el rechazo de los ídolos

18 Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca; el
que nació de Dios lo protege, y el maligno no lo toca.
19 Sabemos que somos de Dios, y que el mundo entero
yace bajo el poder del maligno.
20 Sabemos también que el Hijo de Dios ha venido y nos
ha dado entendimiento para que conozcamos al que es
verdadero. Y estamos en el que es verdadero, en su Hijo
Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna.
21 Hijitos, guárdense de los ídolos.

2 Juan

Salutación

1 El anciano, a la señora elegida y a sus hijos, a quienes
amo en la verdad; y no solo yo, sino también todos los que
han conocido la verdad,
2 por causa de la verdad que permanece en nosotros y
estará con nosotros para siempre.
3 Estarán con nosotros la gracia, la misericordia y la paz,
de parte de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre, en
la verdad y el amor.

Caminar en la verdad y en el amor

4 Me alegré mucho al encontrar a algunos de tus hijos
caminando en la verdad, conforme al mandamiento que
recibimos del Padre.
5 Y ahora te ruego, señora, que nos amemos unos a otros.
No te escribo un mandamiento nuevo, sino el que hemos
tenido desde el principio.
6 El amor consiste en que caminemos conforme a sus
mandamientos. Este es el mandamiento, tal como lo oyeron
desde el principio: que caminen en el amor.

Permanecer en Cristo y discernir a quienes enseñan

7 Porque muchos engañadores han salido al mundo: los
que no confiesan a Jesucristo venido en carne. Ese es el
engañador y el anticristo.
8 Cuídense, para que no pierdan lo que hemos logrado,
sino que reciban una recompensa completa.
9 Todo el que va más allá y no permanece en la
enseñanza de Cristo no tiene a Dios. El que permanece en
la enseñanza tiene tanto al Padre como al Hijo.
10 Si alguien viene a ustedes y no trae esta enseñanza, no
lo reciban en casa ni le den la bienvenida,
11 porque el que le da la bienvenida participa en sus
malas obras.

El encuentro esperado y los saludos finales

12 Aunque tengo muchas cosas que escribirles, no he
querido hacerlo con papel y tinta. Espero estar con ustedes
y hablar cara a cara, para que la alegría de ustedes sea
completa.
13 Te saludan los hijos de tu hermana, la elegida.

3 Juan

Salutación

1 El anciano, al amado Gayo, a quien amo en la verdad.
2 Amado, ruego que prosperes en todo y tengas buena
salud, tal como prospera tu alma.
3 Pues me alegré mucho cuando vinieron unos hermanos
y dieron testimonio de tu fidelidad a la verdad, de cómo
caminas en ella.
4 No tengo mayor alegría que oír que mis hijos caminan
en la verdad.

Elogio de la hospitalidad de Gayo

5 Amado, actúas con fidelidad en todo lo que haces por
los hermanos, aun cuando son desconocidos.
6 Ellos han dado testimonio de tu amor ante la iglesia.
Harás bien en ayudarlos a continuar su viaje de una
manera digna de Dios,
7 porque salieron por causa del Nombre, sin aceptar nada
de los gentiles.
8 Por eso nosotros debemos apoyar a personas como
estas, para que seamos colaboradores de la verdad.

La oposición de Diótrefes

9 Escribí algo a la iglesia, pero Diótrefes, a quien le gusta
ocupar el primer lugar entre ellos, no nos recibe.
10 Por eso, si voy, sacaré a relucir lo que hace, pues habla
contra nosotros con palabras maliciosas. No satisfecho con
eso, tampoco recibe a los hermanos; a quienes quieren
recibirlos se lo impide y los expulsa de la iglesia.

Buen testimonio acerca de Demetrio

11 Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo
bueno es de Dios; el que hace lo malo no ha visto a Dios.
12 Todos han dado buen testimonio de Demetrio, incluso
la verdad misma. También nosotros damos testimonio, y tú
sabes que nuestro testimonio es verdadero.

El encuentro esperado y la paz compartida

13 Tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero
hacerlo con tinta y pluma.
14 Espero verte pronto, y hablaremos cara a cara.
15 La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda a los
amigos, a cada uno por su nombre.

Judas

Salutación
1 Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo, a los
llamados, amados en Dios Padre y guardados para
Jesucristo.
2 Que la misericordia, la paz y el amor abunden en
ustedes.

Falsas doctrinas y falsos maestros
Texto relacionado: 2 Pedro 2:1–17.
3 Amados, aunque deseaba vivamente escribirles acerca
de la salvación que compartimos, me vi en la necesidad de
escribirles para exhortarlos a luchar por la fe que fue
entregada a los santos de una vez para siempre.
4 Porque se han infiltrado algunos hombres cuya
condenación estaba escrita desde hace mucho tiempo:
impíos que convierten la gracia de nuestro Dios en
libertinaje y niegan a nuestro único Soberano y Señor,
Jesucristo.
5 Quiero recordarles, aunque ya conocen todo esto, que
Jesús, después de salvar al pueblo de la tierra de Egipto,
destruyó luego a los que no creyeron.
6 Y a los ángeles que no conservaron su propia posición
de autoridad, sino que abandonaron su morada, los ha
mantenido en cadenas eternas bajo densas tinieblas para el
juicio del gran día.
7 De igual manera, Sodoma, Gomorra y las ciudades
vecinas, que como aquellos se entregaron a la inmoralidad
sexual y fueron tras una carne distinta, sirven de ejemplo
al sufrir el castigo del fuego eterno.
8 Aun así, también estos soñadores contaminan la carne,
rechazan la autoridad y blasfeman contra los seres
gloriosos.
9 Pero el arcángel Miguel, cuando disputaba con el diablo
y discutía acerca del cuerpo de Moisés, no se atrevió a
pronunciar contra él una condena injuriosa, sino que dijo:
«Que el Señor te reprenda».
10 En cambio, estos blasfeman contra lo que no conocen;
y lo que conocen por instinto, como los animales
irracionales, les sirve para su propia destrucción.
11 ¡Ay de ellos! Porque siguieron el camino de Caín, se
precipitaron por una ganancia en el error de Balaam y
perecieron en la rebelión de Coré.

12 Son arrecifes en sus comidas de amor fraternal, donde
banquetean con ustedes, y se apacientan a sí mismos sin
temor. Son nubes sin agua arrastradas por los vientos;
árboles de otoño sin fruto, dos veces muertos y arrancados
de raíz;
13 olas furiosas del mar que arrojan como espuma sus
propias vergüenzas; estrellas errantes para las que están
reservadas para siempre las más densas tinieblas.
14 También acerca de estos profetizó Enoc, el séptimo
desde Adán, diciendo: «Miren, vino el Señor con decenas de
miles de sus santos
15 para ejecutar juicio contra todos y declarar culpables a
todos los impíos por todas las obras de impiedad que
cometieron impíamente y por todas las palabras duras que
los pecadores impíos pronunciaron contra él».
16 Estos son murmuradores y descontentos que siguen
sus propios deseos; su boca pronuncia palabras arrogantes
y adulan a las personas para obtener provecho.

Permanecer en la fe y practicar la misericordia

17 Pero ustedes, amados, recuerden las palabras que
anunciaron de antemano los apóstoles de nuestro Señor
Jesucristo.
18 Ellos les decían: «En el último tiempo habrá burladores
que seguirán sus propios deseos impíos».
19 Estos son los que causan divisiones, personas naturales
que no tienen el Espíritu.
20 Pero ustedes, amados, edificándose sobre su santísima
fe y orando en el Espíritu Santo,
21 manténganse en el amor de Dios mientras esperan la
misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna.
22 Tengan misericordia de los que dudan;
23 a otros sálvenlos, arrebatándolos del fuego; y de otros
tengan misericordia con temor, aborreciendo incluso la
túnica manchada por la carne.

Alabanza al Dios que guarda y salva

24 Al que es poderoso para guardarlos sin caída y
presentarlos sin mancha y con gran alegría ante su
gloria,
25 al único Dios, nuestro Salvador, por medio de Jesucristo
nuestro Señor, sean la gloria, la majestad, el poder y
la autoridad, desde antes de todos los tiempos, ahora
y por todos los siglos. Amén.

Apocalipsis

La revelación de Jesucristo

1 Revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a
sus siervos lo que debe suceder pronto. La dio a conocer
enviando a su ángel a su siervo Juan,
2 quien dio testimonio de la palabra de Dios y del
testimonio de Jesucristo: de todo lo que vio.
3 Bienaventurado el que lee y bienaventurados los que
escuchan las palabras de esta profecía y guardan lo que
está escrito en ella, porque el tiempo está cerca.

Salutaciones a las siete iglesias

4 Juan, a las siete iglesias que están en Asia: gracia y paz a
ustedes de parte del que es, que era y que viene, y de los
siete espíritus que están delante de su trono,
5 y de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de
los muertos y el soberano de los reyes de la tierra. Al que
nos ama y nos liberó de nuestros pecados con su sangre
6 e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para su Dios y
Padre, a él sean la gloria y el poder por los siglos de los
siglos. Amén.
7 ¡He aquí que viene con las nubes! Todo ojo lo verá,
incluso los que lo traspasaron, y todas las tribus de la tierra
se lamentarán por él. Sí, amén.
8 «Yo soy el Alfa y la Omega —dice el Señor Dios—, el que
es, que era y que viene, el Todopoderoso».

Una visión del Hijo del Hombre

9 Yo, Juan, hermano de ustedes y compañero en la
tribulación, el reino y la perseverancia en Jesús, me
encontraba en la isla llamada Patmos por causa de la
palabra de Dios y del testimonio de Jesús.
10 Estaba en el Espíritu en el día del Señor y oí detrás de
mí una voz fuerte como una trompeta,
11 que decía: «Escribe en un libro lo que ves y envíalo a
las siete iglesias: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis,
Filadelfia y Laodicea».
12 Me volví para ver la voz que hablaba conmigo y, al
volverme, vi siete candelabros de oro.
13 En medio de los candelabros había uno semejante al
Hijo del Hombre, vestido con una túnica que llegaba hasta
los pies y ceñido al pecho con una banda de oro.

14 Su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana
blanca, como nieve, y sus ojos eran como llama de fuego.
15 Sus pies eran semejantes al bronce pulido, como
refinado en un horno, y su voz era como el estruendo de
muchas aguas.
16 Tenía siete estrellas en su mano derecha; de su boca
salía una espada afilada de dos filos, y su rostro era como el
sol cuando brilla con toda su fuerza.
17 Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Él puso su
mano derecha sobre mí y dijo: «No temas. Yo soy el
Primero y el Último,
18 y el que vive. Estuve muerto, pero he aquí que estoy
vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la
muerte y del Hades.
19 Escribe, pues, lo que has visto, lo que es y lo que ha de
suceder después de estas cosas.
20 Este es el misterio de las siete estrellas que viste en mi
mano derecha y de los siete candelabros de oro: las siete
estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete
candelabros son siete iglesias».

2

Mensajes a las siete iglesias: El mensaje a Éfeso

1 Escribe al ángel de la iglesia que está en Éfeso: «Esto
dice el que sostiene las siete estrellas en su mano derecha y
camina en medio de los siete candelabros de oro:
2 Conozco tus obras, tu esfuerzo y tu perseverancia. Sé
que no puedes tolerar a los malvados, y que pusiste a
prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo y descubriste
que son mentirosos.
3 Has perseverado y has soportado por causa de mi
nombre, sin cansarte.
4 Pero tengo esto contra ti: has abandonado tu primer
amor.
5 Recuerda, pues, de dónde has caído, arrepiéntete y haz
las obras del principio. De lo contrario, iré a ti y quitaré tu
candelabro de su lugar, si no te arrepientes.
6 Sin embargo, tienes esto a tu favor: odias las obras de
los nicolaítas, que yo también odio.
7 El que tenga oído, que escuche lo que el Espíritu dice a
las iglesias. Al que venza le daré a comer del árbol de la
vida, que está en el paraíso de Dios».

El mensaje a Esmirna

8 Escribe también al ángel de la iglesia que está en
Esmirna: «Esto dice el Primero y el Último, el que estuvo
muerto y volvió a vivir:
9 Conozco tu tribulación y tu pobreza —aunque eres
rico—, y la blasfemia de los que se dicen judíos sin serlo,
pues son una sinagoga de Satanás.
10 No temas nada de lo que estás por sufrir. Mira, el
diablo está por echar a algunos de ustedes en la cárcel para
que sean probados, y tendrán tribulación durante diez días.
Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.
11 El que tenga oído, que escuche lo que el Espíritu dice a
las iglesias. El que venza no sufrirá daño alguno de la
segunda muerte».

El mensaje a Pérgamo

12 Escribe también al ángel de la iglesia que está en
Pérgamo: «Esto dice el que tiene la espada afilada de dos
filos:
13 Sé dónde vives: donde está el trono de Satanás. Te
mantienes firme en mi nombre y no negaste la fe en mí, ni
siquiera en los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue
asesinado entre ustedes, donde habita Satanás.
14 Pero tengo unas pocas cosas contra ti: tienes allí a
quienes se aferran a la enseñanza de Balaam, que enseñaba
a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel para que
comieran alimentos sacrificados a los ídolos y cometieran
inmoralidad sexual.
15 De la misma manera, también tú tienes a quienes se
aferran a la enseñanza de los nicolaítas.
16 Arrepiéntete, pues. De lo contrario, iré a ti pronto y
combatiré contra ellos con la espada de mi boca.
17 El que tenga oído, que escuche lo que el Espíritu dice a
las iglesias. Al que venza le daré del maná escondido;
también le daré una piedra blanca, y sobre la piedra habrá
escrito un nombre nuevo que nadie conoce, excepto el que
lo recibe».

El mensaje a Tiatira

18 Escribe también al ángel de la iglesia que está en
Tiatira: «Esto dice el Hijo de Dios, el que tiene ojos como
llama de fuego y pies semejantes al bronce pulido:
19 Conozco tus obras, tu amor, tu fe, tu servicio y tu
perseverancia; sé que tus obras más recientes son más
numerosas que las primeras.
20 Pero tengo esto contra ti: toleras a esa mujer, Jezabel,
que se llama profetisa, enseña y engaña a mis siervos para

que cometan inmoralidad sexual y coman alimentos sacrificados a los ídolos.
21 Le di tiempo para que se arrepintiera, pero no quiere arrepentirse de su inmoralidad sexual.
22 Mira, la arrojo a una cama, y a los que cometen adulterio con ella los arrojo a una gran tribulación, si no se arrepienten de las obras de ella.
23 Heriré de muerte a sus hijos, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que examina las mentes y los corazones. A cada uno de ustedes le daré según sus obras.
24 Pero a ustedes, los demás que están en Tiatira, los que no siguen esta enseñanza y no han conocido las llamadas "profundidades de Satanás", les digo: no les impongo otra carga.
25 Solo retengan lo que tienen hasta que yo venga.
26 Al que venza y guarde mis obras hasta el fin le daré autoridad sobre las naciones;
27 las regirá con vara de hierro, como se hacen pedazos las vasijas de barro,
28 tal como yo también he recibido autoridad de mi Padre. Y le daré la estrella de la mañana.
29 El que tenga oído, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias».

3

El mensaje a Sardis

1 Escribe también al ángel de la iglesia que está en Sardis: «Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas: conozco tus obras. Tienes fama de estar vivo, pero estás muerto.
2 Mantente despierto y fortalece lo que queda y está por morir, porque no he encontrado tus obras completas delante de mi Dios.
3 Recuerda, pues, lo que has recibido y oído; guárdalo y arrepiéntete. Si no te mantienes despierto, vendré como ladrón, y de ningún modo sabrás a qué hora vendré sobre ti.
4 Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus ropas. Caminarán conmigo vestidas de blanco, porque son dignas.
5 El que venza será vestido así con ropas blancas. Jamás borraré su nombre del libro de la vida, y reconoceré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles.
6 El que tenga oído, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias».

El mensaje a Filadelfia

7 Escribe también al ángel de la iglesia que está en
Filadelfia: «Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la
llave de David, el que abre y nadie cerrará, y cierra y nadie
abre:
8 Conozco tus obras. Mira, he puesto delante de ti una
puerta abierta que nadie puede cerrar. Aunque tienes poca
fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi
nombre.
9 Mira, te entrego a algunos de la sinagoga de Satanás, de
los que se dicen judíos sin serlo, pues mienten. Haré que
vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he
amado.
10 Porque has guardado mi palabra de perseverancia, yo
también te guardaré de la hora de la prueba que ha de
venir sobre el mundo entero para probar a los que habitan
en la tierra.
11 Vengo pronto. Retén lo que tienes, para que nadie tome
tu corona.
12 Al que venza lo haré columna en el templo de mi Dios,
y nunca más saldrá de allí. Escribiré sobre él el nombre de
mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva
Jerusalén, que desciende del cielo, de mi Dios, y también mi
nombre nuevo.
13 El que tenga oído, que escuche lo que el Espíritu dice a
las iglesias».

El mensaje a Laodicea

14 Escribe también al ángel de la iglesia que está en
Laodicea: «Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el
principio de la creación de Dios:
15 Conozco tus obras: no eres frío ni caliente. ¡Ojalá
fueras frío o caliente!
16 Así que, porque eres tibio y no eres ni caliente ni frío,
estoy por vomitarte de mi boca.
17 Dices: “Soy rico, me he enriquecido y no necesito
nada”, y no sabes que eres desdichado, digno de lástima,
pobre, ciego y desnudo.
18 Te aconsejo que me compres oro refinado por el fuego
para que seas rico, ropas blancas para vestirte y que no
quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y colirio
para ungir tus ojos y que puedas ver.
19 Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Por
tanto, sé ferviente y arrepiéntete.
20 He aquí, estoy a la puerta y llamo. Si alguien oye mi
voz y abre la puerta, entraré a su casa y cenaré con él, y él
conmigo.

21 Al que venza le concederé sentarse conmigo en mi
trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre
en su trono.
22 El que tenga oído, que escuche lo que el Espíritu dice a
las iglesias».

4

La adoración celestial
1 Después de estas cosas miré, y vi una puerta abierta en
el cielo. La primera voz que había oído, que hablaba
conmigo como una trompeta, dijo: «Sube aquí y te
mostraré lo que debe suceder». Después de esto,
2 de inmediato estuve en el Espíritu. Vi un trono
establecido en el cielo y a alguien sentado en el trono.
3 El que estaba sentado tenía un aspecto semejante al
jaspe y a la cornalina. Alrededor del trono había un arcoíris
de aspecto semejante a la esmeralda.
4 Alrededor del trono había veinticuatro tronos, y sobre
ellos estaban sentados veinticuatro ancianos vestidos con
ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.
5 Del trono salen relámpagos, voces y truenos. Delante
del trono arden siete antorchas de fuego, que son los siete
espíritus de Dios.
6 Delante del trono hay algo semejante a un mar de
vidrio, parecido al cristal. En medio del trono y a su
alrededor hay cuatro seres vivientes llenos de ojos por
delante y por detrás.
7 El primer ser viviente es semejante a un león; el
segundo, a un becerro; el tercero tiene un rostro como de
hombre, y el cuarto es semejante a un águila en vuelo.
8 Cada uno de los cuatro seres vivientes tiene seis alas, y
están llenos de ojos alrededor y por dentro. Día y noche no
dejan de decir:
«Santo, santo, santo es el Señor Dios, el Todopoderoso, el
que era, que es y que viene».
9 Cada vez que los seres vivientes den gloria, honor y
acción de gracias al que está sentado en el trono, al que
vive por los siglos de los siglos,
10 los veinticuatro ancianos se postrarán delante del que
está sentado en el trono, adorarán al que vive por los siglos
de los siglos y arrojarán sus coronas delante del trono,
diciendo:
11 «Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el
honor y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y
por tu voluntad existieron y fueron creadas».

5

El rollo y el Cordero

1 Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el
trono un rollo escrito por dentro y por fuera, sellado con
siete sellos.
2 Vi también a un ángel poderoso que proclamaba con
fuerte voz: «¿Quién es digno de abrir el rollo y desatar sus
sellos?».
3 Nadie en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra
podía abrir el rollo ni mirarlo.
4 Yo lloraba mucho, porque no se encontró a nadie digno
de abrir el rollo ni mirarlo.
5 Entonces uno de los ancianos me dijo: «No llores. He
aquí, el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha
vencido para abrir el rollo y sus siete sellos».
6 Vi en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y
en medio de los ancianos, a un Cordero de pie, como
sacrificado. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los
siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra.
7 Él se acercó y tomó el rollo de la mano derecha del que
estaba sentado en el trono.
8 Cuando tomó el rollo, los cuatro seres vivientes y los
veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero.
Cada uno tenía un arpa y copas de oro llenas de incienso,
que son las oraciones de los santos.
9 Cantan un cántico nuevo, diciendo:
«Digno eres de tomar el rollo y abrir sus sellos, porque
fuiste inmolado y con tu sangre compraste para Dios
a personas de toda tribu, lengua, pueblo y nación.
10 Hiciste de ellos un reino y sacerdotes para nuestro Dios, y
reinan sobre la tierra».
11 Miré y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono,
de los seres vivientes y de los ancianos. Su número era
decenas de miles de decenas de miles y miles de miles.
12 Decían con fuerte voz:
«El Cordero que fue inmolado es digno de recibir el poder,
la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y
la bendición».
13 Oí a toda criatura en el cielo, sobre la tierra, debajo de
la tierra y sobre el mar, y a todo lo que hay en ellos, decir:
«Al que está sentado en el trono y al Cordero sean la
bendición, el honor, la gloria y el poder por los siglos
de los siglos».
14 Los cuatro seres vivientes decían: «Amén», y los
ancianos se postraron y adoraron.

6

Los sellos

1 Vi cuando el Cordero abrió uno de los siete sellos y oí a
uno de los cuatro seres vivientes decir con voz de trueno:
«¡Ven!».
2 Miré, y vi un caballo blanco. Su jinete tenía un arco; se
le dio una corona y salió venciendo y para vencer.
3 Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser
viviente decir: «¡Ven!».
4 Salió otro caballo, rojo como el fuego. A su jinete se le
concedió quitar la paz de la tierra para que se mataran
unos a otros, y se le dio una gran espada.
5 Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente
decir: «¡Ven!». Miré, y vi un caballo negro. Su jinete tenía
una balanza en la mano.
6 Oí como una voz en medio de los cuatro seres vivientes,
que decía: «Cerca de un litro de trigo por el salario de un
día, y unos tres litros de cebada por el salario de un día.
Pero no dañes el aceite ni el vino».
7 Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser
viviente decir: «¡Ven!».
8 Miré, y vi un caballo verde pálido. Su jinete se llamaba
Muerte, y el Hades lo seguía. Se les dio autoridad sobre la
cuarta parte de la tierra para matar con espada, hambre,
peste y las fieras de la tierra.
9 Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las
almas de los que habían sido sacrificados por causa de la
palabra de Dios y por el testimonio que mantenían.
10 Clamaban con fuerte voz: «¿Hasta cuándo, Soberano
santo y verdadero, no juzgarás y vengarás nuestra sangre
en los habitantes de la tierra?».
11 Se dio a cada uno una túnica blanca y se les dijo que
descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se
completara el número de sus consiervos y hermanos que
habían de ser asesinados como ellos.
12 Vi cuando abrió el sexto sello, y hubo un gran
terremoto. El sol se puso negro como tela de pelo, y la luna
entera se volvió como sangre.
13 Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como una
higuera deja caer sus higos verdes cuando la sacude un
viento fuerte.
14 El cielo se retiró como un rollo que se enrolla, y todos
los montes y las islas fueron movidos de sus lugares.
15 Los reyes de la tierra, los grandes, los comandantes
militares, los ricos, los poderosos y todos los esclavos y los
libres se escondieron en las cuevas y entre las rocas de los
montes.

16 Dicen a los montes y a las rocas: «Caigan sobre
nosotros y escóndannos del rostro del que está sentado en el
trono y de la ira del Cordero,
17 porque ha llegado el gran día de la ira de ellos, ¿y quién
puede mantenerse en pie?».

7

Los 144 mil sellados

1 Después de esto vi a cuatro ángeles de pie en las cuatro
esquinas de la tierra. Retenían los cuatro vientos de la
tierra para que no soplara ningún viento sobre la tierra, ni
sobre el mar, ni sobre árbol alguno.
2 Vi a otro ángel que subía desde donde sale el sol y tenía
el sello del Dios vivo. Gritó con fuerte voz a los cuatro
ángeles a quienes se había concedido dañar la tierra y el
mar:
3 «No dañen la tierra, ni el mar, ni los árboles, hasta que
hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro
Dios».
4 Oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro
mil, sellados de todas las tribus de los hijos de Israel.
5 De la tribu de Judá, doce mil sellados; de la tribu de
Rubén, doce mil; de la tribu de Gad, doce mil;
6 de la tribu de Aser, doce mil; de la tribu de Neftalí, doce
mil; de la tribu de Manasés, doce mil;
7 de la tribu de Simeón, doce mil; de la tribu de Leví, doce
mil; de la tribu de Isacar, doce mil;
8 de la tribu de Zabulón, doce mil; de la tribu de José,
doce mil; de la tribu de Benjamín, doce mil sellados.

La multitud vestida de ropas blancas

9 Después de estas cosas miré, y vi una gran multitud que
nadie podía contar, de toda nación, tribus, pueblos y
lenguas. Estaban de pie delante del trono y delante del
Cordero, vestidos con túnicas blancas y con ramas de
palmera en las manos.
10 Claman con fuerte voz:
«¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado
en el trono, y al Cordero!».
11 Todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono,
de los ancianos y de los cuatro seres vivientes. Se postraron
rostro en tierra delante del trono y adoraron a Dios,
12 diciendo:
«Amén. La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de
gracias, el honor, el poder y la fuerza sean a nuestro
Dios por los siglos de los siglos. Amén».

13 Uno de los ancianos me preguntó: «Estos que están
vestidos con túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde han
venido?».
14 Le respondí: «Señor mío, tú lo sabes». Él me dijo:
«Estos son los que salen de la gran tribulación; lavaron sus
túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero.
15 Por eso están delante del trono de Dios y le sirven día y
noche en su templo. El que está sentado en el trono
extenderá su tienda sobre ellos.
16 Ya no tendrán hambre ni volverán a tener sed; tampoco
caerá sobre ellos el sol ni calor alguno,
17 porque el Cordero que está en medio del trono los
pastoreará y los guiará a manantiales de aguas de vida. Y
Dios enjugará toda lágrima de sus ojos».

8

El séptimo sello

1 Cuando abrió el séptimo sello, hubo silencio en el cielo
durante cerca de media hora.
2 Vi a los siete ángeles que están de pie delante de Dios, y
se les dieron siete trompetas.
3 Otro ángel vino y se puso junto al altar con un
incensario de oro. Se le dio mucho incienso para ofrecerlo
con las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro
que está delante del trono.
4 El humo del incienso subió de la mano del ángel ante
Dios, junto con las oraciones de los santos.
5 El ángel tomó el incensario, lo llenó con fuego del altar y
lo arrojó a la tierra. Hubo truenos, voces, relámpagos y un
terremoto.

Las trompetas

6 Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se
prepararon para tocarlas.
7 El primero tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego
mezclados con sangre, que fueron arrojados a la tierra. Se
quemó la tercera parte de la tierra, se quemó la tercera
parte de los árboles y se quemó toda la hierba verde.
8 El segundo ángel tocó la trompeta, y algo como un gran
monte ardiendo en fuego fue arrojado al mar. La tercera
parte del mar se convirtió en sangre,
9 murió la tercera parte de las criaturas que tenían vida
en el mar y fue destruida la tercera parte de los barcos.
10 El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una
gran estrella que ardía como una antorcha. Cayó sobre la
tercera parte de los ríos y sobre los manantiales de agua.

11 La estrella se llama Ajenjo. La tercera parte de las
aguas se convirtió en ajenjo, y muchas personas murieron
a causa de las aguas, porque se habían vuelto amargas.
12 El cuarto ángel tocó la trompeta, y fueron heridos la
tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera
parte de las estrellas, para que se oscureciera la tercera
parte de ellos y no hubiera luz durante la tercera parte del
día, y asimismo de la noche.
13 Miré y oí a un águila que volaba en medio del cielo y
decía con fuerte voz: «¡Ay, ay, ay de los habitantes de la
tierra, por los restantes toques de trompeta de los tres
ángeles que están por tocar!».

9

La quinta trompeta: las langostas del abismo

1 El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que
había caído del cielo a la tierra. Se le dio la llave del pozo
del abismo.
2 Abrió el pozo del abismo, y del pozo subió humo como
el de un gran horno. El sol y el aire se oscurecieron por el
humo del pozo.
3 Del humo salieron langostas sobre la tierra, y se les dio
poder como el que tienen los escorpiones de la tierra.
4 Se les dijo que no dañaran la hierba de la tierra, ni
ninguna planta verde, ni ningún árbol, sino solamente a las
personas que no tuvieran el sello de Dios en la frente.
5 No se les permitió matarlas, sino atormentarlas durante
cinco meses. El tormento que causaban era como el de un
escorpión cuando pica a una persona.
6 En aquellos días las personas buscarán la muerte, pero
de ningún modo la encontrarán; desearán morir, pero la
muerte huye de ellas.
7 Las langostas tenían un aspecto semejante al de caballos
preparados para la guerra. Sobre sus cabezas había algo
como coronas que parecían de oro, y sus rostros eran como
rostros humanos.
8 Tenían cabellos como de mujer, y sus dientes eran como
los de leones.
9 Tenían corazas como de hierro, y el ruido de sus alas era
como el estruendo de carros de muchos caballos que
corren a la batalla.
10 Tienen colas semejantes a escorpiones y aguijones; en
sus colas está su poder para dañar a las personas durante
cinco meses.

11 Tienen por rey sobre ellas al ángel del abismo, cuyo
nombre en hebreo es Abadón, y en griego tiene por nombre
Apolión.
12 El primer ay ha pasado. Miren, después de estas cosas
vienen todavía dos ayes.

La sexta trompeta: los ángeles junto al Éufrates

13 El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz que salía
de los cuernos del altar de oro que está delante de Dios.
14 Le decía al sexto ángel que tenía la trompeta: «Suelta a
los cuatro ángeles que están atados junto al gran río
Éufrates».
15 Fueron soltados los cuatro ángeles que estaban
preparados para aquella hora, día, mes y año, a fin de
matar a la tercera parte de la humanidad.
16 El número de las tropas de caballería era doscientos
millones; oí su número.
17 Así vi en la visión a los caballos y a sus jinetes: tenían
corazas de color rojo fuego, azul oscuro y amarillo azufre.
Las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones, y
de sus bocas salen fuego, humo y azufre.
18 La tercera parte de la humanidad murió por estas tres
plagas: por el fuego, el humo y el azufre que salían de sus
bocas.
19 Porque el poder de los caballos está en sus bocas y en
sus colas; sus colas son semejantes a serpientes, tienen
cabezas y con ellas hacen daño.
20 Los demás seres humanos, los que no murieron por
estas plagas, tampoco se arrepintieron de las obras de sus
manos para dejar de adorar a los demonios y a los ídolos de
oro, plata, bronce, piedra y madera, que no pueden ver, ni
oír, ni caminar.
21 No se arrepintieron de sus asesinatos, ni de sus
hechicerías, ni de su inmoralidad sexual, ni de sus robos.

10

El ángel con el librito

1 Vi a otro ángel poderoso que descendía del cielo
envuelto en una nube. Sobre su cabeza había un arcoíris; su
rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego.
2 Tenía en la mano un rollo pequeño abierto. Puso el pie
derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra,
3 y gritó con fuerte voz, como ruge un león. Cuando gritó,
los siete truenos hicieron oír sus voces.

4 Cuando hablaron los siete truenos, estaba por escribir,
pero oí una voz del cielo que decía: «Sella lo que dijeron los
siete truenos y no lo escribas».
5 El ángel que había visto de pie sobre el mar y sobre la
tierra levantó su mano derecha hacia el cielo
6 y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que
creó el cielo y cuanto hay en él, la tierra y cuanto hay en
ella, y el mar y cuanto hay en él: «Ya no habrá más demora,
7 sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando
esté por tocar la trompeta, se completará el misterio de
Dios, tal como lo anunció a sus propios siervos, los
profetas».
8 La voz que había oído del cielo volvió a hablar conmigo
y dijo: «Ve y toma el rollo abierto que está en la mano del
ángel que está de pie sobre el mar y sobre la tierra».
9 Fui al ángel y le pedí que me diera el rollo pequeño. Él
me dijo: «Tómalo y cómetelo. Te amargará el vientre, pero
en tu boca será dulce como la miel».
10 Tomé el rollo pequeño de la mano del ángel y me lo
comí. En mi boca era dulce como la miel, pero, cuando lo
comí, se me amargó el vientre.
11 Me dijeron: «Debes profetizar de nuevo acerca de
muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes».

11

Los dos testigos

1 Se me dio una caña semejante a una vara y se me dijo:
«Levántate y mide el templo de Dios, el altar y a los que
adoran en él.
2 Pero deja fuera el patio exterior del templo y no lo
midas, porque ha sido entregado a las naciones. Ellas
pisotearán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses.
3 Daré autoridad a mis dos testigos, y profetizarán
durante mil doscientos sesenta días, vestidos de tela
áspera».
4 Estos son los dos olivos y los dos candelabros que están
de pie delante del Señor de la tierra.
5 Si alguien quiere hacerles daño, sale fuego de sus bocas
y devora a sus enemigos. Si alguien quiere hacerles daño,
así debe morir.
6 Tienen autoridad para cerrar el cielo, de modo que no
llueva durante los días de su profecía. También tienen
autoridad sobre las aguas para convertirlas en sangre y
para herir la tierra con toda clase de plagas cuantas veces
quieran.

7 Cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que
sube del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará.
8 Sus cadáveres quedarán en la plaza de la gran ciudad
que, en sentido espiritual, se llama Sodoma y Egipto, donde
también fue crucificado su Señor.
9 Personas de los pueblos, tribus, lenguas y naciones
miran sus cadáveres durante tres días y medio, y no
permiten que sean puestos en una tumba.
10 Los habitantes de la tierra se alegran y celebran por
ellos, y se enviarán regalos unos a otros, porque estos dos
profetas atormentaron a los habitantes de la tierra.

11 Después de los tres días y medio entró en ellos un
aliento de vida procedente de Dios y se pusieron de pie. Un
gran temor cayó sobre quienes los contemplaban.
12 Oyeron una voz fuerte del cielo que les decía: «Suban
aquí». Subieron al cielo en la nube, y sus enemigos los
vieron.
13 En aquella hora hubo un gran terremoto y se
derrumbó la décima parte de la ciudad. En el terremoto
murieron siete mil personas; los demás quedaron
aterrorizados y dieron gloria al Dios del cielo.

14 El segundo ay ha pasado. Miren, el tercer ay viene
pronto.

La séptima trompeta

15 El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo voces fuertes
en el cielo que decían: «El reino del mundo ha pasado a ser
de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de
los siglos».

16 Los veinticuatro ancianos que estaban sentados en sus
tronos delante de Dios se postraron rostro en tierra y
adoraron a Dios,

17 diciendo:

«Te damos gracias, Señor Dios, el Todopoderoso, el que es y
que era, porque has tomado tu gran poder y has
comenzado a reinar.
18 Las naciones se enfurecieron, pero llegó tu ira y el
tiempo de juzgar a los muertos, de dar la
recompensa a tus siervos los profetas, a los santos y a
los que temen tu nombre, pequeños y grandes, y de
destruir a los que destruyen la tierra».

19 Se abrió el templo de Dios que está en el cielo, y en su
templo se vio el arca de su pacto. Hubo relámpagos, voces,
truenos, un terremoto y una fuerte granizada.

12

La mujer y el dragón

1 Y apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida
del sol, con la luna debajo de sus pies y una corona de doce
estrellas sobre su cabeza.
2 Estaba embarazada y gritaba entre los dolores del parto
y el sufrimiento de dar a luz.
3 Y apareció otra señal en el cielo: allí estaba un gran
dragón rojo que tenía siete cabezas y diez cuernos, y siete
diademas sobre sus cabezas.
4 Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del
cielo y las arrojó a la tierra. El dragón estaba de pie frente a
la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en
cuanto naciera.
5 Y dio a luz un hijo varón que ha de regir a todas las
naciones con una vara de hierro. Su hijo fue arrebatado
hasta Dios y hasta su trono.
6 Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar
preparado por Dios para que allí la alimenten durante mil
doscientos sesenta días.

La derrota del acusador en el cielo

7 Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus
ángeles combatieron contra el dragón; y el dragón y sus
ángeles combatieron,
8 pero él no pudo vencer, y ya no se encontró lugar para
ellos en el cielo.
9 Y fue arrojado el gran dragón, la serpiente antigua, el
llamado diablo y Satanás, el que engaña al mundo entero;
fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con
él.
10 Entonces oí una voz fuerte en el cielo que decía: «Ahora
han llegado la salvación, el poder y el reino de nuestro
Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido arrojado el
acusador de nuestros hermanos, el que los acusa ante
nuestro Dios día y noche.
11 Ellos lo vencieron por la sangre del Cordero y por la
palabra de su testimonio, y no amaron su vida ni aun
frente a la muerte.
12 Por eso alégrense, cielos y los que habitan en ellos. ¡Ay
de la tierra y del mar!, porque el diablo ha descendido a
ustedes con gran furor, sabiendo que le queda poco
tiempo».

La persecución de la mujer y sus descendientes

13 Cuando el dragón vio que había sido arrojado a la
tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo
varón.
14 Y a la mujer se le dieron las dos alas de la gran águila,
para que volara al desierto, a su lugar, donde es alimentada
por un tiempo, tiempos y medio tiempo, lejos de la
presencia de la serpiente.
15 Entonces la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer,
agua como un río, para que el río la arrastrara.
16 Pero la tierra ayudó a la mujer: la tierra abrió su boca
y se tragó el río que el dragón había arrojado de su boca.
17 Entonces el dragón se enfureció contra la mujer y se
fue a hacer guerra contra el resto de su descendencia: los
que guardan los mandamientos de Dios y tienen el
testimonio de Jesús.

13

Las dos bestias

1 Y él se detuvo sobre la arena del mar. Y vi una bestia
que subía del mar, con diez cuernos y siete cabezas; en sus
cuernos tenía diez diademas, y sobre sus cabezas, nombres
blasfemos.
2 La bestia que vi era semejante a un leopardo; sus patas
eran como las de un oso y su boca como la boca de un león.
El dragón le dio su poder, su trono y gran autoridad.
3 Y vi una de sus cabezas como si hubiera sido degollada,
pero su herida mortal fue sanada; y toda la tierra,
maravillada, siguió a la bestia.
4 Adoraron al dragón porque había dado la autoridad a la
bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: «¿Quién es
semejante a la bestia y quién puede combatir contra ella?».
5 Se le dio una boca que hablaba arrogancias y
blasfemias, y se le dio autoridad para actuar durante
cuarenta y dos meses.
6 Y abrió su boca para proferir blasfemias contra Dios,
para blasfemar de su nombre y de su morada, es decir, de
los que habitan en el cielo.
7 Y se le concedió hacer guerra contra los santos y
vencerlos, y se le concedió autoridad sobre toda tribu,
pueblo, lengua y nación.
8 Y la adorarán todos los habitantes de la tierra cuyo
nombre no ha sido escrito desde la fundación del mundo en
el libro de la vida del Cordero que fue sacrificado.
9 Si alguien tiene oído, que escuche.

10 Si alguien ha de ir al cautiverio, al cautiverio va; si
alguien ha de morir a espada, a espada ha de morir. Aquí
están la perseverancia y la fe de los santos.

La segunda bestia y la adoración impuesta
11 Y vi otra bestia que subía de la tierra; tenía dos cuernos
como los de un cordero, pero hablaba como un dragón.
12 Ejerce toda la autoridad de la primera bestia en
presencia de ella y hace que la tierra y sus habitantes
adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.
13 Y hace grandes señales, de modo que incluso hace
descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres.
14 Y engaña a los habitantes de la tierra por las señales
que se le concedió hacer en presencia de la bestia, diciendo
a los habitantes de la tierra que hagan una imagen de la
bestia que tiene la herida de espada y volvió a vivir.
15 Y se le concedió dar aliento a la imagen de la bestia,
para que la imagen de la bestia hablara e hiciera matar a
todos los que no adoraran la imagen de la bestia.
16 Y hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres,
libres y esclavos, les pongan una marca en la mano
derecha o en la frente,
17 y que nadie pueda comprar ni vender, excepto el que
tenga la marca: el nombre de la bestia o el número de su
nombre.
18 Aquí hay sabiduría. El que tenga entendimiento
calcule el número de la bestia, porque es número de un
hombre; y su número es seiscientos sesenta y seis.

14

El cántico de los 144 mil
1 Miré, y vi al Cordero de pie sobre el monte Sion. Con él
había ciento cuarenta y cuatro mil que tenían escritos en la
frente su nombre y el nombre de su Padre.
2 Oí una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas
y como el sonido de un gran trueno. La voz que oí era
como la de arpistas que tocaban sus arpas.
3 Cantan como un cántico nuevo delante del trono, de los
cuatro seres vivientes y de los ancianos. Nadie podía
aprender el cántico, excepto los ciento cuarenta y cuatro
mil que habían sido comprados de la tierra.
4 Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues
son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero
adondequiera que vaya. Estos fueron comprados de entre
los seres humanos como primeros frutos para Dios y para
el Cordero.

5 En sus bocas no se encontró mentira; son intachables.

El mensaje de los tres ángeles

6 Vi a otro ángel que volaba en medio del cielo y tenía un
evangelio eterno para anunciarlo a los habitantes de la
tierra y a toda nación, tribu, lengua y pueblo.
7 Decía con fuerte voz: «Teman a Dios y denle gloria,
porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo
el cielo, la tierra, el mar y los manantiales de agua».
8 Lo siguió otro ángel, el segundo, que decía: «¡Cayó, cayó
Babilonia la grande, la que hizo beber a todas las naciones
el vino de la pasión de su inmoralidad sexual!».
9 Los siguió otro ángel, el tercero, que decía con fuerte
voz: «Si alguien adora a la bestia y a su imagen, y recibe
una marca en su frente o en su mano,
10 también él beberá del vino del furor de Dios, servido
sin diluir en la copa de su ira, y será atormentado con fuego
y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero.
11 El humo de su tormento sube por los siglos de los
siglos, y no tienen descanso de día ni de noche los que
adoran a la bestia y a su imagen, ni quien recibe la marca
de su nombre».
12 Aquí está la perseverancia de los santos, los que
guardan los mandamientos de Dios y la fe en Jesús.
13 Oí una voz del cielo que decía: «Escribe:
bienaventurados los muertos que de ahora en adelante
mueren en el Señor». «Sí —dice el Espíritu—, descansarán
de sus fatigas, porque sus obras los acompañan».

La tierra es segada

14 Miré, y vi una nube blanca. Sentado sobre la nube
había uno semejante al Hijo del Hombre, que tenía una
corona de oro en la cabeza y una hoz afilada en la mano.
15 Otro ángel salió del templo y gritó con fuerte voz al que
estaba sentado sobre la nube: «Lanza tu hoz y siega, porque
ha llegado la hora de segar y está madura la cosecha de la
tierra».
16 El que estaba sentado sobre la nube lanzó su hoz sobre
la tierra, y la tierra fue segada.
17 Otro ángel salió del templo que está en el cielo; también
él tenía una hoz afilada.
18 Del altar salió otro ángel, el que tenía autoridad sobre
el fuego. Llamó con fuerte voz al que tenía la hoz afilada y
le dijo: «Lanza tu hoz afilada y recoge los racimos de la vid
de la tierra, porque sus uvas están maduras».
19 El ángel lanzó su hoz a la tierra, vendimió la vid de la
tierra y arrojó las uvas al gran lagar del furor de Dios.

20 El lagar fue pisado fuera de la ciudad, y de él salió
sangre que llegaba hasta los frenos de los caballos, a lo
largo de unos trescientos kilómetros.

15

Los ángeles con las siete postreras plagas

1 Vi otra señal en el cielo, grande y maravillosa: siete
ángeles que tenían las siete últimas plagas, porque en ellas
se consumó el furor de Dios.
2 Vi algo semejante a un mar de vidrio mezclado con
fuego. Los que habían vencido a la bestia, a su imagen y al
número de su nombre estaban de pie sobre el mar de
vidrio, con arpas de Dios.
3 Cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico
del Cordero, diciendo:
«Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios, el
Todopoderoso.
Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos.
4 ¿Quién no te temerá, Señor, y glorificará tu nombre, ya que
solo tú eres santo?
Todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti,
porque tus actos de justicia se han manifestado».
5 Después de estas cosas miré, y se abrió en el cielo el
santuario del tabernáculo del testimonio.
6 Del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete
plagas. Estaban vestidos de lino limpio y resplandeciente,
con bandas de oro ceñidas al pecho.
7 Uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles
siete copas de oro llenas del furor de Dios, que vive por los
siglos de los siglos.
8 El templo se llenó de humo por la gloria de Dios y por su
poder. Nadie podía entrar en el templo hasta que se
completaran las siete plagas de los siete ángeles.

16

Las copas de ira

1 Oí una voz fuerte que salía del templo y decía a los siete
ángeles: «Vayan y derramen sobre la tierra las siete copas
del furor de Dios».
2 El primero fue y derramó su copa sobre la tierra. Una
llaga maligna y dolorosa apareció en las personas que
tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen.
3 El segundo derramó su copa en el mar, y este se
convirtió en sangre como de un muerto. Murió todo ser
viviente que había en el mar.

4 El tercero derramó su copa en los ríos y en los
manantiales de agua, y se convirtieron en sangre.
5 Oí al ángel de las aguas decir:
«Justo eres, el que es y que era, el Santo, porque has
dictado estos juicios.
6 Porque ellos derramaron sangre de santos y profetas, y tú
les has dado a beber sangre.
Lo merecen».
7 Oí al altar decir:
«Sí, Señor Dios, el Todopoderoso, verdaderos y justos son
tus juicios».
8 El cuarto derramó su copa sobre el sol, y se le concedió
quemar a las personas con fuego.
9 Las personas fueron quemadas por un intenso calor y
blasfemaron contra el nombre de Dios, que tiene autoridad
sobre estas plagas. No se arrepintieron para darle gloria.
10 El quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia.
Su reino quedó en tinieblas, y se mordían las lenguas de
dolor.
11 Blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y
sus llagas, y no se arrepintieron de sus obras.

La sexta copa y la reunión de los reyes

12 El sexto derramó su copa sobre el gran río Éufrates. Su
agua se secó para que se preparara el camino de los reyes
que vienen de donde sale el sol.
13 Vi salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia y
de la boca del falso profeta tres espíritus impuros
semejantes a ranas.
14 Son espíritus de demonios que hacen señales y salen
hacia los reyes del mundo entero para reunirlos para la
batalla del gran día de Dios, el Todopoderoso.
15 «He aquí, vengo como ladrón. Bienaventurado el que
vela y guarda sus ropas, para que no camine desnudo y
vean su vergüenza».
16 Los reunieron en el lugar que en hebreo se llama
Armagedón.

La séptima copa y el juicio de Babilonia

17 El séptimo derramó su copa en el aire, y salió del templo
una voz fuerte, desde el trono, que decía: «¡Está hecho!».
18 Hubo relámpagos, voces y truenos, y se produjo un
gran terremoto, tan fuerte y tan grande como no había
ocurrido desde que hay seres humanos sobre la tierra.
19 La gran ciudad se dividió en tres partes y las ciudades
de las naciones cayeron. Dios se acordó de Babilonia la
grande para darle la copa del vino del furor de su ira.

20 Todas las islas huyeron, y los montes no fueron
encontrados.
21 Del cielo cae sobre las personas un enorme granizo,
con piedras de unos treinta y cuatro kilos cada una. Las
personas blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo,
porque su plaga era extremadamente grande.

17

Condenación de la gran ramera

1 Uno de los siete ángeles que tenían las siete copas vino y
habló conmigo, diciendo: «Ven, te mostraré la sentencia de
la gran prostituta que está sentada sobre muchas aguas,
2 con quien cometieron inmoralidad sexual los reyes de
la tierra, y con el vino de cuya inmoralidad sexual se
embriagaron los habitantes de la tierra».
3 Me llevó en el Espíritu a un desierto. Vi a una mujer
sentada sobre una bestia escarlata, llena de nombres
blasfemos, que tenía siete cabezas y diez cuernos.
4 La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y
adornada con oro, piedras preciosas y perlas. Tenía en su
mano una copa de oro llena de abominaciones y de las
impurezas de su inmoralidad sexual.
5 En su frente había un nombre escrito, un misterio:
«Babilonia la grande, la madre de las prostitutas y de las
abominaciones de la tierra».
6 Vi a la mujer embriagada con la sangre de los santos y
con la sangre de los testigos de Jesús. Al verla, me quedé
profundamente asombrado.

El significado de la mujer y la bestia

7 El ángel me dijo: «¿Por qué te asombras? Yo te explicaré
el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la que
tiene las siete cabezas y los diez cuernos.
8 La bestia que viste existía y no existe; está por subir del
abismo y va a la perdición. Los habitantes de la tierra
cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde
la fundación del mundo se asombrarán al ver la bestia,
porque existía, no existe y volverá a estar presente.
9 Aquí se requiere una mente que tenga sabiduría. Las
siete cabezas son siete montes sobre los que está sentada la
mujer. También son siete reyes:
10 cinco cayeron, uno existe y el otro todavía no ha
venido. Cuando venga, debe permanecer poco tiempo.
11 La bestia que existía y no existe es también un octavo
rey; pertenece a los siete y va a la perdición.

12 Los diez cuernos que viste son diez reyes que todavía
no han recibido un reino, pero reciben autoridad como
reyes durante una hora junto con la bestia.
13 Tienen un mismo propósito y entregan su poder y
autoridad a la bestia.
14 Harán la guerra al Cordero, pero el Cordero los
vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes. Los
que están con él son llamados, elegidos y fieles».
15 También me dijo: «Las aguas que viste, donde está
sentada la prostituta, son pueblos, multitudes, naciones y
lenguas.
16 Los diez cuernos que viste y la bestia odiarán a la
prostituta. La dejarán desolada y desnuda, comerán sus
carnes y la quemarán por completo con fuego.
17 Porque Dios puso en sus corazones que cumplieran su
propósito, que tuvieran un mismo propósito y entregaran su
reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios.
18 La mujer que viste es la gran ciudad que reina sobre
los reyes de la tierra».

18

La caída de Babilonia
1 Después de estas cosas vi a otro ángel que descendía del
cielo con gran autoridad, y la tierra se iluminó con su
gloria.
2 Gritó con voz poderosa:
«¡Cayó, cayó Babilonia la grande!
Se ha convertido en morada de demonios, guarida de
todo espíritu impuro, guarida de toda ave impura y
guarida de toda bestia impura y aborrecida.
3 Porque todas las naciones han caído por el vino de la
pasión de su inmoralidad sexual;
los reyes de la tierra cometieron inmoralidad sexual
con ella, y los comerciantes de la tierra se
enriquecieron con el poder de su lujo desenfrenado».

4 Oí otra voz del cielo que decía:
«Salgan de ella, pueblo mío, para que no participen en sus
pecados ni reciban de sus plagas.
5 Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo y
Dios se ha acordado de sus injusticias.
6 Páguenle como ella pagó, y denle el doble conforme a sus
obras.
En la copa en que preparó bebida, prepárenle el doble.

7 En la misma medida en que se glorificó y vivió en lujos,
denle tormento y duelo.
Porque dice en su corazón: “Estoy sentada como reina,
no soy viuda y jamás veré duelo”.
8 Por eso en un solo día vendrán sus plagas: muerte, duelo y
hambre, y será consumida por el fuego, porque
poderoso es el Señor Dios que la juzgó».

El lamento de los reyes y los comerciantes

9 Los reyes de la tierra que cometieron inmoralidad
sexual con ella y compartieron sus lujos llorarán y se
lamentarán por ella cuando vean el humo de su incendio.
10 Se mantendrán lejos por temor a su tormento, diciendo:
«¡Ay, ay de la gran ciudad, Babilonia, la ciudad poderosa!
¡En una sola hora llegó tu juicio!».
11 Los comerciantes de la tierra lloran y se lamentan por
ella, porque ya nadie compra sus mercancías:
12 mercancías de oro, plata, piedras preciosas, perlas, lino
fino, púrpura, seda y escarlata; toda clase de madera
aromática, todo objeto de marfil y todo objeto de madera
muy preciosa, de bronce, hierro y mármol;
13 canela, especias aromáticas, incienso, ungüento
aromático, olíbano, vino, aceite, harina fina, trigo, ganado y
ovejas; caballos, carros, esclavos y vidas humanas.
14 «Los frutos que deseaba tu alma se alejaron de ti;
todo lo lujoso y espléndido desapareció de ti, y nunca
más lo encontrarán».
15 Los comerciantes de estas cosas, que se enriquecieron
a costa de ella, se mantendrán lejos por temor a su
tormento, llorando y lamentándose,
16 y dirán:
«¡Ay, ay de la gran ciudad, la que estaba vestida de lino fino,
púrpura y escarlata, y adornada con oro, piedras
preciosas y perlas!

La riqueza perdida y el lamento de los navegantes

17 ¡En una sola hora quedó devastada tanta riqueza!».
Todos los capitanes, todos los que navegan de un lugar a
otro, los marineros y cuantos trabajan en el mar se
mantuvieron lejos
18 y, al ver el humo de su incendio, gritaron:
«¿Qué ciudad es semejante a la gran ciudad?».
19 Echaron polvo sobre sus cabezas y gritaron, llorando y
lamentándose:
«¡Ay, ay de la gran ciudad, en la que todos los que tenían
barcos en el mar se enriquecieron con su opulencia!

¡En una sola hora quedó desolada!».

20 ¡Alégrate por ella, cielo!
¡Alégrense también ustedes, santos, apóstoles y profetas,
porque Dios ha hecho justicia por ustedes contra ella!

El fin de Babilonia y de su esplendor

21 Un ángel poderoso levantó una piedra semejante a una
gran piedra de molino y la arrojó al mar, diciendo:
«Así será arrojada con violencia Babilonia, la gran ciudad,
y nunca más será encontrada.
22 Nunca más se oirá en ti el sonido de arpistas, músicos,
flautistas y trompeteros;
nunca más se encontrará en ti artesano de ningún
oficio, y nunca más se oirá en ti el sonido del molino.
23 Nunca más brillará en ti la luz de una lámpara, ni se oirá
en ti la voz del novio y de la novia.
Porque tus comerciantes eran los grandes de la tierra,
y por tu hechicería fueron engañadas todas las
naciones.
24 En ella se encontró sangre de profetas y de santos, y de
todos los que fueron sacrificados sobre la tierra».

19

Alabanzas en el cielo
1 Después de esto oí como la voz fuerte de una gran
multitud en el cielo que decía:
«¡Aleluya!
La salvación, la gloria y el poder pertenecen a nuestro
Dios,
2 porque sus juicios son verdaderos y justos;
pues ha juzgado a la gran prostituta que corrompía la
tierra con su inmoralidad sexual, y ha vengado en
ella la sangre de sus siervos».
3 Y por segunda vez dijeron:
«¡Aleluya!
El humo de ella sube por los siglos de los siglos».
4 Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se
postraron y adoraron a Dios, que está sentado en el trono,
diciendo:
«¡Amén! ¡Aleluya!».

5 Y del trono salió una voz que decía:
«Alaben a nuestro Dios, todos sus siervos y los que le temen,
pequeños y grandes».

6 Y oí como la voz de una gran multitud, como la voz de
muchas aguas y como la voz de fuertes truenos, que decían:
«¡Aleluya!
Porque reina el Señor, Dios Todopoderoso.
7 Alegrémonos y regocijémonos, y le daremos la gloria,
porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa
se ha preparado,
8 y se le concedió vestirse de lino fino, resplandeciente y
limpio». Pues el lino fino representa las acciones justas de
los santos.

La cena de las bodas del Cordero

9 Y me dijo: «Escribe: "Bienaventurados los invitados a la
cena de las bodas del Cordero"». Y me dijo: «Estas son
palabras verdaderas de Dios».
10 Caí ante sus pies para adorarlo, pero me dijo: «¡No
hagas eso! Soy consiervo tuyo y de tus hermanos que
tienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios, porque el
testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía».

El jinete del caballo blanco

11 Y vi el cielo abierto, y allí había un caballo blanco. El
que lo montaba se llama Fiel y Verdadero, y juzga y hace la
guerra con justicia.
12 Sus ojos son una llama de fuego y sobre su cabeza hay
muchas diademas. Tiene escrito un nombre que nadie
conoce sino él mismo.
13 Está vestido de un manto empapado en sangre, y su
nombre es la Palabra de Dios.
14 Y los ejércitos que están en el cielo lo seguían sobre
caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco y limpio.
15 De su boca sale una espada afilada para herir con ella a
las naciones; él las regirá con una vara de hierro, y él
mismo pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios
Todopoderoso.
16 Y en su manto y en su muslo tiene escrito un nombre:
«Rey de reyes y Señor de señores».

La derrota de la bestia y del falso profeta

17 Y vi a un ángel de pie en el sol, que gritó con voz fuerte
a todas las aves que vuelan en medio del cielo: «Vengan,
reúnanse para la gran cena de Dios,
18 para que coman carne de reyes, carne de comandantes
y carne de poderosos, carne de caballos y de sus jinetes, y
carne de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes».
19 Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos
reunidos para hacer guerra contra el que montaba el
caballo y contra su ejército.

20 La bestia fue capturada, y con ella el falso profeta que
había hecho las señales en su presencia, con las cuales
engañó a los que habían recibido la marca de la bestia y a
los que adoraban su imagen. Los dos fueron arrojados
vivos al lago de fuego que arde con azufre.
21 Y los demás fueron muertos con la espada que salió de
la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se
saciaron de su carne.

20

Los mil años
1 Vi a un ángel que descendía del cielo con la llave del
abismo y una gran cadena en la mano.
2 Sujetó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y
Satanás, y lo ató por mil años.
3 Lo arrojó al abismo, lo cerró y lo selló sobre él para que
no engañara más a las naciones hasta que se cumplieran
los mil años. Después de estas cosas debe ser soltado por
poco tiempo.
4 Vi tronos, y a quienes se sentaron en ellos se les dio
autoridad para juzgar. Vi también las almas de los que
habían sido decapitados por el testimonio de Jesús y por la
palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a
su imagen y no habían recibido la marca en la frente ni en
la mano. Volvieron a la vida y reinaron con Cristo durante
mil años.
5 Los demás muertos no volvieron a la vida hasta que se
cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección.
6 Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera
resurrección. Sobre estos la segunda muerte no tiene
autoridad, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y
reinarán con él durante mil años.

La derrota final de Satanás
7 Cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado
de su prisión
8 y saldrá a engañar a las naciones que están en las cuatro
esquinas de la tierra, a Gog y Magog, para reunirlos para la
batalla. Su número es como la arena del mar.
9 Subieron por la anchura de la tierra y rodearon el
campamento de los santos y la ciudad amada. Descendió
fuego del cielo y los devoró.
10 El diablo que los engañaba fue arrojado al lago de
fuego y azufre, donde también estaban la bestia y el falso
profeta. Serán atormentados día y noche por los siglos de
los siglos.

El juicio ante el gran trono blanco

11 Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él.
De su presencia huyeron la tierra y el cielo, y no se
encontró lugar para ellos.
12 Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante
del trono. Se abrieron libros y se abrió otro libro, el de la
vida. Los muertos fueron juzgados según sus obras,
conforme a lo escrito en los libros.
13 El mar entregó a los muertos que había en él; la muerte
y el Hades entregaron a los muertos que había en ellos.
Cada uno fue juzgado según sus obras.
14 La muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego.
Esta es la segunda muerte: el lago de fuego.
15 El que no fue encontrado inscrito en el libro de la vida
fue arrojado al lago de fuego.

21

Cielo nuevo y tierra nueva

1 Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer
cielo y la primera tierra habían pasado, y el mar ya no
existe.
2 Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del
cielo, de Dios, preparada como una novia adornada para su
esposo.
3 Oí una voz fuerte que salía del trono y decía:
«He aquí, la morada de Dios está entre los seres humanos.
Él habitará con ellos, ellos serán sus pueblos y Dios
mismo estará con ellos.
4 Enjugará toda lágrima de sus ojos.
Ya no habrá muerte, ni duelo, ni clamor, ni dolor,
porque las primeras cosas han pasado».
5 El que estaba sentado en el trono dijo: «He aquí, hago
nuevas todas las cosas». También dijo: «Escribe, porque
estas palabras son fieles y verdaderas».
6 Me dijo: «¡Se han cumplido! Yo soy el Alfa y la Omega,
el principio y el fin. Al que tenga sed le daré gratuitamente
de la fuente del agua de la vida.
7 El que venza heredará estas cosas. Yo seré su Dios y él
será mi hijo.
8 Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los
asesinos, los que cometen inmoralidad sexual, los
hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su
parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la
segunda muerte».

La nueva Jerusalén

9 Uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas
de las siete últimas plagas vino y habló conmigo, diciendo:
«Ven, te mostraré a la novia, la esposa del Cordero».
10 Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me
mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo,
de Dios.
11 Tenía la gloria de Dios. Su resplandor era semejante al
de una piedra muy preciosa, como una piedra de jaspe
transparente como el cristal.
12 Tenía un muro grande y alto con doce puertas. En las
puertas había doce ángeles y nombres escritos, los de las
doce tribus de los hijos de Israel.
13 Al oriente había tres puertas; al norte, tres puertas; al
sur, tres puertas, y al occidente, tres puertas.
14 El muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos
estaban los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.
15 El que hablaba conmigo tenía una caña de oro para
medir la ciudad, sus puertas y su muro.
16 La ciudad está dispuesta en forma de cuadrado, y su
longitud es igual a su anchura. Midió la ciudad con la caña:
unos dos mil doscientos veinte kilómetros. Su longitud,
anchura y altura son iguales.
17 Midió también su muro: unos sesenta y cinco metros,
según medida humana, que es también la del ángel.
18 El muro estaba construido de jaspe, y la ciudad era de
oro puro, semejante a vidrio limpio.
19 Los cimientos del muro de la ciudad estaban
adornados con toda clase de piedras preciosas. El primer
cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero,
calcedonia; el cuarto, esmeralda;
20 el quinto, sardónica; el sexto, cornalina; el séptimo,
crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo,
crisopraso; el undécimo, jacinto, y el duodécimo, amatista.
21 Las doce puertas eran doce perlas; cada puerta estaba
hecha de una sola perla. La calle de la ciudad era de oro
puro, como vidrio transparente.

El templo y la luz de la ciudad

22 No vi templo en ella, porque el Señor Dios, el
Todopoderoso, y el Cordero son su templo.
23 La ciudad no necesita que el sol ni la luna la iluminen,
porque la gloria de Dios la iluminó y el Cordero es su
lámpara.
24 Las naciones caminarán por su luz, y los reyes de la
tierra llevan a ella su gloria.

25 Sus puertas jamás se cerrarán de día, porque allí no
habrá noche.
26 Llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones.
27 Jamás entrará en ella nada impuro ni nadie que
practique abominación o mentira, sino solo los que están
inscritos en el libro de la vida del Cordero.

22

El río y el árbol de la vida

1 Me mostró un río de agua de vida, resplandeciente
como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero
2 por en medio de la calle de la ciudad. A uno y otro lado
del río estaba el árbol de la vida, que produce doce cosechas
de fruto y da su fruto cada mes. Las hojas del árbol son para
la sanidad de las naciones.
3 Ya no habrá ninguna maldición. El trono de Dios y del
Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán.
4 Verán su rostro y su nombre estará en sus frentes.
5 Ya no habrá noche. No necesitan luz de lámpara ni luz
del sol, porque el Señor Dios los iluminará, y reinarán por
los siglos de los siglos.

La venida de Cristo está cerca

6 Me dijo: «Estas palabras son fieles y verdaderas. El
Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, envió a su ángel
para mostrar a sus siervos lo que debe suceder pronto».
7 «He aquí, vengo pronto. Bienaventurado el que guarda
las palabras de la profecía de este libro».
8 Yo, Juan, soy el que oye y ve estas cosas. Cuando las oí y
las vi, me postré a los pies del ángel que me mostraba estas
cosas para adorarlo.
9 Él me dijo: «¡No lo hagas! Soy consiervo tuyo, de tus
hermanos los profetas y de los que guardan las palabras de
este libro. Adora a Dios».
10 También me dijo: «No selles las palabras de la profecía
de este libro, porque el tiempo está cerca.
11 Que el que comete injusticia siga cometiéndola; que el
impuro siga en su impureza; que el justo siga practicando
la justicia y que el santo siga santificándose».
12 «He aquí, vengo pronto y traigo conmigo mi
recompensa, para pagar a cada uno según sea su obra.
13 Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el
principio y el fin».
14 Bienaventurados los que lavan sus túnicas, para tener
derecho al árbol de la vida y entrar por las puertas en la
ciudad.

15 Fuera están los perros, los hechiceros, los que cometen
inmoralidad sexual, los asesinos, los idólatras y todo el que
ama y practica la mentira.

El testimonio de Jesús y la invitación a la vida

16 «Yo, Jesús, envié a mi ángel para darles testimonio de
estas cosas para las iglesias. Yo soy la Raíz y la descendencia
de David, la estrella resplandeciente de la mañana».
17 El Espíritu y la esposa dicen: «Ven».
Que el que escucha diga: «Ven».
Que venga el que tiene sed, y que el que quiera tome
gratuitamente del agua de vida.
18 Yo doy este testimonio a todo el que escucha las
palabras de la profecía de este libro: si alguien añade algo a
estas cosas, Dios le añadirá las plagas que están escritas en
este libro.
19 Si alguien quita algo de las palabras del libro de esta
profecía, Dios quitará su parte del árbol de la vida y de la
ciudad santa, descritos en este libro.
20 El que da testimonio de estas cosas dice: «Sí, vengo
pronto». Amén. Ven, Señor Jesús.
21 La gracia del Señor Jesús sea con todos.